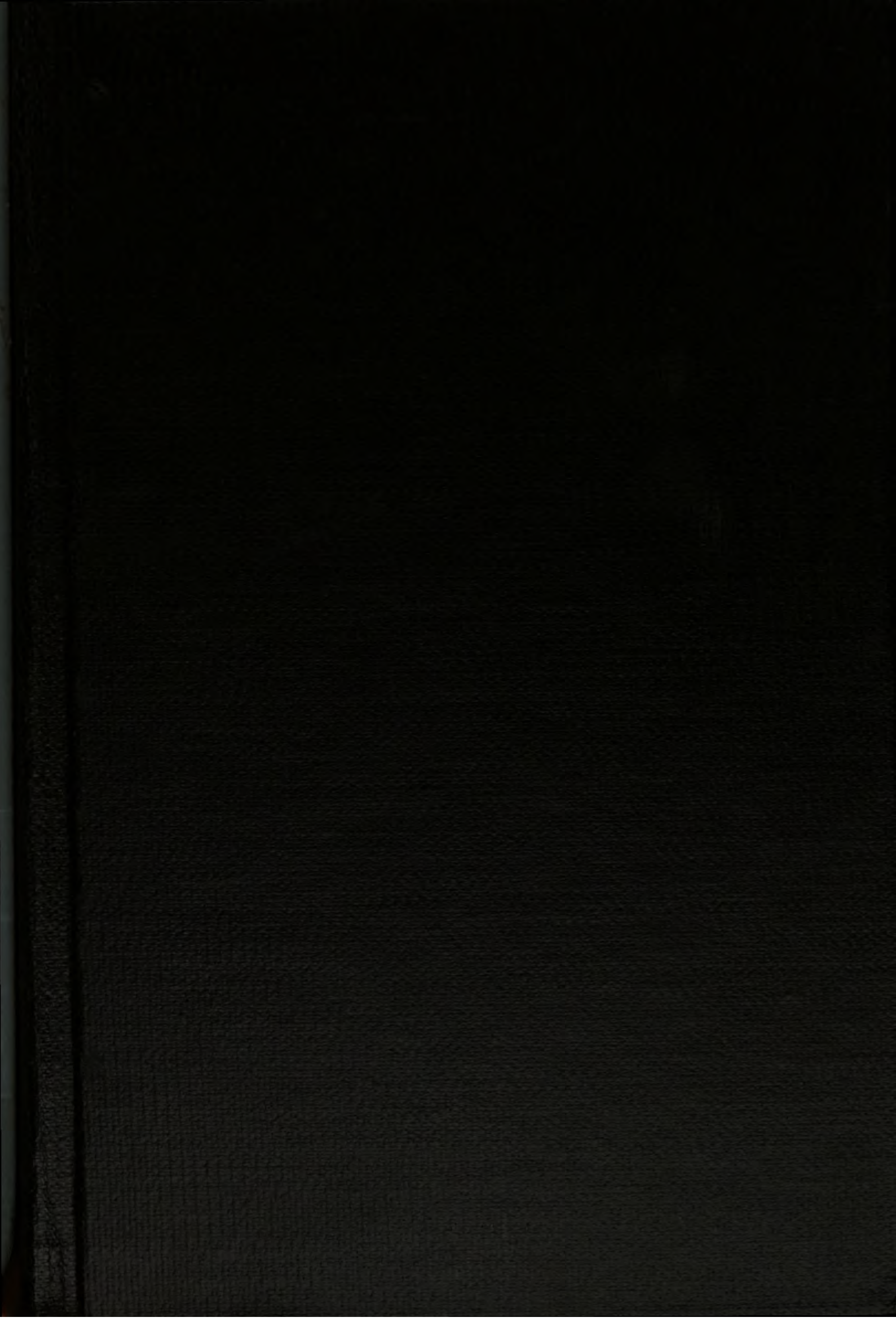


GIFT OF
Phoebe A. Hearst



955s
qS

QUINTÍN DURWARD.

ES PROPIEDAD.

QUINTÍN DURWARD

NOVELA HISTÓRICA

DE

SIR WALTER SCOTT

VERSIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

ILUSTRACIÓN ALEMANA



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

FRANCISCO PÉREZ.—*Ausias March*, 95

1883



Establecimiento tipográfico-editorial de FRANCISCO PÉREZ.

955
B S



Walter Scott.

UNIV. OF
CALIFORNIA

UNIV. OF
CALIFORNIA



INTRODUCCIÓN AL QUINTÍN DURWARD

La acción de esta novela pasa en el siglo xv, en cuya época así el feudalismo, nervio un día y sostén de la nación, como los sentimientos caballerescos que cual espíritu vivificador le animaran, comenzaban ya á caer en desuso y olvido por parte de esos menguados que cifran toda su felicidad en la obtención de ciertos objetos de uso personal, blanco único de sus deseos. Verdad es que en épocas anteriores habíase manifestado igual egoismo, mas lo es también que ahora, por vez primera, publicábase sin rebozo como móvil y principio de acción. La caballería tenía un mérito y es que sus máximas, por exageradas y fantásticas que hoy nos parezcan, fundábanse todas en la generosidad y la abnegación, sin las cuales difícil fuera concebir la virtud acá en la tierra.

Entre los primeros que ridiculizaron y abandonaron los principios de abnegación, en que tan cuidadosamente se instruía y educaba entonces á todo joven caballero, descollaba Luís XI de Francia, monarca tan profundamente egoísta é incapaz de abrigar propósito que no favoreciera su ambición, codicia y afán de goces personales, que tentado está uno á tomarle por una encarnación del mismo demonio, á quien se hubiera dado facultad ilimitada de corromper en su origen todas nuestras ideas sobre el honor. Y cuenta que Luís poseía en grado superlativo esa causticidad que sabe ridiculizar cuanto se hace en provecho ageno, hallándose, por consiguiente, en las mejores condiciones para desempeñar el papel de burlón implacable.

Bajo este punto de vista, tengo por más feliz la concepción del carácter y razonamientos de Mefistófeles, el ángel malo del original *Fausto* de Goethe, que no las de Byron y hasta que la del Satán de Milton. Estos dos eminentes escritores han dado al

Espíritu del Mal algo que realza y dignifica su maldad: una resistencia constante é indomable contra el mismo Omnipotente; un altivo desprecio de los sufrimientos, opuesto á toda sumisión; todos esos atractivos, en fin, que han inducido á Burns y otros á considerar el Ángel de las tinieblas como á verdadero héroe del *Paraíso Perdido*. El gran poeta alemán, por lo contrario, ha hecho de su demonio tentador un sér, que, inaccesible por su parte á toda pasión, diríase que no alienta sino para aumentar con sus malas artes y tentaciones la masa del mal moral y reavivar con sus seducciones esas pasiones amortiguadas, que, á no ser por él, jamás hubieran turbado la sosegada existencia del hombre, blanco de sus asechanzas. Con tal mira, hállase dotado Mefistófeles, al par que Luís XI, de una causticidad incisiva y desdeñosa, empleada incesantemente en vilipendiar y hacer desmerecer todos aquellos actos que derechamente y sin asomo de duda no redunden en provecho propio.

Bien se permitirá, hasta á un autor de obras de mero pasatiempo, que por un momento se revista de gravedad y pueda así acriminar toda política, pública ó privada, cuya base descanse en los principios de Maquiavelo ó en las prácticas de Luís XI.

Las crueldades, perjurios y suspicacia de este príncipe, las hacía más odiosas, lejos de atenuarlas, la vil y humillante superstición que en cuerpo y alma le dominaba. Su devoción para con los santos, que ostentaba tan aparatosamente, pudiera equipararse al mezquino afán de aquel empleado, que para ocultar ó atenuar las malversaciones de que le acusa su conciencia, procura sobornar á fuerza de dádivas á cuantos tienen el deber de vigilarle, intentando de tal suerte perpetuar un sistema de fraude por la corrupción de lo incorruptible. No de otro modo pudiéramos explicarnos la peregrina idea de nombrar á la Santísima Vírgen condesa y coronela de sus guardias ó el artificio de atribuir á una ó dos fórmulas de juramento, con exclusión de toda otra, fuerza real de obligar, guardando rigurosamente el secreto de la que tenía por verdaderamente obligatoria, cual si fuera uno de los más trascendentales secretos de estado.

Á una total carencia de escrúpulos, y hasta, por lo que se ve, del más leve sentimiento de obligación moral, reunía Luís XI una gran firmeza de carácter y una sagacidad innata, con tal refinamiento en su sistema político, habida razón de los tiempos, que algunas veces, por dar oído á sus sugestiones, vióse lanzado más allá de lo que se había propuesto.

Probablemente no hay retrato, por sombrío que sea, que no ofrezca en su colorido algún toque menos oscuro. Luís XI comprendió los intereses de Francia y en cuanto pudo identificarlos

con los suyos propios, veló por ellos con la mayor fidelidad. Él supo sacar ilesa la nave del estado de entre los escollos de aquella crisis terrible, que se conoce con el nombre de «Guerra del bien público», y es de presumir que cualquiera otro rey, menos cauto y contemporizador ó más impetuoso y sincero que Luís XI. hubiera fracasado en la empresa de desunir y dispersar la formidable liga que contra su soberano formaran los grandes vasallos de la corona de Francia. Adornaban asimismo á Luís algunas dotes personales, no incompatibles con su carácter público. En sociedad era animado y decidor; acariciaba á su víctima como el gato que juguetea con ella mientras se dispone á asestarle el golpe de gracia, y nadie como él fué capaz de encarecer y ponderar la superioridad de los principios de mezquino y grosero egoísmo con que se propuso reemplazar aquellos estímulos más nobles que sus mayores habían debido al elevado espíritu de la caballería.

Este sistema, en efecto, iba por entonces haciéndose viejo, y hasta en los tiempos de su apogeo revelaba en sus principios tanta exageración, tanto idealismo, que forzosamente debía verse expuesto al ridículo siempre que, cual moda añeja, perdiera su prestigio y pudieran esgrimirse contra él las armas de la sátira sin excitar el disgusto y horror ni levantar el grito unánime de reprobación con que á guisa de blasfemia se las hubiera acogido en épocas más remotas. En el siglo XIV apareció un hato de mofadores que pretendían suplir por otros medios lo que había en la caballería de verdaderamente útil, escarneciendo sus extravagantes y nimios principios de honor y virtud y motejándolos abiertamente de absurdos, por estar realmente fundidos en un molde de extremada perfección, inasequible en la práctica á seres imperfectos. Si un mancebo ingenuo y de ánimo levantado se proponía adoptar los pundonorosos principios heredados de su padre, se le denigraba groseramente como si bajara al combate empuñando la larga tizona del buen viejo, ridícula por su forma, aunque fuera de Toledo el temple de su hoja y de oro purísimo su ornamentación.

Así fué cómo se dejaron de lado los principios caballerescos y se suplió la ayuda que podían prestar con estímulos menos dignos. Al entusiasmo que impulsaba á todos á la defensa de su patria, sustituyó Luís XI los servicios del soldado mercenario, siempre pronto á guerrear, persuadiendo á sus súbditos, entre los cuales empezaba á figurar la clase mercantil, que era preferible dejar á esos mercenarios los riesgos y fatigas de la guerra proporcionando á la corona los medios con que pagarlos, que no exponer ellos la vida en defensa propia. No costó mucho trabajo

convencer con tales razonamientos á los mercaderes. No obstante, no fué todavía en tiempo de Luís XI cuando se consiguió excluir de las filas del ejército á los propietarios ricos y á los nobles; mas ese artero monarca fué quien abrió el camino, y, prosiguiéndolo más tarde sus sucesores, lograron al fin poner en manos de la Corona todas las fuerzas militares del Estado.

Adelantóse igualmente á su siglo en alterar los principios que habían regulado hasta entonces las relaciones entre ambos sexos. La Belleza, según el sistema establecido por las reglas de la caballería, era, en teoría al menos, la divinidad suprema y dispensadora de mercedes; el Valor era su esclavo, una mirada suya le infundía aliento, y por hacerle el más ligero servicio daba gustoso la vida. Y aunque no pueda negarse que en este, como en otros puntos, se extremaba el sistema hasta la más descabellada exageración, de lo cual nacían no pocos escándalos, así y todo, solían ser éstos tales, que Burke pudiera clasificarlos entre aquellos «en que la liviandad, purificada de todo materialismo, se despoja á medias de su culpa.» En cuanto á Luís, era muy de otra manera. Su voluptuosidad era vulgar; ansiaba el placer sin el más mínimo asomo de sentimiento y menospreciaba el sexo cuyos favores solicitaba: todas sus queridas pertenecían á la más ínfima clase y son tan indignas de compararse con la noble, aunque culpada, Inés Sorel, como lo era Luís de parangonarse con su heróico padre, que libertó á la Francia del yugo abominable de los ingleses. Entresacando sus favoritos y ministros de entre la hez del pueblo, mostraba también Luís el poco respeto que le merecían las preeminencias debidas á la posición ó al nacimiento, y aunque esta conducta pudiera ser no sólo perdonable sino meritoria, siempre que la voluntad del monarca hubiera sacado á luz el talento escondido ó el mérito modesto, cambia ya de aspecto cuando vemos que el Rey elevaba á la categoría de favoritos á hombres como Tristán el Ermitaño, jefe de su mariscalato ó policía; siendo evidente que un príncipe semejante no podía ser nunca «el primer caballero del reino», como Francisco I entre sus sucesores se apellidaba galantemente á sí mismo.

Y si tan graves defectos empañaban el carácter de Luis XI, sus dichos y acciones, así privadamente como en público, no eran los más á propósito para hacérselos perdonar. Su palabra, prenda que todo hombre honrado estima sagrada y cuya menor violación constituye un crimen, según el código del honor, era por él tenida en tan poco que la rompía sin el menor escrúpulo y con el pretexto más frívolo, agravando á menudo esta falta con la perpetración de los delitos más horrendos. Si quebranta-

ba así la fe jurada personalmente, no trataba con mucho mayor miramiento la del público. El envío de una persona de ínfima condición, disfrazada de heraldo, á Eduardo IV, en aquellos tiempos en que los heraldos eran considerados como los sagrados depositarios de la fe de pueblos y naciones, fué una audaz impostura, de que poquísimos hombres, á excepción de ese príncipe poco escrupuloso, se hubieran atrevido á hacerse culpables (1).

En una palabra, las costumbres, sentimientos y acciones de Luís XI, eran del todo incompatibles con las doctrinas de la caballería, y su carácter mordaz inclinábase naturalmente á ridiculizar un sistema basado á su modo de ver en el mayor de los absurdos, ya que su principio fundamental consistía en consagrar las fuerzas, el tiempo y el talento á la realización de objetivos que en el orden natural de los sucesos, ninguna ventaja personal podían reportar.

Es más que probable que al desechar de esta manera casi abiertamente todo vínculo impuesto por la religión, el honor y la moral, cuya influencia reconocen generalmente los hombres, proponíase Luís alcanzar grandes ventajas en sus tratos con personas que se tendrían por obligadas, al tiempo que él conservaba su libertad. Bajaba á la arena, por decirlo así, como el andarín que ha roto las ataduras que contienen todavía á sus rivales y que por lo tanto espera triunfar. Mas diríase que la Providencia, siempre que existe algún riesgo especial, hace aparecer junto á él alguna circunstancia que ponga sobre aviso á los que peligran. Así, la desconfianza constante que inspira todo personaje notado de desleal, es para él lo que el cascabel á la serpiente ponzoñosa: acaba todo el mundo por preocuparse más de sus intenciones que de sus palabras, y los recelos que excita su solapado carácter contrarían sus intrigas más de lo que puede favorecerlas la elasticidad de su conciencia. Tal sucedió con Luís. Su ejemplo provocó en las demás naciones europeas repugnancia y aprensión más bien que deseos de imitarle, y la gran ventaja que llevaba en astucia y sagacidad á no pocos de sus contemporáneos, dió por resultado ponerles á todos en guardia. Hasta la institución de la caballería, aunque mucho menos extendida que antes, sobrevivió á ese monarca licencioso que tanto había hecho para empañar su brillo, y mucho tiempo después de la muerte de Luís XI todavía inspiraba al *Caballero sin Tacha y sin Miedo* y al denodado Francisco I.

Aunque bajo el punto de vista político el reinado de Luís ha-

(1) V. Nota X. *Disfraz de un heraldo.*

bía sido tan afortunado como él mismo pudiera desear, es lo cierto no obstante que el espectáculo de su lecho de muerte bastaría por sí solo á contrarestar las seducciones de su ejemplo. Recelando de todo el mundo, pero singularmente de su propio hijo, emparedóse en el Castillo de Plessis y confió exclusivamente la seguridad de su persona á la dudosa fidelidad de sus mercenarios escoceses. Jamás salía de su aposento, á nadie admitía en él é importunaba con sus oraciones á todos los santos del cielo, no para alcanzar el perdón de sus pecados sino la prolongación de su vida. Con una pequeñez de ánimo que mal se compadecía con sus maliciosas maquinaciones, abrumaba á exigencias á sus médicos, quienes al fin acabaron por insultarle y saquearle. Impulsado por un afán desapoderado de vivir, envió á buscar á Italia unas reliquias supuestas y lo que es más extraordinario todavía, á un pobre patán, sin instrucción y sin seso, que indudablemente por holgazanería se había encerrado en una cueva y se abstenía de comer carne, pescado, huevos y lacticinios. Este hombre, á pesar de su ignorancia supina, fué reverenciado por Luís como si se tratara del Papa en persona, y para tenerlo propicio fundó dos conventos.

No era lo menos singular de todas esas prácticas supersticiosas el que aparentemente no se les trasluciera otro móvil que la salud del cuerpo y la felicidad terrenal. Estaba severamente prohibido por Luís aludir á sus pecados cuando se rogaba por su salud, y una vez que un clérigo, por orden suya, recitaba una oración en la que se imploraba á San Eutropio la salud del rey, así para el cuerpo como para el alma, mandó Luís omitir estas últimas palabras, pretextando que no era prudente importunar al santo bendito con demasiadas peticiones á la vez. Quizás se le figuraba que no haciendo memoria de sus crímenes, se borrarían éstos de la de los celestiales patronos, cuyo favor invocaba en beneficio de su cuerpo.

Tan grandes fueron las merecidas torturas del lecho de muerte del tirano, que Felipe de Comines, parangonándolas metódicamente con las innumerables crueldades cometidas por orden suya, habida razón de ambas, declara: que en su opinión las angustias de la agonía de Luís fueron tan horribles que compensan todos sus crímenes, de suerte que, después de cumplir en el purgatorio una cuarentena razonable, todavía la divina misericordia podría hallarle en disposición de ser admitido en las regiones superiores.

Fenelón ha depuesto también contra este príncipe, cuya vida y modo de gobernar describe en el siguiente notable pasaje:

«Pygmalión, devorado por una sed insaciable de riquezas.

hácese de día en día más miserable y odioso á sus súbditos. Llega á ser un crimen en Tiro poseer grandes riquezas; la avaricia le vuelve desconfiado, suspicaz, cruel; persigue á los ricos y teme á los pobres.

»Mayor crimen es todavía en Tiro ser virtuoso, pues Pygmalión supone que los buenos no pueden soportar sus injusticias é infamias; como la virtud le condena, enfurécese é irrítase contra ella. Todo le agita, le inquieta, le remuerde; tiene miedo de su sombra; pasa día y noche en vela; los dioses, para confundirle, le colman de tesoros y él no se atreve á poner mano en ellos. Lo que anhela para ser feliz, es precisamente lo que le impide serlo. Echa menos cuanto da, teme siempre perder, su único afán es ganar.

»No se le ve casi nunca; vive en la soledad, triste y abatido, en el fondo de su palacio; sus mismos amigos no se atreven á acercársele por miedo de hacérsele sospechosos. Terrible guardia mantiene siempre desnudas las espadas y enhiestas las picas en torno de su casa. Treinta aposentos que se comunican entre sí y cada uno de los cuales tiene una puerta de hierro con seis grandes cerrojos, son el lugar de su retiro; nunca se sabe en cuál de esos aposentos duerme y se asegura que no duerme nunca dos noches seguidas en el mismo, por miedo de que le asesinen. Los dulces placeres y la amistad, más dulce todavía, le son desconocidos. Si alguien le incita á buscar la alegría, su conciencia le dice que huye de él, que rehusa entrar en su pecho. Sus ojos hundidos arden con fuego siniestro y feroz y giran continuamente en sus órbitas; presta oído al menor rumor y se sobresalta en seguida; está pálido, demacrado; en su rostro siempre contraído píntanse sombrías preocupaciones. Calla, suspira, arranca del pecho profundos gemidos, no puede ocultar los remordimientos que desgarran sus entrañas. Los manjares más exquisitos le dan asco. Sus hijos, lejos de ser para él una esperanza, son motivo de espanto, pues les ha convertido en sus enemigos más peligrosos. En su vida tiene momento seguro; no alienta sino á fuerza de verter la sangre de cuantos teme. Insensato, que no ve que su crueldad, en la que ha puesto su confianza, será la causa de su muerte! Alguno de sus criados, tan desconfiado como él, librará el mejor día al mundo de este monstruo.»

La muerte terminó al fin, el 30 de Agosto de 1485, el instructivo, aunque horroroso espectáculo de los sufrimientos del tirano.

La elección de este personaje notabilísimo como protagonista de la novela — pues ya se comprenderá que la intriguilla amo-

rosa de Quintín no desempeña en ella más que un papel secundario — facilita mucho la tarea del autor. En el siglo XV ardían en toda Europa innumerables disensiones, debidas á tan diversas causas que casi fuera precisa una disertación histórica para ilustrar al lector inglés y prepararle á admitir la posibilidad de las extrañas escenas que van á desarrollarse ante sus ojos.

En tiempo de Luís XI, toda Europa hallábase trastornada por conmociones extraordinarias. En Inglaterra, el efímero triunfo de la casa de York había terminado las guerras civiles más en apariencia que en realidad. La Suiza iba afirmando esa libertad que tan valientemente supo defender más tarde. En Alemania y Francia, los grandes vasallos de la Corona se esforzaban en emanciparse de su yugo, mientras Carlos de Borgoña por la fuerza y Luís más mañosamente por medios indirectos, cuidaban de reducirles á la obediencia de sus respectivos soberanos. Mas si Luís con una mano contenía y sojuzgaba á sus vasallos rebeldes, intrigaba con la otra para socorrer y concitar á las grandes ciudades comerciales de Flandes contra el Duque de Borgoña, á lo cual las inclinaban ya de suyo su opulencia é irritabilidad natural. En las comarcas de Flandes más pobladas de bosque, el Duque de Gueldres y Guillermo de la Marck, conocido por su ferocidad con el nombre de Jabalí de los Ardennes, habían renegado de su carácter de caballeros é hidalgos para entregarse á violencias y brutalidades, propias tan sólo de bandidos.

Mil secretas intrigas se urdían á un tiempo en las diversas provincias de Francia y Flandes; numerosos emisarios del inquieto Luís, gitanos, peregrinos, mendigos ó agentes disfrazados de tales, iban esparciendo doquiera el descontento que con miras políticas procuró siempre mantener vivo ese monarca en los dominios de Borgoña.

Entre tal abundancia de materiales, difícil había de serle al autor escoger los más inteligibles é interesantes. Y en efecto, confiesa ingenuamente que aunque haya usado con latitud de la facultad de separarse de la verdad histórica, está muy lejos de figurarse que haya acertado á dar á la trama de este argumento una forma agradable, compacta y asaz inteligible. Los episodios son del todo imaginarios; pero el enredo, en su parte más esencial, está al alcance de cuantos tengan idea, por somera que sea, del feudalismo.

En ningún punto eran tan universalmente reconocidos los derechos de un señor feudal como en su facultad de disponer de la mano de una vasalla. Puede verse en esto tal vez una contradicción con las leyes civiles y canónicas, que declaran libre el

matrimonio, mas la jurisprudencia feudal y municipal, siempre que un feudo pasaba á manos de una hembra, reconocía en el señor el derecho de señalar á aquella el marido de su elección. Tiene esto su explicación en que, siendo en su origen el feudo una gracia debida á la munificencia del señor, éste se hallaba todavía interesado en que el casamiento de su vasalla no lo pusiera en manos de un enemigo. Por otra parte, hay razón para sostener que esta limitación en la elección de marido podía imponerla exclusivamente á su vasalla el superior de quien provenía originariamente el feudo. Nada tiene, pues, de inverosímil, que una vasalla de Borgoña se acogiera á la protección del rey de Francia, á quien el propio Duque de Borgoña prestaba vasallaje, ni hay que recusar la probabilidad de que Luís, tan poco escrupuloso como era, hubiera formado el designio de hacer traición á la fugitiva, obligándola á una alianza que viera con malos ojos, ya que no con temor, su formidable pariente y vasallo el de Borgoña.

Permítaseme añadir que esta novela, que ha alcanzado en su patria mayor popularidad que otras que la habían precedido, ha obtenido también éxito insólito en el continente, donde sus alusiones históricas despertaban recuerdos más conocidos.

ABBOTSFORD, *1.º de Diciembre de 1831.*



INTRODUCCIÓN (1)

Y en fin, hombre que ha sufrido pérdidas!
SHAKSPEARE.—*Mucho ruido por nada.*

CUANDO el buen Dogberry (2) recapitula y enumera todos los títulos que tiene á la respetabilidad y que á su entender hubieran debido librarle del epíteto injurioso que le regala el Sr. Caballero Conrado, es muy de notar que el título que alega con más énfasis, no sea ni *el tener dos batas* — cosa de no poca importancia en cierta ex-capital que yo me sé—(3), ni el *ser un pedazo de carne tan agraciado como el que más en Mesina*, ni siquiera y como argumento concluyente el *ser persona asaz rica*, si no principalmente *el ser hombre que ha sufrido pérdidas*.

Efectivamente, he observado en todas ocasiones que los preferidos de la fortuna, sea por no deslumbrar con todo su esplendor á los peor tratados por ella, sea por considerar que es tan honroso para la misma el haberse encumbrado á despecho de las contrariedades como lo es para una fortaleza el haber sostenido un sitio, sea de ello lo que fuere, he observado, repito, que los tales nunca dejan de hablaros de los quebrantos que les ocasionan los malos tiempos que corren. Rara vez os sentaréis á una mesa bien servida sin que los huecos entre copa y copa de Champagne, Rhin ó Borgoña deje de llenarlos vuestro anfitrión, si es capitalista, con sus lamentaciones sobre la baja del interés del dinero y la dificultad de hallar empleo al que por lo

(1) Creo inútil decir que todo lo que sigue es pura ficción.

(2) Dogberry es un polizonte de la comedia de Shakespeare, de donde se ha sacado el epígrafe de esta introducción, que es la de la edición primitiva del *Quintín Durward;* Conrado le trata de asno, lo que irrita sobremanera al infeliz oficial.—N. del T.

(3) Edimburgo.—N. del T.

mismo duerme improductivo en sus arcas; ó, si es hacendado, con lastimosos pormenores sobre los atrasos y descenso de las rentas. El efecto es seguro. Los convidados suspiran y, moviendo la cabeza al compás de la de su huésped, miran el aparador cargado de plata, paladean una vez más los riquísimos vinos que circulan profusamente en torno á la mesa y no pueden menos de apreciar toda la ingénita bondad de quien, á pesar de tales quebrantos, continúa prodigando, en obsequio á sus amigos, los restos de su fortuna; ó bien, y esto es más lisonjero todavía, consideran cuánta debe ser la magnitud de ésta, ya que, invulnerable ante las pérdidas, sufre sin menoscabo, como el tesoro inextinguible del generoso Abulkasem, tan incesantes y copiosas sangrías.

Esta manía de quejarse reconoce sin embargo sus límites, pareciéndose á la que tienen todos los valetudinarios de hablar de sus achaques: mientras sólo se trata de sus dolencias crónicas, no hay pasatiempo más delicioso. Pero todavía no conozco á nadie, cuyo crédito esté realmente comprometido, que se entretenga en hablar de la disminución de sus recursos; y por otra parte, mi médico, que es tan bueno como inteligente, me asegura que es raro que el que ha cogido una buena calentura ó cualquiera otra de esas graves enfermedades que

con crisis mortal predicen
al hombre un próximo fin,

halle en sus sufrimientos tema muy divertido de conversación.

Habida razón de cuanto precede, no puedo ya por más tiempo disimular al lector que no soy tan impopular ni desafortunado que no tenga mi parte en las calamidades que afligen en la actualidad á los capitalistas y hacendados del Reino Unido. Á los autorcillos, cuya ración se reduce á una chuleta de carnero, puede regocijarles que el precio baje á tres peniques la libra, y hasta si tienen hijos, pueden congratularse de que no les cueste más arriba de seis un gran pan de munición; nosotros empero que pertenecemos á la clase de los arruinados por la paz y la abundancia—nosotros que poseemos tierras y ganados y vendemos lo que esos infelices tienen que comprar—nosotros nos sentimos inclinados á la desesperación por las mismas razones que harían iluminar todas las buhardillas de Grub-Street (1), si cabe en lo posible imaginar siquiera que en Grub-Street les sobren alguna vez cabos de vela á tal propósito. Vengo, pues, con or-

(1) *Grub-Street;* nombre que se da en Londres al barrio ocupado por toda la cáfila de autorcillos adocenados, traductores ramplones, etc.—N. del T.

gullo á reclamar aquí mi parte en los infortunios que afectan tan sólo á las gentes acomodadas, y, como Dogberry, me declaro *persona bastante rica,* si bien, al propio tiempo, *hombre que ha ha sufrido pérdidas.*

Llevado del mismo espíritu de generosa emulación, de poco tiempo acá he echado mano del remedio universal contra esa pequeña *sin-dineritis* que me aqueja, yendo á pasar una corta temporada en un clima meridional. Con ello, al paso que me he ahorrado muy buenas carretadas de carbón, he tenido también el gusto de excitar, con motivo de la decadencia de mi fortuna, generales simpatías entre aquellos mismos que, de seguir derrochando mi hacienda en festejarles, viéranme ahorcar impávidos. Así, mientras yo bebo mi *vin ordinaire,* mi cervecero se apercibe de que mengua el despacho de su cerveza floja; mientras yo apuro mi botella de *cinq francs*, mi ración diaria de Oporto quédase en la bodega de mi tabernero; mientras humea en el plato mi *côtelette à-la-Maintenon,* el majestuoso lomo cuelga de un garfio en la carnicería del aldea, con dolor de mi amigo, el del delantal azul. En suma, cuanto aquí gasto, lo echan menos en casa; y ni los pocos sueldos que me saca el *garçon perruquier,* ni siquiera el mendrugo que le echo á su perrito rabón y de ojos colorados, dejan de ser *autant de perdu* para mi antiguo amigo el barbero y el honrado Trusty, el mastín que me guarda la casa. De esta manera, no puedo dar un paso sin que tenga la dicha de saber que mi ausencia es notada y sentida por cuantos, á trueque de conservar la parroquia de mis herederos, asistirán á mi entierro sin la menor emoción. Justo es, sin embargo, que de este cargo de egoísmo é indiferencia exceptúe solemnemente á Trusty, mi perro guardián, cuyos halagos tengo motivos para creer más desinteresados que los de muchas personas que me ayudaban á gastar alegremente los bienes que debo á la liberalidad del público.

Lástima que para alcanzar en su patria tan generales simpatías, deba uno someterse á no pocas incomodidades personales. Ya dijo Horacio: «si quieres que yo llore, empieza por llorar tú,» y en verdad que muchas veces tentaciones me dan de llorar al pensar que he tenido que cambiar mis gustos domésticos, que la costumbre convirtió en necesidad, por equivalentes extranjeros, que el capricho y el amor de novedades han puesto de moda. Mi estómago inglés de pura raza echa menos, con rubor lo confieso, la hermosa tajada de buey, aderezada á usanza de Dolly, que se sirve caliente al salir del fuego, bien tostada por de fuera y sonrosada apenas se le hunde el cuchillo; y ya puede Very amontonar en su *carte* manjares exquisitos y transformar al in-

finito la ortografía de sus *Bifticks de Mouton,* que nada basta á compensar la falta de mi plato favorito. Además, el hijo de mi madre no le sabe tomar el gusto al aguachirle, y hoy día en que la cebada tan poco vale, apostaría cualquier cosa que una doble medida de John Barley-Corn (1) debe haber transformado «la pobrecita cerveza floja de nuestros hogares» en un licor cien veces más generoso que ese brebaje ácido y desabrido, que se honra por aquí con el nombre de vino, aunque por su fuerza y calidad á lo que más se asemeja es á agua del Sena. Los vinos de precio, cierto, no son malos; nada hay que objetar al Château-Margot y al Sillery; con todo, no hay quien me haga olvidar las generosas cualidades de mi añejo y excelente Oporto. ¿Qué más? Sin negar que el *garçon* y su gozquecillo sean un par de animales muy graciosos y hagan mil monadas bastante divertidas, hay que reconocer sin embargo que había más picardía en el guiño con que el buen Packwood solía comunicar al lugar las nuevas de la mañana, que en todas las cabriolas que pudiera hacer *Antoine* en una semana; así como en el meneo de la cola del viejo Trusty había más simpatía humana y perruna que en la paciencia de su rival *Toutou* en tenerse sobre las patas traseras, pongo por caso, un año seguido.

Estas muestras de arrepentimiento vienen tal vez algo tarde y confieso (pues debo ser del todo franco con mi amigo el Público) que en parte las ha acelerado la conversión de mi sobrina Cristinita á la antigua fe papal, por arte de cierto clérigo muy ladino de nuestra vecindad, y el casamiento de mi tía Dorotea con un capitán de caballería á *demi-solde,* que es todo un caballero de la Legión de Honor y que á estas horas, según él afirma, no fuera menos de Mariscal de campo, si nuestro antiguo amigo Bonaparte viviera y continuara ganando batallas. En cuanto al asunto de Cristinita, debo confesar que en Edimburgo se le había vuelto de tal modo la cabeza corriendo á razón de cinco tertulias cada noche, que, si bien abrigo mis dudas sobre las circunstancias y motivos que determinaron su conversión, no pude menos de alegrarme de que al fin pensara seriamente en algo, sea lo que fuere: además de que poco se perdió, pues el convento me desembarazó de ella por una pensión muy razonable. Mas el casamiento terrenal de mi tía Dorotea fué ya cosa muy distinta de las celestiales bodas de Cristina. En primer lugar, produjo á mi familia una pérdida de dos mil libras en títulos del tres por ciento, ni más ni menos que si se hubiera hecho tabla rasa con el gran libro de la deuda; porque ¿quién demonios

(1) Juan Grano-de-cebada, personificación muy frecuente en inglés.—N. del T.

había de figurarse que una mujer, con sus cincuenta años de experiencia encima se había de casar con un esqueleto francés, cuyas piernas y brazos, iguales en longitud, semejaran dos compases entreabiertos, colocados perpendicularmente uno sobre otro y girando en un quicio común, que holgadamente bastara á representar su cuerpo? Todo lo demás se iba en bigotes, felpas y pantalones. En 1815, por la mitad de la fortuna que ha rendido ahora á este espantajo militar, hubiera podido mi tía ver á sus piés todo un regimiento de cosacos de carne y hueso. En fin, no hay que hablar más de ello, tanto más cuanto había dado en la flor de citar á Rousseau por el sentimiento:—ya está dicho todo.

Desahogada así mi bilis contra un país, que no por ello deja de ser un país muy agradable y del cual no me puedo quejar, pues fuí yo quien le buscó y no él quien vino á buscarme, vengamos al punto concreto de esta mi Introducción, punto que tal vez, mi querido Público,—si es que puedo esperar en la continuación de tus favores (aunque, á decir verdad, los que te galantean no pueden fiar mucho en la constancia y uniformidad de tus gustos)—consiga en parte indemnizarme de los perjuicios y pérdidas que me ha acarreado el haber llevado mi tía Dorotea al país del sentimentalismo, de los bigotes negros, de los muslos delgados, de las buenas pantorrillas y de los miembros sin cuerpo (pues te afirmo que el tal, según dicho de mi amigo Lord L···, es un puro picadillo de despojos; todo patas y alas). Si de la lista de retirados hubiera elegido mi tía un ceremonioso montañés de Escocia ó un elegantillo de la verde Erín, no hubiera dicho una sola palabra; pero tal como han ido las cosas, ¿cómo es posible contener el resentimiento ante la gratuita expoliación de que hemos sido víctimas los herederos legales y los albaceas testamentarios? Pero, en fin, «calle de una vez mi negra inquina» y ofrezcamos á nuestro querido Público un asunto más agradable para nosotros y más interesante para los demás.

Á fuerza de tragar la pócima ácida, de que he hecho mención más arriba, y de fumar uno y otro cigarro, en lo que no soy novicio por cierto, debe saber el Público que poquito á poco, un sorbo tras otro y sin dejar el cigarro de la boca, he llegado á trabar cierto conocimiento con un *homme comme il faut*, uno de los pocos ejemplares, que todavía se encuentran en Francia, de nobleza chapada á la antigua; de esas personas que, á guisa de estatuas mutiladas de añejos y olvidados dioses, imponen todavía cierto respeto y veneración, hasta á aquellos que no tributan de grado uno y otra.

Al entrar en el café del pueblo, me llamó la atención desde el primer día la singular gravedad y compostura de este caballero, su cariñoso apego á las medias y zapato bajo en menosprecio de las medias botas y pantalones, la *croix de Saint Louis* que ostentaba en el ojal y la pequeña escarapela blanca que asomaba en la presilla de su viejísimo sombrero. Había en su aspecto algo que interesaba, y su gravedad, contrastando con el bullicio que reinaba en torno suyo, atraía las miradas, como las atrae por su misma rareza la sombra de un gran árbol solitario en medio de una pradera bañada por el sol. Para entrar en relaciones con él, me permití aquellas pequeñas libertades que consentían las circunstancias, la localidad y las costumbres del país, esto es; me senté cerca de él, y, mientras fumaba mi cigarro, pausadamente y sin apenas echar humo, íbale haciendo ese corto número de preguntas que en todas partes, y sobre todo en Francia, puede permitirse un extranjero, sin arriesgar la nota de impertinente. El marqués de Hautlieu, que tal era su título, fué tan lacónico y conciso como lo consentía la galantería francesa: á todo me respondió, pero ni me hizo una sola pregunta ni me animó á que prosiguiera interrogándole.

La verdad es que, poco accesible á los extranjeros, de cualquiera nación que fuesen, y hasta á sus mismos paisanos, cuando no les conocía, mostrábase el marqués especialmente esquivo para con los ingleses. Provenía acaso este sentimiento de la tradicional y mal amortiguada antipatía entre ambas naciones; ó dimanaba tal vez de ideas preconcebidas que le hacían ver en ellos un pueblo altanero, metalizado, para quien los títulos de nobleza, cuando no van acompañados de una fortuna desahogada, son motivo de burla y de lástima á un tiempo; ó pudiera ser también que, al pensar en ciertos acontecimientos recientes, se sintiera mortificado, como francés, por los mismos triunfos á que debía su amo verse restaurado en el trono y él mismo reintegrado en la posesión de una hacienda empobrecida y de un *château* semi-arruinado. Pero sea lo que fuere, su mala voluntad nunca revistió otra forma que la de ese apartamiento pasivo, y siempre que algún extranjero apelaba á su influencia para cualquier asunto, la otorgaba invariablemente con toda la cortesía de un francés y de un caballero que sabe lo que se debe á sí propio y lo que exige la hospitalidad nacional.

Al fin, no sé por qué casualidad, descubrió el marqués que la persona que de algún tiempo acá frecuentaba su café, era natural de Escocia, y esa circunstancia vino á favorecerme en extremo. Díjome que algunos de sus antepasados eran de origen escocés y que hasta tenía idea de que en lo que él se complacía

en denominar la provincia de *Hanguisse* en dicho reino, debía existir algún pariente lejano de la familia. Reconocido este parentesco por ambas partes á principios del siglo pasado, durante su destierro (pues ya se deja entender que el marqués se había alistado en el ejército de Condé y compartido todas las amarguras y penalidades de la emigración), se había casi decidido á trasladarse á Escocia para darse á conocer á sus parientes y reclamar su protección: mas, bien pensado todo, dijo, no se empeñó en presentarse á ellos en una situación que les hubiera hecho poco favor ó que tal vez hubieran creído que podía acarrearles molestias ó desdoro; así es que finalmente se resolvió por confiar en la Providencia y sortear las contrariedades como mejor le fuera posible. Cómo lo hizo es cosa que he ignorado siempre, mas tengo la íntima convicción de que en nada amancilló su dignidad, pues el excelente anciano se mantuvo aferrado á sus opiniones y leal á su fe, en buena como en mala fortuna, hasta que el tiempo le restituyó viejo, indigente y abatido, á aquel país que había abandonado en la flor de la juventud y en el apogeo de la riqueza, animado contra los que le expulsaran, de un encono vengativo, que los años habían dulcificado ya, convirtiéndolo en paciente resignación. Algo había en el carácter del marqués, especialmente en lo que toca á sus preocupaciones políticas y de clase, que me hubiera dado que reir á haberle conocido en días de mayor prosperidad; pero, en la posición en que se encontraba, hasta en el caso de que esas preocupaciones no hubieran sido, como eran, puras y honradas, agenas á toda mira bastarda ó interesada, había que respetarle, como se respeta siempre al confesor ó al mártir de toda religión, aunque no sea precisamente la nuestra.

Gradualmente fuímos intimando y por espacio de seis semanas tomamos juntos nuestro café, fumamos nuestro cigarro y apuramos nuestra *bavaroise*, sin que de parte ý otra las ocupaciones interrumpieran gran cosa nuestros coloquios. Habiendo, no sin dificultad, dado en la clave de sus interrogatorios sobre Escocia, gracias á una feliz conjetura de que la provincia de Hanguisse no podía ser otra que nuestro condado de Angus, me ví en el caso de poder contestar más ó menos satisfactoriamente á cuantas preguntas me dirigiera relativas á sus allegados de aquel país, quedando no poco sorprendido al ver que el marqués estaba enterado de la genealogía de algunas familias distinguidas del mismo, mucho mejor de lo que podía yo figurarme.

Por su parte, fué tan grande su satisfacción por las comenzadas relaciones, que al fin creyóse obligado á tomar la resolu-

ción de convidarme á comer en el castillo de Hautlieu, nombre que no podía ser más apropiado, por levantarse el edificio en una eminencia que dominaba las orillas del Loira. Distaba unas tres millas de la aldea en que había yo fijado temporalmente mi residencia, y al contemplarle por primera vez, no pude menos de perdonar á su propietario el encogimiento y mortificación, de que daba muestras, al recibir un convidado en el asilo que se había formado entre las ruinas del palacio de sus mayores. Con un buen humor, que evidentemente encubría un sentimiento más profundo, fuéme poco á poco preparando para la visita que iba á hacer, y para ello tuvo holgada ocasión, mientras me conducía en su pequeño cabriolé, tirado por un gran caballo normando, al antiguo castillo.

Los restos de éste se extienden á lo largo de un precioso ribazo que domina las orillas del Loira, el cual ofrecía en otro tiempo una serie de gradas, primorosamente adornadas de estatuas, grupos de rocas y otros hermosos artificios, por las que podía bajarse de terraplén en terraplén, hasta las mismas márgenes del río. Toda esta decoración arquitectónica, así como los parterres de olorosas flores y los bosquecillos de exóticos arbustos que la completaban, habían cedido el lugar, años hacía, á las labores más productivas del viticultor; pero los restos, que por su solidez sobrevivieron á la destrucción, todavía son visibles y á par de los arriates y bancales, dan claro testimonio de la parte activísima que tomó aquí el arte para realzar la naturaleza.

Pocas nos quedan ya de esas quintas en perfecto estado de conservación, pues la versatilidad de la moda ha transformado en Inglaterra lo que en Francia ha destruído la ira y el furor popular: de mí sé decir, no obstante, que comparto la opinión de la autoridad más abonada de nuestros días en tales materias (1) y creo con él que hemos extremado nuestro gusto por la simplicidad y que las inmediaciones de una mansión señorial requieren una ornamentación más cumplida que la que pueden dar de sí la arena y el césped. Norabuena que no se pretenda desnaturalizar con adornos artificiales una situación de suyo pintoresca; pero en la inmensa mayoría de las posesiones, paréceme indispensable mayor ornamento que el que hoy se acostumbra, para velar la descarnada pobreza de una gran casa,

(1) V. *Ensayo de Price sobre lo pintoresco,* en varios pasajes, pero en particular aquel en que describe tan poéticamente sus sentimientos al destruir, por consejo de un innovador, un secular jardín, con sus vallados y arboledas, sus verjas artísticas y sus enramadas sombrías.

que se levanta solitaria en mitad de un prado, tan aislada é independiente al parecer de cuanto la rodea, como si se hubiera escapado de la ciudad para ir á tomar el aire.

Cómo ha venido á cambiar el gusto de un modo tan súbito y radical, es cosa verdaderamente singular y que no se explica sino por aquel principio que motiva la respuesta de los tres amigos en una de las comedias de Molière: para curar la melancolía de una muchacha pídeles su padre remedio, y ellos le aconsejan que alhaje su aposento con pinturas, tapices ó porcelanas, según el ramo de comercio á que cada uno respectivamente se dedica. Tomando ejemplo de esto, descubriremos tal vez que en lo antiguo el arquitecto era quien trazaba los jardines y esplanadas que rodeaban la vivienda y, naturalmente, desplegaba en ellos su arte adornándolos con estatuas y jarrones, pabellones y escalinatas, terraplenes y balaustradas; al paso que el jardinero ocupaba un lugar secundario y cuidaba tan sólo de acomodar el reino vegetal al gusto del día, recortando los cercados en forma de verdes murallas con sus torres y almenas y dando á los árboles sueltos cierto aspecto escultural. Mas, de entonces acá, la rueda ha dado una vuelta: hoy el artista-jardinero, como se intitula, está casi al nivel del arquitecto, y de aquí que el primero haga un empleo tan inmoderado y hasta violento del pico y el azadón, y que las ostentosas labores del segundo hayan venido á degenerar en una simple *ferme ornée*, tan acomodada á la simplicidad de que hace gala la naturaleza en torno suyo, como lo consiente el aseo y regalo indispensables en las avenidas de una residencia señorial.

Retardada en gran manera la celeridad del vehículo, por la maciza complexión de Juan Roast-beef (1), al que supongo que el caballo normando maldeciría de tan buena gana como allá en remotos tiempos execraban sus compatriotas la obesidad de un estólido siervo sajón, bien se ha necesitado la larguísima digresión que acabo de hacer para darle tiempo de subir la cuesta por una tortuosa calzada, actualmente en pésimo estado, á cuyo extremo se divisaba una larga hilera de ruinosos y destechados edificios enlazados con el ala occidental del castillo.

—Debo dar á V., como inglés, una explicación—dijo el marqués—á fin de que se haga cargo de las razones que tuvieron mis antepasados para enlazar con el edificio principal esa hilera de caballerizas. No ignoro que en Inglaterra es costumbre edificarlas á cierta distancia, pero en mi familia ha sido hereditaria la pasión por los caballos y como á mis ascendientes les gustaba

(1) Apodo que da el populacho en Francia á los ingleses.—N. del T.

ir á verlos con frecuencia, así, teniéndolos cerca, podían hacerlo más cómodamente de lo que en otro caso les hubiera sido posible. Antes de la Revolución, tenía yo treinta hermosos caballos en esta serie de edificios hoy arruinados.

Este recuerdo de una magnificencia pasada se le escapó inadvertidamente, pues en general evitaba toda clase de alusión á su antigua opulencia. Hízolo sosegadamente, sin dejar traslucir ni vanagloria por su primitiva grandeza ni pretensiones á la conmiseración por haberla perdido. De todos modos, dispertó en ambos reflexiones desagradables y continuamos silenciosamente nuestro camino hasta que, llegados á la que fué antes portería, de un chiribitil habilitado en un rincón de ella salió sonriendo alegremente y mostrando una dentadura que más de una duquesa hubiera podido envidiar, una *paysanne* francesa, viva como una centella, de ojos negros como el azabache y refulgentes como dos diamantes, la que vino á tomar las riendas mientras bajábamos del cochecito.

—Madalenita tendrá que hacer hoy de palafrenero — dijo el marqués inclinando graciosamente la cabeza en contestación á la ceremoniosa reverencia que la criada hizo á monseñor—pues su marido ha ido al mercado; y en cuanto á La Jeunesse, la multitud de cargos que desempeña casi le ha vuelto la cabeza. Madalenita — prosiguió el marqués, mientras pasábamos bajo la gran puerta de entrada, coronada de antiguos escudos señoriales mutilados, que ocultaban casi por completo el musgo y la grama, sin contar las ramas indómitas de los arbustos silvestres — Madalenita era ahijada de mi mujer y la habíamos hecho educar para camarera de mi hija.

Estas palabras, dichas sin intención, diéronme á entender que el marqués era marido sin esposa y padre sin hija, viniendo esta circunstancia á aumentar el respeto que me inspiraba aquel desdichado anciano, quien, sin duda, en todo cuanto se refería á su actual situación, debía hallar harto motivo para entregarse á melancólicas reflexiones.

Después de una corta pausa, continuó diciendo con tono más alegre:

—Va V. á divertirse con mi pobre La Jeunesse, que, donde usted le verá, tiene diez años más que yo (el marqués pasa de los sesenta). Me recuerda á aquel actor del *Roman Comique*, que desempeñaba él solo todos los papeles de una comedia, pues pretende reunir en su pobre persona los cargos de mayordomo, cocinero, ayuda de cámara, toda una retahila, en una palabra. Algunas veces me trae á la memoria un personaje de la *Brida de Lammermore*, novela que V. habrá leído sin duda alguna, pues

está escrita por uno de los literatos de su tierra de V., *qu'on appelle, je crois, le chevalier Scott* (1).

—¿Supongo que quiere V. decir sir Walter?

—Sí, señor, él mismo—respondió el marqués.

Esto nos dió pié para desviarnos de recuerdos más penosos, pues tuve que rectificar dos equivocaciones de mi buen amigo francés. Respecto de la primera no lo conseguí sin dificultad, porque, aunque al marqués no le gustaban los ingleses, como había estado tres meses en Londres, se preciaba de dominar las más enrevesadas dificultades de nuestro idioma y apelaba á cuantos diccionarios existen, desde Florio para abajo, empeñado en convencerme de que *Bride* debía significar brida (2). Y llevaba tan alto su escepticismo en esta cuestión filológica, que en vano fué que yo me atreviera á indicarle que en toda la novela ni una sola vez se trataba de brida, pues con el mayor comedimiento y muy ageno de pensar con quien hablaba, repuso que toda la culpa de esa inconsecuencia se la tenía el malaventurado autor. Tuve luégo la candidez de manifestar á mi amigo, que, por motivos que nadie podía saber tan bien como yo, podía asegurarle que mi distinguido compatriota, el escritor de quien hablaré siempre con el respeto debido á su talento, no era responsable de las obrillas que el público le atribuía tan generosa como precipitadamente. Llevado del impulso del momento, hubiera ido quizás más allá remachando mi negativa con una prueba palmaria y de toda evidencia, cual fuera declarar á mi contrincante que nadie más que yo podía en realidad haber escrito esas obras, puesto que yo en persona era su autor; mas el marqués me evitó el disgusto que me hubiera ocasionado el descubrirme de esta suerte, replicándome, con mucha sangre fría, que se alegraba de que tales bagatelas no fueran escritas por una persona de condición.

—Las leemos—dijo—del mismo modo que escuchamos los chistes de un comediante ó que escuchaban nuestros abuelos las de un bufón de profesión, es decir, con gran hilaridad, hilaridad, sin embargo, que sentiríamos excitara en nosotros quien pudiera alegar mejores derechos para alternar en nuestra sociedad.

(1) Es inútil recordar al lector que este pasaje salió á luz cuando el autor escribía todavía bajo el velo del anónimo; por lo cual, según dice Lucio, las palabras de los personajes «corresponden á la fábula.»—N. del A. (Walter Scott publicó sus primeras novelas bajo el pseudónimo de «El autor de Waverley», con la que inició la serie que debía hacerle para siempre famoso).

(2) *Brida* se pronuncia en inglés *bráid* y significa *novia, desposada;* en francés se pronuncia *brid* y significa *brida:* de aquí el equívoco.—N. del T.

Esta declaración me devolvió toda mi habitual cautela y quedé con tal recelo de descubrirme que ni siquiera me atreví á explicar á mi aristocrático amigo que el caballero, á quien había nombrado, debía su posición, por lo que había oído decir, á ciertas obras que, sin impropiedad, pueden calificarse de novelas en verso.

Es lo cierto que, entre otras injustas preocupaciones, que ya he señalado antes, había contraído el marqués tal horror, mezclado de desdén, hacia toda clase de autores, excepto aquellos que componen in-folios sobre leyes ó teología, que todo escritor de novelas, leyendas, poesías sueltas, artículos de periódico ó de crítica literaria, era mirado por él como mira la gente los reptiles venenosos, esto es, con tanto miedo como repugnancia. El abuso de la prensa, en su sentir, especialmente en los grados inferiores, había emponzoñado en toda Europa las fuentes de la moral, y poco á poco volvía á recobrar la influencia que los clamores de la guerra habían amortiguado. Todo escritor, con exclusión de esos de mayor calibre y peso, se le antojaba afiliado á la mala causa, desde Rousseau y Voltaire hasta Pigault-le-Brun y el autor de las novelas escocesas; y aunque no podía negar que las leía *pour passer le temps*, sin embargo, lo mismo que Pistol al tragarse su puerro (1), al tiempo de devorar el contenido, execraba la tendencia de la obra que llevaba entre manos.

Tanto bastó para que retirara la ingenua confesión que mi vanidad me sugiriera, y procuré, por lo tanto, traer el marqués á nuevos detalles sobre la mansión de sus antepasados.

—Aquí—dijo—se alzaba el teatro en cuyas tablas alcanzó mi padre permiso para que pudieran representar algunos de los primeros actores de la Comedia Francesa, siempre que venían á visitarle el Rey y Madame de Pompadour, lo que ocurrió más de una vez; allá, más al centro, había la sala baronial, donde el señor feudal ejercía su jurisdicción cuando él en persona ó su Baile tenían que juzgar á algún reo, pues no ignoráis que éramos, como vuestra antigua nobleza escocesa, señores de horca y cuchillo, ó de *fossa cum furca*, como dicen los juristas; debajo de ella hay la sala de interrogatorios, para las cuestiones de tormento; y ciertamente me pesa que derecho tan ocasionado á

(1) Alusión á un episodio de la tragedia de Shakspeare *Enrique V*. Un capitán galés, que siguiendo la tradición nacional se había adornado el sombrero con un puerro el día de San David, aniversario de la batalla de Azincourt, viéndose blanco de las burlas de un valentón (Pistol), le obliga mal de su grado á tragarse el puerro, de que había hecho mofa y cuyo gusto le revuelve el estómago.—N. del T.

abusos se haya concedido á nadie jamás. Pero — añadió, con un sentimiento de dignidad, realzado por el recuerdo de las mismas atrocidades cometidas por sus antepasados bajo aquellas fuertes rejas que me señalaba — tal es el efecto de la superstición, que aun hoy en día no hay aldeano que se atreva á acercarse á esa mazmorra, donde es fama que en otros tiempos la ira de mis antepasados cometió grandes crueldades.

Al acercarnos á la reja y mientras manifestaba cierta curiosidad por ver de cerca esta morada del terror, de sus subterráneas concavidades salieron agudas carcajadas, que, por lo que luégo descubrimos, provenían de un bullicioso grupo de muchachos que habían escogido aquella caverna abandonada para teatro de un alegre juego á la gallina ciega.

Quedóse de momento algo corrido el marqués, y para disimular, apeló á su *tabatière*; mas se repuso al instante y observó que aquellos eran los niños de Magdalena, que se habían familiarizado ya con los supuestos horrores de aquel antro.

—Además — prosiguió — á decir verdad, estos pobres niños han venido al mundo en una época en que las pretendidas luces han ahuyentado á un tiempo la superstición y las creencias; y á propósito, esto me recuerda que olvidé advertiros que hoy es *jour maigre*. No tengo mas convidados que vos y el *curé* de la parroquia y no quisiera ofender á sabiendas sus sentimientos. Además de que — continuó con más firmeza y desechando toda reserva — aleccionado por la desgracia, profeso sobre este punto principios muy distintos de los que me inculcara la prosperidad, y doy gracias á Dios de no avergonzarme de confesar que observo los preceptos de mi religión.»

Dime prisa á contestarle que si bien podían diferir de los de la mía, las prácticas religiosas de toda comunión cristiana me inspiraban el mayor respeto, pues estaba convencido de que, aunque bajo formas diferentes, todos adorábamos al mismo Dios según el gran principio de la redención, y si al Todopoderoso no pluguiera esa variedad de cultos, las prácticas rituales se nos hubieran prescrito tan por menor como se especifican en la ley de Moisés.

No tenía por costumbre el marqués estrechar la mano, pero en esta ocasión cogió la mía y la estrechó cordialmente, única manera quizás cómo, en tal ocasión, podía ó debía un católico ferviente mostrar la conformidad de sus sentimientos con los míos.

Las explicaciones y observaciones precedentes y otras muchas á que dió lugar la inspección de aquellas vastas ruinas, nos ocuparon todavía durante dos ó tres vueltas que dimos por

la larga plataforma del castillo y cosa de un cuarto de hora que permanecimos sentados en un pabellón de piedra, adornado con el escudo de armas del marqués, cuya bóveda, aunque algo descalzada por los costados, se mantenía íntegra y ofrecía la solidez necesaria.

—Aquí —dijo volviendo á tomar el tono de una parte de su conversación— me place sentarme, ya al mediodía para resguardarme del calor, ya al caer de la tarde, cuando espiran los rayos del sol en la vasta superficie del Loira. Aquí, según las palabras de vuestro gran poeta, á quien, aunque francés, conozco más á fondo que muchos ingleses, me gusta descansar

Mostrando el código de la dulce y amarga fantasía. (1)

Me guardé muy mucho de poner objeción alguna á esta variante de un pasaje bien conocido de Shakspeare, pues tengo para mí que hubiera sufrido gran menoscabo la reputación de nuestro gran poeta á los ojos de un juez tan delicado como el marqués, si hubiera probado á éste que, según todas las demás autoridades, habia escrito:

Rumiando el pisto de la dulce y amarga fantasía. (1)

Demás de que me bastaba con la primera discusión literaria que habíamos tenido, ha tiempo —aunque no antes de los diez años de haber salido del colegio de Edimburgo— que estoy convencido de que el toque de la conversación no estriba en dejar demostrada á todo cuento la superioridad propia, sino en aumentar, perfeccionar y corregir el caudal de conocimientos que se poseen, con la autoridad agena. Dejé, pues, al marqués, que *mostrara su código* á su gusto y me ví recompensado con una erudita disquisición en que adujo gran copia de razones, sobre el estilo florido de arquitectura que se introdujo en Francia durante el siglo XVII. Con notable buen gusto fué indicando sus méritos y sus defectos y después de tocar algunos puntos en el mismo sentido que ha motivado mi digresión de hace poco, alegó en su favor otros motivos, que se fundan en la asociación de ideas que su vista excita en nosotros.

(1) *Shewing the code* — mostrando el código — y *chewing the cud* — rumiando el pisto — suenan á poca diferencia del mismo modo al oído: en su afán de ridiculizar la pronunciación del pobre marqués, hace el autor un equívoco, cuya gracia es bastante discutible. Por lo demás, el verdadero texto es el segundo y constituye uno de aquellos frecuentes atrevimientos de Shakspeare que son la desesperación de los traductores. Podria traducirse así: «Entregándose á los sueños de la mudable fantasía, tan pronto alegres como tristes.» — N. del T.

—Quién se atrevería —dijo— á destruir deliberadamente las terrazas del castillo de Sully? ¿Es posible pisarlas sin que se nos venga á la memoria la imagen de aquel hombre de estado, tan eminente por su ejemplar integridad como por la firmeza é infalible sagacidad de su juicio? Si fueran menos espaciosas, menos macizas ó si el menor detalle alterara su austeridad, ¿cabría ya imaginarlas teatro de sus patrióticas meditaciones? Y me diréis si uno de nuestros salones modernos sería lugar á propósito para que, sentados el duque en una poltrona y la duquesa en un *tabouret,* dieran lecciones de valor y lealtad á sus hijos, de modestia y humildad á sus hijas, de rígida moral á unos y á otros, mientras de pié y en corro, todo aquel plantel de nobleza escucha con la mayor atención, sin levantar los ojos del suelo ni atreverse á replicar ó á sentarse siquiera, á no ser por mandato expreso de su señor y padre? No, caballero —prosiguió el marqués, animándose;— destruíd el regio pabellon en que tenía lugar esta escena edificante y alejaréis del ánimo la verosimilitud, la veracidad de todo el cuadro. ¿Y cómo figurarnos tampoco á ese noble par y gran ciudadano paseándose por un *jardin anglais?* Vaya, que tanto valdría representárnoslo vestido de frac azul y chaleco blanco en vez de su jubón á la Enrique IV y su *chapeau à plumes.* ¿Y cómo hubiera podido menearse entre el tortuoso laberinto de lo que hoy llaman una *ferme ornée,* en medio de la doble fila de guardias suizos, que habitualmente formaban su escolta? Representaos su rostro, su barba, sus *hauts-de-chausses à canon*, sujetos al jubón por mil *aiguillettes*, cintas y lazos; ponédmelo luégo en un *jardin anglais* de nuestros dias y ¿quién no lo tomará por un viejo loco, que ha dado en la manía de vestirse como sus tatarabuelos y á quien un destacamento de gendarmes conduce al *Hôpital des Fous?* Mas contemplad ahora, si es que existe todavía, esa larga y magnífica terraza, en que el leal y eminente Sully solía dar dos veces al día un paseo solitario, embebido en los patrióticos proyectos que meditaba para aumentar la gloria de Francia; ó bien, en aquella otra época posterior y menos risueña de su vida, vedle llorar pensativo el asesinato de su inolvidable amo y la infausta suerte de su patria, desgarrada por los partidos políticos; sobre ese noble fondo de arcadas, esparcid luégo jarrones, estatuas, urnas y todo cuanto puede anunciar la proximidad de un palacio ducal y entonces no se notará discordancia alguna entre las diversas partes del cuadro. Los *factionnaires* con sus arcabuces, cuadrándose en los extremos de la larguísima explanada, señalan la presencia del gran señor feudal, puesta más de relieve todavía por la guardia de honor

que le precede y le sigue, en alto las alabardas, la apostura marcial y majestuosa como en presencia del enemigo, y sin embargo, animados todos, como quien dice, por la misma alma de su ilustre jefe; midiendo sus pasos por los suyos, andando cuando él anda, parándosé cuando se pára, acomodando todos sus movimientos á las más ligeras alternativas ocasionadas por las fluctuaciones de su ánimo y girando con precisión militar en torno de aquel que parece centro y móvil de sus armadas filas, como el corazón es centro de vida y energía para el cuerpo humano. Si os da risa un paseo tan poco conforme con la ligereza y libertad de nuestras actuales costumbres —añadió el marqués, pretendiendo sondear mi rostro con una mirada escrutadora,— ¿os avendríais acaso á destruir esotra terraza por la cual paseó la hechicera marquesa de Sévigné y á la que van unidos tantos recuerdos como dispierta en nosotros la lectura de sus encantadoras cartas?

Algo fatigado de tan larga disertación, con la cual tengo para mí que el marqués tan sólo se propuso esclarecer las bellezas naturales de su propia terraza, que, á pesar de su ruinoso estado, no necesitaba por cierto de recomendación tan solemne, participé á mi amigo que acababa de recibir de Inglaterra el diario de un viaje por el mediodía de Francia, escrito por un estudiante de Oxford amigo mío, poeta, dibujante y muy instruído, en cuyo libro se lee una descripción tan animada é interesante del castillo de Grignan, morada de la hija idolatrada de madame de Sévigné y durante largas temporadas residencia de esta misma, que cualquiera que la haya leído y se halle á cuarenta millas á la redonda del castillo en cuestión, no podrá menos de hacer una excursión para visitarlo. Sonrióse el marqués con muestras de satisfacción, preguntóme el título de la obra y escribió á medida que yo dictaba: «Itinerario de un viaje por Provenza y las orillas del Ródano, hecho en 1819, por Juan Hughes, maestro en artes por el colegio de Oriel, en Oxford,» observando, de paso, que ahora no podía comprar libros para el castillo, pero que recomendaría el pedido de este *Itinéraire* en la librería de la ciudad vecina, á la cual estaba *abonnè*. Mas hé aquí el cura —dijo interrumpiéndose;— su presencia nos advierte que es hora ya de hacer punto en nuestra discusión. También he visto á La-Jeunesse, que daba la vuelta al viejo pórtico de la terraza para ir á tocar la campana y avisar que la comida está pronta; ceremonia completamente ociosa para tres personas que nos sentamos á la mesa, pero que no podría suprimirse sin que el pobre viejo se me muriera de pesar. Haced ahora como quien no le ha visto, pues los ser-

vicios inferiores desea desempeñarlos de incógnito; mas, en cuanto la campana haya cesado de tocar, se nos aparecerá radiante en su calidad de mayordomo.

Así diciendo, nos dirigimos hacia la parte oriental del castillo, única que quedaba todavía habitable en el vasto edificio.

— La *Bande Noire* — dijo el marqués — al devastar el resto del castillo para aprovechar el plomo, la madera y otros materiales, me hizo involuntariamente un favor; el de reducirlo á proporciones más adecuadas al estado de fortuna de su actual propietario. El gusano ha encontrado en la hoja espacio suficiente para alojar su crisálida: á qué preocuparse pues de que los reptiles hayan devorado el resto del arbusto?

En esto llegamos á la puerta. Aparecióseños en sus umbrales La-Jeunesse, mostrando en su continente la más solícita servicialidad y el más profundo respeto; en su rostro, aunque surcado por mil arrugas, vagaba, pronta á corresponder á la más pequeña palabra que le dijera su amo con afabilidad, una sonrisa que dejaba ver su bellísima dentadura, blanca y firme á despecho de los años y de las enfermedades. Sus medias de seda limpias, lavadas tantas veces que ya habían tomado un viso amarillento; su coleta atada con una escarapela, el canoso bucle á cada lado de la escuálida mejilla; la casaca color de perla, sin cuello; el solitario, el *jabot*, (1) las vueltas de encaje en los puños, el *chapeau-bras*, todo, en fin, indicaba que La-Jeunesse consideraba la presencia de un convidado en el castillo como un acontecimiento insólito, al que por su parte debía corresponder con el mayor aparato y ostentación posibles.

Mientras contemplaba este singular, aunque fiel servidor, que indudablemente había heredado de su amo las preocupaciones al propio tiempo que la ropa usada, no pude menos de reconocer allá para mis adentros la semejanza, que ya me había hecho notar el marqués, entre él y mi Caleb, el leal escudero del señor de Ravenswood. Empero un francés, hombre de muchos oficios por naturaleza, sabe adaptarse con más facilidad y soltura al desempeño de multitud de servicios, de lo que es posible esperar de la lentitud insoportable de un escocés. Superior á Caleb en destreza, aunque no en celo, La-Jeunesse parecía multiplicarse según las exigencias del momento y atendía á sus variadas funciones con tal presteza y asiduidad, que para nada se echaban de menos los servicios de otro criado.

La comida, especialmente, fué exquisita. La sopa, aunque *maigre*, epíteto que los ingleses le dan en són de burla, tenía

(1) Chorrera.

un gusto riquísimo y el guisado á la marinera de sollo y anguilas, me reconcilió, á pesar de ser escocés, con este último pescado. No faltaba tampoco un *petit plat de bouilli* para el hereje, tan bien condimentado que la carne, al paso que conservaba todo su jugo, era tierna y sabrosa en extremo. El *potage* y otros dos principios que le siguieron, estaban igualmente muy bien aderezados, pero la obra maestra, la que el viejo *maître d' hôtel* consideraba como una verdadera maravilla y que puso sobre la mesa con una sonrisa de satisfacción como gozándose en mi sorpresa, fué una inmensa *assiette* de espinacas, no formando una superficie plana y uniforme tal como suelen presentarlas nuestros inexpertos cocineros de la orillita del río, sino con altos y bajos, simulando colinas y valles, por los cuales veíase huir un gallardo ciervo, perseguido por una jauría de aulladores sabuesos y una vistosa comitiva de jinetes con sus cuernos de caza, látigos y cuchillos de monte, hecho todo ello, sabuesos, cazadores y ciervo, de pan recortado con gran arte y tostado después. Con el gozo que le produjeron los elogios que no dejé de tributar á este *chef d' œuvre*, confesó el buen viejo que le había costado muy cerca de dos días el dejarlo del todo listo, y luégo, no queriendo apropiarse mas gloria que la que le cabía de derecho en tan brillante pensamiento, añadió que monseñor mismo se había dignado darle algunas ideas muy oportunas y hasta había tenido la condescendencia de ayudarle personalmente en la ejecución de algunas figuras principales. Sonrojóse un poco el marqués á este *éclaircissement*, sin duda para él excusado, pero confesóme que había querido sorprenderme con una escena del poema, tan popular en mi país, «Milady Lac (1).» Respondíle que tan espléndido *cortège* más bien semejaba una gran cacería de Luis XIV que de un pobre rey de Escocia, y que el *paysage* más se parecía á Fontainebleau que á los yermos de Callender. Saludó galantemente en contestación á mi cumplido y reconoció que tal vez el recuerdo del traje de la antigua Corte de Francia, en tiempo de su esplendor, había extraviado un poco su imaginación. La conversación tomó luégo otro giro.

Los postres fueron exquisitos, el queso, la fruta, la ensalada, las aceitunas, los *cerneaux* (2), y el delicioso vino blanco, cada cosa en su género, eran *impayables*. El buen marqués no disimulaba su satisfacción al ver que su huésped hacía honor sinceramente á sus méritos.

---

(1) El verdadero nombre es *The lady of the lake*, la Dama del lago, pero el buen marqués se confunde como siempre y dice la Señora Lago.—N. del T.

(2) Nueces.

— Después de todo — dijo — y aunque sea confesar una necia debilidad, no puedo menos de congratularme de poder ofrecer todavía á un extranjero cierta hospitalidad que parezca agradarle. Creedme, no es sólo por orgullo que nosotros, *pauvres revenants*, vivimos tan retirados excusando los deberes de la hospitalidad. Verdad es que entre nosotros los hay, y demasiados por cierto, que vagan errantes por los castillos de sus padres, mas bien como almas en pena de los difuntos propietarios que como seres vivientes reintegrados en sus propiedades; pero, con todo, si no cultivamos la sociedad de los extranjeros que vienen á visitarnos, débese más bien á vosotros mismos que á nuestra susceptibilidad. Nos hemos formado de vuestra opulenta nación la idea de que sois especialmente aficionados al *faste* y á la *grande chère;* que amáis el regalo y los goces de toda clase, y como en general los medios de que podemos disponer para recibiros son tan limitados, de ahí que nos sintamos imposibilitados del todo para hacer tales gastos y desplegar tal ostentación. Á nadie le gusta ofrecer lo mejor cuando tiene motivo para presumir que no ha de agradar, y como muchos de vosotros publicáis vuestros apuntes de viaje, al señor marqués le haría probablemente poquísima gracia ver puesta en letras de molde, para eterna memoria, la modesta comida que haya podido ofrecer á un milord inglés.

Interrumpí al marqués para declarar que si jamás me daba la idea de publicar mis memorias de viaje, no sería sino para hablar de esa comida como de la mejor que había probado en mi vida. Contestóme mi interlocutor con una inclinación de cabeza manifestando que, ó yo no debía tener el mismo gusto que mis compatriotas, ó en lo que se decía había de haber gran exageración. Dióme las gracias particularmente por haberle mostrado el valor de los bienes que todavía le quedaban.

— Lo útil — dijo — en Hautlieu, como en todas partes, ha sobrevivido sin duda á lo suntuoso. Las grutas, las estatuas, los invernáculos, los criaderos de plantas exóticas, el templo y la torre, se han venido abajo; mas la viña, el *potager*, los frutales, el *étang*, subsisten todavía; y una vez más se felicitó de que sus productos combinados hubieran bastado á componer un conjunto, que hasta un inglés aceptara como una comida tolerable. Sólo espero — prosiguió — que me convenceréis de la sinceridad de vuestros elogios, aceptando la hospitalidad del castillo de Hautlieu, siempre que no tengáis otros compromisos preferentes, mientras permanezcáis en estos alrededores.

Apresuréme á aceptar una invitación, hecha con tal finura, que el invitado parecía ser quien hacía y no quien recibía el obsequio.

Cambiamos luégo de conversación y hablamos de la historia del castillo y de sus cercanías, tema que ofrecía al marqués terreno firme, pues, por lo demás, cuando se variaba de asunto, demostraba no ser gran arqueólogo ni siquiera mediano historiador. Por dicha, no obstante, el párroco reunía ambas cualidades y era además persona de muy amena conversación, llena de *prévenance* y de trato fácil y amable, lo que me ha parecido ser el rasgo distintivo del carácter del clero católico, sea cual fuere el grado de su instrucción. Por él supe que todavía existían restos de una hermosa biblioteca en el castillo de Hautlieu. El marqués se encogió de hombros mientras el párroco me daba esta noticia, y en su mirada vaga se traslució el mismo ligero embarazo que tampoco había podido disimular cuando el charlatán de La-Jeunesse nos explicó la parte que tomara el señor marqués en ciertos arreglos de *cuisine*.

—No tendría inconveniente en enseñaros esos libros—dijo—pero están tan estropeados y en tal desorden, que me avergüenzo de mostrarlos á nadie.

—Dispensad, señor marqués—dijo el cura—mas no ignoráis que permitisteis al doctor Dibdin, el gran bibliógrafo inglés, examinar esas preciosas reliquias, y ya recordaréis cuánto las ponderó.

—¿Y podía obrar de otra manera, amigo mío?—respondió el marqués.—El buen doctor había oído hacer tales elogios de estos restos de lo que un día fué biblioteca, que se había establecido en la *auberge* vecina, resuelto á lograr su intento ó á morir al pié de estas murallas. Hasta me dijeron que había medido trigonométricamente la altura de la torrecilla, á fin de proporcionarse escalas para penetrar en ella por asalto. ¿Hubiérais visto con buenos ojos que redujera un eclesiástico respetable, aunque de diferente comunión religiosa, á tal extremo de desesperación? Hubiera sido para mí un cargo de conciencia.

—Mas sabéis también, señor marqués—repuso el cura—que el doctor Dibdin se enojó de tal manera al ver los estragos causados en vuestra biblioteca, que no se recató de decir que hubiera querido estar armado de los poderes que confiere la Iglesia católica, para poder lanzar su anatema contra los culpables de tal atentado.

—Supongo que su resentimiento fué tan grande como su desengaño—dijo nuestro huésped.

—No tal—exclamó el cura—porque le entusiasmó tanto lo que todavía os queda, que no me cabe duda que, á no ser por vuestras expresas instancias, el castillo de Hautlieu ocuparía al menos veinte páginas en esa obra magnífica de que nos envió

un ejemplar y que quedará como perpetuo monumento de su celo y erudición.

—El doctor Dibdin es sumamente amable—dijo el marqués—y cuando hayamos tomado nuestro café—helo aquí ya—iremos á la torrecilla. Como el señor no ha desdeñado mi humilde comida, confío igualmente que disimulará el lastimoso desorden de mi biblioteca y á mi vez me tendré por muy dichoso si logro con ello proporcionarle alguna distracción. Por lo demás—prosiguió—si no fuera así, ya sabéis, padre mío, que tenéis jurisdicción completa sobre esos libros, pues que, sin vuestra intervención, jamás hubieran vuelto á poder de su dueño.

Aunque este nuevo acto de galantería le había sido evidentemente arrancado, no de muy buena gana, por la insistencia del cura, y aunque se veía que el marqués pugnaba siempre entre el deseo de mostrarse obsequioso y el afán de ocultar á los extraños la desnudez de sus tierras y la extensión de sus pérdidas, no me sentí con fuerzas para rehusar un ofrecimiento que las reglas extrictas de la buena educación tal vez me prohibieran aceptar. Mas ¿quién resiste á la tentación de ver los restos de una colección asaz curiosa para haber inspirado á nuestro bibliófilo el proyecto de penetrar en ella por asalto? Mi abnegación no llega hasta ese punto.

La-Jeunesse nos sirvió un café delicioso y como sólo se bebe en el continente, en una bandeja tapada con una servilleta, á fin de que pudiera *être censé* por plata, y el *chasse-caffé* de la Martinica en una licorera que era ciertamente de este metal. Terminada con esto nuestra comida, condújome el marqués por un *escalier dérobé* á un salón espaciosísimo y bien proporcionado, de unos cien piés de largo á poca diferencia, pero tan desmantelado y destartalado que no levanté un instante los ojos del suelo, por miedo de que mi amable huésped no se creyera obligado á dar mil excusas y explicaciones, ya por los cuadros destrozados, ya por los tapices hechos girones, ó, lo que es peor todavía, por las ventanas que aquí y allá habían cedido á la violencia del viento.

—Hemos procurado hacer la torrecilla algo más habitable—dijo el marqués, mientras atravesaba presuroso esta desolada estancia.—En otro tiempo—añadió—hubo aquí la galería de pinturas y en el gabinetito cercano, que utilizamos ahora para biblioteca, se conservaban algunas curiosas miniaturas, cuyo pequeño tamaño requería que se vieran de cerca.

Y así diciendo, levantó uno de los paños del tapiz de que antes he hablado y entramos en el aposento que acababa de mencionar.

Era de forma octogonal, correspondiendo al aspecto exterior de la torrecilla, cuyo interior ocupaba. En cuatro de sus caras tenía ventanas que ofrecían, cada una por su lado, un punto de vista preciosísimo sobre el Loira y toda la comarca bañada por este río majestuoso. Las ventanas estaban adornadas de vidrios de colores, á través de los cuales los brillantes rayos del sol poniente hacían resaltar un conjunto de emblemas religiosos y escudos de armas señoriales, que no podían casi mirarse sin quedar deslumbrado. Las otras dos ventanas, á las cuales ya no llegaban los fulgores del sol, podían examinarse de cerca y entonces se veía claramente que las vidrieras que las tapaban no habían sido destinadas primitivamente á aquel sitio. Después supe que habían pertenecido á la capilla del castillo, antes de ser profanada y saqueada, y que el marqués se había divertido, durante muchos meses, en llevar á cabo este *rifacciamento*, ayudado del cura y del omni-sciente La-Jeunesse. Y hay que decir que aunque en muchas partes los fragmentos que habían juntado eran pequeñísimos, si no se les examinaba muy de cerca y con ojos de anticuario, producían en conjunto un efecto muy agradable.

Los otros lienzos de pared que no tenían ventanas, estaban enteramente ocupados, excepto en el espacio destinado á la puerta de escape, por armarios y estanterías, en su mayor parte de nogal tallado, que con el tiempo habían tomado un oscuro color de castaña, y en parte de madera blanca ordinaria, de moderna construcción, con que se habían llenado los claros abiertos por la devastación y el saqueo. En esos estantes yacían amontonados los restos, ó por mejor decir, las reliquias salvadas del naufragio de una biblioteca, por todo extremo preciosa.

El padre del marqués era persona muy instruída y su abuelo se había hecho famoso hasta en la corte de Luís XIV, donde puede decirse que la literatura estaba en moda, por la extensión de sus conocimientos. Ambos propietarios, cuya opulencia les permitía no reparar en gastos cuando se trataba de satisfacer sus aficiones, habían hecho tales adiciones á una antigua y curiosa biblioteca gótica que les legaran sus antepasados, que pocas colecciones existían en Francia comparables á la de Hautlieu. Dispersada á los cuatro vientos á consecuencia de una tentativa que en mal hora hizo el marqués en 1790, para defender el castillo contra las turbas, afortunadamente, el cura, que por su caridad y moderación no menos que por sus virtudes evangélicas, gozaba de gran prestigio entre los aldeanos de la comarca, había alcanzado de muchos de ellos que rescataran á vil precio, unas veces por unos pocos sueldos y otras hasta

por un simple vaso de aguardiente, volúmenes que se habían pagado á peso de oro y que los bribones que habían saqueado el castillo, arrebataban sólo por el gusto de hacer daño. Él mismo había comprado en esa ocasión cuántos libros le permitió su modestísima fortuna, y á su celo se debió que volvieran á la torrecilla donde yo los hallé. ¿Qué mucho, pues, que el buen párroco sintiera cierto orgullo y satisfacción en mostrar á los extranjeros la colección que él había salvado?

Á pesar de los tomos desapareados é incompletos y de todas las demás mortificaciones porque pasa un aficionado cuando registra una biblioteca abandonada, había en la de Hautlieu muchos ejemplares, capaces, como dice Bayes, de «dejar sorprendido y extático» al bibliófilo. Allí se veían, según la sentida expresión de Ferrier, esos tomitos de canto dorado

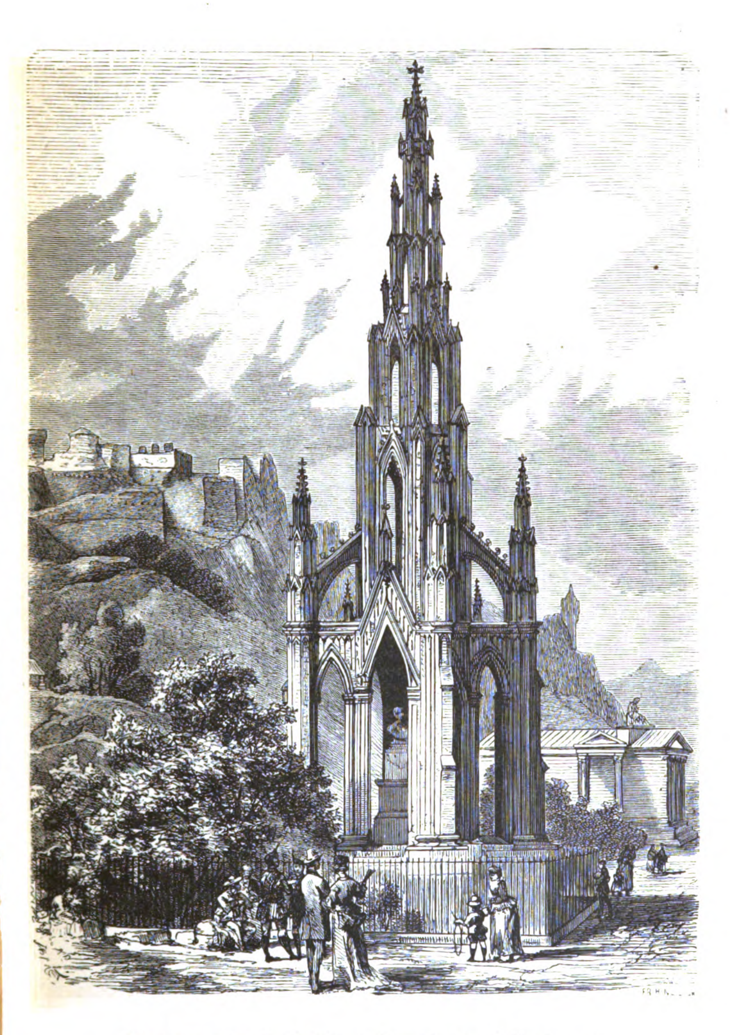
que el implacable tiempo ha ennegrecido,

y que tan raros son; curiosos misales preciosamente miniaturados; manuscritos de 1380, 1320 y hasta de más remota fecha; y obras de los siglos XV y XVI, impresas en caracteres góticos. Mas de éstas me propongo dar cuenta más detallada en otra ocasión, si el señor marqués me faculta para ello.

Entretanto, baste decir que, encantado de la visita que hice aquel día á Hautlieu, la repetí con frecuencia, teniendo siempre á mi disposición la llave de la torrecilla octógona. En las horas que allí pasé fuí encariñándome extraordinariamente con una parte de la historia de Francia, que nunca había estudiado á fondo, á pesar de lo muy relacionada que está con la de toda Europa y de que un antiguo historiador la ha descrito con estilo inimitable. Al propio tiempo, para complacer á mi excelente amigo, me ocupé de vez en cuando en algunos papeles de familia, que se habían salvado afortunadamente y que contenían curiosos detalles sobre el parentesco de la casa de Hautlieu con una familia escocesa, á cuya circunstancia debí en un principio la propicia acogida que me dispensó el señor marqués.

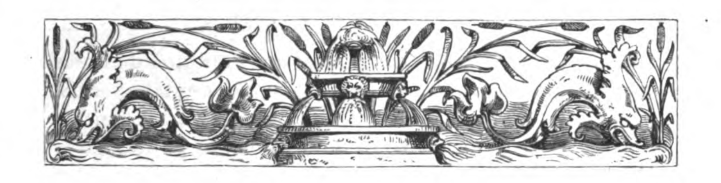
Reflexionando, *more meo*, sobre lo que precede hasta que me embarqué para volver al *roastbeef* y al fuego de hulla de la Gran Bretaña, cambio de domicilio que no tuvo lugar hasta que hube puesto en orden estas reminiscencias galas, al fin, el resultado de mis meditaciones tomó la forma, de que podrán juzgar al momento mis lectores, si es que no les ha asustado este larguísimo prólogo.

Si el público acoge favorablemente esta obra, no me pesará de haberme ausentado de mi país por una corta temporada.



Monumento á Walter Scott, en Edimburgo.

UNIV. OF
CALIFORNIA



CAPÍTULO I.

El contraste.

> Mirad estos retratos; viva imagen,
> fiel representación de dos hermanos.
>
> *Hamlet.*

El fin del siglo XV señala el punto de partida de una serie de acontecimientos que acabaron por encumbrar la Francia á un grado de poderío tan formidable, que desde entonces no ha cesado un punto de ser el blanco predilecto de la envidia de las demás naciones europeas. Antes de esa época, al luchar contra los ingleses, enseñoreados de sus mejores provincias, tenía empeñada en la lucha su propia existencia, y todas las proezas de su rey y todo el denuedo de sus hijos apenas si bastaron á preservar el resto de la nación del yugo extranjero. Y no era este el único peligro que la amenazaba. Los príncipes que poseían los grandes feudos de la corona y, en especial, los duques de Borgoña y de Bretaña, habían llegado á adelgazar de tal manera los vínculos feudales que, al más frívolo pretexto, no tenían empacho en levantar pendón contra el rey de Francia, su soberano y señor. En tiempo de paz reinaban en sus dominios con independencia absoluta, y la casa de Borgoña, señora de la tierra de este nombre y de la más bella y rica porción de Flandes, era tan poderosa y opulenta de suyo, que no cedía en fuerza ni esplendor á la misma casa real.

Á imitación de los grandes feudatarios, arrogábanse los vasallos inferiores de la corona toda la independencia que les consentía su lejanía del poder central, la extensión de su feudo ó la fortaleza de su castillo, y, seguros de que la ley no había de alcanzarles, todos esos tiranuelos se entregaban im-

punemente á los más horribles excesos y antojos de opresión y crueldad. Solamente en Auvernia se contaban más de trescientos de estos nobles independientes, para quienes el incesto, el asesinato y el robo eran crímenes habituales y familiares.

Á estos males vino á agregarse otro, nacido de las prolongadas guerras entre Inglaterra y Francia, que aumentó en no pequeña parte las desdichas de esta nación perturbada. De la escoria de los demás paises habíanse formado en diversas partes de Francia numerosas gavillas de soldados que elegían sus capitanes de entre los aventureros más afortunados y valientes. Estos mercenarios vendían su espada por un tiempo determinado al mejor postor, y cuando no hallaban ocupación, guerreaban por su propia cuenta, rindiendo castillos y fortalezas para convertirlos en casas de refugio, haciendo prisioneros, exigiendo rescates, imponiendo tributos á las aldeas no fortificadas, saqueando sus alrededores y justificando, en una palabra, á fuerza de rapiñas, los epitetos de *Tondeurs* y *Écorcheurs,* ó sea *Trasquiladores* y *Desolladores,* que se les daba generalmente.

En medio de los horrores y miserias que engendraba esa perturbación en la cosa pública, hacíase gala en la corte de grandes y príncipes de una prodigalidad desenfrenada, que imitaban sus subalternos derrochando con ruda, aunque magnífica ostentación, las riquezas arrancadas al pueblo. Cierta galantería romántica y caballeresca, que á menudo sin embargo degeneraba en licencia, caracterizaba las relaciones entre ambos sexos; el vocabulario de la andante caballería estaba todavía en boga y sus prácticas en vigor, aunque ya no suavizaba y compensaba sus extravagancias el sentimiento puro de amor ideal y de abnegación práctica que ella inspiraba. Las justas y torneos, los banquetes y fiestas que se daban en todas las cortes y cortecillas de Francia, atraían á este país una nube de errantes aventureros, que, al llegar á él, era raro que no hallaran ocasión de emplear su temerario valor y emprendedor esfuerzo en hazañas, para las cuales su patria más dichosa no les dejaba campo libre.

En este tiempo, como para salvar á este hermoso reino de las desventuras sin cuento que le amenazaban, subió á su trono vacilante Luís XI, cuyo carácter, odioso en sí, supo

afrontar, combatir y neutralizar en gran parte las calamidades de la época; no de otra suerte que, según los antiguos libros de medicina, los venenos de cualidades opuestas tienen la propiedad de contrarestarse mútuamente.

Asaz animoso para toda empresa útil ó política, Luís no tenía chispa de ese valor romántico ó de esa arrogancia al mismo aneja, que nos impulsa á combatir por el puntillo de honor cuando ya hemos logrado hace tiempo el fin de utilidad que nos habíamos propuesto. Calmoso, artero y profundamente atento á su interés personal, todo lo sacrificaba, hasta su orgullo y sus pasiones, para no comprometerlo. Cuidaba sobremanera de ocultar á cuantos le rodeaban sus verdaderos sentimientos y propósitos y á menudo se le oyó decir que «no sabía reinar el rey que no supiera disimular y que, en cuanto á él, si llegara á sospechar que su gorro sabía sus secretos, lo arrojaría al fuego.» No hubo en su tiempo ni ha habido en otro alguno quien supiera mejor que él sacar partido de las fragilidades agenas ni evitar que los demás le llevaran la más pequeña ventaja, cediendo él á las suyas fuera de sazón.

Era vengativo y cruel por naturaleza, hasta el punto de complacerse en las frecuentes ejecuciones que ordenaba. Mas, así como ningún asomo de misericordia le indujo nunca á perdonar cuando podía condenar sin temor, jamás el afán de venganza le incitó tampoco á emplear la violencia prematuramente. Rara vez se arrojaba sobre su presa que no la tuviera perfectamente al alcance de sus garras y sin medio alguno de escapar, y disimulaba sus movimientos con tal arte, que su triunfo era por lo común la primera noticia que llegaba al mundo del objeto á cuya obtención había dirigido sus maniobras.

Asimismo la avaricia de Luís cedía el lugar á una aparente liberalidad, cuando le era preciso sobornar al favorito ó ministro de algún príncipe rival, con la mira de conjurar algún ataque inminente ó de deshacer alguna alianza tramada contra él. Amaba la licencia y los placeres, mas ni el amor ni la caza, aunque ambas eran sus pasiones dominantes, le privaron en ninguna ocasión de atender con la mayor puntualidad á los asuntos públicos ó á los negocios de estado. Conocía profundamente el corazón humano, habiéndose amaestrado en su estudio, interviniendo muy á menudo personalmente en

todos los grados de la vida privada; y aunque orgulloso y altanero por temperamento, sentía tal despreocupación por las arbitrarias divisiones sociales que, con maravilla y extrañeza de sus contemporáneos, no vacilaba en confiar los empleos más importantes á hombres de la más humilde condición, escogiéndolos con tal acierto que rara vez se engañó tocante á sus aptitudes.

Sin embargo, el carácter de este hábil y astuto monarca ofrece ciertas contradicciones, pues rara vez en la naturaleza humana hay uniformidad. Siendo él el más falso y solapado de los hombres, algunos de los mayores errores de su vida provinieron de haber tenido una confianza ciega en el honor é integridad de los demás. Las faltas que cometió Luís por tal motivo se explican al parecer por un refinamiento excesivo de su política que le inducía á simular una confianza ilimitada en aquellos á quienes se proponía engañar; pues, por lo demás, en su conducta general, se mostraba tan receloso y suspicaz como el mayor tirano que haya existido en el mundo.

Otros dos rasgos merecen apuntarse todavía para completar el bosquejo del carácter de este monarca formidable, que, entre los rudos y caballerescos príncipes de su tiempo, hace el mismo papel que un domador entre las fieras, quien, á fuerza de tacto y habilidad y repartiéndoles oportunamente, ya comida, ya palos, consigue finalmente dominar á aquellos mismos animales que, en caso contrario, le harían trizas bajo sus garras.

El primero de esos rasgos característicos de Luís XI era una superstición extremada, azote con que aflige el cielo frecuentemente á aquellos que se hacen sordos á la voz de la religión. Jamás intentó Luís aplacar los remordimientos producidos por sus maldades, abandonando sus amaños maquiavélicos; pero en cambio se esforzó, aunque inútilmente, en adormecer y sosegar su atormentada conciencia por medio de prácticas supersticiosas, rigorosas penitencias y profusos donativos á los clérigos. La segunda cualidad de su carácter, con la cual muchas veces se presenta extrañamente enlazada la primera, era su afición á la crápula y al libertinaje. El más discreto, ó por lo menos el más astuto de los soberanos de su época, sentía una verdadera pasión por la vida licenciosa, y á pesar de su claro talento, gustaba de las chanzonetas y equí-

vocos de baja ley, más de lo que hubiera podido creerse á juzgar por otros rasgos de su carácter. Llegó á mezclarse en oscuras intrigas y cómicas aventuras con una facilidad que se compadecía poco con su natural habitualmente suspicaz y receloso, y tenía tan desapoderada afición á esa especie de galantería vulgar, que mandó recopilar cierto número de anécdotas festivas y de color muy subido, formando con ellas una colección bien conocida de los bibliófilos, á cuyos ojos, únicos que pueden mirarla, la edición *auténtica* es de inestimable valor (1).

Por medio del carácter enérgico y prudente, aunque muy poco simpático, de este príncipe, plugo al cielo, que obra así en la tempestad deshecha como en la menuda lluvia, devolver á la gran nación francesa los beneficios del gobierno civil que, al tiempo de su elevación al trono, había perdido casi del todo.

Antes de suceder á su padre, había dado Luís muestra de sus vicios más bien que de su talento. Su primera mujer, Margarita de Escocia, sucumbió «al diente emponzoñado de la calumnia,» en la corte de su marido, que fué el primero en fomentar la murmuración, sin lo cual es bien seguro que nadie osara proferir una sola palabra injuriosa contra esa amabilísima princesa. Había sido hijo ingrato y rebelde, ya conspirando para apoderarse de la persona de su padre, ya alzándose abiertamente en armas contra él. Por la primera de estas faltas fué desterrado al Delfinado, que era su patrimonio, y que gobernó con gran acierto; por la segunda, se le impuso el destierro más absoluto y vióse obligado á recurrir á la merced y casi á la caridad del duque de Borgoña y de su hijo, en cuya corte recibió una hospitalidad, bastante mal correspondida, hasta la muerte de su padre, que tuvo lugar en 1461.

En los mismos albores de su reinado se vió Luís casi aplastado por una liga que formaron contra él los grandes vasallos de su corona, acaudillados por el duque de Borgoña, ó por mejor dicho, por su hijo el conde de Charalois. Levantaron un

---

(1) Esta *editio princeps*, muy buscada de los inteligentes cuando está bien conservada, se intitula: *Les Cent nouvelles Nouvelles, contenant Cent Histoires Nouveaux, qui sont moult plaisans à raconter en toutes bonnes compagnies par manière de joyeuxetè.—Paris, Antoine Verard.* Sin fecha de año de impresión, en foleo, gótico. —V. De Bure.

ejército poderoso, bloquearon á París, y al mismo pié de sus murallas dieron una batalla de dudoso éxito, que puso la monarquía francesa al borde de su ruina. Sucede en tales casos que el más sagaz de los dos generales que se disputan el campo de batalla, es quien recoge el verdadero fruto, aunque no el honor militar, de la jornada.

Luís, que en la batalla de Montl'hery había dado grandes pruebas de valor personal, supo con su prudencia sacar tanto partido de su dudoso éxito, cual si hubiera sido para él una victoria completa. Contemporizó hasta que la coalición de sus enemigos quedó rota, y dióse tal maña en sembrar recelos entre aquellos poderosos magnates, que su alianza «del Bien Público» como la llamaban, aunque en realidad tenía por objeto derribar la monarquía francesa y no dejarla subsistir más que de nombre, disolvióse por sí misma y jamás volvió á retoñar con tan terrible empuje. Desde entonces, Luís, sin temor á las agresiones de Inglaterra, desgarrada por las guerras civiles de York y de Lancaster, consagróse durante muchos años, á guisa de médico experto, aunque insensible, á curar las heridas del cuerpo político, ó por mejor decir, á contener, ya con remedios suaves, ya con el hierro y el fuego, el progreso de la gangrena mortal que le corroía. Ya que extirparlos del todo era empresa imposible, procuró al menos disminuir el *brigandage* de las Compañías Francas y la tiranía hasta entonces impune de la nobleza; y poco á poco, á fuerza de atención y perseverancia, logró ir extendiendo la autoridad real, limitando al propio tiempo la de los que la desconocían.

No por eso, sin embargo, vivía el rey de Francia exento de inquietudes y peligros. Aunque desunidos, los miembros de la liga «del Bien Público» seguían existiendo, y á semejanza de la serpiente, sus trozos podían volver á juntarse otro día y ser nuevamente peligrosos. Sobre todo, dábale que temer el creciente poderío del duque de Borgoña, á la sazón uno de los príncipes más poderosos de Europa y cuya categoría amenguaba apenas la dependencia nominal en que se encontraba aquel ducado para con la corona de Francia.

Carlos, apellidado el *Atrevido*, ó por mejor decir el *Temerario,* por ir su valor acompañado de una impetuosidad frenética, era quien ceñía entonces la corona ducal de Bor-

goña, ardiendo en deseos de convertirla en corona real é independiente. El carácter de este príncipe era bajo todos conceptos la antítesis completa del de Luís XI.

Este era calmoso, reflexivo y astuto; jamás se empeñaba en empresas desesperadas, pero tampoco abandonaba ninguna que tuviera alguna probabilidad de éxito, por lejana que fuera. El genio del duque era enteramente opuesto: lanzábase al peligro porque lo amaba y á las dificultades porque las despreciaba. Así como Luís nunca sacrificaba su interés á sus pasiones, Carlos, al contrario, no sacrificaba nunca sus pasiones, ni siquiera sus caprichos, á consideración alguna. Á pesar del próximo parentesco que les unía y del apoyo que el duque y su padre habían prestado á Luís en su destierro, cuando era delfín, sólo sentían el uno por el otro odio y desprecio. El duque de Borgoña desdeñaba la política cautelosa del rey y achacaba á cobardía el que se valiera de pactos, indemnizaciones y otros medios indirectos para alcanzar ventajas, que, á encontrarse él en su lugar, arrebatara con la punta de la espada. Le odiaba además, no sólo por la ingratud con que había pagado sus antiguas bondades y las injurias personales que de él recibiera, cuando, en vida de su padre, los embajadores de Luís le acusaron falsamente, sino también y muy especialmente por el secreto apoyo que daba á los descontentos de Gante, Lieja y otras grandes ciudades de Flandes. Estas ciudades turbulentas, celosas de sus privilegios y orgullosas de sus riquezas, alzábanse con frecuencia en rebelión contra sus señores feudales los duques de Borgoña, y nunca dejaron de hallar favor por bajo mano en la corte de Francia, pues Luís aprovechaba todas las ocasiones posibles para fomentar los disturbios en los dominios de un vasallo que había llegado á ser excesivamente poderoso.

Correspondía Luís á este odio y á este desprecio con no menos energía, si bien con mayor disimulación. Príncipe de tan profunda sagacidad no podía menos de despreciar aquella testaruda obstinación que jamás abandonaba su intento por fatales que pudieran ser las consecuencias de su perseverancia, así como aquella impetuosidad temeraria con que se lanzaba á su propósito sin detenerse un instante á considerar qué obstáculos pudieran oponérsele. No obstante, el rey odiaba á Carlos todavía más de lo que le despreciaba, y

tanto uno como otro sentimiento adquirían mayor intensidad por mezclarse con ellos el miedo, pues no ignoraba Luís que la embestida del toro furioso, con el que comparaba al duque de Borgoña, es siempre formidable, por más que la fiera la dé con los ojos cerrados. Y no le causaba sólo este temor la riqueza de las provincias de Borgoña, la disciplina de sus belicosos habitantes y la masa de su densa población, sino también las cualidades personales de su jefe, que eran un peligro continuo, pues valiente hasta la temeridad, pródigo en sus gastos, espléndido en su corte, en su persona y en su tren y desplegando en todo la suntuosidad tradicional de la casa de Borgoña, Carlos el Temerario atraía á su servicio á todos los genios turbulentos de su época que congeniaban con su propio temperamento y Luís no dejaba de ver muy claro todo lo que podían emprender y realizar tal conjunto de determinados aventureros, acaudillados por un príncipe de carácter tan ingobernable como el de todos ellos.

Otra circunstancia aumentaba todavía la animosidad de Luís contra su prepotente vasallo: debíale favores, á que nunca fué su ánimo corresponder, y veíase obligado frecuentemente á contemporizar con él y hasta á sufrir las explosiones de su petulante insolencia, injuriosas á la dignidad real, sin poder tratarle de otro modo que como á su «buen primo de Borgoña.»

Allá por el año 1468, á pesar de existir entre ambos príncipes una tregua dudosa é insegura, lo que ocurría á menudo, su enemiga estaba en su apogeo: entonces es cuando empieza la presente historia. Pensará alguien tal vez que el primer personaje que aparece en escena ni por su rango ni por su condición exigían una disertación previa sobre la situación relativa de esos dos príncipes; mas las pasiones de los grandes, sus discordias y amistades influyen en la fortuna de cuantos les rodean, y á medida que el lector vaya enterándose de los sucesos, verá que este capítulo preliminar era de todo punto indispensable para la inteligencia de las aventuras que vamos á relatar.



CAPÍTULO II.

El Peregrino.

Ostra es el mundo que mi cuchillo abre.
Antigua canción.

En una deliciosa mañana de estío, á esa hora en que el sol no ha alcanzado todavía toda su fuerza y en que el rocío refresca y embalsama el ambiente, un mancebo, procedente del Nordeste, se aproximó al vado de un riachuelo ó por mejor decir ancho torrente, tributario del Cher, cerca del real castillo de Plessis-les-Tours, cuyas sombrías y multiplicadas almenas sobresalían en lontananza por encima de la espesa selva que le rodeaba. Esos bosques comprendían un *soto noble* ó parque real, cercado por un vallado, llamado en el latín de la edad media *Plexitium*, de cuyo nombre han recibido el de Plessis tantos pueblos de Francia. El castillo y la aldea á que nos referimos llamábanse Plessis-les-Tours, para distinguirse de otros del mismo nombre y se levantaban á unas dos millas al sud de la hermosa capital de la antigua Turena, cuya rica llanura ha recibido el nombre de Jardín de Francia.

En la orilla opuesta á la que iba aproximándose el viajero, dos hombres engolfados al parecer en profunda conversación, de vez en cuando parecían observar sus movimientos, pues como el terreno era allí mucho más elevado le habían podido divisar desde bastante lejos.

El joven viajero aparentaba unos diez y nueve ó veinte años, y aunque su fisonomía y su apostura predisponían en su favor, veíase á la legua que el país en que se encontraba no era el suyo. Su capita gris y sus calzones tenían más as-

pecto flamenco que francés, al paso que su airosa gorra azul, adornada sencillamente con un ramito de acebo y una pluma de águila, descubrían inmediatamente su origen escocés. Su vestido era muy limpio y estaba arreglado con esmero, como de quien sabe que no tiene mala figura. Llevaba á la espalda un saquito, que probablemente contendría los útiles más precisos; en la mano izquierda un guantelete de halconero, aunque no se le veía halcón alguno, y en la derecha un grueso venablo. Colgaba de su hombro izquierdo una banda bordada que sostenía una bolsita de terciopelo carmesí, como las que usaban entonces los cazadores de distinción para poner la comida de los halcones y las demás menudencias propias de un ejercicio tan en boga. Esa banda iba cruzada por una correa de la que colgaba un cuchillo de monte ó *couteau de chasse*. En vez de las botas de la época calzaba borceguíes de piel de gamo á medio curtir.

Aunque no había alcanzado todavía todo su desarrollo, era alto y de buena presencia, y la ligereza de su paso demostraba que el viajar á pié era para él más bien un placer que un cansancio. Tenía el cutis blanco aunque algo curtido, sea por el sol de ese país extranjero, sea tal vez por la exposición constante al aire libre en su tierra natal.

Sus facciones, sin ser enteramente regulares, eran simpáticas y respiraban candor y franqueza. Una media sonrisa, propia del que se siente en el vigor de la edad y libre de cuidados, dejaba ver de vez en cuando sus dientes preciosos y blancos como el marfil: al paso que sus ojos animados y llenos de alegría, miraban cada uno de los objetos en que se fijaban con expresión de buen humor, de bondad expansiva y de pronta resolución.

Recibía y devolvía el saludo de los pocos viajeros que hallaba por el camino en aquellos tiempos peligrosos, del modo que á cada cual correspondía. El paseante de espada al cinto, entre soldado y bandido, medía al mancebo con la vista como si comparara la probabilidad del botín con los azares de una resistencia desesperada, pero leía tales señales de esto último en la intrépida mirada del caminante, que trocaba su infame propósito por un desabrido «buenos días, camarada,» al que el joven escocés contestaba en tono igualmente marcial, aunque menos huraño. El errante peregrino ó el fraile men-

dicante, respondían á su reverente salutación con un paternal *benedícite;* y la rapaz lugareña de ojos negros volvíase á mirarle más de una vez después de haberse cruzado y cambiado un saludo jovial. En resumen, había en su persona algo que atraía y cautivaba poderosamente la atención, debido tal vez á reunirse en él la franqueza animosa y el buen humor con la mirada expresiva y la belleza de facciones y de figura. Todo su aspecto parecía indicar también á uno que entra en la vida sin ningún cuidado por los peligros que la asedian y sin más medios para triunfar de sus rigores que la vivacidad de su espíritu y la resolución de su pecho, prendas todas con que la juventud simpatiza de buen grado, y que le atraen á su vez de la edad madura y de la experiencia un interés afectuoso y compasivo.

El joven cuyo retrato acabamos de hacer había sido visto hacía rato por las dos personas que se paseaban á la orilla opuesta del riachuelo donde estaban situados el parque y el castillo; pero, al verle bajar la escarpada ribera con la ligereza del corzo que corre á la fuente á apagar su sed, el más joven de los dos dijo al otro:

—Ved: es nuestro hombre; es el Gitano! Si intenta pasar el vado, está perdido; el río trae mucha agua y no es vadeable por aquí.

—Dejadle que haga este descubrimiento por sí mismo, compadre—dijo el otro personaje de más edad:—quizás con ello se ahorre una soga y se desmienta un refrán.

—Le reconozco por la gorra azul—dijo el otro—pero no le veo la cara. ¡Escuchad! Ahora vocea para preguntarnos si el agua tiene mucha profundidad.

—Que lo pruebe—repuso el otro;—nada hay tan bueno en el mundo como la experiencia.

El mancebo, en tanto, viendo que no obtenía respuesta y tomando el silencio de los dos desconocidos por un estímulo para seguir adelante, entró en la corriente sin vacilación y sin más retardo que el necesario para quitarse los borceguíes. El más anciano al instante mismo le gritó que anduviera con tiento, y dirigiéndose á su compañero, díjole en voz baja:

—*Mortdieu!* compadre, otra vez os habéis equivocado; no es este el charlatán del gitano.

Mas el aviso llegó tarde; el mancebo ó no lo oyó ó no pudo

aprovecharse de él por hallarse ya en plena corriente. Para otro menos agil y diestro en nadar, la muerte hubiera sido inevitable, pues el torrente era en aquel lugar tan profundo como rápido.

—Por santa Ana! Pues si es un mancebo de todas prendas!— continuó diciendo el viejo.—Andad, compadre, y enmendad el yerro ayudándole cuanto podáis. Es de los vuestros. Si no mienten los antiguos refranes, no se ahogará en poca agua.

En verdad, el joven viajero nadaba con tal fuerza y azotaba las oleadas con tal destreza, que á pesar de la impetuosidad de la corriente, esta no le desvió gran trecho del otro extremo del vado.

Á la sazón el más joven de los dos desconocidos se apresuraba á bajar á la orilla para prestarle auxilio, mientras que el otro le seguía á paso lento, diciendo para sí mientras iba acercandose:

—Ya sabía yo que el agua no iba á ahogar á este joven Por mi santiguada, ya ha tomado tierra y empuña el venablo. Si no me doy prisa, va á zurrar á mi compadre por la única acción caritativa que ha hecho, ó que ha pretendido hacer, en toda su vida.

Razón había para esperar tal desenlace, pues el buen escocés increpaba ya al joven samaritano, que corría á ayudarle, con estas irritadas palabras:

—Perro sin crianza! ¿por qué no me has respondido cuando te he preguntado si el río era vadeable por aquí? Que el diablo me lleve si no te enseño de hoy en adelante á guardar mejor el respeto debido á un extranjero.

Estas palabras fueron acompañadas de un significativo movimiento de palo llamado *molinete*, porque el que lo esgrime cogiéndolo por el medio, lo blande en todas direcciones como las aspas de un molino de viento. Su adversario, viéndose amenazado de tal suerte, echó mano á la espada, pues era de aquellos que en toda ocasión se sienten más dispuestos á obrar que á discutir; pero habiendo llegado ya en esto su compañero, éste, más juicioso le mandó reportarse, y encarándose luégo con el mancebo le acusó á su vez de precipitación al arrojarse al agua á pesar de verla tan turbulenta, así como de irritarse injustamente moviendo querella á un hombre que corría presuroso á prestarle auxilio.

Al oir tales reproches de boca de un anciano de venerable aspecto, el joven depuso inmediatamente el arma y dijo que sentiría acusarles injustamente, mas que en realidad le parecía que le habían dejado exponer la vida por no avisarle á tiempo, lo cual no sería propio de hombres honrados ni de buenos cristianos, cuanto menos de menestrales respetables como parecían ser.



—Hijo mío—dijo el más viejo—por el acento y el aspecto se te conoce que eres extranjero; y podías pensar que tu pronunciación no es tan inteligible para nosotros como quizás te parezca á ti por clara que la tengas.

—Bueno, padre—respondió el mancebo—poco me importa el baño que he tomado y pronto estoy á perdonaros la parte de culpa que en ello hayáis tenido si me indicáis algún sitio donde pueda hacerme secar la ropa, pues este es el único vestido que tengo, y quisiera conservarlo en el mejor estado posible.

—¿Por quién nos tomas, hijo mío?—dijo el forastero de más edad en contestación á esta pregunta.

—Por honrados menestrales, sin duda alguna—dijo el mancebo;— ó mejor, callad: vos, señor, debéis ser traficante en dinero ó comerciante en granos y vuestro compañero parece carnicero ó ganadero.

—Has acertado maravillosamente nuestro oficio—dijo el viejo sonriendo.—Mi negocio consiste ciertamente en traficar en dinero tanto como puedo y el oficio de mi compadre tiene algo que ver con el de carnicero. En cuanto á ti, prontos estamos á servirte, mas antes quisiera saber quién eres y á dónde vas, pues en los tiempos que corremos, los caminos están llenos de viajeros á pié y á caballo, que lo que tienen más lejos de su corazón es la honradez y el temor de Dios.

El joven volvió á dirigir una mirada aguda y penetrante á su interlocutor y á su mudo compañero, como para cerciorarse de si ambos merecían la confianza que solicitaban; y el resultado de su observación fué el siguiente:

El más anciano y el de más viso de ambos desconocidos, así por el traje como por el porte, tenía apariencia de comerciante ó tendero de aquella época. Llevaba coleto, sombrero y capa todo del mismo color oscuro y del mismo paño, pero tan raído que el malicioso escocés dedujo que su dueño debía ser ó muy rico ó muy pobre, probablemente lo primero. Su traje era ceñido y corto, moda que no se reputaba entonces muy decorosa entre los nobles, ni aun siquiera entre los ciudadanos de distinción, quienes por lo común usaban hopalandas holgadas que les bajaban hasta más de media pierna.

La expresión del rostro de este hombre era á la vez atractiva y antipática. Sus facciones acentuadas, sus mejillas hundidas y sus ojos huecos respiraban no obstante una malicia y buen humor que congeniaban con el carácter del joven aventurero. Pero al propio tiempo sus densas y negras cejas daban á esos mismos ojos hundidos una expresión que tenía en sí algo de imponente y siniestro á la vez. Quizás aumentaba el efecto que producían el sombrerito bajo de pieles, muy aplacado sobre la frente, que hacía más densa la sombra en la cual aquellos se movían; mas lo cierto es que el joven extranjero se vió en apuros para conciliar las miradas del anciano con la humildad que en todo lo demás traslucía su aspecto.

Su sombrero especialmente, en el cual toda persona de posición solía lucir una hebilla de oro ú plata, iba adornado con una vil medalla de plomo representando la Virgen, igual á las que traían de Loreto los peregrinos de más humilde condición.

Su compañero era un hombre fornido de mediana estatura y unos diez años más joven. Miraba de reojo y se sonreía siniestramente, cuando por casualidad lo hacía, lo que acontecía tan sólo en contestación á ciertas señales secretas que se cruzaban entre él y el otro forastero. Iba el tal armado de espada y daga, y debajo de su sencilla túnica observó el escocés que ocultaba un *jazeran*, ó cota de malla flexible como las que usaban á menudo en aquella época peligrosa aquellos que aunque de profesión pacífica tenían frecuente necesidad de salir fuera ciudad, lo que confirmó al joven en sus conjeturas de que su dueño debía ser de oficio carnicero ó ganadero ó cualquier otro parecido, que exigiera correr mucho por el campo.

El joven escocés hízose cargo de una ojeada de las observaciones cuya explicación nos ha exigido á nosotros bastante tiempo, y al cabo de un momento respondió haciendo un ligero saludo:

—No sé á quién tengo el honor de dirigirme; pero poco me importa que se sepa que soy un segundón de Escocia que vengo á buscar fortuna en Francia ó en cualquiera otra parte, según costumbre de mi país.

—¡*Pasques-dieu!* y es una costumbre muy buena—dijo el más viejo de los dos desconocidos.—Pareces un mocetón de buena traza y de la mejor edad para prosperar así con los hombres como con las mujeres. Vamos á ver: soy comerciante y necesito un joven que me auxilie en mi negocio; ¿te convendría este empleo? Pero ya lo veo: eres demasiado noble para ayudar en faena tan mecánica.

—Señor mío—dijo el mancebo—si ese ofrecimiento es formal, de lo que tengo mis dudas, os debo dar gracias y os las doy en efecto; mas temo en efecto que no os sería de ninguna utilidad mi ayuda.

—¡Cómo!—dijo el viejo.—Apuesto á que entiendes más en tirar el arco que en extender una letra de cambio y á que sabes manejar el sable mejor que la pluma, ¿no es verdad?

—Soy montañés, señor—respondió el joven—y por lo tanto, como decimos nosotros, arquero. Pero he estado en un convento y los buenos padres me han enseñado á leer y á escribir y hasta de cuentas.

—¡*Pasques-dieu!* ¡soberbio!—dijo el comerciante.—Por nuestra Señora de Embrun, mozo, que eres un prodigio.

—Reíos cuanto os dé la gana, señor mío; en cuanto á mí—dijo el joven, á quien la jovialidad de su desconocido interlocutor hacía muy poca gracia—voy á secarme; no estoy para quedarme ahí parado chorreando agua y respondiendo á vuestras preguntas.

El comerciante por toda contestación rióse con más fuerza y replicó:

—¡*Pasques-dieu!* el proverbio no falla: *fier comme un Écossois*; mas ven acá, buena pieza; eres de una tierra que estimo en mucho por haber hecho algún negocio con escoceses en otro tiempo: son muy buena gente aunque pobres. Si quieres venir con nosotros al lugar, te ofrezco una buena copa de vino y un almuerzo caliente para resarcirte de la mojadura. Mas, *tête bleau*, ¿á dónde vas con un guante de caza en la mano? No sabes que no se permite cazar con halcón en un coto real?

—Sí, bastante que lo sé—respondió el mancebo.—Un pícaro guarda-bosque del duque de Borgoña me lo enseñó. Apenas acababa de lanzar el halcón que había traído de Escocia y con el cual contaba para hacerme ver un poco, contra una garza cerca de Perona, cuando el condenado me lo mató de un saetazo.

—¿Y qué hiciste tú?—dijo el comerciante.

—¿Qué hice?—respondió el joven blandiendo su bastón—hartarle de palos cuanto puede resistir un cristiano, pues no tenía empeño en cobrarme en sangre.

—¿Sabes—dijo el menestral—que si hubieras caído en manos del duque de Borgoña, te hubiera hecho colgar bonitamente de un árbol?

—Sí; me han dicho que tiene tanta afición á este juego como el mismo rey de Francia. Pero como esto ocurrió cerca de Perona, salté al otro lado de la frontera y me reí de él. Si no hubiera sido un príncipe tan arrebatado, quizás me hubiera alistado bajo sus órdenes.

—Mucha falta podrá hacerle un paladín como tú, si se

rompe la tregua—dijo el comerciante lanzando una mirada á su compañero, á la que contestó éste con una de esas rastreras y bajas sonrisas, que iluminaban pasajeramente su rostro, como ilumina un meteoro errante un cielo de invierno.

El joven escocés se detuvo de pronto, y calándose el sombrero hasta la ceja derecha, como quien no está dispuesto á aguantar bromas, dijo con firmeza:

—Señores míos y especialmente vos, señor, que por ser más viejo deberíais ser también más juicioso, os prevengo que conmigo no váis á divertiros de balde ni impunemente. El tono de vuestra conversación me hace poquísima gracia. Sé aguantar una broma como el primero, recibir una reprensión de una persona de más edad que yo y hasta darle las gracias si conozco que es merecida; pero no me gusta que me traten como un chiquillo, cuando Dios sabe que me siento bastante hombre para habérmelas con ambos, si lleváis demasiado lejos vuestras provocaciones.

El viejo al oir estas palabras pareció que iba á desternillarse de risa, al paso que su compañero hizo por segunda vez ademán de echar mano á la espada; observándolo empero el mozo, asestóle tal golpe al puño que se lo inhabilitó por completo, aumentándose con ello la jovialidad del otro.

—Alto ahí, alto ahí—exclamó sin embargo—intrépido escocés, por vida de tu patria querida; y vos, compadre, basta de miradas amenazadoras. *¡Pasques-dieu!* tengamos la fiesta en paz y no nos ocupemos más de un golpe dado con tanta gracia y destreza. Y tú, amiguito, cuidado con ello—prosiguió dirigiéndose al joven con una firmeza y gravedad que á pesar suyo le impusieron respeto y temor;—basta de violencias. No te estaría bien emplearla contra mí, y en cuanto á mi compadre ya ves que tiene bastante con la muestra. Díme tu nombre.

—Siempre que se me haga una pregunta con atención, sé responder á ella atentamente—dijo el mancebo—y mostraré el respeto debido á las canas que peináis mientras no me saquéis de quicio con vuestras pullas. Aquí en Francia y en Flandes, han dado en llamarme el Paje del Bolsón de Terciopelo, á causa de esta bolsa de halcón que llevo al lado, pero mi verdadero nombre en mi tierra, es Quintín Durward.

—¡Durward!—exclamó el interpelante—¿es noble este apellido?

—Por línea recta de quince generaciones—dijo el joven—y por esto me repugna tomar otra carrera que no sea la de las armas.

—¡Escocés de pura raza! Mucha sangre, mucho orgullo, pero de fijo pocos, poquísimos ducados. Ea, compadre—dijo volviéndose á su compañero—adelantaos y encargad que nos preparen almuerzo allá en el Moreral, pues este mozo le hará tanto honor sin duda como un ratoncillo hambriento á un queso de despensa. Y en cuanto al gitano, escucha.

Su camarada, por toda respuesta á las palabras que el otro le dijo al oído, sonrió en señal de inteligencia y echó á andar á buen paso. En tanto el viejo continuó dirigiendo la palabra al joven Durward en estos términos:

—Tú y yo seguiremos ahora poco á poco nuestro camino en buena compañía y podremos oir misa en la capilla de San Huberto, que encontraremos al paso por el bosque, pues no sería bien pensar en las necesidades corporales antes que en las espirituales.

Durward, como buen católico, nada tuvo que objetar á esta proposición, aunque probablemente hubiese deseado antes que todo irse á secar la ropa y tomar un refrigerio. En tanto, no tardaron en perder de vista á su malcarado compañero; mas siguiendo la misma senda que él, se encontraron pronto en mitad de un bosque de corpulentos árboles, entremezclados de matorrales y arbustos y cortado por largas avenidas, á través de las cuales, como á través de un panorama, veíanse pasar á manadas los gamos con una seguridad que daba clara muestra de que se consideraban en aquel parque protegidos de toda agresión.

—Há poco me preguntabais si era buen tirador—dijo el joven escocés.—Dadme un arco y un par de flechas y en un santiamén pongo en vuestras manos una pieza de caza.

—*¡Pasques-dieu!* amiguito—dijo su compañero—cuidado con ello; mi compadre tiene ojos de lince para los gamos, están á su cuidado y es un guardián severo.

—Más cara tiene de carnicero que de festivo guarda-bosque—respondió Durward.—Se me atraganta creer que aquella cara patibularia pertenezca á nadie que conozca las gentiles reglas de montería.

—Cierto, mi joven amigo—respondió su compañero—que mi

compadre á primera vista tiene cierto aire que predispone poco á favor suyo, mas los que una vez le han tratado dícese que en nada han tenido por qué quejarse de él.

Quintín Durward halló en estas últimas palabras algo singular y desagradablemente significativo, y mirando súbitamente á su interlocutor, creyó ver en su fisonomía, en la ligera sonrisa que plegó su labio superior y en el imperceptible pestañeo de sus ojos negros y expresivos, algo que justificaba su desagradable sorpresa.

—He oído hablar de ladrones—díjose para sí—de malhechores y bandidos; ¿quién sabe si ese tío que se ha ido es un asesino y este viejo pícaro el encargado de llevarle la carne al degolladero? Voy á estar ojo avizor y fuera de algun buen puñetazo á la escocesa, no sé qué más van á sacar de mí.

Estando en estas reflexiones, llegaron á un claro del bosque en que los árboles estaban más separados. El terreno despojado de espinos y zarzales veíase alfombrado de menuda y blanda yerba, que protegida de los ardientes rayos del sol, crecía más verde y hermosa de lo que suele verse en Francia. Los árboles que había en este sitio retirado, eran principalmente hayas y olmos gigantescos que se levantaban en alto como gruesas montañas de hojas. Entre estos magníficos hijos de la tierra, asomaba en el sitio más descubierto de la enramada una modesta capilla junto á la cual murmuraba un riachuelo. Su arquitectura era sencilla y hasta grosera, viéndose cerca de ella una pequeña cabaña para habitación del ermitaño ó sacerdote que moraba en aquella soledad consagrado al servicio del altar. En un pequeño nicho abierto sobre el arco de la puerta había una estatua de San Huberto, con el cuerno de caza al cuello y un par de galgos á sus piés. La situación de la capilla en mitad de un parque ó coto tan bien provisto de caza, había sugerido naturalmente la idea de dedicarla al Santo patrón de los cazadores. (1)

Hacia este recogido santuario encaminó los pasos el viejo seguido del joven Durward; y al acercarse apareció el sacerdote revestido de los ornamentos sagrados en la entrada de su celda, dispuesto á celebrar sin duda en la capilla el santo

(1) V. Nota A. *San Huberto.*

sacrificio. Inclinóse Durward reverentemente ante el sacerdote, como lo exigía el respeto debido á su sagrado ministerio; mas su compañero, demostrando todavía más profunda devoción, hincó una rodilla en tierra para recibir la bendición del santo varón y le siguió luégo á la capilla, á paso lento y con apariencia de la más sentida contrición y sincera humildad.



El interior de la capilla estaba adornado de modo que recordara las ocupaciones de su santo patrón cuando estaba en la tierra. Las más ricas pieles de cuantos animales se cazan en el mundo servían de tapices y colgaduras en torno del altar y demás sitios de la capilla; las paredes estaban cubiertas de cornamentas, arcos, aljabas y otros emblemas venatorios, mezclados con cabezas de ciervo, de lobo y de otros animales

de montería. Todos estos adornos revestían un carácter apropiado y selvático; y hasta la misa correspondiendo á él fué muy corta y de las que se llamaban *misas de caza*, por celebrarse ante los nobles y grandes señores, quienes la oían generalmente con impaciencia, antes de entregarse á los placeres de su diversión favorita.

Con todo, durante esta breve ceremonia, el compañero de Durward estuvo al parecer con la más rígida y escrupulosa atención, al par que el joven escocés no de mucho tan entregado á los pensamientos religiosos, no pudo menos de reprocharse interiormente haber concebido sospechas de sujeto tan bueno y tan humilde. Lejos pues ya de tenerle por compañero y cómplice de ladrones, tentado estaba de tomarle por santo.

Acabada que fué la misa, salieron juntos de la capilla, y el más viejo dijo al mozo:

—Corto es el trecho que hay de aquí al pueblo; ahora podrás desayunarte con la conciencia tranquila: sígueme.

Torciendo á la derecha hizo seguir á su compañero una senda que subía suavemente, recomendándole al propio tiempo que por ningún estilo se desviara del camino trillado; antes por el contrario que procurara cuanto le fuera dable mantenerse en el centro de él. Durward no pudo menos de preguntarle la causa de tamaña precaución.

—Es que nos vamos acercando á la corte, joven—respondió el guía—y *Pasques-dieu*, va alguna diferencia de pasear por esta comarca ó por tus montañas pobladas de brezos. No hay un solo palmo de este terreno, excepto la senda qne ahora seguimos, que no se haya hecho peligroso y casi impracticable por medio de cepos y trampas, armadas de hoces, que siegan con tanta limpieza los miembros del descuidado caminante como la podadera de que se sirve el jardinero para desmochar las ramas nocivas. Puntas de hierro te atravesarán los piés y hay zanjas bastante hondas para enterrarte en ellas para siempre; pues nos encontramos ya dentro del recinto de la residencia real y no tardaremos en ver la fachada del castillo.

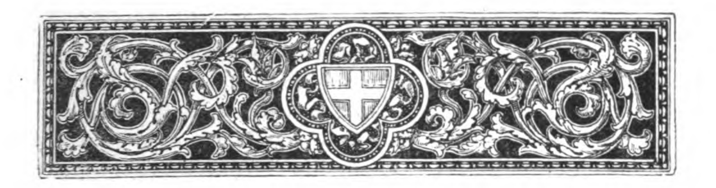
—Si fuera rey de Francia—dijo el joven—no me ocuparía tanto de trampas y cepos, antes bien procuraría gobernar con tal acierto que no hubiera quien se atreviera á acercarse á mi

habitación con intento dañoso, y en cuanto á los que vinieran de paz y buena voluntad, cuantos más fueran más alegres todos.

Su compañero lanzó con aparente sobresalto una mirada á su alrededor y dijo:—Callad por Dios, callad, señor paje del Bolsón de terciopelo, pues se me olvidó deciros que lo más peligroso de este recinto consiste en que cada hoja de estos árboles es una oreja que traslada cuanto oye al propio gabinete del rey.

—Poco me importa eso—respondió Quintín Durward—mi lengua de escocés es bastante atrevida para decir cuanto piensa á la faz del rey Luís—bendígale Dios—y en cuanto á las orejas que decís, si las viera en cabeza humana, pronto daría razón de ellas mi cuchillo de monte.





CAPÍTULO III.

El Castillo.

> Alzábase en medio potente castillo:
> defiende la entrada un férreo rastrillo;
> fortísimos muros, altivas almenas
> y fosos profundos circúyenle; apenas
> murmura á sus piés un pérfido río,
> y al cielo un torreón se eleva sombrío.
>
> *Anónimo.*

En este punto de la conversación Durward y su nuevo conocido llegaron á un sitio desde el cual la fachada entera del Castillo de Plessis-les-Tours se presentó ante sus ojos. Hasta en aquellos medrosos tiempos en que los grandes se veían obligados á residir en fortalezas bien defendidas, distinguíase esta por las extremadas y minuciosas precauciones que se habían tomado para su guarda y defensa.

Desde el lindero del bosque en que el joven Durward y su compañero se detuvieron para contemplar la residencia real, se extendía ó por mejor decir se elevaba, aunque en pendiente muy suave, una explanada descubierta, despojada de árboles y matorrales de toda especie, á excepción de una encina gigantesca medio carcomida por los años. Este espacio se había dejado abierto conforme á las reglas de fortificación de todas las épocas, con el fin de que el enemigo no pudiera acercarse á las murallas sino á pecho descubierto y sin poderse ocultar á la vista de la guarnición. Al otro extremo se levantaba el castillo.

Tres recintos exteriores le rodeaban, almenados todos y guarnecidos de torreones de trecho en trecho y en los ángulos.

La segunda muralla levantábase á mayor altura que la primera y estaba construída de suerte que dominara las defensas exteriores para el caso de que las ganara el enemigo, estando á su vez dominada por la tercera línea de un modo parecido. Ceñía la muralla exterior, según dijo el francés á su compañero (pues estando más bajos que el arranque del muro no podían verlo), un foso de unos veinte piés de profundidad, al cual llegaba el agua por una presa hecha en el Cher, ó mejor en uno de sus afluentes. Rodeaba el segundo recinto otro foso y entre el segundo y el tercero se extendía otro de las mismas extraordinarias dimensiones. Los bordes de este triple canal estaban fuertemente defendidos tanto por dentro como por fuera con empalizadas de hierro que hacían el mismo oficio que los llamados hoy en términos de fortificación *caballos de Frisa*, pues cada barra tenía el extremo dispuesto en forma de pelota de agudas puntas, de modo que era imposible intentar un asalto sin exponerse á una muerte segura.

En la parte interior del último recinto levantábase el castillo compuesto de edificios de diferentes épocas amontonados en torno del más antiguo, que era un torreón de lúgubre aspecto, erguido y negro, como un gigante etíope; en sus paredes no se abrían mas que algunas saeteras á trechos desiguales, y esta carencia de aberturas producía en el ánimo el mismo efecto desagradable que causa ver un ciego. Los demás edificios no parecían mucho mejor acomodados á las necesidades y regalo de sus habitantes, pues las ventanas daban á un patio interior, así es que toda la fachada exterior más aspecto tenía de prisión que de palacio. El soberano reinante había aumentado todavía esta semejanza procurando que las adiciones hechas por orden suya á la antigua fortificación no se distinguieran fácilmente de la construcción primitiva; pues, como la mayor parte de los desconfiados, quería ocultar sus recelos á los ojos de los demás. Para ello se emplearon ladrillos y piedras de color oscuro y se mezcló hollín con la cal, de modo que todo el castillo tomara un tinte uniforme de vetusta y tosca antigüedad.

Esta formidable fortaleza no tenía mas que una entrada, al menos Durward no vió mas que una á lo largo de la espaciosa fachada; abríase en el centro del primer recinto exterior y estaba flanqueada como de costumbre por dos fuertes torres que le

servían de defensa con su rastrillo y puente levadizo, bajado aquel y levantado este; torres parecidas se veían en la segunda y tercera muralla aunque no en la misma línea que las del recinto exterior, pues que el pasaje no cortaba en ángulo recto los tres muros sino que después de entrar tenía que darse un largo rodeo entre la primera y la segunda muralla, quedando expuesto si se iba en són de guerra, á los proyectiles de ambas; debiendo de nuevo, pasado el segundo recinto, desviarse para llegar al portal del tercero y último, de modo que para llegar al patio en cuyo centro se levantaba el palacio, tenían que atravesarse dos largos y peligrosos desfiladeros, enfilados de flanco por la artillería, y forzarse una tras otra tres puertas defendidas del modo más formidable que se conocía en aquellos tiempos.

Viniendo de un país desolado á un tiempo por la guerra extranjera y las discordias intestinas y cuya superficie desigual y montuosa abundante en precipicios y torrentes, ofrece tantos puntos fortificados, el joven Durward conocía bastante los varios medios empleados por el hombre en aquella época semi-bárbara para proteger su morada; no obstante, confesó francamente á su compañero que no hubiera creído nunca que el arte hubiera podido hacer tanto para la defensa de un sitio en que la naturaleza había hecho tan poco, pues, según ya hemos indicado, levantábase el castillo en una pequeña eminencia de pendiente muy suave, que empezaba en el lugar en que ambos espectadores se habían detenido.

Para aumentar su sorpresa manifestóle su compañero que los alrededores del castillo, á excepción únicamente de la senda tortuosa por donde podía uno acercarse á la puerta sin peligro, estaban al igual que la selva que acababan de atravesar, sembrados de invisibles zanjas, cepos y trampas de toda clase para aprisionar al desgraciado que se aventurara por allí sin guía; que en la parte exterior de las murallas se habían construído unas garitas de hierro, llamadas *nidos de golondrina*, desde las cuales los centinelas regularmente apostados allí, podían, sin ningún riesgo, apuntar con toda tranquilidad á cualquiera que intentara entrar sin dar el santo y seña del día y que los arqueros de la Guardia Real hacían este servicio día y noche recibiendo por él del rey Luís espléndida paga, lujoso uniforme y mucha honra y provecho.—Y ahora dime, joven—continuó—

¿viste nunca fortaleza como esta y crees que haya hombres bastante valientes para rendirla?

El mancebo no sabía apartar los ojos del edificio, cuya vista le interesaba tanto que, con el afán de la curiosidad tan natural en un joven, había olvidado por completo la mojadura de su traje. Al oir esa pregunta brillaron sus ojos y se le tiñeron de carmín las mejillas como hombre animoso que medita una hazaña, al responder:

—Es un castillo fuerte y fuertemente guardado; pero para los valientes nada hay imposible.

—¿Hay en tu país quien sea capaz de tal proeza?—dijo el anciano con cierto desdén.

—No lo afirmaré—respondió el mancebo—pero los hay á millares que, por una buena causa, no retrocederían ante tan atrevida empresa.

—¿De veras?—dijo el viejo.—¿Y quizás tú mismo serías de los tales?

—Haría mal en vanagloriarme cuando no hay peligro alguno —respondió el joven Durward—pero mi padre ha llevado á cabo hazañas no menos atrevidas y yo no me tengo por bastardo.

—Pues bien—dijo su compañero sonriendo—podrías topar con quien valiera tanto como tú y hasta con algún pariente y todo en la refriega; pues los arqueros escoceses de la Guardia del rey Luís son los que hacen centinela en esas murallas: trescientos hidalgos de las mejores casas de tu tierra.

—Pues si yo fuera el rey Luís—contestó el joven—confiaría mi seguridad á la lealtad de los trescientos hidalgos escoceses, derribaría ese cinturón de murallones para rellenar con las piedras el foso, llamaría á mi alrededor á mis nobles y paladines y viviría como exigiría mi calidad de rey, rompiendo lanzas en galantes torneos, dando de día banquetes á los nobles, danzando de noche con las damas, y sin curarme más de un enemigo que de una mosca.

Sonrióse de nuevo su compañero y volviendo la espalda al castillo, al que dijo que se habían acercado demasiado, guióle otra vez al bosque por un sendero más ancho y trillado que el que habían seguido á la venida.

—Este camino—dijo—nos conducirá al pueblecito de Plessis, donde como extranjero, encontrarás albergue razo-

nable y decoroso. Á unas dos millas más lejos hay la ciudad de Tours, que da nombre á esta rica y hermosa provincia. Pero la aldea de Plessis ó Plessis-del-Parque, como á veces se la llama, por su proximidad á la residencia real y al coto que la rodea, te brinda asilo más cercano y no menos hospitalario.

—Mil gracias, excelente amigo, por vuestras noticias—dijo el escocés —pero mi estancia aquí será muy breve, pues con tal que puedan darme en Plessis del Parque ó del Estanque un bocado de carne y un trago de cualquier cosa mejor que agua, poca cosa más necesitaré.

—Pues yo me figuraba—respondió su compañero—que tenías que ver á algún amigo en esta comarca.

—Cierto que sí; al propio hermano de mi madre—replicó Durward — el hombre más bien plantado, antes de salir de las montañas de Angus, que haya pisado jamás con sus abarcas los brezos.

—¿Cómo se llama?—dijo el viejo.—Yo indagaré por ti si está en el castillo y te evitaré el riesgo de que te tomen por espía.

—¡Por el alma de mi padre!—exclamó el joven—¿Qué decís? ¡Tomarme á mí por espía! ¡Por Cristo vivo, que debería tragarse algunas pulgadas de hierro quien me hiciera tal injuria! Mas, en cuanto al nombre de mi tío, no tengo por qué ocultarlo. Se llama Lesly. Lesly, honrado y noble apellido.

—Sin duda alguna — dijo el viejo; — mas hay tres de este mismo apellido en la guardia escocesa.

—Llámase mi tío, Luís Lesly—dijo el mozo.

—Es que de los tres Leslys —repuso el comerciante—hay dos que se llaman Luís.

—Á mi pariente le llaman Luís el de la cicatriz—dijo Quintín. — Nuestros apellidos solariegos son tan comunes en Escocia, que, cuando no se tienen tierras cuyo nombre se les pueda agregar, siempre suelen ir acompañados de un apodo.

—Un *nom de guerre* ¿no es esto?—respondió su compañero. —Presumo según eso que el sujeto de quien hablas, será uno á quien nosotros llamamos *El Acuchillado*, de esa cicatriz que le cruza el rostro. Es hombre sin tacha y excelente soldado. Deseo ayudarte en tu intento de tener una entrevista con él, porque, como pertenece á un cuerpo cuyo servicio es muy

riguroso, sale poco del castillo á no ser para escoltar la persona del rey. Y ahora, joven, respóndeme á una pregunta. Apostaría que deseas alistarte como tu tío en la guardia escocesa. Es algo atrevido proponértelo, especialmente siendo como eres tan joven, pues sólo los años pueden dar la experiencia necesaria para ocupar el alto puesto á que aspiras.

— No diré que no haya pensado en ello — dijo Durward con cierta frialdad — pero si lo pensé, se me han pasado las ganas.

— ¿Cómo es eso, joven? —repuso el francés, picado.— ¿Así hablas de un destino que los nobles más principales de tu tierra se disputan con afán?

—Y muy buen provecho les haga — dijo Quintín con moderación. — Á decir verdad, no me hubiera disgustado entrar al servicio del rey de Francia; pero por lujoso que sea el uniforme y espléndida la paga que me diera, prefiero respirar el aire libre que no estar embanastado en una de esas jaulas ó nidos de golondrina que me habéis enseñado y que parecen cajas de pimienta. Además — añadió bajando la voz — si os he de ser franco, no me place un castillo, cuyos árboles de término (1) producen las bellotas que veo desde aquí.

— Me figuro á dónde vas á parar — dijo el francés — pero no importa; explícate con más claridad.

— Pues allá va, con toda claridad—dijo el mozo.—¿ No véis allá abajo, á algunos tiros de flecha del castillo, una hermosa encina? Pues de esa encina cuelga un hombre con coleto oscuro, como este que yo llevo.

— ¡ Pardiez que es verdad! —dijo el francés.—*Pasques-Dieu*, lo que es tener ojos juveniles! Cierto que yo veía algo, pero se me antojaba tan sólo un cuervo entre las ramas. Mas este espectáculo no tiene nada de extraño, joven; cuando el verano empiece á declinar y éntre el otoño, cuando las noches de luna sean largas y los caminos comienzen á no ser seguros, podrás ver un racimo de diez y hasta de veinte bellotas como esa, colgando de esa añosa encina. ¿ Mas qué importa eso? Cada uno de ellos es una bandera desplegada para espantar á los

---

(1) *Covin-tree;* así solía llamarse el gran árbol que había frente los castillos de Escocia. Difícil es precisar la etimología de ese nombre, mas á la distancia del castillo que señalaba dicho árbol, salía el castellano á recibir á los huéspedes de distinción y hasta allí les acompañaba al partir.

pícaros; y por cada tunante que vea colgado de esta suerte, todo hombre honrado puede contar que hay en Francia un ladrón, un traidor, un salteador de caminos, un *pilleur* y un opresor del pueblo menos. En esto, joven, has de ver una prueba de la justicia de nuestro soberano.

—No diré que no, pero si yo fuera el rey Luís, los haría ahorcar un poco más lejos de mi palacio — dijo el joven. — En mi tierra colgamos los cuervos muertos en los sitios frecuentados por los vivos, pero no en los jardines ó palomares. El hedor de esa carroña ¡puah! me vino á las narices á pesar de la distancia á que la teníamos.

—Si vives lo suficiente para llegar á ser un honrado y leal servidor de nuestro príncipe, mi buen mancebo — respondió el francés — ya llegarás á saber que no hay perfume comparable al hedor que despide el cadáver de un traidor.

—Nunca desearé vivir para llegar á perder el olfato ó la vista — dijo el escocés. — Mostradme un traidor vivo y prontos tenéis mi brazo y mi espada; mas una vez la vida le ha abandonado, mi odio no ha de sobrevivirle. Mas creo que nos acercamos á la aldea, y en ella espero demostraros que ni el baño ni el asco me han quitado las ganas de almorzar. Con que, amigo mío, á la posada y por el camino más corto. No obstante, antes de aceptar vuestra hospitalidad, decidme si os place cuál es vuestro nombre.

—Me llaman maese Pedro — respondió su compañero. — No soy traficante en títulos; soy hombre á la pata la llana, que vivo de lo mío y en paz; así me llaman.

—Está muy bien, maese Pedro — dijo Quintín — pues me alegro mucho de la buena suerte que nos ha puesto en relación, porque necesito algunos consejos y soy agradecido.

Mientras así hablaban, el campanario de la iglesia y un gran crucifijo de madera, que asomaban por encima de los árboles, les indicaron que habían llgado á la entrada del lugar.

No obstante, maese Pedro, desviándose un poco del sendero, que en este punto se juntaba con una carretera real, dijo á su compañero que la posada á donde pensaba guiarle estaba algo apartada y recibía solamente viajeros de clase superior.

—Si por ello entendéis los que viajan con el bolsillo bien

repleto — respondió el escocés, — no soy yo de esos y mejor me las habría, si viniera el caso, con un salteador de caminos que con un salteador de hostería.

— *Pasques-Dieu!* — dijo su guía.—Y cuán prudentes sois los hijos de Escocia! Un inglés, por ejemplo, se cuela de rondón en una taberna, come y bebe hasta reventar y mientras no tenga la tripa llena no se le ocurre pedir la cuenta. Mas vos olvidáis, maese Quintín, ya que Quintín es vuestro nombre, vos olvidáis que yo os debo un almuerzo por el baño que mi equivocación os ha valido: es la penitencia que me he impuesto en desagravio de mi ofensa.

— En verdad — dijo alegremente el mancebo — que no me acordaba ya del baño, ni de la ofensa, ni del desagravio, ni de nada. Con el paseo se me ha secado la ropa ó poco menos; no quiero rehusar empero vuestra amable invitación, pues ayer mi comida fué muy ligera y me pasé sin cenar. Tenéis cara de menestral respetable y no veo por qué razón no he de aceptar vuestro obsequio.

Sonrióse el francés con disimulo, pues comprendió claramente que el mozo, aunque al parecer medio muerto de hambre, sentía cierta repugnancia ante la idea de satisfacerla á expensas de un extranjero, y se esforzaba en acallar su interno orgullo con la reflexión de que, tratándose de esas ligeras atenciones, el que las acepta muéstrase tan cortés como el que las ofrece.

Penetraron en tanto en una angosta avenida, sombreada por corpulentos olmos y en cuyo fondo una puerta les abrió paso al patio de una posada, de dimensiones mayores que de costumbre, destinada á albergar á los nobles y cortesanos que tenían qué hacer en el castillo vecino, donde rarísima vez y sólo cuando no se podía excusar absolutamente esa hospitalidad, permitió Luís XI que ningún individuo de su corte se hospedara. Un escudo, ostentando la *flor de lís*, adornaba la puerta principal de ese gran edificio irregular; mas ni en el patio ni en las dependencias interiores se notaba pizca de ese trajín con que, en semejantes establecimientos, suelen indicar los criados que hay mucho qué hacer y que los parroquianos abundan. Parecía como si el aspecto severo y malcarado del castillo real que se levantaba en las cercanías, hubiera comunicado en parte su melancólica solemnidad á un lugar desti-

nadó en todas partes á ser el templo de la alegría, del buen humor y de las francachelas.

Maese Pedro, sin llamar siquiera ni acercarse tan sólo á la entrada principal, alzó el pestillo de una puertecita lateral y penetró con su compañero en una gran sala, en cuya chimenea chisporroteaba un buen fuego y junto á la cual todo estaba preparado para un almuerzo suculento.

— Mi compadre no ha olvidado nada de cuanto le encargué —dijo el francés al mozo. — Tendrás frío y hambre ¿no es verdad? Pues ahí tienes fuego para calentarte y un buen almuerzo que van á servirte al momento.

Dió un silbido y entró el mesonero, quien respondió al *bon jour* de maese Pedro con una reverencia, pero sin mostrar en manera alguna esa locuacidad que en todo tiempo ha sido prenda característica del mesonero francés.

—¿No ha venido aquí uno — dijo maese Pedro — á encargar un almuerzo por orden mía?

Por toda respuesta, el posadero inclinóse profundamente; y mientras iba trayendo y colocando encima la mesa, los varios manjares que debían componer el confortable almuerzo, ni una sola palabra pronunció en su elogio. Y sin embargo, valía bien la pena de ponderarlo, como saben y suelen hacerlo los mesoneros franceses para dar mérito á sus habilidades, según verá el lector en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO IV.

El almuerzo.

¡ Dios santo ! ¡ Qué molares ! ¡ Cuánto pan !
Viajes de Jorick.

Dejamos á nuestro forastero en una situación más agradable que ninguna de las en que se había visto desde que pisó el suelo de los antiguos galos. El almuerzo, como apuntamos en la conclusión del capítulo precedente, era admirable. Había un pastel de Périgord, sobre el cual un gastrónomo hubiera deseado vivir y morir, como los comedores de loto de Homero, olvidado de parientes, patria y toda clase de obligaciones sociales; y cuya magnífica corteza parecía levantarse como las murallas de alguna rica capital, emblema de las riquezas que están destinadas á proteger. Junto á este pastel veíase un apetitoso guiso, que á juzgar por su olor se había sazonado con ese ligero punto de ajo que tanto gusta á los gascones, y que por cierto no desagrada á los escoceses; y mas lejos descollaba un suculento jamón, parte sin duda de algún noble jabalí cazado en el cercano bosque de Montrichart. El pan, muy blanco, y amasado en forma de panecillos redondos, llamados *boules* (palabra de que tomaron los tahoneros de Francia el nombre de *boulangers*), tenía una corteza tan incitante, que hasta solo con agua hubiera sido un manjar delicado; mas no había allí únicamente agua, sino también una pequeña bota llena de exquisito vino de Beaulue. Tantas buenas cosas hubieran bastado para despertar el apetito hasta en la hora de la muerte; de modo que ya se comprenderá qué efecto producirían en un mozo de veinte años escasos que, la verdad

sea dicha, sólo se había alimentado en los dos últimos días con algunos escasos frutos casi verdes que la casualidad le deparó ocasión de coger, y una reducida ración de pan de centeno. He aquí por qué atacó el guiso con tal denuedo, que muy pronto hubo de quedar la fuente vacía; emprendióla luégo contra el voluminoso pastel, profundizando hasta sus entrañas, y remojó todo esto á intervalos con sendos vasos de vino, sin dejar de repetir sus ataques, con asombro del posadero y no poca satisfacción de maese Pedro.

Este último, probablemente por reconocerse autor de un acto más benéfico de lo que pudo imaginar, parecía complacerse al observar el apetito del escocés; y cuando al fin notó que sus bríos comenzaban á languidecer, procuró estimularlos de nuevo; mandó traer pastas, confitura, y cuantas golosinas se le ocurrieron para incitar al joven á seguir comiendo. Mientras así se ocupaba el escocés, pintábase en el semblante de maese Pedro una expresión de contento que casi rayaba en benevolencia, expresión muy contraria á la que de ordinario se observaba en él, por lo regular rígida y severa. Los hombres de edad simpatizan casi siempre con las alegrías de la juventud y con sus actos cuándo el espíritu del observador se halla en su estado normal, sin que le turbe ningún sentimiento de envidia ni de inútil emulación.

Quintín Durward, á su vez, mientras se ocupaba tan agradablemente, no pudo menos de notar que el semblante de su interlocutor, que tan antipático le pareció al principio, se modificaba, visto bajo la influencia de los vapores del vino de Beaulne, y con tono benévolo reprendió á maese Pedro porque se reía de su apetito, sin hacer por su parte honor á la comida.

—Estoy de ayuno—contestó maese Pedro—y no debo comer nada antes de medio día, como no sea un poco de confitura para beber un vaso de agua.

Y volviéndose hacia el posadero, añadió:

—Dí á la señora que me lo traiga aquí.

El interpelado salió del aposento; y continuando su diálogo, maese Pedro preguntó al escocés:

—¿Qué tal, os he cumplido mi palabra en cuanto al almuerzo prometido?

—Es la mejor comida de que he disfrutado—contestó el joven—desde que salí de Glen-houlakin.

—¿De Glen..... qué? ¡Al diablo con esas palabras de tanta cola!

—Glen-houlakin—contestó el joven alegremente—significa el Valle de los Mosquitos, nombre de nuestro patrimonio, mi buen señor; y añadiré que habéis pagado el derecho de reiros si os parece extraño.

—No tengo intención de ofenderte—contestó el anciano—sólo iba á decirte, ya que el almuerzo te ha gustado tanto, que los arqueros escoceses de la guardia disfrutan de uno tan bueno, sino mejor, todos los días.

—No me admira—repuso el joven—porque si han de estar encerrados toda la noche en esos *nidos de golondrina*, deben tener un apetito voraz por la mañana.

—Y no les falta con qué satisfacerlo á su antojo—replicó maese Pedro—no necesitan, como los borgoñones, llevar la espalda desnuda para llenarse el vientre; visten como marqueses y comen como canónigos.

—No es poca suerte la suya—dijo Durward.

—¿Y por qué no te habías de alistar entre ellos, joven?—repuso el anciano.—Me parece que tu tío podría hacerte ingresar en las filas cuando ocurriera una vacante. Y, escúchame bien, yo me intereso también un poco en colocarte, y podría serte de alguna utilidad. Supongo que sabes montar á caballo tan bien como manejar el arco.

—Todos los hombres de mi raza son tan buenos jinetes como el mejor de los que jamás apoyaron ferrado zapato en estribo de acero, y no sé por qué no había de aceptar vuestra bondadosa oferta. Á decir verdad, la comida y la ropa son dos cosas necesarias; pero los que están en mi caso piensan en hacer carrera y en gloriosas hazañas. Vuestro rey Luís, á quien Dios bendiga, puesto que es aliado y amigo de Escocia, está siempre encerrado en este castillo, ó no hace mas que ir á caballo de una en otra ciudad fortificada, y gana ciudades y provincias enteras valiéndose de embajadas diplomáticas, no por medio de reñidas batallas. Pues yo pienso como los Douglas, que siempre estaban en el campo, porque preferían oir el canto de la alondra mas bien que el grito de la lechuza.

—Joven—replicó maese Pedro—no juzgues con demasiada ligereza los actos de los reyes. Luís procura economizar

la sangre de sus súbditos sin cuidarse de la suya propia; y has de saber que dió pruebas de valor en Montlhery.

—Sí, pero eso fué hace doce años, si no más—contestó el escocés. Á mí me agradaría servir á un amo que mantuviese su honor tan brillante como su escudo, y que siempre fuera el primero en lanzarse en lo más recio de la pelea.

—Pues entonces ¿por qué no te quedaste en Bruselas con el duque de Borgoña? Ese señor te hubiera puesto en camino para romperte los huesos todos los días; y á falta de ocasión, se hubiera ejercitado en tus costillas, particularmente si hubiese sabido que habías apaleado á uno de sus guardabosques.

—Es verdad; mi mala estrella me ha cerrado las puertas de su casa—dijo Quintín.

—¡Bah!—replicó el anciano—no faltan por ahí otros audaces aventureros dispuestos á tomar á su servicio á los jóvenes atolondrados. ¿Qué opinas, por ejemplo, de Guillermo de la Marck.

—¡Cómo!—exclamó el escocés—servir yo al de la Barba, al Jabalí de las Ardenas, un capitán de bandidos y asesinos, capaz de matar á un hombre sólo por robarle la gabardina, y que pasa á cuchillo sacerdotes y peregrinos como si fuesen caballeros de lanza y hombres de armas! ¡Nunca! Esto sería cubrir de eterno baldón el escudo de mi padre.

—Bien, ardoroso joven, repuso maese Pedro, si el Jabalí te parece poco escrupuloso ¿por qué no ofreces tus servicios al Duque de Gueldres?

—¡Antes al diablo!—exclamó Quintín.—Escuchad bien lo que voy á deciros: ese hombre es una carga demasiado pesada para la tierra, y el infierno le aguarda. Dícese que tiene á su propio padre aprisionado, y hasta que se ha atrevido á pegarle. ¿Podéis creer semejante cosa?

Á maese Pedro pareció desconcertarle un poco el ingenuo horror con que el joven escocés vituperaba la ingratitud filial, pero repuso al punto:

—Tú no sabes, joven, qué poco tiempo subsisten las relaciones de la sangre entre las personas de elevado rango.

Y cambiando el tono con que había comenzado á hablar, añadió con aire risueño:

—Pero si el duque ha pegado á su padre, seguro es que

éste le sentó también la mano muchos años hace; de modo que en esto sólo hay un saldo de cuentas.

—Me asombra oíros hablar así—exclamó el escocés, rojo de indignación.—El que peina canas, como vos, debería buscar otros asuntos para sus bromas. Si el anciano duque castigó así á su hijo cuando era muchacho, aún no le pegó bastante, pues más le valiera haber muerto á palos que no vivir para que la cristiandad se escandalizase de que se haya bautizado á semejante monstruo.

—Pues si juzgas de ese modo á los príncipes y á los caudillos, creo que lo mejor que puedes hacer es proclamarte jefe tú mismo, pues siendo tú un modelo, no encontrarías ninguno digno de mandarte.

—Os reís de mí, maese Pedro—dijo el joven sonriéndose—y tal vez tengáis razón; pero advertid que no habéis nombrado un hombre que es un valeroso jefe, y cabeza de un noble partido, en cuyas filas cualquiera podría servir con gusto.

—No imagino á quién te refieres.

—Pues á uno que está suspendido, como el sepulcro de Mahoma (maldito sea) entre dos grandes losas; uno á quien nadie puede llamar ni francés ni borgoñón, pero que sabe mantener el fiel de la balanza entre ambos, obligándolos á temerle y servirle, por grandes príncipes que sean.

—No puedo adivinar quién será—dijo maese Pedro con aire pensativo.

—¿Quién ha de ser sino el noble Luís de Luxemburgo, conde de San Pablo y gran condestable de Francia? Ved cómo sabe mantenerse firme en su puesto con su reducido y valeroso ejército, llevando la cabeza tan alta como el mismo rey Luís ó el duque Carlos, y equilibrándose entre ellos, como el muchacho que se sostiene en el centro de una tabla movible, mientras que dos de sus compañeros se columpian en las extremidades (1).

—Pues sábete que él es de los tres el que está más expuesto á dar mayor caída—contestó maese Pedro.—Pero vamos á ver, mi joven amigo, tú que consideras el saqueo tan grave crimen ¿no sabes que tu noble conde de San Pablo fué quien prime-

(1) Véase la nota C. *El Condestable San Pablo.*

ro dió el ejemplo de incendiar el país durante la guerra, y que antes de la vergonzosa devastación que cometió sufrieron todos los horrores de la lucha ciudades y pueblos que no oponían resistencia?

—Vamos, pues en ese caso—repuso Quintín—comenzaré á creer que ninguno de esos grandes señores es mejor que el otro, y que elegir entre ellos es poco más ó menos como ir en busca de un árbol para ahorcarse. Pero ese conde de San Pablo, ese condestable, tengo entendido que se apoderó en buena lid de la ciudad que toma su nombre de mi venerado patrón San Quintín (1) (al pronunciar este nombre persignóse el escocés); y pienso que si yo viviese allí éste haría algo en mi favor, aunque observo que mi patrón, si bien no tiene tantos devotos á quienes proteger como otros santos más populares, parece olvidarse del pobre Quintín Durward, de su ahijado espiritual, puesto que me ha dejado un día sin comer, y á la mañana siguiente recomendado á San Julián, debiendo agradecer sólo la cortesía de un extranjero, comprada á costa de un chapuzón en el conocido río Cher ó uno de sus tributarios.

—No blasfemes de los santos, mi joven amigo—repuso maese Pedro.—San Julián es el fiel patrón de los viajeros, y tal vez el bendito San Quintín ha hecho en tu favor más de lo que pudieras figurarte.

Mientras así hablaba abrióse la puerta y se presentó una muchacha que podría tener poco más de quince abriles, llevando una bandeja cubierta con una servilleta de damasco, sobre la cual veíase una frutera llena de esas ciruelas secas á que debe Tours una no pequeña parte de su nombradía; y una copa de plata cincelada con el delicado primor que tanto distinguió antiguamente á los artífices de aquella ciudad, cuyas obras maestras no tenían rival en toda Francia. La copa tenía una forma tan elegante, que Durward no pensó en observar de cerca si era de plata, ó de un metal inferior, como el de los objetos que habían puesto delante de él, aunque tan bien bruñidos, que parecía ser el más costoso.

(1) Por la posesión de esta ciudad de San Quintín pudo el condestable continuar aquellas intrigas políticas que tan caras le costaron al fin.

Pero la vista de la joven que desempeñaba el servicio llamó la atención de Quintín mucho más que todas las minuciosidades que acabamos de indicar.

Muy pronto echó de ver que varias trenzas de largo cabello negro, que, según costumbre de las doncellas del país, no teníán más adorno que un sencillo escapulario ligeramente tejido con hojas de yedra, formaban como un velo en torno del rostro de la joven; por sus facciones regulares, sus ojos muy oscuros y su expresión pensativa asemejábase en cierto modo á Melpómene, aunque las mejillas eran algo pálidas; y en los labios y la mirada adivinábase que la alegría no era cosa extraña para la doncella, pudiéndose suponer al mismo tiempo que no tenía un carácter expansivo. Quintín pensó sin duda que alguna contrariedad podía ser la causa de que un semblante tan hermoso manifestase una expresión más grave de la que es propia en una belleza de quince abriles, y como la romántica imaginación de los jóvenes no vacila en deducir consecuencias de las más insignificantes premisas, complacióse en inferir, de lo que sigue, que en la existencia de aquella beldad se mezclaba el secreto con el misterio.

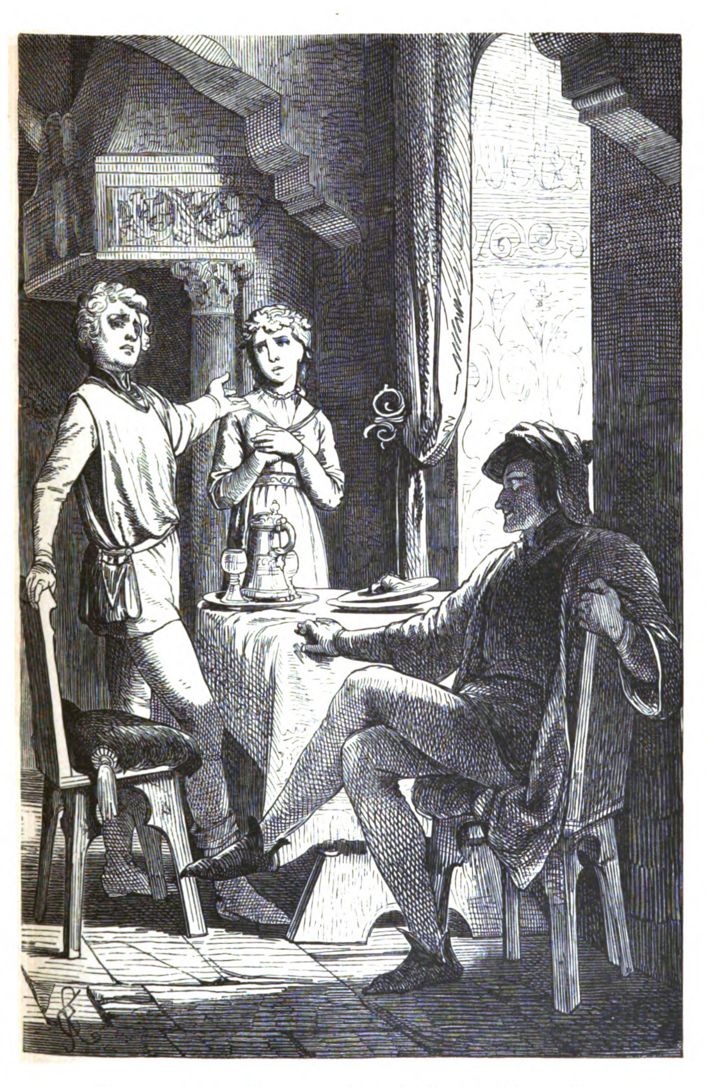
—¡Cómo! ¿Vos aquí, Jacoba?—exclamó maese Pedro al ver á la joven entrar en la habitación.—¿Qué significa esto? ¿No encargué que la señora Perette me trajera lo que necesito? ¡Vive Dios! ¿Es ó cree ser demasiado buena para servirme?

—Mi parienta no está muy bien—contestó presurosa la joven con acento humilde—y ha debido quedarse en su cuarto.

—¡Supongo que estará *sola!*—repuso maese Pedro con cierto énfasis—soy ya perro viejo, y no de aquellos que admiten como excusa una fingida enfermedad.

Al oir esto, Jacoba palideció, sin atreverse á replicar, pues debe advertirse que la voz y miradas de maese Pedro, siempre duras, cáusticas y desagradables, adquirían una expresión siniestra y amenazadora cuando se dejaba llevar de la cólera ó concebía alguna sospecha.

Este diálogo despertó al punto la galantería caballeresca de Quintín Durward, que acercándose presuroso á la joven, descargóla del peso que llevaba, y que ella le cedió pasivamente, mirando al propio tiempo con ansiosa inquietud el



Jacoba miró un instante al joven extranjero.

semblante del irritado menestral. Difícil hubiera sido no conmoverse ante la suplicante expresión de aquella mirada, y así es que maese Pedro añadió con tono más benévolo y con toda la afabilidad que en él era posible:

—No te censuro á ti, Jacoba, pues eres demasiado joven para ser lo que por desgracia serás algún día, falsa y traidora, como lo son todas las veleidosas mujeres. Ningún hombre llegó á serlo nunca sin haber tenido oportunidad de conocer lo que sois (1). He aquí un caballero escocés que podrá decirte lo mismo.

Jacoba dirigió una rápida mirada al joven extranjero, como para obedecer á su interlocutor, pero por momentánea que fuese, parecióle á Quintín un patético llamamiento, implorando su apoyo; y con esa prontitud propia de un corazón juvenil que profesa una poética veneración al bello sexo, contestó sin vacilar que «él arrojaría su guante á cualquiera adversario de igual rango y edad si se atreviese á decir que una joven de semblante tan hermoso como el que estaba contemplando no estaba animada de los más nobles y puros sentimientos.»

La doncella palideció mortalmente, dirigiendo una inquieta mirada á maese Pedro, en quien la bravata del joven campeón pareció excitar sólo una sonrisa, más desdeñosa que plausible.

Quintín, cuyas segundas ideas solían corregir siempre las primeras, aunque algunas veces mucho después de hablar, ruborizóse al pensar que había proferido expresiones que en presencia de un anciano pacífico podían calificarse de inútil jactancia; y como para castigarse á sí mismo, resolvió someterse al ridículo en que acababa de incurrir. Acercóse pues á maese Pedro, y con el semblante sonrojado por la humillación que trataba de disimular, presentóle la copa.

—Eres un atolondrado—díjole el menestral—y tan poco entiendes de las mujeres como de los príncipes, cuyos corazones—añadió persignándose devotamente—Dios guarda en su diestra.

(1) Uno de los rasgos del irascible carácter de Luís XI, y no de los más recomendables, consistía en profesar el mayor desdén al bello sexo, sin apreciar su hermosura ni su inteligencia.

—¿Y quién guarda el de las mujeres? —preguntó Quintín —resuelto á no dejarse dominar, mientras le fuese posible, por la aparente superioridad de aquel hombre extraordinario, cuyo aspecto majestuoso y desdeñosa indiferencia ejercían sobre él un imperio de que se avergonzaba.

— Mucho temo que debas preguntárselo á ellas mismas otro día — contestó maese Pedro tranquilamente.

Quintín se sintió otra vez herido en su amor propio al oir semejante contestación, aunque no desconcertado del todo. Seguramente — se dijo á sí mismo — no manifiesto á este menestral de Tours toda la deferencia á que me obliga el almuerzo con que me ha obsequiado, que á decir verdad era excelente. Los perros y halcones se encariñan por el alimento; pero al hombre se le ha de tratar con benevolencia cuando se quiere encadenarle con los lazos del afecto y de la gratitud. Este menestral es decididamente un personaje extraordinario; y en cuanto á esa hermosa joven, que desaparecerá de un momento á otro, seguro estoy de que no pertenece á este humilde lugar, ni siquiera al singular maese Pedro, aunque parezca ejercer sobre ella autoridad, como sin duda la ejerce sobre todos aquellos á quienes la casualidad atrae á su reducido círculo. Estos flamencos y franceses dan á la riqueza más importancia de la que se merece, y no me cabe duda que ese viejo traficante cree que el respeto que me inspiran sus canas me lo infunde su dinero. ¡Yo, caballero escocés de noble sangre y de cota de malla, y él, mecánico de Tours!

Tales eran los pensamientos que se agolpaban á la mente del joven Durward; mientras que maese Pedro, tocando ligeramente las hermosas trenzas de la joven Jacoba, decíala con sonrisa de bondad:

—Este mancebo me servirá, Jacoba; puedes retirarte; ya diré yo á tu descuidada parienta que hace mal en exponerte á las miradas de los extraños sin necesidad.

— He entrado sólo para serviros — contestó la joven — y espero que no os incomodaréis con la señora Perette, porque.....

— ¡Vive Dios! — interrumpió maese Pedro — supongo que no vas ahora á entablar una discusión conmigo, rapazuela. ¡Ah! tal vez quieres entretenerme para mirar á este jo-

ven... Vamos, retírate, es noble, y sus servicios me bastarán.

Jacoba desapareció al punto, y tanto le interesó á Quintín esta circunstancia, que interrumpiendo el hilo de sus reflexiones, obedeció maquinalmente cuando maese Pedro le dijo con el tono de quien está acostumbrado á ser obedecido, mientras se reclinaba indolentemente en un gran sillón de brazos:

—Acercadme esa bandeja, joven.

El anciano frunció entonces sus pobladas cejas, entornando los párpados de modo que apenas quedaron visibles sus brillantes pupilas, las cuales despedían á intervalos un vívido rayo, como los del sol poniente cuando se esconde detrás de una oscura nube á través de la cual lanza de vez en cuando un rayo fugitivo.

—Hermosa muchacha—dijo al fin levantando la cabeza y fijando su penetrante mirada en Quintín.—Es demasiado bonita para servir en una posada ¿no es cierto? Seguramente que honraría el mostrador de un digno menestral; pero carece de educación y es de baja esfera.

Sucede á veces que un tiro casual basta para desmoronar un castillo en el aire, y en tales casos, el arquitecto no manifiesta muy buena voluntad al que le disparó, aunque el agresor no haya tenido la menor intención de perjudicar á nadie. Quintín se desconcertó al oir aquellas palabras, sintiéndose muy dispuesto á enfadarse con el anciano, aunque sin saber él mismo la causa, sólo porque le decía que aquella hermosa joven no era más ni menos de lo que aparentaba, es decir, una sirvienta, si bien tal vez superior á las demás, y probablemente sobrina del posadero ó cosa semejante, obligada por lo tanto á sufrir las rarezas de los concurrentes y en particular de maese Pedro, que sin duda tendría no pocos caprichos y era suficientemente rico para hacerse servir con respeto.

De nuevo pensó Quintín, y esta vez con más persistencia, que debía hacer entender al anciano menestral la diferencia de sus respectivas condiciones, advirtiéndole que por rico que fuese, su riqueza no le igualaba con un Durward de Glen-houlaquin; pero siempre que con este propósito fijaba su vista en el semblante de maese Pedro, á pesar de su mirada sumisa, de sus facciones demacradas y de su humilde

traje, observaba en este conjunto algo que le impedía, á despecho suyo, confirmar su superioridad sobre el traficante. Muy por el contrario, cuanto más fijamente le miraba, más fuerte era su curiosidad por saber quién ó qué era aquel hombre. Quintín pensaba para sí que sería algún síndico ó magistrado superior de Tours, y que por una causa ú otra infundiría respeto y estaría acostumbrado á recibir pruebas de deferencia.

Entretanto el traficante pareció abstraerse de nuevo en sus reflexiones, las cuales interrumpió sólo para hacer la señal de la cruz devotamente y comer alguna fruta seca con un bizcocho. Después hizo una seña á Quintín para que le diera la copa, y díjole como por vía de pregunta:

—Eres noble ¿no es cierto?

—Seguramente—repuso el joven escocés—si es que bastan para ello quince descendencias; ya os lo dije antes, pero no os fijéis sólo en esto, maese Pedro, pues siempre me han enseñado que es deber de los jóvenes auxiliar á los mayores en edad.

—Excelente máxima—dijo el menestral—llenando la copa que le alargaba el joven con parte del contenido de una jarra que parecía ser del mismo metal de aquella, y sin dirigir al escocés ninguna de las frases de atención que éste esperaba merecer.

—Vaya al diablo la franqueza y familiaridad de este anciano burgués—dijo para sí Quintín:—acepta los servicios de un noble escocés con tan poca ceremonia como los aceptaría yo de un doméstico en Glen-isla.

Entre tanto el traficante, después de apurar su copa, dijo al joven:

—Á juzgar por la afición con que bebes el vino de Beaulne, deduzco que no tendrás mucho empeño en brindar á mi salud con este licor elemental; pero poseo un elíxir que convertiría hasta el agua de la peña en el más exquisito vino de Francia.

Así diciendo, sacó del pecho una gran bolsa de piel de nutria, y echó en la copa una corriente de monedas de plata hasta que la hubo llenado casi.

—Agradecido debes estar, joven—añadió—así á tu patrón san Quintín como á san Julián, de quienes te quejabas hace

poco; y yo te aconsejo hacer limosnas en su nombre. Espera en esta posada hasta que veas á tu pariente el Acuchillado, á quien relevarán de la guardia esta tarde. Yo le enviaré recado que te hallas aquí, pues tengo que hacer en el castillo.

Quintín hubiera querido decir algo para excusarse de aceptar la generosa liberalidad de su nuevo amigo; pero maese Pedro, frunciendo sus pobladas cejas, irguió la cabeza, tomando una actitud más digna, y añadió con tono de autoridad:

—No repliques, joven, y haz lo que te mando.

Al pronunciar estas palabras, salió del aposento, haciendo señal á Quintín para que no le siguiera.

El joven escocés quedóse asombrado sin saber qué pensar de lo ocurrido. Su primer impulso, el más natural aunque no quizás el más digno, le movió á mirar el fondo del vaso de plata, que seguramente estaba mas que medio lleno de monedas en número de varias veintenas, de las cuales probablemente Quintín no había tenido suyas veinte de una vez durante toda su vida. Mas ¿era compatible con su dignidad de noble aceptar el dinero del rico menestral? Esta era una cuestión espinosa, pues aunque había disfrutado de un buen almuerzo, parecíale que esta reserva de alimento no le bastaría, bien para retroceder hasta Dijón, en el caso de que se decidiera á entrar al servicio del duque de Borgoña, arrostrando su enojo; ó ya optase por regresar á San Quintín, si prefería ofrecerse al condestable San Pablo, toda vez que estaba resuelto á servir á uno de estos dos señores, ya que no al rey de Francia. Quizás tomó el mejor partido en aquellas circunstancias, al resolver guiarse por el consejo de su tío; y entre tanto guardó el dinero en su bolsa, llamando al dueño de la casa para devolverle la copa de plata, resuelto al mismo tiempo á dirigirle algunas preguntas respecto al generoso y altivo mercader.

El dueño se presentó al punto, y si no más comunicativo, mostróse más desenvuelto que antes. Al presentarle el joven la copa, negóse terminantemente á tomarla, diciendo que no era suya, y que maese Pedro había querido regalarla á su huésped. Añadió que él tenía otras cuatro, heredadas de su abuela, de feliz memoria, pero no tan hermosas como la que el menestral había regalado al joven, porque esta era una de

las famosas copas cinceladas por Martín Dominico, artista que aventajaba por mucho á todos los del país.

—Y, decidme—repuso el escocés—¿quién es ese maese Pedro, que regala objetos de tanto valor á los extranjeros?

—¿Que quién es ese maese Pedro? repitió el posadero, pronunciando sus palabras tan lentamente como si las destilase.

—Sí, hombre—replicó Quintín con impaciencia—pregunto que quién es ese maese Pedro, que reparte sus dádivas de tal modo, y quién es también ese individuo de cara de carnicero á quien envió á buscar el almuerzo.

—En cuanto á saber quién es maese Pedro, señor, podíais habérselo preguntado á él mismo, y por lo que hace á la persona á quien mandó encargar el almuerzo, Dios nos libre de estrechar más con él nuestras relaciones.

—En todo esto hay algo misterioso—murmuró el escocés. —Ese maese Pedro me ha dicho que era mercader ó comerciante.

—Pues si os lo ha dicho—repuso el posadero—seguramente lo será.

—¿Y en qué comercia?

—¡Oh! En muchas cosas buenas. Por lo pronto, aquí ha montado fábricas de seda, cuyos productos pueden competir con los más ricos que los venecianos traen de la India y de Catháy. Seguramente habréis visto las prolongadas líneas de moreras que bordean el camino que os ha conducido aquí; pues sabed que todas han sido plantadas por disposición de maese Pedro para alimentar á los gusanos de seda.

—¿Y quién es esa joven que trajo la fruta, amigo mío? —preguntó Quintín.

—Es una inquilina, caballero, que vive aquí con su tutora, ó mejor dicho su tía, según creo.

—Y decidme—volvió á preguntar el escocés—¿es aquí costumbre que vuestros huéspedes se sirvan unos á otros? Lo digo porque he observado que maese Pedro no quiso tomar nada de mano vuestra ni de las del doméstico.

—Los ricos tienen sus caprichos, sobre todo cuando pueden pagarlos—contestó el posadero.—No es esta la primera vez que maese Pedro ha sabido hacerse servir por personas de alto rango.

El joven escocés pareció llevar á mal esta insinuación; pero disimulando su sentimiento, preguntó si podían cederle una habitación por un día, ó tal vez más.

—Ciertamente—contestó el posadero—os la cederé por el tiempo que os plazca.

—¿Y se me permitirá ofrecer mis respetos á las señoras de quienes voy á ser vecino?

El posadero vaciló un instante, pero contestó al fin:

—Esas señoras no salen, ni reciben á nadie.

—Exceptuando maese Pedro, según presumo—repuso Quintín.

—No puedo dar sobre esto explicación—contestó el posadero con firmeza, aunque respetuosamente.

El joven escocés que, en su calidad de caballero, se creía con derecho á tener altas pretensiones, aunque careciera de medios suficientes para apoyarlas, se resintió un poco de la contestación, y no vaciló en valerse de un expediente bastante común en aquella época.

—Llevad á esas señoras—dijo—un frasco de Vernat, con mis respetuosos saludos, y decidles que Quintín Durward, de la casa de Glen-houlakin, honrado caballero escocés, y ahora su vecino, desea se le permita ofrecerles personalmente sus respetos.

El mensajero salió al punto, y un momento después volvió para dar gracias á Quintín en nombre de las señoras, pero añadió que estas rehusaban el obsequio, al que estaban agradecidas, sintiendo no poder recibir su visita porque guardaban el incógnito.

Quintín se mordió los labios, y apurando una copa del Vernat despreciado, se dijo para sí:

¡Por Dios vivo que este es un país muy singular, pues observo que los mercaderes afectan los modales y la liberalidad de los nobles; mientras que las damiselas viajeras que establecen su corte en una posada, danse aires de princesas de incógnito! Pero, ó poco he de poder, ó he de ver otra vez á esa muchacha de ojos negros.

Con esta firme resolución, Quintín ordenó al posadero que lo condujese al aposento destinado para él.

El dueño de la casa le hizo subir al punto por una escalera de torrecilla, y después avanzó por un corredor donde se

veían muchas puertas, semejantes á las de las celdillas de un convento, lo cual no pareció agradar á nuestro joven héroe, pues hízole recordar con disgusto la vida monástica. El posadero se detuvo en la extremidad del corredor, eligió una llave del manojo que llevaba en el cinto, abrió la puerta y mostró á su huésped una pequeña habitación bastante limpia, aunque de triste aspecto; en un lado veíanse un catre de tijera; y el resto del mobiliario no dejaba de formar un agradable conjunto.

—Creo que os agradará esta habitación—dijo el posadero—mi deber es dejar satisfechos á todos los amigos de maese Pedro.

—¡Oh dicha!—exclamó Quintín haciendo una cabriola en medio de su cuarto cuando se vió solo; nunca me favoreció la suerte, como ahora; parece que los favores caen sobre mí como una benéfica lluvia.

Así diciendo, dirigióse hacia la pequeña ventana, que, á causa de proyectarse mucho la torre sobre la línea principal del edificio, no sólo dominaba un bonito jardín bastante espacioso, perteneciente al establecimiento, sino que permitía ver más allá una verde arboleda, formada por los morales plantados por maese Pedro, según habían dicho á Quintín, para alimentar los gusanos de seda. Dirigiendo la vista á lo largo del muro, el joven observó que su torre estaba en frente de otra, y que su ventana se hallaba sobre otra semejante, en una segunda proyección del edificio. Ahora bien, á un hombre de veinte años más de edad que Quintín le hubiera sido difícil decir por qué esta localidad le interesaba más que el jardín ó la arboleda, porque ¡ay! los ojos que se han gastado durante cuarenta años ó más á fuerza de mirar, contemplan indiferentes las ventanas de las torrecillas, aunque la celosía esté entornada para que éntre un poco el aire, ó el postigo medio cerrado para evitar los rayos del sol ó las miradas indiscretas; al hombre gastado no le llama la atención nada de esto, ni tampoco ver apoyado junto al marco de la ventana algún laúd cubierto en parte por una ligera gasa de seda verde. Pero en la feliz edad de Quintín, estos detalles, como los llamaría un pintor, ofrecen asuntos suficientes para forjarse mil ilusiones y hacer misteriosas conjeturas, que en el hombre ya entrado en años sólo excitan una sonrisa, ó acaso un suspiro.

Como puede suponerse que nuestro amigo Quintín deseaba saber algo más de su hermosa vecina, la dueña del laúd, y que cuando menos tenía interés en averiguar si resultaría ser la misma que había servido á maese Pedro, debe comprenderse que el joven nó se asomaría desde luégo de modo que pudieran verle al punto. Quintín, que era buen cazador de pájaros, mantúvose oculto á un lado de la ventana, pero mirando á través de la celosía con la mayor atención, á lo cual debió la dicha de ver un brazo blanquísimo, redondo y hermoso, y una diminuta mano que descolgaba un instrumento; mientras que unos dulces acordes llegaron después hasta su oído, como para recompensar su estratagema.

La doncella de la torrecilla, que templaba el laúd, dejó oir en breve una de esas canciones como las que debemos suponer entonarían los labios de las nobles damas de aquella época en que los caballeros y trovadores gustaban de escuchar los acentos del amor al pié de las celosías. La letra de la canción no se distinguía lo bastante por lo profunda é intencionada para que el oyente dejase de fijar su atención en la música, ni esta era tan superior que se pudiera prescindir de aquella; la una parecía hecha para la otra, y nada hubieran valido sin su asociación. En su consecuencia, poco atractivo pueden tener para el lector esos versos escritos, hechos sólo para ser cantados; pero esos fragmentos de la antigua poesía ejercieron siempre sobre nosotros cierta fascinación; y como la tonada se ha perdido para siempre, á menos que Bishop llegue á encontrar las notas, ó que alguna alondra se las enseñe á Stephens, nos arriesgaremos á dar á conocer el buen gusto de la dama del laúd, reproduciendo la letra de su canción:

Aún no llegas, conde Güy,
y la hora está cercana;
el sol camina á su ocaso,
reflejándose en las aguas;
la pura brisa del mar
va refrescando las auras;
el naranjo su perfume
difunde por la enramada;
la alondra y su compañera
ya de cantar fatigadas,
se han entregado al reposo
en la espesura inmediata;

la brisa, el ave y la flor
á un tiempo la hora señalan.....
Mas ¿dónde está el conde Gúy,
por quien suspira su dama?
Entre sombras se desliza
la candorosa aldeana,
en busca de su pastor,
que ya la espera con ansia;
mientras la esquiva doncella,
oculta tras la ventana,
escucha del caballero
la protesta enamorada.
Mas ¡ah! que ya las estrellas
pálidos fulgores lanzan,
reinando en el firmamento
cual únicas soberanas....
Y el conde Gúy ya no viene....
¡Ay, conde Gúy de mi alma!

El lector podrá pensar lo que quiera de estas sencillas coplas, pero lo cierto es que en Quintín ejercieron un efecto poderoso, sin duda porque la voz era dulcísima, porque las notas se mezclaban con la suave brisa, impregnada de las perfumadas emanaciones del jardín, y porque el rostro de la cantante, en parte oculto en la oscuridad, parecía comunicar cierta misteriosa fascinación al conjunto.

Al terminar la canción, el oyente, no pudiendo contenerse más, descubrióse del todo, como ansioso de ver de una vez lo que hasta entonces había estado oculto para él: pero en el mismo instante la música cesó, cerróse la ventana, y una espesa cortina, corriéndose interiormente, puso fin á toda observación del joven.

Quintín Durward quedó disgustado y sorprendido por las consecuencias de su precipitación; pero consolóse con la esperanza de que la dama del laúd no podría renunciar tan fácilmente á la práctica de un instrumento que parecía serle tan familiar, ni menos resignarse á tener siempre cerrada la ventana para respirar el fresco ambiente, con el cruel propósito de reservar para sus oídos los dulces acordes de su instrumento. Con estas reflexiones mezclábase sin duda algún sentimiento de vanidad personal. Si en aquella torre vivía una doncella de cabellos negros, como maliciosamente pensaba, la que él habitaba tenía por inquilino un caballero

joven y galante, pues como tal se consideraba Quintín, á quien las novelas, esos prudentes instructores, habían enseñado en su juventud, que aunque las doncellas sean esquivas, no dejan de sentir interés y curiosidad por los asuntos de sus vecinos.

Cuando Quintín se engolfaba en estas reflexiones, presentóse una especie de mayordomo de la casa, y díjole que abajo le estaba esperando un caballero, el cuál deseaba hablarle.





CAPÍTULO V.

El guerrero.

El caballero que esperaba á Quintín, en la misma habitación donde éste había almorzado, era uno de aquellos de quienes Luís XI había dicho, hacía mucho tiempo, que tenían en sus manos la suerte de Francia, porque á ellos se confiaba la protección y la custodia del rey.

Carlos VI había instituído el célebre cuerpo llamado de Arqueros de la Guardia Real escocesa con mejor razón de la que generalmente se alega para establecer al rededor del trono una guardia de tropa extranjera y mercenaria. Las divisiones que alejaron de su lado más de la mitad de Francia, así como la voluble é incierta lealtad de la nobleza, que sin embargo seguía favoreciendo la causa del trono, hacía impolítico y poco seguro confiar á esta la custodia del monarca. La nación escocesa era enemiga hereditaria de la inglesa, y, aparentemente, la antigua aliada natural de Francia; sus hijos, aunque pobres, eran bravos y leales, y ningún otro país de Europa producía entonces tan numerosos y osados aventureros. Estos tenían además altas pretensiones nobiliarias, lo cual era también un título para que pudieran acercarse á la persona del rey más que otras tropas, al paso que el número comparativamente reducido de dicha guardia alejaba la posibilidad de que sus individuos se amotinasen y llegaran á ser amos en vez de criados.

Los monarcas franceses se habían propuesto como un principio de política granjearse la buena voluntad de aquel cuerpo escogido de extranjeros, dispensándole honrosos privi-

legios y una considerable paga, la cual empleaban los más de sus individuos con el mayor desprendimiento para hacer honor á su pretendido rango. Todos se daban la importancia de caballeros por su posición y honores; y como podían acercarse á la persona del rey, esto los enorgullecía á sus propios ojos, al paso que los hacía respetables á los de la nación francesa. Todos estaban magníficamente armados y equipados, y cada cual recibía el sueldo suficiente para tener á su servicio un escudero, un criado, un paje y dos guardias, uno de los cuales designábase con el nombre de *cuchillero*, porque llevaba un gran cuchillo para dar el golpe de gracia á los enemigos que su amo derribaba en el combate. Con semejante séquito y el tren correspondiente, un arquero de la guardia escocesa era hombre de calidad é importancia; y como las vacantes se llenaban generalmente con los individuos que habían prestado ya servicio como pajes ó escuderos, los segundones de las mejores familias escocesas eran enviados á menudo para servir á las órdenes de algún amigo ó pariente hasta que se presentara ocasión de ascender.

El cuchillero y su compañero, que no eran nobles ni tenían opción al ascenso, reclutábanse entre personas de condición inferior; pero como el sueldo de los guardias era considerable, estos podían elegir á su antojo entre sus compatriotas los más valerosos y aptos para semejante servicio.

Luís Lesly, á quien llamaremos más á menudo el *Acuchillado*, sobrenombre con que era sobradamente conocido en toda la Francia, tenía más de seis piés de estatura; era robusto y fornido, pero de rostro poco agraciado, debiéndose esto principalmente á una ancha y espantosa cicatriz, que comenzando en la frente rozaba el ojo derecho y dejaba descubierto el pómulo, prolongándose desde aquí hasta la extremidad de la oreja; presentaba además un surco que tan pronto tenía un color rojizo como azulado ó negruzco, según las impresiones que experimentaba el individuo, y que hacía resaltar más el color atezado del rostro.

En cambio, su traje y armas llamaban la atención por su magnificencia: llevaba la gorra nacional, adornada con un penacho de plumas y una Virgen María de plata maciza, la cual hacía á veces de hebilla, y que el rey había regalado á cada individuo de su guardia en uno de sus accesos de su-

persticiosa piedad, consagrando al mismo tiempo sus espadas al servicio de la Sta. Virgen. La gola del arquero, su armadura y manoplas eran del más fino acero, con embutidos de plata, y su cota de malla tenía un brillo deslumbrador; llevaba una ancha túnica ó sobrevesta de terciopelo azul abierta por los lados, como la de un heraldo, adornada con una gran cruz de S. Andrés bordada en plata, que la dividía en dos partes por delante y por detrás; protegían las rodillas y piernas unas mallas tan finas como flexibles; y los zapatos eran de acero; del cinto pendía uno de esos anchos y sólidos puñales que llamaban la *Misericordia de Dios*, y del hombro izquierdo el tahalí para la espada de dos manos, primorosamente bordado; pero en aquel momento, el arquero llevaba en la diestra esta pesada arma, que el reglamento le obligaba á no dejar nunca.

Quintín Durward, aunque como todo escocés había sido enseñado desde muy joven á apreciar las armas y la guerra, pensó que jamás había visto un guerrero de tan marcial continente y tan bien equipado como el que le saludaba en aquel instante en calidad de hermano de su madre, y á quien llamaban indistintamente Luís el de la cicatriz, ó el Acuchillado; pero no pudo menos de estremecerse un poco al observar la siniestra expresión de su semblante, cuando con sus ásperos bigotes rozó las mejillas de su sobrino, felicitándole por su llegada á Francia, y preguntando al mismo tiempo qué noticias traía de Escocia.

—Poco de bueno, querido tío,—contestó Quintín;—pero me alegro que me hayáis reconocido tan pronto.

—Te hubiera conocido hasta en las landas de Burdeos, aunque te hubiese visto andando como una grulla con un par de zancos, (1) pero siéntate, muchacho, siéntate; si hemos de oir noticias lastimosas, no nos faltará vino para sobrellevarlas con más espíritu.

Y volviendo la cabeza gritó:

—¡Hola! viejo escurre-medidas, á ver si nos traes una botella del mejor, y al momento.

(1) Los zancos, que se usan en Escocia para pasar los ríos, se emplean por los campesinos de la comarca vecina á Burdeos, para cruzar aquellos desiertos de arena movediza llamados Landas.

La voz de aquel escocés francés era tan conocida en todas las tabernas inmediatas á Plessis, como la del suizo francés en los modernos ventorrillos de París; y con la precipitación que infundía el temor, la orden fué obedecida apenas oída. El posadero se presentó al punto con una botella de champaña, del que el arquero apuró en el acto una copa llena, mientras que su sobrino tomaba sólo un sorbo para corresponder á la galantería de su tío, dando por excusa que ya había bebido antes.

—Que tu hermana hubiese dado tal excusa, pase —dijo el Acuchillado — pero de ti, no es admisible; es preciso que no temas tanto al vino si has de peinar barba de hombre y pasar por soldado. Pero, vamos, desabrocha tu morral escocés, y á ver qué noticias traes de Glen-houlakin. ¿Cómo está mi hermana?

—Muerta, tío—contestó Quintín, tristemente.

—¡Muerta!—repitió el arquero con muestras de asombro más bien que de simpatía.—¡Vaya! pues si tenía cinco años menos que yo y yo nunca he estado mejor. ¡Muerta! mentira parece. Yo no he sabido nunca qué cosa es un dolor de cabeza, sino después de pasar dos ó tres días de licencia en francachelas con los hermanos de la gaya ciencia. ¡Mi pobre hermana ha muerto! ¿Y tu padre, sobrino, se ha vuelto á casar?

Y antes que el joven pudiera responder, leyendo la respuesta en la sorpresa que le produjo la pregunta dijo:

—¡Cómo! ¿no? Hubiera jurado que Allan Durward no era hombre para vivir sin mujer al lado. Le gustaba tener en orden su casa y también mirar á una mujer bonita, pero al propio tiempo tenía costumbres algo severas; el matrimonio había contribuído á hacer de él todo esto. Ahora, á mí poco se me da de estas comodidades, y puedo mirar una chica guapa sin pensar en el sacramento del matrimonio. No soy bastante santo para esto.

—¡Ay, querido tío! mi madre enviudó hace un año, cuando Glen-houlakin fué tomado por los Ogilvies. Mi padre, mis dos tíos, mis dos hermanos mayores, otros parientes, el arpista, el capataz y unos seis más de los nuestros perdieron la vida defendiendo el castillo; y en todo Glen-houlakin no hay un hogar humeante ni una piedra en pié.

—¡Por la cruz de San Andrés!—exclamó el Acuchillado—esto se llama una carnicería! Sí, esos Ogilvies no fueron nunca más que funestos vecinos para Glen-houlakin. Mala suerte; pero esos son azares de la guerra, azares de la guerra. ¿Y cuándo ocurrió esta desgracia, sobrino?

En esto se echó al cuerpo un gran trago de vino y movió la cabeza con aire grave, al responder su pariente que la familia había sido aniquilada por la última pasada fiesta de San Judas.

—Mira tú qué cosa—dijo el soldado—ya dije que había sido todo una casualidad: ese mismo día yo y otros veinte camaradas nos apoderamos por asalto del Castillo de Roche-noir, de Amaury Brazo de hierro, capitán de lanzas francas, de quien debes haber oído hablar. Le maté en el umbral de su propia casa, y gané tanto oro como había en esta hermosa cadena, que en otro tiempo tenía doble largo que ahora; y esto me recuerda que debo destinar parte de ella á una santa obra. ¡Hola Andrés, Andrés!

Andrés, el escudero, entró al punto luciendo un trage análogo al del mismo arquero, pero sin armadura en los muslos, la del cuerpo trabajada más bastamente, el gorro sin pluma, y la sobrevesta de sarga ó tela ordinaria, en vez de rico terciopelo. Quitándose del cuello la cadena de oro, el Acuchillado arrancó de un mordisco, con sus duros dientes cosa de cuatro pulgadas de un cabo de la misma, y dijo á su servidor:

—Mira, Andrés, lleva esto á mi compadre, el buen Bonifacio, el monje de S. Martín; salúdale de mi parte y por seña dile que la última vez que nos despedimos á media noche no podía decir Dios te guarde. Díle á mi compadre que mi hermano y hermana y algunos otros de mi familia han muerto y que yo le ruego diga misas en sufragio de sus almas por todo el valor que comporten estos eslabones, y que haga al fiado todo lo demás que se necesite para librarles del Purgatorio. Y oye, como eran gente de buen vivir y exentos de toda heregía, podrá ser que ya estén casi fuera del limbo, de modo que con poca cosa quedan libres de las cernejas; y en este caso, mira, díle que deseo que invierta el exceso del oro sobrante en maldiciones contra una raza llamada los Ogilvies, del condado de Angus, del mejor modo que la iglesia pueda hacerlo. ¿Has entendido bien, Andrés?

El cuchillero hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Entonces, cuidado con que ninguno de estos eslabones vaya á parar á la cantina antes de que el Monje los haya recibido; pues si tal sucediera, probarás la cincha y el cuero del estribo hasta quedar tan desollado como San Bartolomé. Pero aguarda, veo que tus ojos se han quedado fijos en la medida del vino y no has de irte sin saber qué gusto tiene.

Así diciendo, le llenó hasta el borde un vaso, que el cuchillero apuró de un trago y se retiró para ejecutar el encargo de su amo.

—Y ahora, sobrino, sepamos lo que fué de ti en este desdichado suceso.

—Yo estuve peleando entre los que eran más viejos y vigorosos que yo, hasta que todos fuímos derrotados—dijo Durward.—Yo quedé gravemente herido.

—Lo mismo me sucedió á mí hace diez años—dijo el Acuchillado.—Veamos qué te parece esto, sobrino—añadió señalando con el dedo la roja cicatriz que afeaba su rostro.—La espada de un Ogilvy nunca trazó un surco tan profundo.

—Bastante profundamente surcaron—respondió tristemente Quintín—mas al fin se cansaron y por la intercesión de mi madre no me remataron cuando se vió que todavía daba alguna señal de vida. Un sabio monje de Aberbrothick, que por casualidad era nuestro huésped en aquel día fatal, y que por milagro escapó vivo de la refriega, pidió permiso para vendarme las heridas y para trasladarme luégo á sitio seguro; pero bajo palabra empeñada recíprocamente por él y por mi madre, de que yo tomaría el hábito de monje.

—¡Fraile!—exclamó el arquero.—¡San Andrés me valga! eso sí que no me ha ocurrido nunca. Nadie, desde mi niñez hasta hoy, soñó siquiera en hacerme fraile.—Y no obstante, cuando lo pienso me extraña, pues prescindiendo de que no sé leer y escribir, lo cual no pude aprender en la vida, ni la solfa, que nunca he podido sufrir; y sin hablar del traje, que es el de un mendigo loco, la Virgen me perdone (aquí se persignó); y de los ayunos, que no son de mi gusto, hubiera salido de cabo á rabo un monje tan acabado como mi compadre de san Martín. Mas no sé por qué, nadie me ha propuesto esta carrera jamás. Con que, sobrino, debías ser fraile según eso; y ¿por qué si te place?

—Pues, para que la casa de mi padre se extinguiera, en la tumba ó en el claustro—respondió Quintín, con profunda emoción.

—Ya lo veo—repuso el Acuchillado, ya lo entiendo. ¡Tunantes, tunos redomados! Pero también se les podía chasquear, á pesar de todo; pues mira, sobrino, que todavía yo me acuerdo del canónigo Robersart que había profesado, y luégo se escapó del convento y se hizo capitán de Francos. Tenía una querida, la mujer más hermosa que he visto en la vida, y tres niños hermosos como ella.—No hay que fiarse de los frailes, sobrino, no se ha de confiar en ellos porque pueden hacerse soldados y tener hijos cuando menos lo esperes; pero prosigue con tu relato.

—Poco más tengo que añadir—dijo Durward—á no ser que considerando que mi pobre madre quedaba hasta cierto punto en rehenes por mí, vime en el caso de vestir el hábito de novicio y someterme á la regla monástica, aprendiendo hasta á leer y escribir.

—¡Leer y escribir!—exclamó el Acuchillado que era uno de aquellos que tienen por milagroso todo conocimiento que ellos no poseen. ¡Escribir, dices, y leer! No lo puedo creer; jamás he oído decir que un Durward supiera escribir su nombre, ni tampoco un Lesly. Yo respondo de uno; para mí escribir me sería tan imposible como volar. Y dime, en nombre de San Luís, ¿cómo lo hicieron para enseñarte?

—Al principio era algo engorroso—dijo Durward—pero con la práctica se me fué haciendo más fácil, y como estaba débil á causa de las heridas y la pérdida de sangre, y deseaba complacer á mi salvador, el Padre Pedro, me apliqué más. Pero al cabo de algunos meses de languidecer, mi pobrecita madre murió, y como mi salud estaba ya completamente restablecida, manifesté á mi bienhechor, que era al propio tiempo Sub-Prior del convento, mi repugnancia á tomar el hábito. Entonces convinimos, ya que mi vocación no me llamaba al claustro, que yo me lanzaría al mundo en busca de fortuna, y que, para librar al Sub-Prior del enojo de los Ogilvies, se daría á mi marcha la apariencia de fuga. Á fin de disimularlo mejor me llevé el halcón del Abad; pero se me despidió con las debidas formalidades, como consta del sello y rúbrica de propia mano del Abad.

—¡Bravo, bien!—exclamó el arquero.—Á nuestro rey le importa un comino cualquiera otro robo que hayas hecho, pero le infunde horror extraordinario todo lo que se parezca á una violación del claustro. Y, vamos á ver, apostaría á que no tienes ningún tesoro para subvenir á tus gastos.

—Sólo algunas monedas de plata—dijo el mancebo—pues á vos nada debo ocultar, querido tío.



—Malo es eso, amigo mío—repuso el Acuchillado—malo es eso. En cuanto á mí, aunque no ahorro nunca un cuarto de mi paga porque en estos peligrosos tiempos no conviene llevar dinero consigo, siempre tengo (y yo te aconsejaría que trataras de imitarme) alguna cadena de oro, ó brazalete ó collar, que al paso que sirve para adornar mi persona, en caso necesario se pueden utilizar uno ó dos eslabones, ó tal vez una piedra superflua, para obtener del producto de la venta lo que puede hacer falta en caso de un apuro. Tal vez tú me preguntarías de buena gana, cómo debe uno arreglarse para obtener tales juguetes como el que ves (al decir esto el arquero agitó su cadena con aire de satisfacción); y á esto contestaría por lo pronto que no penden de las ramas de ningún arbusto, ni crecen tampoco en los campos, como los narcisos, cuyos

troncos sirven á los chiquillos para hacer collares de caballero. ¿Cómo se ha de proceder, pues? Del mismo modo que yo conseguí esta cadena, tú puedes obtener otra si entras al servicio del rey de Francia, donde siempre se hallan riquezas, si no falta corazón para buscarlas con riesgo de la vida si es preciso.

—Tenía entendido—repuso Quintín, eludiendo una resolución para la cual no se juzgaba todavía competente—que el duque de Borgoña despliega más ostentación que el rey de Francia, y que bajo sus banderas se puede alcanzar mayor gloria, pues á su lado se descargan recios golpes y se llevan á cabo grandes hechos de armas; mientras que el rey cristianísimo, según dicen, obtiene sólo victorias con la lengua de sus embajadores.

—Hablas como un chiquillo que no sabe lo que dice, sobrino mío—contestó el arquero—pero á decir verdad, no olvido que cuando vine aquí era cuasi tan ignorante como tú. Yo no podía representarme un rey sino sentado en su trono bajo un rico dosel, ceñida la cabeza con una corona de oro y teniendo á su alrededor sus grandes vasallos y paladines; ó bien á la cabeza de sus tropas cargando al enemigo, como Carlomagno en las novelas, ó Roberto Bruce ó Guillermo Wallace en nuestras verdaderas historias, como por ejemplo la del *Trovador*. Y ahora, atiende bien á lo que voy á decirte, joven. Todo eso que hablas es como la luna en un pozo; la política es el todo. Tal vez tú no sepas lo que es..... Pues para que no lo ignores, te diré que es un arte inventado por nuestro Rey de Francia, y que consiste en combatir con la espada agena y pagar á sus tropas con la bolsa de los demás. ¡Ah! es el príncipe más sabio que jamás revistió la púrpura, y sábete que la usa muy poco, pues con frecuencia le veo vestido con más sencillez de la que á mí me convendría.

—Pero advertid, tío, que eso no hace al caso para mí—contestó el joven.—Yo quisiera servir, puesto que servir debo en tierra extranjera, en cualquier parte donde una hazaña, si me tocara en suerte llevar á cabo alguna, pudiese darme nombre.

—Ya te entiendo, sobrino—repuso el arquero—ya lo entiendo bastante bien; pero advierte que aún no tienes experiencia en estos asuntos. El duque de Borgoña es un hombre impe-

tuoso, de cabeza volcánica y costillas de hierro, que ataca al enemigo al frente de sus nobles y caballeros, sus aliados de Artois y Hainault; pero ¿piensas que si tú y yo nos halláramos allí, podríamos hacer gran cosa más que el mismo duque y sus valerosos nobles del país? Y advierte que si no nos distinguíamos tanto como ellos correríamos riesgo de ser entregados a manos del Preboste del Campo por andar remisos en la refriega; y si no nos quedábamos atrás, sólo se diría que habíamos ganado la paga que nos dan. Supón por un momento que yo me adelantase un poco á los demás en la refriega, lo cual es difícil y arriesgado entre hombres que hacen lo mejor que pueden: entonces, el señor duque diría en su idioma flamenco al verme descargar un buen golpe: «¡ah! *¡gut-getroffen!* ¡buena lanza, valiente escocés! Dadle un florín para que beba á nuestra salud.» Á esto se reduciría todo, sin que pudieras esperar elevarte en grado y adquirir tierras ni riquezas, pues nunca se concede nada de esto al extranjero; todo queda para los hijos del país.

—Pues entonces ¿con quién debo alistarme, querido tío? —preguntó Quintín.

—Con el que protege á los hijos de la patria—dijo el Acuchillado irguiéndose arrogante.—El rey Luís dice siempre: «Mi buen labrador francés, atiende tú á tus aperos, cúidate del arado, del azadón, de la podadera y del rastrillo, pues aquí tengo á mi bravo escocés que combatirá por ti, para que tú sólo tengas la molestia de pagarle. Y en cuanto á vosotros, gran duque, ilustre conde y poderoso marqués, contened vuestra bravura hasta que se necesite, porque podría desviarse de su camino y perjudicar á vuestro rey. Aquí están mis compañías de ordenanza, aquí mis guardias franceses, y sobre todo mis arqueros escoceses, y mi honrado Luís el Acuchillado, que se batirán mejor que vosotros, con vuestro valor sin disciplina, que en tiempo de nuestros padres bastó para perder las batallas de Crézy y de Arincourt.» Ahora bien, ¿no ves en cuál de estas dos posiciones tiene un caballero errante más probabilidades de alcanzar honores y provecho?

—Me parece comprenderos, tío—contestó Quintín—pero á decir verdad, no creo que se pueda alcanzar gloria donde no hay peligro. Seguramente que sirviendo al rey, y dispensadme la observación, se tendrá una vida regalada, por no

decir perezosa. Montar la guardia junto á un pobre anciano á quien nadie piensa hacer mal ninguno, pasar los días de verano y las noches de invierno en las fortificaciones y estar encerrado siempre en jaulas de hierro por temor de que uno deserte... vamos, tío, confesad que eso es vivir como el halcón en su percha cuando no le sacan nunca al campo.

—¡Por San Martín de Tours que eres despejado, muchacho! Hé aquí un verdadero arranque de Lesly, muy semejante á los míos, aunque con un poco más de ligereza. Escucha, joven; yo siempre diré ¡viva el rey de Francia! Apenas se pasa día sin que se deba desempeñar alguna comisión, por la cual no sólo puede obtener dinero, sino también fama, cualquiera de los servidores del Príncipe: y no creas que los hechos más arriesgados se efectúan siempre á la luz del día. De algunos podría hablarte, tales como escalar castillos, hacer prisioneros y otras cosas análogas, en cuyo desempeño han corrido algunos mayor peligro y alcanzado más favor que cualquiera de los aventureros que sirven al impetuoso duque de Borgoña. Y si al rey le place mantenerse á retaguardia y á la sombra cuando se hacen tales cosas, así tiene más tranquilidad de espíritu para admirar, y puede conceder sus recompensas con más acierto á sus leales servidores, cuyos hechos de armas no le sería dado apreciar tan bien si tomase parte en la refriega. ¡Oh! te aseguro que es un monarca tan sagaz como sabio político.

Quintín Durward guardó silencio un instante, pero luégo repuso en voz baja y con tono significativo:

—El buen padre Pedro solía decirme con frecuencia, que puede haber mucho peligro en hechos que apenas proporcionan gloria. Inútil me parece deciros, tío, que supongo que todas esas comisiones secretas serán honrosas.

—¿Por quién ó por qué me tomas?—replicó el Acuchillado con cierta aspereza.—Á mí no me han educado en el claustro, ni sé tampoco leer y escribir; pero soy el hermano de tu madre y un Lesly leal. ¿Me crees á mí capaz de recocomendarte una cosa indigna? El mejor caballero de Francia, el mismo Duguesclin, si otra vez viniese, podría vanagloriarse de contar entre sus proezas mis hechos de armas.

—Yo no puedo dudar de vuestra autoridad, querido tío—contestó Quintín—pues vos sóis el único consejero que me

ha dejado mi desgraciada suerte; pero, decidme, ¿es verdad, como lo aseguran, que el rey tiene tan tan pobre corte en el castillo de Plessis; que no hay reunión de nobles cortesanos ó grandes feudatarios; que no tiene altos oficiales de la corona; que faltan las diversiones, ó sólo toman parte en ellas los criados de servicio; que se celebran consejos secretos, á los cuales se admite sólo á personas de oscuro linaje; que la nobleza está deprimida; y que hombres de la más ínfima clase obtienen los favores del rey? Todo esto no me parece regular, ni se asemeja en nada á la conducta del padre de ese príncipe, el noble Carlos, que arrancó de las garras del leopardo inglés el más que medio conquistado reino de Francia.

—Vamos, muchacho, hablas como un chiquillo—replicó el arquero—y siempre vienes á producir las mismas notas aunque varíes de cuerda. Abordemos la cuestión: si el rey ocupa á Oliverio Dain, su barbero, para ejecutar lo que él sabe hacer mejor que cualquiera de los Pares, ¿no gana el reino con esto? Si manda á su hercúleo Preboste Tristán, que prenda á tal ó cual individuo sedicioso, ó que aleje á tal ó cual noble turbulento, la cosa se hace y punto concluído; mientras que si se confiase la comisión á un duque ó Par de Francia, tal vez contestaría enviando al rey un cartel de desafío. Si el monarca, por ejemplo, tiene á bien confiar al humilde Luís el Acuchillado alguna comisión, en vez de encargar el servicio al gran condestable, que tal vez le haría traición, ¿no da con esto el rey una prueba de su prudencia y buen criterio? Y sobre todo ¿no conviene más un monarca de tales condiciones á los caballeros que buscando glorias y aventuras han de ir donde sus servicios puedan ser mejor recompensados? No, hijo mío, yo te aseguro que el rey Luís sabe escoger sus confidentes y comprende muy bien qué comisiones puede confiarles, cuidando siempre de no recargar á ninguno de más trabajo del que puede hacer. No se parece al rey de Castilla, que se ahogaba de sed porque su copero mayor no estaba detrás para llenarle la copa. Pero, escucha, ya toca la campana de San Martín, y debo volver inmediatamente al castillo. ¡Adios! Ocupa bien el tiempo, y mañana á las ocho de la misma preséntate delante del puente levadizo, donde preguntarás por mí al centinela. Ten cuidado, sobre todo, de no separarte del camino recto y trillado cuando te

acerques al portal, pues hay tales trampas y fosos, que muy bien podrías perder algún miembro que luégo te haría mucha falta. Verás al rey y podrás juzgarle por ti mismo. ¡ Adios!

Así diciendo, el Acuchillado salió apresuradamente, olvidándose en su precipitación de pagar el vino que pidió al posadero, falta de memoria casual en personas de su condición, y que el dueño del establecimiento no pensó en corregir, atemorizado tal vez por la enorme espada de dos manos.

Podría suponerse que Quintín, una vez solo, volvería otra vez á su cuarto con la esperanza de oir de nuevo la dulce canción que tanto le había cautivado aquella mañana; pero esto no era ya más que un capítulo de novela; la conversación con su tío açababa de abrir á sus ojos una página de la verdadera historia de la vida, nada agradable por cierto, y por lo pronto, los recuerdos y reflexiones que le acosaban fueron suficientes para alejar de su espíritu todo pensamiento de amor.

Quintín se dirigió á un solitario paseo que se prolongaba por las orillas del impetuoso Cher, no sin preguntar antes al posadero por dónde podría ir mejor para evitar las trampas y lazos. En su solitaria excursión procuró coordinar las tumultuosas y desordenadas ideas para trazar su futura línea de conducta, sobre la cual le daba mucho que pensar la entrevista con su tío.





CAPÍTULO VI.

Los gitanos.

La educación que había recibido Quintín Durward no era la más propia para ablandar el corazón ó mejorar tal vez los sentimientos morales. Así como los demás individuos de su familia, habíase acostumbrado á considerar la caza como una diversión, y la guerra como la única ocupación formal, juzgando que uno de sus principales deberes era sufrir la desgracia resignadamente y vengar con justas represalias los ataques de los enemigos feudales que habían aniquilado casi su raza. Sin embargo, con estas ideas mezclábase cierto espíritu de altivez caballeresca y hasta de galantería que suavizaba el rigor de tales principios; de modo que la animosidad no alejaba todo sentimiento humanitario y generoso. Las lecciones del anciano y digno monje, mejor aprovechadas tal vez durante una larga ociosidad, después de la desgracia, de lo que hubieran podido serlo en tiempos prósperos, permitieron al joven escocés arraigarlas más profundamente respecto á los deberes del hombre para con su prójimo; y considerando la ignorancia de la época, las preocupaciones generales que predominaban en favor de la vida militar, y la educación que había recibido, el joven se hallaba en estado de comprender cuáles eran sus deberes morales mejor de lo que se podía esperar de cualquier otro joven de aquel tiempo.

Quintín reflexionó en la entrevista que acababa de celebrar con su tío, experimentando como un sentimiento de contrariedad y disgusto. Hasta entonces había abrigado grandes esperanzas, pues aunque por aquel tiempo no se pudiesen

mantener relaciones por correspondencia escrita, nunca faltaba algún peregrino ó mercader, ó soldado inválido que llevara á veces noticias de Lesly á Glen-houlakin; y todos elogiaban su indomable valor y su buena fortuna en muchas empresas que el rey había confiado al intrépido arquero. Quintín se había trazado un bosquejo á su manera, comparando á su afortunado tío (cuyas hazañas sin duda no menguaban al pasar de boca en boca) con alguno de lòs campeones y caballeros andantes cantados por los trovadores, que ganaban coronas y casábanse con hijas de reyes sólo por su espada y su lanza; pero ahora veíase obligado á clasificar á su tío en un rango mucho más inferior. No obstante, poseído del mayor respeto á sus parientes y á cuantos los representaban de cerca; dejándose llevar de todas las preocupaciones que desde joven abrigaba en favor de aquellos, falto de experiencia, y tiernamente afectuoso á la memoria de su madre, Quintín no reconoció en el único hermano de la que le dió el sér su verdadero carácter, que no era otro sino el de un soldado mercenario, ni mucho mejor ni peor que el de otros aventureros de la misma profesión, cuya presencia contribuía á perturbar el estado de Francia.

Sin ser refinadamente cruel, el Acuchillado se mostraba por costumbre indiferente á la vida y á los padecimientos humanos; en extremo ignorante y codicioso de botín, no tenía escrúpulos sobre la manera de adquirirlo, y era pródigo para gastarlo cuando se trataba de satisfacer sus pasiones. La costumbre de atender exclusivamente á sus propias necesidades é intereses le había convertido en uno de los seres más egoístas del mundo; de modo que rara vez podía, como el lector habrá observado, tratar de cualquier asunto sin ver de qué manera lo utilizaría en su provecho, aunque él aseguraba que lo hacía suyo propio, sin que á ello le indujera una mira interesada. Á esto debe añadirse que el estrecho círculo de sus obligaciones y placeres había circunscrito gradualmente sus ideas, sus esperanzas y deseos, apagando en gran parte el rudo espíritu de honradez y el deseo de distinguirse en las armas que le animaron en su juventud. Luís Lesly era en resumen un buen soldado, endurecido, egoísta y de escasa inteligencia; activo é inexorable en el cumplimiento de sus deberes, pocas cosas le llamaban la atención fuera de la observan-

cia del servicio, como no fuese alguna orgía de vez en cuando en compañía del hermano Bonifacio, su camarada y confidente. Si hubiese tenido más disposición y alcances, probablemente habría alcanzado algún cargo importante, porque el rey, que conocía personalmente á todos los soldados de su guardia escocesa, tenía mucha confianza en el valor y la fidelidad del Acuchillado, no faltándole á éste bastante inteligencia y buen tacto para comprender cómo debían satisfacerse las rarezas y caprichos de su rey. Sin embargo, su capacidad era demasiado limitada para poder elevarse á mayor altura; y aunque Luís le halagaba no pocas veces con una sonrisa ó le dirigía alguna frase amistosa, el Acuchillado continuaba siendo un simple guardia ó arquero escocés.

Sin llegar á conocer el fondo del carácter de su tío, Quintín quedó asombrado al observar la indiferencia con que escuchó la noticia del exterminio de toda la familia de su cuñado, y no pudo menos de sorprenderle también que un pariente tan cercano no le hubiera ofrecido su bolsa, circunstancia que, á no ser por la generosidad de maese Pedro, le habría obligado á pedir algún dinero sin rodeos. Sin embargo, juzgaba mal á su tío al presumir que esta falta de atención en satisfacer sus probables necesidades era debida á la avaricia. No necesitando precisamente dinero él mismo, el Acuchillado no pensó que su sobrino pudiera estar en apuro; si lo hubiese creído así, como le eran sagrados los lazos de parentesco, no hubiera dejado de atender á las necesidades de su sobrino, lo mismo que lo habría hecho por su difunta hermana ó su esposo. Pero cualquiera que fuese la causa, el descuido no era nada satisfactorio para el joven Durward, que más de una vez se arrepintió de no haber entrado al servicio del duque de Borgoña antes de su pendencia con el guardabosque. «Cualquiera que hubiese sido mi suerte, pensaba, siempre hubiera podido fortalecerme con la idea de que en el peor caso me quedaba aquí un fuerte apoyo en mi tío Luís. Pero ahora ya le he visto, y por mengua suya, más protección he hallado en un simple mercader desconocido que en el hermano de mi propia madre, en un compatriota y caballero. Cualquiera creería que la cuchillada que le privó de la gracia del rostro le ha robado al mismo tiempo hasta la última gota de sangre generosa.»

Quintín se lamentaba también de no haber tenido oportunidad de hablar de maese Pedro á su tío, á fin de obtener algún informe acerca de aquel personaje: las preguntas del arquero se habían seguido tan rápidamente, que no le dejaron tiempo para pensar en ello; y por otra parte, el toque de la gran campana de San Martín de Tours había interrumpido la conferencia demasiado repentinamente. Aquel anciano, pensaba el joven escocés, era impertinente y poco tratable al parecer, sarcástico y burlón en el decir, pero generoso y liberal en sus actos; y semejante extranjero bien valía tanto como un tío indiferente. «¿Qué dice el antiguo adagio escocés?» murmuró Quintín. *Que más vale un buen extraño que un pariente que se extraña.* (1) Yo encontraré á ese hombre, lo cual me parece que no será muy difícil, si es tan rico como el patrón dice; y cuando menos, me dará buenos consejos para dirigir mis acciones. Si es hombre que viaja por paises extranjeros, como lo hacen otros muchos de su profesión ¡quién sabe si me convendría tanto servirle á él como alistarme en los guardias del rey Luís!

Cuando formulaba este último pensamiento, un suspiro escapado de lo más recóndito del corazón, en el que se encierran muchas cosas que su dueño no conoce ó no siempre quiere reconocer, sugirióle la idea de que tal vez la dama de la torrecilla, la del velo y del laúd, acompañaría al anciano en sus aventurados viajes.

Cuando más absorto estaba en estas reflexiones, encontró dos hombres de venerable aspecto, al parecer ciudadanos de Tours, á quienes después de saludar con el respeto que la juventud debe á la ancianidad, preguntóles cortésmente si podrían indicarle dónde estaba la casa de maese Pedro.

—¿La casa de quién, hijo mío?—preguntó uno de los paseantes.

—De maese Pedro, del gran comerciante en sedas, que ha plantado todas las moreras del parque de allá arriba—repuso Quintín.

---

(1) *Más vale un extraño bondadoso que un pariente que se hace extraño.* Esta divisa está grabada en una daga perteneciente á una persona que tuvo sobradas razones para elegir este lema. El arma fué legada á mi padre, y se relaciona con no pocas aventuras que tal vez saldrán á luz algún día. La daga está en mi poder ahora.

—Joven—dijo el que estaba más cerca—á la edad que tienes no es todavía tiempo de entregarte á la vagancia.

—Y has escogido mal si tratas de hacernos blanco de tus burlas—dijo el otro con aspereza. —El Síndico de Tours no está acostumbrado á que se le hable de esta manera ni á que se gasten bromas con él.

Quintín quedó tan sorprendido del resentimiento que manifestaban aquellos dos hombres, al parecer decentes, sólo por el hecho de dirigirles una sencilla pregunta con la mayor cortesía, que no pensó en enojarse por la rudeza de la contestación, y quedóse contemplándolos mientras se alejaban precipitadamente, volviéndose á menudo para mirarle, como si deseasen ponerse fuera de su alcance lo más pronto posible.

Poco después encontró un grupo de viticultores, á quienes dirigió la misma pregunta, á la cual contestaron invitándole á que les indicase si se refería á maese Pedro el maestro, ó maese Pedro el carpintero, ó maese Pedro el pertiguero, añadiendo que aún conocían otra media docena de individuos del mismo nombre. Como ninguno de ellos parecía ser por sus señas la persona que él buscaba, sus interlocutores le trataron de impertinente, creyendo que trataba de burlarse de ellos, y amenazáronle con molerle á palos para castigar su mofa. El más anciano de entre ellos, que tenía más influencia entre los demás, impidió que pasaran á vías de hecho.

—Ya véis por su modo de hablar, y por su ridícula gorra—les dijo—que es uno de esos saltimbanquis extranjeros que han venido á nuestro país, y á quienes algunos llaman hechiceros ó adivinos, y otros juglares ó cosa análoga, no sabiendo nadie las mañas de que puedan valerse. Yo he conocido uno que pagó sólo un ochavo por darse un atracón de uvas en la viña de un pobre; comió tantas como hubiera podido cargar un borrico, y no le fué necesario soltarse ni un solo botón de la chaqueta. De consiguiente, dejadle pasar y seguir su camino tranquilamente, mientras vamos por el nuestro.—Y vos, amigo mío—añadió dirigiéndose al joven—idos en nombre de Dios y de San Martín de Tours, y no nos calentéis más la cabeza con vuestro maese Pedro, que muy bien podría ser un nombre del diablo.

Como Quintín estaba solo, y era por lo tanto el más débil,

juzgó prudente seguir su camino sin contestar, pero los labriegos, que al principio se apartaban del joven con horror á causa de su supuesta habilidad como hechicero, y su facilidad para devorar uvas, cobraron ánimo á medida que se alejaba, y después de proferir algunos gritos y maldiciones, acabaron por lanzar contra el joven una lluvia de piedras, aunque á tal distancia, que poco ó ningún daño podían hacer al objeto de sus iras. Quintín, continuando su paseo, comenzó á pensar, á su vez, que, ó bien estaba hechizado, ó que el pueblo de Turena era el más estúpido, brutal é inhospitalario de toda Francia. El incidente que observó después, no fué el más propio para hacerle variar de opinión.

En una pequeña eminencia, que se elevaba sobre la rápida y hermosa corriente del Cher, en la misma línea que el joven seguía, veíanse dos ó tres corpulentos castaños, tan simétricamente situados, que formaban el más gracioso grupo; y delante de estos árboles, tres ó cuatro campesinos, inmóviles, miraban hacia arriba con la mayor atención, fija la vista al parecer en algún objeto pendiente de las ramas. La meditación de un joven rara vez es tan profunda que no ceda al impulso de la curiosidad, tan facilmente como la más diminuta piedrecilla, al caer por casualidad de nuestras manos, agita la superficie de un limpio estanque. Quintín, apresurando el paso, corrió ligeramente hacia la eminencia y llegó bastante á tiempo para presenciar el horroroso espectáculo que excitaba la atención de los campesinos, y que no era nada menos que el cuerpo de un hombre estremeciéndose en las últimas convulsiones de la agonía, pendiente de una de las ramas.

—¿Por qué no cortáis la cuerda que le sujeta?—preguntó el joven escocés, cuya mano estaba siempre tan dispuesta á remediar la desgracia como á defender su honor cuando le creía atacado.

Uno de los campesinos, volviéndose hacia Quintín, con una expresión de espanto que no permitía reconocer cuál sería la natural de su semblante, y con las facciones pálidas como la cera, mostróle una señal trazada en la corteza del árbol, y que por su forma ofrecía la misma tosca semejanza con una flor de lís que la que ciertos signos cabalísticos, bien conocidos de los empleados del fisco, tienen con una *flecha ancha*. Sin entender nada de esto ni cuidarse de la importancia

de tal símbolo, el joven Durward trepó con la ligereza de un lince á la copa del árbol, sacó de su bolsillo ese instrumento tan necesario para el montañés ó el leñador, el fiel *skene-d' hu*, (1) y avisando á los que estaban abajo para que recibiesen el cuerpo en sus manos, cortó la cuerda en menos de un minuto.

Pero su humanitario acto fué mal secundado por los curiosos, quienes lejos de prestar al joven el menor auxilio, parecían aterrados de su audacia y diéronse á huir, cual si temieran que su sola presencia pudiera interpretarse como complicidad en el acto. El cuerpo, no hallando sostén, cayó pesadamente á tierra, de tal modo que cuando Quintín, saltando al punto, se acercó á él, tuvo el disgusto de reconocer que ya se había extinguido la última chispa de vida. No desistió, sin embargo, de su caritativo propósito sin hacer nuevos esfuerzos: desató del cuello del infeliz el nudo fatal, desabrochóle el jubón, le roció el rostro con agua, y aplicóle todos los remedios que se acostumbran en tales casos para restablecer la respiración.

Mientras el joven se ocupaba en este acto humanitario, elevóse de improviso en torno suyo un ronco clamoreo, y oyó muchas voces de personas que hablaban un lenguaje incomprensible para él; mas apenas tuvo tiempo para observar lo que era, pues cercáronle varios hombres y mujeres de extraño aspecto, sintióse cogido bruscamente por ambos brazos, y vió junto á su cuello la hoja de un cuchillo.

—¡Pálido esclavo de Eblis!—gritó un hombre en muy mal francés.—¿Estás robándole después de haberle asesinado? Pero ya te hemos cogido y vas á pagarlas todas juntas.

Apenas dichas estas palabras, Quintín vió brillar á su alrededor varios cuchillos, y fijas en él las siniestras miradas de algunos hombres de salvaje aspecto, semejantes á otros tantos lobos dispuestos á lanzarse sobre su presa.

Sin embargo, el valor del joven escocés le salvó en aquel peligro, pues sin perder su presencia de ánimo gritó á los que le rodeaban:

---

(1) Cuchillo negro, especie de cuchillo sin mango ni muelle, muy usado antiguamente por los montañeses de Escocia, quienes rara vez viajaban sin esa arma repugnante: hoy día apenas se usa.

—¿Qué quiere decir esto, señores? Si ese es el cuerpo de un amigo vuestro, sabed que, movido á compasión, ahora mismo acabo de cortar la cuerda de que estaba colgado; y mejor haríais en tratar de volverle á la vida que en maltratar á un extranjero inocente, á quien ese hombre debería su salvación si no hubiese muerto.



Entre tanto las mujeres se habian apoderado ya del cadáver y continuado las tentativas que para restituirle á la vida había hecho ya Durward, aunque sin mejor éxito, visto lo cual, desistiendo de sus infructuosos esfuerzos, entregáronse á todas las manifestaciones de dolor acostumbradas en Oriente. Las mujeres profirieron dolorosos gemidos, mesándose sus largos cabellos negros, al paso que los hombres parecían desgarrarse la ropa y cubríanse de polvo la cabeza. Poco á poco fueron absorbiéndose tanto en sus ritos funerarios que ya no

hicieron el menor caso de Durward, de cuya inocencia probablemente quedaron convencidos por las circunstancias. Lo mejor que hubiera podido hacer el joven sin duda alguna era alejarse de aquellos salvajes, pero había sido educado en el desprecio casi temerario al peligro y sentía además todo el estímulo de la curiosidad juvenil.

Los individuos que componían aquel grupo extraño, tanto hombres como mujeres, llevaban turbantes y gorras, más semejantes á la de Quintín que á las usadas comunmente en Francia; algunos se distinguían por sus barbas negras y rizadas, y la complexión de todos era tan oscura como la de los africanos. Dos individuos, que parecian ser jefes, ostentaban varios adornos de plata en el cuello y las orejas, y llevaban vistosas fajas amarillas y encarnadas; sus piernas y brazos estaban completamente desnudos; y todos tenían en general un aspecto mísero y raquítico. Quintín no vió que llevaran otras armas sino los largos cuchillos con que le amenazaron antes; sólo un joven tenía una especie de alfange corto y corvo, cuya empuñadura oprimía con frecuencia; este joven, de aspecto vigoroso, era más extremado que sus compañeros en sus manifestaciones de dolor, y parecía murmurar palabras de venganza.

Aquel grupo desordenado y turbulento tenía un aspecto tan diferente de todos los que Quintín había visto hasta entonces, que estuvo á punto de tomarlo por un grupo de sarracenos, de esos «perros paganos», que eran los enemigos de todo caballero y monarca cristiano en cuantas novelas había leído ú oído leer; y ya iba á alejarse de tan peligrosa compañía, cuando se oyó un galope de caballos, y los presuntos sarracenos, que en tanto se habían ya cargado á cuestas el cuerpo de su camarada, fueron súbitamente acometidos por una partida de soldados franceses.

Esta repentina aparición cambió los acompasados lamentos de aquellos hombres en alaridos de terror. En un momento el cadáver fué arrojado al suelo y los que estaban en torno suyo mostraron la mayor prontitud y destreza en escapar, como quien dice, entre los piés de los caballos, y de las puntas de las lanzas que contra ellos se asestaron á los gritos de: «¡Fuera esos ladrones paganos condenados! Cogedlos y matadlos! Atadlos como bestias! Alanceadlos como lobos!»

Á estos gritos acompañaban actos de violencia; mas tal era la ligereza de los fugitivos y tan desfavorable el terreno á los jinetes por la abundancia de espinas y malezas, que sólo dos fueron derribados y hechos prisioneros, uno de ellos, el joven del alfanje, que había hecho antes alguna resistencia. Quintín, á quien parecía la fortuna haber escogido por blanco de sus saetas, fué al mismo tiempo detenido por los soldados, y sus armas, á pesar de sus reclamaciones, tiradas al suelo y atadas en un lío, mostrando los que le cogieron tal presteza y habilidad en esa operación que de lejos se veía que no eran novicios en asuntos de policía.

Al mirar ansiosamente quién era el caudillo de los jinetes, de quien esperaba obtener la libertad, no supo á punto fijo Quintín si alegrarse ó sobresaltarse al reconocer en él al silencioso compañero de maese Pedro. Cierto que, cualquiera que fuese el crimen de que se acusara á los extranjeros, este oficial debía saber, por lo ocurrido aquella mañana, que él, Durward, nada tenía que ver absolutamente con ellos; pero era difícil adivinar si este hombre taciturno sería un juez favorable ó un testigo dispuesto en su favor, y abrigaba sus dudas respecto á si mejoraría su posición apelando directamente á él. Quintín no tuvo tiempo para reflexionar más.

—Tres-Escalas y Andresillo—dijo el tétrico oficial á dos de los suyos—estos mismos árboles que nos rodean servirán perfectamente. Quiero enseñar á estos infieles brujos ladrones á no intervenir en la justicia del rey, cuando esta se dispensa á uno cualquiera de su raza maldita. Desmontad, hijos míos, y haced vuestro oficio sin demora.

Tres-Escalas y Andresillo echaron pié á tierra en un momento, y Quintín observó que cada uno de ellos llevaba en la grupa y en el pomo de la silla uno ó dos rollos de cuerda, la cual desliaron rápidamente, dejando ver que cada una tenía el fatal nudo corredizo, propio para ahorcar. Helósele á Quintín la sangre en las venas al notar que se elegían tres cuerdas, pues comprendió que se tenía el propósito de colocar una de ellas en torno de su propio cuello. Entonces llamó á gritos al oficial, recordóle su encuentro de por la mañana, invocó los derechos de escocés libre en un país amigo y aliado, y negó saber nada de las personas entre las cuales se le acababa de prender.

El oficial á quien Durward interpeló de este modo, apenas se dignó dirigirle una mirada mientras hablaba, y no hizo el menor caso de su alusión á haberle conocido antes; pero volviéndose indiferentemente hacia uno ó dos campesinos de los que se habían ido acercando, ya para consignar su declaración contra los prisioneros, ó bien por pura curiosidad, preguntóles bruscamente:

—¿Estaba ese joven con los vagabundos?

—Vaya si estaba, con perdón de vuestra señoría, noble señor Preboste—respondió uno de los labriegos—él fué quien primero cortó irrespetuosamente la cuerda al pícaro que tan merecidamente había ahorcado la justicia de Su Majestad.

—Juraría por Dios nuestro Señor y por S. Martín de Tours, que le he visto con la cuadrilla—dijo el otro—cuando saquearon nuestro cortijo.

—No puede ser, padre—dijo un muchacho—aquel hereje era negro y este mozo es guapo; aquel hereje tenía el pelo corto y ensortijado y éste lleva largos y hermosos bucles.

—Eso es, chico—dijo el aldeano—y tal vez dirás también que aquel llevaba una chaqueta verde y éste una chupa gris. Pero su señoría, el Preboste, sabe mejor que yo que esa gente cambia de fisonomía tan fácilmente como de traje, de modo que sigo creyendo que es él mismo.

—Basta con que le hayáis visto entrometerse en la justicia del rey, tratando de salvar de la horca á un traidor—dijo el oficial. Tres-Escalas y Andresillo—añadió—despachad pronto.

—Deteneos, señor oficial—exclamó el joven con mortal angustia—escuchadme; no me hagáis morir inocente; mi sangre os sería reclamada por mis compatriotas en este mundo, y por la justicia divina en el otro.

—Sabré responder de mis acciones en ambos—respondió friamente el Preboste, haciendo á los verdugos una señal con la mano izquierda.

Y sonriendo con maliciosa satisfacción, tocó con el índice su brazo derecho, que llevaba suspendido en cabestrillo, inutilizado probablemente por el golpe que le había asestado Durward aquella mañana.

—¡Miserable canalla!—gritó Quintín—persuadido por aquel ademán de que una venganza particular era el móvil

del rigor de aquel hombre y de que no debía esperar de él merced alguna.

—Ese pobre mozo desvaría—dijo el Preboste—dirígele alguna palabra de consuelo antes de que entregue el alma á Dios, Tres-Escalas; tú eres entendido en tales casos, cuando no hay á mano un confesor; concédele un minuto tu asistencia religiosa y despacha pronto, mientras yo continúo la ronda. ¡Soldados, en marcha!

El Preboste picó espuelas y siguióle la guardia, excepto dos ó tres individuos que se quedaron para auxiliar á los verdugos. El infeliz mancebo siguióle con los ojos, cegados casi por la desesperación, y pensó que, á cada pisada de los caballos que se alejaban, perdía más y más la última probabilidad de salvación. Entonces miró angustiosamente á su alrededor y quedó sorprendido, aun en aquel momento, al ver la estóica indiferencia de sus compañeros de infortunio. Antes habían manifestado el mayor espanto y hecho todos los esfuerzos posibles para escapar; mas ahora, una vez cogidos, y aparentemente destinados á una muerte inevitable, esperaban el momento con la calma más completa. La perspectiva de su próximo fin comunicaba un tinte más amarillo á sus atezadas mejillas, mas no agitaba una sola fibra de su rostro ni disminuía la altiva expresión de su mirada. Parecían zorras que, después de haber agotado todas sus mañas y tretas para escapar, mueren con un salvaje desdén que los lobos y los osos, más fieros que ellas, no muestran jamás.

Presenciaban impávidos los preparativos de los ejecutores, que procedían con mucha más calma de la que les había recomendado su jefe, lo cual se debía probablemente al gusto que tomaban por la fuerza del hábito en su horrible oficio. Nos detenemos un momento para retratarlos, porque, bajo un régimen tiránico, despótico ó popular, la persona del verdugo llega á tener gran importancia.

Estos funcionarios diferían esencialmente por su aspecto y maneras. Luís solía llamarlos Demócrito y Heráclito, y su jefe, el Preboste, *Juan llora* y *Juan ríe*.

Tres-Escalas era alto, flaco, cadavérico, con cierta gravedad en la fisonomía; llevaba alrededor del cuello un gran rosario, el cual tenía costumbre de ofrecer piadosamente á los desgraciados en quienes cumplía su deber. Continuamente

citaba uno ó dos textos latinos sobre las vanidades del mundo; y si no hubiese sido cosa irregular el desempeño de dos cargos, pudiera haber ejercido el oficio de confesor *in extremis* juntamente con el de verdugo. Andresillo, al contrario, era un tipo alegre, rechoncho, bajito, que iba y venía presuroso para llenar sus deberes, como si fueran la ocupación más divertida del mundo. Parecía profesar una especie de cariñoso afecto á sus víctimas, y siempre hablaba con ellas en los términos más benévolos. Eran sus pobrecillos amigos, sus queridos camaradas, sus buenos padres, según la edad; y así como Tres-Escalas procuraba inspirarles filosófico ó religioso respeto á la otra vida, Andresillo rara vez dejaba de gastar alguna broma, para inducirlas á abandonar esta vida como cosa de poca monta, despreciable é indigna de seria meditación.

No puedo decir por qué, ó por qué razón, mas el hecho es que estos dos personajes, á despecho de la variedad de sus disposiciones y de la rara existencia de estas en hombres de su calaña, eran tal vez más profundamente detestados que cualquiera otro de su profesión lo haya sido nunca, antes ó después, y la única duda de los que poco ó mucho les conocían, era si el grave y patético Tres-Escalas ó el retozón y avispado Andresillo, eran objeto de mayor temor ó de más profunda execración.

Seguramente que por ambos conceptos eran muy superiores á cualquiera otro verdugo de Francia, excepto, tal vez, su jefe, Tristán el Ermitaño, el conocido Mariscal Preboste, ó su amo, Luís XI (1).

No debe suponerse que estas fueran las reflexiones de Quintín en aquel apurado trance. La vida, la muerte, el tiempo y la eternidad pasaban y repasaban ante sus ojos en fúnebre perspectiva, de la que la naturaleza humana, siempre débil, pugnaba por alejarse, aunque el orgullo hacía esfuer-

(1) He leído en una Crónica de Juan de Troyes, aunque demasiado tarde para utilizar el dato, que uno de estos dos personajes se hubiera podido llamar con más exactitud Juanillo que Andresillo. Este era entonces el nombre del hijo de Enrique Cousin, ejecutor del Alto Tribunal de Justicia. Este verdugo fué quien ejecutó al condestable San Pablo, é hízolo con tal destreza, que al descargar el golpe, la cabeza cayó en tierra al mismo tiempo que el cuerpo. El hecho ocurrió en 1475.

zos para resistirse. Quintín Durward invocó al Dios de sus padres, y al hacerlo así, no pudo menos de recordar la desmantelada capilla que entonces servía de único refugio á toda su raza, excepto él mismo. «Nuestros enemigos feudales, se dijo, dieron á mis parientes sepultura en su propia tierra, pero yo serviré de pasto á los cuervos y milanos de un país extranjero, como un miserable renegado.» Esta última reflexión hizo asomar las lágrimas á los ojos de Quintín; pero en aquel momento, Tres Escalas, tocándole en el hombro, felicitóle gravemente por las buenas disposiciones en que se hallaba para morir, murmurando con tono patético: *Beati qui in Domino moriuntur*. Después hízole observar que era dichosa el alma que abandonaba el cuerpo cuando había lágrimas en los ojos; mientras que Andresillo, acercándose por el otro lado añadió:

—¡Valor, hijo mío! Ya que has de empezar el baile, vale más que lo hagas alegremente, porque todos los instrumentos están ya templados.

Y como para confirmar su lúgubre chiste, hizo girar la cuerda con la mayor indiferencia; mientras que el joven miraba alternativamente á aquellos dos hombres, los cuales le hicieron comprender mejor sus palabras empujándole suavemente hacia el árbol fatal, y exhortándole á tener valor, pues sería cosa de un momento.

En trance tan inminente, el joven paseó una distraída mirada á su alrededor, exclamando:

—¡No habrá por aquí ningún buen cristiano que me escuche, y que vaya á decir á Luís Lesly, de la Guardia Escocesa, á quien llaman en este país el Acuchillado, que se asesina aquí vilmente á su sobrino!

Muy oportunamente fueron dichas estas palabras, pues un arquero de la Guardia Escocesa, atraído por los preparativos de la ejecución, hallábase allí con otras dos ó tres personas que pasaban por el sitio casualmente.

—Cuidado con lo que hacéis—dijo el arquero á los ejecutores—pues si ese joven es realmente escocés, no permitiré que se le atropelle.

—Dios me libre de hacer tal cosa, señor caballero—contestó Tres Escalas;—yo no hago más que obedecer las órdenes recibidas.

Y así diciendo, tiró de Quintín por un brazo.

—El juego más corto es siempre el más limpio—añadió Andresillo, cogiendo á Quintín del otro.

Pero el joven había oído palabras de consuelo, y haciendo un poderoso esfuerzo, desprendióse de improviso de las manos de los ejecutores, corriendo, con los brazos aún atados, al sitio donde estaba el arquero escocés.

—Auxiliadme, paisano—díjole en su propio idioma—¡hacedlo por amor de Escocia y de San Andrés! Soy inocente; soy compatriota vuestro. Auxiliadme, que de ellos pedirán cuenta el día del juicio.

—¡Por San Andrés!—gritó el arquero desenvainando su espada—nadie os tocará sin pasar sobre mi cuerpo.

—Cortad mis ligaduras, paisano—dijo Quintín—que yo también me defenderé.

Hízolo así el arquero con un ligero tajo de su arma, y el cautivo, abalanzándose de improviso contra uno de los soldados del Preboste, arrancóle de las manos su alabarda y gritó:

—¡Y ahora, venid aquí si os atrevéis!

Los dos oficiales se consultaron en voz baja.

—Ve tú—dijo Tres Escalas—á buscar al Mariscal Preboste, mientras que yo procuro entretenerlo.

Y dirigiéndose á sus compañeros gritó:

—¡Soldados del Prebostazgo, firmes las armas!

Andresillo, montando á caballo, alejóse de allí, y los otros guardias, al oir la voz de mando de Tres Escalas, oprimiéronse tanto, que los otros dos prisioneros pudieron escapar en medio de aquella confusión.

Tal vez no hubiera gran empeño en volver á cogerlos, porque poco antes los soldados habían podido saciarse en la sangre de aquellos infelices, sucediéndoles en esto lo que á otros animales feroces, que después de la matanza se cansan de tanta carnicería. El descuido de los soldados se debió en particular su á deseo de atender á la defensa de Tres Escalas, pues había una rivalidad que muy á menudo terminaba por sangrientos choques entre los arqueros escoceses y los guardias que ejecutaban las órdenes del Preboste.

—Tenemos bastante fuerza para batir á esos orgullosos escoceses si os place—dijo uno de los soldados á Tres Escalas.

Pero el prudente oficial hizo un ademán para que todos

permaneciesen quietos, y dirigiéndose al arquero escocés con la mayor cortesía le dijo :

— Al intervenir en el cumplimiento de la justicia del rey, debida y legalmente confiada al Preboste, habéis inferido un insulto á nuestro jefe, y no obráis legalmente conmigo, teniendo en mi poder el acusado; ni tampoco hacéis favor ninguno al joven, pues habrá cincuenta ocasiones de ahorcarle, y tal vez no se le encuentre ya en tan buena disposición como estaba antes de vuestra mal aconsejada intervención.

— Si mi paisano opina que le he causado perjuicio — dijo el arquero — os lo devolveré sin más réplica.

— ¡ No, nò ! — gritó Quintín — ¡ en nombre del cielo no hagáis tal, pues preferiría que me cortarais la cabeza con vuestra larga espada, porque no sería tan deshonroso como perecer á manos de ese malandrín.

— ¡ Hola ! ¿ Ahora comenzamos con las injurias ? — exclamó el ejecutor de la ley. — ¡ Ay de mí ! ¡ qué pronto se pierden las buenas resoluciones ! Hace un momento estaba en la mejor disposición para subir á la eternidad, y en dos minutos se ha convertido en rebelde contra la ley.

— Pero decidme de una vez — repuso el arquero — ¿ qué ha hecho este joven ?

— Ha osado — contestó Tres-Escalas con gravedad — descolgar el cadáver del ajusticiado, sin respeto á la flor de lís trazada en la corteza del árbol en que yo mismo efectué la ejecución.

— ¿ Cómo es esto, joven ? — preguntó el arquero. — ¿ Cómo habéis osado cometer semejante delito ?

— Como deseo vuestra protección — contestó Quintín — voy á deciros la verdad lo mismo que si me confesara. Ví un hombre pendiente de las ramas de un árbol, luchando entre las agonías de la muerte, y al punto fuí á cortar la cuerda que le sujetaba, movido por un sentimiento humanitario. Nò me detuve á mirar si en la corteza se había trazado una flor de lís ó un alelí, y tan lejos estaba de mi ánimo ofender con ello al rey de Francia, como á nuestro Santo Padre el Papa.

— Pues entonces ¿ para qué diablos necesitabais tocar el cadáver ? — replicó el arquero. — Detrás de ese funcionario veréis muy á menudo otros, pendientes de las ramas de los árboles como racimos ; y no tendríais poco que hacer en esta

tierra si os ocuparais en ir espigándolos en pos del verdugo. En fin, sea como fuere, no se dirá que he abandonado á un compatriota cuando podía salvarle. Vamos, señor del Prebostazgo—añadió el arquero—ya véis que esto ha sido sólo una equivocación, y, por lo tanto, justo será compadecerse de tan joven viajero, porque en nuestro país no estaba acostumbrado á ver procedimientos tan expeditos como los vuestros y los de vuestro amo.

—Seguramente, no será porque no se necesiten, señor arquero—contestó Andresillo, que volvía en aquel instante.—¡Firmes! Tres-Escalas, que aquí viene el mariscal preboste, y ahora veremos cómo toma la intervención de extraños en el desempeño de sus funciones.

—Y muy á punto viene—repuso el arquero—pues por allí se adelantan también algunos de mis camaradas.

Efectivamente, mientras que el preboste Tristán avanzaba á la cabeza de su patrulla por un lado de la colina, teatro de aquella escena, vióse llegar por el otro un grupo de cuatro ó cinco arqueros, á los cuales precedía el mismo Acuchillado.

En aquella ocasión, Lesly no manifestó á su sobrino la indiferencia de que Quintín le había acusado antes interiormente, pues apenas vió á su compañero y á Durward en actitud defensiva, exclamó:

—¡Gracias, Cuningham! Señores, prestadme vuestro auxilio, pues se trata de un joven caballero escocés que es sobrino mío. ¡Lindesay, Guthrie, Tyrie, desenvainad y á ellos!

En aquel momento era inminente un sangriento conflicto entre ambos partidos, no muy desproporcionados en número, pues las armas superiores de los escoceses les ofrecían igual probabilidad de alcanzar la victoria. Pero el mariscal preboste, bien porque dudara del resultado del combate, ó ya porque presumiese que le disgustaría al rey, hizo señal á sus hombres para que se abstuvieran de toda violencia; mientras que, dirigiéndose al Acuchillado, jefe del grupo de escoceses en aquel momento, preguntóle qué se proponía el caballero de la Guardia Real al oponerse á la ejecución de un delincuente.

—Niego que tal sea—contestó el Acuchillado.—¡Por San Martín, creo que hay bastante diferencia entre ejecutar á un criminal y asesinar á un sobrino mío!

—Vuestro sobrino puede ser tan criminal como otro cualquiera, caballero—replicó el mariscal preboste—y advertid que todo extranjero en territorio francés debe someterse á las leyes de Francia.

—Sí, pero nosotros, los arqueros escoceses, tenemos nuestros privilegios—replicó el Acuchillado.—¿No es así, compañeros?

—Sí, sí—exclamaron todos á la vez.—¡Privilegios, privilegios! ¡Viva el rey Luís, viva el valeroso Acuchillado, viva la guardia escocesa, y muera todo aquel que trate de infringir nuestros privilegios!

—Pero, señores guardias—dijo el preboste—sed razonables y considerad cuál es el cargo que desempeño.

—Nada tenemos que ver con vos—repuso Cuningham.—Nuestros oficiales son los que han de escucharnos, y seremos juzgados por la gracia del rey, ó por nuestro capitán, ya que no está aquí el supremo Lord condestable.

—Y sólo podemos ser ahorcados—añadió Lindesay—por Sandic Wilson, el anciano Preboste de nuestro propio cuerpo.

—Sería inferir marcadamente un desaire á Sandic, el hombre más honrado que jamás hizo nudos en una cuerda de cáñamo, si consintiéramos en otro procedimiento—dijo el Acuchillado.—Si se me hubiera de ahorcar, nadie más que él me pondría el corbatín al cuello.

—Pero ved—dijo el mariscal preboste—que este joven no pertenece á la guardia, ni puede por lo tanto participar de lo que llamáis vuestros derechos.

—Lo que *llamamos* nuestros derechos, todos sostendremos que son tales—contestó Cuningham.

—Y no permitiremos que se discutan—exclamaron todos los arqueros á la vez.

—Pero estáis locos, señores?—replicó Tristán.—Nadie os disputa vuestros privilegios; sólo os digo que este joven no es uno de los vuestros.

—Es *mi* sobrino—repuso el Acuchillado con aire de triunfo.

—Pero no arquero de la guardia, á lo que parece—contestó el preboste.

Los arqueros se miraron unos á otros como indecisos.

—Mantente firme, compañero—murmuró Cuningham al oído del Acuchillado—di que le hemos alistado.

—¡Por san Martín que tienes razón, amigo! — contestó Lesly. Y alzando la voz, añadió:

—Juro que en este mismo día ha sido alistado mi sobrino en mi propia escolta.

Esta declaración era un argumento irrefutable.

—Bien está, señores — dijo el preboste, quien no ignoraba cuánta inquietud infundía al rey que cundiese entre sus guardias el descontento.—Vosotros sabéis, segun decís, cuáles son vuestros privilegios y no debo provocar choques con los guardias del rey si es posible evitarlos; pero daré cuenta de lo sucedido al monarca para que él mismo decida. Entre tanto, quisiera que reconociéseis que al proceder así obro con menos severidad de la que tal vez convenga á mis deberes.

Al pronunciar estas palabras dió la orden de marcha á su gente; mientras que los arqueros, permaneciendo en el mismo sitio, consultáronse rápidamente entre sí sobre lo que convendría hacer por el pronto.

—Lo primero que debe hacerse — dijeron algunos — es dar cuenta del hecho á nuestro capitán lord Crawford, y después alistar al joven.

—Pero, señores y salvadores míos — dijo Quintín con alguna incertidumbre—yo no he resuelto todavía si alistarme ó no en vuestro cuerpo.

—Pues entonces decide tú mismo — replicó el Acuchillado — si prefieres eso á morir por la cuerda, pues á fe mía, te aseguro que por más sobrino mío que seas, no veo para ti más probabilidad de escapar de la horca.

Este argumento no admitía réplica, y obligó á Quintín á consentir de una vez en lo que quizás hubiera considerado, de otro modo, una proposición poco agradable; mas el recuerdo del inminente peligro de que se había librado casualmente, tal vez le habría reconciliado con otra alternativa peor aún.

—Es preciso que vengas con nosotros al cuartel — dijo Cuningham — pues no estarás seguro lejos de nosotros mientras esos cazadores de hombres ronden por aquí.

—¿Y no podré pasar la noche en la hostería donde he almorzado esta mañana? — preguntó el joven pensando tal vez, como muchos reclutas, que una noche más de libertad siempre es ganar alguna cosa.

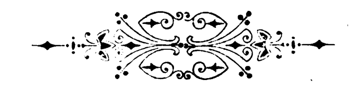
—Sí, querido sobrino—contestó el Acuchillado irónicamente—si es que quieres darnos el gusto de pasearte en algún canal ó foso, ó tal vez en una represa del Loira, cosido en un saco para poder nadar mejor, pues no será otra tu suerte. El mariscal preboste se sonrió al marchar—añadió dirigiéndose á Cuningham—y esto indica que tiene malas intenciones.

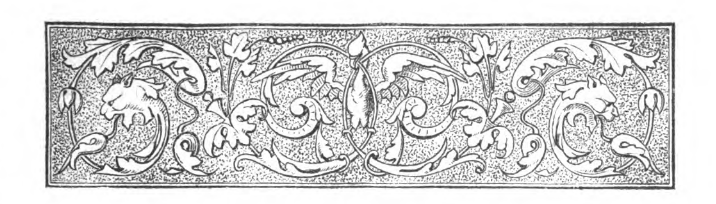
—Poco me importan á mí, sean cuales fueren—dijo Cuningham—pues nosotros no estamos al alcance de sus manejos; pero yo te aconsejaría que refirieses todo lo ocurrido á Oliverio el Diablo, quien siempre fué muy amigo de la guardia escocesa y verá al rey antes que el Preboste, pues debe afeitarle mañana.

—Pero advierte—repuso el Acuchillado—que no es bueno hablar á Oliverio con las manos vacías, y que por lo pronto yo estoy tan pelado como el abedul en diciembre.

—En el mismo caso nos hallamos todos—contestó Cuningham—pero Oliverio no debe tener escrúpulo en creernos bajo palabra, á fuer de escoceses, siquiera por una vez. Al día siguiente de cobrar la paga haremos alguna cosa buena y se le obsequiará.

—Y ahora al Castillo—dijo el Acuchillado.—Mi sobrino nos contará andando cómo lo ha hecho para atraerse el enojo del mariscal Preboste, á fin de que sepamos cómo hacer el relato á Crawford y Oliverio.





CAPÍTULO VII.

El Alistamiento.

El Juez de Paz.—Dame la ordenanza; lee los artículos.
Jura, besa el libro, firma y sé un héroe;
tomando un tanto del Tesoro público
por actos de valor en lo futuro,
seis peniques diarios, manutención y atrasos.

El Oficial reclutador.

Un subalterno de los arqueros desmontó para ceder á Quintín Durward su caballo, y el joven emprendió la marcha entre sus marciales compañeros hacia el castillo de Plessis, la lúgubre fortaleza que debía habitar, aunque contra su voluntad, y cuyo exterior le había producido tanta sorpresa aquella misma mañana.

Entre tanto, para contestar á las repetidas preguntas de su tío, dióle cuenta exacta del incidente que aquella mañana le había puesto en tan inminente peligro. Aunque el joven sólo veía en su relato una descripción conmovedora, observó que sólo excitaba una ruidosa hilaridad en los que le acompañaban.

—Y sin embargo, no es cosa de broma—dijo el Acuchillado á su sobrino.—Pero ¿qué diablos te impulsaba, cabeza sin seso, á descolgar el cadáver de un maldito pagano judío?

—Si se las hubiese habido con los soldados del preboste por cuestión de una linda muchacha, como hizo Miguel de Maffat, esto hubiera sido al menos más razonable—dijo Cuningham.

—Pero yo creo que afecta á nuestro honor—observó Lindesay—que Tristán y su gente se atrevan á confundir nuestras gorras escocesas con las *tocas y turbantes*, según las llaman ellos, de esos rateros vagabundos. Si no tienen ojos para ver la diferençia, debemos enseñarles con la mano á reconocerla; pero yo creo que ese Tristán aparenta equivocarse para echar el guante á los buenos escoceses que vienen aquí á ver á sus parientes ó amigos.

—¿Podré preguntaros, tío—dijo Quintín—qué clase de gente es esa de que habláis?

—¿Por qué no, sobrino mío? Pero lo malo es que ignoro quién pueda contestarte; yo no seguramente, aunque tal vez sepa de ellos tanto como otros; han caído sobre este país hace un año ó dos como una nube de langostas (1).

—Sí—dijo Lindesay—y Santiago el Bonachón (así llamamos nosotros al campesino, joven; con el tiempo ya comprenderás nuestro modo de hablar), quiero decir el buen Santiago, se cuida poco de saber qué viento los trae, mientras tenga la esperanza de que otro más fuerte se los llevará.

—¿Tanto daño hacen?—preguntó Quintín.

—¡Que si lo hacen!—¿Pues no te digo, muchacho, que son herejes, ó judíos ó mahometanos, por lo menos; que no veneran á la Virgen ni á los santos (al decir esto se persignó); que roban cuanto pueden y que dicen la buena ventura? repuso Cuningham.

—Y dicen que no faltan buenas mozas entre esas mujeres—añadió Guthrie—pero esto lo sabe Cuningham mejor que yo.

—¿Qué dices, hermano?—repuso Cuningham;—supongo que no ha sido tu ánimo faltarme.

—De ningún modo—contestó Guthrie.

—Pongo por testigos á todos nuestros compañeros—repuso Cuningham—que tú has dado á entender que yo, caballero escocés, que vive en la comunión de la Iglesia, tenía una amiga entre esos herejes.

—Vaya vaya—dijo el Acuchillado—eso no ha pasado de ser una broma; no haya disputas entre compañeros.

---

(1) Véase la nota D.

—Pues no haya tampoco tales bromas—murmuró Cuningham entre dientes.

—¿Y se encuentran esos vagabundos en otros paises fuera de Francia?—preguntó Lindesay.

—¡Ya lo creo, y no pocos!—contestó el Acuchillado.—Se encuentran tribus enteras en Alemania, en España y en Inglaterra; pero ¡por la cruz de San Andrés! que en Escocia estamos aún libres de ellos.

—Escocia—dijo Cuningham—es país demasiado frío para la langosta, y demasiado pobre para los ladrones.

—Ó tal vez nuestros montañeses no consienten allí mas ladrones que los suyos propios—añadió Guthrie.

—Sabed todos—dijo el Acuchillado—que yo desciendo de los Braes de Angus; que tengo parientes en Glen-Isla, y que no consentiré que se calumnie á los montañeses.

—¿Negarás que son ladrones de ganado?—preguntó Guthrie.

—El perseguir á una rés, ó cosa semejante no es robar—repuso el Acuchillado—y esto lo mantendré donde y cuando quieras.

—Y ahora, compañero—dijo Cuningham—¿quién es el que disputa? Ese joven no debería presenciar semejantes desavenencias. Pero basta, hemos llegado ya al castillo; y ahora yo pagaré una ronda de copas para que se restablezca la armonía, brindando por Escocia, por la montaña y por el llano indistintamente, si queréis venir á comer conmigo á mi alojamiento.

—Convenido, convenido—contestó el Acuchillado—y yo pago otra para ahogar la última dosis de resentimiento y para que brindemos á la salud de mi sobrino por su ingreso en el cuerpo.

Al llegar los guardias abrióse el portillo y dejóse caer el puente levadizo; todos fueron entrando uno tras otro, pero cuando apareció Quintín, los centinelas cruzaron sus picas, cerrandole el paso á la voz de alto; mientras que desde la muralla apuntábanle saetas y arcabuces, rigor de vigilancia de que no se prescindía, aunque llegaba con una parte de la guarnición, y hasta del mismo cuerpo á que pertenecían los centinelas de servicio.

El Acuchillado, que de intento no se había movido del lado

de su sobrino, dió las explicaciones necesarias, y después de no pocas vacilaciones y espera, el joven fué conducido con una fuerte guardia al aposento de lord Crawford.

Este noble escocés era uno de los últimos restos de aquel valeroso grupo de señores y caballeros escoceses que por tanto tiempo y tan lealmente habían servido á Carlos VI en las sangrientas guerras que decidieron la independencia de la corona de Francia y la expulsión de los ingleses. Cuando joven, había luchado cuerpo á cuerpo con Douglas y Bucham, y servido bajo las banderas de Juana de Arco, siendo quizás uno de los últimos restos de aquellos escuadrones escoceses que tan espontáneamente habían desenvainado su espada en favor de la flor-de-lís, contra sus «antiguos enemigos de Inglaterra.»

Los cambios ocurridos en el reino de Escocia, y quizás el haberse acostumbrado al clima y vida de Francia, habían inducido al anciano barón á abandonar toda idea de regreso á su patria, tanto más cuanto que el elevado cargo que desempeñaba en palacio, en la casa real de Luís y su propio carácter franco y leal le habían granjeado gran ascendiente sobre el rey, quien, aunque en general no muy predispuesto á creer en la virtud ó el honor de los hombres, confiaba y descansaba en el de lord Crawford, dispensándole tanta mayor influencia cuanto sabía muy bien que nunca se entremetía en nada sino en lo tocante á su cargo.

El Acuchillado y Cuningham siguieron á Durward y la guardia al aposento de su jefe, cuyo digno aspecto como también el respeto que le mostraban aquellos orgullosos soldados, que á nadie más respetaban, impresionaron muy profundamente á Quintín.

Lord Crawford era alto; los años le habían enflaquecido, pero conservaba al menos la fuerza, ya que no la elasticidad de la juventud, para resistir el peso de su armadura durante una marcha tan bien como el más robusto de su tropa. Tenía el semblante lleno de cicatrices, el cutis atezado, y unos ojos que á pesar de haber visto la muerte de cerca sin pestañear en treinta batallas campales, más bien expresaban un tranquilo desprecio del peligro que el valor feroz del soldado mercenario.

En aquel momento realzaba más su elevada estatura una ancha bata sujeta por un cinturón de ante, del cual pendía

un puñal de riquísima empuñadura, y ostentaba como condecoración el collar de la Orden de San Miguel.

Lord Crawford estaba sentado en una poltrona de cuero de gamo; y con los anteojos puestos (entonces invención reciente), procuraba leer un voluminoso manuscrito titulado el *Rosal de la Guerra*, código de política militar y civil que el rey Luís había completado para uso de su hijo, y sobre el cual deseaba saber la opinión del experto guerrero escocés.



Al ver entrar á los improvisados visitantes, Lord Crawford arrojó el libro con aire de mal humor, y preguntóles bruscamente en el más puro dialecto nacional:

—¡Qué diablos se os ocurre á esta hora?

El Acuchillado, dando muestras de mayor respeto del que hubiera manifestado al mismo rey Luís, explicó detalladamente las circunstancias en que se hallaba su sobrino, y pidió humildemente la protección de su señoría.

Lord Crawford, que escuchaba atentamente, no pudo menos de sonreirse de la sencillez con que el mancebo había acudido en socorro del criminal ahorcado; pero movió la

cabeza al enterarse del incidente ocurrido entre los arqueros escoceses y los guardias del Prebostazgo.

—¿Cuántas veces—dijo al Acuchillado cuando éste terminó—váis á venirme con estos malditos enredos para que yo los desenrede? ¿Cuántas veces debo deciros, y particularmente á vos, Luís, y á vos, Cuningham, que el soldado extranjero debe ser modesto y digno con la gente del país, si no quiere que se le echen encima todos los perros de la ciudad? (1) Sin embargo, si habéis de tener una disputa, prefiero que sea con ese píçaro Preboste mejor que con cualquiera otro, y os censuro menos por este principio de reyerta que por otras que habéis tenido, Luís, pues era muy natural y propio ayudar á un pariente. Ese buen muchacho no había de venir aquí para nada; con que así, dadme el rol de la compañía, que véis en ese estante, y apuntaremos su nombre entre los alistados para que pueda disfrutar de los privilegios.

—Con permiso de vuestra señoría..... —comenzó á decir Durward.

—¿Estás loco, muchacho?—exclamó el Acuchillado.—¿Cómo te atreves á dirigir la palabra á su señoría sin que te pregunte?

—Paciencia, Luís—repuso lord Crawford—y oigamos lo que ese mozo quiere decirnos.

—Sólo una cosa—replicó Quintín—con permiso de su señoría, y es que antes manifesté á mí tío algunas dudas sobre alistarme en este cuerpo; pero ahora debo declarar que se han desvanecido completamente desde que he visto al noble y experto jefe á cuyas órdenes debo servir, porque vuestra mirada impone ya la obediencia.

—Bien dicho, hijo mío—repuso el anciano lord—no insensible al cumplido; hemos alcanzado alguna experiencia, y así nos ayude la gracia de Dios para mejorar por ella, tanto en el servicio como en el mando. Quedas admitido, Quintín, en nuestro honroso cuerpo de Guardias escoceses, como escudero de tu tío y sirviendo bajo su lanza. Confío que te conducirás bien, pues debes ser buen guerrero, si tu valor corresponde á tu aspecto personal, prencindiendo de que

(1) Véase nota E. *Arqueros escoceses.*

eres también de buena sangre. Luís, cuidarás de que tu sobrino se instruya en el ejercicio activamente, porque vamos á tener lanzas rotas dentro de pocos días.

—¡Por la empuñadura de mi espada que me place, milord! Esta paz nos vuelve á todos cobardes; y hasta me acosa una especie de abatimiento, encerrado en esta maldita mazmorra de castillo.

—Pues bien, un pajarito me ha dicho al oído—continuó lord Crawford—que la antigua bandera danzará pronto otra vez en el campo de batalla.

—Esta tarde apuraré una copa más llena en celebridad de esta noticia—repuso el Acuchillado.

—No beberás copa alguna en celebridad de nada—dijo lord Crawford—y mucho me temo, Luís, que algún día no hayas de beber un trago más amargo de tu propia cosecha.

Lesly, algo avergonzado, replicó que no había bebido hacía muchos días; pero que su señoría no ignoraba que era costumbre hacer un poco de fiesta para celebrar la entrada de un nuevo compañero.

—Cierto—dijo el veterano capitán—no lo había tenido presente. Yo os mandaré algunos barrilitos de vino para completar la fiesta; pero al ponerse el sol todo ha de quedar terminado. Y oye, no te se olvide alejar cuidadosamente á los soldados de servicio, y cuidado con que ninguno de ellos participe más ó menos de la francachela.

—Vuestra señoría será obedecido escrupulosamente—dijo Luís—y no olvidaremos beber á vuestra salud.

—Quizás—dijo lord Crawford—me deje ver yo mismo en vuestra reunión, sólo para cerciorarme de que todo se hace con decencia.

—Vuestra señoría será recibido con el mayor cariño—dijo Luís.

Dichas estas palabras, todos se retiraron animadísimos, para hacer los preparativos de su banquete militar, al que Lesly invitó una veintena de camaradas, acostumbrados en su mayor parte ya á hacer rancho juntos.

Una fiesta de soldados suele ser asunto de poca monta, con tal que no falte de comer y beber, en cantidad bastante; pero en aquella ocasión Lesly no perdonó medio para que el vino fuera mejor que de costumbre, teniendo en cuenta que el

anciano lord era el principal adorno de su festín, y que si bien predicaba la sobriedad, él mismo, después de beber en la mesa del rey tanto vino como decentemente podía trasegar, nunca dejaba de aprovechar cualquier ocasión propicia de volver á llenar el vaso para acabar la tarde.

—Vaya pues, camaradas—dijo—ya podéis prepararos á oir las antiguas historias de las batallas de Vernoil y Beaugé (1).

El aposento de estilo gótico en que acostumbraban á reunirse se dispuso, pues, de la mejor manera posible; los lacayos fueron enviados para recoger juncos verdes para alfombrar el suelo; y á guisa de tapices desplegáronse las banderas que la guardia escocesa llevaba siempre al entrar en campaña, así como las que había arrebatado al enemigo.

La segunda diligencia fué proporcionar al joven recluta, tan pronto como fué posible, el uniforme y las armas propias de la guardia, para que por todos estilos pudiera ser partícipe de sus importantes privilegios, en virtud de los cuales, y gracias al apoyo de sus compatriotas, le sería dado arrostrar libremente el enojo y la mala voluntad del mariscal Preboste, aunque sabíase que el primero era tan temible como la segunda tenaz.

El banquete fué sumamente alegre, y los convidados dieron rienda suelta á toda la corriente de su parcialidad nacional al recibir en sus filas un recluta de su querida patria. Cantáronse antiguas canciones escocesas, refiriéronse cuentos sobre los antiguos héroes de Escocia y las hazañas de sus padres; se habló de los sitios donde se llevaron á cabo; y por un momento pareció á todos que las ricas llanuras de Turena se convertían en las estériles y montañosas regiones de Caledonia.

Cuando el entusiasmo estaba en su apogeo, y cada cual procuraba decir algo para revivir el recuerdo de Escocia, la fiesta recibió nuevo impulso con la llegada de lord Crawford, quien, según había pronosticado Lesly, estuvo en la mesa del

(1) En ambas batallas, los auxiliares escoceses de Francia se distinguieron mucho mandados por Stewart, conde de Buchan. En Beaugé, alcanzaron la victoria matando al duque de Clarence, hermano de Enrique V, y cortando su ejército. En Vernoil fueron derrotados y casi exterminados.

rey como sobre espinas hasta que se le ofreció oportunidad de escabullirse para ir al banquete de sus paisanos. Habíasele reservado un sillón de ceremonia á la cabeza de la mesa, pues según la costumbre de la época y la constitución de aquel cuerpo, aunque su jefe inmediato fuese tal por nombramiento del rey, así como gran condestable, siendo los individuos (ó según diríamos ahora los soldados rasos) nobles de nacimiento, su jefe podía sentarse entre ellos á la mesa sin ninguna impropiedad y aceptar su convite cuando bien le pareciera, sin menoscabo de su dignidad.

En el primer momento, no obstante, lord Crawford rehusó ocupar el asiento preparado para él y encargándoles que continuarán su fiesta, quedóse contemplando el cuadro con cierto aire de marcada satisfacción.

—Dejadle—murmuró Cuningham al oído de Lindesay, mientras este último ofrecía el vino á su noble capitán—dejadle, no insistáis más, que él tomará por su propia voluntad.

Efectivamente, el anciano lord, que al principio se sonreía movió la cabeza y puso la copa de vino, sin probarlo, delante de él; después, y como al descuido, comenzó á sorber un poco, y al hacerlo recordó afortunadamente que fuera mal visto no beber un trago á la salud del valeroso mancebo que aquel día se les había incorporado. Llenóse la copa, y el brindis, como puede suponerse, fué contestado con alegres aclamaciones, cuando el anciano capitán les anunció que había dado cuenta á maese Oliverio de lo ocurrido aquel día:

—Y como el rapa-barbas no tiene gran simpatía por el aprieta-cuellos—dijo—se ha unido á mí para obtener del rey una orden mandando al preboste que suspenda todo procedimiento, bajo cualquier pretexto, contra Quintín Durward, y que respete en todas ocasiones los privilegios de la Guardia Escocesa.

Otro aclamación resonó, llenáronse de nuevo las copas hasta que brilló el vino en el borde, y hubo un brindis entusiasta en honor del noble lord Crawford, el bravo conservador de los privilegios y derechos de sus conciudadanos. El buen anciano no podía menos de corresponder cortésmente á su vez á este brindis, y dejándose caer, como sin pensarlo, en la silla que le esperaba, hizo venir á su lado á Quintín y le agobió á preguntas sobre el estado de Escocia y las grandes

familias que allí quedaban, preguntas á la mayor parte de las cuales le fué á éste imposible responder.

Entre tanto el buen lord besaba la copa por vía de paréntesis, asegurando que la sociabilidad convenía á los caballeros escoceses, pero que los jóvenes como Quintín debían practicarla con precaución, por temor de que degenerara en exceso. Con este motivo dijo muchas cosas excelentes, hasta que su propia lengua, si bien empleada en las alabanzas de la templanza, empezó á articular algo menos claro que de costumbre.

En este instante, cuando el ardimiento militar de los comensales iba creciendo al compás de los vasos que se vaciaban, Cuningham les invitó á brindar porque se desplegara pronto la bandera real de Francia.

—Y una brisa de Borgoña que la orée—añadió Lindesay.

—Con toda el alma que me queda dentro de este gastado cuerpo, acepto vuestra prenda, hijos míos—contestó lord Crawford—y viejo como soy, todavía puedo verla ondear. Escuchad, queridos míos (el vino le había vuelto algo comunicativo), todos vosotros sois leales servidores del rey de Francia y puedo por lo tanto deciros que ha venido un enviado del duque Carlos de Borgoña, con un mensaje de mal agüero.

—Yo he visto el tren del conde de Crève-Cœur, los caballos y la escolta—dijo uno de los concurrentes—allá abajo, en la posada de los Morales. Dicen que el rey no le quiere admitir en el Castillo.

—¡Ojalá que el cielo le inspire una respuesta desatenta—dijo Guthrie—pero ¿de qué se queja?

—De muchas violencias en la frontera—dijo lord Crawford—y últimamente de que el rey haya recibido bajo su protección á una dama de aquel país, una joven condesa que ha huído de Dijón, porque siendo pupila del duque, éste quiso casarla con su favorito, Campo-Basso.

—¿Y ha venido sola?—preguntó Lindesay.

—No, no del todo sola, vino con la anciana condesa, su tía, que ha accedido á los deseos de su prima en este asunto.

—¿Y querrá el rey—preguntó Cuningham—siendo soberano feudal del duque, intervenir entre éste y su pupila, sobre la

cual tiene Carlos el mismo derecho que, en caso de morir él, tendría el monarca sobre la heredera de Borgoña?

—El rey se regirá, como es su costumbre, por reglas de alta política, y ya sabéis—continuó Crawford—que él no ha recibido públicamente á esas damas, ni las ha colocado bajo la protección de sus hijas, la señora de Beaujeu ó la princesa Juana; de modo que indudablemente obrará según las circunstancias. Aunque sea nuestro señor, no creo hacerle traición al decir que sabrá cazar como los sabuesos ó correr como la liebre, con cualquier príncipe de la Cristiandad.

—Pero el duque de Borgoña no entiende en tales dobleces —dijo Cuningham.

—No—respondió el anciano lord—y he aquí por qué es probable que haya jarana entre ellos.

—¡Bravo! San Andrés avive la refriega—dijo el Acuchillado.—Hace ya diez, digo, veinte años, que me predijeron que la fortuna de mi casa se haría por medio de un matrimonio. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir, si un día venimos á pelear por el honor y el amor de las damas, como sucede en los antiguos romances!

—¿Y osas hablar del amor de las damas, con esa cuchillada en el rostro?—preguntó Guthrie.

—Tanto vale no amar á nadie, como amar una gitana hereje—repuso el Acuchillado.

—Alto ahí, amigos míos—dijo lord Crawford—no esgrimáis armas afiladas ni permitíos bromas agresivas. La dama de quien hablo es demasiado poderosa para escuchar á un pobre señor escocés, pues de lo contrario, yo mismo expondría mis pretensiones, á pesar de mis ochenta años ó poco menos; pero bebamos no obstante á su salud, pues dicen que es un portento de hermosura.

—Creo haberla visto—dijo uno de los concurrentes—cuando estaba de guardia esta mañana en la barrera interior; pero más se parecía á una oscura aldeana que á una dama hermosa: ella y otra señora fueron introducidas en el castillo en literas cerradas.

—Eso está mal dicho, Arnot—repuso lord Crawford—un soldado que se halla de servicio no debe revelar nunca lo que ve. Además—añadió después de un momento de pausa, prevaleciendo su curiosidad sobre el alarde de disciplina que

había creído necesario hacer—¿por qué habría de contener esa litera precisamente la misma condesa Isabel de Croye?

—No podría contestaros, milord—replicó Arnot—sólo sé que mi cuchillero estaba aireando los caballos en el camino del pueblo, cuando encontró á Duguin, el muletero, que volvía con las literas á la posada, pues pertenecen al compadre aquel del Moral, ya sabéis, el de la flor de lís, y Duguin convidó á Saunders Steed á tomar una copa de vino, porque eran conocidos, obsequio que aquél aceptó sin duda presuroso...

—Seguramente—exclamó el anciano lord—y este es defecto del que quisiera veros corregidos, señores; todos vuestros lacayos y criados, ó ganapanes como los llamaríamos en Escocia, siempre están á punto de aceptar una copa de vino, sea de quien fuere. Esto es peligroso en tiempo de guerra, y se debe poner remedio. Pero, Andrés Arnot, tu cuento parece muy largo, y convendrá cortarlo por mitad con un trago, como dicen los montañeses. *Skeoch doch man skial*, (1) que es gaélico puro, á fe mía. Brindo por la salud de la condesa Isabel de Croyes, y porque alcance un marido mejor que Campo-Basso, que sólo es un vil italiano despreciable. Y bien, Andrés Arnot, ¿qué dijo el muletero á tu servidor?

—Pues le dijo en secreto, con permiso de vuestra señoría—continuó Arnot—que las dos señoras que acababa de conducir hacía un instante al castillo en silla de mano cerrada, eran damas principales que habían estado viviendo en secreto en casa de su amo durante algunos días, y que el rey mismo las había visitado más de una vez muy privadamente, tributándoles grandes honores. Añadió que habían volado al castillo, según su parecer, por temor al conde de Crève-Cœur, el embajador del duque de Borgoña, cuya próxima llegada acababa de anunciar un correo que le precedía.

—Vaya, Andrés, me darás ahora la razón—dijo Guthrie.—En tal caso juraría que fué de la condesa la voz que oí cantando acompañada del laúd, ahora mismo, al atravesar el patio anterior; el sonido partía de las ventanas de la torre del

(1) «Cortar un cuento con un trago.» Expresión usual, aplicable cuando el bebedor pronuncia discursos vaso en mano, como dicen los *bons vivants* en Inglaterra.

Delfín; y era una melodía cual nunca se ha oído otra en el castillo de Plessis del Parque. Por mi alma, pensé que era música del hada Melusina. Allí me quedé, aunque no ignoraba que la mesa estaba puesta, y que todos vosotros me esperabais impacientes; allí me quedé como.....

—Como un asno, Juan Guthrie—interrumpió su jefe—olfateando la comida con tus largas narices, oyendo la música con tus largas orejas, y sin que tu poca discreción te indicara por cuál de las dos cosas debías decidirte. Pero..... ¡calla! ¿Es la campana de la catedral la que está tocando á vísperas? No puede ser; no es tan tarde. De seguro que el loco sacristán se ha adelantado en una hora.

—Desgraciadamente, la campana señala con demasiada exactitud la hora que es—dijo Cuningham.—Mirad allá abajo el sol ocultándose por Occidente en la extremidad de la llanura.

—Es verdad—repuso lord Crawford.—¿Quién lo dijera? Pero en fin, compañeros, debemos vivir con medida; el que va despacio va lejos; el fuego lento es el que hace buena cerveza, y divertirse con moderación es cosa muy sana; otra copa por la felicidad de nuestra vieja Escocia, y luégo cada cual á su puesto.

La copa de despedida se vació, y todos los convidados comenzaron á retirarse, mientras que su jefe se cogía del brazo del Acuchillado, bajo pretexto de darle algunas instrucciones relativas á su sobrino, pero en realidad, por temor de que su majestuoso paso no apareciera á los ojos de sus subordinados menos seguro de lo que convenía á su elevado mando. Atravesó con semblante grave los dos patios que separaban su habitación de la sala del festín, y con tono solemne se despidió del Acuchillado recomendándole que vigilara los pasos de su sobrino, particularmente en cuestión de mujeres y de bebida.

Entretanto, ni una sola palabra de las que se dijeron tocante á la hermosa condesa Isabel había sido perdida para el joven Durward, quien conducido á la pequeña celda que debia compartir con el paje de su tío, pudo entregarse en su nueva y humilde habitación á las más profundas reflexiones. El lector podrá imaginarse fácilmente que el joven soldado forjó una interesante novela, tomando por asunto la supues-

ta, ó más bien evidente identificación de la doncella de la torre, cuya canción había escuchado tan atento, y la hermosa sirvienta de maese Pedro, con una condesa fugitiva de elevada alcurnia, huyendo de las persecuciones de un amante odioso, favorito de un tutor tirano que abusara de su poder feudal. Pero la novela de Quintín se interrumpió por una visión, la de maese Pedro, que parecía ejercer la mayor autoridad, hasta en el formidable funcionario de cuyas garras había escapado aquel día tan difícilmente. Las reflexiones del joven, respetadas por su compañero de celda, llamado Guillermo Harpeo, fueron interrumpidas al fin por la vuelta de su tío, que mandó á Quintín acostarse, á fin de que se pudiera levantar temprano para acompañarle á prestar su servicio en la antecámara real, donde debía estar con cinco de sus compañeros á la hora de salir el rey.





CAPÍTULO VIII.

El mensajero.

> A los ojos de Francia sé tú el rayo,
> seguro precursor de mi llegada,
> que mis cañones rugirán muy pronto,
> anunciando la hora de venganza.

Si Quintín hubiese sido uno de esos hombres que se dejan dominar fácilmente por la pereza, el estrépito que se produjo en el cuartel de los guardias escoceses después del toque de diana habría bastado para alejar á Morfeo del lecho del joven; pero la disciplina en el castillo de su padre y en el convento de Aberbrothick le habían acostumbrado á levantarse con la aurora. Durward se vistió alegremente, oyendo el toque de las bocinas y el ruido de las armaduras, lo cual indicaba que estaban relevándose los centinelas, algunos de los cuales volvían á su alojamiento después de terminado el servicio de noche; mientras que otros iban á desempeñar el de la mañana; varios guardias, entre los cuales se contaba el Acuchillado, armábanse á su vez para prestar el servicio junto á la persona del rey Luís. Quintín Durward, poseído de ese sentimiento de vanidad tan natural en un joven de sus años, púsose muy pronto su brillante uniforme; mientras su tío, que le miraba con el mayor interés, cuidando de que no le faltase nada, no podía ocultar su satisfacción al observar el nuevo aspecto que tomaba su sobrino.

—Si llegas á ser tan fiel y valeroso como arrogante es tu presencia—le dijo—voy á tener en ti uno de los más distinguidos escuderos de la guardia, lo cual no podrá menos de

honrar á la familia de tu madre. Sígueme á la cámara real y no te separes de mí.

Así diciendo, el Acuchillado tomó una ancha y pesada partesana, con magníficos adornos, y después de invitar á su sobrino á proveerse de un arma semejante, aunque más ligera, dirigiéronse ambos al patio interior del palacio, donde sus compañeros, los que debían entrar de guardia en las habitaciones reales, estaban ya reunidos, esperando la señal; los escuderos, colocados detrás de sus amos, formaban una segunda línea. También se veían allí algunos monteros con magníficos caballos y perros de la mejor casta, los cuales contempló Quintín con tan detenida complacencia, que su tío hubo de recordarle más de dos veces que los animales no estaban allí para su recreo, sino para el del rey, muy apasionado por la caza, pues era la única diversión á que solía entregarse, siendo tan severo protector de los animales de sus bosques, que se podía matar á un hombre más impunemente que á un jabalí.

Habiéndose hecho una señal, pusiéronse los guardias en movimiento, obedeciendo á la orden del Acuchillado, que hacía entonces las veces de oficial, y después de comunicarse el santo y seña y llenar otros requisitos que daban á conocer el extremado celo con que desempeñaban su servicio, encamináronse al salón de audiencias, donde se esperaba al rey.

Por más que para Quintín fuese cosa nueva el esplendor, el efecto del que ahora se ofrecía á sus ojos desvaneció algún tanto las ilusiones que había formado respecto al brillo de una corte. Cierto que se veían allí gentiles hombres luciendo vistosos trajes, guardias con ricas armaduras, y servidores de diversas categorías; pero el joven no vió ninguno de los antiguos consejeros del reino, ninguno de los altos dignatarios de la corona; no oyó tampoco pronunciar nombre alguno de los que en aquel tiempo eran la gloria de la nación, ni encontró allí ninguno de los grandes jefes que en la flor de su edad eran la fuerza de Francia, ó de los más jóvenes y altivos precoces aspirantes á los honores, que constituían su orgullo. El recelo, la reserva y la profunda y artificiosa política del rey habían alejado el brillante círculo que antes rodeaba el trono, que sólo se veía ya en ciertas ocasiones solemnes; pero todos se presentaban con recelo y alejábanse después alegre-

mente, como se supone que lo hicieron los animales de la fábula después de haberse acercado á la guarida del león.

Las pocas personas que parecían tener allí el carácter de consejeros eran hombres de aspecto vulgar, cuyos semblantes podrían expresar la sagacidad, pero cuyos modales indicaban que se les había llamado á figurar en un círculo que no les correspondía ni por sus hábitos ni por su educación. Sólo una ó dos personas parecieron á Durward de un aspecto más noble, y la severidad del servicio no era tal que impidiese á su tío decirle sus nombres.

La una, lord Crawford, que vestía el brillante uniforme de su clase y tenía en la mano el bastón de mando, de plata maciza, era ya conocido de Quintín, como lo es de nuestros lectores. Entre los demás personajes que parecían de cierta calidad, el más notable era el conde de Dunois, hijo de aquel célebre Dunois, conocido con el nombre de el Bastardo de Orleans, que batiéndose bajo la bandera de Juana de Arco, distinguióse brillantemente en la parte que tomó para libertar á Francia del yugo inglés. El hijo había sabido conservar el alto renombre heredado de su glorioso padre, y á pesar de sus relaciones con la familia real y su popularidad hereditaria, así entre la nobleza como entre el pueblo, Dunois había demostrado en todas ocasiones un carácter tan franco y tan leal, que parecía haber desvanecido toda sospecha hasta del receloso Luís, á quien agradaba verle cerca de su persona, y aun llamarle algunas veces á su consejo. Aunque amaestrado en todos los ejercicios que debía practicar un hombre de su clase, y dotado de todas las condiciones de lo que entonces se llamaba un perfecto caballero, la persona del conde distaba mucho de ser un modelo por sus cualidades físicas. De estatura regular, aunque muy fornido, tenía las piernas arqueadas hacia afuera, de ese modo que conviene más al jinete que al viandante; sus espaldas eran anchas, el cabello negro, el color del cutis cetrino, y los brazos desmesuradamente largos y nervudos; las facciones, irregulares, casi degeneraban en feas, pero en cambio tenían tal expresión de dignidad y altivez, que á primera vista reconocíase en el conde Dunois la nobleza del caballero de elevada cuna y la arrogancia del soldado. Su aspecto denotaba audacia; su andar era digno y airoso, y la dureza de sus facciones disimulábase por su mi-

rada de águila y su noble frente. En aquel momento vestía un traje de caza, más bien severo que ostentoso, pues muchas veces desempeñaba las funciones de Montero mayor, aunque no creemos que entonces ejerciese este cargo.

Apoyado en el brazo de su pariente Dunois, y adelantándose con lento y perezoso paso, vióse llegar á Luís, duque de Orleans, el primer príncipe de la casa real (después rey, con el nombre de Luís XII), y á quien los guardias y servidores prestaban homenaje como tal. Este personaje, como heredero del reino, era el blanco de las sospechas de Luís XI, y por lo tanto no se le permitía ausentarse de la corte, ni se le confiaba tampoco cargo alguno. La humillación degradante que sufría el desgraciado príncipe en aquella especie de cautiverio comunicaba á su exterior un aspecto de marcada tristeza, que en aquel momento era mucho más profunda, por haber comprendido el heredero del trono que el rey Luís meditaba respecto á él uno de los más indignos é injustos actos que un déspota podía cometer, cual era el de obligarle á dar su mano á la princesa Juana de Francia, la hija más joven del monarca. Esta unión se había concertado ya en la infancia, pero como la princesa era deforme, insistir en semejante acuerdo constituía un acto de rigor indigno.

Este infeliz príncipe no se distinguía en nada por sus cualidades físicas; y en cuanto á su carácter, era humilde y benévolo, lo cual se podía reconocer fácilmente aun á través del velo de tristeza que parecía oscurecer su persona. Quintín observó que el duque evitaba cuidadosamente mirar á los guardias reales, y que cuando debió devolverles el saludo no levantó la vista del suelo, como si temiese que el receloso rey pudiera interpretar un ademán de pura cortesía como propósito de excitar un interés personal entre ellos.

Muy diferente era la conducta del orgulloso cardenal Juan de Balue, entonces ministro favorito del rey Luís, y que por su elevación al poder y su carácter se asemejaba al cardenal Wolsey tanto como podía permitirlo la diferencia que había entre el astuto y político Luís y el iracundo Enrique VIII de Inglaterra. Luís había elevado á su ministro desde la clase más baja á la dignidad de Gran Limosnero de Francia, colmándole de beneficios; obtuvo luégo para su favorito el birrete de cardenal; y aunque era demasiado prudente para con-

fiar al ambicioso Balue el poder ilimitado que el rey Enrique depositó en Wolsey, sometíase más á su influencia que á la de ningún otro de los consejeros conocidos. Juan de Balue, por lo tanto, no había dejado de incurrir en el error común á todos aquellos que desde la clase más ínfima se elevan de pronto al poder, porque estaba persuadido de que debía este cambio á su capacidad y talento, y que de consiguiente, podía entender en todos los asuntos, aun los más extraños á su profesión y estudios. De elevada estatura, y de aspecto antipático, afectaba ser galante y admirador del bello sexo, aunque sus modales hacían absurda semejante pretensión, que su estado no permitía tampoco, sin faltar al decoro que á sí mismo se debía como prelado. Algún adulador ó cortesano le habían hecho creer en mal hora que sus largas y descomunales piernas, heredadas de su padre, que era carretero de Limoges, ó, según otras autoridades, molinero de Verdun, le comunicaban un aspecto elegante; y esta idea le había infatuado de tal modo, que siempre se cuidaba de levantar un poco por un lado su ropaje de cardenal para que se pudiesen ver sus pesadas formas. Al cruzar la cámara, luciendo su traje de color carmesí, detúvose varias veces para mirar las armas y el uniforme de los caballeros de guardia, hízoles varias preguntas con tono de autoridad, y se permitió censurar á varios de ellos por lo que llamó irregularidades en la disciplina, en un lenguaje á que aquellos expertos soldados no contestaron, aunque claramente se veía que escuchaban con impaciencia y desprecio.

—¿Sabe ya el rey—preguntó Dunois al cardenal—que el enviado borgoñón ha pedido con instancia una audiencia?

—Ya lo sabe—contestó el cardenal—y según veo, aquí tenemos á Oliverio Dain, el que todo lo puede, quien nos comunicará la voluntad del rey.

En aquel momento adelantóse, desde una de las habitaciones interiores, un personaje notable, que entonces compartía el favor del rey con el orgulloso cardenal; pero no se presentaba con el aparato y ostentación del hombre de iglesia. Muy lejos de ello, era de escasa estatura, pálido y flaco, y en vez de capilla, túnica ó levita, sólo llevaba una especie de hopalanda de seda negra, prenda nada á propósito por cierto para realzar á una persona ordinaria por

demás. Una bacía de plata que llevaba en la mano, y un paño blanco pendiente del brazo, indicaban su baja profesión. Tenía la mirada penetrante, pero procuraba disimularlo, manteniendo siempre la vista fija en el suelo; mientras que con ligero y silencioso paso, como el de un gato, más bien parecía deslizarse que andar por la habitación. Pero aunque



la modestia pueda oscurecer el valor, jamás oculta el favoritismo de una corte, y, por lo tanto, inútiles fueron los esfuerzos de nuestro personaje para pasar desapercibido, pues harto se sabía que aquel célebre barbero y criado de confianza era el confidente del rey. Llamábase Oliverio el Dain (1), pero á veces se le daba el nombre de Oliverio el Malo, ú Oliverio el Diablo, epítetos que había merecido por la poco escrupulosa habilidad con que contribuía á llevar á cabo los proyectos de la tortuosa política de su señor. Al entrar dirigió algunas

(1) El pueblo, que aborrecía á este personaje, dióle el sobrenombre de *Diablo*, y después le llamó el *Gamo* (le Daim ó Dain). Primeramente fué barbero del rey, pero después erigióse en consejero favorito.

breves palabras al conde Dunois, quien salió inmediatamente, mientras que el barbero se deslizó silencioso hacia la cámara de donde había salido, abriéndole paso todo el mundo, deferencia á que sólo correspondía con una ligera inclinación de cabeza, excepto dos ó tres personas, á las cuales murmuró una rápida palabra al oído, con no poca envidia de todos los demás cortesanos, alejándose después presuroso para evitar contestaciones, y no dar tiempo á que le hicieran demandas los que tenían interés en ello. Luís Lesly tuvo la buena suerte de ser en aquella ocasión uno de los individuos á quienes favoreció con una palabra, para asegurarle que su asúnto quedaba arreglado satisfactoriamente.

Pronto recibió la confirmación de la agradable noticia, pues á poco entró en la cámara el antiguo conocido de Quintín, Tristán el Ermitaño, y avanzó directamente hacia el sitio donde estaba el Acuchillado. El traje del formidable preboste, que era magnífico, sólo servía para realzar más la siniestra catadura y desagradable aspecto de este personaje; y el tono con que habló de conciliación al guardia escocés, más bien se asemejaba al gruñido de un oso que á la voz humana, pero en cambio las frases no dejaron de ser amistosas. El Preboste se lamentó de la cuestión suscitada entre ellos el día antes, alegando que la culpa era del sobrino del señor Acuchillado, por no haber llevado el uniforme de su cuerpo, ni dicho que pertenecía á la guardia escocesa, lo cual le había inducido á cometer un error, que esperaba se le dispensase.

Luís Lesly contestó como convenía, mas apenas Tristán volvió la espalda, dijo á su sobrino que para el futuro tendrían un enemigo en la persona del temible preboste; pero que estaban fuera del alcance de sus tiros, y que un soldado que cumplía con su deber podía reirse de aquel funcionario.

Quintín no pudo menos de participar de la opinión de su tío, pues al separarse de ellos el preboste, no disimuló esa mirada de cólera provocadora que el oso dirige al cazador, cuyo venablo le ha herido. Á decir verdad, aun en su estado normal las miradas del preboste expresaban tal malevolencia y perversos sentimientos, que algunos hombres se estremecían si las fijaba en ellos. Á Quintín le impresionaron profundamente, porque aún le parecía tener sobre sus hombros las manos de los dos ejecutores subalternos del preboste.

Entretanto, Oliverio, después de dar la vuelta por la cámara con ese paso furtivo que hemos indicado ya, viendo á las personas más notables hacerle paso, dispensándole toda clase de cumplidos, que él parecía deseoso de evitar, entró de nuevo en una habitación interior, cuyas puertas se abrieron un momento después para dar paso al rey Luís.

Así como los demás, Quintín fijó la vista en él, é hizo de pronto un movimiento tan brusco, que por poco deja caer su arma, pues acababa de reconocer en el rey de Francia aquel mercader en sedas, maese Pedro, que le había acompañado en su paseo matinal. Varias veces había concebido singulares sospechas respecto al verdadero rango de aquel personaje; pero la realidad excedía á todo cuanto pudo imaginar.

La severa mirada de su tío, enojado al observar aquella falta de respeto, le hizo volver en sí; pero no quedó poco asombrado al ver que el rey, cuya rápida mirada le había distinguido ya entre los demás, se dirigía en línea recta al sitio donde él estaba, sin hacer caso de nadie.

—Según me han dicho, joven—dijo el rey deteniéndose delante de Quintín—parece que ya habéis tenido una disputa apenas llegado á Turena; pero os perdono porque la culpa fué principalmente de un necio mercader en sedas, quien creyó que vuestra sangre escocesa necesitaba calentarse por la mañana con el vino de Beaulne. Si llego á encontrarle, haré de él un ejemplar para aquellos que traten de extraviar á mis guardias.

—Acuchillado—añadió dirigiéndose á Lesly—vuestro pariente es un gallardo mancebo, aunque algo fogoso. Nos agrada favorecer á los hombres de este genio, y pensamos hacer más de lo que nunca hicimos en favor de los bravos que nos rodean. Que se apunte el año, el día y la hora en que nació vuestro sobrino, y entréguese la nota á Oliverio.

El Acuchillado se inclinó profundamente, tomando después su posición erguida; mientras que Quintín, recobrándose de su primera sorpresa, comenzó á observar el aspecto del rey con más atención, admirándole no poco la diferencia que notaba entre el soberano y el supuesto maese Pedro, por lo que hacía á sus facciones y manera de conducirse.

En cuanto al aspecto exterior, no era grande el cambio, pues Luís XI, que siempre se burlaba de la ostentación, sólo

vestía en aquel momento un traje de caza muy usado, de color azul oscuro, no mucho mejor que la sencilla ropa que llevaba la víspera, ostentando en el cuello un enorme rosario de ébano, regalo nada menos que del gran Turco, quien había asegurado á Luís que provenía de un ermitaño copto del monte Labanón, personaje notable por su santidad. En vez de su gorra con una sola imagen, ahora llevaba un sombrero cuya cinta estaba guarnecida por lo menos con una docena de figuritas de plomo, representando santos. Sin embargo, los ojos, que, según el primer concepto de Quintín, sólo se animaban cuando maese Pedro hablaba del lucro y de las ganancias, tenían ahora, cuando el joven veía que eran los de un poderoso monarca, una mirada penetrante y majestuosa; y aquellas arrugas de la frente, que Quintín pensó se habrían formado sólo en fuerza de cavilar durante largo tiempo sobre planes comerciales, parecíanle ahora surcos abiertos por el trabajo continuo de un espíritu sagaz que medita sobre el destino de las naciones.

Detrás del rey salieron las princesas de Francia y las damas de su séquito. La mayor, que después casó con Pedro de Borbón y fué conocida en la historia de Francia con el nombre de *dama de Beaujeu,* no tiene gran conexión con lo que vamos refiriendo. Era alta, bastante hermosa é instruída; producíase con gracia y facilidad, y poseía gran parte de la perspicacia de su padre, quien confiaba mucho en ella y la amaba hasta el punto á que podía llegar el cariño en un corazón como el suyo.

La hija menor, la desgraciada Juana, la destinada en exponsales al duque de Orleans, iba tímidamente á su lado como quien estaba persuadida de no poseer ninguna de aquellas prendas exteriores que tanto desean las mujeres ó por lo menos les gusta que puedan atribuírseles. Su flaco y descolorido rostro parecía el de un convaleciente; tenía el cuerpo ladeado, y á causa de su andar desigual podía pasar por coja. Una hermosa dentadura, unos ojos cuya expresión habitual era la melancolía, la amabilidad y resignación, constituían los únicos objetos que la misma lisonja se atreviera á encarecer para contrabalancear la deformidad del resto de su persona. Para dar la última mano á su retrato, diremos que el descuido de la princesa en sus atavíos y enco-

gimiento en todas sus acciones daban bien á entender la manera inusitada con que estaba íntima y dolorosamente convencida de su fealdad, y que no se atrevía á hacer inútiles esfuerzos para reparar con el arte los defectos de la naturaleza, ó recurrir á otros medios de agradar. El rey, que la miraba con bastante indiferencia, adelantóse inmediatamente á ella, así que la vió salir.

—¿Qué es esto, hija mía?—exclamó.—¿Siempre despreciando el mundo? ¿Te vestiste esta mañana para ir á la caza ó para entrar en un convento? Habla, responde.....

—Para hacer lo que sea del agrado de Vuestra Majestad—contestó la princesa con acento tan débil, que apenas pudo oirse.

—Ya, ya—continuó el rey;—tú quisieras persuadirme que deseas apartarte de la corte y renunciar al mundo y sus vanidades. ¿Creerías acaso, Juana, que yo, hijo primogénito de la Iglesia, podría negar mi hija á Dios? No permita el cielo que sea yo capaz de impedir este sacrificio, á conocer que es de tu agrado y que tu vocación es verdadera.

Diciendo esto hizo el rey devotamente la señal de la cruz con un ademán que pareció á Quintín semejante al de un vasallo artificioso que desprecia el mérito de alguna prenda que desea guardar para sí, á fin de excusarse con esto de ofrecerla á su señor.

«¿Y tiene valor para hacer así el hipócrita á la faz del cielo?—pensó Durward;—¿y para chancearse con Dios y los santos, como lo hace impunemente con los hombres, que no se atreven á sondear sus pensamientos?»

Después de un corto intervalo de devoción interior, tomó Luís nuevamente la palabra.

—No, hija mía—dijo:—Yo y algún otro conocemos mejor tus íntimos sentimientos. ¿No es así, mi querido primo de Orleans? Vamos, acércate, y da la mano para montar á caballo á esa vestal que tan bien te corresponde.

Estremecióse el duque de Orleans cuando el rey le dirigió la palabra, y apresuróse á obedecerle, pero tan precipitado y confuso, que tuvo que exclamar Luís:

—Despacito, querido primo, despacito. Tu galantería no tiene espera. ¡Cuántas veces la precipitación hace ladear á los pobres amantes! ¡Cuidado con lo que haces! Poco ha

faltado para que tomaras la mano de mi hija mayor, en vez de la de su hermana. ¿Será menester que os presente yo mismo la mano de Juana, caballero?

Alzó los ojos el desgraciado príncipe, y tembló como un niño cuando se le obliga á tocar un objeto que le inspira natural repugnancia: hizo después un esfuerzo, y tomó la mano de la Princesa, que ni se la ofreció ni se la negó tampoco. En tal situación, bañados en sudor frío los dedos de la hija del rey, que apenas se sostenían en la trémula mano del duque, y clavada en el suelo la vista de ambos, hubiera sido difícil asegurar cuál de los dos era más completamente infeliz: si el duque que se hallaba ligado á odioso objeto con vínculos que no se atrevía á romper, ó la desventurada joven que no podía dudar del horror que inspiraba á un hombre cuyo afecto hubiera querido comprar á costa de su propia vida.

—Á caballo, damas y caballeros—dijo el rey.—Yo mismo me encargo de mi hija de Beaujeu; y Dios y San Huberto nos deparen buena caza esta mañana.

—Temo, señor—dijo el conde de Dunois, quien acababa de entrar—que por desgracia tengo la comisión de interrumpirla. El embajador del duque de Borgoña está á la puerta del castillo, y exige audiencia.

—¿*Exige*, Dunois?—exclamó el rey.—¿No le respondiste como te lo mandé decir por Oliverio, que no había lugar por hoy; que mañana era la fiesta de San Martín, durante la cual con el favor de Dios, no nos ocupará ningún negocio profano: que al día siguiente partíamos para Amboise; pero que á nuestro regreso no dejaríamos de darle audiencia tan pronto como nos lo permitiesen nuestras ocupaciones?

—Todo se lo he dicho, señor—respondió Dunois—y..... sin embargo.....

—¡Fuego de Dios! ¿Qué es lo que se atravesó en tu gaznate, Dunois? Fuerza es que ese borgoñón te haya hablado en términos muy indigestos.

—Señor, á no contenerme mi deber, las órdenes de Vuestra Majestad, y su carácter de embajador, acaso la indigestión hubiera sido para él. Por nuestra señora de Orleans, que más deseos tenía de hacerle tragar nuevamente las palabras, que de venir aquí á repetirlas á Vuestra Majestad.

—Por vida de mi padre, Dunois, maravíllome mucho que siendo tú el hombre más impaciente de cuantos existen, te cueste tanto trabajo perdonar el mismo defecto á nuestro arrogante é impetuoso primo Carlos de Borgoña. Pues bien: en cuanto á mí, tanto caso hago de esos importantes mensajes, como las torres de este castillo de los silbidos del viento nordeste, que viene de Flandes, lo propio que ese fanfarrón de embajador.

—Sepa pues, Vuestra Majestad, que el conde Crève-Cœur queda á la puerta del castillo con su acompañamiento de trompetas y demás séquito. Dice que, puesto que Vuestra Majestad le niega la audiencia que su señor le dió orden de solicitar para asuntos del más urgente interés, permanecerá á la puerta hasta media noche; y á cualquiera hora que salga Vuestra Majestad, sea por algún negocio ó para tomar el aire ó dedicarse á algún devoto ejercicio, se le presentará, le hablará, y no desistirá de su empeño mas que á la fuerza.

—Ese embajador ha perdido el juicio—dijo el rey con mucha serenidad.—¿Parécele á ese botarate de flamenco que ha de ser gran penitencia para un hombre sensato permanecer tranquilamente en el castillo por espacio de veinticuatro horas, cuando tiene para ocuparse todos los negocios de un reino?.... Esos genios inquietos y traviesos creen que todos han de ser como ellos, que no se hallan á gusto sino cuando montados á caballo galopan velozmente. Manda retirar los perros, querido Dunois, y que se tenga buen cuidado con ellos; nosotros celebraremos consejo, en lugar de ir hoy á caza.

—Vuestra Majestad no se librará por eso del conde de Crève-Cœur—respondió Dunois;—pues las instrucciones que trae de su amo son, que á no obtener la audiencia que solicita, clave su manopla en la estacada que circuye el castillo, en señal de desafío á muerte de parte del duque, como que se niega á rendir pleito homenaje á la Francia, y que desde luégo declara la guerra á Vuestra Majestad.

—¿Sí?—dijo Luís, sin que se pudiese notar variación alguna en el sonido de su voz, pero frunciendo las cejas de modo que sus pelos largos y espesos le cubrían casi enteramente sus oscuros y penetrantes ojos.—¿Las cosas han llegado á tal extremo? ¿Mi antiguo vasalló toma ese tono de autoridad?

¿Mi querido primo me trata con tan poco respeto? Pues bien, Dunois, preciso será desplegar el Oriflama y gritar *Montjoye Saint Dénis!*

—¡Enhorabuena! ¡ojalá!.... y *amen!*—exclamó el belicoso Dunois.

Y los soldados de la guardia, que estaban presentes, no pudiendo resistir á igual impulso, hicieron cada cual en su puesto un movimiento de que resultó un triquitraque de armas que sólo duró un momento, pero que resonó distintamente en la sala. Miró Luís en derredor suyo con cierta satisfacción y arrogancia, y por un instante pensó y aun se mostró como hubiera hecho su valeroso padre.

El entusiasmo momentáneo cedió, sin embargo, á un tropel de consideraciones políticas, que en aquella coyuntura hacían sumamente peligrosa toda desavenencia con la Borgoña. Ocupaba entonces el trono de Inglaterra Eduardo IV, intrépido y victorioso rey, que combatiera personalmente en treinta batallas. Era hermano de la duquesa de Borgoña, y podía fundadamente recelarse que sólo aguardaba un rompimiento entre Luís y su cuñado para introducir en Francia por la puerta siempre abierta de Calais, sus armas victoriosas en las guerras civiles, procurando así por medio de una invasión en Francia, recibida siempre con entusiasmo por los ingleses, borrar hasta la memoria de sus disensiones intestinas. Á estos recelos añadíase el de la vacilante fidelidad del duque de Bretaña; sin hablar de otros muchos é importantes objetos que merecían la pena de ser tomados en consideración. Así fué que cuando pasados algunos instantes de silencio volvió Luís á tomar la palabra, aunque habló con el mismo tono, hízolo bajo un sentido totalmente distinto.

—Pero no permita Dios—dijo—que el Rey Cristianísimo autorice el derramamiento de sangre cristiana, pudiendo sin deshonor evitar esta calamidad. No consentiré en ello, sin mediar una necesidad absoluta. Interésame más el bien de mis vasallos, que el agravio que puedan hacer á mi decoro las groseras palabras de un embajador descomedido, que acaso ha traspasado el límite de las facultades de que ha sido revestido. Que se introduzca inmediatamente á mi presencia al embajador del duque de Borgoña.

—¡*Beati pacifici!*— dijo el cardenal La Balue.

—Esta es la pura verdad —añadió el rey —y Vuestra Eminencia sabe bien que los humildes serán exaltados.

El cardenal pronunció un *amen* en que tomaron parte poquísimas personas; pues hasta las pálidas mejillas del duque de Orleans se cubrieron con la púrpura de la indignación; y el Acuchillado supo reprimir tan poco la suya, que dejó caer con estrépito el recatón de su partesana al suelo, movimiento de impaciencia qne le valió severa reprimenda por parte del cardenal, seguida de una instrucción sobre el modo cómo se debían manejar las armas en presencia del soberano. El mismo rey dió muestras de estar extraordinariamente confuso por el silencio que reinaba en toda la sala.

—¡Muy pensativo has quedado, Dunois! —le dijo Luís. —¿Desapruebas acaso que cedamos á ese fogoso embajador?

—Nunca me entrometo, señor —respondió Dunois —en lo que es superior á mi esfera. Sólo pensaba en pedir una gracia á Vuestra Majestad.

—¡Una gracia, Dunois!.... No sueles tú pedirlas muy á menudo, con que puedes contar con mi disposición á concedértela.

—Desearía pues, señor —dijo Dunois con toda la franqueza de un militar —que Vuestra Majestad me enviase á Evreux para obligar al clero á que guarde una perfecta disciplina.

—Eso sí que sería superior á tu esfera —respondió el rey sonriéndose.

—Señor —replicó el conde —bien sabré yo reducir á los eclesiásticos á su deber, cuando el señor obispo de Evreux, ó su eminencia el cardenal, si prefiere este último título, sabe enseñar el ejercicio á los soldados de la guardia de Vuestra Majestad.

Volvió á sonreirse el rey, é inclinándose al oído de Dunois, díjole con tono misterioso:

—Acaso llegue el momento en que tú y yo arreglemos como corresponde á ese eclesiástico; pero en la actualidad no es hombre ese con quien pueda uno jugar con dado falso. ¡Ah, Dunois! Roma, Roma es quien nos agobia con esa pesada carga, amen de muchas otras; pero, primo, paciencia y barajar hasta vernos con buena mano. (1)

(1) Véase la nota F. *Jugar á las cartas.*

Los clarines que resonaron en el patio indicaron la llegada del embajador borgoñón. Todos los que se hallaban en la sala de audiencia apresuráronse á ocupar sus puestos, según el orden de precedencia respectivo: el rey y sus hijas quedaron solos en el centro de la asamblea.

El conde de Crève-Cœur, intrépido y famoso guerrero, entró entonces en la sala; y, contra la costumbre de los embajadores de potencias amigas, presentóse completamente armado, con sólo la cabeza descubierta. Llevaba magnífica armadura de Milán, de bellísimo acero, con labores de oro en él embutidas, trabajadas en el fantástico estilo que se llama arábigo. Pendía de su cuello sobre su reluciente coraza el distintivo de la Orden de su señor, llamado el Toisón de oro, una de las más honoríficas órdenes de caballería que se conocían entonces en la cristiandad. Seguíale un hermoso paje llevando su casco, y precedíale un heraldo con las credenciales que presentó al rey doblando la rodilla, en tanto que el embajador se detenía en medio de la sala, como para dar tiempo de que pudiese admirarse su noble porte, majestuoso talante y tranquila arrogancia de su fisonomía y modales. El resto de su acompañamiento se quedara en la antecámara ó en el patio.

—Acercaos, señor conde de Crève-Cœur—dijo Luís después de haber echado una ojeada á los despachos.—No había necesidad de credenciales de mi primo, ni para presentarme tan célebre y distinguido guerrero, ni para asegurarme de la justa reputación de que goza en el palacio de su amo. Espero que vuestra bella esposa, cuya sangre tiene alguna relación con la nuestra, goza de perfecta salud. Si vos, señor conde, os hubiéseis presentado delante de Nos dándole la mano, creyera que llevabais la armadura en esta ocasión, contra costumbre, para sostener la superioridad de sus atractivos con todos los caballeros enamorados de Francia; pero sin esto me es imposible adivinar el motivo de veros así tan completamente armado.

—Señor — respondió el embajador — el conde de Crève-Cœur debe sentir su infortunio, y suplicaros que le disculpéis si no puede en esta ocasión responder á Vuestra Majestad con la humilde deferencia debida á la real cortesanía con que os habéis dignado hablarle; pero, aunque sólo hiera vuestros

oídos la voz de Felipe de Crève-Cœur de Cordés, las palabras que os trasmite son las de su excelso señor y soberano el duque de Borgoña.

—¿Y qué palabras tiene que pronunciar Crève-Cœur á nombre del duque de Borgoña?—preguntó Luís, tomando cierta dignidad propia de esta circunstancia.—Pero ante todo, acordaos que en este lugar, Felipe Crève-Cœur de Cordés habla al soberano de su soberano, según él llama.

Inclinóse Crève-Cœur, y con voz levantada principió su arenga de este modo:

—¡Rey de Francia! El poderoso duque de Borgoña os envía nuevamente una nota por escrito, que contiene el detalle de los contrafueros y vejaciones cometidas en las fronteras por los destacamentos y oficiales de Vuestra Majestad; y mi primer pregunta se reduce á saber si Vuestra Majestad está en ánimo de darle satisfacción por estos agravios.

El rey, habiendo echado por un momento la vista á la nota que le presentó el heraldo de rodillas, contestó:

—Estas quejas se han pasado á mi Consejo mucho tiempo hace. De los hechos que se mencionan, unos son represalias de injurias sufridas por mis vasallos; otros están destituídos de pruebas; y los destacamentos y oficiales del duque vengáronse ellos mismos de muchos otros. Sin embargo, si se encuentra alguno que no pueda colocarse en ninguna de estas tres clases, pronto estoy, en calidad de príncipe cristiano, á dar satisfacción á mi primo por los atropellos de que pueda quejarse, aunque cometidos no sólo sin mi autorización, sino contra mis órdenes expresas.

—Trasmitiré la respuesta de Vuestra Majestad á mi excelso amo—respondió el embajador;—pero séame lícito manifestar que como en nada difiere de las demás evasivas que se han dado hasta ahora á sus justas quejas, no es creíble que pueda asegurar por sí sola el restablecimiento de la paz y buena armonía entre la Francia y la Borgoña.

—Será lo que Dios quisiere—dijo el rey.—La moderada respuesta que doy á esas injuriosas reconvenciones, no es hija del temor que tenga á las armas de vuestro amo; dimana únicamente de mi amor á la paz y á la concordia. Pero proseguid desempeñando vuestra comisión.

—La segunda petición de mi amo—continuó el embajador

—es que cese por fin Vuestra Majestad de mantener inteligencias clandestinas con sus ciudades de Gante, Lieja y Malinas. Requiere que Vuestra Majestad mande retirar los agentes secretos que siembran desconfianza entre los buenos ciudadanos de Flandes; y que destierre de sus dominios, ó más bien entregue á su señor feudal para ser castigados como merecen, á los traidores que, habiendo abandonado el teatro de sus intrigas, hallaron fácilmente un asilo en París, Orleans, Tours y otras ciudades de Francia.

—Decid al duque de Borgoña—respondió el rey—que no sé de qué inteligencias clandestinas me acusa con sobrada injusticia; que mis vasallos de Francia tienen frecuentes relaciones con las principales ciudades de Flandes, empleándose en un comercio ventajoso á entrambos paises, cuya interrupción sería tan contraria á los intereses del duque como á los míos; en fin, que por igual motivo muchos flamencos residen en mis estados y gozan de la protección de mis leyes; pero que no tengo noticia de ningún refugiado por revolucionario ó traidor al duque. Proseguid; ya oísteis mi respuesta.

—Sí, y con tanto sentimiento como la primera, señor; pues no la encuentro ni bastante directa ni bastante explícita, para que el duque mi amo quiera recibirla en satisfacción de una larga serie de secretas intrigas, que no porque Vuestra Majestad las niegue en este instante, dejan de tener un carácter de indudable certeza. Prosigo con mi embajada. El duque de Borgoña requiere además al rey de Francia para que le envíe sin demora á sus dominios, bajo buena y segura escolta, las personas de Isabel, condesa de Croye, y de su parienta y tutora la condesa Hamelina, de la misma familia, en atención á que dicha condesa Isabel, que por las leyes del país y sistema feudal de sus dominios, es pupila del mismo duque de Borgoña, emprendió la fuga dirigiéndose á un pueblo que está fuera de su jurisdicción, negando de este modo la sumisión debida al príncipe su tutor, y poniéndose bajo la oculta protección del rey de Francia, que fomenta su rebelión contra el duque su tutor y señor natural, en desprecio de las leyes divinas y humanas, reconocidas y observadas siempre en todos los paises civilizados de Europa. Señor, deténgome aquí para oir la respuesta de Vuestra Majestad.

—Hicisteis bien, conde de Crève-Cœur—dijo Luís con tono

de desprecio — empezando tan de mañana el desempeño de vuestra comisión; pues si lleváis idea de pedirme cuenta de cada vasallo que se ha visto obligado á ausentarse de los dominios de vuestro amo, á causa de sus violencias, podría ser muy bien que terminara el sol su curso sin haber vos apurado la lista. ¿Quién será capaz de asegurar que esas damas se hallan actualmente en mis Estados? Y si efectivamente se han refugiado en Francia ¿quién se atreverá á decir que yo he protegido su fuga ó las he recibido ofreciéndoles mi protección? Además, aun cuando se hallen en mi reino, ¿quién podrá afirmar que yo conozco el sitio donde se han retirado?

— Señor, Vuestra Majestad me permitirá que le diga que yo tenía un testigo en este negocio, quién viera á esas damas fugitivas en la posada que se llama de la *Flor de lis*, poco distante de este castillo; que vió á Vuestra Majestad cuando las visitaba, aunque bajo el indecoroso disfraz de un mercader de Tours; que recibió de ellas en presencia de Vuestra Majestad mensajes y cartas para sus amigos de Flandes, referidos los primeros y entregadas las segundas al mismo duque de Borgoña.

— Producidme ese testigo, conde; presentadme ese hombre que se atreve á propalar tan manifiestas calumnias.

— Habla Vuestra Majestad en tono de triunfo, pues sabe Vuestra Majestad muy bien que ese testigo no existe. Cuando vivía se llamaba Zamet Magranbín, y era uno de esos gitanos errantes. Ayer, según he podido indagar, fué ahorcado por los soldados de vuestro gran Preboste; sin duda con el intento de impedir que se encontrase aquí para atestiguar la verdad de cuanto se ha referido sobre este punto al duque de Borgoña, en presencia de sus consejeros y de mí, Felipe Crève-Cœur de Cordés.

— Por nuestra señora de Embrun—exclamó el rey—son tan absurdos todos estos cargos, y tan lejos estoy de acusarme de cosa que se les parezca, que más me excitan á risa que promueven mi enojo; aun cuando éste conviene mejor al decoro de mi soberanía. Mi guardia prebostal no pasa día que no castigue con la muerte, como es deber suyo, á bandidos y vagabundos: ¿y hase de calumniar á mi corona por lo que esos bandidos y vagabundos hayan podido decir á mi fogoso

primo de Borgoña y á sus sabios consejeros? Yo os ruego digáis á mi buen primo, que si gusta de su compañía puede admitirlos en sus dominios, pues en los míos no hallarán más que corta absolución y una buena soga.

—Mi amo, señor rey, no necesita de tales sujetos—respondió Crève-Cœur con tono menos respetuoso del que se permitiera hasta entonces:—el duque no tiene por estilo consultar brujas, gitanos y otros vagabundos sobre el destino de sus vecinos y aliados.

—Mucha paciencia es la mía; acaso demasiada—exclamó el rey interrumpiéndole:—y puesto que vuestras palabras parecen no llevar más objeto que insultarme, sabré por mi parte enviar un embajador al duque de Borgoña, porque estoy convencido de que portándoos así, os excedéis en vuestras facultades, sean las que fueren.

—Al contrario—respondió Crève-Cœur—todavía no lo he dicho todo. Oíd, Luís de Valois, rey de Francia; oíd, nobles caballeros, que estáis presentes; oigan los buenos y leales franceses de toda clase y condición. Y tú, Toisón de oro—añadió volviéndose al Heraldo—repite después de mí la siguiente declaración: «Yo, Felipe Crève-Cœur de Cordés, conde del Imperio y caballero de la distinguida orden del Toisón de Oro, en nombre del muy poderoso señor y príncipe Carlos, por la gracia de Dios, duque de Borgoña y de Lorena, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo y de Gueldres, conde de Flandes y de Artois, conde palatino del Henao, de Holanda, de Zelanda, Namur y Zutfen, marqués del Sacro Imperio, señor de la Frisia, de Salinas y de Malinas, os notifico á vos, Luís, rey de Francia, que en atención á haberos negado á la debida reparación de todos los contrafueros y agravios hechos y ocasionados por vos, ó con vuestro auxilio, sugestión é incitamiento, al referido mi señor duque y á sus amados vasallos, niega por mi medio el pleito homenaje á vuestra corona, decláraos falso y sin fe, y os reta como príncipe y como hombre. He aquí una prenda para sostener cuanto acabo de decir.

Y así diciendo, quitóse la manopla de su mano derecha y arrojóla al suelo en medio de la sala.

Durante una escena tan extraordinaria, y hasta que presenciaron este último rasgo de audacia, guardaron los circuns-

tantes el más profundo silencio; pero luégo que se oyó el ruido que hizo al caer la manopla, y el grito de «¡Viva Borgoña!» que dió casi al mismo tiempo con voz grave Toisón de Oro, el heraldo borgoñón, sucedió al silencio un estrepitoso tumulto. Mientras que Dunois, el duque de Orleans y el anciano lord Crawford y uno ó dos más, cuya elevada clase



les autorizaba para ello, se disputaban el honor de levantar el guante, resonaban por la sala las voces de «¡Heridle! ¡Matadle! ¡Viene á insultar al rey de Francia en su mismo palacio!»

Pero el rey apaciguó el tumulto, gritando con voz de trueno que sofocaba las demás é infundía respeto á todos:

—Silencio, señores; que nadie se atreva á poner la mano en el embajador, ni un dedo en su prenda. Y vos, señor conde, ¿en qué apoyáis esa existencia, y qué garantía es la

vuestra para aventurarla de este modo á una suerte tan arriesgada? ¿Vuestro duque es de condición distinta de los demás príncipes, para defender sus derechos tan fuera del orden natural?

—Sí, no hay duda—respondió el intrépido conde de Crève-Cœur—de condición distinta, de materia mucho más noble que los demás príncipes de Europa; pues ninguno de ellos se atrevió á daros asilo á vos, rey Luís, cuando siendo únicamente delfín, desterrado de Francia, os veíais perseguido por la implacable venganza de vuestro padre y por todo el poder de su reino: sólo mi ilustre amo, cuya generosidad habéis recompensado tan indignamente, se atrevió á admitiros y protegeros como hermano. Adios, señor; ya queda desempeñada mi comisión.

Diciendo esto, retiróse el conde sin ninguna ceremonia de atenta despedida.

—Seguidle, seguidle—gritó el rey—recoged la manopla y seguidle: no hablo contigo, Dunois; ni contigo tampoco, lord Crawford; me pareces demasiado viejo para encargarte de un negocio tan acalorado. Primo de Orleans, tú eres demasiado joven para tomarlo á tu cargo. Señor cardenal, señor obispo de Evreux, sólo á la santidad de vuestro ministerio corresponde establecer la paz entre príncipes cristianos; recoged la manopla y haced conocer al conde de Crève-Cœur el grave pecado que ha cometido insultando en su propia corte á un gran monarca, y obligándole á atraer las calamidades de la guerra sobre sus estados y los de sus vecinos.

Interpelado así personalmente el cardenal de La Balue, cogió el guante con la precaución con que cogiera una víbora (tanta era su aversión á este símbolo de guerra), y salió en seguida de la regia estancia en busca del embajador.

Luís extendió silenciosamente la vista sobre sus cortesanos, cuya mayor parte, excepto los que nombramos, eran hombres de oscuro nacimiento, que debían los altos empleos á que el rey les había elevado en su palacio, no á su valor ni á sus hazañas, sino á habilidades de muy distinto género. Mirábanse unos á otros perdido el color, y era evidente que las escenas de que acababan de ser testigos hicieron en ellos una impresión poco agradable. Echóles Luís una mirada de desprecio, y dijo en alta voz:

— Por mas que el conde de Crève-Cœur sea presuntuoso y soberbio, ello es fuerza confesar que tiene en él el duque un servidor que no cede en osadía á ninguno de los que cualquier otro príncipe haya podido encargar de un mensaje. Desearía yo saber dónde podría encontrar otro tan fiel para enviar mi respuesta.

— Vuestra Majestad agravia á la nobleza francesa, señor — dijo Dunois: — cada uno de nosotros es muy capaz de llevar un cartel de desafío al duque de Borgoña en la punta de la espada.

—Y no ofende menos Vuestra Majestad, señor—dijo el anciano Crawford — á los caballeros escoceses que tienen el honor de serviros. Ni yo ni ninguno de mis subordinados, como que somos de la clase que para ello se requiere, vacilaríamos en pedir cuenta de su conducta á ese orgulloso embajador. Mi brazo conserva todavía bastante vigor para castigarle, si Vuestra Majestad se digna permitírmelo.

— Pero Vuestra Majestad — añadió Dunois — no quiere emplearnos en ningún servicio que sea honorífico para Vuestra Majestad, para nosotros y la Francia.

— Dí más bien, Dunois — respondió el rey — que no quiero ceder á esa impetuosidad temeraria con que por una fruslería, á fuer de caballeros andantes, pondríais en peligro vuestro honor, el trono y la Francia. No hay ninguno entre vosotros que ignore cuán preciosa es cada hora de paz para curar las heridas de un país que tanto ha sufrido: y sin embargo, todos os lanzaríais á la guerra á la primera aventura que os proporcionara una gitana vagabunda ó una damisela errante, cuya reputación tal vez no vale mucho más... Pero aquí vuelve La Balue; espero que nos traerá nuevas más pacíficas. Y bien, señor cardenal, ¿habéis restituído al conde el juicio y la calma?

— Señor — respondió La Balue — mi comisión era espinosa y difícil. He preguntado á ese soberbio conde cómo tuviera atrevimiento para dirigir á Vuestra Majestad la presuntuosa reconvención que puso fin á la audiencia; temeridad que debía atribuirse, no á su amo, sino á su propia insolencia, lo que por consiguiente le ponía á discreción de Vuestra Majestad y le sujetaba á todo castigo que fuera del agrado de Vuestra Majestad imponerle.

—Hablasteis muy bien—dijo el rey:—y él ¿qué respuesta dió?

—El conde—continuó el cardenal—tenía el pié en el estribo para montar á caballo, y al oir mis palabras ha vuelto la cabeza sin variar de posición. «Aunque me hubiese hallado á cincuenta leguas, me dijo, si llegara á mi noticia que el rey de Francia hiciese una pregunta humillante para mi príncipe, volviera las riendas de mi caballo para venir á desahogar mi corazón con la respuesta que acabo de darle.»

—Ya os manifesté, señores—dijo el rey echando una mirada en derredor suyo sin la menor señal de cólera ni aun de agitación—que mi primo el duque posee en Felipe de Crève-Cœur tan digno servidor como el mejor que otro príncipe alguno haya podido tener á su diestra. Pero ¿le habéis decidido á quedarse?

—Sí, señor, por veinticuatro horas—respondió el cardenal—y empeñéle también á recobrar interinamente la prenda del desafío. Se ha aposentado en la posada de la *Flor de lís*.

—Procurad que le traten espléndidamente y á mis expensas—dijo el rey.—Un servidor como ese es una perla digna de la corona de un príncipe... ¡Veinticuatro horas!—añadió en voz baja, hablando consigo mismo y abriendo los ojos como si quisiese penetrar en el porvenir...—¡Veinticuatro horas!... El plazo es de los más cortos; sin embargo, veinticuatro horas, cuando se saben hábil y mañosamente aprovechar, equivalen á un año entre negociadores indolentes é incapaces. Vamos, señores, á la caza, al bosque! Orleans, querido primo, deja á un lado esa modestia, por bien que te siente, y no te dé cuidado el aire reservado de Juana. Primero cesará el Loira de recibir las aguas del Cher, que ella deje de amarte, como tú de preferir al suyo el cariño de otra—añadió en tanto que el desgraciado príncipe seguía con lentos pasos á su futura esposa.—Tome cada cual su venablo, señores; pues Alegre, mi cazador, ha descubierto un jabalí que dará qué hacer á hombres y á perros. Dunois, troquemos los venablos; este es harto pesado para mí, y acuérdome que nunca he encontrado semejante defecto en tu lanza. Á caballo, señores, á caballo.

Y toda la corte partió para la caza.



CAPÍTULO IX.

La caza del jabalí.

> Quiero tratar con muchachos atolondrados y hombres estúpidos de corazón de bronce. No me convienen aquellas personas que con escrutadora mirada penetran en mi pensamiento.
>
> SHAKSPEARE.—*Ricardo III.*

Sin embargo de cuanta experiencia podía tener el cardenal del carácter de su amo, cometió en esta ocasión una imprudencia política. Indújole su vanidad á creer que desempeñara mejor su comisión, persuadiendo al conde de Crève-Cœur á quedarse en Tours, de lo que hubiera hecho probablemente cualquier otro negociador de que se valiera el rey; y como no ignoraba la importancia que daba Luís á cuanto contribuyera á alejar un rompimiento con el duque de Borgoña, quiso significarle que estaba en la inteligencia de haberle prestado un importante servicio que debía serle sumamente agradable. Colocóse, pues, más inmediato á la persona del rey de lo que acostumbraba, y procuró entablar conversación con él sobre los acontecimientos de aquella mañana.

Esto era obrar inconsideradamente por muchas razones, pues no les gusta por lo común á los monarcas que se les acerquen sus vasallos como para hacer valer los servicios que creen haberles prestado; y Luís, el monarca más celoso de su autoridad de cuantos han existido, mostrábase especialmente inaccesible y reservado para los que intentaban valerse de un servicio ó penetrar sus ocultos pensamientos.

El cardenal, sin embargo, muy satisfecho de sí mismo y

abandonándose á la alegría del momento, como suele suceder algunas veces al hombre de más prudencia, continuaba cabalgando á la derecha del rey, y hacía recaer la conversación siempre que podía sobre Crève-Cœur y su embajada. Acaso era este el objeto que ocupaba más en aquel instante el entendimiento del rey, y acaso por esto mismo era el de que menos le gustaba que le hablasen. Luís, por último, que le escuchaba atentamente aunque sin darle respuesta que pareciese dirigida á prolongar la conversación, hizo seña á Dunois, quien se hallaba á poca distancia, para que viniese á colocarse á su izquierda.

—Salimos para hacer ejercicio y divertirnos —le dijo— pero este reverendo padre quisiera que celebrásemos un consejo de Estado.

—Espero que Vuestra Alteza me dispensará de tomar parte en él—respondió Dunois:—yo nací para pelear por la Francia; mi corazón y mi brazo están consagrados á su servicio; pero mi cabeza no es muy á propósito para los consejos.

—Pues la del cardenal sólo es buena para esto, Dunois—replicó el rey. —Acaba de confesar á Crève-Cœur á la puerta del castillo, y nos ha referido toda su confesión. ¿No me lo habéis dicho todo, todo, todo? —añadió cargando el acento sobre estas últimas palabras, y dirigiendo al cardenal una mirada penetrante, que se escapó de sus largas cejas negras como brilla la hoja de un puñal al sacarle de la vaina.

Tembló el cardenal, esforzándose para responder á la pulla del rey, y díjole que «aun cuando su ministerio le imponía la obligación de guardar los secretos de sus penitentes en general, no había *sigillum confessionis* que no quedase derretido al soplo de Su Majestad.»

—Y como Su Eminencia —continuó el rey — está dispuesto á comunicarnos los secretos de los demás, cree como es natural, que no seré yo menos franco con él; y para entablar entre nosotros esta especie de correspondencia, desea saber muy discretamente si esas dos señoras de Croye se hallan en efecto en mis dominios. Siento mucho no poder satisfacer su curiosidad, ignorando como yo mismo ignoro en qué parte de nuestros estados pueden haberse ocultado unas doncellas errantes, unas disfrazadas princesas, ó unas condesas perseguidas; pues gracias á Dios y á Nuestra Señora de Embrun,

tienen alguna mayor extensión de la necesaria para poder contestar con acierto á las muy discretas preguntas de Su Eminencia. Pero, suponiendo que se hallasen en mi castillo, Dunois, ¿qué responderías á la perentoria demanda de nuestro primo de Borgoña?

—Pronto habré contestado, si Vuestra Alteza se digna decirme si prefiere la paz ó la guerra —respondió Dunois con una franqueza hija de su carácter naturalmente abierto é intrépido, con el que á veces divertíase en extremo Luís, quien, como todo hombre sagaz, deseaba tanto penetrar en el corazón de los demás, como ocultar lo que en el suyo sentía.

—Por San Martín de Tours, Dunois—dijo Luís—tendría yo tanto gusto en poder decírtelo, como tú en saberlo; pero yo mismo lo ignoro. Por otra parte, suponiendo que me decidiese por la guerra, ¿qué haríamos de esa hermosa, rica y joven heredera, si con efecto se hallase en mis estados?

—Podría Vuestra Alteza casarla con alguno de sus leales servidores, que tuviese á un mismo tiempo un corazón para amarla y un brazo para defenderla.

—¿Verbigracia, tú?.... Por vida de..... No te creía yo tan político siendo tan franco.

—Nada entiendo en política, señor; pero, por Nuestra Señora de Orleans, jamás gasto cumplimientos, y monto á caballo así que lo tengo ensillado. Por lo menos, Vuestra Majestad debe á la casa de Orleans un matrimonio ventajoso.

—Sin duda, y pronto estoy á cumplir con la deuda... Sí, vive Dios, la pagaré. ¿No ves esa linda pareja?

Al decir esto señaló al desgraciado duque de Orleans y la princesa Juana, que, sin atreverse á quedar á mayor distancia del rey ni á separarse en su presencia, guardaban la misma línea, sin embargo de estar sus caballos apartados dos ó tres pasos el uno del otro, separación que la cortedad por una parte y la aversión por otra no podían disminuir, al paso que el temor les impedía aumentarla.

Dunois volvió los ojos hacia donde señalaba el brazo del rey; y como la situación de su infeliz pariente y de su futura esposa ofrecíale la idea de dos perros que enlazados forzosamente uno á otro, andan no obstante tan apartados cuanto lo permite la traílla que los sujeta, no pudo menos de menear

la cabeza, no atreviéndose á contestar de otro modo al hipócrita tirano.

Dió muestras Luís de haber penetrado su pensamiento.

—Serán el matrimonio más feliz—dijo—vivirán tranquilamente y no creo que los hijos les incomoden mucho (1); pero el tenerlos, no siempre puede contarse como una dicha.

Tal vez el recuerdo de su ingratitud hacia su padre contribuyó á que el rey no pasase de estas últimas palabras, dando á la irónica sonrisa que asomaba á sus labios una expresión severa que casi tenía apariencia de arrepentimiento; pero poco después siguió la conversación por diferente estilo.

—Hablando en plata, mi querido Dunois, á pesar de cuanto venero el santo sacramento del matrimonio (y al decir estas palabras el rey se santiguó), preferiría que la casa de Orleans me diese valientes soldados como tú y tu padre, por cuyas venas corre la sangre real de Francia, sin que reclaméis derecho alguno, antes de ver, como en Inglaterra, despedazada la nación por guerras intestinas, á que ha dado margen la rivalidad de legítimos aspirantes á la corona. El león nunca debiera tener más que un cachorro.

Dunois suspiró y no abrió los labios porque sabía que el contradecir á su arbitrario soberano, lejos de favorecer á su pariente, iba por el contrario á perjudicarle. Sin embargo, no pudo menos de responder después de un corto intervalo de silencio:

—Ya que Vuestra Majestad tiene á bien citar el nacimiento de mi padre, ello es fuerza confesar que, dejando aparte la fragilidad de los que le dieron el sér, pudo considerársele más feliz y más afortunado en deber su existencia al amor ilegítimo que al odio conyugal.

—Eres muy bellaco y atrevido, Dunois—dijo el rey en tono de chanza—al hablar con tanta irreverencia del sagrado nudo del matrimonio. Pero dejemos esta conversación, que el jabalí está ya desalojado. Soltad los perros, y favorézcanos el glorioso san Huberto. ¡Halalí, halalí!...

El eco de los bosques repitió los alegres sonidos de la corneta del rey, en tanto que éste seguía ya la caza acompañado de

(1) Véase la nota G. *El matrimonio más feliz*, etc., etc.

dos ó tres de sus guardias, en cuyo número se contaba nuestro amigo Quintín Durward. Y conviene observar aquí que aun cuando el rey se entregaba con ardor á su diversión favorita, no pudiendo contener su acre y maligno carácter, halló medio de recrearse incomodando al cardenal de La Balue.

Una de las debilidades de aquel hábil diplomático, según ya notamos en otra ocasión, era la de considerarse el hombre más á propósito para representar el papel de consumado cortesano y finísimo galán, á pesar de la oscuridad de su nacimiento y de su falta de educación. Á la verdad no entraba en las lides caballerescas como Becket, ni reclutaba soldados como Wolsey; pero era la galantería, en que también aquellos se distinguieron, su favorito recreo, y aparentaba manifestar asimismo una afición extraordinaria al marcial ejercicio de la caza. Sin embargo, aunque hubiese deslumbrado á ciertas personas que consideraban su poder, su riqueza y su influencia de hombre de estado como suficiente peso para contrabalancear lo que le faltaba de fino y de bizarro, los magníficos caballos que compraba á cualquier precio, como que carecían de aquella clase de consideraciones, manifestábanse del todo indiferentes al honor de ser montados por tan alto personaje, y no le trataban con mayor respeto del que hubieran tributado en otro tiempo á su padre el carretero, molinero ó sastre, de quien era digno rival en el arte de la equitación. Constábale muy bien al rey, y divirtiéndose, ya en espolear á su caballo, ya en pararle de repente, logró por medio de esta maniobra, muchas veces repetida, poner al caballo del cardenal, á quien no permitía apartarse de su lado, en tal estado de rebelión contra su jinete, que fácil fué presumir no tardarían en separarse. Mientras el corcel del prelado relinchaba, coceaba y se encabritaba, Luís, que se complacía en apurar al poco diestro jinete, hacíale varias preguntas sobre negocios importantes, dándole á entender que iba á aprovechar esta ocasión para confiarle algunos de los secretos de estado que pocos momentos antes el cardenal andaba tan solícito en indagar (1).

No es fácil formar idea de situación más apurada que

(1) Véase la nota H. *El cardenal La Balue.*

la de un consejero privado que se veía en la precisión de escuchar y responder á su soberano, en tanto que cada corveta de su impetuoso caballo obligábale á mudar de actitud y le ponía en un estado más precario. Su ropaje de púrpura flotaba en todas direcciones, y lo único que podía preservarle de una pronta y peligrosa caída era la profundidad de su silla, sobradamente alta por delante y por detrás. Dunois moríase de risa sin poder reprimirse; y el rey, que tenía un modo particular de gozarse interiormente con el buen resultado de sus malignas tretas, sin que la risa se manifestase en su semblante, reprendía á su ministro con la mayor seriedad y tono de amistosa dulzura su excesivo ardor para la caza, que no le permitía conceder algunos momentos á los negocios del Estado.

— Pero no quiero por más tiempo servir de obstáculo á vuestros placeres — añadió dirigiéndose al cardenal que se hallaba entonces en los mayores apuros.

Y dando las riendas á su caballo, se adelantó.

Antes de que La Balue pudiese decir una palabra para responder ó excusarse, su caballo, mordiendo el freno, partió á todo escape, y bien pronto dejó atrás el rey y á Dunois, que le siguieron con paso moderado, para disfrutar mejor del apuro del prelado cortesano.

Si acaso les sucedió alguna vez á nuestros lectores, como á nosotros mismos, desbocárseles el caballo, no podrán menos de hacerse cargo desde luégo de lo apurado, peligroso y ridículo de la situación de nuestro estadista. Aquellas manos y piernas del cuadrúpedo que no se hallan ya subordinadas al jinete, ni aun algunas veces al mismo animal á quien más propiamente pertenecen, y corren con tanta rapidez como si las últimas quisiesen alcanzar á las primeras; las dos piernas pendientes del caballero, que apoyaríamos gustosos en el verde césped y que aumentan el peligro con apretar los ijares del corcel; las manos que han abandonado las riendas para asirse de la crín; el cuerpo que en lugar de mantenerse firme y derecho en el centro de gravedad, como encargaba el viejo Angelo, ó inclinado hacia delante, como el de un jockey en Newmarket, vese tendido sobre el cuello del caballo; sin mas medio de evitar una caída de los que tendría un costal de trigo; todo contribuye á hacer divertido el cuadro para los espectadores, por mas que no tenga quien le ofrezca malditas

las ganas de reir. Pero añadid á este espectáculo algún requisito particular del traje ó facha del mal aventurado caballero; un uniforme magnífico, por ejemplo, un hábito religioso, un traje extraordinario; también el lugar de la escena, ya sea una carrera de caballos, una revista, una procesión, ú otro lugar de reunión pública: si la desgraciada víctima quiere dejar de ser el objeto de la burla general y de inextinguible risa, no tiene mas remedio que romperse uno ó dos miembros al caer; si desea mas eficaz medida haga por procurarse muerte repentina, pues es imposible lograr sin esto una verdadera compasión. En nuestro caso, el vestido corto del cardenal, pues dejara La Balue su ropón en el castillo, sus medias coloradas, su capelo del mismo color, adornado con largos cordones, y su aire de turbación, daban mayor pábulo á la chacota con que se celebraba su torpeza.

El caballo, entregado á sí mismo, galopando, ó volando, por mejor decir, por una avenida tapizada de verde da con los que estaban persiguiendo al jabalí, derriba uno ó dos cazadores que poco se aguardaban á ser atacados por retaguardia, pisa y atropella muchos perros, y siembra la confusión en toda la cuadrilla: excitado todavía más por los gritos y amenazas de los cazadores, arrastra al asustado cardenal mas allá del lugar por donde corría el formidable animal, furioso y con todos los colmillos cubiertos de espuma.

Viéndose La Balue tan inmediato al jabalí, dió un tremendo grito para pedir socorro. Este grito ó acaso la presencia de la terrible fiera, produjo tal efecto en el desbocado corcel, que interrumpió su carrera y dió de sopetón tal brinco de lado, que el cardenal, quien se sostuviera hasta entonces por haber seguido en línea recta, cayó como un plomo en tierra. Este final de la caza de La Balue verificóse tan cerca del jabalí, que á no verse el animal tan ocupado en sus propios peligros pudiera haber sido tan fatal al prelado esta proximidad, como lo fué, según se cuenta, un acontecimiento semejante á Favila, rey de los visigodos, en España. Salió no obstante bien librado, sin mas detrimento que el de un grande ataque de miedo; y alejandose á gatas con tanta ligereza como pudo del lugar por donde tenían que pasar los perros y cazadores, vió desfilar toda la comitiva sin que nadie se tomase la pena de ofrecerle su socorro, pues los cazadores de aquella época no

tenían por accidentes de esta naturaleza mejores entrañas que los del día.

El rey dijo al pasar á Dunois:

—Allí está el cardenal en posición bien humilde.....no es gran cazador, que digamos; pero á la verdad que como pescador y más si se trata de pescar un secreto, puede tenérselas tiesas al mismo San Pedro. Sin embargo, ha tenido que habérselas esta vez con quien no le cede en nada.

No pudieron llegar estas palabras á los oídos del cardenal, pero bien pudo adivinar su sentidò por la mirada desdeñosa con que fueron acompañadas. Suele, decirse que escoge el diablo para tentarnos ocasiones semejantes á las que ofreció al cardenal La Balue el amargo resentimiento que se apoderó de él al ver el ademán despreciativo de Luís. Disipóse su pavor momentáneo en cuanto se aseguró de que su caída no le había lastimado; pero su vanidad humillada y el rencor que sintió contra su soberano, ejercieron en él una influencia de más larga duración.

No bien acabó de pasar la comitiva de la caza, un caballero que más parecía espectador de la diversión que partícipe de ella, adelantóse con uno ó dos de los que le acompañaban, y, manifestó la mayor sorpresa de hallar al cardenal á pié, solo, sin caballo, y en un estado que no dejaba duda sobre el accidente que tan mal le había parado. Apearse, ofrecerle todos los auxilios que estaban en su mano, mandar que diesen al cardenal un palafrén muy manso, que montaba uno de los suyos, expresar su admiración de que los usos de la corte de Francia permitiesen abandonar á los peligros de la caza y desamparar en un caso de necesidad al más distinguido de sus hombres de Estado, tales fueron los naturales rasgos de humanidad y cortesía que tan extraordinario encuentro ofreció desplegar al conde Crève-Cœur, pues era cabalmente el embajador borgoñón quien acudió al socorro del cardenal desmontado.

No podía ser más propicio el momento, ni las disposiciones podían estar más á punto para hacer sobre la fidelidad de La Balue alguna de aquellas tentativas, á que, es bien sabido, tuvo la criminal debilidad de no saber resistir. Ya por la mañana, como no se había escapado á la suspicacia de Luís, mediaron entre los dos ciertas pláticas, que el cardenal no se

atrevió á referir á su amo; pero aun cuando hubiese oído con satisfacción, la seguridad que le dió el conde del alto aprecio que merecieran al duque de Borgoña su persona y relevantes prendas, y no le fuese fácil resistir á un impulso de tentación oyendo hablar á Crève-Cœur de la munificencia de su señor y pingües beneficios que tenía á su disposición en Flandes; sin embargo, sólo después de exasperado por los acontecimientos que acabamos de referir, y de haber visto tan cruelmente herida su vanidad, resolvióse en momento fatal á dar al rey Luís XI una prueba de que ningún enemigo puede ser tan peligroso como él amigo y confidente ofendido.

En esta ocasión, dióse prisa en persuadir á Crève-Cœur que se alejase para no dar lugar á que les viesen juntos; pero le dió una cita para la tarde en la abadía de San Martín de Tours después de vísperas, con un tono que aseguró al borgoñón que su amo acababa de obtener una ventaja que acaso no se hubiera atrevido á prometerse, excepto en un instante como aquel de exasperación.

Mientras esto pasaba, Luís, que á pesar de ser el príncipe más político de su siglo, había en esta ocasión, como en otras, permitido á sus pasiones entremeterse en su prudencia, seguía con ardor la caza del jabalí, que se hallaba entonces en su punto más interesante. Sucedió que un jabato de dos años atravesó la línea del animal acosado; los perros, engañados siguieron esta nueva dirección, y sólo dos ó tres perros viejos de gran experiencia no dejaron la buena pista: la mayor parte de los cazadores, por fin, se habían igualmente desviado. Vió el rey con oculta satisfacción que se equivocaba Dunois lo propio que los demás, y gozó de antemano el placer de llevar ventaja á un caballero consumado en el arte de la montería, lo que casi se consideraba entonces por tan glorioso como serlo en la profesión de las armas. Luís iba bien montado y seguía muy de cerca los perros que no abandonaron el primer camino; de suerte que, cuando el jabalí, al llegar á un terreno pantanoso, se volvió para oponer la última resistencia á sus enemigos, encontróse el rey solo é inmediato al furioso animal.

Mostró Luís en esta ocasión todo el ardimiento y habilidad de un cazador consumado, pues despreciando el peligro, acometió al jabalí, que se defendía de los perros echando es-



Con su venablo atravesó al jabalí de parte á parte.

pumarajos de rabia, é hirióle con su venablo. Pero como su caballo, si se acercó á la fiera fué contra su voluntad y coceando, no pudo asegurar bien el golpe para matarle ó dejarle fuera de combate. Todos los esfuerzos fueron vanos para determinar al corcel á un segundo ataque, de modo que el rey tomó el partido de echar pié á tierra y acometer solo al jabalí, esgrimiendo una de aquellas espadas cortas, rectas, agudas y afiladas de que se valen los cazadores en semejantes casos. El animal, embravecido, se olvidó de los perros para precipitarse sobre el nuevo enemigo que se le presentaba, en tanto que el rey, aguardándole á pié firme, preparó su espada para clavársela en la garganta, ó más bien en el pecho debajo de la espaldilla, en cuyo caso el mismo peso é impetuosidad del animal feroz hubieran seguramente acelerado su destrucción. Desgraciadamente la humedad del suelo hizo resbalar el pié del monarca en el momento preciso que iba á ejecutar esta delicada y peligrosa suerte; la punta del chuzo, dando en la coraza de pelos erizados que cubrían la espalda del animal, escurrióse sin herirle, y Luís dió con su cuerpo en tierra. Esta caída fué, sin embargo, feliz para el monarca, pues á causa de ella el jabalí, que había dirigido el hocicazo contra su muslo, erró también el golpe, y sólo le desgarró un faldón de su vestido de caza. La impetuosidad del ataque llevóle algunos pasos más allá, pero no tardó en volverse para embestir de nuevo al rey mientras se levantaba. Hallábase en esto la vida de Luís en el mayor peligro, cuando Quintín Durward, que á causa de la lentitud de su caballo quedárase atrás, pero que afortunadamente había reconocido y seguido la bocina del rey, llegó en tan crítico momento, y con un golpe de venablo atravesó al animal.

El rey, que entretanto se había levantado, corrió á su vez á auxiliar á Durward, y acabó de matar al jabalí, clavándole su espada en la garganta. Antes de hablar una palabra á Quintín midió la longitud del animal, calculando por los pasos los piés que contaba; limpióse el sudor de su frente y la sangre de sus manos, quitóse su sombrero de caza, colocóle en una zarza y dirigió una devota oración á los santitos de plomo que lo cubrían.

—¿Eres tú, querido joven escocés?—dijo, fijando al fin una mirada en Durward.—Vaya que has empleado bien tus

ejercicios; y el tío Pedro te debe otro excelente almuerzo como el que te dió en la *Flor de lís*. ¡Y bien! ¿Por qué no hablas? ¿Has perdido en la corte todo tu ardor y deseos de distinguirte? Pues á los demás les sucede todo lo contrario.

Quintín, joven mañoso y fino, como pudiera serlo el más avisado y precavido de Escocia, había concebido más bien temor que confianza hacia su peligroso señor, y tenía demasiada prudencia para aprovecharse del arriesgado permiso de familiaridad que parecía concedérsele. Respondió en pocas pero escogidas expresiones, que si le era lícito dirigir la palabra á Su Majestad, sería únicamente para suplicarle se dignase perdonar la rústica osadía con que se condujo cuando no conocía el alto y sagrado carácter de su real persona.

—¡Bien, bien!—dijo el rey—perdono tu osadía en favor de tu viveza y habilidad. Ya me sorprendió el tino con que adivinaste la profesión de mi compadre Tristán. Desde entonces, según me han informado, te faltó muy poco para que te sirviese un plato de su cocina. Te aconsejo que andes con él con cuidado, porque es un mercader que trafica en brazaletes algo duros y en collares harto apretados. Ayúdame á montar á caballo. Me places y quiero protegerte: con nadie cuentes sino conmigo; ni siquiera con tu tío ni con lord Crawford. No hables á nadie del oportuno servicio que me has prestado en mi lucha con el jabalí; pues quien se alaba de haber socorrido á su rey en caso tan urgente, el placer de decirlo debe bastarle por recompensa.

El rey tocó entonces la corneta, y á su són se le reunieron inmediatamente Dunois y otros muchos cazadores que le dieron el parabién por la muerte del jabalí. Apropiábase el monarca sin escrúpulo en esta ocasión mucha mayor gloria de la que realmente le correspondía, pues habló de la cooperación del joven Durward tan superficialmente, como suele hablar un cazador de elevada categoría que se alaba del número de piezas que trae en su zurrón, sin mencionar al mozo que le ayudara á matarlas. Mandó en seguida á Dunois que enviara el jabalí á los monjes de San Martín de Tours, para que se regalasen con él los domingos, y se acordasen del rey en sus oraciones.

—¿Y qué se ha hecho su eminencia el señor cardenal?—preguntó Luís.—Paréceme que es falta de atención y poco mira-

miento por la santa Iglesia abandonarle sin caballo en medio del bosque.

—Si Vuestra Majestad me lo permite—dijo Durward viendo que todos guardaban silencio—diré que he visto á Su Eminencia salir del bosque montado en un caballo que le dieron.

—El cielo cuida siempre de los que le pertenecen—dijo el rey.—Vamos, señores, partamos hacia el Castillo; por hoy está concluída la cacería. Señor escudero—añadió dirigiéndose á Durward—id por mi cuchillo de monte, que se me cayó junto al jabalí. Pasa adelante, Dunois; pronto te alcanzaré.

Luís, cuyos movimientos más insignificantes en apariencia estaban casi siempre calculados como estratagemas ó ardides de guerra, procuróse de este modo la ocasión de hablar á solas con Durward.

—Valiente escocés—le dijo—tú tienes penetración, según comprendo. ¿Puedes informarme de la persona que ha dado un caballo al cardenal? Algún extranjero sin duda; pues mis cortesanos habiéndome visto pasar por delante de él sin detenerme, no se habrán seguramente dado prisa en prestarle este favor.

—No he podido ver mas que un solo instante á los que han auxiliado al cardenal, señor—respondió Quintín:—únicamente me fué dable fijar en ellos una mirada fugaz, pues tuve la desgracia de caer del caballo y estaba corriendo á todo escape para ocupar mi puesto; pero presumo que sería el embajador de Borgoña y su comitiva.

—Ah! ¡con que el borgoñón!—exclamó el rey.—Ahora bien... la Francia se halla en estado de obrar por su parte.

No se pasó después cosa particular, y el rey entró en el castillo con su acompañamiento.





CAPÍTULO IX.

El centinela.

¿Donde estará esa música, en los aires ó en la tierra?

SHAKSPEARE.—*La Tempestad.*

—Me convertí todo en oidos y percibí tan melodiosas armonías que eran capaces de crear un alma en el seno mismo de la muerte.

COMUS.

No bien acababa de entrar Quintín en su pequeño aposento para hacer alguna variación indispensable en su traje, cuando su digno tío se le presentó para enterarse detalladamente de todo lo sucedido en la caza.

El joven, que no podía menos de estar persuadido que el brazo de Luís valía probablemente algo más que su juicio, procuró con su respuesta dejar al rey en plena posesión de la victoria que había indicado desear apropiarse exclusivamente. Contestóle el Acuchillado jactándose de la conducta harto superior que hubiera él guardado en semejantes circunstancias, terminando la lección con algunas suaves reconvenciones por su poca diligencia y celo en socorrer al rey cuando podía peligrar su vida. Mostró el joven muchísima prudencia, diciendo solamente para disculparse que, según todas las reglas de la montería, no era decoroso herir á un animal atacado por otro cazador, á menos que éste no pidiese asistencia. Terminada apenas esta discusión, Quintín tuvo ya motivos para congratularse de su disimulo. Un golpecito dado á la puerta anunció una visita; abrióse aquella, y Oliverio el Gamo,

el Malo ó el Diablo, pues bajo estos tres nombres era conocido, entró en el aposento.

Dimos ya, á lo menos en cuanto al exterior, la descripción de este hombre, diestro, pero sin principios. Su modo de andar y sus modales le daban una semejanza casi perfecta con el gato doméstico, que agachado y dormido en apariencia, ó atravesando el cuarto con paso lento, tímido y furtivo, no deja por esto de acechar con sumo cuidado el agujero de algún desgraciado ratón, y que restregándose con cierta familiaridad contra aquel cuya mano desea que le acaricie, arrójase sobre su presa un instante después, arañando acaso á quien acabara de halagar.

Entró Oliverio inclinado hacia adelante con ademán humilde y modesto, saludando al señor Acuchillado con tanta atención que todo el que hubiese presenciado esta entrevista no pudiera menos de sacar por consecuencia que venía á solicitar algún favor del arquero escocés. Dió el parabién á Lesly por la excelente conducta de su sobrino en la caza de aquel día, conducta—observó—que se había granjeado la atencion particular de Su Majestad. Paróse al decir esto como esperanzando contestaciones, y permaneció con los ojos fijos en el suelo, levantándolos únicamente de vez en cuando para dirigir á Quintín una mirada á hurtadillas, en tanto que el Acuchillado contestaba lamentándose: «Que había sido una lástima que el rey no le hubiese tenido inmediato á su persona en lugar de su sobrino, en atención á que él hubiera indubitablemente atravesado el jabalí con un solo golpe de venablo, cuando, según había podido comprender, Quintín dejó todo el peligro y la fatiga para Su Majestad.»

—Pero—añadió—esto servirá de lección al rey por todo el resto de su vida, y le enseñará á disponer que un hombre de mi estatura monte mejores caballos. ¿Cómo mi enorme montaña ambulante de raza flamenca, hubiera podido seguir al corcel normando de Su Majestad? Y sin embargo, no era por falta de surcarle los flancos con buenos espolazos. Esto es bochornoso, señor Oliverio, y vos deberíais ponerlo en consideración de Su Majestad.

Maese Oliverio sólo respondió á esta observación dirigiendo al intrépido y rudo arquero una de aquellas lentas y equívocas miradas que, acompañadas de un ligero movimiento de mano

por una parte y una leve inclinación de cabeza por otra, pueden tomarse por conformidad á lo que acaba de oirse y por invitación á no hablar más del asunto que se trata.

La mirada que echó en seguida al joven escudero era más viva, más observadora mientras le decía con ambigua sonrisa:

—¿Luego en Escocia, joven, se usa dejar á los príncipes en peligro por falta de socorro, en ocasiones como la que se os ofreció esta mañana?

—En Escocia—respondió Quintín resuelto á no dar más aclaraciones sobre este punto—no solemos tomar parte intempestivamente en las hermosas diversiones de nuestros reyes, cuando pueden salirse de apuro sin nuestra intervención. Estamos persuadidos de que un príncipe cazando debe correr la misma suerte que los demás y que sólo á este efecto se dedica á tal ejercicio. ¿Qué sería la caza sin fatiga y sin peligro?

—¡Oíd cómo se explica ese joven sin seso!—dijo su tío.—Siempre con esas máximas ridículas, y siempre con la respuesta al canto para justificar sus acciones. No sé de dónde diablos se ha sacado ese talento; pues yo nunca he sabido dar razon de cómo y por qué hago las cosas, excepto el comer cuando tengo hambre, mandar tocar llamada para reunir la tropa y otras cosas que atañen al servicio.

—Yo os pregunto, señor mío—dijo el barbero real, abriendo á medias los párpados para mirarle—¿qué razón dáis para mandar reunir la tropa?

—La orden de mi capitán—respondió el Acuchillado.—Por san Gil que no conozco más razón que esa. Si mi capitán se lo mandase á Tyrie ó á Cuningham, tendrían que hacer lo propio.

—No hay duda que es razón enteramente militar. Pero, señor Lesly, vos sin duda os tendréis por dichoso de saber que Su Majestad está tan lejos de reprobar la conducta que observó esta mañana vuestro sobrino, que le ha escogido para desempeñar esta tarde una comisión.

—¡Le ha escogido!....—exclamó Lesly con tono de la mayor sorpresa.—Que me ha escogido á mi, supongo querréis decir.

—No; quiero decir precisamente lo que digo—respondió el barbero con mucha dulzura, pero con tono decidido.—El rey tiene órdenes que dar á vuestro sobrino.

—¡Cómo!—continuó el Acuchillado.—Por qué, y qué razón hay, ó cómo es posible que Su Majestad prefiera los servicios de un muñeco á los míos?

—No os puedo dar mejor razón, señor Lesly—respondió Oliverio—de la que vos mismo me dabais pocos momentos hace. Tal es la orden de Su Majestad. Pero si puedo tomarme la libertad de hacer una conjetura, me aventuraré á decir que acaso Su Majestad tiene que dar una comisión más propia de un joven como vuestro sobrino, que de un guerrero experimentado como sois vos.—Por consiguiente, joven, preparad vuestras armas y seguidme. Tomad un arcabuz, pues váis á desempeñar las funciones de centinela.

—¡De centinela!—repitió su tío.—¿Estáis bien seguro de no equivocaros, maese Oliverio? Nunca se ha confiado la guardia interior del Castillo sino á los que, como yo, cuentan doce años de servicio en nuestro distinguido cuerpo.

—Conozco á fondo las intenciones de Su Majestad—respondió Oliverio—y no puedo tardar más tiempo en realizarlas.

—Pero—dijo el Acuchillado—si mi sobrino no es todavía arquero libre; no es más que escudero, que sirve bajo mis órdenes.

—Dispensad—contestó Oliverio:—apenas hace media hora que el rey envió á buscar el registro y le inscribió entre los individuos de la Guardia. Tened la bondad de ayudar á vuestro sobrino á prepararse para el servicio.

Lesly, en quien no cupieran por esto envidia ni celos, apresuróse á ayudar á Quintín á equiparse y armarse, dándole al mismo tiempo instrucciones de cómo debería conducirse cuando estuviese sobre las armas; pero no pudo contenerse de entremezclar de cuando en cuando en sus lecciones alguna interjección de sorpresa, relativa á la buena fortuna que tan prematuramente se entraba por la casa del joven militar.

—Jamás se había dado, ni aun en mi favor, un ejemplo como éste en la Guardia escocesa—dijo—pero sin duda va á confiársele la custodia de los pavos reales y papagayos de las Indias, que el embajador de Venecia regaló últimamente á Su Majestad. No puede ser otra cosa; y como este servicio es propio de un joven imberbe—continuó retorciéndose los bigotes—celebro infinito que la elección de Su Majestad haya recaído en mi sobrino.

Dotado de travieso y perspicaz ingenio y de imaginación ardiente, dió Quintín mucha mayor importancia á la comisión que acababa de recibir, y latía su corazón de alegría á la idea de una distinción que le prometía rápidos ascensos. Resolvió espiar con mucho cuidado los razonamientos y aun los gestos de su guía, pues sospechaba que en ciertos casos, por lo menos, era preciso interpretarlos en un sentido contrario, como se dicen que explican los sueños los adivinos. No podía menos de felicitarse por haber guardado el más profundo secreto sobre las ocurrencias de la caza; y tomó una resolución que, atendida su edad, daba muestras de suma prudencia, que era encadenar sus pensamientos en su corazón y tener su lengua en sujeción completa mientras respiraría el aire de aquella solitaria y misteriosa corte.

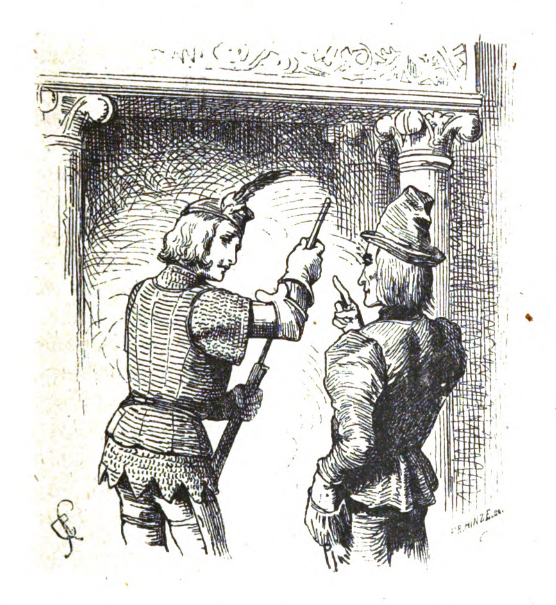
Pronto se hubo terminado su equipo, y siguiendo á maese Oliverio, salió del cuartel con el arcabuz al hombro; pues aunque la Guardia escocesa conservaba el título de arqueros de la Guardia, apresurárase con todo á sustituir las armas de fuego al arco, que nunca fuera el arma favorita de aquella nación.

Su tío le fué siguiendo mucho rato con la vista, en ademán que indicaba una mezcla de admiración y curiosidad; y por mas que ni la envidia ni los bajos sentimientos que ella produce tomasen parte en sus honradas meditaciones, parecíale que el favor otorgado á su sobrino desde el primer día de su servicio, ofendía un poco su propia importancia, no dejando de rebajar esta idea la satisfacción que por otra parte le causaba.

Meneó gravemente la cabeza, abrió un armario, sacó un gran botillo de vino añejo, sacudióle para asegurarse de si menguaba mucho el contenido, llenó un vaso del licor precioso, le apuró de un trago y repantigóse en un gran sillón de roble. Cabeceando entonces nuevamente, dió muestras de hallar tanto alivio en este movimiento de oscilación, semejante al de aquellas figuritas de resorte que sirven de juguete á los niños. que le fué continuando hasta que cayó en un sopor, de que sólo pudo arrancarle la señal acostumbrada para acudir á la mesa.

Habiendo dejado á su tío en entera libertad de entregarse á sus sublimes reflexiones, Quintín Durward siguió á su guía

Oliverio, que sin atravesar ningún patio, condújole por pasajes, ya abiertos bajo bóvedas, ya expuestos al aire libre, por escaleras, galerías y corredores que comunicaban unos con otros por medio de puertas secretas colocadas donde menos pudiera esperarse, é hízole entrar en una ancha y espaciosa galería, adornada por más antigua que primorosa tapicería y por algunos cuadros de la áspera y fría escuela de la época anterior á aquella en que el esplendor de las artes llegó repentina-



mente á tan alto grado. Representaban los cuadros, á lo que se creía, los paladines de Carlo Magno, que tan admirables páginas ocupan en la historia novelesca de Francia; y como el célebre Rolando de agigantada estatura, era el personaje que entre ellos sobresalía, llamaron á aquel aposento la galería de Rolando.

—Váis á quedaros aquí de centinela — dijo Oliverio callandito, como si creyera que las adustas facciones de los monarcas y guerreros que le rodeaban pudieran armarse de furor si se atrevía á levantar la voz, ó temiese tal vez dispertar los ecos

que dormitaban bajo las esculpidas bóvedas y entre los góticos adornos de este vasto y sombrío aposento.

—¿Cuál es el santo y seña?—preguntó Quintín sin levantar más la voz de lo que hiciera Oliverio.

—¿Tenéis cargado el arcabuz?—le dijo el barbero sin contestar á su pregunta.

—Pronto lo estará—respondió Quintín.

Y habiendo cargado el arma, encendió la mecha en un fuego casi apagado que había en una inmensa chimenea, de tal dimensión, que pudiera fácilmente tomarse por un gabinete ó una capilla de estilo gótico dependiente de la galería.

Oliverio aprovechó este intervalo para decirle que aún ignoraba uno de los insignes privilegios del cuerpo en que servía, que era recibir órdenes directas del rey ó del gran condestable, sin que fuesen trasmitidas por la voz de los oficiales.

—Joven—añadió—vos estáis colocado aquí por orden de Su Majestad, y no tardaréis mucho en saber el motivo. Entre tanto os quedaréis en esta galería. Podéis pasearos ó estar parado, como bien os parezca, pero no debéis sentaros ni dejar un solo instante el arma. Se os prohibe silbar y cantar en alta voz; pero tenéis libertad, si así gustáis, de murmurar algunas oraciones y aun de entonar algunas coplas decentes, como sea á media voz. Adios, y procurad vigilarlo todo.

—¡Vigilarlo todo!—pensó el joven militar mientras que su conductor se alejaba sin ruido, con aquel paso furtivo que le era habitual y salía por una de las puertas laterales oculta entre los tapices.—¡Vigilarlo todo! ¿Y sobre quién ó contra quién debo yo ejercer mi vigilancia? No hay aquí apariencia de hallar más enemigos que algún ratón ó murciélago, á menos que se animen esos antiguos y feos guerreros para perturbar el sosiego de mi servicio. Pero no importa; esta es mi obligación, á lo que parece, y es preciso desempeñarla.

Habiendo formado así la enérgica resolución de cumplir exactamente con su deber, procuró abreviar el tiempo cantando á media voz algunos piadosos himnos que aprendió en el convento donde hallara asilo después de la muerte de su padre, y no pudo menos de pensar que, exceptuando la variación del hábito de servicio en un elegante uniforme militar como el que llevaba ahora, parecíase mucho su paseo por la

galería de un castillo real de Francia, á los que tan repetidas veces diera por el claustro de Aberbrothick.

Poco después, como para persuadirse de que no era habitante de una celda, sino ciudadano del mundo, púsose á cantar con voz que no excediese del permiso que se le había dado, alguna de las rudas y antiguas coplas que le enseñó el viejo arpista de su familia, como la derrota de los daneses en Aberlemno y en Forres, el asesinato del rey Duffus en Forfar y otras endechas relativas á la historia de su país, y particularmente á la del distrito donde vió la primera luz. Consumió en esto bastante tiempo; y eran más de las dos de la tarde cuando el hambre que le acosaba le trajo á la memoria que si los buenos padres de Aberbrothick eran rígidos en exigir su asistencia al templo en las horas de los oficios divinos, no eran menos puntuales en avisarle para acudir al refectorio; cuando en el interior de un castillo real, después de haber pasado la mañana cazando y estado tres ó cuatro horas haciendo centinela, nadie se tomaba el trabajo de considerar que una extremada impaciencia para llenar el buche debía ser la natural consecuencia de tales argumentos.

Existe, sin embargo, en los gratos acentos de la armonía un hechizo capaz de adormecer el sentimiento de natural incomodidad que experimentaba Quintín en esta ocasión. Á los dos extremos opuestos de aquella larga sala ó galería veíanse dos grandes puertas adornadas con pesados arquitrabes, que conducían probablemente á una larga fila de aposentos, á los cuales sirviera de comunicación la galería. En tanto que nuestro héroe se paseaba solitariamente de una á otra de las dos puertas, puntos que formaban los límites del servicio que estaba desempeñando, sorprendióle el armonioso concierto de música divina que resonó repentinamente junto á una de las puertas, y que á él por lo menos le pareció producido por el mismo laúd y voz que le encantaron el día precedente. Todas sus ilusiones de la mañana del día anterior, cuyo recuerdo se debilitara á causa de los importantes acontecimientos que ocurrieran después, volvieron á despertarse en su imaginación con más viveza que nunca; y echando raíces, por decirlo así, en el lugar donde sus oídos podían más fácilmente embriagarse de aquellos melodiosos acentos, con el arcabuz al hombro, entreabierta la boca, la vista, el oído y toda

su alma dirigidos hacia aquel foco de atracción, parecía más bien la estatua de un centinela que sér animado, y no tenía otra idea que saborearse en cada nota que pasaba escapándose del centro de la armonía. Aquellos deliciosos sonidos no eran continuos. Amortiguábanse, disminuían, cesaban enteramente y empezaban de nuevo después de un silencio de duración incierta. Pero como la música, lo propio que la hermosura, suele ser mucho más atractiva, ó á lo menos más interesante á la imaginación cuando sólo desarrolla sus preciosidades por intervalos, y deja al pensamiento el cuidado de llenar el vacío ocasionado por la distancia, tenía tiempo Quintín, durante los claros del hechizo que le fascinaba, para entregarse á deleitoso desvarío. Atendidas las noticias de los camaradas de su tío y la escena que pasara en la sala de audiencia aquella misma mañana, no podía ya dudar que la sirena que había lisonjeado sus oídos era, no la hija ó parienta de un miserable posadero, como profanamente supusiera, sino la infeliz condesa disfrazada, por cuya causa los reyes y príncipes estaban á pique de sacar las espadas y enristrar las lanzas. Mil extravagantes ideas que en aquel siglo novelesco y emprendedor introducíanse fácilmente en la cabeza de un joven de carácter romántico y dado á aventuras, arrojaron de sus pensamientos la escena de su acción verdadera, sustituyendo un campo de ilusiones en que se perdía. Pero sacóle repentinamente de este estado una mano que al improviso se apoderó de su arma, al tiempo que una voz áspera le gritaba al oído:

—¡Fuego de Dios, señor escudero! Parece que montáis vuestra guardia durmiendo.

Esta era la voz monótona, pero imponente é irónica de maese Pedro. Vuelto en sí Quintín, llenóse de vergüenza y de temor viendo cuál había quedado tan absorto en sus meditaciones, que no advirtió que el rey, entrando probablemente muy quedito por alguna puerta secreta y oculta entre los tapices, se le acercara lo suficiente para poder desarmarle.

En medio de su sorpresa, su primer movimiento fué recobrar su arcabuz por medio de una sacudida tan violenta que hizo retroceder al rey tambaleándose algunos pasos: pero temió después que, cediendo á este natural instinto, como puede llamarse, que induce á un valiente á resistir á la tenta-

tiva que se hace para desarmarle, no hubiese agravado con este acto el descontento que debió sentir Luís viendo el descuido con que montaba su guardia. Ocupado con esta idea, púsose el arma en el hombro, casi sin saber, lo que hacía; y permaneció inmóvil delante el monarca á quien tenía motivo para creer mortalmente ofendido.

Luís, cuyas tiránicas disposiciones dimanaban menos de una ferocidad natural y de carácter cruel que de una política envidiosa y suspicaz, tenía sin embargo una buena dosis de aquella severidad mordaz que le hubiera convertido en un déspota en la conversación á no haber sido mas que un particular, y deleitábase siempre en las inquietudes que causaba en semejantes casos. Pero no llevó muy lejos su victoria, pues se contentó con decirle:

—El servicio que me has prestado esta mañana es más que suficiente para disimular un descuido en tan novel militar.... ¿Has comido?

Quintín, que mas bien esperaba ser enviado al gran Preboste que recibir semejante cumplimiento, contestó negativamente con humildad.

—¡Pobre muchacho!—dijo Luís con tono más dulce de lo que acostumbraba—he aquí lo que le tenía amodorrado, el hambre. Me consta que tu apetito es un lobo continuo; yo te libraré de un animal feroz como tú me has librado de otro. Procediste con mucha discreción en este punto, y estoy satisfecho de ti. ¿Puedes pasar todavía una hora sin comer?

—Veinticuatro señor—respondió Quintín—ó dejaría de ser un verdadero escocés.

—Por otro reino—replicó Luís—no quisiera ser la infeliz empanada que pillases después de tal abstinencia. Pero se trata en esta ocasión, no de tu comida sino de la mía. Sentaránse hoy á mi mesa y enteramente á solas el cardenal de La Balue y ese embajador borgoñón, ese conde de Crève-Cœur y.... Puede suceder.... el diablo trabaja mucho cuando los enemigos se reunen bajo los auspicios de la amistad.

Cortó la conversación, guardó silencio, y tomó un aspecto sombrío y pensativo. Como el rey no parecía dispuesto á continuar, Quintín se atrevió por fin á preguntarle cuál sería su deber en esta circunstancia.

—Estar de centinela detrás del armario con el arcabuz

cargado—respondió el rey—y si hay traición, disparar contra el traidor.

—¡Traición, señor!—exclamó Durward.—¡En un castillo tan bien custodiado!

—Á ti te parece imposible—dijo el rey sin darse por agraviado al parecer de su franqueza—pero nuestra historia nos prueba que puede introducirse la traición por el agujero abierto por una barrena. ¡Traición con tanta guardia! Joven insensato!.....*¿quis custodiat ipsos custodes?* ¿Quién me saldrá garante de la fidelidad de esa misma guardia?

—El honor escocés, señor—respondió Quintín con osadía.

—Tienes razón; tu respuesta me gusta. Es verdad—dijo Luís con cierta jovialidad—el honor escocés no se ha desmentido nunca, y esta es la razón porque deposito en él toda mi confianza. Pero la traición....

Y recobrando su aire sombrío dió algunos pasos desiguales por el aposento y añadió:

—Sí, la traición se sienta en nuestros banquetes, fermenta en nuestras copas, toma el traje de nuestros consejeros, ofrece la sonrisa de nuestros cortesanos y la maligna humorada de nuestros bufones, y, sobre todo, se esconde bajo la amistosa franqueza de un enemigo reconciliado. Fióse Luís de Orleans de Juan de Borgoña, y fué asesinado en la calle de Barbette; Juan de Borgoña se entregó con confianza al partido de Orleans, y también fué asesinado en el puente de Montereau. Por esto no quiero fiarme de nadie, de nadie absolutamente. Oye...Yo no apartaré los ojos de ese insolente conde ni del cardenal, sobre cuya lealtad tengo mis sospechas. Si digo *Écosse en avant*, (1) dispara contra Crève-Cœur y déjale en el mismo sitio.

—Tal es mi deber—dijo Quintín—siempre que vea peligrar la vida de Vuestra Majestad.

—Ciertamente; ni quiero yo decir otra cosa. ¿Qué bien me resultaría de la muerte de un soldado insolente? Si fuese el condestable de San Pablo...

Hizo aquí una nueva pausa como si creyese haberse excedido, y continuó sonriendo:

---

(1) ¡Escocia, á ellos!

—Mi cuñado Jaime de Escocia.... vuestro rey Jaime quiero decir, mató á puñaladas á Douglas mientras le estaba dando hospitalidad en su real sitio de Skirling.

—De Stirling, señor—respondió Quintín—y por cierto que aquella acción fué tan atroz como desventajosa en sus resultados.

—¿Stirling llamáis á ese sitio?—dijo el rey sin querer dar á entender que hubiese advertido lo que añadió Quintín.—Enhorabuena; poco importa el nombre. Además, yo no quiero el menor mal á esa gente, ni tampoco me traería gran cuenta; pero ellos pueden haber concebido proyectos menos inocentes contra mí, y en tal caso cuento con tu arcabuz.

—Seré puntual á la seña, señor; sin embargo...

—¿Vacilas? Habla, te lo permito... Hombres como tú son capaces de dar un buen consejo.

—Solamente quisiera aventurarme á decir que si Vuestra Majestad tiene motivos para desconfiar de ese borgoñón, me sorprende que le admita á solas tan cerca de Su Real Persona.

—Sosegaos, señor escudero; hay ciertos peligros que se desvanecen apenas se arrostran, y que se hacen inevitables cuando damos á entender que nos asustan. Diez contra uno se puede apostar á que si me adelanto determinadamente á un perro que me gruñe y le acaricio, recobrará su buen humor; pero si doy muestras de temerle, echaráseme encima y me despedazará. Quiero ser franco contigo, Quintín; es conveniente que ese hombre no vuelva á su irascible amo con el resentimiento en el corazón, y me avengo en correr algún riesgo, porque jamás temí exponer mi vida por el bien de la Francia. Sígueme.

Hizo Luís pasar al joven escudero, hacia quien manifestó haber cobrado muy particular afecto, por la misma puerta lateral que le franqueara el paso, y díjole enseñándosela:

—Quien quiera prosperar en la corte, debe conocer las escaleras excusadas, las puertas secretas, los pequeños corredores y aun las trampas y lazos de los palacios de los reyes, lo propio que las grandes salas y puertas principales.

Después de haber atravesado un intrincado laberinto de pasillos y corredores, entró el rey en una salita abovedada, donde había puesta una mesa con tres cubiertos. Los muebles eran tan sencillos que rayaban en mezquindad. Sólo un arma-

rio muy grande, aunque ligero y con ruedas, donde había colocadas algunas piezas de vajilla de oro y plata, anunciaba en algún modo la morada de un rey. Éste señaló á Durward por sitio donde debía situarse el espacio que había detrás del armario, donde quedaba bien guarecido y en disposición de verlo todo sin ser visto; y después de haberse asegurado colocándose en varios puntos de la sala, de que nadie podía descubrirle, dióle sus últimas instrucciones.

—Acuérdate de las palabras: *¡Escocia, á ellos!* En el momento que las oigas derriba el armario, sin dársete cuidado de las copas ni de los vasos, y fuego contra Crève-Cœur con mano firme y segura: si errares el golpe, embístele espada en mano. Oliverio y yo nos las entenderemos con el cardenal.

Al decir esto, dió un silbido, á cuya señal se presentó Oliverio, que era su primer ayuda de cámara y barbero, quien en realidad desempeñaba con aquel príncipe todas las funciones que exigían próxima inmediación á su persona. Llegó seguido de dos ancianos, únicos criados que sirvieron á la mesa. Luégo que estuvo sentado el rey, entraron los dos convidados; y Quintín, invisible para ellos, estaba colocado de modo que no perdió la menor circunstancia de esta entrevista.

Recibióles Luís con tal cordialidad y agasajo, que no supo Quintín cómo conciliarlo con las órdenes que recibiera y el objeto que le tenía en emboscada con una boca de fuego pronta á despedir la muerte. No tan sólo parecía Luís hallarse muy distante de abrigar el menor asomo de temor, sino que cualquiera hubiera creído que los dos individuos á quienes honraba con admitirles en su mesa, eran los más dignos de una confianza sin límites, y á quienes quería dar pruebas nada equívocas de su benevolencia y aprecio. No podía su conducta presentarse más afable ni más llena de dignidad. Cuando todo lo que le rodeaba, y hasta sus mismos vestidos, no presentaban tanto lujo como el que ostentaban en las solemnidades los príncipes menos poderosos del reino, todos sus gestos y palabras daban á conocer un gran monarca en un momento de familiaridad. Quintín se sintió tentado á suponer ó que la conversación que poco antes tuviera con Luís tenía visos de sueño, ó que el respeto y sumisión del cardenal y el modo franco, abierto y honrado del noble borgoñón, disiparan completamente las sospechas del rey.

Mas en tanto que los convidados, obedeciendo las órdenes de Su Majestad, iban á ocupar los asientos que tenían preparados en la mesa, dirigióles el rey una mirada rápida como el relámpago, fijando en seguida otra en el armario en que quedaba oculto Quintín. Esta fué obra de un instante; pero las miradas del soberano estaban animadas de tal expresión de odio y desconfianza respecto á sus convidados, y parecían repetir á Durward una orden tan precisa de estar alerta y ejecutar con prontitud lo convenido, que no puso la menor duda en que la voluntad de Luís, sus temores y disposiciones no habían cambiado. Quedó, pues, sorprendido más que nunca de la facilidad con que el monarca sabía cubrir con espeso velo los movimientos de sus desconfianzas.

Dando muestras de haber enteramente olvidado la altanería con que le habló Crève-Cœur en presencia de toda la corte, el rey platicó con él sobre los tiempos antiguos y acontecimientos ocurridos durante su destierro en Borgoña, haciéndole preguntas relativas á todos los nobles que conoció entonces, como si aquella época hubiese sido la más feliz de su vida, y como si conservara todavía por todos los que contribuyeron á endulzar el tiempo de su destierro los más tiernos sentimientos de amistad y gratitud.

—Si se hubiese tratado de un embajador de otra nación—le dijo—hubiera desplegado más pompa y aparato en recibirle; pero á un antiguo amigo, que repe idas veces ha comido á mi mesa en el castillo de Génappes, he querido manifestarme tal como me gusta ser, el viejo Luís de Valois, sencillo y franco como el mayor patán de sus dominios. Sin embargo, mandé que nos sirviesen más regalada comida que de ordinario, señor conde, porque no ignoro vuestro proverbio borgoñón: *Mieux vaut bon repas que bel habit;* (1) y por este motivo dispuse que cuidaran algo de nuestra mesa. En cuanto al vino, ya sabéis que es el objeto de una antigua emulación entre la Francia y la Borgoña; pero lo arreglaremos de modo que queden contentos los dos paises: brindaré á vuestra salud con

(1) «*Más vale buena comida que buen vestido.*» Durante su residencia en Borgoña, en vida de su padre, Génappes fué la residencia habitual de Luís. En esta novela se alude con frecuencia á la época de aquel destierro.

vino de Borgoña, y vos me corresponderéis con el Champaña. —Olivier, damé un vàso de vino de Auxerre.

Y entonó alegremente una canción entonces muy conocida, que empezaba:

Auxerre est la boisson des rois (1).

—Señor conde—continuó—brindo á la salud de nuestro buen primo el noble duque de Borgoña. —Olivier, llena una copa de oro de vino de Reims, y preséntala al conde de rodillas, pues representa aquí á nuestro querido hermano. —Señor cardenal, yo mismo llenaré vuestro vaso.

—Ya está lleno, señor, hasta derramarse—dijo el cardenal con el tono grosero de un favorito que habla con un amo indulgente.

—¡Oh! me consta que Vuestra Eminencia tiene firmeza en la mano; pero ¿por quién os declaráis en nuestra gran contienda? ¿Por Sillery ó por Auxerre? ¿Por Francia ó por Borgoña?

—Guardaré la neutralidad, señor—respondió el cardenal —y llenaré mi vaso de vino de Auvernia.

—La neutralidad es sumamente peligrosa—replicó el rey. Viendo empero al cardenal algo colorado, dió otro giro á la conversación y añadió:

—Pero vos preferís el vino de Auvernia, porque es tan generoso que no tolera el agua. Y bien, señor conde, ¿vaciláis en apurar la copa? Espero que no hallaréis en ella ningún amargor nacional.

—Yo quisiera, señor—respondió el conde de Crève-Cœur, que todas las contiendas nacionales se pudiesen terminar tan agradablemente como la rivalidad de nuestras viñas.

—Y con el tiempo, señor conde, que necesitáis para beberos esa copa de Champaña—añadió el rey. Ahora que le bebisteis tened la bondad de guardar esa copa, como un testimonio de mi aprecio. Es un regalo que no haría á todos: esa prenda perteneció á aquel rey que fué el terror de la Francia, á Enrique V de Inglaterra. Fué tomada en la rendición de

(1) *Auxerre es la bebida de los reyes.*

Ruán cuando las armas reunidas de Borgoña y de Francia arrojaron á aquellos isleños de Normandía. No puedo ponerla en más dignas manos que las de un noble y valiente borgoñón que sabe que sólo de la amistad recíproca de estas dos naciones depende que el continente continúe libre del yugo de los ingleses.

El conde dió la respuesta que exigían las circunstancias, y Luís se entregó abiertamente á la jovialidad satírica, que hacía brillar alguna vez como un relámpago su carácter naturalmente receloso. Dando alma y giro á la conversación como era natural, hacía observaciones siempre finas y picantes, algunas veces ingeniosas, pero que no daban muestras de salir de un buen corazón: las anécdotas con que la intermediaba resaltaban más por jocosas que por delicadas; pues ni una palabra, ni una sílaba, ni una letra fuera del propósito anunciaban la situación de un hombre que temiendo ser asesinado, tenía en su aposento un militar armado con un arcabuz para precaver ó anticiparse al delito.

El conde de Crève-Cœur siguió con franqueza la broma y jovialidad del rey, mientras que el prelado, de humor más flexible, soltaba la carcajada á cada chiste y aplaudía las pullas del rey, sin causarle el menor escrúpulo ciertas expresiones que llenaban de rubor al joven escocés en su mismo escondrijo (1). Al cabo de hora y media levantáronse de la mesa y el rey despidiéndose de sus huéspedes con urbanidad, les dió á entender que deseaba quedar solo.

Luégo que hubieron partido y retirádose hasta el mismo Olivier, llamó el rey á Quintín diciéndole que ya podía salir, pero con voz tan débil, que apenas pudo creer el joven ser la misma que acababa de animar el festín con lo chusco de las palabras que vertiera. Al acercársele notó que la fisonomía del monarca había sufrido igual metamórfosis; extinguióse en sus ojos el fuego de una vivacidad forzada, abandonó la sonrisa sus labios, todas sus facciones indicaban la misma fatiga que experimenta un actor célebre cuando acaba de agotar

(1) Podrán formarse idea de la índole grosera de los sentimientos de Luís XI aquellos que lean las «*Cent Nouvelles nouvelles*» *(Cien cuentos nuevos)* que son más indecorosos que la mayor parte de las colecciones del mismo género de aquella época.

sus fuerzas para representar un papel que le traiga generales aplausos.

—No quedas aún relevado de la guardia—dijo Luís á Durward—pero toma algún alimento; esta mesa te proporciona los medios. Luégo después te instruiré de lo que te resta que hacer, pues no ignoro que el hambriento no tiene oídos.

Sentóse de nuevo en su sillón, apoyó la frente en su mano y guardó silencio.





CAPÍTULO XI.

La galería de Rolando.

> Los artistas nos representan ciego á Cupido.—¿Tiene ojos el himeneo? ¿Ó bien pervierten su órgano visual aquellos lentes que le prestan los padres, tutores ó consejeros para que mire tierras, posesiones, joyas y toda clase de bienes y riquezas y vea gracias á ellas su valor diez veces multiplicado?—Á mi parecer cuestión es esta digna de meditarse.
>
> *Desdichas de un casamiento.*

Por más que Luís XI, rey de Francia, fuese el soberano de Europa más apasionadamente celoso de su poder, sabía sin embargo contentarse con la sustancia, y sin dejar de conocer y exigir algunas veces con escrupulosidad lo que era debido á su elevada clase, solía en general desatender lo que sólo tenía relación con el mero ceremonial exterior.

En un príncipe de mejores prendas, la familiaridad con que admitía á su mesa á varios de sus vasallos y sentábase aun algunas veces á la suya, hubiérale acarreado extremada popularidad exterior. Aun á pesar de su bien conocido carácter, la sencillez de sus costumbres hacía que disimulasen una buena parte de sus vicios aquella clase de sus súbditos que no se veía expuesta por ningún estilo á ser víctima de sus maquinaciones. El estado llano, que bajo el reinado de este príncipe sagaz, elevárase á un grado de opulencia é importancia no conocida hasta entonces, respetaba su persona aunque sin amarle, y á su poderoso apoyo debió el poder sostenerse contra el encono de los nobles, que acusaban al rey de degra-

dar el honor de la corona de Francia y deslustrar sus espléndidos privilegios con aquel mismo desprecio de la etiqueta que tanto agradaba á los ciudadanos de la clase media.

Aguardó el rey de Francia que uno de sus guardias hubiese satisfecho la voracidad de su juvenil apetito con una paciencia que otros muchos principes miraran como degradante, tomándola él sin duda por objeto de diversión. Debe suponerse, sin embargo, que Quintín tenía demasiado juicio y prudencia para sujetar la paciencia del rey á muy dilatada y fastidiosa prueba; y, efectivamente, probó varias veces terminar la comida sin que Luís se lo permitiese.

—No no—le dijo bondadosamente—ya leo en tus ojos que aún te queda valor para más. Adelante: por Dios y san Dionisio vuelve á la carga; una buena comida y una santa misa (santiguóse al decir esto) nunca pueden perjudicar á un buen cristiano. Cuélate un vaso de vino; pero cuidado con el zumo de parras: este es el escollo de tus compatriotas, lo propio que de los ingleses, que, dejando este defecto, son los mejores soldados que visten armadura. Vámos, lávate prontamente las manos, no te olvides de rezar las gracias y sígueme.

Quintín obedeció, y conducido por una infinidad de corredores diferentes de aquellos por donde había ya pasado, pero que formaban igualmente una especie de laberinto, hallóse en la galería de Rolando.

—Acuérdate bién—le dijo el rey con tono imperativo—de que nunca te has separado de aquí; y cuidado que no has de dar otra respuesta á tu tío y á sus camaradas. Atiende: para grabar esta orden en tu memoria te regalo esta cadena de oro (y le echó al brazo una cadena de gran valor). Si yo no gusto de ataviar mi persona, no por esto aquellos á quienes concedo mi confianza dejan de tener los medios de rivalizar con el más pintado. Pero cuando una cadena como esta no basta para sujetar una lengua harto indiscreta, mi compadre el Ermitaño tiene un amuleto para el gaznate que nunca deja de curar radicalmente. Ahora bien, atiende lo que voy á decirte. Ningún hombre, excepto Olivier y yo, debe entrar aquí esta tarde, pero vendrán señoras acaso de un extremo de la galería, acaso de otro, tal vez de los dos. Puedes contestar si te preguntan; pero dando guardia, tu respuesta debe ser concisa, y guárdate bien de dirigirles la palabra á tu vez, ó de dar pié

para que se dilate la conversación; pon sobre todo gran cuidado en escuchar lo que digan; tus oídos no están menos á mi servicio que tus brazos. Yo te compré en cuerpo y alma; de consiguiente, lo que puedas recoger de su conversación lo grabarás en tu memoria hasta que me lo hayas referido, después de lo cual lo olvidarás.... Me ocurre una idea muy á propósito: valdrá más que pases por un recién llegado de Escocia, venido directamente de sus montañas y que no entiende todavía nuestra lengua, ¡bravo! De este modo, si te hab'an, tú no les contestarás. Esto te librará de toda sujeción y hablarán con más libertad delante de ti. Ya me has comprendido: adios: sé prudente y tienes en mí un amigo.

Luégo que el rey hubo dicho esto, desapareció entre los tapices, dejando á Quintín con entera libertad para reflexionar sobre cuanto había visto y oído. Hallábase el joven en una de aquellas situaciones en que es más agradable mirar adelante que detrás, pues la idea de haberse visto como un cazador acechando un ciervo detrás de un zarzal para quitar la vida al noble conde de Crève-Cœur, nada tenía de lisonjero. Es verdad que las medidas tomadas por el rey en esta coyuntura parecían puramente defensivas y de precaución, pero ¿quién le aseguraba que no recibiese dentro de poco órdenes terminantes para alguna expedición ofensiva del mismo género? Seria esta una crisis muy apurada para él, pues no podía dudar, atendido el carácter del rey, que se perdería dejando de obedecer, en tanto que el honor le presentaba la obediencia en este caso como un oprobio ó un crimen. Procuró variar el rumbo de sus reflexiones, y acogióse al sabio consuelo adoptado frecuentemente por la juventud cuando ve venir males de frente, pensando que sobrado tiempo tendría, cuando la ocasion llegara, para reflexionar lo que debiese hacer, y que no había necesidad de aumentar con la idea de un desgraciado porvenir los males con que diera á cada paso.

Fuéle tanto más fácil á Quintín adoptar este sistema de alivio, cuando las últimas órdenes del rey diéranle lugar á ocuparse de halagüeñas ideas que no le inspiraba su propia situación. La dama del laúd era seguramente una de las que debia vigilar; é hizo firme propósito de cumplir con exactitud una parte de las instrucciones que recibiera de Luís, recogiendo con el mayor cuidado todas las palabras que saldrian de sus

labios, á fin de calcular si la magia de su conversación igualaba á la de su habilidad en la música; pero con igual sinceridad prestó interior juramento de no poner en noticia del rey más de lo que fuera capaz de inspirarle sentimientos favorables al objeto por quien tomaba tanto interés.

Esta vez no había peligro de que se durmiese, como antes había sucedido. Cada soplo de viento que, pasando por una ventana abierta, agitaba la antigua tapicería, presentábasele como preludio de la llegada del hermoso objeto de su expectación. En una palabra, experimentaba aquella misteriosa inquietud, aquella vaga impaciencia que acompaña siempre al amor y contribuye no pocas veces á producirle.

Abrióse por fin una puerta, rechinando sobre sus goznes, pues las puer as del siglo décimo quinto no se prestaban á esta operación tan silenciosamente como las nuestras. Pero ¡ah! No era la puerta colocada al extremo de la galería donde resonaran los acentos del laúd. Apareció en su umbral una forma femenina que, habiendo hecho una seña para que no la siguiesen á dos damas que la acompañaban, se adelantó sola dentro de la estancia. Por la imperfección de su porte y la irregularidad de sus pasos, que se hacía más perceptible en una sala tan vasta, Durward conoció en seguida á la princesa Juana, y tomando la actitud respetuosa que exigía su situación, rindióle los honores militares cuando pasó por delante de él. La princesa correspondió á su saludo con una graciosa inclinación de cabeza, y Quintín tuvo entonces ocasión de verla más distintamente que por la mañana.

Las facciones de aquella desgraciada princesa nada ofrecían que fuese capaz de hacer olvidar los defectos de su andar y de su talle. Por cierto que en su fisonomía no se notaba cosa desagradable en sí misma; y que sin embargo de verse sin las gracias de la hermosura, aún brillaba cierta expresión de agrado, de amargura y de paciencia en sus rasgados ojos azules, que solía tener siempre bajos; pero á más de carecer enteramente de color, tenía su cutis aquel tinte amarillento que indica una enfermedad habitual, y sus pálidos y poco carnosos labios destruían la ventaja de unos blancos y bien situados dientes. Juana tenía muy apiñada cabellera, de un matiz rubio muy singular con punta de azul; y su doncella, que sin duda consideraba como una gracia las abundantes trenzas de su señora,

le había hecho muy poco favor, pues la había peinado formándole numerosos rizos en derredor de su rostro, cuya palidez hacían resaltar aún más, dándole una expresión que no parecía propia de un habitante de este mundo. Por fin, para completar la obra, Juana llevaba un vestido de seda verdebajo, que acababa de darle el aire de un espectro ó de un cadáver.

Mientras que Quintín iba siguiendo con la vista aquella singular aparición con una curiosidad que se confundía con la lástima, pues cada mirada, cada gesto de la princesa parecía despertar este último sentimiento, abrióse una puerta al extremo de la galería, y entraron en ella dos señoras.

Una de ellas era la misma joven que, cumpliendo con la orden del rey, presentárale la fruta en el memorable almuerzo de la posada de la *Flor de lís*. Revestida ahora de toda la dignidad misteriosa de la ninfa del laúd y del velo, con el carácter, á lo menos según conjeturas de Durward, de noble heredera de un rico condado, causóle su hermosura diez veces más impresión que cuando sólo miraba en ella la hija de un pobre posadero sirviendo á un viejo rico y extravagante. No podía atinar qué poderoso encantamiento le cegara entoncés para no columbrar su verdadera calidad. Sin embargo, su traje era tan sencillo como la primera vez que la vió, pues no llevaba más que un vestido de luto, sin ningún adorno, y todo su tocado consistía en un velo de crespón echado hacia atrás, que dejaba enteramente descubierto su rostro; y como Quintín tenía ya noticia de su elevada cuna, creyó notar en ella una elegancia en su primoroso talle, una dignidad en todas sus acciones que no llamaran antes su atención, y un aire noble que realzaba sus proporcionadas facciones, bellísimo color y ojos llenos de fuego y de vivacidad.

Aun cuando debiese costarle la vida, no dejara Durward de rendir á esta beldad, lo propio que á su compañera, el mismo tributo que acababa de pagar á la dignidad real de la princesa. Ellas le recibieron como damas acostumbradas á las respetuosas demostraciones de los inferiores, y correspondieron con urbanidad: á Quintín hubo de parecerle, sin embargo, acaso por mera ilusión de la juventud, que al rendirle los honores, la más joven se había ruborizado, no se atrevía á levantar los ojos y experimentaba leve turbación, lo cual no podía dima-

nar más que de presentársele á la vista el mismo temerario extranjero que habitaba el torreón inmediato al suyo en la posada de la Flor de lis; pero ¿debía tomarse por un indicio de desagrado? He aquí un problema para él de difícil resolución.

La compañera de la condesita, vestida como ella sencillamente de rigoroso luto, había llegado á aquella edad en que las mujeres hacen mayor caso de la celebridad de una hermosura que empieza ya á declinar. Poseía aún la suficiente para acreditar cuál debía haber sido en otro tiempo el poder de sus atractivos; y era evidente, atendido su despejo, que tenía presentes sus antiguas conquistas y que no renunciara aún á la pretensión de nuevos triunfos. Era alta, risueña, aunque algo altiva; y volviendo el saludo á Quintín con una agradable sonrisa de condescendencia, dijo casi al mismo instante algunas palabras al oído de su joven compañera, que volvió la cabeza hacia el militar como para comprobar alguna observación que acabara de hacérsele, y á la que contestó sin levantar la vista. Quintín no pudo menos de sospechar que la observación hecha á la dama joven no era en desventaja suya: y celebró mucho, no sé por qué, el no haber ésta alzado hacia él los ojos para verificar la exactitud. Imaginaba acaso que ya empezaba á existir entre ellos aquella misteriosa simpatía que da importancia á la menor bagatela.

Sólo un instante pudo ocuparle este pensamiento, pues el encuentro de la princesa Juana con aquellas damas extranjeras llamó muy pronto toda su atención. Viéndolas ella entrar se detuvo para aguardarlas, probablemente porque sabía que el andar no le era muy ventajoso: y como daba muestras de experimentar alguna turbación, recibiendo y volviéndoles sus cortesías, la dama de mayor edad, ignorando su elevada gerarquía, hizo sus saludos con un semblante que al parecer indicaba la persuasión de dispensar mayor honor del que recibía.

—Celebro mucho, señora —le dijo con una sonrisa de condescendencia y de estímulo— que se nos haya por fin permitido disfrutar de la compañía de una persona de nuestro sexo, tan respetable como vos parecéis. Á la verdad, mi sobrina y yo no tenemos que estar muy satisfechas hasta ahora de la hospitalidad del rey Luís.— No me tires de la manga, sobrina

mía; estoy segura que leo en los ojos de esta joven la compasión que le inspira nuestra situación.— Desde nuestra llegada, hermosa dama, podemos decir que se nos ha tratado como prisioneras; después de tantas invitaciones para poner nuestra causa y nuestras personas bajo la protección del rey de Francia, Su Majestad cristianísima nos señaló al principio por toda habitación una infeliz posada, y luégo un rincón de este castillo carcomido, un triste aposento de donde sólo nos permite salir al ponerse el sol, como si fuésemos murciélagos ó mochuelos, cuya apariencia en medio del día debe considerarse como signo de mal agüero.

—Siento mucho —respondió la princesa más turbada que nunca por el giro que iba tomando la conversación — que no hayamos podido hasta ahora recibiros como merecéis. Me lisonjeo de que vuestra sobrina estará más satisfecha.

—¡Oh! sí, mucho; me faltan términos para expresarlo — exclamó la condesita.— Yo no buscaba mas que un refugio seguro, y he encontrado soledad y secreto. Ya vivíamos bastante retiradas en nuestro primer asilo; pero nuestra reclusión es todavía más completa en este castillo, lo que aumenta á mis ojos el precio de la protección que Su Majestad se ha servido dispensar á unas desgraciadas fugitivas.

—Basta, sobrina mía —dijo la tía.—Todo lo que dices no tiene piés ni cabeza. Hablemos en conciencia, ya que nos hallamos al fin solas con una persona de nuestro sexo..... Digo solas, porque ese joven militar no es más que una hermosa estatua, que ni parece tener acción en las piernas; por otra parte comprendo que tampoco puede hacer uso de la lengua, á lo menos para articular un idioma culto. No tengo, pues, reparo en asegurar, ya que sólo esta señora puede oirnos, que lo que más siento en este mundo, es haber emprendido este viaje á Francia. Yo me prometía un espléndido recibimiento, torneos, cañas, regocijos, festejos; y en vez de todo esto, sólo hemos tenido reclusión y oscuridad. La mejor compañía que el rey nos ha proporcionado, ha sido un gitano errante, de quien nos excitó á valernos para seguir correspondencia con nuestros amigos de Flandes. Acaso su profunda política concibió el proyecto de tenernos aquí encerradas por todo el resto de nuestra vida, á fin de apoderarse de nuestros dominios cuando se extinga la antigua casa de Croye. El

duque de Borgoña no ha sido tan cruel, porque al fin ofrecía á mi sobrina un marido, aunque malo.

—Yo hubiera preferido un convento á la mano de un mal esposo—dijo la princesa, que apenas hallaba ocasión para tomar la palabra.

—Siempre quiere una tener por lo menos la libertad de la elección, señora—replicó la dama con mucha volubilidad. —Dios sabe que esto tiene únicamente relación con mi sobrina; pues en cuanto á mí, mucho tiempo hace que renuncié á la idea de mudar de estado. ¿Os sonreís, señora?... Pues yo os empeño mi palabra de que es la verdad; sin embargo, no debe ser esto una excusa para el rey, que por su conducta y figura se parece más al viejo Miguelón, cambista de Gante, que á un sucesor de Carlo Magno.

—¡Silencio!—dijo la princesa con severidad.—Tened presente que estáis hablando de mi padre.

—¡De vuestro padre!—repitió la dama borgoñona con acento de la mayor sorpresa.

—Sí, de mi padre—continuó la princesa con dignidad—yo soy Juana de Francia. Pero no temáis, señora—prosiguió con aquel tono humilde que le era natural—no llevabais idea de ofenderme, y no me considero ofendida. Disponed de mi influencia para hacer más tolerable vuestro destierro, lo propio que el de esa interesante joven... ¡Ah! Vale muy poco; con todo os la ofrezco con la mejor voluntad.

La condesa Amelina de Croye, así se llamaba la extranjera de mayor edad, recibió el obsequioso ofrecimiento de la protección de la princesa con profunda cortesía y muestras de sumo respeto. Había frecuentado largo tiempo los palacios, conocía perfectamente toda su táctica y reputaba por sólido é imprescindible el principio adoptado por los cortesanos de todos los siglos, es decir, que si pueden en sus tertulias y conversaciones particulares afear los vicios y los caprichos de sus amos y lastimarse del poco aprecio que se les muestra, ó del olvido de que no se consideran dignos, no debe escapárseles una sola palabra de esta clase en presencia del soberano ni de ninguna otra persona de su familia. Sintió, pues, en extremo la equivocación que padeciera hablando á la hija de Luís en términos tan opuestos á todas las leyes del decoro. Hubiera, por lo tanto, echado los bofes con tanta excusa y satisfacción

si la princesa no le impusiera silencio y no la tranquilizara algún tanto diciéndole con una amabilidad que no dejaba de tener toda la fuerza de precepto en la boca de una regia persona, que no tenía que cansarse en hablar más sobre este punto si había de disculparse.

La princesa Juana tomó entonces una silla con un aire de dignidad que maravillosamente le sentaba, y dijo á las dos extranjeras que se sentasen á su lado, lo cual hizo la más joven con respetuosa cortedad, que nada tenía de fingimiento, mientras su compañera lo hacía con una apariencia de respeto y humildad tan afectada, que inclinaba á dudar sobre la veracidad de ambos sentimientos. Empezaron las damas su plática, pero con voz harto baja para que Quintín pudiese comprender el asunto de que trataban. Notó únicamente que la princesa prodigaba una atención particular á la más joven é interesante de las dos señoras; y que, sin embargo de explicarse la condesa Amelina con mayor verbosidad, no producían sus exagerados cumplimientos tan buen efecto en la princesa como las concisas á la par que modestas contestaciones de su joven compañera.

Discurriera apenas un cuarto de hora desde que empezó la conversación, cuando se abrió de repente la puerta del extremo inferior de la galería y entró un hombre embozado. Quintín, en cumplimiento de las órdenes del rey, y con ánimo de no exponerse segunda vez á ser reconvenido por negligente, adelantóse sin demora, y colocándose entre el caballero y las damas, intimó á aquél que se retirara al momento.

—¿Por orden de quién?—preguntó el desconocido en tono de sorpresa y de desprecio.

—Por orden del rey—contestó Quintín con firmeza—y yo estoy aquí para hacerla cumplir.

—Esta orden no comprende á Luís de Orleans—dijo el duque desembozándose.

Vaciló un momento el joven centinela; pero ¿cómo era posible oponerse al primer príncipe de la sangre, que, según voz común, iba cuanto antes á enlazarse con la familia real?

—La voluntad de Vuestra Alteza—dijo—es para mí sobrado respetable para que me atreva á contrariarla; pero espero que si llega el caso, se dignará declarar que cumplí con mi

deber, hasta que Vuestra Alteza manifestó tan abierta resistencia.

—Vaya, vaya, joven, que nadie ha de reprenderte por esto —dijo Orleans.

Y pasando adelante, se acercó á la princesa con aquella urbanidad tan tímida que solía manifestar siempre que le hablaba. Dijo que comiendo con Dunois había sabido que habría reunión de damas en la galería de Rolando; y se tomaba la libertad de asistir á ella.



Un ligero rubor que asomó á las pálidas mejillas de la desgraciada Juana y que por un momento comunicó á sus facciones cierta apariencia de hermosura, probó que estaba muy lejos de descontentarla el que se hubiese aumentado la reunión. Presentó al duque á las dos condesas de Croye, las que le recibieron con el respeto debido á su elevada clase; y la princesa señalándole una silla, le convidó á tomar parte en la conversación.

Respondió el duque con mucha gracia que no podía ponerse al nivel de tan hermosas damas, y tomando el almohadón de una silla, púsole á los piés de la condesita de Croye

y se sentó en él, de modo que, sin desairar á la princesa, podía dedicar la mayor parte de su atención á la belleza que tenía á su lado.

Al principio, lejos de ofender á Juana semejante colocación, manifestábase aún satisfecha, y llegaba á estimular al duque á obsequiar á la hermosa extranjera, considerando sus obsequios como hijos del deseo de agradarla por dirigirse á una señorita que se hallaba, según muestras, bajo su protección. Pero el duque de Orleans, aunque acostumbrado á someter todas sus facultades al yugo inflexible de Luís cuando se hallaba en su presencia, sobrábale determinación para abandonarse á sus propias inclinaciones cuando no le sujetaba aquel respeto; y como su elevada clase le permitía salirse del ceremonial de estilo y tomar cierto aire de familiaridad, fueron tan enérgicos y profusamente prodigados los elogios que tributó á la hermosura de la condesa Isabel, acaso porque había apurado más botellas de lo acostumbrado, pues Dunois distaba mucho de ser enemigo de Baco, que al fin se manifestó completamente enamorado y pareció olvidar que estaba delante de la princesa.

Este tono agasajador de que se valía, sólo era agradable á una de las tres damas de la reunión, pues la condesa Amelina vislumbraba ya para lo venidero una alianza con el primer príncipe de Francia: y es preciso convenir en que el nacimiento, hermosura y considerables dominios de su sobrina no presentaran la realización de esta ambiciosa idea imposible á los ojos de todo proyectista que no hiciera entrar en el cálculo de los obstáculos las miras de Luís XI. La condesa Isabel escuchaba los requiebros del duque con encogimiento y turbación, y echaba de cuando en cuando una mirada deprecatoria á la princesa, como para suplicarle que la librase de tal apuro. Pero la sensibilidad agraviada y la timidez natural de Juana de Francia impedíanle hacer un esfuerzo para generalizar la conversación, que por fin, exceptuando algunas exclamaciones de Amelina, fué casi exclusivamente sostenida por el mismo duque, aunque á expensas de Isabel, cuyos atractivos ofrecieron siempre pábulo á su inagotable elocuencia.

No debemos olvidar que existía un tercero, el centinela, en quien nadie soñaba, y que veía disiparse sus lisonjeras vi-

siones como se derrite la cera al influjo de los rayos del sol, á medida que el duque iba enardeciéndose en sus apasionadas pláticas. Al fin, la condesa Isabel de Croye determinóse á hacer un esfuerzo para abreviar esta conversación, que se le hacía tanto más insoportable, cuanto era evidente lo que mortificaba á la princesa el modo de portarse del duque.

Dirigiéndose, pues, á ésta, dijo con modestia, pero no sin resolución, que el primer favor que reclamaría de la protección que se había dignado prometerla, sería que tuviese la bondad de persuadir al duque de Orleans que las damas de Borgoña, sin tener tanto talento y brillo como las de Francia, no eran sin embargo tan necias que no gustasen de otras conversaciones que las que sólo consisten en cumplimientos extravagantes.

—Siento mucho, señora—dijo el duque tomando la palabra con anticipación á la princesa—que hagáis á la vez la sátira de la hermosura de las damas de Borgoña y de la veracidad de los caballeros franceses. Si somos extravagantes y prontos en expresar nuestra admiración, es porque amamos por el mismo estilo que combatimos, sin abandonar nuestro corazón á frías deliberaciones, y nos rendimos á la hermosura con tanta rapidez como triunfamos del valor.

—La hermosura de nuestras compatriotas—contestó la condesita con mayor desdén del que se atreviera á usar con aquel encumbrado galán—es tan poco á propósito para reclamar semejantes triunfos, como el valor de nuestros caballeros es incapaz de ceder á ningún otro.

—Respeto vuestro patriotismo, condesa—replicó el duque—y no me opondré á la última parte de vuestro argumento hasta que un caballero borgoñón se presente á sostenerla con la lanza. Pero en cuanto á la injusticia con que tratáis los atractivos de las damas de vuestro país, apelo á los de vos misma. Miradlos allá—añadió indicándole un gran espejo, que era entonces un objeto tan raro como de gran valor, regalo hecho al rey por la república de Venecia—y decidme examinándolos cuál será el corazón capaz de resistir á ellos.

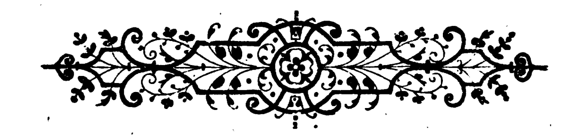
Oprimida la princesa por el completo desprecio con que la trataba el que debía ser su esposo, dejóse caer sobre su silla, lanzando un suspiro que hizo volver al duque de la región de

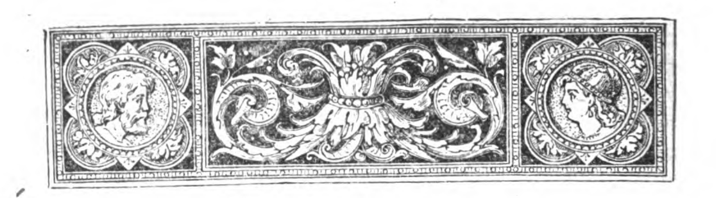
las quimeras, y obligó á la condesa Amelina á preguntarle si se hallaba indispuesta.

—Me ha sobrecogido repentinamente un fuerte dolor de cabeza—respondió la princesa Juana—pero se me pasará al momento.

Su palidez progresiva desmintió sus palabras, y la condesa Amelina, temiendo que la acometiese algún desmayo, se dió prisa á llamar para que acudiesen á socorrerla.

El duque, mordiéndose los labios y maldiciendo la indiscreción de su lengua, corrió á avisar á las damas de la princesa que se hallaban en el aposento inmediato: entraron estas precipitadas, y mientras que prodigaban á su señora los socorros acostumbrados en semejantes casos, no pudo menos, como caballero fino, de ayudar á sostenerla y tomar parte en su alivio. Su voz, que tomó el acento de la ternura á causa de la compasión que sintiera y reconvenciones que él mismo se hacía, fué lo que más contribuyó á que volviera en sí, y al mismo tiempo entró el rey en la galería.





CAPÍTULO XII.

El político.

> Es maestro tan hábil en el arte de la astucia que, dicho sea sin ofender á Satanás, sería muy capaz de dar una lección al mismo diablo, y enseñar al antiguo tentador nuevos medios de tentación.
>
> *Comedia antigua.*

Al entrar en la galería, Luís frunció las cejas de la manera que le era peculiar y hemos descrito ya, es decir, uniéndolas de tal modo, que sus largos pelos casi le cubrían la vista, y por debajo de aquella especie de velo lanzó una mirada penetrante á todos los que estaban presentes; y entonces se achicaron de tal manera sus ojos y pasaron á ser tan vivos y centelleantes que, según declaró después Quintín, parecían los de una víbora que se descubre entre la espesura de brezos donde se ocultara.

Cuando esta tan rápida como perspicaz mirada hubo dado á conocer al monarca la causa de la confusión que reinaba en la galería, dirigióse primero al duque de Orleans:

—¡Vos aquí, querido primo!—exclamó.

Y volviéndose á Quintín, díjole con severidad:

—¿Así cumplís mis órdenes?

—Perdone Vuestra Majestad á ese joven, señor—dijo el duque;—no desatendió su deber: pero como llegara á mi noticia que la princesa se hallaba aquí...

—No podía impediros venir á hacerle la corte—añadió el rey, cuya detestable hipocresía persistía en dar á entender

que albergara el duque una pasión que sólo existía en el corazón de su desventurada hija.—Pero ¿cómo os atrevéis, joven, á corromper así los centinelas de mi guardia?.. Basta: ¿no debe perdonarse á un caballero galán que sólo vive de amor?

El duque de Orleans levantó la cabeza como queriendo responder para rectificar en esta parte la opinión del rey; pero el respeto que por instinto tributaba á Luís, ó más bien el temor con que le habían criado desde la infancia, le encadenó la lengua.

—¿Y Juana se ha puesto mala?—dijo el rey.—No te desesperes, Luís de Orleans: esto se le pasará al momento. Dale tu brazo hasta su aposento, y yo escoltaré á estas damas hasta el suyo.

El tono de esta insinuación equivalía á una orden: el duque se retiró con la princesa por uno de los extremos de la galeria, en tanto que el rey quitándose el guante de la mano derecha, acompañó con obsequiosa finura á la condesa Isabel y á su parienta hacia el gabinete que se hallaba situado al otro extremo. Saludólas profundamente cuando entraron en él; permaneció cosa de un minuto delante la puerta después que hubieron desaparecido; y cerrándola entonces con mucha cachaza, echó la segunda vuelta; quitó de la cerradura una gran llave, y ensartóla en su ceñidor, lo que le dió la semejanza con uno de aquellos viejos avaros, que no pueden gozar de tranquilidad si no llevan consigo la llave de su arca.

Con lento paso, pensativo ademán y bajos los ojos, adelantóse Luís hacia Durward, que temiendo una severa reprensión por la parte que tuvo en el disgusto del rey, vióle llegar con harta inquietud de su alma.

—No te portaste bien—dijo Luís levantando los ojos y fijándolos en Quintín cuando estuvo á dos ó tres pasos de él;—has faltado á tu deber y mereces la muerte. Nada tienes que alegar en tu defensa. ¿Qué te importan á ti duques ni princesas? ¿Debías tener presente otra cosa que mis órdenes?

—Pero ¿qué podía yo hacer, señor?—preguntó el joven soldado.

—¿Qué podías hacer cuando fuerzan el puesto que te está confiado?—respondió el rey con desprecio.—¿De qué sirve, pues, el arma que llevas al hombro? Debías presentar su punta al presuntuoso rebelde, y si no se retiraba al momento, dejarle

muerto á tus piés. Retírate; pasa por esta puerta; bajarás por una escalera que se halla en el primer aposento y que te conducirá al patio interior donde se halla Oliverio el Gamo; dile que venga á verme, y luégo vuélvete al cuartel. Si en algo aprecias la vida, procura que no sea tan ágil tu lengua como lento ha sido tu brazo en el día de hoy.

Celebrando haber escapado tan barato, pero sumamente disgustado de la fría crueldad que el rey parecía exigir de él en la ejecución de sus deberes, Durward cumplió lo que Luís acababa de mandarle, y comunicó sus órdenes á Oliverio. El astuto barbero saludó, suspiró, sonrióse, dió las buenas noches al joven con voz todavía más meliflua de lo que solía, y separáronse; Quintín para volver al cuartel, y Oliverio para presentarse á Su Majestad.

Aquí se halla por desgracia un claro en las memorias de que nos servimos para redactar esta verdadera historia, pues habiendo sido compuestas en su mayor parte con arreglo á las noticias suministradas por Quintín Durward, no contienen pormenor alguno relativo al coloquio que medió en ausencia suya entre el rey y su consejero privado. Hallábase por dicha en la biblioteca del castillo de Hautlieu un manuscrito de la *Crónica escandalosa* de Juan de Troyes, mucho más completa que la que se imprimió, y en la que se continuaban varias curiosísimas notas que nos inclinamos á creer escritas por el mismo Oliverio después de la muerte de su señor, y antes de que tuviese la felicidad de ser recompensado con el dogal que tuviera tan dignamente merecido. Este es el depósito de que hemos extraído la relación muy circunstanciada de la conferencia que tuvo Luís en esta ocasión y que arroja sobre la política de este príncipe una luz que en vano hubiéramos buscado en otra parte.

Cuando el favorito barbero llegó á la galería de Rolando, encontró al rey sentado con ademán pensativo en la silla que su hija acababa de dejar. Conociendo perfectamente el carácter de su amo, adelantóse quedito según su costumbre hasta encontrar la línea del rayo visual del rey, como para advertirle de su presencia, después de lo cual retrocedió modestamente, y aguardó que se le diese orden para hablar ó escuchar. La primera palabra que le dirigió el rey Luís indicaba mal humor.

—Y bien, Oliverio, he aquí que se desvanecen nuestros bellos proyectos, como se derrite la nieve al impulso del viento del sur. Plegue á nuestra Señora de Embrun que no se parezcan á aquellos grandes vellones que dan pábulo á tantas anécdotas de los aldeanos suizos, y que no se desplomen por fin sobre nuestras cabezas.

—He sabido con sentimiento que no todo va bien, señor—respondió Oliverio.

—¡No va todo bien!—exclamó el rey levantándose y dando grandes pasos por la galería;—todo va mal, casi tan mal como puede ir; he aquí el resultado de tus consejos extravagantes. ¿Me correspondía á mí erigirme en protector de doncellas desconsoladas? No dudes que el borgoñón corre á las armas, y que está en vísperas de concluir una alianza con los ingleses. Eduardo, que nada tiene ya que hacer en casa, hará llover sobre nosotros millares de combatientes por ese malhadado portillo de Calais. Tomados separadamente, podía aún engañarlos ó contrarestarlos; pero ¡reunidos! ¡reunidos! y con el descontento y la traición de ese malvado condestable San Pablo!... Tú tienes la culpa de todo, Oliverio, tú que me aconsejaste recibir aquí á esas dos mujeres y emplear aquel bribón de gitano para llevar los mensajes á sus vasallos.

—Ya sabe Vuestra Majestad las razones en que me fundaba. Los dominios de la condesa están situados entre las fronteras de Flandes y de Borgoña; su castillo es casi inespugnable, y tiene tales derechos sobre varios Estados inmediatos, que si hubiese quien los apoyase como corresponde, podría dar harto que hacer al borgoñón. Lo más importante del negocio está en que la condesa dé la mano á un hombre de buenas disposiciones para con Francia.

—Convengo en que es un cebo capaz de tentar á un santo, Oliverio; si hubiésemos podido ocultar que se hallaba aquí, no nos fuera difícil combinar un enlace cual se requería para esa rica heredera, que hubiese sido muy útil para la Francia. Pero ¡el maldito gitano!... ¿Cómo pudiste aconsejarme que confiase á ese perro hereje una comisión que exigía tanta fidelidad?

—Espero que recordará Vuestra Majestad, señor, que fuísteis vos mismo quien le dispensó demasiada confianza, mucha más de lo que yo quisiera. Él hubiera llevado con

lealtad una carta de la condesa á su pariente para encargarle que se mantuviese firme en su castillo y ofrecerle pronto socorro; pero Vuestra Majestad quiso hacer una prueba de su ciencia profética, comunicándole secretos que valían la pena de ser vendidos al duque Carlos.

—Me avergüenzo de ello, Oliverio; y sin embargo, se asegura que esos paganos descienden de los sabios caldeos que aprendieron los misterios de los astros en las llanuras de Sennaar.

Oliverio, sabiendo muy bien que su amo, á pesar de toda su penetración y sagacidad, era tanto más propenso á dejarse engañar por los adivinos, astrólogos y toda esa raza de charlatanes que se jactan de iniciados en las ciencias secretas, cuanto se preciaba él mismo de tener algunos conocimientos de ellas, no se atrevió á insistir más sobre este punto, y contentóse con añadir que el gitano había sido mal profeta en lo que más le interesaba, sin lo cual se hubiera guardado muy bien de volver á Tours para ser ahorcado conforme lo merecía.

—Sucede frecuentemente — respondió Luís con mucha gravedad—que los que están dotados de la ciencia profética, no tienen poder para prever los acontecimientos que les interesan personalmente.

—Con permiso de Vuestra Majestad, esto es como si se dijese que un hombre no puede ver su brazo á la luz de una vela que tiene en la mano, y que le pone de manifiesto todos los objetos que le rodean.

—La luz que le presenta las facciones de los demás no puede hacerle ver las suyas; y este ejemplo es el que prueba mejor lo que te decía. Pero este no es el objeto de que se trata en la actualidad. El gitano recibió su recompensa; téngale Dios en su santa gloria... Pero, ¿esas damas?... No solamente el borgoñón nos amenaza con una guerra porque les concedemos un asilo, sino que hasta su presencia en mi castillo parece peligrosa por lo que respecta á mi propia familia. Mi primo de Orleans, tan cándido como es, ha visto á la condesita, y atrévome á asegurar que esta entrevista perjudicará á su docilidad en punto al matrimonio con Juana.

—Á Vuestra Majestad le es fácil enviar las condesas de Croye al duque de Borgoña, y comprar la paz á este precio. Ciertas gentes no dejarán de citar esta acción como contraria

al honor y dignidad de la corona; pero si la necesidad exige este sacrificio....

—De reportarme este sacrificio algún provecho, Oliverio, no vacilaría en hacerlo. Soy un viejo salmón, he adquirido grande experiencia, y no muerdo el anzuelo por más que se presente con el cebo del honor. Pero lo que nos importa más que faltar á ese vano fantasma de honor, es la ventajosa esperanza que perderíamos y que nos movió á concederles un asilo. Habría, por cierto, motivo de reventar de despecho si desperdiciábamos una ocasión tan propicia de colocar un amigo de nuestra corona, un enemigo del duque de Borgoña, en el centro mismo de sus dominios, tan cerca de las ciudades descontentas de Flandes. No, Oliverio; no puedo determinarme á renunciar á las ventajas que presenta el proyecto de casar á la condesita con algún adicto á mi dinastía.

—Vuestra Majestad—dijo Oliverio después de un momento de reflexión—podría disponer de su mano á favor de alguna persona digna de vuestra augusta confianza, que tomase todo el vituperio sobre sí, y sirviera en secreto á la Francia, en tanto que á Vuestra Majestad le fuera fácil desmentirlo en público.

—¿Y dónde encontrar esa persona?.... Si la entregaba á uno de nuestros nobles revoltosos incorregibles, ¿no sería darle pié para hacerse independiente? ¿No es esto cabalmente lo que mi política procura evitar de tantos años á esta parte? Dunois á la verdad.... sí; de él únicamente pudiera fiarme; Dunois defendería la corona de Francia, por más apurada que fuese la situación en que se hallase.... Las riquezas, sin embargo, y los honores cambian frecuentemente el carácter de los hombres; no, ni de Dunois me fiaré tampoco.

—Vuestra Majestad puede procurarle algún otro esposo—dijo Oliverio con mas melifluo é insinuante tono del que solía adoptar conversando con el rey, que le permitía mucha libertad—un hombre que dependiese enteramente de vuestra protección y favor, y que no pudiese existir sin vuestro apoyo, lo propio que si estuviese privado del aire ó del sol; un hombre más recomendable por su ingenio que por su brazo; un hombre....

—Un hombre como tú ¿no es verdad? Ah! ah! ah! No, Oliverio, á fe mía, que esta vez tu flecha no ha dado en el

blanco...... Cómo! Porque te otorgo mi confianza, y en recompensa de tus servicios te permito de vez en cuando trasquilar muy de cerca á mis vasallos, ¿imaginas poder aspirar á la mano de tan perfecta hermosura, y adquirir de más á más el título de conde de primera clase? Tú!... tú!.. destituído de nobleza y educación, cuya prudencia existe únicamente en una especie de artificio y cuyo valor es más que incierto y dudoso!

—Vuestra Majestad me imputa una presunción de que realmente no soy culpable.

—Lo celebro infinito; y puesto que me niegas un sueño tan absurdo, formo ya mejor juicio de tu discreción; sin embargo, me parece que tus proposiciones tenían por norte el fin indicado. Pero, siguiendo el hilo de nuestra conversación, no me atrevo á casar esa beldad con ninguno de mis vasallos, ni á devolverla al duque, ni á mandarla pasar á Inglaterra, ó Alemania, porque verosímilmente caería en manos de alguien más inclinado á aliarse con la Borgoña que con la Francia, más dispuesto á sujetar á los honrados descontentos de Lieja y Gante que á franquearles algún apoyo saludable que daría su quehacer á Carlos el Temerario, sin necesidad de salir de sus dominios.... ¡Estaban tan maduros para una insurrección!.. los liejenses sobre todo!.... Bien entusiasmados y sostenidos, ellos solos entretuvieron á mi digno primo por más de un año..... ¿Y qué tal si los protegiese un belicoso conde de Croye?.... No, Oliverio; tu plan ofrece grandes ventajas para renunciar á él sin hacer grandes tentativas. Apura, apura tu fértil ingenio. ¿No puedes atinar alguna cosa de provecho?

Oliverio guardó silencio buen rato, y respondió por fin:

—¿No fuera dable intentar con buen éxito un matrimonio entre Isabel de Croye y el joven Adolfo, duque de Gueldres?

—¡Cómo!—exclamó el rey con asombro—¡Sacrificar tan amable criatura á un furioso, á un miserable que hizo deponer, aprisionar á su propio padre y que repetidas veces ha intentado envenenarle y asesinarle!—No, Oliverio, no; esto sería harto atroz crueldad, aun para nosotros que marchamos con paso firme á nuestro sagrado objeto que es la paz y la felicidad de la Francia, sin detenernos mucho en los medios para conseguirlo. Á más de que se halla muy distante de nosotros y le detestan los habitantes de Gante y de Lieja. No, no; indícame

otro marido para la condesa, pues tu Adolfo de Gueldres no sirve para el caso.

—Mi imaginación está agotada, señor; no puedo dar con persona alguna que me parezca corresponder á las miras de Vuestra Majestad, en calidad de esposo de Isabel de Croye..... ¡Eso de ser fuerza que reuna tan diversas circunstancias!..... Amigo de Vuestra Majestad, enemigo de Borgoña, bastante político para conciliarse el afecto de los de Gante y Lieja, harto valeroso para defender sus limitados dominios del poder del duque Carlos, de alta nobleza, ya que Vuestra Majestad insiste sobre este punto, y á más, de un cáracter excelente ó virtuoso que.....

—No te he recomendado el carácter, Oliverio, es decir con tanto empeño; pero no me parece que el esposo de Isabel de Croye deba ser tan pública y universalmente detestado como Adolfo de Gueldres. Por ejemplo, ya que es preciso que yo mismo proponga alguno, ¿por qué no ha de ser Guillermo de la Marck?

—Á fé mía, señor—dijo Oliverio—no puedo quejarme de que Vuestra Majestad exija grandes virtudes ni mérito moral en el feliz esposo de la condesita, si le parece que pueda ser propio para ella el *Jabalí de las Ardenas*.... ¿De la Marck?.... Sabe todo el mundo que no hay mayor bandido ni asesino mas feroz en todas nuestras fronteras, en términos de haber sido excomulgado por el Papa á causa de mil crímenes.

—Ya haremos que le absuelvan, amigo Oliverio; la santa Iglesia es misericordiosa.

—Puede considerársele como proscrito: la Dieta de Ratisbona le expulsó del imperio.

—Haremos revocar esta sentencia: la Dieta entrará en razón.

—Aun admitiendo que sea noble de nacimiento—dijo Oliverio—su fisonomía, sus modales y hasta su corazón le dan trazas de un cortante flamenco.... Nunca se allanará la condesita á tal enlace.

—Ó yo me engaño como un tonto, Óliverio, ó el modo particular con que hace la corte debe alejar todo temor de una negativa.

—Ciertamente, señor, me equivocaba de todo punto cuando acusaba á Vuestra Majestad de harto escrupuloso. ¡Por vida

mía! los delitos de Adolfo son virtudes si se comparan con los de La Marck. Y ¿cómo se presentará á su futura esposa? Ya sabe Vuestra Majestad que no osa salir de la selva de las Ardenas.

—Esto es lo que debemos prevenir. Desde luégo conviene dar á entender particularmente á esas dos damas que es imposible permanezcan más tiempo en esta corte sin ocasionar un rompimiento entre Francia y Borgoña; y que no siendo mi intento ponerlas en manos del lindo de mi primo, deseo que se ausenten secretamente de mis estados.

—Pedirán que se las deje pasar á Inglaterra, y las veremos luégo volver con un lord, rubito, redondito de cara, y seguido de tres mil buenos arqueros.

—No, eso no; no me atrevería á ofender á mi primo de Borgoña en términos de permitirlas ir á Inglaterra; esto nos atraería su disgusto lo mismo que si permaneciesen aquí. De ningún modo: mi intento es poner á la condesita bajo la protección de la Iglesia; todo lo que puedo hacer es cerrar los ojos á la partida de las condesas Amelina é Isabel, que irán disfrazadas y seguidas de una reducida escolta, á refugiarse en casa del obispo de Lieja, quien pondrá por algún tiempo á la hermosa Isabel bajo la salvaguardia de un convento.

—Que no la pondrá á salvo de los atentados de Guillermo de la Marck, así que conozca las favorables intenciones de Vuestra Majestad, ó yo me equivoco mucho.

—Por cierto que mediante los socorros pecuniarios que voy ocultamente suministrándole, ha logrado de la Marck reunir una lucida tropa de combatientes tan desalmados como los primeros bandidos del mundo, con cuyo auxilio logra sostenerse en los bosques, haciéndose tan formidable al duque de Borgoña como al obispo de Lieja. No le falta más que algún dominio de que pueda llamarse dueño; y hallando tan bella ocasión de calzarse con él por medio de un matrimonio, creo ¡vive Dios! que sabrá aprovecharla sin que por nuestra parte se necesite más que una ligera insinuación. El duque de Borgoña tendrá entonces clavada en su ijar una espina que ningún cirujano podrá arrancar mientras yo viva. Cuando el Jabalí de las Ardenas, que está ya proscrito en sus dominios, se halle fortificado con la posesión de las tierras, castillos y señoríos de esa hermosa dama, y cuando los liejenses descon-

tentos se decidan tal vez á nombrarle jefe, piense entonces enhorabuena Carlos en declarar la guerra á Francia: ó más bien bendiga su fortuna si la Francia no se la declara antes. Y bien ¿qué te parece de este plan, Olvierio?

—Admirable, señor, salvo el fallo que dé esa señora en definitiva al Jabalí de las Ardenas. Hablando en plata, á no faltarle un soplo de galantería exterior, sería el gran preboste Tristán un novio más á propósito para ella.

—Y sin embargo, no hace mucho que proponías á maese Oliverio el barbero; pero, amigo, tanto el compadre Oliverio como el compadre Tristán, aunque excelentes para el consejo y la ejecución, no poseen los ingredientes que necesariamente se requieren para formar un conde. ¿Ignoras que los artesanos flamencos aprecian la nobleza en los demás sólo porque no la tienen ellos? Plebeyos insurreccionados desean siempre un jefe que pertenezca á la grandeza. Mira en Inglaterra Ked' ó Cade, ó como se llame; se ha granjeado todo el partido de la canalla vendiéndose por oriundo de los Mortimers. La sangre de los príncipes de Nassau, tan noble como la mía propia, circula por las venas de Guillermo de la Marck.—Pero pensemos en la ejecución de nuestro proyecto: ello es fuerza que yo persuada á las condesas de Croye á partir sin dilación y con mucho sigilo, con una escolta segura, en lo cúal no habrá gran dificultad. No se necesita más que darles á entender que ningún otro recurso les queda á no querer ser entregadas al de Borgoña. Tú discurrirás el modo de informar á Guillermo de la Marck del camino que siguen y de todos los pasos que dén, y él por su parte que procure la elección y los medios de hacerse aceptar por esposo. Ya tengo yo meditada la persona que debe acompañarlas.

—¿Podré preguntar á Vuestra Majestad quién será el encargado de semejante comisión?

—Un extranjero; un hombre que no tiene en Francia parientes ni intereses que puedan contrariar la ejecución de mis órdenes, y que conoce muy poco el país y los bandos que le dividen, para sospechar de mis intenciones un grado más allá de lo que yo quisiera darle á entender. En una palabra; mi proyecto es fiar esta comisión al joven escocés que acaba de darte la orden de venir aquí.

Guardó silencio Oliverio por buen rato, con un aire que

harto indicaba alguna duda sobre la prudencia y utilidad de semejante elección.

—Vuestra Majestad—dijo por fin—no suele dispensar tan pronto su confianza á un extranjero.

—Tengo para esto mis motivos—respondió el rey.—Tú no ignoras mi devoción al glorioso san Julián..... (hizo al decir esto la señal de la cruz). Noches pasadas estaba yo rezando mis oraciones á aquel santo bendito, y como es patrón de los viajeros, le suplicaba humildemente se dignase aumentar el número de mis servidores con algunos de esos extranjeros que andan errantes por nuestro reino en busca de fortuna, quienes pudieran establecerse aquí consagrando á nuestra voluntad una obediencia ilimitada; y yo en recompensa prometí al santo recibirlos, protegerlos y sustentarlos en su glorioso nombre.

—¿Y san Julián—interrumpió Oliverio—en contestación á sus preces ha enviado de Escocia á Vuestra Majestad esas dos piernas de galgo?

Aunque el barbero, que sabía perfectamente que su amo, á falta de sentimientos religiosos, tenía una gran dosis de superstición y que por lo tanto era facilísimo ofenderle en semejante tema; aun cuando conocía la debilidad del rey, y de consiguiente empleó en la anterior pregunta el tono más suave y cándido que le fué posible, Luís comprendió el sarcasmo que encerraba y miró á Oliverio sumamente disgustado.

—Pícaro—exclamó:—con harta razón te llaman Oliverio el diablo, pues así te atreves á mofarte de tu señor y de los santos gloriosos. Júrote que á serme menos necesario, te mandaba ahorcar en el viejo roble que está en frente del castillo para que sirvieses de escarmiento á los que se mofan de los sagrados objetos de nuestra religión.—Sabe pues, vil incrédulo, que apenas cerré los ojos se me apareció en sueño el bendito san Julián acompañando á un joven que me presentó diciéndome era su destino escapar del hierro, de la cuerda y del río. Añadió que dicho joven traería la suerte á aquel en cuyo favor se declarara y en los lances en que tomase parte. Á la mañana siguiente cuando sali á paseo me encontré con ese cuya imagen viera en mi sueño. En su propio país, en medio de la matanza de toda su familia, había ya él solo escapado del hierro; y aquí en el breve espacio de dos días se

ha librado de una manera extraordinaria de ahogarse y de ser ahorcado. Además, en una ocasión especial que ya te he indicado, me ha sido de la mayor utilidad. Recíbole, pues, como enviado por san Julián para servirme en las más difíciles, peligrosas y aun desesperadas empresas.

Al terminar el rey este razonamiento, quitóse el sombrero, y escogiendo de entre las numerosas y pequeñas imágenes de



plomo que lo ceñían la que representaba á san Julián, colocóla encima de una mesa como solía hacerlo cuando agitaban su ánimo el temor ó la esperanza ó atormentábanle acaso los remordimientos. Luégo arrodillándose delante de ella murmuró con apariencia de profunda devoción:

—*Sancte Juliane, adsis precibus nostris! ¡Ora, ora pro nobis!*

Era éste uno de aquellos accesos de devoción supersticiosa

que á menudo se apoderaban de Luís en sitios y ocasiones extraordinarias y que daban al más astuto de todos los monarcas la apariencia, sino de un loco, á lo menos de un hombre cuyo ánimo aterraba la íntima convicción de sus crímenes.

Mientras se entregaba á esta ocupación, contemplábale su favorito con una expresión de sarcasmo y de desprecio que apenas cuidaba disimular. Una de las singularidades de aquel hombre era que en todas sus relaciones con el rey se despojaba de aquella meliflua afectación de oficiosa humildad, otro de los rasgos característicos de su conducta con los demás, y si aun en esto se asemejaba al gato, era cuando este animal estaba sobre sí, vigilante, prevenido, ágil y pronto á dar un brinco á la primera ocasión. Esta diversidad de conducta procedía sin duda de que no podía Oliverio ignorar que Luís era harto profundo hipócrita para no distinguir los verdaderos objetos por entre el velo con que se cubrieran los demás.

—¿Las facciones de ese joven—dijo Oliverio—se parecen entonces á las de aquel que vió Vuestra Majestad en sueños?

—Su parecido no puede ser más perfecto—respondió el rey, que como la mayor parte de los supersticiosos llegaba á contemporizar con las imposturas de su propia imaginación.—Por otra parte, mandé á Galeoto Martinello que hiciese su horóscopo, y me convencí enteramente, así por medio de su arte como por mis propias observaciones, que el destino de ese joven, considerado bajo varios aspectos, está sujeto á la influencia de las mismas constelaciones que el mío.

Cualquiera que fuese el juicio que formó Oliverio de los motivos que alegaba tan decididamente el monarca para apoyar la preferencia á que daba á un mozo inexperto, no se atrevió á replicar, en atención á que Luís, que durante su destierro estudiara con suma aplicación la mentirosa ciencia de la astrología judiciaria, no hubiera seguramente sufrido chanza ninguna dirigida á desacreditar sus conocimientos. Limitóse pues á contestar que esperaba que el joven desempeñaría fielmente tan escabroso encargo.

—Ya tomaremos nuestras precauciones para que no pueda proceder de otro modo—dijo Luís.—Él no sabrá más sino que lleva la comisión de escoltar á las dos condesas hasta la residencia del obispo de Lieja. Tan ignorante estará como ellas mismas de la intervención que probablemente tendrá

Guillermo de la Marck. Nadie entrará en el secreto más que el guía: es preciso pues que Tristán ó tú me proporcionéis uno á propósito para llevar á cabo mis proyectos.

—Pero en tal caso—replicó Oliverio—á juzgar por sus maneras y el país donde ha nacido, es probable que ese joven cuando vea al Jabalí de las Ardenas atacar su comitiva, eche mano de sus armas y tal vez no saldrá del paso tan felizmente como esta mañana.

—Si perece entre los colmillos del jabalí—dijo Luís con la mayor indiferencia—el bendito san Julián me deparará otro en su lugar. Mensajero muerto después de desempeñado su mensaje y botella rota después de apurado el vino, es poco más ó menos una misma cosa. Pero es preciso no perder momento en la marcha de esas señoras, y persuadir en seguida al conde de Crève-Cœur que se ha verificado sin mi consentimiento ni tolerancia, en atención á que quería entregarlas á mi buen primo, lo que no he podido verificar á causa de su repentina fuga.

—Témome que el conde sea buen podenco, y esté su amo harto prevenido contra Vuestra Majestad para que se determinen á creerlo.

—¡Virgen santísima!..... ¡Qué incredulidad sería esta para cristianos!.... Ello será fuerza que me crean, Oliverio. Manifestaré en todas las relaciones que medien con mi querido primo el duque Carlos tan completa é ilimitada confianza, que debería ser peor que un hereje para desconfiar de mi sinceridad en este punto. Tan convencido estoy de que puedo persuadir al duque de Borgoña lo que á mí me parezca, que, si preciso fuese para disipar todas sus dudas, iría á visitarle á su tienda, sin armas, montado en el más tranquilo palafrén, sin más guardia que tu persona, amigo Oliverio.

—Pues yo, señor, aunque no me alabo de saber manejar el acero bajo otra forma que la de una navaja de afeitar, antes acometería á un batallón de suizos armados con picas que acompañar á Vuestra Majestad á semejante amistosa visita hecha á Carlos de Borgoña, cuando tiene él tantos motivos para estar bien seguro de que el corazón de Vuestra Majestad alberga rencor y enemistad contra él.

—Eres un necio, Oliverio, por más que blasones tanto de sabio. ¿Ignoras que un político profundo debe aparentar á

veces llaneza é ingenuidad, así como el valor se oculta en algunos casos bajo la apariencia de cierta timidez? No pondría la menor duda en hacer lo que acabo de decir si lo exigiesen las circunstancias, como los santos bendijesen mis proyectos y las constelaciones celestes indicasen en su curso una conjunción favorable á semejante empresa.

En estos términos dió Luís XI la primera idea de la resolución extraordinaria que ejecutó más adelante con la esperanza de burlar á su eterno rival, lo que faltó poco para que no ocasionase su propia ruina.

Separándose el rey de su consejero dirigióse inmediatamente á la habitación de las señoras de Croye. No necesitó esforzarse mucho para persuadirlas á dejar la corte de Francia, luégo que les indicó que acaso no hallarían en ella decidida protección contra el duque de Borgoña: su simple permiso hubiera sido suficiente; pero no le fué tan fácil determinarlas á aceptar Lieja por lugar de su refugio. Pidiéronle y suplicáronle que las enviase á Bretaña ó á Calais, donde bajo la protección de aquel poderoso duque ó del rey de Inglaterra podrían estar en seguridad hasta que el soberano de Borgoña moderase su rigor con respecto á ellas. Pero ninguno de estos puntos de seguridad convenía á los planes de Luís, y consiguió por fin hacerlas adoptar el que favorecía la ejecución de sus proyectos.

No era dable dudar del poder que tenía el obispo de Lieja para defenderlas, pues que su dignidad eclesiástica le suministraba medios para su defensa contra todos los príncipes cristianos, y por otra parte, sus fuerzas como príncipe secular, si no eran muy considerables, bastaban á lo menos para poner su persona y las de cuantos tomaba bajo su protección al abrigo de toda violencia repentina. La dificultad consistía en poder llegar á salvo hasta la pequeña corte del obispo; pero Luís ofreció remediarlo haciendo correr la voz de que las condesas de Croye se escaparon de Tours durante la noche por temor de ser entregadas al embajador de Borgoña, y que habían tomado el camino de Bretaña. Prometióles también una pequeña escolta con cuya fidelidad podrían contar y cartas para invitar á los comandantes de las ciudades y fortalezas del tránsito á franquearles por todos los medios posibles auxilio y protección durante el viaje.

Las condesas de Croye, aunque interiormente disgustadas por la descortesía y poca generosidad con que las privaba Luís del asilo que se les había prometido en su corte, estuvieron tan lejos de hacer la menor objeción á la precipitada marcha que se les proponía, que se anticiparon á sus deseos, suplicándole que las permitiese partir aquella misma noche. La condesa Amelina estaba ya cansada de una corte donde no había festines donde lucir ni cortesanos para admirarla; y la condesa Isabel creía haber visto ya lo suficiente para inferir que si la tentación tomaba un poquito más de incremento, Luís XI, no contento con arrojarlas de su corte, no pondría el menor escrúpulo en entregarlas al irritado duque de Borgoña, su señor feudal. Su resolución satisfizo tanto más al monarca, cuanto deseaba conservar la paz con el duque Carlos, y temía que la presencia de la hermosa Isabel pusiese un obstáculo á la realización de su plan favorito, á saber, el matrimonio de su hija Juana con el duque de Orleans.





CAPÍTULO XIII.

El astrólogo.

> ¿Compararme á mí con los reyes?... Desprecio tan pobre parangón; yo soy un *sabio*, y puedo mandar los elementos .. por lo menos los hombres lo creen así; y en semejante creencia, he fundado para mí un imperio que no tiene límites.
>
> *Albumazar.*

Una rápida corriente parecía traer al joven escocés las ocupaciones y aventuras, pues no tardó en ser llamado al aposento de su capitán lord Crawford, donde, con grande admiración suya, encontró nuevamente al rey. Este príncipe empezó á decirle, relativamente á cuanto iba á honrarle y á la prueba de confianza que le merecía, varias palabras que le hicieron temer una nueva emboscada semejante á la del armario, ó alguna otra aún menos agradable expedición; pero desvanecióse no solamente esta idea, sino que bendijo su estrella, como decirse suele, al enterarse de que le escogiera el rey para escoltar, del modo más seguro, y al propio tiempo oculto, á las condesas de Croye, con cuatro hombres que estarían bajo sus órdenes, y de los cuales uno serviría de guía hasta la corte de su pariente el obispo de Lieja. Luís le entregó lo que hubiera podido llamarse un itinerario, que contenía el nombre de los puntos donde debía hacer alto, que eran en general lugares oscuros y monasterios solitarios situados á distancia de las ciudades; y además las precauciones que les era indispensable tomar, especialmente al acercarse á las fronteras de Borgoña. Dióle, por fin, instrucciones

de lo que debía practicar para pasar por mayordomo de dos distinguidas damas inglesas que volvían de una peregrinación á San Martín de Tours, é iban á cumplir otra á la santa ciudad de Colonia, con el fin de visitar las milagrosas imágenes de los tres magos, aquellos sabios monarcas de Oriente, que fueron á adorar el niño Jesús en Belén, pues en dicha calidad de peregrinas debían viajar las condesas de Croye.

Sin poder darse exacta cuenta del motivo de su agitación, sintió Quintín rebosar su corazón de alegría á la sola idea de que iba á acercarse á la hermosa del torreón, y en calidad que le daba derecho á obtener su confianza, pues á su prudencia y valor iba á confiarse principalmente el cuidado de protegerla. No tenía la menor duda de que lograría conducirla con felicidad al término de su viaje. Los peligros rara vez arredran á la juventud; y Durward, sobre todo, acostumbrado á respirar desde su niñez el aire de la libertad, intrépido y lleno de confianza en sí mismo, no pensaba en ellos sino para despreciarlos. No veía la hora de quedar libre de la presencia del rey, para poder entregarse con satisfacción á la secreta alegría que le causaban tan inesperadas nuevas, las que le excitaban unos ímpetus de placer cuya demostración hubiera sido harto impropia en presencia de semejantes testigos.

Pero Luís no había concluído todavía. Este desconfiado monarca tenía que consultar un consejero de un temple enteramente distinto del de Oliverio el Diablo, y cuya ciencia se consideraba dimanar de los astros y de las inteligencias superiores, del mismo modo que se creía generalmente que, atendidas sus consecuencias, el diablo mismo inspiraba sus consejos á Oliverio.

Luís mandó, pues, al impaciente Quintín que le siguiera y le guió á una torre apartada del castillo de Plessis, donde se hallaba instalado con bastantes conveniencias y aparato el célebre astrólogo, poeta y filósofo Galeoto Marti, ó Marcio, ó Martivalle, nacido en Narni en Italia, autor del famoso tratado de *Vulgo Incognitis*, objeto de la admiración de su siglo y de los elogios de Pablo Jovis. Floreciera por largo tiempo en la corte de Matías Corvino, rey de Hungría; pero Luís le había en algún modo engañado para atraerle á la suya, envidioso de que se aprovechase el monarca húngaro de los

consejos y compañía de un sabio, que tenía fama de leer con tanto acierto en los decretos del cielo.

Martinvalle no era uno de aquellos pálidos y ascéticos profesores de ciencias místicas que marchitan su rostro y gastan su vista pasando toda la noche sobre sus crisoles, y macerando su cuerpo con el examen de la osa polar. Entregábase á todos los placeres mundanos, y antes de volverse algo corpulento distinguiérase en la carrera de las armas y en todos los ejercicios militares y gimnásticos; de suerte que Juan Pannonio ha dejado un epígrama en versos latinos, que trata de una lucha que ocurrió entre Galeoto y un campeón célebre en aquel arte, en que el astrólogo quedó completamente victorioso.

Las habitaciones de este sabio belicoso y cortesano estaban mucho más suntuosamente amuebladas que ninguna de las que viera Quintín en el palacio del rey. El primorosamente labrado enmaderamiento de su biblioteca, lo propio que lo rico y magnífico de los tapices, eran una prueba del delicado gusto del sabio italiano. Desde su biblioteca conducía una puerta á su dormitorio y otra á un torreón, teatro de sus observaciones. Un hermoso tapete de Turquía que formó parte del botín cogido en la tienda de un bajá después de la famosa batalla de Jaiza,en que el astrólogo combatiera al lado de Matías Corvino, valeroso campeón de la cristiandad, cubría una espaciosa mesa de roble colocada en medio del aposento. Veíanse sobre aquella mesa gran número de instrumentos de matemáticas y astronomía, riquísimos todos y preciosamente trabajados. Su astrolabio de plata era regalo del emperador de Alemania, y su vara de Jacob, de ébano, engastada y embutida en oro, una demostración de aprecio del Pontífice reinante.

Presentábanse ordenados encima de la mesa ó colgados á lo largo de las paredes otros objetos de diversas clases; entre otras cosas, dos armaduras completas, una de malla y otra de finísimo acero; ambas, atendida su magnitud, parecían reconocer por dueño á Galeoto Martivalle, cuya estatura era casi gigantesca: una espada toledana, un sable escocés, una cimitarra turca; arcos, aljabas y otras armas, instrumentos de música de varias especies; un crucifijo de plata; un vaso sepulcral antiguo; varios de aquellos pequeños penates de

bronce, objetos del culto del paganismo, y otras muchas cosas que sería difícil describir, varias de las cuales, según las supersticiosas creencias de aquel siglo, parecían destinadas al arte mágico.

La biblioteca de este hombre extraordinario ofrecía también una miscelánea por el mismo estilo. Veíanse algunos curiosos manuscritos de autores clásicos, al lado de las voluminosas obras de los teólogos cristianos y de los laboriosos sabios que cultivaban las ciencias químicas y pretendían descubrir á sus discípulos los secretos más misteriosos de la naturaleza por medio de la filosofía hermética. Algunos estaban escritos en caracteres orientales, y otros ocultaban su sentido ó sus absurdos bajo el velo de geroglíficos ó signos cabalísticos.

Todo el aposento, lo propio que su rico y variado ajuar, ofrecía un cuadro calculado para causar impresión, considerando la general creencia, en aquella época indisputablemente sostenida, sobre la verdad de las ciencias ocultas. El efecto que producía era aún más vivo por el aspecto y los modales del astrólogo, quien sentado entonces en un gran sillón examinaba con curiosidad una muestra del arte de imprimir, que acababa de inventarse, salida de una prensa de Francfort.

Galeoto Martivalle era hombre alto, que á pesar de su gordura no carecía de cierta dignidad. Anduviera ya más de la mitad de la carrera de la vida, sin que el hábito contraído desde su juventud de continuo ejercicio, que no había aún totalmente abandonado, pudiese contener una natural tendencia á la obesidad, que se aumentó con la vida sedentaria que llevaba dedicado al estudio, y con su afición á los placeres de opípara mesa. Á pesar de sus facciones sumamente abultadas, conservaba noble y majestuoso aspecto, y envidiara un ermitaño su negra y crecida barba, que le caía sobre el pecho. Llevaba una bata con mangas anchas de riquísimo terciopelo de Génova, galoneada con presilla de oro, guarnecida de armiños y ajustada al cuerpo con un cinturón de ante, en el que se veían representados, de color encarnado, los doce signos del Zodíaco. Levantóse y saludó al rey, pero en ademán de hombre á quien no imponía la presencia de tan distinguido personaje, y que se consideraba en el caso de no

deber comprometer la dignidad que afectaban entonces los que se dedicaban al estudio de las ciencias.

—Estáis muy ocupado, padre—le dijo el rey—y según parece, con ese nuevo método de multiplicar los escritos por medio de una máquina. ¿Cómo es posible que objetos tan mecánicos y terrestres puedan ocupar la imaginación de un hombre para quien el firmamento desarrolla sus celestiales mapas?

—Hermano mío—respondió Martivalle, pues así llamaba al rey de Francia el habitante de aquel laboratorio, cuando se dignaba visitarle en clase de discípulo—creed que calculando los resultados de esta invención, leo en ella con tanta certeza como en la mejor combinación de los cuerpos celestes el agüero de las más admirables y estupendas variaciones. Cuando considero la lenta y escasa corriente con que el río de la ciencia nos ha traído sus aguas hasta el día, la dificultad que tienen en procurársela los que de ella están más sedientos, el desprecio con que la miran los que no piensan más que en sus comodidades, la funesta posibilidad de que se desvíe ó se seque á causa de las invasiones de la barbarie, ¿puedo yo contemplar sin asombro y maravilla los destinos de las futuras generaciones, sobre las cuales los conocimientos caerán como abundante lluvia, sin que se interrumpan ni disminuyan, fertilizando ciertas comarcas, inundando otras, trastornando todo el sistema de la vida social, estableciendo y destruyendo religiones, erigiendo y arruinando reinos...

—Un momento, Galeoto—exclamó Luís—todas esas variaciones, ¿sucederán en nuestros tiempos?

—No, hermano mío—respondió Martivalle—esta invención puede compararse á un arbolillo que acaba de plantarse y que dará en los futuros siglos precioso pero fatalísimo fruto, como el del Edén, es decir, la ciencia del bien y del mal.

—Allá se las haya la posteridad—dijo Luís después de una breve pausa.—Nosotros vivimos en el siglo presente, y á este sólo debemos dedicar nuestros cuidados. El mal de cada día sobra ya para ocuparnos. Decidme, ¿concluísteis el horóscopo que os encargué y sobre el cual me hicisteis ya alguna observación? Aquí os traigo la parte interesada, á fin de que podáis emplear en ella la quiromancia ó la ciencia que más os acomode. El negocio urge.

Levantóse el sabio y acercándose al joven guardia, fijó en él sus rasgados ojos negros, sumamente vivos, como si se ocupase interiormente en analizar todos los contornos y líneas de su fisonomía. Confuso y avergonzado Quintín de ser el objeto de tan serio examen por parte de un hombre de tan venerable é imponente aspecto, bajó los ojos y no los levantó hasta mandárselo con imperioso acento el astrólogo.

—No te asustes: levanta los ojos y dame esa mano.

Cuando Martivalle hubo examinado la mano derecha de Durward con todas las ceremonias que exigían las misteriosas artes que profesaba, llamó aparte al rey y separóle algunos pasos.

—Real hermano mío—le dijo—la fisonomía de ese joven, junto con las líneas impresas en su mano, confirman maravillosamente el informe que os dí sobre su horóscopo; los progresos que vos mismo habéis hecho en nuestro arte sublime, os han dado lugar á formar un concepto igual al mío: todo indica que ese joven será valiente y dichoso.

—¿Y leal?—dijo el rey—pues la lealtad no es siempre compañera inseparable del valor y de la dicha.

—Leal también—respondió el astrólogo—pues sus ojos y miradas contienen una firmeza varonil y su *linea vitæ* es recta, profundamente marcada, lo que prueba que será fiel y lealmente adicto á los que le hagan algún bien ó le otorguen su confianza. Sin embargo...

—Sin embargo!...—repitió el rey.—Y bien, padre Galeoto, ¿por qué no continuáis?

—Los oídos de los reyes se parecen al paladar de aquellos enfermos delicados que no pueden sufrir lo amargo de los medicamentos necesarios á su curación.

—Mis oídos y mi paladar están agenos de semejante delicadeza. Puedo oir cualquier buen consejo y tragarme cualquier medicina saludable, sin dárseme cuidado ni de lo severo del uno, ni de lo acibarado de la otra. Cuando niño no me echaron á perder con mimos y contemplaciones; y he pasado mi juventud en los sufrimientos y destierro. Las advertencias más duras suelen penetrar por mis oídos sin lastimarlos.

—Os diré pues con franqueza, señor, que si hay en la expedición que proyectáis alguna cosa... alguna cosa que... en fin, que pueda espantar una conciencia timorata, no debéis con-

fiarla á ese joven, á lo menos hasta que algunos años pasados en servicio vuestro le hayan quitado todo escrúpulo como á los demás.

—Y es esto todo lo que no os atrevíais á decirme, mi buen Galeoto? ¿Teníais algún temor de ofenderme hablándome de este modo? Ah! yo sé que vos estáis bien persuadido de que no puede uno dejarse guiar en el camino de la política del trono por máximas abstractas dictadas por la religión y la moral, (1) como podemos y debemos hacerlo sin interrupción en el de la vida privada. ¿Sabéis por qué nosotros, príncipes de la tierra, fundamos iglesias y monasterios, emprendemos peregrinaciones, nos imponemos penitencias y hacemos actos de devoción, de que pueden dispensarse los demás? Porque el bien público y el interés de nuestros reinos nos obligan á tomar ciertas medidas que no pueden menos de cargar nuestras conciencias como cristianos. Pero el cielo es misericordioso; tiene la Iglesia un fondo inagotable de méritos y la intercesión de nuestra Señora de Embrun y de los gloriosos Santos es continua y omnipotente.

Al decir esto, quitóse el sombrero, púsole sobre la mesa, y arrodillándose delante de las imágenes de plomo colocadas, alrededor, dijo: «*Sancte Huberte! sancte Juliane! sancte Martine! sancta Rosalia! santi quotquot adestis!... orate pro me peccatore!*» Golpeóse el pecho, levantóse, púsose otra vez el sombrero, y volviéndose al astrólogo:

—Estad seguro, amado padre mío—le dijo—que si en la expedición que proyecto hubiese algún requisito de la clase que acabáis de significarme, no se confiara la ejecución á ese joven, ni aun se le llegara á enterar de aquella parte del plan.

—Obraréis en esto sabiamente, real hermano mío. Puédese temer también alguna cosa de la impetuosidad de ese joven, defecto inherente á todos los de temperamento sanguíneo; pero según todas las reglas del arte, esta circunstancia no puede entrar en comparación con las demás bellas cuali-

---

(1) Adviértase que todo lo que se dice en este pasaje y otros semejantes de esta historia, no son más que pinceladas muy conformes á la índole de Luís XI, para pintar su carácter artificioso é hipócrita. (N. del T.

dades descubiertas por su horóscopo y por otros medios.

—¿La media noche será hora favorable para dar principio á un peligroso viaje? Consultad vuestras efemérides; allí están. Ya véis la posición de la luna con respecto á Saturno, y la influencia de Júpiter. Paréceme, salva la sumisión á vuestros superiores conocimientos, que este es un agüero de feliz éxito para el que mande partir una expedición á esta hora.

—Sí—respondió el astrólogo después de un instante de reflexión—esta conjunción promete buen resultado *al que manda partir* la expedición; pero imagino que estando Saturno en combustión amenaza riesgos é infortunios *á los que parten:* de lo que saco por consecuencia que el viaje puede ser peligroso y aun fatal para los que lo emprenden á semejante hora. Esta adversa conjunción presagia actos de violencia y un cautiverio.

—¿Violencia y cautiverio con referencia á los que parten—dijo el rey—pero buen resultado para el que manda partir?... ¿No es esto lo que me decís, sabio padre mío?

—Exactamente—respondió Martivalle.

Luís no contestó á esta predicción, que probablemente aventurara el astrólogo porque veía que el objeto sobre que se le consultaba encubría algún peligroso proyecto. Ni aun dejó siquiera entrever hasta qué punto concordaba con sus miras, que como sabe el lector, no eran otras que poner á la condesa Isabel de Croye en manos de Guillermo de la Marck, caballero de elevada cuna, pero degradado por sus crímenes, hasta el extremo de convertirse en jefe de bandidos, célebre por su turbulento carácter y feroz ardimiento.

Sacó entonces el rey un papel de la faltriquera, y antes de entregarlo á Martivalle, le dijo con tono muy parecido al que se usa en las apologías:

—Sabio Galeoto! No os admire que, poseyendo en vos un oráculo, un tesoro, una ciencia superior á la de todo sér viviente de nuestros días, sin exceptuar al mismo Nostradamus, desee frecuentemente aprovecharme de vuestros conocimientos en medio de las dudas y dificultades que rodean á un príncipe que tiene que hacer frente en sus dominios á osados rebeldes, y fuera de ellos á poderosos é inveterados enemigos.

—Señor—respondió el filósofo—cuando me invitasteis á

abandonar la corte de Buda por la de Plessis, lo hice con la firme resolución de poner al arbitrio de mi real protector todo aquello de que fuese capaz mi arte para su mayor utilidad y provecho.

—Lo agradezco, mi buen Martivalle—dijo el rey.—Atended ahora, pues, á esta pregunta.

Desarrolló entonces el papel que tenía en la mano y leyó lo siguiente:

«Un hombre empeñado en importante cuestión, que parece deberá ser decidida por las leyes ó por la fuerza de las armas, desea terminar amistosamente este negocio por medio de una entrevista personal con su adversario. Pregunta: ¿cuál será el día propicio para realizar su propósito, como también cuál éxito puede este tener, y si su antagonista corresponderá á esta prueba de confianza con gratitud y franqueza, ó abusará de las ventajas que la mencionada conferencia le proporcione?»

—Esta es una pregunta importante—respondió Martivalle cuando el rey hubo terminado la lectura.—Requiere que trace un planetario, y consuma sobre él muchas horas de vastas y profundas meditaciones.

—Hacedlo, padre mío, mi maestro en ciencias—repuso Luís—y conoceréis lo que es servir y obligar á un rey de Francia. He resuelto, si lo permiten las constelaciones, y mis débiles conocimi ntos me inducen á creer que favorecen mis proyectos, poner en algún peligro mi propia persona para terminar de una vez esas guerras anti-cristianas.

—¡Ojalá los Santos protejan las piadosas intenciones de Vuestra Majestad—respondió el Astrólogo—y velen por vuestra sagrada persona!

—Gracias, docto padre—dijo Luís.—Entre tanto, he aquí alguna cosita para que podáis aumentar vuestra preciosa biblioteca.

Diciendo esto, puso debajo de un libro un pequeño bolsillo con oro, pues mezquino hasta en sus supersticiones, juzgaba haber comprado los servicios del astrólogo á precio regular con la pensión que le tenía señalada, y creíase con derecho á hacer uso de sus talentos, con módica paga, aun en las más importantes ocasiones.

Luís, para valernos del idioma forense, habiendo así satis-

fecho los honorarios de su abogado consultor, volvióse á Durward, diciéndole:

—Sígueme, mi buen escocés, sígueme como un hombre escogido por el Destino y por un soberano para llevar á término una importante empresa. Procura que todo esté pronto para que puedas poner pié en el estribo el instante mismo en que la campana de San Martín dé las doce de la noche. Un minuto más tarde ó temprano podría hacerte perder el favorable aspecto de las constelaciones que tan propicias se muestran á tu expedición.

Dicho esto, partió Luís, seguido del joven arquero; y apenas estuvieron fuera del aposento, entregóse el astrólogo á reflexiones harto distintas de las que parecían animarle mientras estuvo presente el monarca.

—¡Miserable avaro!—exclamó palpando el bolsillo, pues no poniendo límites á sus gastos, tenía siempre necesidad de metálico.—¡Vil y sórdido usurero! La mujer de un capitán de buque mercante daría más por saber si su marido llegará á salvamento. ¡Él adquirir una tintura de las bellas letras!..... sí, cuando la zorra gruñendo y el lobo aullando puedan pasar por músicos..... ¡Él leer en el glorioso blasón del firmamento!..... sí, cuando el topo ciego tenga los ojos del lince... *Post tot promissa*..... después de haberme hecho tantos ofrecimientos para arrancarme de la corte del magnífico Matías, donde el huno y el turco, el cristiano y el infiel, el Czar de Moscovia y el Kan de los Tártaros contendían sobre quién me colmaría más de regalos! ¿Juzga acaso que soy yo hombre para pasar miserable vida en este vetusto castillo como pájaro en jaula pronto á melodioso trino para cuando le diere á él la gana de silbar?... No, á fe mía..... *Aut inveniam viam, aut faciam*. Descubriré ó imaginaré algún medio..... El cardenal de La Balue es político y liberal: verá la pregunta que el rey acaba de hacerme, y culpa será de su eminencia si no hablan los astros conforme él desee.

Cogió de nuevo el bolsillo que despreciaba y sacudióle en la mano como para formar juicio de su peso.

—Podría suceder—dijo—que se hallase en el fondo de este miserable bolsillo alguna perla ó joya de gran valor: he oído decir que puede ser generoso hasta la prodigalidad cuando á ello le mueve su capricho ó lo exige su interés.

Vació el bolsillo sobre la mesa, y halló en él ni más ni menos que diez monedas de oro, lo cual le ocasionó otro arrebato de indignación.

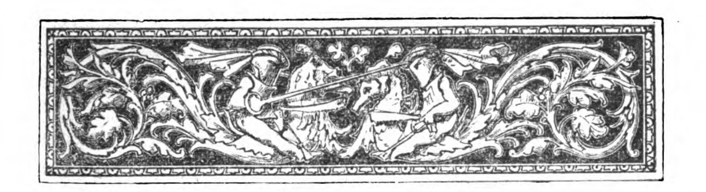
—¿Cree acaso—continuó—que por esta miserable gratificación ejerceré yo la celestial ciencia que estudié con el Abad armenio de Istrahoff, quien pasó cuarenta años sin ver el sol, y con el griego Dubrario, de quien se asegura que había resucitado muertos, y visitado también el Scheik Ebn-Kali en su gruta de la Tebaida? ¡No, vive Dios! El que desprecia la ciencia perecerá por su ignorancia... Diez monedas de oro!...



Casi me avergonzaría de ofrecer esta suma á Antoñita para alfileres.

Á pesar de tantas exclamaciones y arrogancias, no por esto dejó el irritado sabio de meter el despreciado oro en una escarcela que llevaba en el cinturón, y que Antoñita y otras personas que cooperaban á sus extravagantes gastos solían agotar con mayor prontitud de la que el filósofo con toda su ciencia hallaba medio para llenar. (1)

(1) Véase la nota I.—*Galeoto.*



CAPÍTULO XIV.

El viaje.

> Todavía te veo, hermosa Francia, tierra favorecida por la naturaleza y el arte: aún te contemplo á ti y á tus hijos, para quienes el trabajo viene á ser como un recreo, tal es la largueza con que tu suelo agradecido les devuelve el tributo que cultivándole le pagan; veo también á tus hijas de tez tostada por los rayos del sol, con sus risueños ojos y sus lustrosas trenzas, negras como el plumaje del cuervo. Francia privilegiada, tú tienes, sin embargo, en los antiguos y modernos tiempos muchas historias tristes que contar.
>
> *Anónimo.*

Evitando entablar conversación con nadie absolutamente, pues esta es la orden que recibiera, dióse prisa Durward en revestirse de una excelente coraza, aunque sin adornos, tomó sus brazaletes y demás piezas de armadura, y defendió su cabeza con un buen casco de acero sin visera, añadiendo un sobretodo de piel de camello bien preparado y bordado en todas las costuras, prenda que no llevara de más precio un oficial superior al servicio de alguna ilustre familia.

Estas armas y traje fueron llevados á su aposento por Oliverio, quien con tranquilo ademán é insinuante sonrisa participóle que su tío había recibido orden de montar la guardia, para que no pudiera hacerle ninguna pregunta sobre la causa de tan misteriosos preparativos.

—Procuraremos disculparos con vuestro pariente—le dijo Oliverio sonriéndose todavía—y... querido hijo mío, cuando

estéis de vuelta sano y salvo después de haber desempeñado una comisión tan agradable, no dudo que seréis considerado digno de una promoción que os dispensará en lo sucesivo de dar cuenta á ñadie de vuestras acciones, y que antes al contrario, os colocará á la cabeza de gentes que deberán daros razón de las suyas.

Así se expresaba Oliverio el Diablo, calculando probablemente en su idea los sucesos que podían dar lugar á creer que el joven á quien estrechaba cordialmente la mano mientras hablaba, debía por precisión encontrar la muerte ó el cautiverio en el desempeño de su comisión. Á estas lisonjeras expresiones añadió como gratificación de parte del rey un pequeño bolsillo lleno de monedas de oro, con que pudiera atender á los gastos del viaje.

Algunos minutos antes de media noche, Quintín, con arreglo á sus instrucciones, encaminóse al segundo patio del castillo, y se paró cerca de la torre del Delfín, que como saben nuestros lectores, fué destinada para residencia temporal de las condesas de Croye. Encontró allí los hombres y caballeros que debían componer la escolta, dos mulas cargadas de bagaje, tres palafrenes para las dos condesas y una leal doncella que las seguía; y para él un soberbio bridón, cuya silla, guarnecida de acero, brillaba á los pálidos rayos de la luna. Ni una sola palabra se pronunció de una ni de otra parte para darse á conocer. Los hombres permanecían inmóviles en sus sillas como si fuesen estatuas; y Quintín, á la débil luz del astro de la noche, notó con satisfacción que iban bien armados, llevando largas lanzas. No eran más que tres; pero uno de ellos dijo en voz baja á Durward con marcado acento gascón, que debía reunírseles su guía más allá de Tours.

Observábase entretanto, que en la torre pasaban continuamente luces de una á otra ventana, cual si las damas que la habitaban se diesen prisa en sus preparativos de marcha. Vióse por fin abrirse una puertecita que comunicaba al patio desde el cuarto bajo de la torre, y salieron por ella tres mujeres acompañadas de un hombre embozado en larga capa. Colocáronse en los palafrenes que les tenían preparados; y el hombre que las acompañaba se adelantó para dar el santo y hacer las señales necesarias á los vigilantes guardias que ocupaban los apostaderos por los cuales tuvieron que pasar

sucesivamente. Llegaron por fin á la última de aquellas formidables barreras, donde hizo alto el hombre que les sirviera de guía y dijo en voz baja algunas palabras á las dos condesas con aire de oficioso apresuramiento.

—¡Protéjaos el cielo, señor!— respondió una voz que hizo estremecer el corazón de Durward—y él os perdone si habéis tenido miras más interesadas de lo que expresan vuestras palabras!

El hombre á quien la señora hablara de esta suerte, murmuró una respuesta que no pudo oirse y volvió á entrar en el castillo, mientras Quintín, al resplandor de la luna, creyó reconocer en él al mismo rey, á quien el deseo de asegurarse bien de la partida de las damas había sin duda determinado á honrarla con su presencia, por temor de que alguna perplejidad por parte de ellas ó de los guardias del castillo no suscitase imprevistas dificultades.

Mientras la cabalgata estuvo en las inmediaciones del castillo, fué preciso que marchase con muchas precauciones para evitar las trampas, lazos y celadas que amenazaban la vida de aquellos que no las conocían. Pero el gascón parecía tener el hilo de Ariadna para guiarse en aquel laberinto; y al cabo de un cuarto de hora de marcha halláronse más allá de los límites de Plessis el Parque y á corta distancia de la ciudad de Tours.

La luna acababa de salir enteramente de entre las nubes que hasta entonces la ciñeran y ofuscaran, y derramaba un océano de amena luz sobre el paisaje no menos delicioso. Veían nuestros viajeros correr las majestuosas aguas del soberbio Loira por la más rica llanura de Francia, serpenteando entre orillas ornadas de torres y azoteas, de viñas y plantíos de moreras. Divisaron la ciudad de Tours, la antigua capital de la Turena, dominada por las torres que defendían sus puertas, y sus fortificados muros plateados por los rayos de la luna, en tanto que, del recinto que aquellos formaban, veíanse sobresalir las más elevadas fábricas de aquel inmenso edificio gótico que la devoción del santo obispo Perpetuo erigiera en época tan remota como en el siglo quinto, y que el celo de Carlo Magno y de sus sucesores aumentara considerablemente, empleando harto soberbia arquitectura para convertirle en el más magnífico templo de toda la Francia. Las

torres de la iglesia de San Graciano se descubrían tan claramente como el sombrío y formidable castillo que, según fama, sirviera en otro tiempo de residencia al emperador Valentiniano.

Por más que las circunstancias en que se hallaba el joven escocés fuesen tan á propósito para absorber sus ideas, acostumbrado, sin embargo, á los salvajes aunque pintorescos espectáculos de su patria, no pudo menos de admirar con entusiasmo una escena que el arte y la naturaleza parecían haberse complacido en enriquecer á porfía con todo el esplendor de sus recursos, y cuya magnificencia resaltaba más comparada con los áridos paisajes de Escocia. Distrájole de su contemplación la voz de la condesa Amelina, que excedía una octava por lo menos del melodioso sonido de aquella voz que regaló su oído al despedirse del rey Luís. Dijo que deseaba hablar con el jefe de la escolta, y entonces Quintín espoleando diestramente su caballo, presentóse á las dos damas en calidad de tal, después de lo que, la condesa Amelina le sometió al siguiente interrogatorio:

—¿Cuál es vuestro nombre y condición?

Durward la satisfizo sobre ambos puntos.

—¿Conocéis bien el camino?

Quintín no podía asegurarle que le conociese muy bien; pero díjole que había recibido instrucciones detalladas; que á la primera parada debía encontrar un guía capaz bajo todos conceptos de dirigir su marcha ulterior, y que, interín, hacía sus veces un jinete que acababa de reunírseles y que completaba su escolta.

—¿Y cómo os escogieron para tal servicio? Se me ha dicho que sois el mismo joven que estaba ayer de guardia en la galería donde encontramos á la princesa de Francia. Parecéis harto mozo y de poca experiencia para confiaros semejante comisión. Por otra parte, no sois francés, pues habláis nuestra lengua con acento extranjero.

—Mi deber, señora, es ejecutar las órdenes del rey, y no discutir los motivos.

—¿Sois noble?

—Esto puedo asegurarlo en conciencia, señora.

—¿Y no sois vos —le preguntó la condesa Isabel, dirigiéndole á su vez la palabra, aunque con tímido acen-

to—el que ví con el rey en la posada de la *Flor de lís*? Quintín respondió afirmativamente, bajando la voz, acaso por experimentar igual sentimiento de timidez.

—En este caso—querida tía—continuó la condesa—juzgo que nada tenemos que temer hallándonos bajo la salvaguardia del señor: no tiene trazas de hombre á quien haya podido confiarse con prudencia la ejecución de un plan de traición y de crueldad contra dos mujeres indefensas.

—Juro por mi honor, señora—exclamó Durward—por la gloria de mi familia, y por los restos de mis abuelos, que no quisiera por toda la Francia y la Escocia reunidas ser culpable de traición y de crueldad en lo que vos decís.

—Os explicáis noblemente, joven—dijo la condesa Amelina—pero ya estamos acostumbradas á las azucaradas palabras del rey de Francia y de sus agentes. Así es cómo nos determinó á buscar un asilo en Francia, cuando hubiéramos podido con menos peligro que hoy hallarle en el palacio del obispo de Lieja, ó ponernos bajo la protección de Venceslao de Alemania, ó Eduardo de Inglaterra. ¿Y en qué han venido á parar los ofrecimientos del rey? En ocultarnos indigna y vergonzosamente como géneros de ilícito comercio, bajo nombres plebeyos, en una miserable hostería; cuando tú sabes, Marta—añadió volviéndose á la doncella—que nunca nos entregamos á las tareas del tocador sino bajo dosel y sobre tablado de tres gradas. Aquí nos veíamos obligadas á vestirnos en tierra llana como si fuésemos dos lecheras.

Marta convino en que su ama decía harto triste verdad.

—Gustara yo que no tuviésemos más motivos de queja que este, querida tía—dijo Isabel:—de buena gana lo pasara sin todo ese aparato de grandeza.

—Pero no de sociedad, sobrina mía; esto es imposible.

—De todo, querida tía—respondió Isabel con una voz que penetró hasta el corazón de su joven conductor—sí, de todo absolutamente, como hubiese encontrado honroso y seguro asilo. No deseo, y bien sabe Dios que no he deseado nunca ocasionar una guerra entre la Francia y Borgoña, mi patria. Sentiría en extremo que por mi causa perdiese un solo hombre la vida. Yo no pedía otra cosa que el permiso de retirarme al convento de Noirmontiers ó á algún otro santo monasterio.

—Hablas como una loca, sobrinita mía, y no como corresponde á la hija de mi noble hermano. Es una felicidad que exista todavía quien conserve algún resto de la arrogancia de la ilustre familia de Croye. ¿Cómo se distinguiría una dama de elevada alcurnia, de una lechera tostada por el sol, sino porque se rompen lanzas por la una y varas de avellano por la otra? Dígote, niña, que cuando me hallaba yo en la flor de la juventud, como que tenía tan pocos años como tú ahora, sostúvose en honor mío el famoso torneo de Haflinghem. Eran cuatro los mantenedores y llegaron hasta doce los aventureros; costó la vida á dos caballeros, y hubo un espinazo, un omoplato, tres piernas y dos brazos rotos, y eso sin mencionar las heridas y contusiones, que fueron tantas que no pudieron contarlas los heraldos. Así es como siempre fueron honradas las damas de nuestra familia. ¡Ah! con que sólo tuvieses la mitad del valor de tus abuelas, no dejarías de hallar medio en alguna corte, donde todavía se honrasen el amor y las proezas, para que se celebrara un torneo de que fuese tu mano el premio, como la de tu bisabuela, de feliz memoria, lo fué de la célebre justa de Estrasburgo; y te asegurarías de esta suerte la mejor lanza de Europa para defender los derechos de la casa de Croye contra la opresión del duque de Borgoña y la política de Francia.

—Pero, querida tía, mi ancianita ama de leche solía decirme que á pesar de haber sido el *Ringrave* la mejor lanza de la famosa justa de Estrasburgo, y obtenido por ello la mano de mi respetable bisabuela, de feliz memoria, no fué este matrimonio muy dichoso, porque solía reprenderla muy á menudo, y aun sacudirla algunas veces.

—¿Y por qué no?—exclamó Amelina en medio de su entusiasmo novelesco por la caballería.—¿Por qué aquellos brazos victoriosos, acostumbrados á dar de punta y corte en campo abierto, debían refrenar en el hogar doméstico su energía? En cuanto á mí, preferiría que me apalease dos veces al día un marido cuyo brazo fuese tan temible para los demás como para mí misma, á ser la esposa de un cobarde que no se atreviese á cargar la mano ni en su mujer ni en otro ninguno.

—Buen provecho os haga, querida tía, tan turbulento esposo, y no creo que llegue el caso de que yo os lo envidie; pues

si puede tolerarse la idea de algún miembro roto en un torneo, no sucede lo propio en el estrado de una dama.

—Pero por más cierto que sea que nuestro antepasado, de gloriosa memoria, el Ringrave Gottfried tuviese algo fuerte el genio y fuese aficionado con algún exceso al vino del Rhin, no por esto debe sacarse en consecuencia que no pueda celebrarse matrimonio con un caballero distinguido sin que medien solfeados de esta clase. El buen caballero es un corderito con las damas y un león en el palenque con sus antagonistas. Hubo un Teobaldo de Montigni, ¡Dios le tenga en gloria! que era el hombre más pacífico del mundo, y tenía por tal grosería el levantar la mano contra una mujer, que venciendo como vencía, en campo abierto, todos los enemigos que se le presentaban, dejábase apalear en su casa por una hermosa enemiga. Ahora bien, culpa fué suya: era uno de los mantenedores del torneo de Haflinghem, y mostró tal brillo y gallardía, que á ser tal la voluntad del cielo y de vuestro abuelo, hubiérase encontrado acaso una señora de Montigni que correspondiese mejor á su bondadoso carácter.

La condesa Isabel, que tenía algún motivo para temer el ponderado torneo de Haflinghem, por ser un punto de que hablaba su tía en todas ocasiones con mucha difusión, procuró dar á la conversación otro giro; y Quintín, á fuer de joven bien educado, temiendo ser de más su presencia, dió un espolazo al caballo y fué á reunirse con el guía, como para hacerle algunas preguntas acerca del camino.

Entretanto las dos damas continuaron el viaje en silencio, ó hablaron de cosas que por su nimiedad hacemos gracia de ellas á nuestros lectores. El día empezó por fin á rayar, y como discurrieran algunas horas desde su partida, temiendo ya Durward que estarían rendidas de fatiga, mostró gran impaciencia para llegar á la primera parada.

—Dentro de media hora la descubriremos—dijo el guía.

—¿Y entonces nos dejaréis á la dirección de otro?—preguntó Quintín.

—Sí, señor; mis viajes son siempre cortos y en línea recta. Cuando vos y muchos otros, señor arquero, describís una curva en forma de arco, yo sigo siempre la cuerda.

La luna abandonara el horizonte buen rato hacía; pero la luz de la aurora principiaba á resplandecer con vivo fulgor

en el Oriente y reflejábase en el cristal de un pequeño lago, cuyas márgenes empezaron á seguir los viajeros pocos momentos antes. Extendíase este lago en medio de una vasta llanura, donde crecían árboles aislados, algunos bosquecillos de arbustos, y una porción de zarzales; pero harto descubierta para que permitiera distinguir ya los objetos con bastante precisión. Quintín echó una ojeada al individuo junto al cual se hallaba, y por entre la sombra de un sombrero de anchas alas, que parecía un chambergo español, reconoció las burlescas facciones de aquel mismo Andresillo, cuyos dedos, de acuerdo con los de su lúgubre cofrade Tres-Escalas, desplegaran poco tiempo antes tan desagradable actividad por los contornos de su cuello.

Como el verdugo es mirado en Escocia con un horror que casi raya en superstición, Quintín, cediendo á maquinal movimiento, no destituído en un todo de temor, que el recuerdo de la aventura que le pusiera á dos dedos de la muerte no contribuía á disminuir, volvió á la derecha su caballo, y picándole al mismo tiempo con la espuela, le hizo dar una media vuelta que le puso á siete ú ocho piés de distancia de su odioso compañero.

—¡Hola! ¡hola! — exclamó Andresillo;—por nuestra Señora de la Grève, que el joven no nos olvidó, á lo que parece. Bien, camarada, espero que no por esto me guardáis rencor. Cada cual se gana la vida como puede. Nadie tiene que avergonzarse de haber pasado por mis manos; pues cuelgo de un árbol un fruto vivo con tanta limpieza como lo permite el oficio, y Dios me hizo de más á más la gracia de darme un genio de los más festivos y alegres. ¡Ah!... ¡ah!.... ¡ah!.... podría citaros pasos tan chistosos ejecutados en el centro de la escalera, que me ví obligado á apresurar la maniobra para que mis parientes no se muriesen de risa, lo que hubiera sido un atentado contra mi ministerio.

Al terminar estas palabras avanzó algunos pasos para salvar la distancia que había puesto entre ellos el escocés, y díjole al mismo tiempo:

—Vamos, señor arquero, fuera fanfurriñas, pues en cuanto á mí, cumplo siempre mi deber alegremente y sin rencor; y nunca aprecio tanto á un hombre como cuando le pongo mi cordón al cuello, para crearle caballero de la Orden

de San Patíbulo, nombre que el digno preboste *Llévete el diablo* suele dar al santo patrón de la guardia prebostal.

—Retírate, miserable—dijo Quintín al ejecutor de las sentencias de la ley, viendo que intentaba acercarse;—retírate, digo, ó me pondrás en el apuro de enseñarte el intervalo que separa á un hombre de honor de la hez más despreciable de la sociedad.

—¡Hola! ¡hola!—dijo Andresillo.—¡Qué viveza es la vuestra!... Si hubiéseis dicho un hombre de bien, vaya con Dios, podría haber en esto algo de verdad; pero en cuanto á los hombres de honor, tengo todos los días que rozarme con ellos tan intensamente, como estuve á pique de practicarlo con vos mismo; pero quedad con Dios: ya me voy, pues así lo queréis. Os hubiera regalado un frasco de vino de Auvernia para anegar la memoria de todo rencorcillo; pero ya que vos despreciáis mi atención, echad todo el hocico que podáis. Yo nunca riño con mis parroquianos, mis lindos danzarines, mis compañeros de juego, mis camaraditas, como Jaime el Carnicero suele llamar á sus corderos; en una palabra, con aquellos que, como su merced, llevan escrita en su frente con grandes caracteres la palabra CUERDA. No, no; que me traten como quieran, no por esto me hallarán menos dispuesto á servirles cuando llegue la ocasión: y vos mismo veréis, cuando volváis á caer en mis manos, que Andresillo es hombre que sabe perdonar un agravio.

Dicho esto, resumiéndolo todo con guiñar los ojos de una manera provocativa, y haciendo con la boca aquel ruido con que se excita á un caballo perezoso, tomó por el otro lado del camino y dejó á Durward digerir sus sarcasmos del mejor modo que le permitiera su orgullo escocés. Sintió Quintín violentas tentaciones de solfearle las costillas con el cuento de su lanza hasta romperla; pero reprimió su enojo, pensando que de una contienda con semejante hombre no podría resultarle lauro alguno en ningún tiempo y lugar, y aun en esta ocasión se reputaría por un delito que podría tener las más fatales consecuencias. Devoró, pues, su rabia, sin contestar una palabra á las imprudentes chanzas del señor Andresillo, contentándose con desear de todo su corazón que no hubiesen llegado á los oídos de las damas que

escoltaba, en cuyo espíritu hubieran hecho una impresión poco ventajosa para él, si le consideraran merecedor de tales sarcasmos.

No tuvo lugar de entregarse por mucho rato á estas reflexiones, pues fueron interrumpidas por agudos gritos que profirieron las damas á un mismo tiempo:

—¡Ved, ved lo que pasa detrás de nosotras! Por amor del cielo defendeos y defendednos. ¡Somos perseguidas!

Quintín volvió inmediatamente la cabeza, y vió que, en efecto, dos caballeros armados parecían perseguirles; y con el paso que llevaban sus corceles iban á alcanzarles muy pronto.

—Serán—dijo—algunos soldados de la guardia del gran Preboste que harán la ronda en el bosque. Adelántate tú—continuó dirigiéndose á Andresillo—y mira si los conoces.

Andresillo obedeció; y después de haber hecho su reconocimiento, respondió inclinándose ante él con cierta ironía:

—Esos caballeros, mi digno señor, no son camaradas vuestros ni míos: quiero decir, que no pertenecen ni á la guardia del rey ni á la prebostal, pues me parece que llevan casco con visera calada y golas; ¡malditas sean las golas! Es la pieza que más me disgusta de la armadura: algunas veces he consumido más de una hora antes de poder separarla.

—¡Nobles señoras!—dijo Durward sin prestar atención á las palabras de Andresillo—pasad adelante, no tan aprisa, que tenga ello trazas de fuga, pero lo suficiente para aprovecharse del obstáculo que voy á oponer á la marcha de esos dos caballeros que nos siguen.

La condesa Isabel dirigió una mirada á Quintín y dijo al oído algunas palabras á su tía, quien habló al joven en estos términos:

—Hemos puesto en vos toda nuestra confianza, señor arquero, y preferimos correr cualquier peligro en vuestra compañía á adelantarnos con ese hombre, cuya fisonomía no nos parece de buen agüero.

—Como gustéis, señoras—respondió el joven escocés—finalmente no son más que dos, y por más caballeros que sean, según parece indicar su armadura, experimentarán, si llevan alguna mala intención, cómo sabe un escocés cumplir con su deber en presencia y defensa de personas de vuestro mérito y clase.—¿Quién de vosotros—continuó dirigiéndose

á los tres hombres que mandaba — quiere ser mi compañero para romper una lanza con esos dos caballeros?

Dos de ellos dieron muestras de poca resolución; pero el tercero, Beltrán Guyot, juró que «aun cuando fuesen caballeros de la Tabla redonda del rey Arturo, por vida del cancerbero, se batiría con ellos por el honor de la Gasçuña.»

Mientras así hablaban, los dos caballeros, pues no parecían de inferior condición, llegaron á retaguardia de la pequeña comitiva, compuesta de Quintín y del alentado gascón: era su armadura de brillante acero, pero no llevaban divisa alguna que les diese á conocer.

Uno de ellos, acercándose, gritó á Quintín:

—Retiraos, señor escudero; venimos á relevaros de un puesto superior á vuestra condición y clase. Haréis muy bien en abandonar esas señoras á nuestros cuidados; y les tendrá á ellas más cuenta, pues con vos van poco menos que prisioneras.

—Para contestar á vuestra solicitud, señores —respondió Durward— empezaré diciendo que cumplo con un deber que me ha sido impuesto por mi soberano actual; y después, que por más indigno que sea de semejante honor, estas señoras desean continuar bajo mi protección.

—¡Cómo, bribón!...—exclamó uno de los dos campeones. —¿Te atreverías, mendigo vagabundo, á oponer alguna resistencia á la voluntad de dos caballeros?

—¡Resistencia!... Habéis acertado el término —respondió Quintin —pues mi intento es resistir á vuestro insolente é ilegal ataque; y si existe entre nosotros alguna diferencia en la clase, lo que falta averiguar todavía, vuestra desatenta conducta la hace desaparecer. Sacad, pues, vuestra espada; ó si intentáis serviros de la lanza, preparaos y tomad campo.

Los dos caballeros dieron media vuelta y se colocaron á la distancia de unos doscientos pasos. Quintín, echando una mirada á las condesas, inclinó su cuerpo sobre la silla como para suplicarles que le favoreciesen en sus votos; y mientras ellas agitaban los pañuelos para darle ánimo, los otros dos campeones habían llegado á la distancia oportuna para cargar.

Recomendando al gascón que se portase como valiente, dió

Durward el galope á su caballo, y encontráronse los cuatro jinetes en el centro del terreno que los separaba. El choque fué fatal para el pobre gascón, pues su adversario, habiéndole dirigido el arma al rostro, que no estaba guarecido con la visera, introdújole por un ojo la punta de la lanza, que penetró hasta el cerebro, dejándole muerto en el acto.

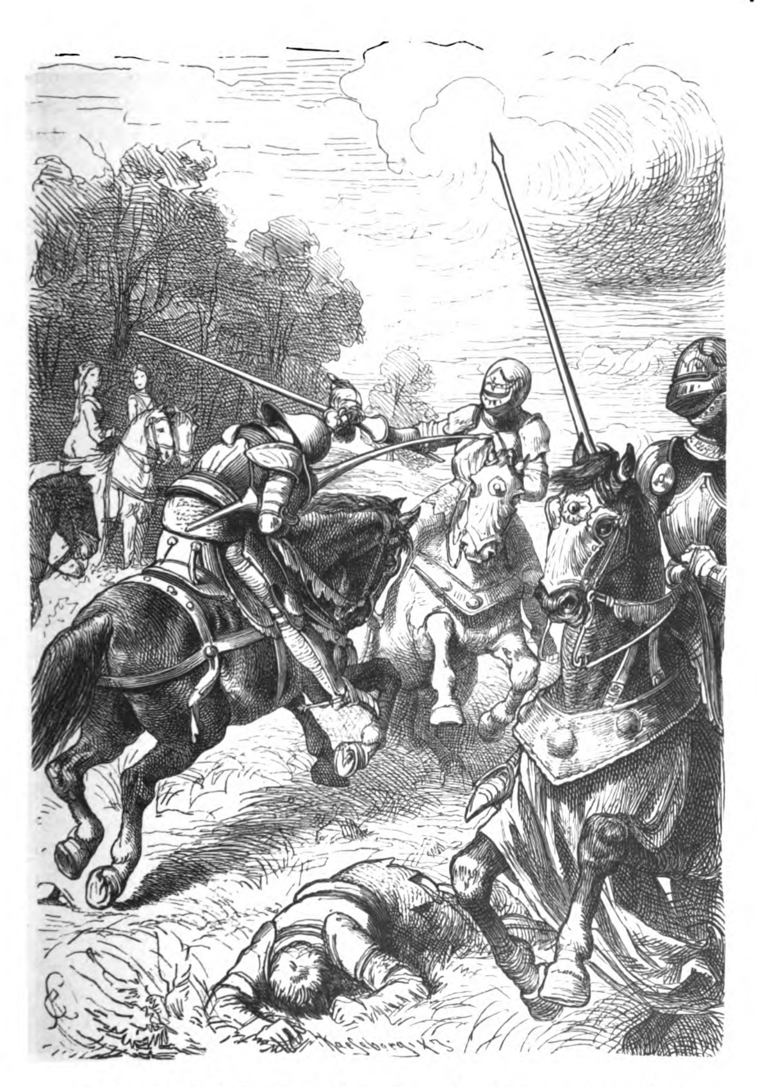
De otra parte, Quintín, que peleaba con la misma desigualdad, y á quien atacó su enemigo por el mismo estilo, hizo un movimiento tan á propósito en la silla, que la lanza de su adversario pasó por encima de su hombro derecho, tocándole superficialmente la mejilla, mientras que la suya, hiriendo á su enemigo en el pecho, le derribó del caballo. Quintín echó pié á tierra para quitar el casco á su contrario tendido en el suelo; pero el otro caballero, que no había hablado todavía, viendo la desdichada suerte de su compañero, apeóse con mayor ligereza que el joven escocés, y colocándose delante de su amigo, que se hallaba privado de todo sentido:

—Joven—exclamó—¡en nombre de Dios y de san Martín, monta otra vez á caballo y sigue escoltando á esas señoras! ¡Fuego de Dios! harto daño han causado ya esta mañana!

—Con vuestro permiso, caballero—respondió Quintín que no quería ceder al modo altivo con que acaba de dársele este consejo—yo averiguaré primero quién era mi competidor, y después quién debe responderme de la muerte de mi camarada.

—No vivirás el tiempo necesario para saberlo ni para decirlo—replicó el caballero—te lo repito, retírate un paso. Si hemos sido bastante locos para interrumpir tu viaje, harto caro nos cuesta, pues el mal que has hecho no podrías repararlo con tu vida y la de tus compañeros..... ¡Ah!—exclamó viendo que Quintín había sacado su espada y se adelantaba hacia él, pues que te empeñas, vamos allá. Pára este tajo.

Al mismo tiempo descargó en la cabeza del joven escocés tan furioso golpe, que Quintín, aunque nacido en un país donde se aprietan bien los puños, no había visto otro igual sino en las novelas. Bajó con la fuerza y rapidez del rayo, desbarató la guarnición de la espada que Durward había levantado para resistirle, y hendió su casco hasta tocarle el cabello, pero no pasó más adelante. El joven guardia aturdido por la violencia del golpe, tuvo que doblar una rodilla, y



La lanza de Quintín tocó en el pecho de su antagonista.

estuvo un momento á la merced de su adversario, que bien hubiera podido repetirlo; pero sea por compasión á su juventud, sea por admiración de su valor, sea, en fin, por un rasgo de generosidad que no le permitía atropellar á un enemigo indefenso, el caballero no quiso aprovecharse de esa ventaja. Entretanto Quintín, volviendo en sí, levantóse diestramente, y atacó á su antagonista con la energía de un hombre determinado á vencer ó morir, y con la serenidad necesaria para hacer uso de todos sus recursos. Resuelto á no exponerse otra vez á golpes tan terribles como el que acababa de sufrir, prevalióse de la ventaja de una agilidad superior, que aumentaba todavía el poco peso relativo de su armadura para hostigar á su enemigo, atacándole por todos lados con tan rápidos é inesperados movimientos, que agobiado éste por la pesadez de sus armas, halló gran dificultad en defenderse sin agotar todas sus fuerzas.

En vano aquel generoso antagonista gritó á Quintín que no había ya motivo alguno para batirse y que sentiría mucho verse obligado á herirle. Durward, que sólo anhelaba lavar el oprobio de su primera derrota, continuó sus acometidas con la vivacidad del relámpago, amenazándole ya con el corte, ya con la punta de su espada, y teniendo siempre fija la vista en los movimientos de su adversario, que le diera ya tan terrible muestra de la fuerza superior de su brazo; de suerte que estaba constantemente dispuesto á dar un brinco atrás ó de lado á cada golpe que le aplicaba el arma tremenda de su enemigo.

— Preciso es que el diablo haya radicado en este joven loco la presunción y terquedad — murmuró el caballero... — ¿ Con que no estarás contento hasta que recibas un buen tajo en la cabeza?...

Variando entonces su modo de combatir, mantúvose á la defensiva, contentándose con parar los golpes que Quintín no cesaba de dirigirle, sin dar muestras de querer volvérselos, pero acechando el momento en que la fatiga, un paso falso ó un instante de distracción del joven guerrero le suministrarían una ocasión para terminar el combate de un solo golpe. Probablemente esta astuta política le hubiera salido bien; pero el destino lo había dispuesto de otro modo.

Estaban todavía batallando con igual ardor, cuando una

partida bastante crecida de caballería llegó á todo galope gritando: «¡Deteneos en nombre del Rey!» Los dos campeones retrocedieron desde luégo, y Quintín vió con sorpresa que su capitán lord Crawford se hallaba á la cabeza del destacamento que acababa de interrumpir el combate. Conoció también á Tristán el Ermitaño, con dos ó tres de los suyos. Contaríanse entre todos como veinte hombres.





CAPÍTULO XV.

El guía.

> Díjome que había nacido en Egipto y descendía de aquellos temibles magos, que empeñaron obstinada lucha con Israel y su profeta, cuando los israelitas moraban en Gessén, haciendo competir sus varas con las de los hijos de Leví y oponiendo sus encantamientos y hechicerías á los milagros de Jehovah; hasta que descendió sobre Egipto el Angel exterminador, y aquellos orgullosos sabios tuvieron que llorar por sus primogénitos, como por los suyos lloraron los ignorantes campesinos.
>
> *Anónimo.*

La llegada de lord Crawford con su destacamento terminó de improviso el combate que describimos en el capítulo antecedente; y levantando la visera de su casco, el caballero entregó presuroso su espada al viejo lord, diciéndole:

—Crawford, me rindo; pero escucha una palabra al oído. Por amor de Dios, salvad al duque de Orleans.

—Cómo!... qué decís?... el duque de Orleans!...—exclamó el comandante de la Guardia escocesa.—¿Cómo ha sido eso? Fuerza es que el diablo ande aquí... Esto va á perderle para siempre en la opinión del rey.

—Nada me preguntes—respondió Dunois, pues este era el personaje con quien peleara Quintín:—yo solo soy el culpable, yo únicamente. Vedle que da alguna señal de vida. Todo mi objeto se reducía á apoderarme de la condesita, y asegurarme su mano y sus posesiones. Mirad cuál ha sido el resultado. Haced alejar vuestra gente, para que nadie pueda conocerle.

Diciendo esto, alzó la visera al duque de Orleans, y echóle en la cara agua del lago que se hallaba á dos pasos.

Durward, para quien se sucedían las aventuras con tal rapidez, no podía volver en sí de su admiración. El pálido rostro de su primer antagonista le aseguraba que había derribado al primer príncipe de la sangre real de Francia; y la persona con quien acababa de medir su acero, era nada menos que el célebre Dunois, el mejor campeón del reino. He aquí dos acciones honoríficas en sí mismas; pero ¿cómo las tomaría el rey? Esto era lo que no se atrevía á decidir.

El duque había recobrado el conocimiento y bastantes fuerzas para poderse sentar, y escuchaba con atención todo lo que pasaba entre Dunois y Crawford, sosteniendo el primero con calor que para nada debía nombrarse en este asunto al duque de Orleans, pues él estaba pronto á cargar con toda la responsabilidad, y á asegurar que el duque sólo le había seguido por amistosa condescendencia.

Escuchábale lord Crawford con la vista fija en el suelo, suspirando y moviendo la cabeza de vez en cuando.

—Ya sabes, Dunois—le dijo por fin mirándole—que tanto por las relaciones que tuve con tu padre como contigo mismo, desearía de todas veras poderte servir...

—Nada pido por mí—respondió Dunois—ya te rendí mi espada, soy tu prisionero. ¿Qué más queréis? Por quien me intereso yo es por ese noble príncipe, la única esperanza de Francia, si Dios se sirviera disponer del delfín. Sólo á mis ruegos ha venido aquí para contribuir á mi fortuna: el rey mismo me había en cierto modo estimulado á ello.

—Noble Crawford—dijo el duque de Orleans que recobrara entonces el uso de la palabra—vuestro carácter se parece demasiado al de vuestro amigo Dunois, para no pensar de él lo que corresponde. Por el contrario, yo soy quien le traje aquí contra su voluntad para una loca empresa concebida sin reflexión y ejecutada con temeridad. Miradme todos—añadió levantándose y volviéndose á los soldados:—yo soy Luís de Orleans, pronto á sufrir el castigo de mi falta de juicio. Espero que el disgusto del rey sólo caerá sobre mí, como es muy justo. Sin embargo, como un príncipe de la familia real no debe rendir sus armas á nadie... ni á vos tampoco, valiente Crawford... ¡Adios, excelente hoja de mi espada!...

Al decir esto, desenvainó su acero y lo arrojó al lago. La espada trazó en el aire un surco luminoso como un relámpago, y se hundió en el agua, que se abrió ruidosa para recibirla volviendo á cerrarse en seguida. Los espectadores de esta escena estaban sumergidos en la perplejidad y la irresolución: tan elevada era la clase del culpable, tanto se apreciaba su carácter; al paso que atendidas las miras del rey con referencia á él, las consecuencias de su temeridad ocasionarían probablemente su ruina.

Dunois fué quien tomó el primero la palabra y lo hizo con el tono de disgusto de un hombre ofendido, de un amigo agraviado por la poca confianza que en él se tiene.

—¿Así pues, vuestra alteza juzga á propósito perder en una mañana la gracia del rey, echar al agua su mejor espada y despreciar la amistad de Dunois?

—¡Querido primo!—respondió el duque—¿cómo puedes creer que desprecio tu amistad, cuando estoy hablando según exigen tu seguridad y mi honor, sin apartarme de la verdad?

—¿Y quién os mete á vos con mi seguridad, príncipe mío?—contestó Dunois resueltamente:—esto es lo que yo quisiera saber. ¿Qué os importa á vos ¡vive el cielo! si yo tengo ganas de hacerme apretar el gaznate en horca ó garrote, de que me arrojen al Loira, me cosan á puñaladas, me rompan los huesos en la rueda, me encierren en una jaula de hierro, me sepulten vivo en el foso de un castillo ó me traten del modo que sea del agrado de Su Majestad el rey Luís para desembarazarse de su leal vasallo? No, no tenéis necesidad de pestañear y de guiñar los ojos para indicarme á Tristán el Ermitaño: veo al bribón tan bien como vos, pero no creo que me haya hecho digno de tanto rigor. Lo dicho basta por lo que respecta á mi seguridad. En cuanto á vuestro honor, que es la segunda parte, por el rubor de santa Magdalena, yo creo que el honor hubiera consistido en dejar á un lado la empresa de esta mañana, ó á lo menos no haber tomado parte en ella. He aquí á vuestra alteza vencido por un joven escocés, un recluta, apenas entrado en el servicio.

—¡Vaya, vaya!—exclamó lord Crawford—no hay que avergonzarse de esto; no es la primera vez que un escocés ha hecho una buena suerte: celebro que se haya portado como corresponde.

— No digo lo contrario—replicó Dunois;—sin embargo, si hubiéseis tardado algunos minutos más, acaso hubiera habido una vacante en vuestra compañía de arqueros.

— Sí, sí—dijo lord Crawford;—ya conozco vuestra rúbrica en ese casco hendido.—Quitádselo al valiente joven, y dadle una de nuestras gorras forradas de acero: ésta le cubrirá mejor el cráneo que esa bacía rota. Pero permítame su señoría que le diga que su fuerte armadura no deja también de tener algunos rasgos de rúbrica escocesa. Ahora bien, Dunois, debo suplicaros, lo propio que al duque de Orleans, que montéis á caballo y sigáis mis pasos; pues, según mis órdenes é instrucciones, debo conduciros á una mansión muy distinta de la que quisiera poderos señalar.

— ¿ No puedo hablar una palabra á esas hermosas damas, lord Crawford?—preguntó el duque de Orleans.

— Ni una sílaba—respondió Crawford.—Aprecio demasiado á vuestra alteza para permitirle semejante imprudencia... Joven—añadió volviéndose á Quintín—cumplisteis con vuestro deber; partid y desempeñad la comisión que se os ha confiado.

— Con vuestro permiso, milord—dijo Tristán con su aire brutal acostumbrado—será preciso que se procure otro guía. No puedo pasarme de Andresillo en una ocasión en que probablemente no le faltará que trabajar.

— No tiene más que seguir el camino de enfrente—dijo Andresillo adelantándose—y le conducirá al lugar donde debe encontrar al guía. No quisiera por mil ducados alejarme de mi jefe en el día de hoy. Me glorío de haber ahorcado escuderos y caballeros, regidores muy ricos, burgomaestres; hasta condes y marqueses han pasado por estas manos, pero... hum!...—Echó una mirada al duque, como para indicar que debía llenarse el lugar que ocupan los puntos con estas palabras: *¡ Un príncipe de la sangre !* Y añadió:—Oh! oh! Andresillo, mucho se hablará de ti en la crónica.

— ¿ Cómo permitís que esos bribones hablen tan insolentemente en presencia de un individuo de la familia real?—preguntó Crawford á Tristán mirándole con enojo.

— ¿ Por qué no le castigáis vos mismo, milord?—respondió Tristán con aspereza.

— Porque no hay aquí otra mano que la suya que pueda tocarle sin degradarse—replicó lord Crawford.

—En este caso, milord, cuidad de vuestros soldados, y yo responderé de los míos.

Lord Crawford parecía prepararse á contestarle con enojo y resentimiento; pero como si lo hubiera reflexionado mejor, volvióle las espaldas y dirigiéndose al duque de Orleans y á Dunois, que habían montado á caballo, indicóles que se colocasen á su lado. Despidióse luégo con la mano de las dos damas y dijo á Quintín:

—Protéjate el cielo, hijo mío!... Has empezado tu carrera con valor, aunque peleando con una mala causa.

Cuando se ponía en marcha, Durward oyó que Dunois le preguntaba á media voz:

—¿Nos conducís á Plessis?

—¡No, desgraciado é impetuoso amigo!—respondió suspirando lord Crawford.—Vamos á Loches.

Loches!... El nombre de un castillo, ó mejor dicho prisión, todavía más temido que el de Plessis, resonó en el oído del joven escocés como el tañido de la campana que anuncia la muerte. Oyera hablar de Loches como de un lugar destinado á actos secretos de crueldad con que el mismo Luís se avergonzaba de manchar el interior del castillo que habitaba. Había en aquel sitio de terror calabozos dentro de calabozos, algunos de los cuales eran desconocidos á los mismos carceleros; sepulturas de vivos, donde los infelices que bajaban á ellas no podían contar con más alimento que pan y agua y un aire infecto: no faltaban tampoco en este formidable castillo aquellas horribles prisiones llamadas *jaulas*, donde el desgraciado preso no podía tenerse en pié ni tenderse para descansar, invención que se atribuía á La Balue (1). No debe, pues, causar admiración si el nombre de aquella horrorosa morada, y la certidumbre de que él mismo contribuyera á llevar allí dos víctimas ilustres, llenaran de tal tristeza el corazón del mancebo, que anduvo largo rato cabizbajo, fijos los ojos en el suelo, y llena su imaginación de las más lúgubres ideas.

Cuando iba á ponerse á la cabeza de la pequeña escolta,

(1) El mismo La Balue ocupó una de aquellas jaulas por espacio de más de once años.

siguiendo el camino que se le había indicado, la condesa Amelina halló ocasión para decirle:

—¿Parece, caballero, que estáis afligido por la victoria que conseguisteis en nuestra defensa?

Esta pregunta se le hizo en un tono que rayaba en ironía; pero Quintín tuvo bastante tino para responder franca y sencillamente:

—¿Cómo puedo yo afligirme por todo lo que tiende á servir á tan ilustres damas? Pero á no mediar el compromiso de vuestra seguridad, más bien hubiera querido sucumbir á los golpes de un militar como Dunois, que contribuir á enviar á ese insigne caballero y á su desgraciado pariente, el duque de Orleans, á los terribles calabozos de Loches.

—¡Con que era el duque de Orleans!—exclamó la condesa mayor volviéndose á su sobrina:—ya me lo parecía, á pesar de hallarnos tan distantes del campo de batalla. ¿Ves, sobrinita mía, lo que sucediera probablemente si ese monarca cauteloso y avaro nos hubiera permitido presentarnos en su corte? ¡El primer príncipe de la sangre y el valiente Dunois, cuyo nombre es tan conocido como el de su heróico padre!... Este joven ha cumplido bravamente con su deber; pero casi es lástima que no haya sucumbido con honor, pues su indiscreto ardimiento nos ha privado de tan ilustres libertadores.

La condesa Isabel respondió á esto con firmeza y desagrado, y con una energía que Durward no le notara hasta entonces:

—Señora—dijo á su tía—á no creer que os chanceáis, diría que esto es falta de gratitud hacia nuestro esforzado defensor, á quien debemos tal vez más de lo que podéis imaginar. Si esos caballeros hubiesen conseguido su temeraria empresa, hasta poner á nuestra escolta fuera de combate, ¿no es evidente que á la llegada de los guardias del rey hubiéramos participado de su cautiverio? En cuanto á mí, deploro la desgracia del soldado que perdió la vida defendiéndonos y mandaré en breve celebrar misas por el descanso de su alma. Por lo que hace al joven victorioso—añadió con tono de mayor timidez—suplícole que admita gustoso las más sinceras gracias que mi corazón reconocido le tributa.

Al volverse Quintín hacia ella para expresarle una parte de los sentimientos que experimentaba, notó la condesita que

una de sus mejillas estaba cubierta de sangre, y exclamó con tono de profunda sensibilidad:

—¡Virgen Santísima!... está herido!... su sangre corre!... Apeaos pronto; es indispensable vendaros la herida.

Á despecho de cuanto pudo decir Durward acerca de lo leve de su herida, preciso le fué echar pié á tierra, sentarse en un otero de césped y quitarse el gorro; las señoras de Croye, que á tenor de una costumbre antigua cuya moda no se perdiera aún enteramente, pretendían tener algunas nociones del arte de curar, lavaron su herida, restañaron la sangre, y la vendaron con el pañuelo de la condesa Isabel, á fin de impedir la acción del aire, precaución que juzgaron indispensable.

En nuestros tiempos es rarísimo, y casi extraño, que un galán reciba una herida á causa del amor de su dama; y la dama, por su parte, no se toma nunca el trabajo de curarla. Así cada uno de los dos corre un peligro menos. El que evitan los hombres no necesita mentarse; pero el que trae consigo la curación de una herida tan ligera como la de Quintín, herida que nada presentara de imponente ni peligroso, era casi tan efectivo en su género como el del paciente al recibirlo.

Dijimos ya que Quintín tenía la más bella fisonomía. Cuando se hubo quitado el yelmo, ó por mejor decir el casco, los rizos de sus hermosos cabellos cayeron profusamente sobre su rostro, formando, por decirlo así, un marco á sus interesantes facciones, en que la jovialidad de la juventud estaba sumamente modificada por un encarnado que produjeran la modestia y el placer. Y cuando la condesita se vió obligada á tener la mano sobre el pañuelo aplicado á la herida, mientras que su tía buscaba algún vulnerario en su equipaje, experimentó un no sé qué entre turbación y delicadeza, un movimiento de compasión para el herido, un sentimiento más vivo de gratitud á sus servicios; y todo esto no hizo más que aumentar á sus ojos el mérito de las agradables facciones del joven guerrero. En una palabra, parecía que el destino proporcionara este incidente para completar las relaciones misteriosas establecidas por minuciosas y accidentales circunstancias entre dos personas que, si bien muy diferentes en clase y fortuna, eran muy parecidas sin embargo por la

juventud, buena figura y disposiciones de un corazón naturalmente abierto á novelesco cariño.

No debe, pues, admirarnos que desde este momento la idea de la condesa Isabel, ya tan familiar á la imaginación de Quintín, llenase enteramente su corazón; y que ella misma, aunque tuviesen sus sentimientos menos decidido carácter, pensase cada vez más en su joven defensor, á quien acababa de manifestar mayor interés que á ninguno de los caballeros de la primera nobleza, que dos años había le estaban prodigando sus adoraciones. Sobre todo, cuando pensaba en Campo-Basso, el indigno favorito del duque Carlos, con su hipócrita semblante, bajo y pérfido carácter, torcido cuello y mirar atravesado, parecíale su rostro más disforme y repugnante que nunca, y juraba interiormente que ninguna tiranía sería capaz de obligarla á contraer una unión tan odiosa.

Por otro lado, sea que la condesa Amelina gustase de buenos mozos y admirase la gallardía de un joven como cuando tenía quince años menos (porque la buena señora contaba á lo menos sus treinta y cinco, si no mienten las memorias de esta ilustre familia), sea que la remordiese la conciencia por no haber tratado á su defensor con toda la atención que merecía por el punto de vista conforme el cual había considerado sus servicios, lo cierto es que empezó á mirarle con mejores ojos.

—Mi sobrina os ha dado un pañuelo para vendar vuestra herida; yo os daré otro para premiar vuestro valor y excitaros á seguir adelante en el camino de la caballería.

Diciendo esto, le presentó un pañuelo ricamente bordado de plata y sedas azules, é indicándole la cubierta de su silla de montar y las plumas que llevaba ella en su sombrero, hízole notar que eran los mismos los colores.

La costumbre de aquel tiempo prescribía imperiosamente el modo de recibir semejante favor, y Quintín se conformó á ella, atándose el pañuelo al brazo. Sin embargo, cumplió con este deber de gratitud con menos galantería de la que emplearía acaso en cualquiera otra ocasión y en presencia de otras personas; pues, aunque en realidad la acción de sacar así á la vista el regalo de una dama, sólo se considerase en general como un mero cumplimiento, hubiera evidentemente preferido ostentar en su brazo el que servía de venda á la herida que le hizo Dunois.

Siguieron su camino, marchando Quintín al lado de las dos damas, que parecían haberle tácitamente admitido en su sociedad. Sin embargo, no habló mucho, lleno como estaba su corazón de aquel sentimiento íntimo de felicidad que excita á callar por temor de hacerle público. La condesa Isabel habló menos todavía, de suerte que todo el honor de la conversación quedó para la tía, que parecía estar empeñada en sostenerla; pues para iniciar á Durward, según ella dijo, en los principios y práctica de la caballería, hízole circunstanciado relato, sin omitir el menor requisito, de todo lo que sucedió en el torneo de Haflinghen, donde ella misma había distribuído los premios á los vencedores.

Tomando muy poco interés, siento tenerlo que decir, en la descripción de aquella espléndida escena y en la de los escudos de armas de los diversos caballeros flamencos y alemanes que campearan en ella, cuyos blasones explicaba en detalle la condesa Amelina con escrupulosa exactitud, empezó á recelar Quintín que tal vez había pasado el punto donde debía encontrar al guía, accidente muy grave, y que, siendo cierto, podía tener las más fatales consecuencias.

Mientras que estaba dudando si mandaría volver atrás á uno de los hombres de su comitiva para asegurarse del hecho, oyó tocar una corneta de monte, y dirigiendo la vista hacia la parte de donde venía el sonido, vió que un jinete corría á todo escape hacia ellos. El poco cuerpo, larga crín y trazas de arisco, casi de indómito del animal que montaba, recordaron á Durward la raza de caballitos de su país; pero éste era más bien formado, y al paso que daba muestras de poder resistir la fatiga como ellos, notábase más rapidez en sus movimientos. La cabeza en especial, que en los caballos de Escocia suele ser grande y mal conformada, era pequeña y airosa y favorecía mucho al animal, que era por otra parte bien cerrado de boca, de ojos centellantes, y de abierta y no fatigada respiración.

La figura del jinete era todavía más singular que la de su caballo, aunque este se pareciese muy poco á los corceles franceses. Tenía apoyados los piés en unos anchos estribos en forma de pala, y tan altos que sus rodillas guardaban el nivel con el arzón de su silla, lo que no le impedía gobernar el caballo con muchísima destreza. Llevaba un pequeño tur-

bante encarnado, sujeto con un broche de plata y adornado con un penacho usado. Su túnica, por el estilo de las que usaban los estradiotas, tropas que levantaban entonces los venecianos en las provincias situadas al Oriente de su golfo, era verde y guarnecida de viejos y deslucidos galones de oro. Unos anchos calzones blancos, aunque no muy limpios, le llegaban hasta las rodillas, á las que se veían sujetos. Sus negras piernas mostráranse enteramente desnudas sin la multitud de cintillas que se cruzaban en ellas para sostener en sus piés un par de sandalias. No necesitaba de espuelas, pues los cantos de sus anchos estribos eran bastante afilados para hacerse sentir con dolor en los ijares de su caballo. Este extraordinario jinete llevaba un ceñidor carmesí que sostenía á la derecha un puñal, y colgaba de su izquierda un corto sable morisco; la corneta que anunció su llegada, veíase ensartada en un mal talabarte apoyado en uno de sus hombros. Tenía el rostro atezado por el sol, poca barba, negros y perspicaces ojos, boca y nariz bien formadas: finalmente, hubiera podido pasar por hombre de buena fisonomía sin los cabellos negros que le caían en desorden por todos los lados de su cabeza, y sin una falta de carnes y un aspecto feroz, propios más bien de un salvaje que de un hombre civilizado.

—¡Otro gitano tenemos!—dijeron una á otra las dos damas.—¡Virgen Santísima!... ¿Es posible que el rey continúe dispensando su confianza á tales proscriptos?

—Yo le haré mis preguntas si vos lo deseáis—dijo Quintín—y me aseguraré de su fidelidad lo más que será posible.

Durward, lo propio que las damas de Croye, conoció inmediatamente en el traje y talante de aquel hombre el vestido y modales de aquellos vagabundos con quienes estuvo á pique de ser confundido, gracias á la actividad de Tres-Escalas y Andresillo; y no era de extrañar que pensase correr algún riesgo dispensando su confianza á un individuo de aquella raza errante.

—¿Vienes en busca nuestra?—fué la primera pregunta que le hizo Quintín.

El extranjero respondió con un signo afirmativo.

—¿Y con qué objeto?

—Para guiaros al palacio del de Lieja.

—¿Del Obispo quieres decir?

Nuevo signo afirmativo por parte del extranjero.

—¿Qué seña me darás para que te crea?

—Tres versos de una antigua canción, y nada más:

> « Mató el paje al jabalí,
> pero la gloria y honor
> se quedó para el señor. »

—Buena es la seña; pasa adelante, amigo; pronto te diré algo más.

Volviendo entonces á las damas les dijo:

—Estoy convencido de que este es el guía que aguardábamos; acaba de darme una seña que no creo conozca nadie más que el rey y yo. Pero voy á hacerle nuevas preguntas, y procuraré saber hasta qué punto podemos fiarnos de él.





CAPÍTULO XVI.

El vagabundo.

> Soy libre como la naturaleza crió en un principio al hombre, cuando no habían aún empezado á regir las antiguas leyes de la esclavitud, y cuando el salvaje, grande en su independencia, recorría las selvas.
>
> *La Conquista de Granada.*

Mientras Quintín tenía con las damas la corta conversación necesaria para asegurarles que el personaje extraordinario que se les agregara era realmente el guía que el rey debía enviarles, notó (porque estaba con tanta vigilancia observando los movimientos del gitano, como podía éste estarlo por su parte) que aquel hombre no solamente volvía varias veces la cabeza para mirarlos, sino que con singular agilidad, más propia de un mico que de un hombre, tendíase casi á la redonda sobre la silla con la cabeza vuelta hacia ellos, para poder considerarlos con mayor atención.

Poco satisfecho de ello, adelantóse Quintín hacia el gitano y díjole, mientras éste recobraba rápidamente la posición regular:

—Paréceme, camarada, que nos guiáis á ciegas, pues miráis más la cola que las orejas del caballo.

—Aun cuando fuese realmente ciego—respondió el gitano—no por esto me hallaría menos en estado de guiaros por todas las provincias del reino de Francia y de los contiguos.

—Sin embargo, ¿no sois francés?

—No..

—¿Á qué nación pertenecéis?

—Á ninguna.

—¡Cómo á ninguna!

—Á ninguna—repito.—Soy un zíngaro, un bohemio, un gitano, todo lo que les plazca llamarnos á los señores europeos en sus diferentes idiomas; pero no pertenezco á ninguna nación.

—¿Sois cristiano?

Hizo el gitano un signo negativo.

—Perro!—dijo Quintín, pues en aquella época era muy poco tolerante el espíritu del cristianismo.—¿Eres musulmán?

—No—respondió el guía con tanta indiferencia como laconismo y sin mostrarse ofendido ni sorprendido del tono con que le hablaba Durward.

—¿Sois, pues, pagano? ¿qué sois, en una palabra?

—No profeso religión alguna (1).

La admiración hizo estremecer á Quintín; pues si bien había oído hablar de sarracenos é idólatras, no creía, ni había jamás pasado por su imaginación, que pudiese existir una raza de hombres que no practicase ningún culto. Sin embargo, su sorpresa no le impidió preguntar á su guía dónde moraba en la actualidad.

—En los países donde me hallo momentáneamente—respondió el gitano—no tengo morada fija.

—¿Cómo conserváis vuestras propiedades?

—No teniendo otras sino los vestidos que me cubren y el caballo que monto.

—Vuestro traje es vistoso, y excelente vuestro caballo. ¿Cuáles son vuestros medios de subsistencia?

—Los que me presenta la casualidad: cómo cuando me aguija el hambre y bebo cuando tengo sed.

—¿Bajo qué leyes vivís?

—Sólo obedezco á quien me da la gana, y por el tiempo que se me antoja.

—¿Pero quién es vuestro jefe? ¿Quién os manda?

—El padre de nuestra tribu; cuando á mí me place: no reconozco ningún dueño.

—Carecéis, pues—dijo con asombro Quintín—de todo lo

---

(1) Véase nota *J*. *Religión de los gitanos.*

que poseen los demás hombres. No tenéis ni leyes, ni jefe, ni medios de subsistencia, ni morada fija. Os falta patria ¡apiádese de vos el cielo! y no reconocéis—¡Dios se digne iluminaros y perdonaros!—un Sér supremo? ¿Qué os queda, pues, privado así de religión, de gobierno y de toda felicidad doméstica?

—La libertad. No estoy sometido, ni obedezco, ni respeto á nadie. Voy á donde quiero, vivo como puedo y muero cuando es fuerza morir.

—Pero podéis ser condenado y ejecutado en un instante, á la primera orden de un juez.

—No lo niego: esto no es más que morir con alguna anticipación.

—Y si os sepultan en una cárcel ¿de qué os sirve entonces esa libertad que tanto encarecéis?

—La encuentro en mis pensamientos, que ninguna cadena puede constreñir; en tanto que los vuestros, aun cuando tenéis libres los miembros, hállanse sujetos por las ataduras de vuestras leyes y supersticiones, de vuestros sueños de adhesión local y fantásticas visiones de política civil. Mi espíritu es libre, aunque sufra mi cuerpo entre cadenas. Vosotros, al contrario, tenéis encadenado el espíritu cuando goza vuestro cuerpo de libertad.

—Pero la libertad de vuestro espíritu no disminuye el peso de las cadenas de vuestro cuerpo.

—Este mal puede durar algún tiempo, y si por fin no hallo medio de evadirle, ó mis camaradas no pueden libertarme, siempre me queda el recurso de morir, y en el seno de la muerte es donde se encuentra la más perfecta libertad.

Hubo aquí un intervalo de silencio que duró algún rato. Rompióle Durward para continuar sus preguntas.

—Vuestra raza es errante, desconocida de las naciones de Europa. ¿Qué origen cuenta?

—Esto es lo que yo no puedo deciros—respondió el gitano.

—¿Cuándo librará á este reino de su presencia, para volverse á su país nativo?

—Cuando se habrá cumplido el tiempo de su peregrinación.

—¿No descendéis de aquellas tribus de Israel que fueron llevadas en cautiverio más allá del caudaloso Éufrates—pre-

guntó Quintín que no había olvidado las lecciones que le enseñaron en Aberbrothick.

—Si así fuese, ¿no habríamos conservado su fe? ¿No practicaríamos sus ritos?

—¿Cómo os llamais?—preguntó Durward.

—Mi verdadero nombre sólo es conocido de mis hermanos.



Los hombres que no viven bajo nuestras tiendas me llaman Hayraddin Maugrabin, es decir, Hayraddin, el *moro africano.*

—Os expresáis muy bien por haber vivido siempre en vuestra miserable horda.

—He tenido ocasión de adquirir alguno de vuestros conocimientos europeos. Cuando niño, mi tribu fué perseguida por unos cazadores de carne humana. Una flecha atravesó la cabeza de mi madre y murió. Yo estaba envuelto en la manta

que llevaba á sus espaldas, y caí en poder de nuestros enemigos. Un sacerdote me pidió á los arqueros del Preboste, y él fué quien me instruyó en las ciencias francas por espacio de dos ó tres años.

—¿Y cómo os separasteis de él?

—Robéle su dinero—respondió Hayraddin con la mayor sangre fría—descubrióme y me dió de palos; yo clavé en su corazón la punta de mi cuchillo; huí al bosque y me reuní con mi tribu.

—Miserable!—exclamó Quintín.—¿Cómo pudisteis asesinar á vuestro bienhechor?

—¿Qué necesidad tenía yo de sus beneficios? El gitanillo no era un perro nacido en su casa, acostumbrado á lamer la mano de su amo y á encorvarse bajo sus golpes, para obtener un mismo pedazo de pan: era el lobezno sujeto á la cadena, que la rompe luégo que encuentra ocasión, despedaza á su dueño y vuelve á la selva.

Después de una nueva pausa, el joven escocés, con el objeto de indagar más el carácter é intenciones de tan sospechoso guía, preguntó á Hayraddin si era verdad que su pueblo, aunque sumido en la más profunda ignorancia, pretendía poseer la ciencia de la adivinación, ciencia negada á los sabios, á los filósofos y á los sacerdotes de una sociedad más culta.

—Lo pretendemos—respondió Hayraddin—y con muchísima razón.

—¿Cómo puede haberse concedido tan admirable dón á una despreciable y envilecida casta?

—¿Qué queréis que os diga?... Sólo os contestaré á esta pregunta cuando me hayáis explicado por qué el perro puede seguir por el rastro los pasos del hombre, cuando el hombre, ese animal más noble, no se halla en estado de seguir por el mismo estilo los de su perro. Ese poder, que os parece tan maravilloso, poséele nuestra raza por instinto. Según los lineamientos del rostro y rayas de la mano, podemos predecir el futuro destino de un hombre con la facilidad con que viendo la flor de un árbol acertaréis vos el fruto que dará en estación oportuna.

—Dudo de vuestros conocimientos, y no me daréis seguramente una prueba que me convenza.

—¿No os la daré, señor escudero?—dijo Hayraddin.—Sea

cual fuere la religión que profeséis, puedo aseguraros que la diosa que adoráis se halla en nuestra compañía.

—Basta—exclamó Quintín sumamente admirado—por vida tuya, no hables otra palabra sino para responder á lo que te preguntare. ¿Eres capaz de ser leal?

—Soy capaz... de todo lo que son capaces los hombres.

—Pero ¿quieres serlo?

—Y cuando lo jurara ¿me creeríais más por esto?—respondió Hayraddin con irónica sonrisa.

—¿Sabes que tu vida depende de una seña mía?

—Hiere, verás si temo la muerte—contestó el gitano.

—¿Podría el dinero interesar tu lealtad?

—No; si antes no me había decidido á guardarla.

—¿Cuál es, pues, el medio de asegurarme de ti?

—La bondad.

—¿Quieres que te jure ser bondadoso contigo, si nos sirves fielmente durante el viaje?

—No; esto sería prodigar inútilmente tan preciosa mercancia. Te soy adicto ya.

—¡Cómo!—exclamó Durward más admirado todavía.

—Acuérdate de los tres castaños de las orillas del Cher. La víctima que intentaste salvar era Zamet Maugrabin; era mi hermano.

—Y sin embargo—dijo Durward—te encuentro en relaciones con los mismos que le dieron la muerte, pues es uno de ellos el que me ha dicho que se hallaría aquí, y él mismo será sin duda el que te ha encargado servir de guía á esas damas.

—¿Qué quieres?—contestó Hayraddin con melancolía—esa gente nos trata como el perro del pastor á los carneros. Defiéndelos algún tiempo, dirígelos por donde les da la gana, y acaba siempre por conducirlos al matadero.

Quintín tuvo en lo sucesivo ocasión de saber que el gitano le habló verdad en esta parte, y que la guardia prebostal encargada de reprimir las hordas vagabundas que infestaban el reino, contemporizaba con ellos, absteníase por algún tiempo de ejecutar sus deberes, y acababa siempre por enviarlos á la horca. Esta especie de relación política entre el bandido y el oficial de policía ha subsistido en todos los países para el provechoso ejercicio de sus respectivas funciones, y no deja de ser conocida en Inglaterra.

Durward se separó entonces del guía para reunirse al resto de la cabalgata, poco satisfecho del carácter de Hayraddin, y no fiándose mucho de las protestas de gratitud que personalmente recibiera de él. Empezó luégo á sondear los otros dos hombres que tenía bajo sus órdenes, y vió con sentimiento que eran gente estúpida, con tan poca disposición para darle buenos consejos, como mostraran para auxiliarle en la lucha.

Pues bien, tanto mejor—pensó Quintín sintiendo crecer su valor y decisión ante las dificultades que le hacía prever la situación en que se hallaba;—así á mí solo lo deberá todo esa amable y joven señora. Me es lícito contar, sin vanagloria, con lo que pueden mi brazo y cabeza. He visto devorada por las llamas la casa paterna, los cadáveres de mi padre y de mis hermanos ardiendo en medio de los escombros; y ni aun retrocedí por esto por una pulgada, combatiendo hasta el último momento. Hoy cuento dos años más, y tengo para obrar con intrepidez el más bello motivo que pueda inflamar el corazón de un hombre.

Tomando esta resolución por base de su conducta, desplegó Quintín tanta atención y actividad durante el viaje, que parecía irse multiplicando hasta el punto de hallarse á un mismo tiempo en diferentes partes. Su lugar favorito, que solía ocupar con mayor frecuencia, era, según se deja adivinar, cerca de las dos damas, que agradecidas al celo que mostraba por su seguridad, empezaban á hablar con él con cierta familiaridad amistosa y parecían tomar sumo gusto en la ingenua sencillez de su conversación, en que á la par se descubría un espíritu sagaz. Pero tenía particular cuidado en que el placer de esta confabulación no perjudicase con la menor cosa la vigilancia que exigían sus funciones.

Si se hallaba frecuentemente al lado de las condesas, procurando distraer á estas bellas hijas de un país llano con la descripción de las montañas de Escocia y particularmente las de Glen-Houlakin, con igual frecuencia se le veía marchar al lado de Hayraddin, á la cabeza de la cabalgata, interrogándole relativamente al camino y á los puntos donde debían hacer alto, grabando sus respuestas en la memoria para descubrir por medio de nuevas preguntas si acaso meditaba alguna traición. Finalmente, se le observaba también en la

retaguardia, procurando captarse la voluntad de los dos hombres de su séquito con afectuosas palabras, algunos regalos, y con ofrecimientos de una recompensa adicional para después de haber desempeñado su comisión.

Viajaron así durante más de una semana, atravesando las más desiertas comarcas, y siguiendo sendas extraviadas y tortuosos caminos para evitar las ciudades populosas. No les sucedió en todo este tiempo cosa particular, sin embargo de hallar de cuando en cuando cuadrillas de gitanos vagabundos, que no les incomodaban á causa de llevar por guía un hombre de su casta; soldados rezagados, ó acaso bandidos, que dejaban de atacarlos, no por su buena cara, sino por el respeto que les infundían sus armas; destacamentos de la *Marechaussée*, como se hacían llamar entonces los soldados que los componían, encargados por Luís, que empleaba el hierro y el fuego para curar y cicatrizar las llagas de la nación, de reprimir los desórdenes de las compañías sueltas que infestaban el país. Estos los dejaban pasar sin dificultad, en virtud del pasaporte que el mismo rey había entregado para este efecto á Durward.

Las paradas hacíanse generalmente en monasterios, cuya mayor parte estaban obligados por sus institutos á conceder hospitalidad á todos los que pasaban peregrinando: el lector no ignora que este era el pretexto adoptado para que no se trasluciese el verdadero objeto del viaje de las condesas. No se podía hacer á los peregrinos ninguna pregunta indiscreta relativamente á su condición y estado; pues mucha gente de distinción que cumplía de incógnito algún voto, deseaba guardar el embozo. Al llegar, excusábanse regularmente las señoras de Croye con la fatiga del viaje, para poderse retirar á su cuarto; y Quintín, desempeñando las funciones de mayordomo, procuraba que nada les faltase de cuanto podía serles necesario, con una actividad que vencía todas las dificultades, y un celo que no dejaba de valerle un sentimiento de afecto y gratitud por parte de las que eran objeto de sus atenciones.

Como todos los gitanos tenían gran fama de paganos, de vagabundos y de gente que se ocupaba en el ejercicio de ciencias secretas, había siempre grandes dificultades para admitir al guía que era de esta casta, aun en los edificios exteriores situados en el primer patio de los monasterios donde hacía

alto la cabalgata, mirándose su presencia como una profanación de tan santos lugares. Este era uno de los mayores trabajos de Quintín Durward, pues por una parte juzgaba necesario tener contento á un hombre que entraba en el secreto de su viaje, y por otra consideraba indispensable vigilarle con la mayor escrupulosidad, aunque ocultamente, á fin de impedir en cuanto le fuese posible que tuviese comunicaciones con cualquiera otra persona sin su conocimiento, lo que no hubiera podido conseguir si Hayraddin no se alojara en el recinto de los conventos donde hacían las paradas. Hasta llegó á concebir sospechas de que el gitano deseaba que le echasen fuera; pues en lugar de estarse quieto y sosegado en el cuarto que le señalaban, procuraba entrar en conversación con los novicios y los coristas, hacía unas muecas y cantaba unas canciones que les divertían sobre manera, pero que no edificaban mucho á los reverendos padres, de suerte que más de una vez fué indispensable que Quintín desplegara toda su autoridad, y hasta acudiera á las amenazas, para obligarle á poner límites á su harto licenciosa é intempestiva jovialidad, valiéndose de todo su influjo con los superiores para impedir que echaran fuera al perro hereje. Lográbalo fácilmente con la maña y finura con que pedía el disimulo por la falta de decoro de su guía, dando á entender al mismo tiempo su esperanza de que la proximidad de las santas reliquias, la permanencia en recintos consagrados á la religión, y, sobre todo, la presencia de tan virtuosos varones dedicados al servicio de los altares le inspirarían mejores ideas, haciéndole enmendar su conducta.

Sin embargo, al décimo ó duodécimo día de su viaje, después de haber entrado en Flandes, y al acercarse á la ciudad de Namur, todos los esfuerzos de Quintín fueron insuficientes para evitar las consecuencias del escándalo dado por su guía. Pasó la escena en un convento de franciscanos, de estrecha y reformada orden, cuyo guardián era un hombre austero, que murió más adelante en olor de santidad. Después de muchos escrúpulos, que á Durward le costó gran trabajo vencer, como era de esperar en semejante caso, había obtenido, por fin, que el malhadado gitano fuera admitido en un edificio separado que habitaba un lego, á cuyo cargo corría el cultivo de la huerta. Las dos señoras, según su costumbre,

se habían retirado á su cuarto; y el guardián, que por casualidad tenía algunos parientes distantes y amigos en Escocia, y que, por otra parte, gustaba mucho de oir á los extranjeros hablar de su país, invitó á Quintín, cuyo porte y conducta le habían interesado, á que le acompañara en su celda á comer una colación monástica.

Habiendo observado Durward que era el guardián hombre inteligente, no dejó de aprovechar esta ocasión para informarse del estado de los negocios públicos en Lieja; pues cuanto había oído decir durante los dos últimos días de su jornada, hacíale temer que las damas que escoltaba no podrían llegar con toda seguridad al término de su viaje, y que en caso de conseguirlo, tal vez el mismo obispo no podría protegerlas con completa eficacia. Las respuestas que dió el guardián á sus preguntas no eran muy satisfactorias.

—Los habitantes de Lieja—le dijo—son hombres ricos, que, como Jeshurun en otro tiempo, han engordado y olvidado á Dios. Hállanse sumamente engreídos por sus riquezas y privilegios, y tuvieron diferentes contiendas con el duque de Borgoña, su señor feudal, á causa de las contribuciones que les imponía, é inmunidades á que pretenden tener derecho. Estas contiendas han pasado varias veces á abierta rebelión; y el duque, que es hombre ardiente é impetuoso, está tan ofendido de esto, que tiene jurado por san Jorge, que á la primera provocación renovará en Lieja la ruina de Babilonia y la caída de Tiro, haciendo con ella un terrible ejemplar que sirva de lección á toda la Flandes.

—Y según lo que he oído decir—dijo Quintín—el príncipe es hombre para cumplir su juramento; de suerte, que los liejenses tendrán probablemente gran cuidado en no ofrecerle ocasión para ello.

—Así debería esperarse—respondió el guardián—y esto es lo que todos los días ruega al cielo la gente de bien, que no quisiera ver correr la sangre de los ciudadanos como el agua de una fuente, ni verlos morir como réprobos, sin tener lugar de reconciliarse con Dios. El buen obispo trabaja también día y noche para mantener la paz, como corresponde á un digno servidor del altar, pues se lee en las sagradas letras: *Beati pacifici;* pero... Aquí el buen guardián lanzó un profundo suspiro y no terminó la frase.

Durward le ponderó con modestia lo muy importante que era para él, á causa de las dos damas que escoltaba, tener los más exactos informes del estado interior del país; y añadió que si el digno y reverendo padre quería tener la bondad de ilustrarle sobre este punto, haría un acto meritorio de caridad cristiana.

—Ese es un asunto de que no suele hablarse con satisfacción—respondió el guardián—pues las palabras que se profieran contra los poderosos del siglo, *etiam, in cubiculo*, toman alas para llegar hasta sus oídos. Sin embargo, para complacer en cuanto pueda tanto á vos, que parecéis un joven bien educado, como á esas señoras que están cumpliendo devotamente su santo voto de peregrinación, no guardaré reserva alguna sobre el particular.

Diciendo esto, miró en derredor suyo con aire de precaución, y continuó bajando la voz como si temiese ser oído:

—Á los liejenses—dijo—les excitan ocultamente á sus continuas rebeliones ciertos hombres de Belial, que pretenden, falsamente á mi ver, tener á este efecto secreta comisión de nuestro rey cristianísimo, quien ha dado hartas pruebas de merecer este título, para que se pueda creer que perturba de este modo la paz de un país vecino. Ello es, sin embargo, que su nombre se halla continuamente en los labios de los que siembran el descontento é inflaman los ánimos entre los habitantes de Lieja. Corre á más de esto por las cercanías un jefe de buena familia, y que goza de temible opinión en la guerra, pero que bajo todo otro aspecto es *lapis offensionis et petra scandali*, germen de delitos y piedra de escándalo para los países de Flandes y Borgoña. Llámase Guillermo de la Marck.

—¿Por otro nombre Guillermo el *Barbudo*—preguntó Quintín—ó el *Jabalí de las Ardenas?*

—No en vano se le ha dado este último título, hijo mío—dijo el guardián, pues es como el jabalí de la selva, que pisa y desgarra con sus colmillos todo lo que encuentra. Ha organizado una partida de más de mil hombres semejantes á él, es decir, que desprecian toda autoridad civil y religiosa, y con su auxilio se conserva independiente del duque de Borgoña, acudiendo á sus propias necesidades y á las de su gente por medio de rapiñas y violencias, que ejerce indistintamente

sobre seglares y eclesiásticos. *Imposuit manus in Christos Domini*, «puso las manos sobre los ungidos del Señor» en menosprecio de lo que está escrito: No toquéis á mis ungidos, ni agraviéis á mis profetas.» Hasta á nuestra pobre casa tuvo el atrevimiento de intimar que le hiciese entrega de cuantiosas sumas de oro y plata por el rescate de mi vida y de la de otros hermanos, intimación á que contestamos con un memorial en latín, exponiéndole la incapacidad en que nos hallábamos de satisfacerle, y terminábamos dirigiéndole las palabras del predicador: *Ne moliaris amico tuo malum, cum habet in te fiduciam.* Sin embargo, ese *Gulielmus Barbatus*, ese Guillermo el Barbudo, tan poco instruído en letras humanas como en la humanidad misma, nos contestó con una ridícula gerigonza: *Si non pagatis, quemabo monasterium vestrum* (1).

—Sin embargo, padre, presumo que no os fué difícil comprender ese bárbaro latín.

—¡Ah, hijo mío! el temor y la necesidad son muy hábiles intérpretes. Nos vimos obligados á fundir los vasos de plata de nuestro altar para satisfacer la rapacidad de ese jefe cruel. ¡Pueda el cielo hacérselo pagar por las setenas! *¡Pereat improbus! ¡Amen amen, anathema sit!*

—Extraño mucho que el duque de Borgoña, que es tan fuerte y poderoso—dijo Quintín—no acorrale á ese jabalí, de cuyos estragos tanto he oído hablar ya.

—¡Ay, hijo mío!.... El duque Carlos se halla en este instante en Perona reuniendo sus capitanes de ciento y de mil hombres para hacer la guerra á la Francia, y así, mientras el cielo envía la discordia entre dos grandes príncipes, queda abandonado el país á opresores subalternos. Pero no sé cómo piensa el duque que no cuida de cortar los progresos de esta interna gangrena, pues últimamente Guillermo de la Marck tuvo abiertas relaciones con Rouslder y Pavillón, jefes de los descontentos de Lieja, y es de temer que les impela muy pronto á alguna desesperada empresa.

(1) Cuéntase un hecho parecido del duque de Vendôme, que contestó en una especie de latín macarrónico, semejante á este á las clásicas súplicas que los religiosos de un convento alemán le dirigieron contra una contribución que les impuso.

—¿Pero el obispo de Lieja—dijo Quintín—no tiene fuerza suficiente para subyugar ese espíritu inquieto y turbulento? La respuesta que os dignéis hacer á esta pregunta, padre mío, será muy interesante para mí.

—El obispo, hijo mío, tiene en una misma mano el acero y las llaves de San Pedro. Está armado del poder de príncipe secular y goza de la valiosa protección de la casa de Borgoña, así como posee la autoridad espiritual en calidad de prelado, y conserva estos dos distintivos con suficiente fuerza de excelentes soldados de infantería y caballería. Ese Guillermo de la Marck fué educado en su casa y recibió de él inmensos beneficios; pero soltó las riendas á su feroz y sanguinario carácter, aun en la misma corte del obispo, y fué arrojado de ella por haber asesinado á uno de los primeros sirvientes del prelado. Hallándose desterrado de Lieja y con orden de no comparecer en presencia del obispo, declaróse después su constante é irreconciliable enemigo; y en el día, siento tener que decíroslo, ha desenvainado ya la espada de la venganza, armándose contra él.

—¿Con que vos miráis como peligrosa la situación de ese digno prelado?—preguntó Quintín con mucha inquietud.

—¡Ay, hijo mío!—respondió el buen franciscano—¿existe alguna cosa en este mundo perecedero que no debamos considerar rodeada de peligros? Pero no permita el cielo que yo haya querido significar por esto que el ilustre prelado se halle en inminente apuro. Tiene bien provista tesorería, fieles consejeros y valientes soldados; á más de esto, un mensajero que se dirigía al oriente, y pasó ayer por aquí, nos dijo que el duque de Borgoña, á instancias del obispo, le había enviado cien jinetes, que con el séquito correspondiente á cada lanza componen una fuerza suficiente para resistir á Guillermo de la Marck, ¡cuyo nombre infamado sea! Amen!

Su conversación fué interrumpida en aquel instante por el sacristán, que con voz casi ahogada por la cólera, acusó al gitano de haber hecho las más abominables diabluras contra los religiosos; que echara en su bebida, durante la cena, un licor diez veces más fuerte que el vino más espirituoso, á cuyo poderoso efecto habían sucumbido varios de los hermanos. Aunque el sacristán hubiese sido bastante robusto para resistir á aquella pócima, su gruesa lengua y encendidos

ojos indicaban que no se había preservado enteramente de los efectos del profano brebaje. Dijo también que el gitano había cantado diversas canciones que sólo trataban de vanidades mundanas y placeres impuros, burlándose á más de la orden de San Francisco, de sus milagros, y de los religiosos que la profesan.

El padre guardián escuchó por algún rato estos cargos en silencio, como si el horror que le causaba la enormidad de tales crímenes le hubiese impedido el uso de la palabra. Cuando el sacristán lo hubo desembuchado todo, bajó el prior al patio dél convento, y mandó á los hermanos legos, so pena de incurrir en el delito de espiritual desobediencia, que se armaran de escobas y de látigos y arrojaran á Hayraddin del sagrado recinto.

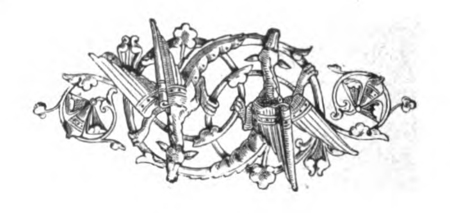
Esta sentencia fué ejecutada sin demora en presencia de Durward, que, aun cuando sentía mucho este accidente, no intervino en favor del gitano, porque previó que sería inútil su intercesión.

La disciplina aplicada al delincuente, fué sin embargo más graciosa que rígida, á pesar de las exhortaciones del guardián. Corría y brincaba el gitano por el patio en todas direcciones, en medio de los gritos de los que le perseguían y el ruido de los golpes, de los cuales no le alcanzaban unos porque los agolpeadores no llevaban idea de dañarle, otros evitaba él con gran agilidad, aunque verdaderamente se le aplicasen con decidida intención, y los otros que caían sobre sus espaldas y costillas, aunque en número más corto, sufridos sin quejarse. El trastorno fué tanto mayor, cuanto que los que vapuleaban á Hayraddin podían llamarse soldados sin experiencia, que en lugar de azotar al reo, se daban con frecuencia unos á otros recios golpes. El guardián, por fin, queriendo poner término á una escena más escandalosa que edificante, mandó abrir la puerta del patio, y el gitano precipitándose por aquella salida con la rapidez del rayo, aprovechóse de la claridad de la luna para despedirse del convento.

En este intervalo, una sospecha que más de una vez concibiera Durward, presentóse con mayor fuerza á su imaginación. Cabalmente aquel mismo día Hayraddin le había prometido portarse de un modo más decente y moderado siempre que tuviesen que hacer alto en algún monasterio; y sin em-

bargo, lejos de cumplir su palabra, procedió aún con más insolencia y descaro que otras veces. Era pues, probable, que obrara así por algún fin particular; porque el gitano, cualesquiera que fuesen sus defectos, no carecía de sensatez, y sabía reportarse cuando le convenía. ¿No era posible que desease tener alguna comunicación con los de su horda, ó quizás con otras personas, y que impidiéndoselo de día la vigilancia de Quintín, hubiese usado de este ardid para que le echasen del convento?

Luégo que esta sospecha se hubo introducido en el espíritu de Quintín, listo como solía ser en todos sus movimientos, resolvió seguir á su azotado guía y enterarse con el mayor secreto posible de lo que pasaría con él. Así, pues, en cuanto el gitano acabó de salir del convento, Quintín explicó en pocas palabras al padre prior la necesidad en que se hallaba de no perder de vista á su guía, y partió como el rayo en busca de él.





CAPÍTULO XVII.

El espía espiado.

> Ah! ¿es ese villano ruín? ¿es ese espía espiado?... Apartad, apartad... gentes tan soeces no son dignos de que pongáis en ellos vuestras manos.
>
> BEN JOHNSON.—*Historia de Robin Flood.*

Cuando Quintín salió del convento, observó de lejos, gracias á la claridad de la luna, que el gitano efectuaba precipitadamente su retirada, atravesando la calle de la aldea con la rapidez de un sabueso que ha probado el látigo, y vióle en seguida entrar en una pradera que se hallaba al extremo de ella.

Mucho corres, amigo mío—pensó Quintín—pero mejores piernas necesitas aún para aventajar á la más ligera planta de cuantas han pisado la yerba de Glen-houlakin.

Como se había quitado, por fortuna, la capa y la armadura, pudo el montañés de Escocia desplegar una agilidad que era sin igual en su país, y que á pesar de la rápida carrera del gitano parecía deberle poner cuanto antes en estado de alcanzarle. No era esto, sin embargo, lo que se proponía, pues Quintín en esta ocasión consideraba mucho más importante descubrir sus proyectos que paralizarlos. Lo que acabó de determinarle á ello fué ver que el gitano continuaba su carrera con celeridad no interrumpida, aún después de cesado el primer impulso que ocasionó su fuga; lo que parecía probar que tenía su dirección un fin más cierto, un objeto enteramente distinto del que hubiera tenido naturalmente un hombre arrojado de un buen alojamiento, á media noche, de improviso,

y sin haber pensado en procurarse otro. Siguióle Quintín sin ser visto, pues el gitano no volvió la cabeza ni una sola vez; pero después de haber atravesado la pradera, hizo alto en un arroyuelo cuyas orillas se veían cubiertas de chopos y sauces, y tocó la corneta, con precaución no obstante, moderando el sonido. Un silbido despedido á corta distancia le correspondió inmediatamente.

Esto es una cita — pensó Quintín — ¿cómo podré acercarme lo suficiente para saber de lo que se trata? El ruido de mis pasos y el de las ramas que es preciso separar, me descubrirán si no pongo en ello gran cuidado. Por san Andrés, que he de sorprenderlos, lo propio que si fuesen gansos de Glen-Isla. ¿De qué me serviría sino el haber hecho algunos progresos en el arte de montería? Allí están; son dos: si me descubren y tienen proyectos hostiles, como es de temer, me llevarán ventaja, y entonces la condesa Isabel pierde su humilde defensor. ¡Y bien! no merecería este glorioso título si no me hallase dispuesto á lidiar por ella con una docena de bribones como estos. Después de haber medido mi espada con Dunois, con el mejor caballero de toda la Francia, ¿debo temer una horda de tales vagabundos? Ea, pues, prudencia y valor; y con la ayuda de Dios y de san Andrés, he de hállar la horma de su zapato.

Habiendo tomado esta resolución, usó de una maña que le enseñara el hábito de cazar en los bosques desde su infancia. Entró en el arroyuelo, cuyas aguas variando de profundidad, tan pronto le cubrían apenas los piés, como le subían hasta las rodillas, y fué adelantandose así muy despacito, oculto su cuerpo por entre las ramas de los árboles que formaban una bóveda sobre su cabeza y confundiéndose el ruido de sus pasos con el murmullo del agua. De este modo, en otros tiempos, nos acercamos nosotros mismos algunas veces al nido del cuervo vigilante. Pudo así el joven escocés sin ser visto, llegar bastante inmediato para oir la voz de los dos hombres que eran objeto de su observación, pero no distinguía sus palabras. Hallándose en este momento debajo de un magnífico sauce llorón, cuyas ramas bajaban hasta la superficie del agua, cogió una de las más recias, y empleando al propio tiempo la destreza, la fuerza y la agilidad, izóse en el árbol sin ruido, y se sentó junto al tronco sin temor de ser descubierto.

Vió desde allí que el individuo con quien estaba conversando Hayraddin era un hombre de su casta; pero notó al mismo tiempo con gran sentimiento suyo, que por más que se acercara á ellos no podría comprender el lenguaje que hablaban, puesto que era completamente desconocido. Reían mucho; y como Hayraddin, que gesticulaba con calor, describió muchas veces un círculo con sus brazos y acabó por rascarse las espaldas, dedujo de aquí que estaba contando la historia de la caza que le habían dado, y de la paliza que recibió en el convento antes de su fuga.

Oyóse de repente otro silbido á alguna distancia. Hayraddin correspondió con su corneta, tocando por el mismo estilo que cuando llegó: y pocos instantes después, compareció en la escena otro personaje. Era un hombre alto, recio, de aspecto militar, y cuyos robustos miembros formaban singular contraste con la escasa estatura y delgadez de los gitanos. Un ancho tahalí, que le cruzaba el hombro, sostenía una espada de desmedido tamaño. Llevaba unos calzones acanalados con muchas borlillas de seda y tafetanes de diversos colores, atacados con quinientas agujetas de cintas, por lo menos, á un jubón de piel de búfalo muy ajustado de cuerpo, en cuya manga derecha se distinguía una plancha de plata en forma de cabeza de jabalí, que era el distintivo del jefe que servía. Aparecía sobre su cabeza un sombrerito muy pequeño puesto de lado, como suelen llevarle los camorristas y valentones, oprimiendo un gran tufo de cabellos crespos, que sombreaban su ancha cara é iban á confundirse con su barba no menos ancha y de unas cuatro pulgadas de largo. Tenía en la mano su larga pica; y todo su equipo indicaba uno de aquellos aventureros alemanes conocidos bajo el nombre de *lansquenetes*, que componían en aquella época una parte considerable de la infantería. Estos mercenarios eran una feroz soldadesca que no pensaban más que en el pillaje, y corría entre ellos un cuento absurdo, á saber, que á un lansquenete se le cerrara la puerta del cielo por razón de sus vicios y no se le quisiera admitir en el infierno por su revoltoso, pendenciero é insubordinado genio; resultando de aquí que obraban como gente que no aspiraba al primero, ni temía al segundo.

—*Donner und blitz!*—fué su primer saludo, hablando en una jerigonza medio francesa, medio alemana, que sólo im-

perfectamente podemos imitar. *¿Por qué afer fato á mí perder tre noche esperrando á ti?*

—Me ha sido imposible acudir antes, *mein herr*—respondió Hayraddin con cierto respeto.—Hay un escocés que tiene la vista tan penetrante como el gato silvestre y está espiando todos mis movimientos; sospecha ya de mí, y si se confirmasen sus recelos, podría yo contarme entre los difuntos, y daría él la vuelta con las mujeres para Francia.

—*¡Was henker!*—dijo el lansquenete:—nosotrros estar tres; attacar mañana, é robar las muquerras sensa más pelillos. Ti afferme dit ser de poltronas dos guardias; ti é lo camarrada coquerlos á ellos, é *der Teufel*, mi chargarmi del gatico silvestre.

—Oh! eso es más fácil decirlo que hacerlo—dijo el gitano—porque á más de no tener nosotros obligación de batirnos, el escocés es un mozo que ha medido valerosamente su acero con el mejor caballero de toda la Francia. Yo sé de unos que le han visto apretar mucho de clavijas nada menos que á Dunois.

—¡*Hagel und sturmwertter!* exclamó el alemán—fostra cobardía, fos fa parlar así.

—No creáis que sea más cobarde que vos—dijo Hayraddin—pero, lo repito, no tengo obligación de batirme, ni este es mi oficio. Si preparáis la emboscada en el punto convenido, nada hay que decir; si no, los guío con seguridad al palacio del Obispo, y Guillermo de la Marck podrá fácilmente apoderarse allí de ellos, como tenga sólo la mitad de la fuerza de que se alababa ocho días hace.

—*¡Potz Tausend!* Nosotrros estar fortes é más fortes; ma nosotrros entender parlar d' una centenarria de lanzas arrifadas de Borgonia, é á cinco homes pur lanza, pues, son cabalitos cinq centos, é in tal caso, *¡Der Teufel!* voler más ellos que nosotrros las camorras, pues il Pisiopo afer ponas forsas; ho sí, afer ponas forsas.

—Es preciso, pues, atenernos á la emboscada de la cruz de los Tres Reyes, ó renunciar á la aventura—dijo el gitano.

—¡Renonzar á la afentura! ¡non robar una rica heredera pur esser la muquer de nostro nople Capitain! *¡Der Teufel!* Mi ser antes capable d' atacar l' inferno. *¡Meine seele!* Nosotrros ser todos princes é herzogs, que vosotrros llamar du-

cas, afer una pona casa, forsa dinerro de Francia, é quizá de ponitas demozelas, cando il Parputo afer bastante.

—¿Así pues, subsiste todavía la emboscada de la cruz de los Tres Reyes?—preguntó Hayraddin.

—*Mein Gott!* senza duta. Ti curar de levarlos alá, é cando estar bacados de cabalo é postos de rodillas ante la crux, lo que soler far toto il mundo, esceptados los hicos de los erreques como ti, nosotrros caer sur ellos é las muquerras ser nostras.

—Muy bien! pero yo nó prometí encargarme de este negocio por precisión infame, sino bajo una condición: esto es, que al joven no se le toque un pelo de la cabeza. Si me lo juráis por las imágenes de vuestros tres reyes que están en Colonia, yo os juraré también por los Siete Durmientes que he de serviros con lealtad en todo lo demás. Y si no cumplís vuestro juramento, os prevengo que los siete Durmientes vendrán á despertaros siete noches consecutivas antes de amanecer, y á la octava os apretarán el gaznate y os devorarán.

—Pero *¡donner un hagel!* ¿Per qué ti estar tan inquieto por la fida de ese joven? El no ser de fostra sangre ni de fostra nación.

—¿Y qué os importa á vos, honrado Enrique? Hay gente que se divierte cortando cuellos, y otra que tiene gusto en salvar gaznates. Así, pues, juradme que no le costará la vida, ni aun una sola gota de sangre; ó por la brillante estrella Aldebarán, este negocio no pasará más adelante. Jurádmelo por los tres Reyes de Colonia, según soléis llamarlos, pues sé que no hacéis caso de ningún otro juramento.

—Ti estar feritablemente tonto—dijo el alemán.—E pien; pues, mi curar...

—Un momento—gritó Hayraddin—media vuelta á la derecha, buen lansquenete; la cabeza hacia el Oriente, á fin de que los tres Reyes os puedan oir.

El soldado prestó juramento del modo que le prescribió Hayraddin, y dijo en seguida que no dejaría de hallarse en la emboscada, y que el sitio era sumamente á propósito, pues no distaba más que unas cinco millas del lugar donde se encontraban.

—Pero—añadió—per asicurar pen il negozio, mi pensar

confeniente plasar de prafa gente á l' isquerda del mesón, á fin de caer sobre ellos, si ellos afer la fantasía de pasar pur alá.

—No—respondió el gitano después de haber reflexionado un momento—si se viesen soldados por aquella parte podría alarmarse la guarnición de Namur, y exponerse entonces un combate dudoso en vez de un éxito seguro. Por otra parte, seguirán la orilla derecha del Mosa, porque yo puedo guiarlos por donde me dé la gana, atendido que el montañés de Escocia, á pesar de su desconfianza, se pone enteramente en mis manos, y nunca tomó informe de otra persona en lo relativo al camino que debe seguir. Indudablemente, que fué señalado por un amigo seguro, por un hombre de cuya palabra nadie ha desconfiado antes de haber aprendido á conocerle un poco.

—Intertanto, camarrada Hayraddin—dijo el lasquenete—mí haber una pequeña demanda á facerfos; mí non poter concefir como ti é il tu hermano essendo, como pretender de grandes *sternen deuter*, qué fosotrros apelar astrólogas, non hafer saputo que dovera esser ahorcado. *Henher!* esto é ben singular.

—Si yo hubiese sabido, Enrique—respondió el gitano—que mi hermano tenía tan poco juicio que fuese á contar al duque Carlos de Borgoña los secretos del rey Luís, hubiera profetizado su muerte con la misma seguridad que profetizaré un hermoso tiempo para el mes de julio. Luís tiene oídos y manos en la corte de Borgoña, y Carlos algunos consejeros para quienes el sonido del oro de Francia es tan agradable como para vos el *glu glu* de una botella.—Pero adios; no faltéis á la cita. Fuerza será que aguarde á mi madrugador escocés al apuntar el día, á un tiro de flecha del convento de esos frailes, sin lo cual sospecharía acaso alguna excursión poco favorable al éxito de su viaje.

—Ti non poter partir senza befer con mí un traco de consolación—dijo el alemán alargándole un botella.—¡Oh pestia de mí! olfidar ti ser pen borrica pur non befer que del agua pura, como un fil vasalo de Mahoma é de Termaganto.

—Tú eres el vil vasallo del vino y de la botella—dijo el gitano.—No me admiro de que hombres sedientos de sangre te confíen la ejecución de las violentas medidas que han ima-

ginado cabezas mejores que la tuya. El que quiera penetrar los pensamientos de los demás, ú ocultar los suyos, debe abstenerse del vino. Pero ¿de qué sirve predicarte á ti, que estás siempre seco como los desiertos de la Arabia? Adios, llévate contigo á mi camarada Tuisco, pues el verle por las inmediaciones del convento podría infundir sospechas.

Separáronse entonces los dos ilustres aliados, después de haberse prometido nuevamente no faltar á la cita de la cruz de los Tres Reyes.

Siguióles Durward con la vista hasta que no pudo distinguirlos; después de lo cual bajó del árbol, estremeciéndose su corazón al pensar cuán poco le faltó para que él y las señoras que estaban á su cargo fuesen víctimas de una trama preparada con tal refinamiento de perfidia; y eso aún contando con que le fuese posible frustrarla. Temiendo dar con Hayraddin en su vuelta al convento, hizo un largo rodeo con peligro de perderse por alguna mala senda; y por este medio logró llegar por distinto camino del que tomara al salir.

Andando reflexionó detenidamente en la conducta que debía seguir. Cuando oyó al mismo Hayraddin confesar su traición, había determinado matarle luégo que se terminase la conferencia y estuviesen sus compañeros á una distancia regular; pero al oir el interés que tomaba en salvarle, conoció que sería una ingratitud castigar al malvado con todo el rigor y extensión que merecía su perfidia. Resolvió, pues, perdonarle la vida, y aun continuar, si dable fuese, empleándole como guía, aunque con todas las precauciones necesarias para la seguridad de la hermosa condesa, á quien jurara interiormente sacrificar, si era preciso, su existencia. ¿Qué partido, pues, tomar? Las condesas de Croye no podían refugiarse ni en Borgoña de donde se vieran obligadas á huir, ni en Francia, de donde fueran en algún modo echadas. Acaso era para ellas menos temible la violencia del duque Carlos en sus estados, que la fría y tiránica política de Luís en los suyos. Después de largas meditaciones, no dió Durward en medio mejor que evitar la emboscada, siguiendo la orilla izquierda del río Mosa para pasar á Lieja, donde se pondrían las señoras, con arreglo á su primer plan, bajo la protección del digno obispo. Era imposible dudar que no tuviese este prelado voluntad de protegerlas, y no carecía de fuerza si

efectivamente había recibido las cien lanzas que se decía. En apuradas circunstancias, si pasasen á ser inminentes los peligros á que las expusieran las hostilidades de Guillermo de la Marck y las conmociones populares de Lieja, siempre le sería fácil enviar á las desgraciadas condesas á Alemania con regular escolta.

Finalmente, (pues ¿qué individuo ha terminado jamás una deliberación mental, sin alguna consideración particular?) Quintín pensó que habiéndole condenado el rey Luís á sangre fría ó al cautiverio ó á la muerte, quedaba libre de sus compromisos con la corona de Francia; y, por lo tanto, tomó la firme resolución de renunciar á ellos. El obispo de Lieja probablemente necesitaría soldados, y acaso podría obtener alguna comandancia con la protección de las bellas condesas, que ya en la actualidad, especialmente Amelina, tratábanle con mucha familiaridad. ¿Y quién sabe si se le daría la comisión de acompañar á las señoras de Croye á alguna plaza que les ofreciese mayor seguridad que Lieja y sus alrededores? Estas damas, por otra parte, aunque en cierto modo chanceándose, le habían hablado de armar los vasallos de la condesa Isabel, como lo hicieran muchos señores en aquellos tiempos de desórdenes, y de fortificar su castillo en términos de poder resistir á todo ataque. En tono de broma le habían dicho si quería desempeñar el peligroso empleo de su senescal; y como él se mostrase tan celoso como diligente en aceptar la proposición, permitiéronle besarles las manos en señal de promoción á aquel grado de honor y confianza. Parecióle haber notado también que la mano de la condesa Isabel, una de las más hermosas y delicadas de cuantas hubiesen recibido semejante homenaje de vasallos adictos, tembló en tanto que sus labios descansaban sobre ella un instante más de lo que permitía el ceremonial: y que al retirarla, dieron los ojos y mejillas de la joven no leves señales de turbación. ¿No podía resultar de todo esto alguna cosa favorable para él? ¿Qué hombre esforzado, á la edad de Quintín, no diera algún peso á estas consideraciones para influir en su deliberación?

Decidido este punto, tuvo que reflexionar el modo cómo obraría con respecto al pícaro gitano. Había desechado su primera idea de matarle en el bosque: pero si le dejaba en libertad, tomando otro guía, era lo propio que mandar al

traidor al campo de Guillermo de la Marck, para llevar la noticia de su marcha. Pensó tomar por confidente al padre guardián, y empeñarle á guardar preso al gitano hasta que tuviesen tiempo de llegar á Lieja; pero bien reflexionado, no se determinó á hacer semejante proposición á un hombre que, dejando aparte la timidez que suele infundir una avanzada edad, miraba, á fuer de buen fraile, la seguridad de su convento como el más importante de sus deberes, y temblaba al sólo nombre del Jabalí de las Ardenas.

Adoptó por fin un plan de operaciones sobre el cual creyó poder contar, tanto más cuanto la ejecución dependía de él; y sentíase capaz de todo por la causa que abrazara. Lleno su corazón de osadía y de firmeza, aunque sin disimularse los peligros de su situación, podía compararse Quintín á un hombre que camina cargado con un peso que le agobia, pero que no considera superior á sus fuerzas. Luégo de haberse decidido llegó al convento.

Llamó quedito á la puerta: un fraile que el prior había tenido la atención de destinar para aguardarle, abrió al momento y participóle que todos los religiosos debían pasar la noche en la iglesia hasta rayar el día, para desagraviar á su Divina Majestad por los diversos escándalos que ocurrieron en la comunidad la tarde anterior.

El buen fraile propuso á Quintín que tomara parte en sus devotos ejercicios, pero el joven tenía tan mojadas sus ropas que creyó no deber aceptar la proposición y pidió permiso para ir á sentarse junto al hogar de la cocina, para secarse antes de ponerse en camino. Deseaba, por otra parte, que el gitano cuando volviese á verle no pudiese notar en él cosa alguna que le diera motivo para sospechar su excursión nocturna. El fraile no sólo accedió á sus deseos, sino que aun quiso hacerle compañía; circunstancia que Durward celebró tanto más, cuanto deseaba procurarse algunas noticias relativas á los dos caminos de que hablaron el gitano y el lansquenete.

Cabalmente el fraile, á quien se encargaban muy á menudo los negocios exteriores del convento, era de toda la comunidad el que mejor podía responder á las preguntas que le hizo Quintín sobre el particular; pero observó que, como buenas peregrinas, debían las señoras que acompañaba tomar el ca-

mino de la orilla derecha del Mosa, á fin de pagar el tributo de su devoción á la cruz de los Tres Reyes, donde las santas reliquias de Gaspar, Melchor y Baltasar habían descansado cuando eran trasladados á Colonia, y en cuyo lugar hicieron muchos milagros.

Respondióle Quintín que las devotas señoras estaban deter-



minadas á observar con la mayor puutualidad todas las santas estaciones de peregrinación, y que no dejarían por cierto de visitar la cruz de los Reyes al ir ó al volver de Colonia; pero que habían oído decir que el camino de la orilla derecha del Mosa era poco seguro en aquel entonces, á causa de las frecuentes correrías que hacían en él los soldados del feroz Guillermo de la Marck.

—¡ No permita Dios—dijo el padre Francisco—que el Jaba-

lí de las Ardenas establezca de nuevo su cubil tan cerca de nosotros! Á más de que, aun cuando esto suceda, es el río Mosa bastante ancho para servir de excelente barrera entre él y nosotros.

—Pero no levantará barrera alguna entre esas señoras y el desalmado bandido—respondió Quintín—si le atravesamos para coger el camino de la orilla derecha.

—El cielo tendrá buen cuidado de proteger á los suyos, joven—replicó el fraile.—Nó es creíble quo los tres Reyes de la dichosa ciudad de Colonia, que no permiten entrar en su recinto ningún hereje ni judío, padeciesen el enorme olvido de tolerar que unos devotos peregrinos que van á adorar sus reliquias, fuesen robados y maltratados por un perro incrédulo como ese Jabalí de las Ardenas, que es peor él solo que todo un ejército de paganos, con las diez tribus de Israel enteras por añadidura.

Por más que, como buen católico, Quintín pusiese una gran confianza en la especial protección de Gaspar, Melchor y Baltasar, no pudo menos de reflexionar que, como las condesas sólo habían adoptado el título de peregrinas por miras de política mundana, no tenían derecho á esperar que las tomasen en esta ocasión los tres Magos bajo su salvaguardia, y resolvió por consiguiente evitar, en cuanto le fuera posible, ponerlas en una situación en que necesitarían nada menos que la intervención de un milagro.

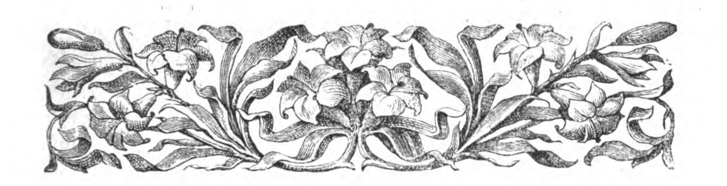
Sin embargo, con la sencillez de su buena fe, hizo solemne voto de visitar él mismo en persona á los Reyes de Colonia, si estos ilustres personajes, de santa y real memoria, le hacían la gracia de que pudiera llegar á buen puerto con las damas que escoltaba.

Para contraer esta obligación con toda la solemnidad pósible, rogó al padre Francisco que le permitiese entrar en una de las capillas laterales del convento; y allí, poniéndose de rodillas, con devoción sincera, ratificó el voto que acababa de hacer en su interior. La voz distante de los frailes que cantaban en el coro, la hora quieta que había escogido para celebrar este acto religioso, el efecto del débil resplandor que esparcía una sola lámpara en aquel pequeño edificio gótico, todo contribuyó á constituir á Durward en ese estado en que el alma reconoce con mayor facilidad la debilidad humana, y

solicita aquel auxilio y protección sobrenatural que ningún culto concede sino al arrepentimiento de lo pasado y á un firme propósito de enmienda para lo sucesivo. Si no se veía puesto en el orden el objeto de su devoción, no era esta la culpa de Quintín; y como sus oraciones fuesen sinceras, debemos pensar que las acogía favorablemente el solo verdadero Dios, que atiende á las intenciones y no á las formas, y á cuyos ojos la franca devoción de un pagano es más estimable que la especiosa hipocresía de un fariseo.

Habiéndose encomendado, sin olvidar á sus desamparadas compañeras, á la protección de los Santos y al cuidado de la Providencia, fuése Quintín á descansar por todo el resto de la noche, dejando al fraile interiormente edificado del fervor y sinceridad de su devoción.





CAPÍTULO XVIII.

La quiromancia.

> Cuando con chistosos cuentos y alegres canciones divertíamos las asperezas del camino y deseábamos que este se prolongase, entonces el camino escabroso volvíase llano y liso, burlando nuestros hechizados pasos, pues todo aquel país estaba encantado.
>
> SAMUEL JOHNSON.

Despuntaba apenas la aurora, cuando Durward, saliendo de su reducida celda, dispertó á los palafreneros, atendiendo con mayor cuidado de lo que acostumbraba á todos los preparativos de la marcha.

Examinó por sí mismo si las bridas, los bocados de los frenos y todos los arneses de los caballos se hallaban en buen estado, como también si estaban corrientes las herraduras, á fin de evitar aquellos inconvenientes hijos de la casualidad que, sin embargo de su poca importancia, no dejan de retardar los viajes é incomodar á los viajantes. Mandó dar el pienso á los caballos en su presencia, á fin de asegurarse de que se hallarían en estado de hacer una buena jornada, ó de redoblar la marcha, si así lo exigían las circunstancias.

Volviéndose entonces á su cuarto, armóse con particular cuidado, y ciñóse su espada, como quien recela un próximo peligro y está firmemente decidido á arrostrarle.

Estos generosos sentimientos, infundiéndole una nobleza en el andar y un aire de dignidad que las señoras de Croye no observaran todavía en él, por más que hubiesen visto con

interés y satisfacción la gracia é ingenuidad de sus pláticas y conducta, y la armonía de su penetración natural con aquella sencillez propia de su lejano país y de la educación que recibiera. Dióles á entender que convenía partiesen más temprano que lo acostumbrado: y, por consiguiente, salieron del convento después del desayuno, no sin manifestar las señoras su gratitud á la hospitalidad que en él habían recibido, por me-



dio de un dón cuantioso que hicieron al pié de los altares, más propio de su verdadera clase, que de aquella á que aparentaban pertenecer. Esta liberalidad no suscitó sin embargo ninguna sospecha: pasaban por inglesas, y los de aquella nación gozaban ya entonces de la misma reputación de ricos de que gozan hoy día.

Dióles el prior su bendición mientras montaban á caballo, y felicitó á Quintín por haber quedado libre del maldito guía;

«pues, añadió aquel venerable religioso, vale más tropezar en el camino, que ser sostenido por la mano de un ladrón ó de un bandido.»

La opinión de Durward no era exactamente la misma, pues aunque tenía al gitano por peligroso, creyó poder aprovecharse de sus servicios frustrando al propio tiempo sus alevosos planes, puesto que los conocía. Su inquietud en esta parte no fué de larga duración, pues apenas la pequeña comitiva se vió á unos trescientos pasos del convento y de la aldea, vió llegar á Hayraddin montado como solía en su casi silvestre, pero activo y fogoso caballo. El camino que seguían costeaba las orillas de aquel mismo arroyo, en cuya margen oyera Quintín la misteriosa conferencia de la noche; y poco rato después de habérseles agregado el gitano, pasaron por debajo del mismo sauce que le preporcionara los medios de ocultarse para oir, sin ser visto, la conversación del pérfido guía con el lansquenete.

Los recuerdos que suscitó este sitio en el ánimo de Quintín, le empeñaron á dirigirse ásperamente al gitano, á quien apenas había hablado una palabra hasta entonces.

—¿Dónde has pasado la noche, profano bribón?—le preguntó.

—Bien podéis adivinarlo viendo mis vestidos—respondió Hayraddin mostrándoselos cubiertos de heno.

—Una hacina de heno—replicó Durward—es cama harto á propósito para un astrólogo, y mejor de lo que merece un pagano que se atreve á blasfemar de nuestra santa religión y de sus ministros.

—Mi Klepper la ha pasado, sin embargo, mejor que yo—dijo Hayraddin, dando golpecitos en el cuello de su caballo para acariciarle—pues ha encontrado en ella alimento y abrigo á un tiempo. Los frailes le pusieron también de patitas en la calle. Por fortuna, Klepper conoce mi silbido y me sigue como un perro; sin lo cual no nos hubiéramos visto más, y en vano hubiérais silbado para encontrar un guía.

—Te he prevenido más de una vez—le dijo Quintín mirándole con severidad—que reprimas el desenfreno de tu lengua cuando te halles en compañía de gente honrada, lo que creo no te habrá sucedido hasta ahora; y te prometo que

á considerarte tan infiel en clase de guía, como te creo impío y blasfemo, la punta de mi puñal escocés no tardaría en trabar intimidad con tu corazón de hereje, aunque fuese degradándome con el oficio de matador de puercos.

— El jabalí es primo hermano del puerco— respondió el gitano sin bajar los ojos ante la penetrante mirada de Quintín, y sin variar en lo más mínimo el tono de indiferencia mordaz que afectaba siempre en su lenguaje;—y sin embargo, hay quien encuentra honor, gusto y provecho en matarle.

Admirado del descaro de aquel hombre, y temiendo que conociese algunos puntos de su historia y de sus sentimientos sobre los cuales no quisiera entrar en conversación con él, cortó Quintín de golpe una contienda en qué no lograra ninguna ventaja sobre Maugrabin, y volvióse á su sitio ordinario, es decir, al lado de las señoras.

Ya indicamos á nuestros lectores que se había establecido entre ellos cierto grado de familiaridad. La condesa Amelina, después de haberse asegurado bien de la nobleza de su prosapia, tratábale como igual y favorito; y aunque su sobrina no manifestase tan á las claras la estimación que le merecía, sin embargo, en medio de su timidez y comedimiento, creía conocer Quintín que distaban mucho de serle indiferentes sus pláticas y compañía.

No hay cosa que dé más vida y alma á la jovialidad de los jóvenes que la certeza de agradar al objeto amado. Así Quintín, durante el viaje, había desplegado todos sus recursos para divertir á la hermosa condesa, ora por medio de conversación alegre, ora cantándole romances de su país en escocés, y algunas veces refiriéndole sus tradiciones; y los esfuerzos que hacía para traducirlas al francés, lengua que aún no poseía perfectamente, ocasionaban con frecuencia ciertos equivoquillos más divertidos que las mismas historietas. Pero aquella mañana, embebido en inquietas reflexiones, iba al lado de las señoras de Croye sin hacer, contra su costumbre, tentativa alguna para divertirlas: de suerte que no pudieron menos de notar y hallar extraordinario su silencio.

— Nuestro joven campeón ha visto un lobo — dijo la condesa Amelina aludiendo á una superstición antigua;—

y este encuentro le ha quitado el uso de la palabra. (1) De otro modo acertaría diciendo que he rastreado una zorra—pensó Quintín—pero hizo interiormente esta observación sin mover los labios.

—¿Estáis indispuesto, señor Quintín?—preguntó la condesa Isabel con un interés que no pudo menos de ponerla colorada, porque veía que era adelantarse algo más de lo que le permitía la distancia que los separaba.

—Ha perdido la noche en la mesa con los buenos padres—dijo Amelina.—El escocés se parece en esto al alemán; es tan bullicioso y prodiga tanto la alegría bebiendo su vino del Rhin, que para el baile de la noche no le quedan más que unas piernas trompiconas, y dolores de cabeza para el tocador de las damas la mañana siguiente.

—No merezco tales acusaciones, hermosas señoras—respondió Quintín:—los buenos padres han pasado casi toda la noche en la iglesia; y en cuanto á mí, apenas he bebido un vaso de su vino más común.

—Acaso la parsimonía de la mesa le ha quitado la alegría—dijo Isabel.—Vamos, señor Quintín, consolaos. Si alguna vez vamos juntos á mi antiguo castillo de Bracquemont, aunque yo misma debiese ser vuestra escanciadora, beberéis un excelente vino, superior al que producen las decantadas viñas de Hochheim Johannisberg.

—Un vaso de agua de *vuestra* ilustre mano, señora...—empezó á decir Quintín;—pero le faltó la voz, é Isabel continuó como si no hubiese notado el acento de ternura con que salió de sus labios el pronombre personal:

—El vino de que hablo—dijo Isabel—fué puesto en las bodegas de Bracquemont por mi bisabuelo el Rhingrave Godofredo.

—Que obtuvo la mano de su bisabuela—dijo Amelina

---

(1) *Vox duoque Mœrim*
Jam fugit ipsa; lupi Moerim videre priores.

VIRGILII, IX, egloga.

Los comentadores añaden, como explanación de este pasaje, la opinión de Plinio: «Tiénese en Italia por cosa perjudicial á una persona el que la mire un lobo, suponiéndose que pierde el uso de la palabra si el animal la ve antes que ella le vea á él.»

interrumpiéndola—por haber probado ser el más valiente de los hijos de la caballería en el gran torneo de Estrasburgo, en cuya lid diez caballeros perdieron la vida; pero aquel tiempo ya pasó. Nadie en el día quiere arrostrar los peligros en nombre del honor ó en defensa de la hermosura desvalida.

Decía esto con el tono que suele emplear una beldad moderna, cuyos atractivos empiezan á declinar, cuando se queja de la poca cortesía del siglo presente. Quintín se encargó de contestarle, diciendo «que no dejaba de existir aún aquel espíritu de caballería que ella imaginaba amortiguado; y que dado caso hubiese desaparecido del resto de la tierra, se le encontraría aún en el corazón de los nobles escoceses.

—Pues!—exclamó la condesa Amelina.—¿Si querrá darnos á entender que su fría y estéril patria conserva aún aquella llama que se ha apagado en Francia y en Alemania? El pobre joven se parece á los montañeses suizos, á quienes vuelve locos la apasionada afición que profesan á su país natal. Apuesto á que nos habla cuanto antes de sus viñas y olivares de Escocia.

—No, señora—respondió Durward—todo lo que puedo decir del vino y del aceite de nuestras montañas, es que nuestra espada sabe obligar á nuestros vecinos más opulentos á que nos paguen esas ricas producciones. Pero en cuanto á la lealtad sin tacha y terso honor de los escoceses, me veo obligado á experimentar en este instante mismo la confianza que depositáis en estas prendas, por más que el humilde individuo que la solicita nada puede ofreceros por prenda de su seguridad.

—Habláis misteriosamente—dijo Amelina.—¿Con que vos sabéis que nos amenaza alguna desgracia, algún peligro perentorio?

—¡Lo estoy leyendo en sus ojos una hora hace!—exclamó Isabel juntando sus manos.—¡Virgen santísima! ¿qué será de nosotras?

—Lo que sea de vuestro agrado—respondió Durward—así lo espero á lo menos. Pero me veo obligado á preguntároslo: ¡nobles señoras! ¿tenéis confianza en mí?

—¡Confianza en vos!—contestó Amelina.—Sí por cierto.

Pero, ¿á qué viene esa pregunta? ¿Hasta qué punto reclamáis nuestra confianza?

—En cuanto á mí—dijo Isabel—os la otorgo entera y sin reserva. Si fuéseis capaz de engañarnos, Quintín, no creería ya que existiese la sinceridad más que en el cielo.

—Ilustre señora—respondió Durward en el colmo de sus deseos—vos no formáis de mí más que el concepto que yo merezco. Mi plan es variar de camino y dirigirnos á Lieja por la orilla izquierda del Mosa, en lugar de atravesar aquel río en Namur. Me separo en esto de las órdenes que recibí del rey Luís y de las instrucciones que ha dado á nuestro guía; pero he oído decir en el convento que han aparecido hordas de malhechores en la orilla derecha y salido tropas borgoñonas para perseguirlas. Estas dos circunstancias me dan que temer por vuestra seguridad. ¿Me concedéis vuestro permiso para esta variación?

—Con toda mi alma—respondió la condesa Isabel.

—Yo creo como tú, sobrina—le dijo la tía—que el joven tiene buenas intenciones; pero piensa que es contravenir á las instrucciones del rey Luís, quien nos las repitió tantas veces y con tanto empeño.

—¿Y por qué hemos de tener tanto respeto á sus instrucciones?—dijo Isabel.—Gracias al cielo, yo no soy su vasalla. Púseme bajo su protección y ha abusado de la confianza que me empeñó á depositar en él. No quisiera agraviar á ese mancebo vacilando un momento entre su palabra y las órdenes de aquel astuto y egoísta tirano.

—¡Recompénseos el cielo por lo que acabáis de decir, señora!—exclamó Quintín enagenado de alegría.—Si no me hiciese digno de la confianza que tenéis la bondad de depositar en mí, merecería que cuatro caballos despedazasen mis miembros en este mundo y que fuese precipitado en las penas eternas en el otro: todavía esto fuera harto suave suplicio.

Diciendo esto apretó las espuelas al caballo y fué á reunirse con el gitano. El carácter de este digno personaje parecía ser enteramente pasivo; los denuestos y las amenazas no hacían en él impresión alguna; y si no los perdonaba, daba muestras de olvidarlos por lo menos. Durward entró en conversación con él, y el guía le respondió tan sosegado como si no

hubiese ocurrido ninguna incomodidad entre los dos aquella mañana.

El perro—pensó el joven escocés—no ladra ahora porque piensa de una vez saldar sus cuentas conmigo saltándome á la garganta cuando pueda hacerlo impunemente; pero veremos si es posible herir á un traidor con sus propias armas.

—Hola, compadre Hayraddin—dijo—en diez y seis días que vamos viajando juntos no nos habéis dado todavía una muestra de vuestra ciencia en el arte de la quiromancia; y sin embargo, sois tan apasionado para ejercerla, que no dudáis desplegar vuestra habilidad en todos los conventos donde hacemos alto, aunque os cueste pasar la noche sobre un montón de heno.

—¡Cómo! ¿Me lo pedisteis acaso alguna vez?...—respondió el gitano.—Lo mismo sois vos que todos los demás: os contentáis con ridiculizar los misterios que no podéis comprender.

—Vamos, dadme entonces una prueba de vuestro saber—dijo Quintín. Y quitándose la manopla le presentó la mano.

Hayraddin examinó atentamente todas las líneas que la cruzaban, como también las pequeñas eminencias de la raíz de sus dedos, que se creía entonces tener con el carácter, hábitos y fortuna de los individuos, igual relación que se atribuye ahora á las protuberancias del cráneo.

—He aquí una mano—dijo en seguida—que indica trabajos padecidos y peligros arrostrados. Columbro que manejó desde la edad más tierna la empuñadura de la espada, y no le son desconocidas las chapas del misal.

—Podéis haber adquirido en alguna parte ciertas noticias de mi vida pasada; habladme más bien de los acontecimientos futuros.

—Esta línea que parte del monte de Venus—continuó el gitano—y no se interrumpe bruscamente, sino que sigue y acompaña la línea de vida, manifiesta que un matrimonio os procurará una brillante fortuna y que un amor coronado con la posesión os colocará entre los grandes y poderosos del siglo.

—Estas son esperanzas con que lisonjeáis á todo el mundo. He aquí uno de los secretos de vuestro arte.

—Lo que os pronostico es tan cierto, como que correréis

dentro de poco un gran peligro; pues lo estoy leyendo en esa línea que resalta color de sangre y que corta transversalmente la línea de vida, la cual anuncia alguna estocada ú otra violencia, que no evitaréis sino con el auxilio de un amigo leal.

—¡Como tú! ¿no es verdad?—preguntó Durward, indignado de ver que el quiromántico quisiese embaucar su credulidad y ganar opinión y fama prediciéndole las consecuencias de su propia traición.

—Mi arte nada me dice de lo que me concierne—replicó el gitano.

—En este caso—dijo Quintín—los adivinos de mi país son más sabios que los vuestros, á pesar de su tan cacareada ciencia, pues saben prever los peligros que les amenazan á ellos mismos. No quise yo separarme de mis montañas sin haber adquirido hasta cierto punto el dón de segunda vista de que están dotados sus habitantes; y voy á daros una muestra de su mérito, en cambio del retazo quiromántico con que me favorecisteis. Hayraddin, el peligro que me amenaza, existe en la orilla derecha del río Mosa, y para evitarle me dirigiré á Lieja por la orilla izquierda.

Oyóle el gitano con una calma que, atendidas las circunstancias en que se hallaba, pareció incomprensible á Durward.

—Si hacéis lo que decís—respondió Hayraddin—el peligro pasará de vos á mí.

—¿No me decíais hace poco que vuestro arte no os indicaba nada que pudiese seros concerniente?

—No, del modo que me anunció vuestro destino—dijo el gitano—pero no se necesita de grande hechicería, por poco que se conozca á Luís de Valois, para predecir que mandará ahorcar á vuestro guía, porque á su merced le plugo desviarse de la ruta por él señalada.

—Con tal que lleguemos sanos y salvos al término de nuestro viaje, nadie podrá acusarnos de un leve desvío de la línea que se nos ha trazado.

—No cabe duda, si su merced está bien seguro de que la intención del rey es de que se termine felizmente el viaje como manifestó.

—¿Y cómo sería posible que llevase otras ideas? ¿Qué motivo tenéis vos para suponerle miras distintas de las que no tiene explicadas?—preguntó Quintín.

—Uno y muy sencillo; y es que todos los que conocen un poco al rey Cristianísimo, saben que el plan que más desea llevar á efecto es el de que habla menos por lo regular. Cuando nuestro excelso Luís manda partir doce embajadores, quiero entregar mi garganta á la cuerda un año antes de lo debido, si no hay once de ellos, por lo menos, que lleven una instruccioncita separada de lo que está escrito en sus credenciales.

—Nada tengo que ver con vuestras injuriosas sospechas—contestó Quintín.—Mi deber es claro y positivo; tengo que acompañar á estas señoras á Lieja con seguridad; creo que lo lograré mejor desviándome algo del camino que se nos ha prescrito, y caiga sobre mí la responsabilidad. Seguiremos, pues, la orilla izquierda del Mosa: á más de que el camino es más corto; pasando el río no haríamos otra cosa que perder tiempo, y exponernos á mil trabajos sin ninguna utilidad. ¿Qué motivo puede haber para obrar de otro modo?

—El único que hay es que todos los peregrinos que van á Colonia, pasan el Mosa antes de llegar á Lieja; y como esas señoras quieren ser tenidas por tales, el camino que proponéis probará que no son lo que pretenden.

—Si se nos hace alguna observación sobre este punto, diremos que el duque de Gueldres, Guillermo de la Marck, los desolladores y los lansquenetes que infestan la orilla derecha, nos causaron tanto miedo, que determinamos tomar la izquierda, desviándonos del camino ordinario.

—Como á su merced le plazca. En cuanto á mí, lo mismo se me dará guiaros por la izquierda que por la derecha. Allá os las avendréis con Su Majestad.

Quedó Quintín muy admirado de la facilidad con que accedía Hayraddin á aquella variación de camino, ó á lo menos de la poca repugnancia que mostraba; pero no dejó de celebrarlo mucho, pues necesitaba de sus servicios como guía, y temía que el gitano, viendo frustrado su plan de traición, cometiese algún acto desesperado. Por otra parte, separarse de él era el medio más seguro de atraer sobre sí á Guillermo de la Marck, con quien estaba en correspondencia; cuando conservándolo á la cabeza de la cabalgata, creyó poder vigilarle harto de cerca para impedir que tuviera comunicaciones con nadie sin que él lo supiera.

Renunciando, pues, á toda idea de seguir el camino que al principio querían emprender, costearon la orilla izquierda del caudaloso río, y diéronse tanta prisa, que llegaron al día siguiente muy de mañana con toda felicidad al término de su viaje. Supieron allí que el obispo de Lieja, pretextando falta de salud, pero acaso para ponerse á cubierto de todo insulto de una numerosa y turbulenta población, había fijado su residencia en su hermoso castillo de Schonwaldt, situado como á una milla de la ciudad de Lieja.

Cuando se acercaban al castillo, vieron al prelado que volvía en procesión de la ciudad inmediata, donde celebrara de pontifical la misa mayor. Venía á la cabeza de un numeroso séquito de funcionarios civiles y eclesiásticos confundidos, y como dice una copla antigua:

« De un porta-cruz precedido,
seguido de muchas lanzas. »

Ofrecía aquella procesión bello é imponente espectáculo, serpenteando á lo largo de las verdes márgenes del Mosa, y dando una vuelta á la derecha, penetró por la gran portada gótica que ornaba la entrada del palacio episcopal.

Pero cuando nuestros viajeros se hallaron inmediatos, vieron que todo en el exterior indicaba los temores é inquietudes que reinaban en el interior; lo que formaba un singular contraste con el pomposo ceremonial de que acababan de ser testigos. Había en la puerta y en varios puntos avanzados piquetes de la guardia del Obispo; y la apariencia belicosa de aquella corte eclesiástica, indicaba que el reverendo prelado tenía algunos recelos que le obligaban á adoptar todas las precauciones de una guerra defensiva.

Habiendo Quintín hecho entrar recado, dando aviso de la llegada de las condesas de Croye, fueron estas respetuosamente introducidas en un gran salón, donde las recibió el obispo á la cabeza de su pequeña corte, y les hizo la más cordial acogida. No quiso permitirles que le besaran la mano, pero él las besó en las mejillas con un aire que participaba de la galantería de un príncipe para con dos lindas damas y del santo afecto de un pastor por sus ovejas.

Luís de Borbón, obispo de Lieja, era verdaderamente un

príncipe de excelente corazón y lleno de generosidad. Acaso su vida privada no fuera siempre un modelo de aquel estrecho recogimiento de que el clero debe dar ejemplo; pero siempre sostuvo dignamente el franco y honrado caracter de los Borbones, de cuya casa descendía. Por los años de que se trata, y á medida que iba entrando en edad, adoptara este prelado un género de vida más conveniente á un individuo de su gerarquía; y los príncipes vecinos le apreciaban como á un noble eclesiástico, generoso y magnífico en su conducta particular, aunque poco distinguido por la rectitud y severidad de su carácter, llevando las riendas del gobierno con una indolente indiferencia que, en vez de reprimir las sediciosas tentativas de sus ricos y turbulentos vasallos, parecía aún estimularlas.

Era el obispo tan íntimo aliado del duque de Borgoña, que casi se consideraba este último como asociado á la soberanía temporal de los estados de Lieja, y recompensaba la benévola facilidad con que admitía el prelado ciertas pretensiones que podían ser disputadas, defendiéndole en cualquier ocasión con aquel fogoso y enérgico celo que le caracterizaba. Solía decir que miraba á Lieja como suya, y al obispo como á su hermano (y, en efecto, podían reputarse tales, pues el duque estuvo casado en primeras nupcias con una hermana del prelado), añadiendo que quien quisiese ser enemigo de Luís de Borbón se las habría con Carlos de Borgoña: amenaza que, atendidos el poder y carácter del príncipe que la hacía, hubiera impuesto á todo el mundo, excepto á los ricos y descontentos habitantes de Lieja, en lo que ganaba *el dinero al criterio*, según expresión antigua.

El prelado aseguró á las condesas de Croye que emplearía en su favor todo el influjo que tenía en la corte de Borgoña, y se lisonjeaba tanto más del feliz resultado, cuanto á causa de ciertos descubrimientos que últimamente se hicieron no gozaba ya Campo-basso de igual favor en el palacio de su amo. Ofrecióles también toda la protección que podía dispensarles; pero el suspiro con que acompañó el ofrecimiento, parecía demostrar que su poder era más precario de lo que convenía dar á entender.

—En cualquier caso, hijas mías—añadió el obispo con cierto aire, en que, como en el primer recibimiento se notaba

una mezcla de unción espiritual y de aquella galantería hereditaria de la casa de Borbón — no permita Dios que en ningún tiempo abandone las inocentes ovejas al lobo devorador, ni damas tan ilustres á la opresión de hombres impíos. Soy pacífico, por más que resuene ahora mi morada con el estrépito de las armas; pero quedad persuadidas de que atenderé á vuestra seguridad como á la mía; y si el estado de cosas se presentase aquí más peligroso, aunque confío con el favor de nuestra Señora que los ánimos se calmarán en vez de inflamarse más, tendré buen cuidado de haceros pasar á Alemania con buena escolta; pues la voluntad misma de mi hermano y protector Carlos de Borgoña no fuera bastante para determinarme á disponer de vosotras de un modo contrario á vuestras inclinaciones. No puedo satisfacer el deseo que me manifestáis de colocaros en un convento; pues ¡ah!... es tal la influencia de los hijos de Belial en los habitantes de Lieja, que considero no alcanzará mi autoridad á que os sirvan de refugio mis dominios como os halléis fuera del recinto de este castillo y lejos de la protección de mis soldados. Pero aquí seréis tratadas como corresponde, lo propio que vuestro séquito, y especialmente ese joven que me habéis recomendado con tantas veras, y á quien doy mi bendición episcopal.

Quintín dobló la rodilla, como era regular, para recibirla.

— En cuanto á vosotras — continuó el buen prelado — podréis permanecer aquí con mi hermana Isabel, canonesa de Tréveris, en cuya compañía no sufrirá vuestro honor menoscabo alguno, aunque viviendo bajo el mismo techo que un solterón como el obispo de Lieja.

Al concluir este discurso de bienvenida, condujo cortésmente á las señoras al aposento de su hermana; y el mayordomo de su casa, que, habiendo sido ordenado de diácono, ni era enteramente seglar ni eclesiástico, fué el encargado de cumplir con Quintín todos los deberes de la hospitalidad. El resto de la comitiva se dejó al cuidado de la servidumbre inferior.

En medio de todas estas disposiciones, no pudo menos de notar Quintín que la presencia del gitano, que fuera objeto de escándalo en todos los conventos del país, no dió lugar á ningún reparo ni objeción en el palacio de aquel buen prelado.



CAPÍTULO XIX.

La ciudad.

Amigos míos, mis buenos amigos, no os precipitéis por causa mía á un ímpetu semejante de temeraria sedición.

SHAKSPEARE.—*Julio César*, acto III.

Separado de la condesa Isabel, cuyos ojos fueron por muchos días su estrella polar, Quintín sintió en su corazón un extraordinario vacío, con una especie de hielo que no experimentara aún en medio de todas las vicisitudes á que estuvo expuesta su vida. Era de prever sin duda que las íntimas y familiares relaciones que la necesidad estableciera entre ellos deberían cesar luégo después de su llegada á una residencia fija: pues ¿ bajo qué pretexto, aun suponiendo que la condesita lo hubiera deseado, podría ella sin faltar á las leyes del decoro, llevar siempre á su lado un escudero tan joven y galán como Quintín?

Pero por más indispensable que pareciese esta separación, no por esto fué menos acerba la pena que ocasionó á Durward; y su altivo corazón hinchábase de dolor al ver que se separaban de él como de un ordinario postillón, ó de una escolta que había terminado sus funciones; y hasta llegaron sus ojos á derramar algunas lágrimas secretas sobre las ruinas de aquellos castillos en el aire que su imaginación se ocupara en construir durante aquel viaje para él harto interesante. Hizo un animoso esfuerzo para salir del abatimiento de espíritu en que se hallaba, pero no pudo por entonces conseguirlo. Abandonándose, pues, á las ideas que le era imposible des-

terrar, sentóse Quintín en el apartado rincón formado por una de las ventanas que iluminaban el gran salón gótico de Schonwaldt, é hizo profundas reflexiones acerca la crueldad de la fortuna que no le concediera ni la elevación ni las riquezas que necesitara para llegar al colmo de sus deseos.

Quintín probó de disipar la tristeza que le abrumaba enviando á Charlet, uno de los criados, con cartas á la corte del rey Luís, anunciándole la llegada de las señoras de Croye á Lieja. Distrájose por fin, volviendo á entrar casi en su natural estado, contribuyendo mucho á ello el título de una antigua novela, recientemente impresa en Estrasburgo, que vió junto á sí en el alféizar de la ventana, cuyo título decía de esta suerte: *« De cómo un pobre escudero tuvo amores con la hija del rey de Hungría. »*

Mientras estaba recorriendo la primera página de aquella historia impresa en letra gótica, y que tanta relación tenía con su propia situación, sintióse Durward interrumpido por una mano que le daba un golpecito en la espalda, y levantando la vista, vió que era el gitano.

Hayraddin, á quien nunca había mirado con buenos ojos, pasó á ser para él una persona antipática desde el día que descubrió su traición. Preguntóle pues con aspereza por qué se tomaba la libertad de poner la mano en un cristiano, en un caballero?

— Hablando francamente — respondió el ex-guía — porque quería ver si el caballero cristiano dejaba de sentir los efectos del tacto, como había perdido la vista y el oído. Cinco minutos que estoy delante de vos para hablaros, sin que hayáis apartado nunca los ojos de ese papel amarillo, como si fuera un objeto de hechicería para convertiros en estatua y hubiese ya producido la mitad del efecto.

— ¡ Y bien ! ¿ qué quieres ? Habla, y vete.

— Quiero lo que quieren todos y nadie cree tener bastante; quiero lo que me es debido: diez coronas de oro por haber servido de guía á esas señoras hasta aquí.

— ¿ Y cómo te atreves á pedirme otra recompensa que la de perdonarte tu indigna vida ? Ya sabes que tu intento era venderlas por el camino.

— Pero *no* las vendí : si lo hubiese hecho, no sería por cierto á vos ni á ellas á quien pediría yo mi salario, sino al

que hubiera podido aprovecharse de su pasaje por la orilla del Mosa. Los que han recibido mis servicios son los que deben pagarme.

—¡Perezca tu salario contigo, traidor!—exclamó Durward contando el dinero que reclamaba.—Véte á encontrar al Jabalí de las Ardenas, ó al diablo, si quieres; pero no vuelvas á presentarte delante de mí, si no deseas que te despache á los infiernos antes de tiempo.

—¡Al Jabalí de las Ardenas!—repitió el gitano con mayor sorpresa de la que solía notarse en sus facciones.—¿Luego no era una vaga conjetura, una sospecha sin objeto fijo, lo que os hizo insistir en mudar de camino? ¿Sería posible que existiese realmente en otras regiones un arte de adivinar más seguro que el de nuestras tribus errantes? El sauce bajo el cual hablábamos, no puede haber referido nada. Pero no... no... ¡necio de mí!... ¡ya sé lo que es! ahora caigo en ello. El sauce se halla á la orilla del río, cerca del convento de franciscanos; yo noté que lo mirabais mucho al pasar; él no podía hablar seguramente; pero sus ramas podían ocultar á alguien que nos escuchase. Oh! de aquí en adelante celebraré mis consejos en campo raso, y ni una espesura de cardos toleraré cerca de mí, que pueda ocultar á un escocés. Ah! ah! el escocés batió al gitano con sus propias armas; pero oíd, señor Quintín Durward: vos trastornasteis mis proyectos en detrimento de vuestros propios intereses. Sí, la fortuna que os predije al examinar las rayas de vuestra mano, estaba toda hecha á no mediar vuestra obstinación.

—Por san Andrés—dijo Quintín—tu descaro me hace reir á pesar mío. ¿En qué y cómo las consecuencias de tu perfidia hubieran podido acarrearme alguna utilidad? No ignoro que contrataste bajo el pacto de salvarme la vida, condición que pronto hubiesen olvidado tus dignos aliados al llegar el caso de medir los aceros; pero lo que excede toda humana comprensión es imaginar cómo la traición que hacías á esas señoras podía haberme valido otra cosa que el cautiverio ó la muerte.

—No os devanéis en ello los sesos; mi gratitud os prepara todavía una sorpresa. Si hubiéseis guardado mi salario, me consideraría desquitado con vos y os abandonara á los caprichos de vuestra locura; pero en la actualidad, aún quedo

deudor vuestro por lo que pasó cerca de Tours en las orillas del Cher.

—Paréceme que quedo pagado con las pestes y maldiciones que te eché.

—Las injurias y los cumplimientos no son más que aire, y no añaden el menor peso á la balanza. Si me hubiéseis sacudido en vez de amenazarme...

—Pues cuidado, que es esa una moneda con que pudiera muy bien pagarme, si continúas provocándome por más tiempo.

—No os lo aconsejo, pues semejante paga percibida por una mano inconsiderada, podría exceder de la deuda, y por desgracia hacer caer la balanza á la parte opuesta; y yo no soy hombre que olvide ó perdone fácilmente lo que se me debe. Ahora es preciso que me separe de vos, pero no será por mucho tiempo... Voy á despedirme de las señoras de Croye.

—¡Tú!—exclamó Quintín en el colmo de la admiración—¡Tú, ser admitido á hablar á esas damas!... en el retiro donde viven casi reclusas!... cuando se hallan bajo la protección de una ilustre canonesa, hermana del obispo!... Imposible!

—Sea como quiera, Marta me aguarda para presentarme á ellas—replicó el gitano con una sonrisa de escarnio.—Os suplico que me dispenséis si os dejo tan precipitadamente.

Diciendo esto dió algunos pasos para alejarse; pero volviéndose de pronto, acercóse á Quintín, y díjole en tono grave, serio y enfático:

—No se me ocultan vuestras pretensiones; son atrevidas, pero no resultarán vanas si yo las apoyo con mi poder. Conozco también los temores que os agitan: ellos deben infundiros prudencia, no timidez. No hay mujer en el mundo que no se pueda conquistar. El título de conde es una pamplina y puede adaptarse á Quintín, como el de duque á Carlos, y el de rey á Luís.

Hayraddin había partido antes que Durward tuviese tiempo de contestarle. Púsose á seguirle; pero el gitano, sabiendo mejor que el escocés las distribuciones interiores del castillo, conservó siempre su ventaja, y desapareció bajando por una escalerilla excusada. Quintín continuó, sin embargo, en perseguirle, aunque apenas supiese por qué quería alcanzarle. Al

pié de la escalerilla veíase una puerta que daba á un jardín; entró en él, y volvió á ver al gitano corriendo por una avenida de muchas vueltas y revueltas.

Cercaban este jardín por dos lados las fábricas del antiguo edificio, mas parecido á un castillo que á un establecimiento religioso; y los dos lados restantes quedaban cerrados por bien fortificada y alta muralla. Al atravesar otra calle del jardín para dirigirse hacia una parte del edificio donde se veía una puertecita detrás de un botarel macizo cubierto de hiedra, volvióse Hayraddin á Durward é hízole con la mano una seña de despido, ó por mejor decir, de triunfo. Quintín vió, en efecto, que Marta le abría la puerta, introduciendo al vil gitano, según debía suponer, en la habitación de las condesas de Croye. Mordióse el joven los labios de indignación, y arrepintióse de no haber dado á conocer á las dos señoras toda la infamia del carácter de Hayraddin, y la conspiración que tramara contra su seguridad. El aire de arrogancia con que el gitano le había ofrecido ayudar sus pretensiones, aumentaba su cólera y disgusto, y hasta le parecía que la mano de la condesa Isabel quedaría profanada si la debiese á la protección de tal sujeto.

—Pero todo esto no es más que dolo—dijo para sí—un rasgo de su vil truhanería, y un artificioso ardid. Ha procurado introducirse en la habitación de esas damas bajo un falso pretexto y con malas intenciones. Me alegro de haber descubierto su morada. Haré por ver á Marta, y solicitaré una entrevista con ellas, aunque no sea más que para prevenirlas que estén advertidas. Es muy sensible para mí tener que recurrir á medios indirectos y sufrir dilaciones, cuando semejante ente es admitido abiertamente y sin escrúpulo. Así verán ellas, sin embargo, que, aun cuando excluído de su presencia, la seguridad de Isabel no ha dejado de ser el principal objeto de mi vigilancia.

En tanto que el joven amante hacía estas reflexiones, un antiguo oficial de la servidumbre del obispo, entrando en el jardín por la misma puerta por donde se había introducido Durward, acercósele y puso en su noticia, con la mayor urbanidad, que aquel jardín no era público, y que estaba exclusivamente reservado para su ilustrísima, y para los forasteros de primera distinción que acaso recibía.

Dos veces se vió obligado á repetir este aviso antes que Durward acabase de comprenderle. Saliendo, por fin, de la especie de estupor en que se hallaba, saludóle y partió del jardín, siguiéndole despacio el oficial, y abrumándole con repetidas satisfacciones, fundadas en la necesidad en que se hallaba de cumplir con su deber. Llegó de tal modo á recelar que hubiese ofendido al joven extranjero, que ofreció acompañarle para que se le pasara el enojo. Quintín, maldiciendo interiormente su oficiosa atención, no supo pretextar mejor medio para deshacerse de él, que el deseo de visitar la ciudad vecina, y empezó á andar tan de prisa, que pronto se le pasaron al anciano las ganas de acompañarle más allá del puente levadizo. Al cabo de algunos minutos, hallóse Quintín dentro el recinto de los muros de Lieja, que era entonces una de las ciudades más ricas de Flandes, y por consiguiente del mundo entero.

La melancolía, aun aquella que trae origen del amor, no echa tan profundas raíces en los caracteres varoniles y que saben adaptarse á las circunstancias, por lo menos, como se complacen en persuadírselo los derretidos entusiastas que adolecen de esta enfermedad. Cede efectivamente á las fuertes é inesperadas impresiones que causan en nuestros sentidos una variación de domicilio, las escenas que suscitan ideas nuevas, y al influjo que ejerce sobre nosotros el espectáculo de una población activa y bulliciosa. Los diversos objetos que le ofrecían en rápida sucesión las calles populosas de Lieja, absorbieron tan completamente la atención de Quintín, como si no hubiesen existido en el universo ni el gitano ni la condesa Isabel.

Las sombrías y estrechas calles, aunque imponentes por la elevación de las casas, los almacenes y las tiendas, con la espléndida ostentación de las mercancías más preciosas y de las más ricas armaduras; el tropel de afanados vecinos de todas condiciones, pasando arriba y abajo con aire de estudiada importancia ó de atareada precipitación; los enormes carros importando ó extrayendo géneros de mil especies, unos cargados de paños, sargas, armas, clavos y quincallería de toda clase; otros introduciendo en el recinto todos los objetos de lujo y de necesidad que exigía el consumo de una ciudad opulenta y muy poblada, algunos de los cuales esta-

ban destinados á transportarse á otra parte: todos estos objetos reunidos formaban un cuadro animado de actividad, riqueza y esplendor, que cautivaban la atención, y de que Quintín no había formado hasta entonces idea. Admiraba también los diversos canales que habían sido abiertos para comunicar con el Mosa, y que atravesando la ciudad en todas direcciones, ofrecían al comercio en todos los barrios las comodidades y ventajas del transporte por agua. Finalmente, no dejó de asistir á una misa en la antigua y venerable iglesia de San Lamberto, edificada, según se dice, en el siglo VIII.

Al salir de aquel edificio consagrado al culto religioso, fué cuando Quintín empezó á observar que, después de haber examinado todos los objetos nuevos para él con una ávida curiosidad que no se cuidaba mucho de reprimir, había pasado á ser él mismo un objeto de atención para muchos grupos de ciudadanos, cuyo aspecto demostraba ser personas acomodadas, quienes parecían haberse reunido para mirarle de arriba á abajo cuando salió de la iglesia, moviendo entre ellos un ruido sordo y una especie de cuchicheo que pasaba de uno á otro, en tanto que el número de curiosos continuaba aumentándose á cada instante, y que los ojos de los que iban llegando se dirigían ansiosos á él con una expresión de interés y curiosidad, que no carecía al propio tiempo de respeto.

Hallóse por fin en el centro de numeroso concurso, que le dejaba no obstante el paso libre para que continuara su camino; pero los que le componían, sin embargo de ir contando sus pisadas, tenían gran cuidado en no arrimársele mucho, ni incomodarle en su carrera. Con todo, esta situación era embarazosa para Durward, y no pudo tolerarla mucho rato sin hacer esfuerzos para salir de ella ó á lo menos para obtener una explicación.

Mirando en derredor suyo, y viendo á un sujeto corpulento, fresco y de respetable aspecto, que, á causa de su traje de terciopelo y de la cadena de oro que llevaba, tomó por uno de los primeros ciudadanos, y aun tal vez por algún magistrado, preguntóle: «Si notaban en él alguna curiosidad particular que llamase la atención pública en tan alto grado, ó si tenían los liejenses por costumbre agruparse de aquel modo en torno de los extranjeros que traía la casualidad á su recinto.

—No por cierto, señor mío—respondió el liejense;—los ciudadanos de Lieja no tienen ni tanta curiosidad ni tan pocas ocupaciones para adoptar esta costumbre, y no se nota en el aire y en el traje vuestro circunstancia que no sea favorablemente acogida en esta ciudad, ni requisito que no celebren mucho ver y no deseen honrar.

—Habéis contestado con mucha urbanidad y cortesía—caballero—pero por la cruz de san Andrés, mal haya si comprendo lo que queréis decir.

—Ese juramento—respondió el liejense—agregado á vuestro acento, caballero, me prueba que no nos equivocamos en nuestras conjeturas.

—Por mi patrón San Quintín, ahora os entiendo menos.

—Otra prueba más—dijo el liejense con política atención, pero haciendo á Durward ciertos signos de inteligencia que impacientaban al jóven escocés.—Ciertamente no nos conviene aparentar que vemos lo que juzgáis á propósito ocultarnos; pero ¿por qué jurar por San Quintín, si no queréis que se dé cierta interpretación á vuestras palabras? No ignoramos que el buen conde de San Pablo se halla, actualmente, en la ciudad de aquel nombre, y que favorece nuestra causa.

—Por vida mía!—exclamó Quintín.—Estáis fascinados por alguna ilusión. Yo no conozco al conde de San Pablo.

—Nosotros no os interrogamos, señor mío; sin embargo, servíos oir una palabra al oído. Yo me llamo Pavillón.

—¿Y eso qué me importa á mí, señor Pavillón?

—¡Oh! nada; únicamente me parece que esto debe bastar para convenceros que podéis tener alguna confianza conmigo: aquí está mi colega Rouslaer.

Rouslaer se adelantó. Era un funcionario de buenas carnes, cuyo barrigón le abría un camino por entre la muchedumbre, al modo que un ariete abre brecha en las murallas de una ciudad. Acercóse á Pavillón con ademán misterioso y le dijo reconviniéndole:

—Vos olvidáis, querido colega, que nos hallamos en paraje demasiado público. El señor no tendrá inconveniente en subir á vuestra casa ó á la mía á beber un vaso de vino del Rhin preparado con azúcar y entonces nos dirá algo más relativamente á nuestro digno amigo, nuestro buen aliado,

á quien estimamos con toda la honradez de nuestros flamencos corazones.

— Nada tengo absolutamente que decir—replicó con impaciencia Quintín—no iré á beber ningún vaso de vino del Rhin; todo lo que os suplico, pues sois hombres respetables y gozáis al parecer de alguna reputación, es que procuréis dispersar ese tropel de ociosos que me rodea, y permitáis á un extranjero salir de vuestra ciudad tan tranquilamente como entró en ella.

— Pues bien, caballero — dijo Rouslaer — ya que tenéis tanto empeño en guardar el incógnito, aun con nosotros mismos, que somos hombres de confianza, permitidme una pregunta sencilla: ¿por qué llevar el distintivo de vuestro cuerpo si queríais permanecer desconocido en Lieja?

—¿De qué cuerpo habláis? La apariencia vuestra es de hombres graves, de ciudadanos respetables; pero á fe mía, que habéis perdido la cabeza ó tratáis de hacérmela perder á mí.

—¡*Supperment!*—exclamó Pavillón.—Este joven sería capaz de hacer jurar á San Lamberto! Quién llevó jamás un gorro con la cruz de San Andrés y las flores de lis, sino los arqueros de la guardia escocesa del rey Luís XI?

— Y suponiendo que sea yo un arquero de la Guardia — dijo Quintín con impaciencia — ¿qué tiene de extraño que lleve la gorra de mi compañía?

— ¡Lo ha confesado! ¡lo ha confesado! — gritaron á una Rouslaer y Pavillón, volviéndose á la multitud con aire de triunfo, levantando los brazos, extendiendo las manos, y radiantes de alegría sus anchos y redondos rostros. Confiesa ser arquero de la guardia de Luís, de Luís el conservador de las libertades de la ciudad de Lieja.

Sucedió á estas palabras un tumulto universal y se oyeron resonar por todas partes los gritos de: «¡Viva Luís de Francia! ¡Viva la Guardia escocesa! ¡Viva el valiente arquero! ¡Nuestras libertades, nuestros privilegios ó la muerte! ¡Fuera contribuciones! ¡Viva el esforzado Jabalí de las Ardenas! ¡Muera Carlos de Borgoña! ¡Caiga Luís de Borbón y su obispado!»

Medio atolondrado por este ruido, que no bien terminaba en una parte, cuando empezaba en otra, subiendo y bajando

con sordo murmullo y horrísono estrépito semejante á las olas del mar, y que se iba aumentando con millares de voces que rugían á coro desde las plazas y calles más apartadas, apenas tuvo tiempo Quintín de conjeturar la causa de aquel tumulto, y de formarse un plan de operaciones.

Había olvidado que después de su combate contra el duque de Orleans y Dunois, hendido su casco por un tajo de este último, uno de sus camaradas, por orden de lord Crawford, le dió un gorro forrado de acero de los que formaban parte del vistoso y bien conocido uniforme de la Guardia escocesa. La presencia de un individuo de aquel cuerpo, que, como era sabido, no se apartaba nunca de la persona de Luís, paseándose por las calles de una ciudad donde se atizara el descontento por los manejos de los agentes de aquel monarca, fué naturalmente interpretada por los liejenses como el anuncio de la determinación que había tomado de abrazar abiertamente su partido. La vista de uno solo de sus arqueros parecíales segura prenda de inmediato y eficaz apoyo. Fundados algunos en lo mismo, llegaron á creer que las fuerzas auxiliares de Luís entraban al propio tiempo por una de las puertas de la ciudad, aunque nadie supiera decir cuál.

Quintín vió desde luégo que era imposible disipar un error tan generalmente admitido, y hasta llegó á persuadirse de que no podría desengañar á unos hombres tan tenaces y aferrados en su opinión, sin correr algunos riesgos á que no creyó necesario ni prudente aventurarse. Determinó por de pronto contemporizar, para librarse de aquel solícito gentío del mejor modo que le fuese dable. Entre tanto, íbasele encaminando á las casas consistoriales, donde se reunían ya los principales de la ciudad apresuradamente para enterarse de las noticias de que le suponían portador, y obsequiarle al mismo tiempo con un espléndido banquete.

Á pesar de todas sus observaciones, que se atribuían á modestia, fué rodeado por los jefes y dispensadores de la popularidad, cuyo importuno agrupamiento flotaba entonces en torno suyo. Sus dos amigos burgomaestres, que eran *Schoppen* ó síndicos de la ciudad, acompañábanle cogiéndose de su brazo. Precedíales Nickel Blok, pro-hombre del gremio de córtantes, quien llegara apresuradamente del matadero, blandiendo una gran cuchilla teñida todavía en la sangre y sesos de las víc-

timas que acababa de inmolar, y presentábase con un valor y una gracia que sólo puede inspirar el aguardiente. Seguíale el patriota Claus Hammerlein, hombre alto, sin otra cosa que la piel y los huesos, con tan completa mona, que apenas podía tenerse en pié: este era presidente de la sociedad de cerrajeros, y seguíanle á lo menos un millar de ellos, á cual más tiznado y asqueroso. Salían por fin á tropel de cada una de las estrechas y sombrías calles, engrosando el acompañamiento, claveteros, sogueros, tejedores y artesanos de todas clases. Procurar escaparse de tal apretura, parecía temeraria empresa que no podía surtir buen efecto.

En este apuro, Quintín recurrió á Rouslaer que le cogiera un brazo, y á Pavillón que le asiera del otro, conduciéndole ambos á la cabeza de aquella marcha triunfal, de la que tan inesperadamente había venido á ser el principal objeto. Informóles rápidamente de que llevaba sin intención la gorra de la Guardia escocesa, á causa de un accidente que le privó del casco que debía usar en el viaje. Manifestó sentir mucho que esta circunstancia y la sagacidad con que los liejenses descubrieron su condición y objeto de su venida, hubiesen dado á esta publicidad, tanto más, cuanto si le conducían á las casas consistoriales, sería posible que se viese en la necesidad de comunicar á todos los diputados que allí se reuniesen ciertas cosas que el rey le había encargado reservar para el oído de sus excelentes compadres Rouslaer y Pavillón.

Estas últimas palabras produjeron mágico efecto en los dos ciudadanos, que eran los principales jefes de los rebeldes, y que, como todos los promotores de revoluciones intestinas, deseaban reservarse, en cuanto les fuese posible, el monopolio de los negocios. Convínose, pues, precipitadamente en que Durward partiría entonces de la ciudad, y que volvería la noche siguiente á Lieja para tener una conferencia particular en casa de Rouslaer, situada cerca de la puerta que hacía frente al castillo de Schonwaldt. Quintín no tuvo inconveniente en decirles que residía en el castillo del Obispo, so pretexto de traer unos pliegos de la corte de Francia, aunque el verdadero objeto de su viaje tenía relación con los ciudadanos de Lieja, como ya lo habían adivinado muy bien. Este medio indirecto de comunicarse, y la clase y circunstancias del que se suponía encargado de esta comisión, eran tan con-

formes á lo que debía esperarse del carácter de Luís, que no podía excitar duda ni sorpresa.

Casi seguidamente después de estas explicaciones llegó el alarmado gentío á la puerta de la casa de Pavillón, situada en una de las principales calles de la ciudad, pero que por su parte posterior comunicaba con el río por medio de un jardín y de un extenso local destinado para el adobo de las pieles, pues el ciudadano patriota era de oficio curtidor.

Nada tenía de extraño que Pavillón quisiese honrar su casa con la presencia del supuesto enviado de Luís XI; y un alto delante de su puerta no causó la menor admiración á la multitud, que, muy al contrario, le estuvo victoreando por largo rato cuando vió que introducía en ella á tan distinguido huésped. Quitóse inmediatamente Quintín su gorro que llamaba demasiado la atención, tomó otro de fieltro, y cubrió todo su traje con una gran capa. Pavillón le entregó entonces un pase por cuyo medio podía entrar y salir de Lieja, tanto de día como de noche, conforme le conviniera, y dió las instrucciones necesarias á su hija, hermosa y risueña muchacha flamenca, para que le hiciese salir de incógnito de la ciudad. Pasó en seguida con su colega á las casas consistoriales, para entretener á sus amigos, disculpándose del mejor modo que le fué posible acerca la desaparición del enviado de Luís. No podemos, como dice el gracioso de la comedia, acordarnos exactamente de la clase de embuste que espetaron á la muchedumbre; pero no hay cosa más fácil que engañar al pueblo cuando sus preocupaciones hicieron ya la mitad del camino antes de que abra sus labios el impostor.

Apenas había vuelto las espaldas el digno ciudadano, su rolliza hija Trudchen, sonrojándose y sonriéndose al mismo tiempo, circunstancias sumamente favorables á unos labios encarnaditos como guindas, á unos azules y retozones ojuelos, y á un finísimo cutis de perfecta blancura, acompañó al gallardo extranjero por los frondosos senderos del jardín de su padre hasta la orilla del río, y le dijo que entrara en un esquife que dos vigorosos flamencos, con sus cortos calzones, aforrados gorros y coletos abrochados con un centenar de botones, hicieron andar tan aceleradamente como les permitía la cachaza nacional.

Como la hermosa Trudchen no sabía hablar mas que ale-

mán, Quintín, sin faltar á su leal afecto por la condesa de Croye, no halló otro medio de darle las gracias que aplicando un beso en sus encarnados labios, beso que fué dado con mucha galantería y recibido con modesta gratitud, pues jóvenes



de la fisonomía y buena figura de nuestro arquero escocés no se hallaban á cada paso entre los artesanos de Lieja (1).

(1) La aventura de Quintín parecerá tal vez algo inverosímil; con todo, hay que tener presente la manera extraordinaria con que las más triviales circunstancias influyen en el ánimo del público en ciertos momentos de duda é incertidumbre. La mayoría de nuestros lectores recordará que cuando los holandeses estaban para sublevarse contra

Mientras que el esquife subía el río, surcando sus perezosas aguas, y atravesaba las fortificaciones de la ciudad, Quintín tuvo tiempo de reflexionar la relación que debía hacer de su aventura de Lieja luégo que llegase al castillo de Schonwaldt. No siendo su intento burlar la confianza de nadie, aunque se la habían otorgado por equivocación, y deseando al mismo tiempo no ocultar al digno Prelado los elementos de una sublevación que existía en su capital, resolvió hablar en términos generales, para que pudiese precaverse el Obispo, sin señalar á su venganza ninguna persona en particular.

Desembarcó á la distancia como de media milla del castillo, y dió un *guilder* de gratificación á sus conductores, que se mostraron muy satisfechos de su generosidad. Sin embargo de hallarse poco distante de Schonwaldt, llegó cuando la campana del castillo había ya anunciado la hora de comer, observando además que aquella parte del edificio era distinta de la otra que conociera, y que tardaría demasiado rato en dar la vuelta. Continuó, pues, adelantándose hacia el lado de que se hallaba más inmediato, mayormente habiendo visto una muralla fortificada, la misma probablemente que cerraba el jardín de que hablamos y en que notó una puerta que daba al foso y atada junto á ella una barquilla, que servía sin duda para pasar el foso, y tenía esperanza de que llamando acaso se la enviarían.

Al acercarse con esta idea, abrióse la puerta, salió un hombre del castillo, introdújose en la barquilla, remó él mismo hacia el otro lado, saltó en tierra, y sirvióse de un largo palo de virar para repeler el esquife hacia el sitio en que se había embarcado. Cuando se fué aproximando, Quintín conoció al gitano; pero éste evitó su encuentro, lo que no le fué difícil, cogió por otro camino que conducía igualmente á Lieja, y en breve se perdió de vista.

He aquí otro motivo de reflexión. El pagano vagabundo ¿podía haber pasado todo ese tiempo con las señoras de Cro-

---

el yugo francés, su celo por la libertad recibió un poderoso impulso á causa del desembarco de una persona vestida con el uniforme de voluntario inglés, cuya presencia, aunque motivada por intereses puramente particulares, fué considerada como una garantía del auxilio que enviaba la Inglaterra.

ye? ¿Qué razón tendrían ellas para favorecerle con tan larga audiencia? Atormentado por esta idea, creyó Durward tanto más necesario procurarse una explicación con las dos condesas, á fin de informarlas de la perfidia de Hayraddin, y poner al mismo tiempo en su noticia la peligrosa situación en que se hallaba su protector el obispo de Lieja, á causa de la insurrección de la ciudad.

No bien acababa de tomar esta resolución, cuando llegó á la puerta principal del castillo; entró y encontró comiendo en un gran salón al clero del obispo, con los superiores de su palacio y algunos extranjeros, que no perteneciendo á la nobleza de primera clase, no podían sentarse á la mesa del prelado. Reservárase sin embargo para el joven escocés un lugar en la parte preferente de la mesa, al lado del limosnero del obispo, que le dió la bienvenida espetándole el antiguo fallo del colegio: «*Sero venientibus ossa;*» pero al mismo tiempo le regaló y sirvió con abundancia, para desmentir el proverbio que se usa en el país de Quintín, á saber, que una burla no es burla si no es verdaderamente pesada.

Para que no se atribuyese su retardo á falta de educación, dió Quintín breve relación del tumulto que ocurriera en Lieja luégo que se descubrió pertenecía á la guarda escocesa de Luís, y procuró dar un giro chistoso á la narración, diciendo que no le costó poco trabajo salir del apuro, y aun gracias á un paisano gordinflón y á su hermosa hija.

Pero la compañía tomaba harto interés en la historia para celebrar sus chistes. Suspendiéronse todas las operaciones de la mesa durante la relación de Quintín; y cuando la hubo terminado, reinó solemne silencio, que rompió únicamente el mayordomo diciendo en tono bajo y melancólico:

—Ojalá esas cien lanzas de Borgoña hubiesen llegado ya!...

—¿Y por qué sentís tanto su ausencia?—preguntó Quintín.—No faltan aquí soldados aguerridos; y vuestros antagonistas no son mas que la canalla de una ciudad en desorden: echarán á correr luégo que vean desplegar un estandarte sostenido por esforzados guerreros.

—Traslúcese á la legua que no conocéis á los liejenses—
—respondió el limosnero.—Puede decirse que, sin exceptuar los de Gante, son los hombres más revoltosos é indomables de toda Europa. El duque de Borgoña los ha castigado dos

veces por sus reiteradas sublevaciones contra el obispo; dos veces los ha puesto á raya, cercenándoles sus privilegios, apoderándose de sus banderas, y aplicándoles derechos de que debería estar exenta una ciudad libre del Imperio. La última vez hizo de ellos una gran mortandad cerca de Saint-Tron, jornada que costó á Lieja cerca de seis mil hombres, unos muertos en el campo de batalla, y ahogados otros huyendo. Para quitarles toda ocasión de sublevarse de nuevo, el duque Carlos no quiso entrar en la ciudad por ninguna de sus puertas, por mas que se le presentaran las llaves: sino que mandó derribar cuarenta toesas de muralla, y entró en Lieja por una brecha como conquistador, calada la visera y la lanza en ristre á la cabeza de toda su caballería. Los liejenses supieron también, á no poder dudarlo, que sin la intercesión del duque Felipe el Bueno, ese Carlos, entonces conde de Charolais, hubiera entregado á saco la ciudad. Y á pesar de esto, con la memoria de tales desastres, que no son de fecha muy antigua, apenas provistos de nuevo sus arsenales, con las brechas abiertas en sus muros no reparadas todavía, bástales ver el gorro de un arquero para entregarse á nuevos desórdenes. ¡Ojalá les inspire el cielo mejores sentimientos! Pero entre una población tan atrevida y tan impetuoso soberano, témome que corra sangre á raudales. Quisiera que mi bondadoso y excelente amo ocupase una silla episcopal que le diese menos honor y más seguridad; pues su mitra está forrada de espinas en lugar de piel de armiño. Os hablo así, oh joven extranjero, para daros á entender que si vuestros negocios no reclaman indispensablemente vuestra presencia en Schonwaldt, este es un punto que todo hombre sensato debe abandonar lo más pronto que le sea posible. Creo que las señoras que acompañasteis son del mismo dictamen, pues han despachado á la corte de Francia un hombre de los de su comitiva, con cartas que probablemente manifiestan su intención de buscar más seguro asilo.



CAPÍTULO XX.

El billete.

> Adelante: hecha tienes la suerte, si tú quieres. De otro modo vas á ser siempre un simple mayordomo, como un criado, é indigno de tocar la mano de la Fortuna.
>
> SHAKSPEARE.—*La noche de Reyes,* acto 2.°

Cuando se levantaron de la mesa, el limosnero, que parecía haber tomado cierta afición al trato de Durward, ó que acaso deseaba le diese nuevos pormenores sobre las ocurrencias de Lieja, le condujo á un salón cuyas ventanas daban al jardín; y como notase que las miradas de su compañero se volvían continuamente hacia aquel sitio, propúsole bajar allí para ver las plantas curiosas y los arbustos exóticos con que procurara adornarle el obispo.

Excusóse Quintín, refiriéndole el modo atento con que le habían expelido por la mañana.

—Es verdad—le dijo sonriéndose el limosnero—que un reglamento antiguo prohibe la entrada en el jardín particular del obispo; pero fué publicado cuando el reverendo príncipe era joven, como que apenas tendría treinta años. Un número harto crecido de hermosas damas venía entonces al castillo en busca de consuelos espirituales; y ya véis que era indispensable—añadió bajando los ojos con una sonrisa que tenía parte de ingenua y maligna—que aquellas bellas penitentes, que se alojaban en las habitaciones que ahora ocupa la noble canonesa, tuviesen un lugar de recreo donde les diese el aire

sin recelar las miradas de los profanos. Pero de mucho tiempo á esta parte, la prohibición, sin haber sido formalmente derogada, carece de toda observancia, y sólo existe en la cabeza del viejo alcaide, que es seguramente el que os ha hablado. De consiguiente, si gustáis bajaremos; y veréis cómo ya no recibimos el mismo cumplimiento.

Nada podía haber más agradable para Durward que la idea de entrar libremente en aquel jardín, por cuyo medio y á merced de alguna feliz casualidad que favoreciese su pasión, prometíase entablar correspondencia con el objeto de todo su cariño, ó verle por lo menos á la ventana ó balcón de alguna torrecilla, como en la posada de la Flor de lis, ó en la torre del Delfín en el castillo de Plessis; pues Isabel, en cualquier parte que se encontrase, parecía destinada á ser la dama de la torrecilla.

Cuando Durward hubo bajado al jardín con su nuevo amigo, convirtióse éste en filósofo terrestre, dedicado enteramente á la contemplación de las bellezas del suelo, mientras que los ojos de Quintín si no se clavaban en el firmamento como los de un astrólogo, elevábanse sin cesar á las ventanas y balcones de las torrecillas que guarnecían por todas partes el antiguo edificio y que saliendo fuera de la pared daban al jardín, con el objeto de descubrir el punto donde vería brillar su Cinosura.

Ocupada su imaginación con este objeto, el joven amante escuchó con la mayor indiferencia, si por casualidad alcanzó á oir la nomenclatura de las plantas, yerbas y arbustos que su reverendo conductor ofrecía á su atención. Esta planta era tan preciosa como útil para la medicina, era admirable aquella porque daba excelente sabor á un guisado; pero esotra la sobrepujaba porque no tenía otro mérito que su rareza. Durward debía sin embargo aparentar por lo menos que prestaba oído á aquellos pormenores, lo que le era tan difícil, que de buena gana hubiera dado al diablo al oficioso naturalista con todo el reino vegetal. Oyóse por fin tocar una campana; y como llamaba al limosnero á alguna obligación religiosa, Quintín se encontró libre de su presencia.

Con todo, no se separó de él sin haberle dado mil inútiles excusas acerca de la necesidad de dejarle, y terminó su arenga asegurándole firme y satisfactoriamente que podía pasear-

se por el jardín hasta la hora de cenar, sin estar muy expuesto á que nadie fuera á distraerle.

—Este es el sitio—dijo—donde vengo siempre á estudiar mis homilias, porque aquí me hallo enteramente al abrigo de los importunos. Ahora mismo voy á predicar una en la capilla: si vos quisiérais venir á honrarme con vuestra presencia... Se dignan atribuirme algún talento; pero ¡sea dada la gloria á Aquel á quien es debida!

Excusóse Quintín por aquella tarde bajo el pretexto de un gran dolor de cabeza, para el cual el aire era el mejor remedio; y el servicial sacerdote le dejó por fin.

Ya deja discurrirse que en la atenta inspección que hizo entonces más sosegadamente de todas las ventanas y aberturas que daban al jardín, fijóse en especial su vista en las que estaban más inmediatas á la puertecilla por la cual había visto que Marta introducía á Hayraddin en el cuarto de las condesas, á lo que él presumía. Pero ningún movimiento, ninguna apariencia contribuyó á confirmar ó desmentir las palabras del gitano; y empezando la tarde á declinar, pensó sin saber por qué, que tan largo paseo en aquel jardín podía parecer sospechoso.

Cuando acababa de resolverse á partir y daba la última vuelta al pié de las ventanas que tanto atractivo tenían para él, oyó sobre su cabeza, en lo alto, un ligero ruido como de alguien que tosiese cautamente con idea de atraer su atención sin excitar la de los demás. Levantando los ojos tan alegre como sorprendido, vió entreabrirse una ventana, asomó por un momento una mano femenina, y soltó un papel que cayó sobre un romero al pié del muro. La precaución que se empleara para que llegase á sus manos aquel billete, aconsejábale igual prudencia y misterio para leerle. El jardín, rodeado por dos lados, según hemos dicho, de los edificios del palacio episcopal, estaba cabalmente dominado por un gran número de ventanas de diversos aposentos; pero había una especie de gruta que le enseñara el limosnero con mucha complacencia. Coger el billete, ocultarle en su seno y correr á esta guarida, fué negocio de un minuto. Allí abrió el precioso escrito, no sin bendecir la memoria de los monjes de Aberbrothick, cuyos buenos oficios le habían puesto en estado de entregarse á su lectura.

Empezaba por este epígrafe: *Discreción y secreto*. El resto del billete contenía lo siguiente:

« Lo que vuestros ojos me han expresado con demasiada audacia, los míos lo han comprendido acaso con harta facilidad; pero una persecución injusta alienta á la que es su víctima, y vale más entregarse á la gratitud de un hombre solo, que quedar expuesta á la importunidad de muchos. La fortuna tiene colocado su trono en una roca escarpada; pero el hombre esforzado no teme trepar á ella. Si os atrevéis á hacer algo por una que aventura mucho, venid al jardín mañana al amanecer, llevando en vuestra gorra un plumero azul y blanco; pero no esperéis hasta entonces nueva comunicación. Se dice que los astros os destinaron á altos empleos, y os hicieron propenso al reconocimiento... Adios... sed leal, activo y resuelto, y no dudéis de la fortuna.»

El billete contenía, además, una sortija con un hermoso brillante de figura romboidea, en que estaban grabadas las armas de la antigua casa de Croye.

La primera sensación de Quintín fué en este instante un éxtasis puro... un orgullo, una alegría que parecían elevarle hasta el cielo. Hizo entonces el firme propósito de morir ó llegar al colmo de sus deseos: no pensó en los obstáculos que podían ofrecerse sino para despreciarlos.

En medio de su arrobamiento, y no pudiendo sufrir ninguna interrupción que distrajese su espíritu, aunque no fuese más que por un instante, de un objeto de contemplación tan deliciosa, entró apresuradamente en el interior del castillo, alegó por dispensarse de asistir á la cena con los familiares del obispo el dolor de cabeza que había ya pretextado, encendió una luz, y retiróse al cuarto que se le había señalado, para leer y releer el precioso billete, y besar una y mil veces la no menos preciosa sortija.

Pero tan exaltados sentimientos no podían mantenerse largo tiempo en la misma altura. Un importuno pensamiento se presentó á su imaginación, aunque le repelió al momento como un acto de ingratitud... como una blasfemia. Parecióle que una confesión tan franca indicaba menos delicadeza en la persona que la hacía, de la que hubiera exigido el novelesco sentimiento de adoración con que miraba siempre á la condesa Isabel. Apenas empezaba á desarrollarse tan penosa

idea, cuando Quintín se dió prisa en ahogarla como si hubiese sido una odiosa y silbadora víbora que intentara introducirse en su lecho. ¿Correspondíale á él, viéndose así favorecido, á él por quien una condesa joven y hermosa se dignaba descender de su elevada esfera, correspondíale, digo, vituperar un acto de condescendencia, sin la cual nunca se hubiera atrevido á levantar los ojos hasta ella? ¿Su fortuna y su nobleza, en su apurada situación, no la dispensaban de someterse á aquella regla general que prescribe á toda mujer el silencio hasta después de la declaración del amante? Á estos argumentos, que él mismo se concedía y con que formaba irresistibles silogismos, acaso su vanidad añadía otro á que, ni siquiera mentalmente, se abandonaba con igual franqueza, á saber, que el mérito del objeto amado autorizaba tal vez á una dama á desviarse un poco de las reglas del decoro, de lo que al fin y al cabo, lo propio que en el caso de Malvolio, no faltaban ejemplos en las crónicas. El escudero de la novela de que acababa de recorrer algunas páginas, era, como él, un caballero pobre, sin hacienda ninguna; y, sin embargo, la generosa princesa de Hungría no escrupulizara mucho en darle ciertas pruebas de cariño, algo más sustanciales que el billete que acababa de recibir:

«*Bien venido seas, dijo la princesa, mi buen escudero, vida de mi vida y objeto de todos los deseos de mi alma: quiero darte tres besos, y regalarte además quinientas libras.*»

Y la misma relación verídica refiere luégo que el rey de Hungría mismo confesó que:

«*Habia conocido á más de un paje á quien el himeneo hizo príncipe.*»

De suerte que, bien reflexionado todo, concluyó con magnánima generosidad Quintín, que no había cosa vituperable en la conducta de la condesa, por cuyo medio tan altos beneficios iba á alcanzar.

Pero este escrúpulo fué reemplazado por otro que era de peor digestión. El traidor Hayraddin había pasado en la habitación de las dos damas, según los cálculos de Durward, como cosa de cuatro horas; y reflexionando acerca de la desfachatez algo ambigua con que se había gloriado de ejercer el más interesante influjo sobre el destino de Quintín, empezó á recelar que toda esta aventura no fuese una maquinación

suya, con el objeto quizás de arrancar á Isabel del asilo que le aseguró la protección del digno prelado. Negocio era este que merecía muy detenido examen, pues Durward miraba á aquel miserable con una aversión proporcionada al descaro con que confesó su perfidia; y no podía llegarse á persuadir que ningún asunto en que tomase parte pudiera tener feliz y honroso éxito.

Estos diversos pensamientos se revolvían en el espíritu de Quintín como opacas nubes que desfiguraban y oscurecían el hermoso paisaje que su imaginación trazara en un principio; y el sueño aquella noche desertó de su lecho. Al amanecer, y aun una hora antes, estaba ya en el jardín, y nadie se opuso entonces por cierto ni á que entrase ni á que permaneciese allí. Tuviera buen cuidado de ponerse en la gorra un plumero azul y blanco del mejor modo que le fué posible procurárselo en tan poco tiempo. Dos horas se pasaron antes de que nadie diese muestras de haber notado su presencia. Oyóse, por fin, tañer un laúd; una ventana encima de la puertecita por la cual Marta había introducido á Hayraddin, abrióse pocos momentos después; asomóse Isabel en todo el esplendor de su virginal hermosura; saludóle con bondad, aunque con alguna circunspección; púsose muy colorada de ver la respetuosa pero expresiva cortesía con que le devolvió el saludo; cerró la ventana y desapareció.

La luz del día y la dilatada campiña no podían mostrar las cosas con más claridad. Probada quedaba la autenticidad del billete; no le faltaba saber más que las consecuencias, y sobre este punto cabalmente la hermosa autora de aquel escrito no le había hablado una palabra. La verdad, que no amenazaba ningún peligro inmediato. Hallábase la condesa en una fortaleza, bajo la protección de un príncipe tan respetable por su poder secular, como venerable por su dignidad eclesiástica. Nada al parecer exigía del joven y valeroso escudero ninguna proeza de caballería: bastábale, pues, por entonces estar pronto á ejecutar las órdenes de la condesa Isabel en el mismo instante que las recibiera. Pero el destino tenía dispuesto darle ocupación más presto de lo que él creía; y esto fué lo que sucedió la cuarta noche de su llegada á Schonwaldt.

Resolviera Quintín enviar al día siguiente á la corte de Luís XI uno de los dos hombres que componían su escolta,

el único que le quedara, con cartas para lord Crawford y para su tío, á fin de participarles que se separaba del servicio de Francia, para cuyo paso la traición á que le habían expuesto las secretas instrucciones de Hayraddin, suministrábale un motivo que la razón y la prudencia no podían menos de aprobar. Acostárase llena la imaginación de todas aquellas ideas de color de rosa que rodean el lecho de un joven cuando ama entrañablemente y cree que su amor es de un modo sincero correspondido.

Sus sueños participaron al principio de la influencia de las gratas ilusiones que le ocuparan al cerrar los ojos; pero fueron poco á poco tomando un carácter espantoso.

Parecióle que se paseaba con la condesa Isabel por la orilla de las aguas pacíficas de un hermoso lago, semejante á aquel que caracterizaba principalmente su valle natal, y que le hablaba de su amor sin pensar en ninguno de los obstáculos que entre ellos se levantaban. Ella se ruborizaba y se sonreía escuchándole, como hubiese podido prometérselo después del contenido del billete que, dormido ó despierto, llevaba siempre dentro de su corazón. Pero cambióse repentinamente la escena; tornóse el verano en invierno, la calma en tempestad; silbaron los vientos y se encresparon las olas con mortal estruendo, como si todas las furias del aire y de las aguas se disputaran en rival contienda el imperio de sus estrepitosos dominios. Montañas líquidas les presentaban por todas partes una barrera que no les permitía avanzar ni retroceder, y el furor de la tempestad, que aumentaba á cada instante, impeliéndoles con violencia uno contra otro, les quitaba la esperanza de poder permanecer seguros por un instante más en aquel lugar. La viva agitación producida por el sentimiento de un peligro inminente despertó á Quintín.

Luégo que estuvo dispierto, las circunstancias imaginarias de su sueño desaparecieron para presentarle otra vez la realidad de su situación; pero un ruido semejante al de una tempestad, que había probablemente ocasionado aquella horrible pesadilla, resonaba todavía en sus oídos.

Su primer movimiento fué incorporarse y escuchar con asombro un estrépito que si era producido por una tormenta, debía considerarse superior á los más terribles huracanes que descendieron de los montes Grampians; pero en me-

nos de un minuto no le cupo la menor duda de que las iras de los hombres, y no el furor de los elementos, era quien promovía todo este tumulto.

Saltó de la cama y asomóse á la ventana de su cuarto que daba al jardín: todo estaba tranquilo por aquella parte, pero se aseguró más y más de que el castillo se hallaba atacado por numerosos y determinados enemigos, cuyos alaridos, que percibía distintamente, eran una prueba harto convincente de ello. Buscó apresuradamente sus vestidos y armas; y en tanto que se vestía y armaba con toda la precipitación que le permitían la oscuridad y la sorpresa, oyó llamar á la puerta. No respondiendo Quintín tan pronto como deseaba el que quería entrar, éste forzó la puerta, que no era muy sólida, abriéndose de par en par, y presentóse en su cuarto el gitano Hayraddin, á quien conoció por su dialecto. Llevaba en su mano una redomita en que introdujo una pajuela; una viva llama, que sólo duró un instante, iluminó todo el aposento, y encendió con ella una lámpara que sacó de su seno.

—El horóscopo de vuestro destino—dijo con energía á Durward, sin saludarle de otro modo—depende de la resolución que váis á tomar ahora mismo.

—¡Miserable!—exclamó Quintín—la traición nos está rodeando; y en cualquier parte que la traición exista, es imposible que dejes de ser su cómplice.

—Habéis perdido el juicio—respondió Maugrabin:—jamás he vendido á nadie sin que me valiera algo. ¿Qué necesidad tendría, pues, de venderos, cuando de serviros me resultará mayor beneficio? Atended por un momento, si os es posible, á la voz de la razón: de lo contrario, la muerte y las ruinas serán las que os obliguen á atenderla. Los liejenses se han sublevado; Guillermo de la Marck con su banda se ha puesto á su cabeza. Aunque hubiera en el castillo medios de resistencia, el mayor número de los enemigos y su furioso valor los superaría todos; pero no existe casi ninguno. Si queréis salvar á la condesa y conservar vuestras propias esperanzas, seguidme en nombre de la persona que os envió el brillante en que se ven grabados tres leopardos.

—Muéstrame el camino—respondió Quintín con viveza.—Á este nombre estoy pronto á arrostrar todos los peligros.

—Por los medios que yo adoptaré—dijo el gitano—no correremos ninguno, como os sea posible no mezclaros en lo que no os interesa. ¿Qué os importa á vos que el pastor degüelle á su rebaño, ó que el rebaño sea quien le degüelle á él?.... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Seguidme, pero sea con paciencia y precaución. Olvidad vuestro valor y entregaos á mi prudencia. La deuda de mi gratitud queda satisfecha, y tenéis una condesa por esposa. Seguidme.

—Te sigo—dijo Quintín desenvainando su espada;—pero á la menor señal de traición que observe, tu cuerpo y tu cabeza estarán á tres pasos de distancia.

Sin hablar más palabra, el gitano viendo que Durward estaba ya bien armado y dispuesto, bajó precipitadamente por la escalera y atravesó varios pasadizos desviados que les condujeron al pequeño jardín. Ni una luz se descubría, ni se oía una mosca en aquella parte del edificio; pero luégo que llegaron al jardín, oyóse el tumulto diez veces mayor que antes resonar en el lado opuesto del castillo y Quintín llegó á distinguir los gritos diversos de guerra: «*¡Lieja! ¡Lieja! ¡Jabalí! ¡Jabalí!*» despedidos en alta voz por los acometedores, en tanto que los soldados del prelado, quienes cogidos de sorpresa y sin ventaja alguna habían corrido á la defensa de los muros, respondían con gritos más débiles y vacilantes: «¡Nuestra Señora por el Príncipe obispo!»

Pero, á pesar del genio guerrero de Durward, el combate que se daba nada era para él en comparación de la suerte de Isabel de Croye, que con razón temía debería ser horrible si llegara á caer en manos de aquel cruel y disoluto bandido, que estaba haciendo entonces todos sus esfuerzos para violentar las puertas del castillo.

En este apuro aceptó el auxilio del gitano con menos repugnancia, lo propio que un enfermo desahuciado de los médicos resuélvese á tomar la pócima que le presenta un curandero ó charlatán. Resolvió guiarse enteramente por sus consejos, pero con ánimo de traspasarle el corazón ó cortarle la cabeza á la primera sospecha de perfidia. El mismo Hayraddin dió muestras de temer mucho por su seguridad, pues luégo que puso los piés en el jardín se abstuvo completamente de sus acostumbradas pullas y sarcasmos, como si hubiese hecho voto de portarse con modestia, actividad y valor.

Al llegar á la puerta que conducía á la habitación de las condesas, Hayraddin hizo una seña á media voz, y se presentaron dos mujeres encubiertas de piés á cabeza con aquellos grandes velos de seda negra, que llevaban entonces las flamencas y todavía están en uso el día de hoy. Quintín ofreció el brazo á una de ellas, que le aceptó temblando y apresurada, apoyándose de tal modo en él, que á ser más pesada, hubiera retardado considerablemente la marcha. El gitano, que acompañaba á la otra dama, dirigióse en derechura á la puerta que daba al foso, junto á la cual había la barquilla de que sabía Durward que Hayraddin mismo se valió pocos días antes para salir del castillo.

Mientras estaban haciendo esta corta travesía, oyéronse gritos prolongados de triunfo, que parecían indicar que la violencia consiguiera su objeto y el castillo estaba tomado. Aquellos gritos enojaron tanto á Quintín, que no pudo menos de protestar:

—Por vida mía, si no estuviese irrevocablemente consagrada toda mi sangre á la causa que defiendo en este instante, correría á las murallas, pelearía lealmente por ese hospitalario prelado, y haría callar á algunos de esos bribones que excitan á los demás al saqueo y al asesinato.

La dama que se apoyaba en su brazo, se lo apretó ligeramente cuando hablaba así, como para darle á entender que tenía ella más derecho á contar con su socorro que el castillo de Schonwaldt; en tanto que el gitano por otra parte exclamaba, en voz bastante alta para ser oído:

—He aquí lo que yo llamo un verdadero frenesí cristiano, querer volver al castillo para pelear, cuando el amor y la fortuna aconsejan la fuga lo más pronto posible. Adelante, adelante; no se pierda un momento; los caballos aguardan en aquel bosquecillo de sauces.

—No veo más que dos—dijo Quintín que los percibió con la claridad de la luna.

—Era imposible reunir más sin infundir sospechas—respondió el gitano.—Ni tampoco los necesitamos. Vosotros dos os serviréis de ellos para pasar á Tongres, mientras están seguros los caminos. En cuanto á Marta, se quedará con las mujeres de nuestra horda, de quienes es antigua conocida. Sabed que Marta es hija de nuestra tribu y ha permanecido

con esas señoras únicamente con el objeto de servirnos cuando llegase la ocasión.

—¡Marta!—exclamó la dama que se apoyaba en el brazo de Quintín, mirando á la otra tapada y lanzando un grito de sorpresa.—¿Con que no es mi parienta?

—No es otra que Marta, señora—respondió Hayraddin—dispensadme este pequeño ardid. No he tenido valor para robar *las dos* condesas de Croye al Jabalí de las Ardenas.

—¡Malvado!—exclamó Quintín;—pero todavía... no, no será demasiado tarde... Yo vuelvo al castillo á salvar á la condesa Amelina.

—Amelina—murmuró su compañera con voz confusa—está apoyada en tu brazo y te da las gracias, por la buena intención y oportuno socorro.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir esto?—exclamó Quintín, retirando su brazo con menos cortesía de la que hubiera mostrado en cualquiera otra ocasión á una mujer de la más ínfima clase.—¿Luego es la condesa Isabel quien se ha quedado en el castillo?... ¡Adios... adios!

Cuando se volvía para partir, asióle Hayraddin del brazo y le dijo:

—Oídme, oídme; eso es correr á la muerte... ¿Por qué diablos os engalanasteis con los colores de la tía en vez de?... En mi vida volveré á fiarme en blancos ni azules... Pero, pensad que esta es casi tan rica como la otra... tiene preseas de valor, oro en abundancia... y hasta pretensiones y esperanzas en el condado.

Mientras que el gitano hablaba así con frases entrecortadas procurando detener á Quintín, éste echó mano á su daga para que le soltara.

—Ya que estáis tan empeñado—dijo Hayraddin dejándole libre—partid, y que el diablo, si lo hay, vaya en vuestra compañía!

Luégo que el joven escocés se vió en libertad, corrió volando hacia el castillo, con la rapidez del rayo.

Volvióse entonces el gitano á la condesa Amelina, que cayera al suelo medio muerta de miedo y de vergüenza por el chasco que acababa de llevarse.

—Esto ha sido un *quid pro quo*—le dijo.—Vamos, señora, levantaos y venid conmigo. Antes que salga el sol os encon-

traré un marido mejor que ese niño de afeminado rostro; y si no tenéis bastante con uno, os procuraré veinte.

Las pasiones de la condesa Amelina eran tan violentas, como vano y débil su caracter. Como suele suceder con mucha gente, portábase muy regularmente en el desempeño de los deberes ordinarios de la vida; pero en una crísis como aquella en que se hallaba, no sabía hacer otra cosa que prorumpir en inútiles lamentos, reconviniendo á Hayraddin, y llamándole impostor, vagabundo, bandido, asesino...

—Llamadme gitano—dijo tranquilamente Hayraddin—y todo lo habréis dicho en una sola palabra.

—¡Monstruo!—exclamó la dama furiosa—tú me dijiste que los astros habían decretado nuestra unión, alucinándome de modo que hasta llegué al extremo de escribirle... ¡Oh! ¡desgraciada de mí!

—Por cierto que la tenían decretada los astros—respondió el gitano—como hubiesen consentido las dos partes. ¿Creéis que las constelaciones celestes casan á las gentes contra su voluntad?... Esos malditos obsequios, esas tonterías de cintas y colores que usáis vosotros los cristianos, todas esas impertinencias son las que me han inducido á error... El joven, á lo que parece, prefiere la corderita á la oveja: he aquí todo el misterio... Vamos, levantaos y seguidme; haced cuenta que las lágrimas y desmayos son tiempo perdido para mí.

—No daré un solo paso—dijo la condesa con tono decidido.

—¿No? ¡Pues, por el radiante firmamento, yo digo que lo daréis!—replicó Hayraddin.—Os juro que tenéis que habéroslas con un hombre que no repararía mucho en dejaros desnudita como la palma de la mano, ataros á un árbol y abandonaros á Dios y á la buena ventura.

—Vamos—dijo Marta interponiéndose—con vuestro permiso, no ha de sufrir ningún atropello: ya sabéis que uso cuchillo, y sé manejarlo tan bien como vos. Es una buena mujer, aunque algo loquilla... Vamos, señora, levantaos y seguid nuestros pasos. Es verdad que ha habido una equivocación; pero algo es haber salvado la vida y alguna cosita más. Apuesto á que hay personas allá dentro, que darían todo lo que poseen por hallarse en nuestro lugar.

Luégo que hubo dicho estas palabras, el aire trajo hasta ellos nuevos clamores que salían del castillo de Schonwaldt,

entre los cuales pudieron distinguirse festivas aclamaciones por la victoria y gritos de terror y de desesperación.

—¡Oíd, señora! —dijo Hayraddin— y felicitaos de no cantar en ese concierto. Tened confianza en mí, y os trataré como corresponde; los astros no faltarán á su palabra, y os procurarán un buen marido.

Abatida por la fatiga y subyugada por el terror, abandonóse por fin la condesa Amelina á sus dos guías, y dejóse pasivamente conducir á donde les dió la gana. Tal era la turbación de su espíritu y extenuación de sus fuerzas, que la digna pareja, que más bien la llevaba arrastrando, que la guiaba, pudo conversar con entera libertad delante de ella, sin que tuviese traza de comprender lo que decían.

— Siempre he mirado vuestro proyecto como una locura— dijo Marta. — Si hubiéseis podido conciliar la unión de los dos jóvenes, todo iba bien: entonces era fácil contar con su gratitud y meter un pié en su castillo; pero ¿cómo pudisteis imaginar que tan lindo y gallardo mozo quisiese cargar con esa vieja loca?

— Rispah —respondió Hayraddin — has llevado un nombre cristiano y vivido tanto tiempo en las tiendas de ese pueblo insensato, que acabaste por participar de sus necedades. ¿Quién había de pensar que algunos años más ó menos fuesen insuperable estorbo para ese joven, cuando hallaba en tal matrimonio tan evidentes ventajas? Á más de que hubiera sido mucho más difícil decidir á esa niña melindrosa á dar un paso aventurado, que á esta condesa que llevamos aquí colgando de nuestros brazos, tan inerte como un fardo de lana. Por otra parte, yo apreciaba á ese joven y quería hacerle bien. Casarle con la vieja era labrar su fortuna: dándole á Isabel, se le hubiesen echado encima Guillermo de la Marck, la Borgoña, la Francia y todos los que tienen interés en disponer de su mano. Luégo, como la principal riqueza de esta boda consiste en oro y alhajas, hubiéramos tenido nuestra parte; pero rompióse la cuerda del arco, y no pudo partir la flecha. No se hable más. La presentaremos á Guillermo el Barbudo: cuando haya apurado algunas botellas, según su costumbre, lo mismo tendrá para él una condesa vieja que otra joven. Vamos, Rispah, valor. ¡El astro Aldebarán continúa todavía ejerciendo su brillante influencia sobre los hijos del Desierto!



CAPÍTULO XXI.

El saqueo.

Se cerrarán todas las puertas de la clemencia, y el soldado, ebrio de sangre, de corazón bárbaro y endurecido, tendrá para matar una libertad, una extensión de conciencia vasta como el infierno.

SHAKSPEARE. — *Enrique V,* acto III.

Sorprendida y aterrada la guarnición del castillo de Schonwaldt, defendiérase sin embargo por algún tiempo de los acometedores; pero la ciudad de Lieja vomitaba continuamente nuevas turbas de enemigos, que acudían como enjambres de abejas, emprendiendo furiosos el asalto, dividían la atención de los sitiados, y hacíanles perder el valor y la esperanza.

Observábase también gran indiferencia, por no decir traición, entre los defensores, pues mientras unos gritaban que era preciso rendirse, otros, abandonando sus puestos, procuraban escaparse del castillo. Muchos se arrojaron al foso desde lo alto de las murallas, y los que lograban salvarse á nado, despojábanse de todo lo que podía indicar que servían al prelado, é iban á confundirse en el tropel de los acometedores. Algunos, por adhesión á la persona del obispo, se reunieron en derredor suyo en la gran torre donde se había refugiado; al paso que otros, temiendo que no se les daría cuartel, defendíanse con el valor de la desesperación en algunas otras apartadas torres y baluartes del vasto edificio.

Eran ya dueños los enemigos de los patios y de todos los bajos del castillo, y se ocupaban en perseguir á los vencidos y satisfacer su sed de pillaje, cuando un hombre que parecía ir

en busca de la muerte, mientras todos los demás no pensaban más que en los medios de evitarla, esforzóse en abrirse paso entre aquella escena de tumulto y de horror, agobiada su imaginación por temores todavía más horribles que la espantosa realidad que estaba presenciando. Cualquiera que hubiese visto á Quintín Durward aquella noche fatal, é ignorara el móvil de sus acciones, le tomara sin duda por un loco en su mayor acceso de frenesí; pero todo el que estuviese enterado de los motivos que le impulsaban, le elevaría á la clase de los más decantados héroes de novela.

Acercándose á Schonwaldt por el mismo lado de donde saliera, encontró á muchos fugitivos que corrían al bosque, y que, como era natural, procuraban evitarle, tomándole por enemigo, porque venía en dirección opuesta á la que ellos seguían. Cuando estaba más inmediato, vió varios hombres que se arrojaban de lo alto de los muros del jardín al foso ú otros que eran precipitados desde las murallas por los enemigos, y distinguía claramente el ruido que hacían al caer. Esta escena no debilitó un instante su valor. No tenía tiempo para entretenerse en buscar el esquife, aunque hubiese podido servirse de él, y era inútil arrimarse á la pequeña puerta del jardín, donde se agolparan gran número de fugitivos, que empujados por los que venían detrás, caían unos tras otros en el foso, que no tenían medios ni sabían cómo atravesar.

Apartándose pues de aquel paraje, arrojóse Quintín al agua cerca de la que llamaban puerta pequeña del castillo, la que tenía un puente levadizo, que aún estaba alzado. No le costó poco trabajo poder escaparse de los esfuerzos que hacían para agarrarse á él algunos de los infelices que se anegaban, y que hubieran podido causarle la muerte sin evitar la suya. Al llegar nadando hasta el puente levadizo, cogió la cadena de este y desplegando toda su fuerza y ayudándose con las manos y las rodillas, logró salir del agua y ya le faltaba muy poco para alcanzar la plataforma sobre la cual estaba suspendido el puente, cuando un lansquenete corrió á él y levantando su espada ensangrentada, preparóse para darle un golpe que probablemente hubiese sido fatal.

—¡Cómo, bribón! ¿Ese es el modo de ayudar á tu camarada? Pronto, dame la mano.

El soldado sin hablar una palabra, y no sin titubear un ins-

tante, le tendió su brazo, y le ayudó á subir á la plataforma. Quintín sin darle tiempo de reflexionar, gritó con el mismo tono: « Á la torre del Oeste si queréis enriqueceros... El tesoro del obispo se halla en la torre del Oeste.»

Cien voces repitieron estas palabras: «Á la torre del Oeste; el tesoro está en la torre del Oeste;» y todos los que pudieron oirlas, semejantes á una manada de lobos hambrientos, corrieron en dirección opuesta al sitio donde Quintín había resuelto llegar muerto ó vivo.

Tomando una actitud de confianza, como si hubiese sido del número de los vencedores y no de los vencidos, fuése en derechura al jardín, donde halló menos obstáculos de los que creía. Los gritos repetidos de «Á la torre del Oeste» llevaran á aquella parte gran número de los asaltadores; y el sonido de los clarines llamaba á los demás para rechazar una salida desesperada que intentaban los defensores de la gran torre en aquel momento, esperando abrirse paso hasta salir del castillo, llevándose consigo el obispo. Quintín cruzó entonces el jardín con precipitados pasos y corazón palpitante, encomendándose á las potencias celestiales, cuya protección le favoreciera en medio de los infinitos peligros que había ya corrido, resuelto como estaba á salir con la suya ó perder la vida en la demanda. Cuando iba á entrar en el jardín, tres hombres corrieron á él con la lanza levantada gritando: «Lieja! Lieja!»

Poniéndose en defensa, pero sin descargar ningún golpe: «Francia! Francia! — contestó Quintín — amigo de Lieja!»

— ¡ Viva la Francia! — gritaron los tres liejenses — y continuaron su camino.

Las mismas palabras le sirvieron de talismán para evitar los golpes de cuatro ó cinco soldados de Guillermo de la Marck, que estaban dando vueltas por el jardín y se le echaron encima luégo que le vieron, gritando: « Jabalí! Jabalí! »

En una palabra, Quintín empezó á esperar que el concepto en que le tenían de emisario del rey Luís, secreto instigador de los liejenses, y protector oculto de Guillermo de la Marck, podría servirle de salvaguardia en medio de los horrores de aquella noche.

Al llegar á la torrecilla estremecióse al encontrar la pequeña puerta por donde poco antes salieran Marta y la

condesa Amelina para reunirse á él, atestada de cadáveres.

Sin detenerse quitó del paso á dos de ellos, y hacía lo propio con otro, cuando el supuesto muerto agarrándose á su vestido suplicóle que le ayudase á levantarse. Quintín, hallándose detenido en tan mala ocasión, estaba tentado, en lugar de perder el tiempo luchando con aquel antagonista, de recurrir á medios menos suaves para deshacerse de él, cuando oyó que gritaba:

—Yo me ahogo con el peso de mi armadura! soy Pavillón, el síndico de Lieja. Si sois de los nuestros, contad con mis riquezas; si de los enemigos, no importa, yo os protegeré; pero no me dejéis morir como un cerdo en su dornajo.

En medio de esta escena de mortandad y confusión, tuvo Durward bastante presencia de ánimo para reflexionar que acaso por medio de aquel funcionario podría verificar su fuga. Ayudóle, pues, á levantar, y le preguntó si estaba herido.

—No, herido no—respondió el síndico—por lo menos no lo creo; pero no puedo resollar.

—Sentaos en esa piedra, y cobrad aliento—dijo Quintín—dentro de un instante estaré de vuelta.

—¿Qué partido seguís?—preguntóle el artesano deteniéndole todavía.

—El partido de Francia—respondió Quintín preparándose á dejarle.

—Eh! este es mi gallardo joven arquero—exclamó el digno síndico.—Puesto que tuve la felicidad de encontrar á un amigo en esta terrible noche, por Dios que no he de separarme de él. Id á donde queráis, que yo os sigo; y si encuentro algunos intrépidos muchachos de mi corporación, acaso podré seros útil á mi vez. Pero están dando vueltas por una y otra parte del castillo como garbanzos dentro de un saco..... ¡Oh qué terrible noche!....

Diciendo esto, iba por decirlo así, arrastrando su cuerpo apoyado en el brazo de Quintín, que conociendo cuánto le importaba asegurarse la protección de un hombre que tal influencia tenía, moderó su pasó, aunque maldiciendo en su corazón el retardo que le ocasionaba su compañero.

Subieron una escalera y el primer aposento que encontraron, era una antecámara donde se veían cajas y cofres abier-



—¡ Durward! — exclamó la dama — ¿ Sóis vos ?

tos que tenían traza de haber sido robados; parte de lo que contuvieran estaba disperso por el suelo. Una lámpara colocada encima la chimenea, ofrecía á la vista, al débil resplandor de su moribunda luz, un cadáver ó un hombre sin sentido tendido á lo largo cerca del hogar.

Arrancándose del brazo de Pavillón como un lebrel que arrastra tras sí la correa con que lo lleva atado el cazador y con tal ímpetu que casi derribó á su compañero, arrojóse Durward rápidamente á otro aposento, y luégo á otro, que parecía ser el dormitorio de las condesas de Croye. Ni un alma había en ellos. Llamó á Isabel primero á media voz, luégo más alto, después con el grito de la desesperación. Nada; el mismo silencio que antes. Retorcíase el infeliz joven las manos, arrancábase los cabellos, pateaba con violencia, cuando una débil luz que vió brillar por una rendija de ensambladura en un rincón oscuro del aposento, hízole sospechar que acaso podía haber una puerta secreta que comunicase con algún gabinete. Examinólo más detenidamente y vió que, en efecto, no se había engañado. Probó de abrirla, pero fueron inútiles sus esfuerzos. Despreciando por fin el peligro á que le exponía semejante tentativa, precipitóse sobre la puerta impeliéndola con toda la fuerza y peso de su cuerpo; y fué tal la impetuosidad de su esfuerzo inspirado parte por la esperanza y parte por la desesperación, que aun cuando tuvieran doble solidez la cerradura y los goznes, no hubieran resistido.

De este modo violento se abrió paso, entrando en un pequeño oratorio, donde una mujer, poseída de toda la angustia del terror, había estado de rodillas dirigiendo al cielo sus plegarias ante una santa imagen; pero al oir el estrépito que hizo Quintín derribando la puerta de su retrete, nuevo terror se apoderara de ella y había caído al suelo sin sentidos. Corrió el joven á socorrerla y la levantó... ¡Oh alegría inexplicable!... era la que tanto anhelaba salvar... era la condesa Isabel. Estrechóla contra su corazón... suplicóle que se alentara, que se entregase á la esperanza, pues tenía á su lado un hombre cuyo valor y brazo la defenderían contra ejércitos enteros.

—¿Sois vos, Durward?—exclamó por fin volviendo en sí.
—¿Con que puedo tener alguna esperanza? Yo creía que

todos mis amigos me habían abandonado á mi desgraciado destino. ¿No os separaréis de mí, no es verdad?

—Jamás, jamás!—contestó Durward.—Venga lo que viniere: amontónense sobre nosotros todos los peligros; antes pierda la felicidad que nos promete esa santa imágen, si no participo de vuestra suerte hasta que se torne más dichosa.

—¡Muy patético, muy interesante á la verdad!—dijo una voz fatigada y asmática á sus espaldas—una escena de amor á lo que veo. Por vida mía, que la pobre jovencita me inspira tanta compasión como si fuese mi hija, mi querida Trudchen.

—No debéis limitaros á una compasión estéril, señor Pavillón—dijo Quintín volviéndose á él.—Es preciso que me ayudéis á proteger á esta señora. Juro que vuestro aliado el rey de Francia la colocó él mismo bajo mi especial custodia: y si no me auxiliáis para ponerla á cubierto de toda especie de insulto y de violencia, la ciudad de Lieja perderá la protección de Luís de Valois. Debemos impedir sobre todo que caiga en poder de Guillermo de la Marck.

—Eso será difícil—respondió Pavillón—pues esos bribones de lansquenetes son el mismo diablo para descubrir las muchachas bonitas; pero haré cuanto esté de mi parte. Pasemos á ese otro aposento y allí reflexionaré. La escalera es angosta; podréis guardar la puerta armado de una pica, mientras que yo desde la ventana llamaré á algunos de mis buenos mozos de la corporación de curtidores de Lieja, que son leales como las navajas que llevan en sus cintos. Pero ante todo, desasidme esos broches. No había llevado este coselete desde la batalla de Saint-Tron (1) y peso ahora á lo menos cuarenta libras más que entonces, si no mienten las balanzas de mi taller.

El buen hombre se sintió muy aliviado sin el peso de su armadura de hierro; pues al ponérsela había consultado menos sus fuerzas que su celo por la causa de Lieja. Súpose después que el magistrado, impelido en cierto modo por los

---

(1) Fué dada esta batalla por los insurgentes de Lieja contra el duque de Borgoña Carlos el Temerario, entonces conde de Charolais, quien los derrotó completamente, haciendo en ellos una gran matanza.

individuos de su corporación, á cuyo frente venía, había sido izado á lo alto de las murallas por algunos de sus soldados que contribuían al asalto; que allá siguiera involuntariamente el flujo y reflujo de los combatientes de ambos partidos, sin poder pronunciar siquiera una palabra; y que semejante por fin á un madero que arroja el mar á la playa de alguna bahía, había sido definitivamente tumbado á la entrada de la habitación de las condesas de Croye, donde el peso de su armadura, agregado al de los dos hombres muertos allí mismo y que le cayeron encima, hubiérale tenido por largo tiempo en penosa actitud, si no llegara Durward para ayudarle á levantarse.

Si el entusiasmo de su temperamento y el espíritu de partido hacían de Hermán Pavillón en política un revoltoso, un hombre con los cascos á la gineta, un exaltado y turbulento patriota, las mismas causas producían en él más suaves efectos en la vida privada, pues era humano y pacífico; y si alguna vez desviábale algo la vanidad de la recta senda, podíase contar siempre con su buena voluntad y sanas intenciones. Encargó á Quintín que tuviese muy particular cuidado con la hermosa *yung frau;* y después de esta exhortación, poco necesaria á la verdad, asomóse á la ventana y púsose á gritar con todas sus fuerzas:

—Lieja! Lieja! Valiente corporación de curtidores!

Dos miembros de aquella ilustre compañía acudieron á sus voces, y al silbido particular de que fueron acompañadas (pues cada una de las corporaciones de la ciudad adoptara una seña por el estilo) juntáronsele muchos otros de los suyos y formaron una guardia que se colocó delante de la puerta al pié de la ventana en que veían á su jefe.

Parecía haberse restablecido entonces en el castillo alguna tranquilidad. Toda resistencia había cesado, y los caudillos de las diversas clases que había de acometedores, tomaban medidas para impedir un saqueo general. Oyóse tocar la campana principal para convocar un consejo de guerra: y como su lengua de bronce anunciaba á Lieja la victoria de los insurgentes y la toma del castillo, todas las campanas de la ciudad se echaron á vuelo, y sus distantes y clamorosos sonidos parecían contestar en su idioma: «¡Gloria á los vencedores!» Hubiera sido muy natural que el señor Pavillón saliese enton-

ces de su fortaleza; pero fuese temor de que se atropellara á sus protegidos, ó precaución para la mayor seguridad de su propia persona, ello es que se contentó con mandar uno y otro mensajero para dar orden á su lugarteniente Peterkin Geislaer de venir á reunírsele sin demora.

Llegó finalmente Peterkin con gran satisfacción suya, pues en toda urgente ocasión ó delicada circunstancia en que se tratase de guerra, política ó comercio, Pavillón solía depositar en él su confianza entera. Era un mozo robusto, rechoncho, que parecía hecho á puñetazos, anchísimo de cara y con negras cejazas que indicaban ser hombre de pocos amigos. Llevaba un coleto de piel de búfalo con un cinturonazo que sostenía su machete, y tenía una alabarda en la mano.

—Peterkin, mi amado lugarteniente—le dijo su comandante—¡qué glorioso día!... noche, quería decir. Creo que por esta vez á lo menos estarás contento.

—Lo estoy mucho de que vos lo estéis—respondió el belicoso lugarteniente—pero si llamáis á esto una victoria, no aguardaba vérosla celebrar encerrado en un granero, cuando estáis haciendo falta en el consejo.

—¿Estás bien seguro de que hago falta, Peterkin?

—Sí, voto á tal; hacéis mucha falta para sostener los fueros de la ciudad de Lieja, que se hallan en mayor peligro que antes.

—Vamos, vamos, Peterkin; ya conocemos tu genio: eres un mal contento, un regañón.

—¡Yo un regañón! No, á fe mía. Paso por todo lo que pasan los demás; pero no me gusta tener por rey á la cigüeña en lugar del madero, como dice aquella fábula que el cura de san Lamberto nos ha leído muchas veces en el libro del señor Esopo.

—No comprendo lo que quieres decir, Peterkin.

—Pues bien; debéis saber, señor Pavillón, que ese jabalí parece quiere establecer su cubil en Schonwaldt, y es probable que encontraremos en él tan mal vecino como era el viejo obispo, y acaso peor. Cree que sólo hemos asaltado el castillo para él; y toda su dificultad consiste en si se mandará llamar príncipe ú obispo. Es una vergüenza ver cómo han tratado á ese anciano sacerdote.

—Yo no lo toleraré, Peterkin—exclamó Pavillón, tomando un aire de importancia—aborrecía la mitra, pero no quiero

mal á la cabeza que la lleva. Somos diez contra uno, Peterkin, y no debemos tolerar semejantes abusos.

—Sí, diez contra uno en el campo; pero en este castillo debemos considerarnos uno contra uno. Por otra parte, Nickel Blok, el carnicero, y toda la canalla de los arrabales se declaran por Guillermo de la Marck, tanto porque ha mandado quitar el fondo á todos los toneles de cerveza y barricas de vino, como á causa de su antigua rivalidad contra nosotros que somos los principales de la ciudad y gozamos de sus privilegios.

—Peterkin—dijo Pavillón levantándose—volvámonos á Lieja al instante mismo; no quiero permanecer un momento más en Schonwaldt.

—Pero los puentes están alzados, las puertas cerradas, y bien custodiadas por los lansquenetes. Si queremos abrirnos paso, nos exponemos á que nos dén una buena tanda, pues esos bribones están acostumbrados á aporrearse todos los días y nosotros sólo los días de fiesta.

—Pero, ¿por qué ha mandado cerrar las puertas?—preguntó el síndico asustado.—¿Á qué detener aquí como prisionera á la gente honrada?

—No lo sé, á fe mía: maldita la palabra que entiendo. Háblase de las señoras de Croye que se han escapado durante el asalto. Luégo que dieron esta noticia al Barbudo, se puso tan furioso que casi llegó á perder la cabeza; y ahora la ha perdido, en efecto, á fuerza de botellas.

El burgomaestre dirigió una mirada de desolación á Quintín, y no sabía qué resolver. Durward, que no había perdido una palabra de esta conversación, la cual le puso en gran cuidado, conoció que el modo de no perder la esperanza era conservar su presencia de ánimo y sostener el valor de Pavillón. Determinóse pues á tomar parte en la conversación, como si tuviese voz y voto en ella.

—Me maravilla mucho, señor Pavillón, veros indeciso en punto á lo que debéis practicar en este lance. Id á encontrar osadamente á Guillermo de la Marck. Decidle que queréis salir del castillo vos, vuestro lugarteniente, vuestro escudero y vuestra hija. Nada podrá alegar para negároslo.

—Yo y mi lugarteniente, es decir, yo y Peterkin, está muy bien; pero ¿quién es mi escudero?

—Yo por ahora—respondió el intrépido escocés.

—¡Vos!—dijo el artesano algo confuso.—¿Pues no sois el enviado de Luís, rey de Francia?

—Sin duda; pero mi mensaje es para los magistrados de Lieja, y no le daré cumplimiento en otra parte sino en Lieja misma. Si confesara mi calidad á Guillermo de la Marck, ¿no sería preciso entrar en negociaciones con él? ¿No me detuviera probablemente aquí? No; es menester que me proporcionéis salir secretamente del castillo en calidad de escudero vuestro.

—Sea enhorabuena, escudero mío; pero también, si no me engaño, hablasteis de mi hija. Espero que á estas horas se halla muy tranquila en mi casa. ¡Ojalá que su padre pudiese decir lo propio! Lo deseo con todo mi corazón y toda mi alma.

—Esta señora—dijo Durward—os llamará su padre mientras estemos en el castillo.

—Y por todo el resto de mi vida—dijo la condesa echándose á los piés del síndico y abrazando sus rodillas—si me socorréis en este inminente peligro; y nunca se pasará un solo día sin que os ame y venere como á mi padre, y sin que ruegue por vos al cielo cual una hija por el autor de sus días. Oh!..... no me desatendáis; representaos á vuestra hija á los piés de un extranjero, pidiéndole la vida y el honor; y si este espectáculo os conmueve, dispensadme la protección que quisiérais que ella alcanzare.

—Á fe mía, Peterkin—dijo el buen síndico enternecido por tan patética súplica—que esta linda muchacha tiene un mirar tan expresivo como nuestra Trudchen: ya se me ocurrió esta idea en el mismo instante que la ví; y este joven, tan vivo y pronto á dar su parecer, tiene también un no sé qué parecido á su novio. Apostaría un *groat*, Peterkin, á que en este lance entra por algo el amor, y sería un delito dejar de favorecerlos.

—Un delito y un oprobio—dijo Peterkin enjugándose los ojos con el faldón de su coleto, pues á pesar de toda su presunción y arrogancia, no dejaba de ser un bueno y honrado flamenco.

—Pues bien; ella será mi hija—dijo Pavillón—como se cubra bien en su gran velo negro; y si no hubiese curtidores harto decididos para proteger á la hija de su síndico, mere-

cerían no encontrar en su vida pieles que curtir... Pero, un momento; es necesario responder á las preguntas: ¿de qué modo lo gobernamos si me preguntan cómo ha podido encontrarse mi hija en semejante sarracina?

—¿Sabéis por qué nos han seguido hasta el castillo la mitad de las mujeres de Lieja? — dijo Peterkin — Porque siempre comparecen donde no debieran... Vuestra *yung frau* Trudchen avanzó algo más que las otras, y punto concluído.

—¡Admirable idea! — exclamó Quintín. — Vamos, noble señor Pavillón, un poco de osadía. Seguid ese buen consejo, y sin apenas molestaros haréis la mejor acción que se ha visto desde el tiempo de Carlomagno. Y vos, señorita, tapáos bien en ese velo (pues había esparcidas por el suelo muchas prendas del traje femenino): procurad estar serena, y pocos minutos bastarán para poneros libre y en entera seguridad. Vamos, señor mío, adelante.

—Un momento, un momento — dijo Pavillón — tengo aún molestos pensamientos. Ese De la Marck es un diablo, un verdadero jabalí, tanto por el carácter como por el nombre. Si esa joven fuese una de las condesas de Croye y llegase él á descubrirlo, ¿quién sabe hasta dónde podría llevar su furor?

—Y aun cuando fuese yo una de esas desgraciadas mujeres — exclamó Isabel queriendo echarse de nuevo á sus piés — ¿podríais por eso abandonarme en este momento de desesperación? Oh que no sea yo verdaderamente vuestra hija; la hija del más infeliz artesano!...

—No tan infeliz, señorita, no tan infeliz. Gracias á Dios, pagamos lo que debemos—dijo el ciudadano.

—¡Perdonadme, noble caballero! — dijo la desgraciada doncella.

—¡Oh no! eso tampoco —respondió Pavillón:—ni noble ni caballero; nada más que un simple artesano de Lieja que paga sus letras de cambio en dinero efectivo de oro ú plata... Pero todo esto no es del caso... aun cuando fuéseis una condesa, no dejaría de protegeros.

—Estáis obligado á ello, aunque fuese una duquesa — dijo Peterkin—ya empeñasteis la palabra.

—Tienes razón, Peterkin, tienes mucha razón—respondió Pavillón.—No debemos olvidar nuestro antiguo proverbio flamenco, *ein wort, ein man*. Ahora es preciso obrar. Tenemos

que pedir permiso á ese Guillermo de la Marck, y las fuerzas me abandonan cada vez que pienso en ello. Quisiera que fuese posible dispensarnos de esa ceremonia.

—Ya que tenéis fuerzas á vuestra disposición—dijo Quintín—¿no sería mejor tomar el camino de la puerta, y abrirnos paso con las armas?

Pero Pavillón y su consejero contestaron unánimes que no convenía atacar así á los soldados de un aliado; y añadieron acerca de la temeridad de esta empresa algunas reflexiones que dieron á conocer á Durward que sería imprudente intentarlo con tales compañeros. Resolvieron, pues, dirigirse osadamente al gran salón, donde tenían entendido que el Jabalí de las Ardenas estaba celebrando un banquete, y pedir para el síndico de Lieja y su compañía el permiso de salir del castillo, demanda que parecía harto razonable para no ser otorgada. Sin embargo, el buen burgomaestre gemía y suspiraba mirando á sus compañeros, y dijo á su leal Peterkin:

—Hé aquí lo que es tener un corazón demasiado tierno y sensible. ¡Ay, Peterkin! cuánto me han costado ya mi valor y mi humanidad! Y ¡cuánto me costarán acaso mis virtudes todavía, antes que el cielo nos permita salir de este infernal castillo de Schonwaldt!

Atravesando los patios, cubiertos aún de muertos y moribundos, Quintín sosteniendo á Isabel en medio de aquella escena de horror, la consolaba y alentaba á media voz, recordándole que su seguridad dependía enteramente de la presencia de ánimo y firmeza que mostrase.

—Nada... nada depende de mí—respondió ella;—con vos cuento únicamente... Oh! si logro escaparme de los horrores de esta noche, jamás olvidaré al que me habrá salvado. Pero tengo todavía que pediros una gracia: os suplico que me la concedáis, por el honor de vuestra madre, por el valor de vuestro padre!

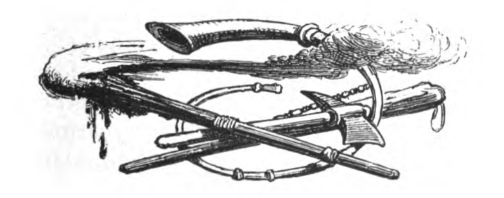
—¿Qué podríais pedirme, señora, que no estéis segura de obtener?—respondió en voz baja Durward.

—Pues bien; clavadme un puñal en el corazón, antes que dejarme cautiva de esos monstruos.

Quintín no respondió á esto sino apretando la mano de la hermosa condesa, que parecía querer expresarle su gratitud por el mismo estilo, si el temor no se lo hubiese impedido.

Por fin, apoyada en el brazo de su joven protector, entró en el formidable salón donde estaba De la Marck, precedida por Pavillón y su lugarteniente, y seguida de una docena de mancebos curtidores que formaban la guardia de honor de su síndico.

Cuando se iban acercando á aquella sala, las estrepitosas carcajadas, confusas aclamaciones y feroces gritos que se oían en él, parecían indicar más bien una orgía de demonios, celebrando un festín de regocijo por alguna victoria obtenida sobre la raza humana, que reunión de amigos que solemnizan el buen éxito de una empresa. Un firme propósito que sólo podía haber inspirado la desesperación, sostenía el valor ficticio de la condesa Isabel; mas el verdadero é impertérrito de Durward parecía aumentarse con el peligro. Pavillón y su teniente, haciendo de la necesidad virtud, eran como los osos atados á un poste, que se ven obligados á sostener un ataque peligroso que no pueden evitar.





CAPÍTULO XXII.

La borrachera.

Cade.—¿Dónde está Ricardo, el carnicero de Ashford?
Dick.—Presente, señor.
Cade.—Cayeron á tus piés como vacas y carneros: vamos, te portaste como si te hallaras en el mismo matadero.

SHAKSPEARE.—*Segunda parte de Enrique VI,* acto IV.

Difícil sería imaginarse una mudanza más extraordinaria y horrible que la que se realizara en el gran salón del castillo de Schonwaldt desde la víspera del día en que Quintín había comido en él: era un cuadro que ofrecía todo lo más espantoso de las miserias de la guerra, y de una guerra hecha por los más feroces agentes, los soldados mercenarios de un siglo bárbaro, hombres que por hábito y profesión se familiarizaran con todo lo que su oficio presenta de más cruel y sanguinario, sin albergar una sola chispa de patriotismo, ni distinguirse con un débil rasgo del espíritu romántico de la caballería, virtudes que en aquella época pertenecían, la primera á los animosos plebeyos que combatían por la defensa de su nación, y la segunda á los nobles esforzados que tomaban las armas en nombre del honor y de las damas.

En vez de presentarse á su vista, como pocas horas antes, funcionarios civiles y eclesiásticos, comiendo tranquila y decentemente, sometiéndose á una especie de ceremonial tan rígido que, por no faltar á él, nadie se aventuraba á gastar una

chanza en alta voz, y donde á pesar de la abundancia de las botellas y el regalo de la mesa reinaba un decoro que casi degenerara en hipocresía; aquel salón ofrecía ahora una escena de desenfrenada y tumultuosa confusión á que Satanás mismo, si la presidiese, no supiera cómo añadir un exceso.

En el testero de la mesa, en el trono del obispo, que se habían apresurado á traer de la sala del Consejo, veíase sentado el formidable Jabalí de las Ardenas, dignísimo de este nombre temible, que consideraba como ilustre y procuraba justificar por todos los medios posibles. Tenía descubierta la cabeza, pero llevaba puesta su maciza y brillante armadura que se quitaba muy pocas veces. Notábase en sus espaldas una especie de manto hecho de la piel de un gran jabalí con los cascos de los piés y los colmillos de plata. El pellejo de la cabeza estaba dispuesto de modo que, colocado sobre su capacete cuando armado, ó sobre su cabeza desnuda en forma de capucho, cual se le veía en aquel momento, confundíale con el aspecto del ceñudo y espantoso monstruo; y no porque la fisonomía que sombreara tuviese gran necesidad de ello para aumentar los naturales horrores de su expresión sanguinaria.

La parte superior del rostro de Guillermo de la Marck, tal como le formara la naturaleza, casi desmentía su carácter, pues aunque sus cabellos, cuando estaba descubierto, se parecían á las recias y durísimas cerdas de su capucho, sin embargo, alta y despejada frente, llenas y animadas mejillas, rasgados y chispeantes ojos de un color castaño claro, y una nariz corva de pico de águila, indicaban algo de valor y generosidad. Con todo, la feliz expresión de estas facciones destruíase enteramente por el hábito de violencia y desvergüenza, que unidas á su destemplanza y excesos, infundíales carácter muy distinto de la tosca galantería que hubieran podido anunciar. La cólera, á que se entregaba con frecuencia, había hinchado los músculos de sus mejillas y en especial los que circuyen los órganos de la vista; al paso que la borrachera y el libertinaje adormecieran el fuego de sus ojos y tiñeran de color sanguíneo la parte que en ellos es naturalmente blanca: lo que daba á todo su rostro una semejanza espantosa con el monstruo de quien el terrible barón se complacía en llevar el nombre. Pero por una especie de contradicción bastante extraordinaria, De la Marck, al paso que

procuraba por todos respectos darse el aire de un jabalí, á quien gustaba tanto parecerse, esforzábase con la longitud y espesura de su barba en ocultar la deformidad natural que en los principios le valiera este apodo. En efecto, la extraordinaria magnitud de su quijada superior que sobresalía mucho de la inferior y unos largos dientes que se le escapaban de la boca por ambos lados, semejantes á los colmillos de aquel animal feroz, fueron causa de que se le llamara mucho tiempo antes el Jabalí de las Ardenas, porque á dichas circunstancias agregábase la de la gran pasión por la caza, á que solía dedicarse en la selva de aquel nombre. Su enorme, crespa y mal peinada barba no disminuía el horror que naturalmente inspiraba su fisonomía, ni llegaba siquiera á moderar su expresión brutal, infundiéndole cierta dignidad.

Los oficiales y soldados del barón estaban sentados indistintamente al rededor de la mesa, confundidos con varios habitantes de Lieja, algunos de los cuales pertenecían á la más ínfima clase. Veíase entre ellos á Nickel Blok el *cortante*, sentado al lado de De la Marck, con los brazos teñidos de sangre y arremangados hasta el codo, y con una gran cuchilla ensangrentada puesta delante de él encima la mesa. La mayor parte de los soldados llevaban, á imitación de su jefe, larga y erizada barba y los cabellos encrespados y compuestos de modo que aumentaran todavía su natural ferocidad. Ebrios como parecían estar casi todos, tanto por la alegría de la victoria como por la cantidad de vino que se echaran al coleto, ofrecían tan horrible como repugnante espectáculo. Toda su conversación era un tejido de blasfemias y tan licenciosas las coplas que cantaban, sin que el uno tuviese la complacencia de escuchar la del otro, que Quintín dió gracias al cielo de que el tumulto que reinaba en la sala impidiese á su compañera comprender su sentido.

Sólo nos resta decir que el rostro pálido y aire inquieto de la clase más escogida de artesanos liejenses que estaban reunidos en esta infame borrachera con los soldados de Guillermo de la Marck, indicaban tanto disgusto del festín como temor de sus compañeros. Por el contrario, algunos vecinos de la clase inferior, sin educación ó de más brutal carácter, veían únicamente en los excesos de la soldadesca un ardor guerrero que deseaban imitar y á cuyo nivel procu-

raban ponerse bebiendo sendos vasos de vino y de *schwarz-bier*, vicio que, por desgracia, en todos tiempos ha sido muy común en los Países-bajos.

Tan poco cuidado se había puesto en la simetría de la mesa como en la admisión de los convidados; brillaban por doquiera la vajilla de plata del obispo y hasta los cálices y demás vasos sagrados, pues al Jabalí de las Ardenas se le daba tres pitos de que le acusasen de sacrílego; y estos objetos preciosos estaban mezclados con cántaros de barro, jarros de estaño y vasos de cuerno de la más ínfima calidad.

Sólo haremos mención de una circunstancia horrible de que debemos dar cuenta, y abandonaremos gustosos el resto de la escena á la imaginación de nuestros lectores. En medio de la licencia y desenfreno que se permitían los soldados de Guillermo de la Marck, un lansquenete, que se distinguiera mucho por su valor y audacia durante el ataque del castillo, no habiendo hallado lugar para sentarse á la mesa, cogió descaradamente un gran vaso de plata, y llevándoselo dijo que así se indemnizaba de no haber podido participar del festín. Un rasgo tan conforme con el espíritu de aquella tropa, hizo casi reventar de risa á su jefe: pero cuando otro soldado que no gozaba de igual reputación de valiente quiso tomarse la misma libertad, De la Marck puso término á una bufonada que pronto hubiera despojado la mesa de cuanto más precioso contenía.

—¡Por el espíritu del trueno!—exclamó:—los que no se atreven á portarse como hombres en presencia del enemigo, tienen la osadía de querer representar el papel de ladrones entre sus compañeros!... ¡Cómo!... ¡cobarde bribón!... tú, que para entrar en el castillo aguardaste que la puerta estuviese abierta y echado el puente levadizo, mientras Conrado Horot atravesaba el foso y escalaba vigorosamente los muros, ¿tú eres capaz de mostrar modales tan infames?—Que le ahorquen en uno de los barrotes de hierro de la ventana. Así llevará con los piés el compás, mientras nosotros brindaremos por la feliz llegada de su alma á los infiernos.

Esta sentencia fué casi tan prontamente ejecutada como pronunciada; y un momento después, el infeliz, colgado de una barra de hierro, hallábase en las últimas convulsiones de

la agonía. Cuando Pavillón entró en la sala con sus compañeros, no habían quitado aún el cadáver; de suerte que interceptando la pálida claridad de la luna, presentábase en el suelo una sombra, cuya incierta forma hacía adivinar de una manera vaga el horroroso objeto que la producía.

El burgomaestre Pavillón, en tanto que su nombre pasaba de boca en boca en aquella tumultuosa asamblea, procuraba afectar el aire de importancia y serenidad que convenían á su autoridad é influencia, pero que la escena que se ofrecía á su vista, y sobre todo la presencia del horrible objeto colgado de uno de los barrotes de hierro de la ventana, le hacían algo difícil sostener, á pesar de las exhortaciones de Peterkin, que le decía al oído, no sin experimentar él mismo alguna perturbación: — Ánimo, ánimo, ó estamos perdidos.

El síndico sostuvo tan bien como pudo su dignidad por medio de un breve discurso en que felicitó á la compañía por la señalada victoria que acababan de alcanzar los soldados de Guillermo de la Marck y los buenos ciudadanos de Lieja.

— Sí — respondió De la Marck con sarcástico tono — hemos reducido la fiera al último apuro, como decía el falderillo al podenco. Pero, ¡oh! ¡oh! señor burgomaestre, llegáis aquí como el dios Marte, llevando á Citerea á su lado. ¿Quién es esa hermosa del velo? — Que se descubra, que se descubra. — No habrá buena moza que pueda decir esta noche: «Este palmito es mío.»

— Es mi hija, ilustre caudillo — respondió Pavillón — y yo os suplico que le permitáis conservar su velo, porque es un voto que ha hecho á los tres santos Reyes de Colonia.

— Yo se lo dispensaré dentro de poco — contestó De la Marck — pues voy á consagrarme obispo de Lieja al golpe de una cuchilla; y me persuado que un obispo vivo vale por tres reyes muertos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando se levantó sordo murmullo, pues los habitantes de Lieja tenían gran veneración á los Reyes de Colonia, como comunmente les llamaban, y entre los feroces soldados del Jabalí de las Ardenas no dejaba de haber algunos que les tributaban un respeto que á ningún viviente concedían.

— No es mi ánimo agraviar á sus difuntas majestades — añadió De la Marck — digo solamente que estoy determinado

á hacerme obispo. Un príncipe á la vez seglar y eclesiástico, que tenga poder para atar y desatar, será el más apto para una caterva de réprobos como vosotros, á quienes no habría otro alguno que quisiera absolver. —Pasad adelante, noble burgomaestre; sentaos á mi lado; váis á ver con qué donaire sé yo dejar una sede vacante. Que traigan aquí á nuestro predecesor en la dignidad episcopal.

Hízose en la sala un movimiento para franquear el paso al síndico de Lieja; pero Pavillón, excusándose de aceptar el preferente lugar que se le ofrecía, fué á colocarse en la parte inferior de la mesa, contándole su acompañamiento las pisadas, como se ve algunas veces, cuando un perro forastero se introduce en medio de un rebaño de carneros, estos se reunen á retaguardia del viejo morueco, pues acostumbrados á considerarle como á su cabeza y guía, le juzgan dotado de valor algo superior al suyo. Cerca de allí estaba sentado un gallardo mozo, hijo natural, según se decía, del feroz De la Marck, por quien mostraba alguna vez este jefe afecto y aun cariño. Su madre, hermosa manceba de aquel monstruo, murió de una patada que le diera en uno de sus arrebatos de embriaguez ó de celos; y este crimen había despertado en el corazón del tirano todos los remordimientos de que era capaz; tal vez esta misma circunstancia dió motivo á que cobrase algún interés por su hijo. Quintín, que había adquirido todas estas noticias del anciano limosnero del obispo, colocóse lo más cerca posible del joven de que hablamos, determinado á tomarle por prenda de seguridad ó por protector, si se le frustraba todo otro medio de salvación.

Mientras todos estaban en expectación para ver lo que resultaría de la orden que el tirano acababa de dar, un hombre de los del séquito de Pavillón dijo á Peterkin:

—¿No ha asegurado nuestro amo que esta muchacha es su hija?... Imposible que sea Trudchen. Esa bribonzuela le lleva á lo menos dos pulgadas, y veo que por debajo del velo le sale una trenza de cabello negro. ¡Por San Miguel de la plaza del Mercado! tanto valdría decir que el cuero del becerro negro ha pertenecido á una ternera blanca.

—¡Chitón, chitón!—dijo Peterkin con alguna presencia de ánimo.—¿Sabes tú si nuestro amo desea robar alguna tierna corcilla del parque, sin que su señora parienta sepa una pala-

bra? No nos corresponde á ti ni á mí el ir espiando su conducta.

— Muy lejos de esto — replicó el otro — solamente digo que nunca hubiera creído que á su edad le entrase el capricho de robar una corza de esta naturaleza. *¡Sauperment!* ¡y qué fina pieza! Mira cómo se deja caer en aquel asiento detrás de los otros para que no la vea la gente del Jabalí; ¡pero, chico! vamos á ver lo que hará de ese pobre viejo del obispo.

En este instante, brutal soldadesca conducía ó mas bien arrastraba al obispo de Lieja, Luís de Borbón, cautivo en su propio palacio. Su cabello, su barba y sus vestidos desaliñados probaban los malos tratamientos que ya sufriera. Hasta le habían puesto con precipitación algunas de sus insignias sacerdotales, probablemente como irrisión de su sagrado carácter y calidad. Por un favor especial de la suerte, como Quintín no pudo menos de imaginar, la condesa Isabel, cuya sensibilidad, viendo reducido á tal extremo al prelado su protector, hubiera podido vender su secreto y comprometer su seguridad, hallábase colocada de modo que no podía ver ni comprender lo que iba á pasar; y el precavido joven tuvo siempre gran cuidado de ponerse delante de ella, á fin de que nada pudiese observar, ni llegase á ser objeto de las observaciones de los demás.

La escena que se representó en seguida fué corta, pero espantosa. Cuando el infeliz prelado se vió en presencia de aquel salvaje caudillo, aunque durante toda su vida se distinguiera tan sólo por su dulce y bondadoso carácter, ostentó en aquel crítico momento toda la nobleza y dignidad que convenía á su elevada clase. Cuando las indignas manos que le arrastraban dejaron de profanarle con su tacto impuro, notóse en él un mirar tranquilo y firme, un ademán imponente y resignado, y una expresión que le hacía guardar un término medio entre un príncipe de la tierra y un mártir cristiano. El feroz De la Marck no pudo, al presentársele, dejar de sentir el influjo de la heróica presencia de ánimo de su prisionero; y acaso la memoria de los beneficios que de él recibiera, contribuyó á infundirle cierta irresolución y á hacerle bajar los ojos. Sólo después de haber apurado un gran vaso de vino recobró su altivo é imponente aspecto. Fijando entonces la vista en el desgraciado cautivo, con fatigosa respiración, rechinando los

dientes, extendiendo hacia él sus apretados puños, y adoptando todos los gestos que podían excitar y sostener su ferocidad natural le dijo:

— Luís de Borbón, yo te ofrecí mi amistad; tú la despreciaste. ¿Qué no darías ahora por haber observado diferente conducta? Nickel, prepárate ya.

El carnicero se levantó; cogió su cuchilla ensangrentada, y alzando su nervudo brazo, fué á colocarse detrás del tirano, pronto á ejecutar sus órdenes.



— Mira á ese hombre, Luís de Borbón — dijo De la Marck — y veamos lo que tienes que ofrecerme para salvar tu cabeza.

El obispo dirigió una melancólica pero firme mirada al horrible satélite, cuya actitud daba á entender que sólo aguardaba una seña para ejecutar la voluntad del déspota; y respondió sin dar muestras de haberse inmutado:

— Oye, Guillermo de la Marck, y vosotros todos, hombres de bien, si hay alguno aquí que merezca este nombre, oíd lo único que tengo que ofrecer á ese malvado. ¡Guillermo de la Marck! tú has insurreccionado una ciudad imperial; has tomado por asalto el palacio de un príncipe del sacro Imperio germánico; has asesinado á sus vasallos, robado sus tesoros, y maltratado su persona. Has merecido por todos estos delitos

ser desterrado del imperio, declarado fugitivo y proscrito, y privado de tus derechos y haciendas. Has hecho más todavía, más que violar las leyes humanas, más que merecer la venganza de los hombres: te has atrevido á entrar en la casa del Señor, á atropellar á un padre de la Iglesia, á profanar el santuario del Señor con sangre y rapiña, como un sacrílego bandido...

—¿Acabaste ya?—exclamó De la Marck interrumpiéndole y dando furiosa patada.

—No—respondió el prelado—pues no te he dicho todavía lo que tengo que ofrecerte.

—Prosigue, pues—contestó el Jabalí de las Ardenas—y ¡ay de tu cabeza cana, si el epílogo de tu sermón no me gusta más que el exordio!

Diciendo esto, se hundió en su silla, apretando los dientes de cólera, hasta que de sus labios brotó la espuma, como de los colmillos del animal cuyo nombre y despojos llevaba.

—He aquí cuáles son tus crímenes—continuó el obispo con el mismo tono de serena determinación—ahora escucha lo que me digno ofrecerte, como príncipe compasivo, como cristiano prelado, olvidando toda personal ofensa y perdonando cualquiera particular injuria. Arroja tu bastón de mando, renuncia tu autoridad, suelta los prisioneros, devuelve el botín que has hecho, distribuye todo lo que posees á los huérfanos cuyos padres asesinaste, á las viudas que privaste de sus maridos; toma un sayal de penitente, cúbrete la cabeza de ceniza, coge un bordón, y vete peregrinando á Roma. Yo mismo solicitaré de la Cámara Imperial de Ratisbona el perdón de tus delitos, y de nuestro Santo Padre la absolución de tus pecados.

Mientras que Luís de Borbón proponía estas condiciones con tono tan resuelto como si se hallase sentado en su trono episcopal y viese al usurpador prosternado á sus plantas pidiendo perdón, levantóse el tirano lentamente, aumentándose por grados su furor á proporción de la sorpresa que le iba causando semejante heroísmo; y por fin, cuando el prelado dejó de hablar, fijó Guillermo una mirada en Nickel Blok, y levantó un dedo sin desplegar los labios. En el mismo instante el malvado descargó el golpe, como si ejerciera su oficio en el ma-

tadero, y el obispo asesinado cayó sin lanzar un solo gemido al pié de su trono episcopal (1).

Los liejenses, que no aguardaban esta horrible catástrofe, y que creían por el contrario se terminaría la conferencia con algún convenio amistoso, hicieron un movimiento unánime de horror y prorumpieron en gritos de execración y alaridos de venganza; pero la voz de trueno de Guillermo de la Marck sofocó todas las del tumulto. Cerrado el puño y extendido el brazo gritó:

—¡Qué es esto, viles marranos de Lieja! ¿Vosotros que os revolcáis en el cieno del Mosa, osaríais probar vuestras fuerzas con el Jabalí de las Ardenas? Hola, jabatos míos, pues este era el nombre que él mismo y otros daban frecuentemente á sus soldados, enseñad vuestros colmillos á esos cerdos flamencos.

Todos sus soldados se levantaron á una; y como estaban confundidos con sus ex-aliados, que no esperaban un ataque de esta naturaleza, cada uno de ellos en un abrir y cerrar de ojos asió del cuello al liejense más inmediato, mientras que su mano derecha tenía levantado un ancho puñal, cuya hoja brillaba á la luz de las bujías y de la luna. Todos estaban en actitud de herir, pero nadie descargaba el golpe. Grande fué la sorpresa de los liejenses para que pudiesen pensar en defenderse; y acaso De la Marck sólo se proponía sembrar el terror en el corazón de sus cívicos confederados.

Pero el valor, la presencia de ánimo, y la resolución de Quintín Durward, que poseía estas cualidades en un grado casi incompatible con su edad, y que al mismo tiempo se hallaba estimulado en aquel instante por todo lo que era capaz de exaltar su energía, cambió con una sola acción todo el aspecto de la escena. Imitando á los soldados de De la Marck, precipitóse sobre Karl Eberson, hijo de aquel caudillo, sujetóle fácilmente, y apuntándole un puñal á la garganta, dijo en alta voz:

—¿Á ese juego jugamos? En este caso, aquí estoy yo.

—¡Deteneos! ¡deteneos!—gritó De la Marck;—esto no es más que una chanza. ¿Podríais presumir que yo quisiese ha-

(1) Véase nota *L. Asesinato del obispo de Lieja.*

cer daño á mis buenos amigos y aliados de la ciudad de Lieja? Soldados, bajad las armas y sentaos. Quitad de ahí ese cadáver—añadió empujando con el pié el cuerpo del Obispo—que ha sido la causa de esta riña entre amigos, y aneguemos el resentimiento en nuevas oleadas de vino.

Todos obedecieron, soltando los soldados á los liejenses, y unos á otros se miraban como ignorando si debían considerarse como amigos ó enemigos. Quintín Durward aprovechó este momento.

—Guillermo de la Marck—dijo—y vosotros, ciudadanos y habitantes de Lieja, escuchadme: Vos, joven, estaos quieto, (pues Karl procuraba escurrírsele): no os sucederá ningún mal, á menos que se repita alguna de esas chanzas pesadas.

—Por Satanás, dime quién eres—exclamó de la Marck sumamente admirado—tú que te atreves á coger rehenes en mi presencia, y á imponerme condiciones á mí que las prescribo á los demás y no las tolero de nadie.

—Soy un servidor de Luís, rey de Francia—respondió resueltamente Quintín—uno de los arqueros de su guardia escocesa, como mi hablar y en parte mi traje puede acreditároslo. Me hallo aquí por orden suya, para ser testigo de cuánto ocurra y participárselo; y veo con asombro que tu conducta es más bien la de un hereje que la de un cristiano, más propia de un insensato que de un hombre dotado de sano juicio. El ejército de Carlos de Borgoña va á ponerse en marcha inmediatamente contra ti; y si deseas alcanzar socorros de Francia, fuerza es que te moderes. En cuanto á vosotros, habitantes de Lieja, yo os invito á que volváis en seguida á la ciudad, y si alguien se opone á vuestra marcha, le declaro desde ahora enemigo de mi señor, su Majestad Cristianísima el rey de Francia.

—¡Francia y Lieja! ¡Francia y Lieja!—gritaron los curtidores que formaban la guardia de honor de Pavillón, y otros paisanos cuyo valor empezaba á reanimar la audacia de Quintín. ¡Francia y Lieja! ¡viva el valiente arquero! Viviremos y moriremos con él.

Los ojos de Guillermo de la Marck centelleaban de cólera, y puso mano á su puñal como si quisiera lanzarle y traspasar el corazón del atrevido arquero; pero paseando la vista en derredor suyo, leyó en las miradas de sus mismos soldados un

cierto no sé qué, que le infundió moderación. Eran muchos de ellos franceses, y nadie ignoraba los socorros secretos que en gente y dinero su jefe recibía del reino de Francia, y aun no faltara quien estaba horrorizado del sacrílego asesinato que acababa de cometerse. El nombre y reputación de Carlos de Borgoña, príncipe que no dejaría de concebir el mayor horror por los acontecimientos de aquella noche, la imprudencia de armar zambra con los liejenses, la locura de provocar el enojo del rey de Francia, todas estas ideas hacían vivísima impresión en su entendimiento, aunque no le tuviese entonces muy despejado. En una palabra, conoció De la Marck que si se entregaba á algún nuevo acto de violencia, peligraba de no ser sostenido ni aun por su propia tropa.

Por lo tanto, desarrugando su frente y suavizando la expresión de sus inflamados ojos, que tanto terror infundían, declaró que no llevaba malas intenciones contra sus buenos amigos de Lieja, y que podían salir de Schonwaldt cuando les diese la gana; aunque había confiado que pasarían juntos la noche, celebrando la victoria con públicos regocijos. Añadió con un sosiego que le era poco familiar, que estaría pronto á entrar en negociación con ellos para el reparto del botín, y á acordar las medidas necesarias para la defensa común, ya fuese el día siguiente ó el que mejor les pareciere. En cuanto al joven arquero de la guardia escocesa, se lisonjeaba de que le haría el honor de pasar la noche en Schonwaldt.

Agradecióselo Quintín, pero añadió que todas sus operaciones debían determinarse por las del señor Pavillón, con quien tenía orden particular de estar íntimamente unido: sin embargo, no dejaría de acompañarle la primera vez que tendría el honor de visitar al esforzado Guillermo de la Marck.

—Si vuestras acciones han de regularse por las mías—dijo apresuradamente Pavillón—es probable que no tardaréis un minuto en salir de Schonwaldt; y si no volvéis á poner los piés aquí sin mi compañía, juzgo que tardaréis algún tiempo en venir.

El honrado ciudadano pronunció entre dientes la última parte de esta frase, como si temiese las consecuencias de que se hiciera pública la expresión de un sentimiento, que por otra parte le era imposible disimular.

—Seguidme bien arrimados á mi lado, valientes curtidores

míos — dijo en voz baja á sus guardias de corps — y salgamos lo más pronto posible de esta caverna de asesinos.

La mayor parte de los liejenses, á lo menos los que no eran de la clase más vil, abrazaban en esta parte la opinión del síndico; y tuvieron menor alegría cuando entraron triunfantes en Schonwaldt, de la que experimentaban ahora que podían esperanzar salir con el pellejo. Nadie puso obstáculos á su partida, y ya se deja considerar el contento y satisfacción de Quintín cuando se vió fuera de aquellas formidables murallas.

Por la primera vez, desde que entraron en la funesta sala donde se ejecutó el abominable asesinato, atrevióse á dirigir la palabra á la condesita, preguntándole cómo estaba.

— Bien, bien — respondió con el laconismo de una persona que está sufriendo un acceso de calentura — perfectamente bien... No os detengáis en hacerme una sola pregunta; aprovechemos los instantes... Huyamos... huyamos.

Diciendo esto, esforzábase en acelerar el paso; pero se veía tan lejos de conseguirlo, que hubiera caído extenuada á no sostenerla Quintín. Con la ternura de una madre que desea poner á su hijo fuera de peligro, tomóla en brazos para llevarla, y cuando ella le echó el suyo alrededor del cuello, no teniendo otra idea que el deseo de salvarse, no hubiera querido el joven dejar de correr un peligro menos en aquella noche, ya que debía ser este su resultado.

El buen burgomaestre, por su parte, iba sostenido y casi arrastrado por su fiel consejero Peterkin y otro de sus operarios. Así llegaron todos sumamente fatigados á las orillas del río, habiendo encontrado por el camino muchas cuadrillas de vecinos de Lieja, que deseaban saber noticias de Schonwaldt, y preguntaban si era verdad, como empezara á correr la voz, que se había suscitado una reyerta entre los vencedores.

Deshaciéndose de estos curiosos importunos del mejor modo que pudieron, lograron, finalmente, gracias á Peterkin y á algunos compañeros suyos, proporcionarse un esquife, y disfrutar por este medio de un descanso que necesitaban, especialmente Isabel que continuaba casi sin movimiento en brazos de su libertador, y el digno burgomaestre que, después de haber dado con bastantes altos é interrupciones las gracias á Durward, cuya atención estaba en aquel instante demasiado

ocupada para poder contestarle, empezó dilatada arenga dirigida á Peterkin por el valor de que diera muestras, la beneficencia con que se distinguiera, y los infinitos riesgos á que le habían expuesto estas dos virtudes tanto en la presente ocasión como en otras muchas.

— Peterkin — le dijo continuando el mismo tema de la noche — si fuese menos alentado de lo que soy, no me hubiera opuesto á que los vecinos de Lieja pagasen el veinte por ciento, cuando todos los demás se habían ya conformado. Y luégo, si mi corazón hubiese sido menos intrépido no me guiara á esa batalla de Saint-Tron, donde un guerrero del Henao me derribó de una lanzada en una zanja de lodo, de donde ni mi valentía ni mis esfuerzos pudieron arrancarme hasta el fin de la batalla. ¿No fué mi valor también el que me excitó esta noche misma á ponerme un coselete harto estrecho que me hubiera ahogado á no ser por el auxilio de ese valiente joven, que no tiene mayor gusto que cuando puede pelear? ¡Dios se lo conserve! ¿Y qué diremos de mi bondad de corazón, Peterkin? Ella me ha empobrecido... es decir, me hubiera empobrecido, por poco más que descuidara la seguridad de los bienes de este mundo perecedero; y Dios sabe en qué apuros puedo encontrarme todavía con esas damas, esas condesas y esos secretos que guardar. Todo esto puede costarme la mitad de mi fortuna, amén del pescuezo.

Quintín no pudo conservar por más tiempo el silencio, y le protestó que si corriera algún peligro ó sufriese alguna pérdida á causa de la señorita que estaba entonces bajo su protección, ella se apresuraría á indemnizarle, tanto con su gratitud como con el dinero que fuese necesario.

— Muchas gracias, señor arquero, muchas gracias — respondió el liejense — ¿quién os ha dicho que yo pida indemnizaciones para cumplir con el deber de un hombre de bien? Sentiría que pudiese costarme alguna cosa de un modo ó de otro; y creo que me es permitido tener esta conversación con mi teniente, sin achacar á nadie las pérdidas y los peligros que pueda correr.

Quintín dedujo de este modo de expresarse, que el síndico, su amigo, era del número de aquellos que, murmurando y regañando, se recompensan ellos mismos de los servicios que prestan á los demás, y cuyo único objeto, lamentándose

así, es dar más brillante idea de su conducta. Guardó, pues, prudente silencio, y permitió al burgomaestre extenderse á su gusto sobre las pérdidas y los peligros á que se había expuesto y se exponía aún en este instante á causa de su celo por el bien público y de su desinteresada beneficencia á favor de sus semejantes; difusa materia que les dió tiempo de llegar hasta la puerta de su casa.

La verdad del hecho era que el honrado ciudadano juzgaba que había perdido algo de su importancia, permitiendo al joven extranjero desempeñar el primer papel durante la crisis que acababa de ocurrir en el castillo de Schonwaldt; y por mucho que hubiese celebrado, en tan crítico momento, el efecto producido por la intervención de Durward, sin embargo, bien reflexionado, conocía el menoscabo que redundaría en su reputación de valiente, y esforzábase en obtener una compensación, exagerando los derechos que tenía á la gratitud de su patria en general, de sus amigos en particular, y más especialmente aún de la condesa de Croye y de su joven protector.

Pero en cuanto el esquife se hubo detenido al extremo del jardín, y con el auxilio de Peterkin pudo echar pié en la orilla, hubiérase dicho que el contacto del terreno que le pertenecía, tenía la virtud de disipar de golpe todos estos sentimientos de envidia y amor propio resentido, y de convertir al demagogo, descontento de haberse visto aventajado por otro, en amigo servicial, atento y hospitalario. Llamó gritando á Trudchen, que pareció inmediatamente, pues el temor y la inquietud desterraron casi enteramente el sueño del recinto de Lieja durante aquella noche tan fecunda en acontecimientos. Diósele la comisión de asistir muy particularmente á la hermosa extranjera, que apenas había recobrado el uso de los sentidos; y Gertrudis, admirando los atractivos de la condesa y compadeciéndose de la aflicción en que parecía estar sumida, desempeñó el deber de la hospitalidad con el celo y cariño de una hermana.

Por más tarde que fuese, y por más fatigado que pareciera estar el síndico, harto trabajo le costó á Quintín poderse escapar de una botella de vino, tan viejo como la batalla de Azincourt; y se hubiera visto obligado á tomar su parte, muy contra su voluntad, sin la llegada del ama de la casa, á la que arrancaron de la cama las repetidas voces de Pavillón para

que le sacara las llaves de la bodega. Era una mujer gorda y chiquitina, á manera de bola, que parecía no haber sido nada fea cuando joven, pero que de algunos años á esta parte se singularizaba por su nariz larga y colorada, su voz chillona y su decisión de calzarse las bragas en su casa, en contrapeso de la autoridad que Pavillon ejercía fuera de ella.

Luégo que se enteró de la clase de contienda que se moviera entre su marido y el huésped, falló sin detenerse que Pavillón, muy lejos de tener necesidad de beber más vino, había ya bebido demasiado; y en lugar de servirse, como él deseaba, de ninguna de las llaves del gran manojo que le pendía del cinto suspendido de una cadena de plata, volvióle las espaldas sin ceremonia, y acompañó á Durward al aposento donde debía pasar la noche, tan limpio, tan bien alhajado, y provisto de cuanto podía ser necesario, útil ó agradable, que no se acordaba de haber visto otro que pudiera comparársele: tanto aventajaban los ricos flamencos en aquella época, por lo que mira al lujo, comodidades y placeres de la vida, no sólo á los pobres y toscos escoceses, sino á los franceses mismos.





CAPÍTULO XXIII.

La fuga.

Mándame, y me lanzaré á acometer empresas imposibles, con la seguridad de conseguir mi objeto.

. . . .

Guía el paso, y yo, inflamado el corazón en nuevo ardor, te seguiré para hacer sea lo que fuere.

SHAKSPEARE.—*Julio César,* acto III.

Á pesar de la confusa mezcla de alegría y de temor, de duda y de inquietud, y de todas las demás pasiones que agitaban á nuestro joven escocés, las fatigas del día anterior habían agotado de tal modo sus fuerzas, que durmió profundamente, y no se despertó hasta el día siguiente muy tarde, cabalmente cuando su digno patrón entraba en su cuarto sumamente inquieto y pesaroso.

Sentóse junto al lecho de Quintín y empezó un largo discurso bastante vago, sobre las obligaciones domésticas de los casados, y en especial sobre el poder respetable y legítima supremacia que le era fuerza conservar al marido, siempre que fuese su dictamen opuesto al de su mujer. Quintín le escuchaba con alguna inquietud. Sabía que los maridos, como otras potencias beligerantes, solían cantar á veces un *Te-Deum*, más para ocultar una derrota que para celebrar una victoria; y trató de asegurarse de ello positivamente, diciéndole que esperaba que su llegada no habría ocasionado ninguna incomodidad á la buena señora de la casa.

—¡Incomodidad!... no—respondió el burgomaestre.—No hay mujer que se halle menos en estado de ser sorprendida

que Mabel: recibir y obsequiar á sus amigos es su mayor complacencia... y tiene siempre, á Dios gracias, preparados para ellos un aposento aseado y una despensa bien provista... Es la mujer más hospitalaria del mundo... pero es lástima que tenga un genio tan particular.

—En una palabra, nuestra permanencia aquí no es de su gusto—dijo Quintín saltando de la cama y principiando á vestirse apresuradamente. —Si yo supiese que esa señorita se hallaba en estado de ponerse en camino, después de los horrores de la noche pasada, no seríamos importunos permaneciendo un instante más en esta casa.

—Esto es precisamente lo que ha dicho ella misma á Mabel—dijo Pavillón—y yo quisiera que hubiéseis visto los colores que se asomaron en aquel rostro mientras se lo decía. Una lechera que ha andado cinco millas, de cara contra el aire helado de un día de invierno, para ir al mercado, es una azucena en su comparación... Yo no me admiro que Mabel se muestre algo celosa de ella... ¡Pobrecita mía!

—¿Con que la señorita ha salido ya de su cuarto?—preguntó Durward vistiéndose con doble precipitación.

—No hay duda, y os está aguardando con mucha impaciencia para determinar qué camino tomaréis, puesto que los dos estáis resueltos á partir. Pero espero que no os pondréis en camino hasta después de almorzar.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?—exclamó Quintín con impaciencia.

—¡Cachaza, cachaza! Todavía me parece haberme precipitado, puesto que os amostazáis con tanta facilidad. Sin embargo, aún podría deciros alguna cosita más, si tuviéseis bastante paciencia para escucharme.

—Hablad, señor, hablad, tan pronto y tan aprisa como podáis; os escucho con atención.

—Pues bien, lo único que tengo que deciros es que Trudchen, que siente tanto separarse de esa hermosa señorita como si fuese su hermana, os aconseja que toméis otro traje; pues corre la voz por la ciudad, de que las condesas de Croye viajan disfrazadas de peregrinas, acompañadas de un arquero de la guardia escocesa del rey de Francia; y añaden que una de ellas fué conducida anoche á Schonwaldt, cuando nosotros acabábamos de salir, por un gitano que ha asegurado á Gui-

llermo de la Marck que no traíais ningnna comisión del rey ni para él ni para el honrado pueblo de Lieja; que habíais robado á la condesita y que viajabais con ella en clase de amante. Todas estas noticias han llegado esta mañana del castillo, por manera que nosotros, los del Consejo, no sabemos qué partido tomar, pues aunque opinamos todos que Guillermo de la Marck se ha portado algo brutalmente, tanto por lo que toca al Obispo, como con nosotros mismos, sin embargo, en el fondo es tenido generalmente por hombre de pró, se entiende, cuando no ha bebido mucho, y por el mejor caudillo del mundo para defendernos contra el duque de Borgoña: yo mismo, en el estado actual de las cosas, casi estoy convencido de que hemos adelantado demasiado para retroceder.

Quintín no le reconvino ni trató de aclararle punto alguno; vió que todo sería inútil, y que el digno magistrado no por eso dejaría de persistir en una resolución que le hicieran tomar sus opiniones políticas y su sumisión á la voluntad de su mujer.

—Vuestra hija tiene razón—le dijo—es preciso que partamos disfrazados y al momento. Espero que nos favoreceréis con el secreto, y que nos suministraréis los medios oportunos para escaparnos.

—De muy buena gana—respondió el honrado artesano que estando él mismo poco satisfecho de su modo de portarse, deseaba encontrar algún medio para que su huésped se lo perdonara.—Sí señor, de muy buena gana. Me es imposible olvidar que os debí la vida la última noche, primero cuando me libertasteis de aquel maldito coselete de acero, y luégo cuando me sacasteis de un apuro todavía mayor, pues ese Jabalí y sus jabatos se parecen más á diablos que á hombres. De consiguiente, os seré más leal que la hoja al puño, según dicen nuestros armeros, que son los mejores del mundo. Vamos, ahora que ya estáis vestido, seguidme por aquí; y veréis hasta qué punto tengo puesta en vos mi confianza.

Saliendo del cuarto donde había dormido Quintín, guióle al despacho en que acostumbraba hacer sus pagos. Luégo que estuvieron dentro, cerró la puerta, echó el cerrojo, dirigió en derredor suyo una penetrante mirada de precaución, y le introdujo en un gabinete cuya puerta ocultaban los tapices y

en el cual había varias arcas de hierro. Abrió una que estaba llena de guilders, y poniéndola á disposición de Durward, le invitó á tomar la suma que juzgase necesaria para atender á sus gastos y á los de su compañera.

Como á Quintín le quedaba poquísimo dinero del que recibiera al salir de Plessis, no dudó en aceptar una suma de doscientos guilders, y obrando de este modo aligeró en gran manera el enorme peso que oprimía á Pavillon, quien consideró el préstamo que hacía voluntariamente, por un heróico esfuerzo, como compensación de la falta de hospitalidad que diversas consideraciones le obligaban en algún modo á cometer.

Habiendo cerrado bien el arca, el gabinete que contenía su tesoro y el despacho, acompañó el rico flamenco á su huésped al salón, donde hallaron á la condesa vestida de doncella flamenca de la clase media. Estaba descolorida, pero había recobrado su salud y conservaba su presencia de ánimo, sin embargo de las desastrosas escenas de la precedente noche. Trudchen estaba sola con ella ocupada en dar la última mano á su traje, é instruyéndola del modo cómo debía llevarle para presentarse con despejo. La condesita tendió la mano á Quintín, que la besó con respeto, y le dijo:

—Señor Durwad, es preciso separarnos de estas buenas gentes, á menos que quiera acarrearles una parte de las desgracias que me persiguen desde la muerte de mi padre. Vestíos otro traje y partamos, si no estáis cansado de proteger á una infeliz.

—¡Yo... yo cansado de seguiros!—exclamó Quintín.—Os seguiré hasta el cabo del mundo, os defenderé contra todo el universo. Pero vos, señora, ¿os halláis en estado de llevar á efecto la obra que deseáis emprender? ¿Y lo podréis después de los horrores de la última noche?...

—No me los recordéis—respondió la condesa—sólo me ha quedado de ellos una idea confusa como la de un sueño espantoso. ¿Pudo salvarse el digno obispo?

—Creo que nada tiene que temer.—dijo Quintín haciendo seña de guardar silencio á Pavillón, que parecía disponerse á empezar la relación de su terrible muerte.

—¿No sería posible reunirnos con él?—preguntó Isabel. —¿Ha juntado algunas fuerzas?

—Sólo en el cielo tiene puestas sus esperanzas — respondió Durward;—pero sea cual fuere el lugar donde gustéis dirigiros, yo seré vuestro guía y decidido apoyo: no os abandonaré jamás.

—Ya lo pensaremos — dijo Isabel; y después de una pausa de un momento añadió: — Yo elegiría de buena gana un convento, pero temo que sería débil refugio contra mis perseguidores.

—No, no — dijo el síndico — no podría en conciencia aconsejaros que eligiéseis un convento en estas inmediaciones, pues el Jabalí de las Ardenas, valiente jefe por su parte, aliado fiel y lleno de benevolencia por nuestra ciudad, es algo duro de genio, y no respeta claustros, conventos ni monasterios.

—Preparaos á partir, señor Durward, lo más pronto posible —dijo Isabel interrumpiendo estos pormenores—puesto que os dignáis todavía atender á mi seguridad.

Luégo que el síndico y Quintín salieron de la sala, empezó Isabel á hacer varias preguntas á Gertrudis relativas á los caminos y otros objetos, con tal serenidad y presencia de ánimo, que la hija del burgomaestre no pudo menos de exclamar:

—Yo estoy muy sorprendida, señora; he oído hablar del valor varonil que mostraron algunas mujeres; pero el vuestro me parece superior á humanas fuerzas.

—La necesidad, mi querida amiga—respondió la condesa —la necesidad es madre del valor como del ingenio. No hace mucho tiempo que hubiera sido capaz de desmayarme viendo brotar una gota de sangre de un rasguño... y ayer puedo decir que ví correr ríos enteros en torno mío, sin que el sobresalto me hiciese perder el uso de los sentidos... No creáis sin embargo que esto me ha sido fácil—continuó apoyando en el brazo de Gertrudis una mano trémula, aunque conservaba firme la voz;—el valor que alienta mi corazón es como la guarnición de una plaza sitiada por fuerza sùperior, á quien sólo el propósito más constante puede impedir que capitule y se rinda á cada momento. Si fuese mi situación algo menos peligrosa, si no estuviese convencida de que el único medio que me queda para librarme de un destino peor que la muerte, es el conservar serenidad y presencia de ánimo, me arrojaría en este instante á vuestros brazos, Gertrudis, y desaho-



Quintín apareció de improviso.

UNIV. OF CALIFORNIA

garía mi corazón, que estalla de dolor, con un torrente de lágrimas las más amargas que se han derramado en el mundo.

—No, no lo hagáis, señora—respondió la compasiva Gertrudis—alentaos, implorad la protección del cielo, y si es verdad que éste haya enviado alguna vez un salvador á personas próximas á perecer, ese valiente y atrevido joven debe ser el vuestro. Hay también cierto sujeto con quien puedo yo contar—añadió poniéndose muy colorada—pero no se lo digáis á mi padre, estáis?... es decir, he prevenido á mi novio, á Hans Glover, que os aguarde á la puerta del Este y que no se atreva á presentarse delante de mí hasta que pueda asegurarme que os dejó sanos y salvos más allá del territorio de Lieja.

La condesa sólo pudo expresar su gratitud á la franca y bondadosa doncella abrazándola cariñosamente; y Gertrudis devolviéndole sus abrazos de la manera más afectuosa, añadió sonriéndose:

—No tengáis pena; si dos jóvenes y dos amantes que tanto las quieren no llevan á cabo con feliz éxito un proyecto de fuga y de disfraz, este mundo no es el mismo que era.

Semejantes frases hicieron asomar unos colores muy vivos en las mejillas de Isabel, y la repentina llegada de Quintín no fué muy á propósito para hacerlos desaparecer. Venía vestido de trabajador flamenco de buena condición, con el traje de los días festivos de Peterkin, quien acreditó el interés que se tomaba por el joven Durward con la prontitud con que se lo ofreció, jurando al mismo tiempo que aun cuando le costase ser curtido y adobado como el cuero de un buey, no les haría traición jamás.

Habíanse preparado dos excelentes caballos, gracias á la actividad y diligencia de la señora Mabel, quien en realidad no deseaba ningún mal á la condesa ni á su escudero, mientras que su marcha alejase los peligros que su presencia pudiera atraer sobre su casa y familia. Alegróse en gran manera de verlos montar á caballo y partir, después de haberles dicho que hallarían fácilmente la puerta del Este siguiendo á Peterkin, que debía precederles para servirles de guía, pero sin dar á entender que tuviese ninguna relación con ellos.

Luégo que hubieron partido sus huéspedes, aprovechó

aquella ocasión la señora Mabel para hacer un largo sermón á Trudchen sobre el desatino de leer novelas, pues así era cómo las bellas damas de la corte se habían vuelto tan atrevidas y desvergonzadas, que en lugar de dedicarse á saber gobernar una casa, aprendían á montar á caballo y á manera de damiselas errantes corrían todo el país, sin más séquito que un escudero holgazán, un paje libertino ó un arquero calavera llovido de algún país extranjero, con peligro de su salud, en detrimento de su fortuna y en perjuicio irremediable de su reputación. Escuchóla Gertrudis en silencio, sin contestar palabra; pero atendido su carácter, no creemos que sacase de las conclusiones de su madre tal cual consecuencia conforme á lo que ésta hubiera deseado inculcarle.

Entretanto llegaron nuestros viajeros á la puerta oriental de la ciudad, después de haber recorrido calles llenas de inmenso gentío, que por fortuna estaba harto ocupado en noticias del día y acontecimientos políticos, para reparar en una pareja cuyo exterior nada ofrecía que llamase mucho la atención. La guardia los dejó pasar en virtud de un permiso que Pavillón les proporcionara, pero que iba en nombre de su colega Rouslaer; y se despidieron de Peterkin Geislaer, deseándose recíprocamente, y en pocas palabras, toda suerte de prosperidades. Casi al mismo instante agregóseles un robusto joven, montado en excelente caballo tordillo, dándose á conocer por Hans Glover, el novio de Gertrudis Pavillón. La fisonomía de este mancebo tenía el tipo propio de su país, sin que se distinguiera por la inteligencia, pues expresaba, más bien que el talento, un corazón bondadoso y un carácter jovial. Isabel casi no pudo resolverse á creer que fuese digno del afecto de la generosa Gertrudis. Dió muestras, sin embargo, de querer contribuir con todo su poder á las bienhechoras miras de la hija del burgomaestre; pues luégo de haberles saludado respetuosamente, preguntó á la condesa por qué camino deseaba que la guiase.

—Guiadme—respondió ella—hacia la ciudad más inmediata de las fronteras de Brabante.

—¿Luego habéis determinado ya cuál será el término de vuestro viaje?—le preguntó Quintín acercando su caballo al de Isabel y hablándole en idioma francés, que no comprendía su conductor.

—Sí—respondió la condesa—pues en la situación en que me encuentro, me perjudicaría prolongar mi viaje, y debo procurar abreviarlo, aunque vaya á parar á una cárcel.

—¡Á una cárcel!—exclamó Quintín.

—Sí, amigo mío, á una cárcel; pero yo procuraré que no sufráis la misma suerte.

—No habléis de mí, no penséis en mí: que os vea yo segura, y luégo disponga de mí el destino como quiera.

—No habléis tan alto, pues el guía lo extrañará—dijo Isabel.—Ya véis que se ha adelantado algunos pasos.

En efecto, el buen flamenco, haciendo por los demás lo que desearía hiciesen por él en semejante caso, al ver que se acercaba Quintín á la condesa, había cogido la delantera para que no se resintiese la conversación de la presencia de un tercero.

—Sí—continuó ella cuando vió que el guía estaba harto distante para poderles oir—sí, amigo y protector mío... pues ¿por qué he de avergonzarme de daros este título, cuando ha permitido el cielo que tal fuéseis para mí?... Sí, debo deciros que he resuelto volver á mi país natal, y abandonarme á la discreción del duque de Borgoña. Consejos imprudentes, aunque dictados con las mejores intenciones, me determinaron á sustraerme de su protección, para implorar la del falso y artificioso Luís de Francia.

—¿Estáis resuelta entonces á dar la mano de esposa al conde de Campo-Basso, al indigno favorito de Carlos de Borgoña?

Así hablaba Quintín, procurando ocultar bajo fingida indiferencia la congoja interior que le oprimía el corazón, al modo que un infeliz condenado á muerte afecta una firmeza que está muy distante de su alma cuando pregunta si ha llegado la orden de la ejecución.

—No, Durward, no—respondió Isabel irguiéndose en su silla—todo el poder del duque de Borgoña no será capaz de envilecer hasta este punto á una hija de la casa de Croye. Podrá el duque apoderarse de mis feudos y posesiones, mandarme encerrar en un convento; pero esto es cuanto tengo que temer, y estoy en disposición de sufrir males todavía mayores antes de acceder á dar la mano á Campo-Basso.

—¡Males todavía mayores!—repitió Quintín.—¿Y puede haber en el mundo mayores males que la pérdida de los bie-

nes y de la libertad? ¡Ah! reflexionadlo bien, mientras que el cielo os permite respirar todavía un aire libre, mientras tenéis á vuestro lado un hombre que arriesgará su vida para acompañaros á Alemania, á Inglaterra, á Escocia, y en todos esos países encontraréis generosos protectores. No renunciéis tan pronto á la libertad, al dón más precioso del cielo... ¿Ah! con cuánta razón dijo un poeta de mi país:

«¡Oh! ¡qué bien tan sublime es la libertad! la libertad da la salud al hombre; la libertad es alma del placer; el que es libre vive satisfecho. Tristeza, enfermedades, estrechez, miseria: todos estos males encierra en sí la palabra esclavo.»

Escuchó Isabel con melancólica sonrisa las frases de su compañero en loor de la libertad, y después de un instante de intervalo le dijo:

—La libertad sólo existe para el hombre: la mujer debe buscar siempre un protector, puesto que la naturaleza le ha negado los medios de defenderse por sí misma. ¿Y dónde podré yo encontrar ese protector? Será acaso el voluptuoso Eduardo de Inglaterra ó Venceslao de Alemania, tan propenso á la embriaguez?... También me habéis hablado de Escocia. ¡Ah, Durward! si yo fuese vuestra hermana y pudiéseis asegurarme un asilo en algún valle pacífico, en el centro de aquellas montañas, que tanto os complacéis en describir, donde quisiesen permitirme, fuese por caridad ó por las pocas alhajas que me quedan, el pasar una vida tranquila y olvidar la elevada clase á que me destinara el cielo; si me proporcionarais la protección de alguna señora respetable de vuestra patria, de algún noble desinteresado, cuyo corazón fuese tan leal como su espada: no hay duda que sería esta una perspectiva que pudiera estimularme á arrostrarlo todo prolongando mi viaje.

Pronunció la condesa estas palabras con voz sumamente débil y con acento de ternura y patética sensibilidad, el cual produjo en Durward una sensación de alegría que penetró hasta el fondo de su corazón. Vaciló un instante antes de responder, discurriendo si podría, en efecto, procurarle en Escocia seguro y honroso asilo; pero le fué imposible cerrar los ojos á la triste evidencia, y creyó que cometería un acto de bajeza y crueldad, empeñándola á dar este paso sin encontrar medio alguno de protegerla eficazmente.

—Señora—dijo, por fin—yo obraría contra mi honor y las leyes de la caballería apoyando un proyecto que tenga por base la idea de que pueda ofreceros en Escocia otra protección que la de mi brazo, el cual está humildemente dedicado á vuestro servicio. Hasta llego á ignorar si corre mi sangre por las venas de algún individuo que se halle actualmente en mi país natal. El caballero de Innerquharity tomó por asalto nuestro castillo durante una horrible noche en que perecieron todos los Durwards. Aunque me presentase ahora en Escocia, mis enemigos feudales son poderosos y en gran número; yo me encuentro solo y sin protectores; y aun cuando el rey quisiese obrar en justicia, no se atrevería, para desagraviar á un simple individuo, disgustar á un caudillo que manda quinientos hombres de caballería.

—¡Ah!—dijo la condesa—¿luego no existe en el mundo un solo palmo de tierra que se halle al abrigo de la opresión, pues igualmente despliega su furor en las agrestes montañas que tan pocos atractivos ofrecen á la codicia, como en nuestras ricas y fértiles llanuras?

—Es una triste verdad que no me atrevo á ocultaros—respondió Durward.—La sed de sangre y el deseo de venganza arman los partidarios de cada jefe unos contra otros; los Ojilvios y otros semejantes ofrecen en Escocia las mismas escenas de horror, que De la Marck y sus bandidos en este país.

—No hablemos, pues, más de Escocia—dijo Isabel con tono de indiferencia verdadera ó afectada—no se trate más de este asunto, prescindiendo de que, no creáis que yo os hablase formalmente; sólo quería probar si os atrevíais á proponerme como asilo seguro el reino de Europa, donde existen más desórdenes y turbulencias. Era una prueba que hacía de vuestra sinceridad, y veo con satisfacción que puedo contar con ella, aun en aquellos casos en que más vivamente puede excitarse vuestra parcialidad. Repito que no buscaré más apoyo que el de un honrado barón feudatario del duque Carlos, á quien he resuelto someterme.

—Pero ¿por qué no os dirigís á vuestros dominios, á vuestro castillo, conforme proyectabais al salir de Tours? ¿Por qué no llamáis para vuestra defensa á los vasallos de vuestro padre y tratáis con el duque de Borgoña, en lugar de rendiros á discreción? No faltará quien combata valerosamente por

vos: yo conozco uno, por lo menos, que de buena gana sacrificará su vida para dar el ejemplo.

—¡Ah! este proyecto, sugerido por el artificioso Luís, y que así como todos los demás que ha formado en su vida, tenía más bien por objeto su interés que el mío, ha pasado á ser impracticable por la traición del pérfido Zamet Hayraddin, que fué á ponerlo todo en conocimiento del duque de Borgoña. Éste ha sepultado á mi pariente en una cárcel, y hecho poner guarnición en mis castillos. Todas las tentativas que yo pudiera hacer ahora, sólo conseguirían exponer mis vasallos á la venganza del duque Carlos: y ¿por qué he de permitir que se derrame más sangre de la derramada por causa tan poco digna? No; yo me someteré á mi soberano como vasalla obediente, en cuanto no comprometa la libertad que pretendo tener de elegir un esposo: y tengo tanta menos repugnancia á decidirme á ello, cuanto presumo que mi tía, la misma condesa Amelina, que fué la primera que me aconsejó la fuga, y me empeñó á emprenderla, ha tomado ya tal vez el mismo prudente y honrado partido.

—¡Vuestra tía!—repitió Quintín, á quien estas últimas palabras recordaron ideas enteramente extrañas para la condesita, é ideas que alejara de su propia memoria una rápida y sucesiva serie de acontecimientos que exigían toda su atención.

—Sí, mi tía—continuó Isabel—la condesa Amelina de Croye. ¿Sabéis lo que ha sido de ella? Presumo que se halla ya bajo el amparo del pabellón de Borgoña. ¿Tenéis alguna noticia?

Esta pregunta hecha con tanto interés y ansiedad, obligó á Durward á referirle una parte de lo que sabía referente á la condesa Amelina. Participóle el modo cómo se le dió aviso para acompañarla en la noche de su fuga de Schonwaldt, fuga en que no dudaba tomaría parte su sobrina, circunstancia que, no habiéndose verificado, motivó su regreso al castillo, donde la encontrara en tan desesperada situación. Pero no le habló una palabra del objeto que evidentemente llevaba su tía escapándose de Schonwaldt, ni de las voces que corrían de haber sido entregada á Guillermo de la Marck. Obligábale su delicadeza á guardar silencio sobre el primer punto; y su justa consideración á la sensibilidad de su compañera en un

momento en que tanta necesidad tenía de todas sus fuerzas físicas y morales, le retrajo de incomodarla con la relación de un hecho, que sólo había llegado á sus oídos por la voz del público.

Esta narración, aunque despojada de las importantes circunstancias que acabamos de indicar, impresionó profundamente á Isabel; quien después de haber guardado un rato de silencio, le dijo con tono de frialdad y disgusto:

— ¿Y pudisteis así abandonar á mi desgraciada tía en un bosque, á la discreción de un vil gitano y de una pérfida doncella?... ¡Pobre tía!... ¡Ella que tanto solía elogiar vuestra fidelidad!

— Á haber obrado yo de otro modo, señora — respondió Quintín, ofendido, y con razón, del modo cómo consideraba la condesita su conducta — ¿cuál habría sido la suerte de una persona á cuyo servicio me dedicaba yo más especialmente? Si no hubiese dejado á la condesa Amelina de Croye en manos de aquellos que ella misma había escogido por sus consejeros ¿no se hallaría á estas horas la condesa Isabel en poder de Guillermo de la Marck, el Jabalí de las Ardenas?

— Tenéis razón — dijo Isabel volviendo á su tono acostumbrado — me reconozco culpada de la más negra ingratitud para con vos: yo he sacado todo el provecho de vuestra decidida adhesión. Pero ¡mi desgraciada tía!... ¡y esa miserable Marta á quien dispensaba ella tanta confianza, y que la merecía tan poco! Marta fué la que nos presentó á esos infames Maugrabines Zamet y Hayraddin, que con sus supuestos conocimientos de astrología lograron gran ascendiente sobre ella. Marta fué igualmente quien, apoyada en las predicciones de los gitanos, la hizo concebir... no sé de qué termino valerme... ciertas ilusiones relativas á un matrimonio, á unos amores, cosa que su edad hacía inverosímil, y casi vergonzosa. No dudo que haya sido desde los principios el artificioso Luís de Francia quien nos mandara rodear de traidores para decidirnos á buscar un asilo en su corte, ó más bien para ponernos bajo su poder. Y después que hubimos dado este imprudente paso, el modo tan indecoroso, tan indigno de un rey, de un caballero, de un hombre de honor, que ha usado con nosotras, vos mismo lo presenciásteis, señor Durward. Pero ¡mi pobre tía! ¿qué pensáis que será de ella?

Procurando infundirle unas esperanzas, que apenas hubiera él concebido, respondióle Quintín que la pasión dominante de esos miserables era la codicia; que Marta, cuando él se había separado de la condesa Amelina, parecía estar en ánimo de protegerla; y que, por fin, no era posible atinar qué objeto podrían proponerse asesinando ó maltratando una persona de quien debían esperar un buen rescate si la respetaban.

Para distraer á Isabel, y desviar su atención de este melancólico objeto, refirióle el modo cómo descubriera la noche que pasaron en el convento cerca de Namur, la traición proyectada por su guía, que le parecía el resultado de un plan concertado entre el rey de Francia y Guillermo de la Marck. La condesita se estremeció de horror; pero serenándose luégo exclamó:

—Me avergüenzo de mi debilidad; he pecado sin duda teniendo tan poca confianza en la protección de los santos, y creyendo por un instante que un proyecto tan vil y deshonroso pudiese llevarse á efecto mientras existe en el cielo quien contempla las miserias humanas y se apiada de ellas. Es esta una trama que no basta se considere con temor y execración; es infame y abominable traición de imposible cumplimiento, y creer que pudiera verificarse es hacerse culpable de ateísmo. Pero ahora conozco claramente por qué esa hipócrita Marta procuraba sembrar entre nosotras con frecuencia ciertas semillas de leves disgustos y rivalidades pasajeras; porque prodigando lisonjas á la que tenía delante, mezclaba siempre con ellas alguna circunstancia que la imbuyese de ideas poco amistosas contra la que estaba ausente. Y, sin embargo, cuán lejos estaba yo de imaginar que lograse decidir á mi parienta, que no hace mucho parecía apreciarme tanto, á abandonarme entre los peligros en Schonwaldt, habiendo hallado medio ella de escaparse!

—¿Con que no os habló de su proyectada fuga?—preguntó Quintín.

—No—respondió Isabel—díjome solamente que reflexionase lo que me diría Marta. Á la verdad, los misteriosos manejos del miserable Hayraddin, con quien había tenido aquel día larga y secreta conferencia, trastornaron de tal modo la cabeza de mi pobre tía, y acababa de hablarme de un modo tan extraño é ininteligible, que viéndola con tal exaltación de

ideas, no tuve por conveniente pedirle ninguna explicación. Era, sin embargo, muy duro y cruel querer abandonarme de esta suerte.

—No creo que la condesa Amelina haya sido culpable de semejante crueldad—dijo Quintín—pues en medio de las tinieblas de la noche, y en un momento en que era indispensable la mayor precipitación, estoy convencido de que creía tan firmemente salir acompañada de su sobrina como yo mismo, fascinados los dos por el traje y talle de Marta que nos seguía; y tomándola, añadió, bajando la voz pero dando á esta una expresión notable, por *aquella* sin la cual, en tan crítico momento, todos los tesoros del universo no me hubieran determinado á salir de Schonwaldt.

Isabel bajó la cabeza, y apenas manifestó haber observado el encarecimiento con que acababa de expresarse Quintín. Pero fijó de nuevo la vista en él cuando empezó á hablar de la tortuosa política de Luís, y no tuvieron dificultad en convenir, por medio de mutuas explicaciones, en que los dos hermanos gitanos y Marta su cómplice habían sido los agentes de aquel astuto monarca, aunque Zamet el hermano mayor, con perfidia peculiar á su raza, procuraba comer á dos carrillos, acción por la cual recibió la debida recompensa.

Permitiéndose tales desahogos de recíproca confianza, y olvidando la singularidad de su situación y los peligros á que se hallaban todavía expuestos, anduvieron nuestros viajeros muchas leguas, sin detenerse más que para dar algún descanso á los caballos en un lugarejo desviado á que les acompañó su guía, que se portó en todos conceptos como hombre juicioso y discreto, conforme ya lo había demostrado poniéndose á una distancia proporcionada para no detener el libre curso de su conversación.

Entre tanto la artificial distancia establecida por la sociedad entre los dos amantes, pues bien podemos ya darles este título, parecía disminuir y aun desaparecer por razón de las circunstancias en que se hallaban. Si era la condesa de más elevada clase, si su nacimiento le diera derechos á una fortuna que no admitía comparación con la de un joven que no poseía más que su espada, ello es fuerza advertir que en aquel momento era tan pobre como él, y que debía su seguridad, su vida y honor á la presencia de ánimo, adhesión y valor de Dur-

ward. No hablaban, sin embargo, una palabra de amor, pues aunque Isabel, lleno su corazón de confianza y gratitud, hubiese podido perdonarle una declaración, sujetaban la lengua de Quintín no tanto su natural timidez, como un sentimiento de honor caballeresco, que le hubiera acusado de abusar indignamente de la situación de la condesita, aprovechándose de ella para declararle sin rebozo sus sentimientos.

Pero aunque no saliese de sus labios una sola expresión de amor, era imposible que dejasen de tener esta tendencia sus ideas; y hallábanse así colocados, el uno con respecto al otro, en aquella delicada situación en que los sentimientos de mutuo cariño se entienden más fácilmente que se expresan. Permite esta situación una especie de libertad, deja algunas incertidumbres, proporciona frecuentemente las horas más deliciosas de la vida humana, y acarrea, por lo común, otras más largas, acibaradas por el desengaño, la inconstancia y todas las demás desazones que ocasiona burlada esperanza ó mal correspondido afecto.

Eran las dos de la tarde cuando su guía, pálido y con gran consternación, les sobresaltó diciéndoles que se hallaban perseguidos por una partida de *Schwarz-reiters* de Guillermo de la Marck. Habíanse organizado estos soldados, ó mejor dicho estos bandidos, en los cantones de la baja Alemania, y parecíanse bajo todos aspectos á los lansquenetes, con la única diferencia de constituir aquellos la caballería ligera. Para sostener el nombre de caballería negra y sembrar nuevo terror en las filas de los enemigos, montaban por lo común caballos negros, llevaban uniforme del mismo color y hasta se teñían de negro la armadura, operación que contribuía á que quedaran igualmente tiznadas sus manos y cara. Por lo tocante á las costumbres y ferocidad eran los Schwarz-reiters dignísimos émulos de sus compañeros de infantería (1).

Quintín echó una mirada hacia atrás, y viendo alzarse á lo lejos, al extremo de una dilatada llanura que acababan de recorrer, una nube de polvo que iba avanzando, ante la cual se

(1) Véase la nota *M. Schwarz-reiters.*

veían correr á todo escape dos jinetes precediendo la tropa, dijo á su compañera:

—Querida Isabel, no tengo más arma que mi espada; pero si no puedo combatir por vos quédanos á lo menos el recurso de huir juntos. Si podemos ganar el bosque antes que nos alcancen, no será difícil hallar medio para escaparnos.

—Probémoslo, único amigo mío—respondió Isabel dando el galope á su caballo—y vos, buen joven—añadió volviéndose á Hans Glover—tomad otro camino y no queráis participar de nuestros infortunios y peligros.



El honrado flamenco movió la cabeza y respondió á esta generosa invitación: *Nein, nein! das geht nicht;* (1) y continuó siguiéndoles, corriendo los tres hacia el refugio del bosque con toda la celeridad que les permitía el cansancio de sus caballos. Por otra parte, los Schwarz-reiters que los perseguían, al verlos huir, espolearon cuanto pudieron los suyos. Pero á pesar de la fatiga, como los fugitivos no llevaban armadura y podían por consiguiente correr más, aventajaban considerablemente á la tropa enemiga; y ya no les faltaba

---

(1) No, no; eso no está en el orden.

más que cosa de un cuarto de milla para llegar al bosque, cuando vieron salir de él una partida de caballería con la bandera de su jefe, que les interceptaba el paso.

—Á juzgar por su brillante armadura—dijo Isabel—esos son ciertamente borgoñones; pero no importa, sean quienes fueren, más quiero rendirme á ellos, que caer en manos de esos impíos sin ley ni fe que nos vienen al alcance.

Un instante después, viendo desplegado el estandarte, exclamó:

—Ah! ya conozco esta insignia. Por el corazón hendido que veo en ella, infiero que es la del conde de Crève-Cœur, noble caballero borgoñón: á él voy á rendirme.

Durward suspiró; pero ¿qué otro recurso le quedaba? ¡Cuán feliz se hubiera considerado pocos momentos antes pudiendo comprar la seguridad de Isabel, aunque hubiese sido con peores condiciones! Alcanzaron luégo la tropa de Crève-Cœur, que había hecho alto para reconocer á la caballería negra. La condesa pidió hablar al jefe; y como el conde la mirase con ademán de duda y de incertidumbre, ella le dijo:

—Noble conde, Isabel de Croye, la hija de vuestro antiguo compañero de armas, el conde Reinaldo de Croye, se rinde á vos é implora vuestra protección para sí y cuantos la acompañan.

—Os la concedo, hermosa prima, por todos y contra todos, excepto siempre mi señor feudal el duque de Borgoña; pero no es ocasión oportuna para hablar de esto ahora. Esos pícaros miserables han hecho alto, como si llevasen intención de disputar el terreno. ¡Por san Jorge de Borgoña! ¡Tienen la insolencia de avanzar contra la bandera de Crève-Cœur!... ¡Cómo! ¿no se escarmentará nunca á esos bribones?... Damián, mi lanza... Porta-estandarte, adelante... Lanzas en ristre... Crève-Cœur y á ellos!

Y dando el grito de guerra, seguido de los suyos, avanzó el conde de Crève-Cœur á galope tendido para cargar á la caballería negra.



CAPÍTULO XXIV.

La prisionera.

> Sea ó no rescatado, caballero, soy vuestro cautivo: tratadme conforme vuestra nobleza os aconseje, teniendo en cuenta que los azares de la guerra pueden reduciros algún día al triste estado de prisionero, en que yo me veo ahora.
>
> *Anónimo.*

La escaramuza entre la caballería negra y los guerreros de Crève-Cœur, duró apenas cinco minutos: tan pronto fué aquella puesta en derrota por la superioridad de las armas, caballos é impetuoso valor de los borgoñones. En menos tiempo que el mencionado, el conde, limpiando su espada teñida de sangre en las crines de su caballo, antes de envainarla, volvió á la entrada del bosque donde se había quedado Isabel espectadora del combate. Seguíanle parte de los soldados; los otros se habían puesto en persecución de los fugitivos.

—Es un oprobio—dijo el conde—para las armas de ilustres caballeros tener que mancharse con la sangre de esos viles marranos.

Diciendo esto, envainó su espada y continuó:

—He aquí un recibimiento algo duro en el momento del regreso á vuestra patria, hermosa prima; pero las princesas errantes deben contar con semejantes aventuras. Gran fortuna habéis tenido que yo haya llegado á tiempo, pues mal haya si esos schwarz-reiters tienen más respeto á la corona de una condesa que á la cofia de una aldeana; y me parece que

no podríais prometeros gran socorro de vuestra comitiva.

—Ante todo, señor conde—respondió Isabel sin más preámbulos—decidme si soy prisionera y dónde váis á conducirme.

—No ignoráis, atrevida señorita—contestó Crève-Cœur—qué respuesta quisiera yo dar á esa pregunta, si de mí dependiese. Pero vos y la loca de vuestra tía, con sus proyectos de cazar un marido, habéis hecho de poco tiempo á esta parte tal uso, ó abuso de vuestras alas, que temo deberéis resignaros por algunos días á no desplegarlas más que en una jaula. En cuanto á mí, habré cumplido con mi obligación, que no deja de serme harto penosa, cuando os haya conducido á la corte del duque, en persona, y este es el motivo porque juzgo á propósito dejar el mando de este destacamento á mi sobrino el conde Esteban, mientras yo os acompaño, pues considero que podéis tener necesidad de un intercesor. Espero que ese joven atolondrado desempeñará este encargo con prudencia.

—Con vuestro permiso, querido tío—dijo el conde Esteban—si dudáis que sea yo capaz de mandar á estos guerreros, podéis quedaros con ellos, y yo me encargaré de ser el conductor y humilde criado de la condesa Isabel de Croye.

—Bravo, sobrinito mío—contestóle su tío.—Esto se llama enmendarme la plana; pero yo he de seguir mi proyecto tal como lo concebí. Ten pues entendido que no estás aquí para dar caza á esos negros jabatos, ocupación para la cual demostrabas hace poco una afición particular; y sí únicamente para adquirir y traerme noticias ciertas de lo que pasa en Lieja, para saber á qué atenernos en orden á las voces que circulan. Que diez lanzas me sigan, y quédense las restantes con mi estandarte. Tú, sobrino, tomarás el mando.

—Un momento, primo Crève-Cœur—dijo la condesa.—Constituyéndome prisionera, permitidme estipular la seguridad de los que me han amparado en mis infortunios. Que se permita á ese buen joven, mi leal guía, regresar libremente á Lieja, su ciudad natal.

Los penetrantes ojos de Crève-Cœur fijáronse un momento en el rostro de Glover, en que estaban pintadas la paz y honradez.

—Ese buen muchacho—dijo entonces—no parece en ver-

dad albergar intenciones hostiles. Mi sobrino le acompañará en el territorio hasta el sitio donde piense adelantarse, y luégo tendrá libertad de irse donde le acomode.

—No os olvidéis de dar muchas expresiones de mi parte á la buena Gertrudis—dijo la condesa á su guía—y rogadle, añadió quitándose un collar de perlas que llevaba—que se ponga esto en memoria de su desgraciada amiga.

El buen Glover recibió el collar, y besó con poca gracia, aunque con sincero afecto, la bella mano que encontrara este delicado medio de recompensar su trabajo y los peligros á que se había expuesto.

—¡Expresiones y prendas de amistad!—dijo el conde.—¿Tenéis, bella prima, que pedirme alguna otra cosa? Es hora ya que partamos.

—No me queda más que suplicaros—respondió Isabel haciendo un esfuerzo para hablar—sino que os dignéis proteger á ese..... á ese joven....

—¡Oiga!—dijo Crève-Cœur dirigiendo á Quintín la misma penetrante mirada que antes había fijado en Glover, pero esta vez con un resultado que no le satisfizo tanto.—¡Oiga!—repitió remedando chistosamente la turbación de Isabel.—Eh! eh! esta es hoja de muy distinto temple!..... Y decidme, si gustáis, hermosa prima ¿qué es lo que hizo ese..... ese joven por merecer tal intercesión de vuestra parte?

—Me salvó la vida y el honor—respondió la condesa, á quien la vergüenza y el resentimiento habían puesto el rostro como una grana.

La indignación se vió también marcada en el rostro de Quintín; pero la prudencia le representó que, entregándose á ella, no haría más que empeorar las cosas.

—¡Oiga!—repitió el conde.—¡La vida y el honor! Paréceme, prima mía, que más cuenta os trajera no poneros en el caso de deber tales obligaciones á un mozo tan joven. Pero no importa: éste puede acompañarnos si se lo permite su calidad, y procuraré no sufra ningún daño... solamente que en lo sucesivo seré yo el que me encargue de proteger la vida y honor vuestro; y á él le encontraré acaso alguna ocupación que le siente mejor que la de escudero de doncellas errantes.

—Señor conde—dijo Durward incapaz de guardar por más tiempo el silencio—recelando que habláis de un extranjero de

un modo que desaprobaréis vos mismo luégo, permitidme os diga que me llamo Quintín Durward, y que soy arquero de la Guardia escocesa del rey de Francia, en cuyo cuerpo no se admiten, como debéis saberlo, más que caballeros y hombres de honor.

—Os agradezco la noticia y os beso la mano, señor arquero—respondió Crève-Cœur en el mismo tono de zumba.—Tened la bondad de marchar á mi lado á la cabeza del destacamento.

Mientras Quintín obedecía la orden del conde, que tenía entonces, si no de derecho, á lo menos el poder de dársela, notó que Isabel seguía todos sus movimientos con mirada tímida é inquieta, expresando un interés que se confundiera fácilmente con la ternura; lo cual le hizo venir las lágrimas á los ojos. Pero reflexionó que debía portarse como hombre delante de Crève-Cœur, que de todos los caballeros de Francia era acaso el más dispuesto á reirse y mofarse de una confidencia amorosa. Resolvió, pues, no esperar á que el conde le dirigiera la palabra, sino entablar él mismo la conversación con un tono que probase el derecho que tenía á ser bien tratado, y á obtener más atenciones de las que Crève-Cœur parecía dispuesto á concederle, tal vez porque estaba incomodado de ver que un hombre de tan poca importancia había merecido tanta confianza de su rica y noble prima.

—Señor conde de Crève-Cœur—le dijo con urbanidad pero con voz firme—antes de pasar más adelante ¿puedo preguntaros si soy libre, ó si debo considerarme como prisionero?

—La pregunta es muy justa; pero en este momento sólo con otra puedo responder á ella. ¿Juzgáis que Francia y Borgoña estén en paz ó en guerra?

—Por cierto, señor conde, vos debéis saberlo mejor que yo. Hace algún tiempo que he dejado la corte de Francia, y no he tenido noticias desde el día de mi partida.

—Pues bien: ya véis cuán fácil es hacer preguntas, y cuán difícil dar respuestas. Yo mismo, que he pasado una semana y más con el duque en Perona, no me hallo en mejor estado que vos para resolver este problema; y sin embargo, señor escudero, de su solución depende saber si sois libre ó prisionero. Pero en la actualidad debo consideraros de esta última clase; solamente, que si habéis sido en efecto útil con honor

á mi parienta, y respondéis francamente á mis preguntas, no lo pasaréis peor por esto.

—La misma condesa debe juzgar si yo he sido de alguna utilidad : á ella me remito en esta parte. En cuanto á mis respuestas, vos mismo podréis juzgar de ellas luégo que me hayáis hecho las preguntas.

—Oiga! —dijo Crève-Cœur entre dientes.— No falta aquí altivez por cierto. Así deben hablar los hombres que llevan en su sombrero una cinta de seda, expresión del favor de una dama, y que creen poder levantar la voz en honor de esa preciosa reliquia... Y bien, caballero ¿podéis decirme, sin que desmerezca vuestra dignidad, cuánto tiempo hace que os dedicáis al servicio de la condesa Isabel de Croye?

—¡Conde de Crève-Cœur! Si contesto á las preguntas que se me hacen en un tono próximo al insulto, es sólo por temor de que se interprete mi silencio de un modo injurioso á una dama que los dos debemos igualmente respetar. He escoltado á la condesa Isabel desde que dejó la Francia para retirarse á Flandes.

—Oh! oh! es decir, desde que se fugó de Plessis-les-Tours; y como sois arquero de la Guardia escocesa, ¿la habéis acompañado sin duda por orden expresa del rey Luís?

Sin embargo de lo poco que Quintín creía deber al rey de Francia, quien al procurar que la condesa Isabel fuese sorprendida por Guillermo de la Marck había probablemente calculado que el joven escudero perdería la vida defendiéndola, no quiso faltar á la confianza que Luís le había dispensado, ó aparentado por lo menos dispensarle. Respondió, pues, al conde: «que á él le bastaban para obrar las órdenes de su oficial superior, y que no tenía que ver con otras personas más elevadas.»

—No hay duda, no hay duda, esto es suficiente; pero á nosotros nos consta que el rey no permite á sus oficiales enviar arqueros de su guardia á correr el mundo como paladines, escoltando princesas errantes, cuando no hay de por medio algún asunto político. Difícil será al rey Luís continuar sosteniendo con tanto descaro, que no tenía conocimiento de la fuga de las condesas de Croye, puesto que las acompañaba un arquero de su propia Guardia. Y ¿hacia qué punto os dirigíais, señor escudero?

— Hacia Lieja, señor conde, puesto que esas damas deseaban ponerse bajo la protección del difunto obispo de aquella ciudad.

— ¿ Del *difunto* obispo?—exclamó Crève-Cœur. —¿ Luís de Borbón ha muerto ?... El duque no sabía siquiera que estuviese enfermo... ¿ Y de qué ha muerto ? ¿ lo sabéis?

— Descansa en una tumba ensangrentada, señor conde, si sus asesinos se han dignado concederle una.

— ¡ Sus asesinos !... ¡ Virgen Santísima !... ¡ Joven ! ¡esto es imposible !

— Yo mismo he presenciado con mis propios ojos este crimen y otras muchas escenas de horror.

— ¿ Vos lo habéis visto, y no habéis socorrido al buen prelado? ¿ Y no levantasteis en masa el castillo contra sus asesinos? ¿ Sabéis que el presenciar semejante atentado, sin procurar impedirle, es un abominable sacrilegio ?

— Para decíroslo todo en una palabra, señor conde, antes que se cometiera ese horrible crimen, había sido el castillo tomado por asaltado por el sanguinario Guillermo de la Marck con el auxilio de los liejenses rebeldes.

— ¡ Estoy asombrado ! ¡ Lieja en insurrección ! ¡Schonwaldt tomado por asalto! ¡ El obispo asesinado !... ¡ Mensajero de desgracias ! ¡ nunca se dieron en un día tan malas noticias juntas ! Habla, dame cuenta de esa insurrección, de ese asalto, de ese asesinato... Habla; tú eres un arquero de la confianza de Luís: sólo su mano ha dirigido ese pérfido golpe... Habla, repito, ó te mando destrozar por cuatro caballos.

— Y cuando lo hiciéseis... ¿ qué conseguiríais ? No por esto, conde de Crève-Cœur, habíais de arrancar de mí una palabra de que tuviese que avergonzarse un caballero. Estaba tan ageno de todas estas maldades como vos: y lejos de tomar parte en semejantes horrores, me hubiera opuesto á ellos con todas mis fuerzas si mis medios hubiesen igualado la vigésima parte de mis deseos. Pero ¿ qué podía yo hacer?... ellos eran muchos y yo uno solo. Mi único afán fué salvar á la condesa Isabel y tuve la dicha de conseguirlo. Sin embargo, si me hubiese hallado bastante inmediato al venerable anciano cuando recibió el golpe mortal, no dejara de salvar sus canas ó de vengarlas: á pesar de esto, el horror que me causó la atroci-

dad, expresóse con violencia suficiente para impedir nuevos crímenes.

—Te creo, oh joven. Eres de una edad y pareces de un carácter poco á propósito para encargarte de tan sangrientas comisiones, por mucha que pueda ser tu habilidad como escudero de una dama.

Pero ¡ah! ¿es posible que ese prelado tan bueno, tan generoso, haya sido asesinado en el hogar mismo en que tantas veces acogiera al extranjero con la caridad de un cristiano, con la hospitalidad de un príncipe? Y ¿por quién? ¡Por un miserable, por el más bárbaro y cruel de los monstruos, criado bajo el mismo techo donde tiñó sus manos en la sangre de su bienhechor! Pero no conocería yo bien á Carlos de Borgoña, y hasta llegaría á dudar de la justicia del cielo, si no fuese la venganza tan tremenda, tan severa como ha sido atroz y sin igual la iniquidad....

Detuvo aquí su caballo, empuñó su espada, y luégo, soltando las riendas, apoyó sobre el pecho sus dos manos cubiertas con las manoplas con tal vehemencia que hizo rechinar el hierro de su coraza, y levantándolas al cielo en seguida, dijo con solemne tono:

—Y si no hubiera quien se encargase de perseguir y castigar al asesino, yo, yo Felipe Crève-Cœur de Cordés, hago formal juramento á Dios, á San Lamberto y á los tres reyes de Colonia, de ocuparme lo menos posible de todo otro negocio mundano hasta haber tomado cumplida venganza en los asesinos del buen Luís de Borbón, ya sea en bosque ó en campo de batalla, en ciudad ó en despoblado, en el monte ó en la llanura, en el palacio del rey ó en el templo del Señor; y empeño para ello mis dominios, mis bienes, mis amigos, mis vasallos, mi vida y mi honor. Si así lo hiciere, Dios, San Lamberto y los tres reyes de Colonia me lo premien; y si no, me lo demanden.

Después de haber hecho este voto y juramento, el conde de Crève-Cœur pareció quedar algo aliviado de la pesadumbre que le ocasionaron la sorpresa y sentimiento por la fatal tragedia representada en Schonwaldt, y pidió á Quintín que le hiciera una relación más circunstanciada de todo lo ocurrido. El joven escocés estaba lejos de querer calmar la sed de venganza que abrasaba al conde contra Guillermo de la Marck, y

dióle de consiguiente todos los pormenores que deseaba, sin omitir ninguno.

—¡Esos miserables liejenses!—exclamó el conde.—¡Esos brutos ciegos, inconstantes y desleales! ¡Aliarse así con un bandido infame, con un asesino sin compasión! Y ¿para qué? ¡Para dar la muerte á su legítimo príncipe!

Durward dió cuenta al airado borgoñón de que los liejenses, á lo menos aquellos que no pertenecían al populacho, aunque temerariamente hubiesen tomado parte en la rebelión contra el obispo, no tenían ningún designio, según le había parecido, de cooperar con el barón de la Marck á tan execrable proyecto; antes al contrario, lo estorbaran sin duda alguna, á tener medios para ello, como que todos se horrorizaron en el momento de la bárbara ejecución.

—No me hables de esos miserables plebeyos sin probidad y sin honor—dijo el conde.—Cuando tomaron las armas contra un príncipe que no tenía más defecto que el ser demasiado bueno para una ralea de ingratos esclavos como ellos; cuando se rebelaron contra él; cuando le atacaron en su pacífica morada ¿qué idea podían llevar sino la de matarle? Cuando se ligaron con el Jabalí de las Ardenas, el más feroz asesino que existe en toda la Flandes ¿qué proyecto podían suponer en él sino el de un asesinato, pues esto es lo que le hace medrar? Y luego, según lo que acabáis de decirme, aquel cuya mano vibró el golpe ¿no pertenece á esa vil canalla? No estaré contento hasta ver correr su sangre por los canales de Lieja al resplandor del incendio de toda su ciudad... ¡Qué príncipe tan noble y tan generoso han asesinado!... ¡Sublévense otros vasallos oprimidos con impuestos y muriendo de necesidad; pero ¡los liejenses en el seno de la abundancia y de la insolencia que infunde la riqueza!...

Soltó por segunda vez las riendas de su caballo, y retorcióse las manos con violento ademán á pesar de las manoplas. Quintín vió claramente que era mayor el sentimiento del conde por la amarga memoria de la amistad que le uniera con la víctima y las relaciones que los dos tuvieran. Guardó silencio, pues, respetando un dolor que no quería agravar, sin que tampoco tuviese medio alguno para calmarle.

Pero el conde de Crève-Cœur volvió varias veces á lo mismo: hízole nuevas preguntas sobre todos los pormenores de

la toma de Schonwaldt y de la muerte del obispo; y finalmente, de improviso, como si se acordara de una circunstancia que se le había escapado de la memoria, preguntóle qué se había hecho la condesa Amelina, y por qué no se hallaba en compañía de su sobrina.

—No es porque mire su ausencia como una gran pérdida para la condesa Isabel—añadió con cierto desprecio—pues á pesar de ser su tía y de tener generalmente buenas intenciones, jamás la corte de la Caponera ha producido una loca igual: y tengo por cierto que su sobrina, á quien siempre he considerado como una joven cuerda y modesta, fué inducida al disparate de huir de Borgoña, para correr la Francia, por esa vieja fantástica y extravagante que no sueña más que casamientos para sí y para los demás.

¡Qué regalo para los oídos de un amante dotado de un espíritu harto novelesco, y en un momento en que hubiera sido ridículo intentar lo que no podía llevar á cabo, es decir, convencer al conde con la fuerza de las armas que hacía la mayor injusticia á la condesita, incomparable en talento como en hermosura, designándola como una joven cuerda y modesta, elogio que hubiera sido más propio de la hija atezada de un aldeano, de aquellas que aguijonean los bueyes mientras guían sus padres el arado! Y ¡suponer después que se dejaba guiar por una tía loca y extravagante! Esta era una calumnia de la que hubiera querido obligarle á retractarse; pero la fisonomía de Crève-Cœur, en que se veía pintada la franqueza en medio de la severidad, y su completo desprecio por los sentimientos que ocupaban enteramente el corazón de Quintín, le imponían respeto. Por lo que toca á la celebridad que se había granjeado el conde en las armas, no hubiera hecho más que aumentar el deseo que tuviera de desafiarle, á no contenerle el temor del ridículo, que es el arma que más impone á los entusiastas de toda especie, y que por la influencia que ejerce en sus ánimos reprime varias veces sus arranques y sofoca en ellos algunos otros nobles y generosos.

Dominado pues por el temor de ser un objeto de desprecio más bien que de resentimiento, limitóse Durward, aunque no sin dificultad, á decirle en términos generales y de un modo bastante confuso, que la condesa Amelina había logra-

do escaparse del castillo cuando empezaba el asalto. Fuérale imposible darle más circunstanciados pormenores sin poner en ridículo á la tía de Isabel y tal vez sin exponerse á lo mismo, como objeto que había sido de sus especulaciones matrimoniales. Añadió á esta relación algo vaga, que corría la voz aunque nada justificase su certeza, de que la condesa Amelina había caído otra vez en manos de Guillermo de la Marck.

— Espero que san Lamberto permitirá que se case con él— dijo Crève-Cœur — y á la verdad, me parece probable que De la Marck lo haga á causa de sus talegas, y que le retuerza también el cuello cuando esté seguro de poseerlas, ó á lo más tardar, cuando las haya agotado.

Hízole entonces el conde tantas preguntas sobre el modo cómo se habían conducido las dos señoras durante el viaje, el grado de intimidad á que le admitieran, y otros puntos harto delicados, que el joven, cortado é irritado, apenas supo cómo ocultar su turbación al perspicaz soldado y cortesano viejo, que repentinamente se dispuso á despedirse de él exclamando:

— ¡Oiga! Descubierto el pastel... no me había equivocado, á lo menos... á lo menos por una parte; espero que encontraré más buen juicio en la otra... Vamos, señor escudero, un espolazo y formad la vanguardia; tengo algo que decir á la condesa Isabel. Juzgo que ya me habéis enterado lo suficiente para que pueda hablarle de todo lo que por desgracia ha pasado y sin herir su delicadeza, aunque haya lastimado la vuestra. Pero, un momento, joven, oíd una palabra antes de separarnos. Vos acabáis de hacer, á lo que imagino, un feliz viaje por el país de los encantamientos, lleno de aventuras heróicas, de altas esperanzas y de lisonjeras ilusiones, como los jardines de la hechicera Morgana... Borrad todo esto de vuestra memoria, joven soldado—añadió dandole golpecitos en la espalda—no os acordéis de esa dama sino como de la ilustre condesa de Croye; olvidad la dama errante y aventurera: sus amigos, yo puedo á lo menos responder de uno, sólo se acordarán de los servicios que le habéis hecho, y despreciarán la descabellada recompensa á que habéis tenido el atrevimiento de aspirar.

Despechado por no haber podido ocultar al astuto Crève-

Cœur unos sentimientos que éste sólo consideraba como un objeto de risa, replicóle Quintín con indignación:

—Señor conde, cuando necesite vuestros consejos, os los pediré; cuando implore vuestra asistencia, tiempo os quedará para concederla ó negármela; y cuando no me sea indiferente el concepto que podéis haber formado de mí, vendrá el caso de que lo manifestéis.

—Oiga!—dijo el conde—héme aquí puesto entre Amadis y Oriana.—¿Quién sabe si habré de prepararme para un desafío?

—Habláis de eso, conde, como de una cosa imposible. Cuando rompí una lanza con el duque de Orleans, tenía por adversario un hombre por cuyas venas corría una sangre más ilustre que la de Crève-Cœur, y cuando medí mi acero con Dunois, lidiaba con un guerrero más insigne.

—¡Concédate el cielo prudencia, querido joven!—dijo Crève-Cœur usando el mismo tono de broma con el caballeresco y enamorado mancebo.—Si lo que dices es verdad, harto te ha favorecido la fortuna en este mundo; y, á la verdad, si te somete la Providencia á semejantes pruebas antes que te asome el bozo en la barba, reventarás de vanidad cuando puedas llamarte hombre completo. Fácil es que me excites la risa, pero no que provoques mi enojo. Créeme; por más que, gracias á uno de esos caprichos de la fortuna que pocas veces acontecen, hayas combatido con príncipes y sido campeón de condesas, no por esto debes considerarte igual á aquellos de quienes la casualidad te hizo adversario, y otra casualidad mayor te constituyó compañero. Como á joven que ha leído bastantes novelas para juzgarse paladín, puedo dejarte entregar por algún tiempo á un delicioso sueño; pero no debes incomodarte con un amigo que te quiere bien, cuando te agita con alguna violencia para que despiertes.

—Mi familia, señor conde...

—No quiero hablarte exclusivamente de tu familia. Hablo de nobleza, de fortuna, de elevación, de todo lo que forma una distancia entre los grados y clases de los hombres. En cuanto al nacimiento, ya es sabido que todos descendemos de Adán y Eva.

—Mis antepasados, señor conde, los Durwards de Glen-Houlakin...

—Ah! si quieres hacer subir tu genealogía más arriba de Adán, ya hemos concluído. Joven, hasta más ver.

El conde volvió las riendas á su caballo, hizo alto y aguardó á la condesa, á quien sus insinuaciones y consejos, aunque dados con buenas intenciones fueron, si cabe, más desagradables todavía que á Durward. Este mientras se adelantaba, iba murmurando:

—¡Insensible burlón!... presumido impertinente! No quisiera que el primer arquero escocés que te apunte el arcabuz te dejase escapar con tanta facilidad como yo.

Llegaron por la tarde á la ciudad de Charleroi del Sambre, donde el conde de Crève-Cœur había resuelto dejar á Isabel, á quien el terror y la fatiga del día anterior, un viaje de cincuenta millas hechas de un tirón y todas las dolorosas sensaciones que durante el mismo la afligieran, impedían continuar sin riesgo de su salud. Confióla el conde en estado de suma extenuación á la abadesa de un convento cisterciense de Charleroi, dama de distinguida nobleza, parienta de las dos familias de Crève-Cœur y de Croye, en cuya amistad y prudencia podía depositar toda su confianza.

Crève-Cœur sólo se detuvo allí para recomendar las mayores precauciones al comandante de una reducida guarnición borgoñona que ocupaba aquella plaza, y prevenirle que diese una guardia de honor al convento mientras la condesa de Croye permaneciese en él, lo que en apariencia podía ser para honrarla y servirla, pero en realidad para impedir que intentase escapar. El conde encargó muchísimo la vigilancia de la guarnición, dando sólo por pretexto que tenía algunas noticias de desórdenes acaecidos en el obispado de Lieja, pero había resuelto ser el primero que llevase al duque Carlos las terribles noticias de la insurrección y asesinato del obispo, en toda su espantosa realidad. En su consecuencia, habiendo tomado caballos de refresco para él y su comitiva, montó á caballo con la intención de no detenerse hasta Perona; y previniendo á Durward que era preciso que le acompañase, dióle satisfacción en tono chocarrero por tenerle que separar de tan buena compañía, y añadió que imaginaba que un escudero tan adicto á las damas, preferiría viajar á la claridad de la luna más bien que entregarse desidiosamente al sueño como un mortal cualquiera.

Quintín, harto afligido ya de saber que iba á separarse de Isabel, ardía en deseos de responder á estas palabras insultantes con una indignada provocación; pero convencido de que el conde no haría más que reirse de su cólera y despreciar su desafío, resolvió aguardar de los tiempos sucesivos un momento propicio en que le fuese posible obtener satisfacción de aquel soberbio caballero, que le era casi tan odioso, aunque por razones muy distintas, como el mismo Jabalí de las Ardenas. Accedió pues á seguir á Crève-Cœur, ya que no tenía medios para negarse á ello; é hicieron juntos con la mayor celeridad el viaje de Charleroi á Perona.





CAPÍTULO XXV.

La visita inesperada.

> **Las cualidades de que está dotado el hombre, son á manera de un tejido, cuya trama, por bien urdida que esté, tiene siempre alguna imperfección. Una vez ví á un sujeto, que era muy valiente, huir del perro despreciable de un pastor; y este último, hombre discreto, se lo afeó de tal suerte, que hasta un idiota se hubiera abochornado. En cuanto á vuestro sabio, tan sagaz y experto en las cosas del mundo, él más que todos, teje con tanta finura las redes en que quiere coger á los demás, que él mismo se enreda en ellas.**
>
> *Comedia antigua.*

Durante el primer período de este viaje nocturno, tuvo Durward que combatir aquella amargura dolorosa del corazón que suele experimentar el joven que se separa, probablemente para siempre, del objeto adorado. Á impulsos de la urgencia y perentoriedad de las circunstancias é impaciencia de Crève-Cœur, el pequeño destacamento atravesó volando las ricas llanuras del Hainault, guiado por la benigna claridad de una espléndida luna llena, cuyos plateados rayos derramaban su influencia sobre abundantes prados, hermosos bosques y campos cubiertos todavía del grano hacinado de las mieses, que los labradores, aprovechando una noche tan clara, conducían á sus graneros: hasta tal punto eran ya los flamencos laboriosos en aquella época. El astro de la noche alumbraba anchos y caudalosos ríos conductores de la fertilidad, cubiertos de blancas velas desplegadas para servicio de un comercio flore-

ciente, pues ninguna roca ni torrente interrumpía su curso; alumbraba aldeas pacíficas en que la limpieza exterior de las viviendas indicaba el bienestar y comodidad que reinaba en lo interior; y uno que otro castillo feudal rodeado de profundos fosos y gruesos muros, y dominado por una atalaya con su campana, pues los caballeros de Hainault eran contados entre los más distinguidos de Europa: á favor de su luz veíanse también á trechos las gigantescas torres de gran número de suntuosas iglesias y monasterios.

Esta agradable y variada perspectiva, tan distinta de la que ofrecían las incultas y desiertas montañas de la patria de Durward, no pudo, sin embargo, entorpecer el curso de sus sentimientos y pesares. Había dejado su corazón en Charleroi; y la única reflexión que hizo durante el viaje, fué que cada paso le iba alejando más de su querida Isabel. Ponía en prensa su imaginación para acordarse de cada una de las palabras que pronunciara, de cada una de las miradas que le dirigiera; y como sucede frecuentemente en semejantes casos, la impresión que causaba en su espíritu la memoria de estos pormenores, era más viva que la producida por la realidad misma.

Finalmente, á despecho del amor y los pesares, luégo que hubo pasado la hora de media noche, la extremada fatiga de Quintín en los días anteriores, empezó á producir en él un efecto que el hábito de entregarse á ejercicios de toda clase, su activo genio, natural vivacidad, y aflictivas circunstancias de sus reflexiones, habían hecho que no experimentara hasta entonces. Sus sentidos, rendidos y como anonadados por la fuerza del cansancio, empezaron á ejercer tan poco influjo en sus ideas, que las visiones de su imaginación desviaban ó alteraban todo lo que transmitían los órganos embotados de la vista y del oído. Sólo sabía que estaba despierto por los esfuerzos que hacía á intervalos, conociendo el peligro de su situación, para resistir á un profundo sueño próximo á aletargarle. De cuando en cuando el natural sentimiento infundido por el riesgo de caer del caballo volvíale por un instante el conocimiento; pero inmediatamente mil sombras confusas le oscurecían de nuevo los ojos; el hermoso paisaje iluminado por la luna iba desapareciendo para él, hasta que se hizo tan visible su estado de postración, que el conde de Crève-Cœur se vió obligado á mandar que dos de la comitiva marchasen

constantemente á su lado para impedir que cayese del caballo.

Cuando llegaron á Landrecy, el conde por compasión al joven que pasara con esta tres noches sin cerrar los ojos, dispuso un alto de cuatro horas para que él mismo y su comitiva pudiesen tomar algún alimento y descanso.

Quintín dormía profundamente, cuando fué despertado por los clarines del conde y por las voces de sus furrieles y aposentadores que decían:

¡Debout! ¡debout! ¡Ha! ¡Messires, en route, en route! (1).

Harto matutinal era esta alborada para que pudiese oirla con placer; sin embargo, al despertarse se encontró otro hombre. Con la luz del día recobró sus fuerzas y la confianza que tenía en sí mismo y en su fortuna; ya no pensaba en su amor como en un vano sueño, una quimera sin esperanza, sino que le consideraba como un principio de vigor y actividad, que debía alimentar siempre en su corazón, aunque no pudiese esperar en su vida ver coronado su cariño en medio de los insuperables obstáculos que le rodeaban.

—El piloto—dijo para sí—guía su buque por la estrella polar, aunque jamás espere alcanzarla; y la memoria de Isabel de Croye me convertirá en digno guerrero, aunque quizás no la vuelva á ver más. Cuando llegue á sus oídos que un soldado escocés llamado Quintín Durward se ha distinguido en un horroroso campo de batalla ó que ha dejado su cadáver en la brecha de una disputada fortaleza, acordaráse del compañero de su viaje como de un hombre que hizo cuánto estuvo en su mano para librarla de los lazos que se le tendieran y apartar de su cabeza las desgracias que la amenazaran; y acaso honrará entonces mi memoria con una lágrima, ó con una flor mi sepultura.

Habiéndose animado de este modo para tolerar con varonil esfuerzo el infortunio, hallóse Quintín más dispuesto á hacer frente á las zumbas de Crève-Cœur, que no le perdonó, chanceándose mucho y tratándole de joven afeminado, incapaz de resistir la fatiga. El joven escocés supo acomodarse á las bromas del conde y contestó con gracia, dando tan felices y respetuosas respuestas, que á esta variación de tono y

(1) ¡En pié, en pié! ¡Hola, señores, en marcha, en marcha!

modo de portarse debió evidentemente el concepto que formó de él el caballero borgoñón, muy superior al que le mereciera cuando irritado el día anterior por el amargo sentimiento de su situación, ó guardaba silencio con sobrado ceño, ó sólo respondía con arrogancia.

El digno veterano empezó á mirarle como á un joven de quien era posible sacar alguna cosa de provecho; y dióle á entender con bastante claridad que si quería separarse del servicio de Francia, le proporcionaría posición honorífica en casa del duque de Borgoña, y que él mismo cuidaría de su ascenso. Quintín, con las más oportunas expresiones de agradecimiento, excusóse de aceptar este favor, á lo menos por entonces, deseando saber positivamente hasta qué punto podía elevar sus quejas contra Luís, su primer protector; pero esta negativa no le hizo perder la gracia de Crève-Cœur: y á pesar de que su entusiasmo, acento extranjero, y modo de pensar y de expresarse produjeran frecuentemente una sonrisa en la grave fisonomía del conde, ésta había perdido todo lo que antes tuviera de desapacible, no se resentía ya del sarcasmo, ni traspasaba los límites de la atención y del buen humor.

Continuando así su viaje con mucha más armonía que el día precedente, llegó por fin el destacamento á dos millas de la famosa y fuerte ciudad de Perona, cerca de la cual estaba acampado el ejército del duque de Borgoña, dispuesto, según se suponía, á invadir la Francia; en tanto que Luís, por su parte, había reunido considerables fuerzas junto á Saint-Maxence, para reprimir á un vasallo demasiado poderoso.

Perona, situada á orillas de un río profundo, en país llano, circuída de gruesas murallas y anchos fosos, reputábase antiguamente, como aún hoy día, por una de las plazas más fuertes de la Francia (1). El conde de Crève-Cœur, su comitiva y su prisionero íbanse acercando á esta fortaleza á cosa de las tres de la tarde, cuando, al atravesar los deli-

(1) Aunque situada en una frontera muy expuesta á los azares de la guerra, esta ciudad no había sido nunca tomada por ningún enemigo, y conservaba con orgullo el nombre de Perona la *Virgen*, hasta que el duque de Wellington, gran destructor de esta especie de reputaciones, se apoderó de ella en la memorable marcha que hizo sobre París en 1815.

ciosos senderos de un gran bosque, que se extiende por el lado de levante casi hasta los muros de la ciudad, encontraron dos caballeros de elevada clase, según denotaba su numeroso séquito. Vestían el traje que se usaba entonces en tiempo de paz; por los halcones que llevaban en la mano, número de cazadores á caballo y perros que los seguían, deducíase que se estaban divirtiendo en el ejercicio de la caza de cetrería; pero luégo que divisaron á Crève-Cœur, cuyas armaduras y divisas conocían perfectamente, dejaron de perseguir á una garza real en las orillas de un largo canal y corrieron hacia él á escape:

— ¡ Noticias !... ¡ noticias ! Conde de Crève-Cœur — exclamaron á una :—¿ Queréis, darlas ó recibirlas? ¿ ó queréis que hagamos un cambio ?

— Podría acceder á ello, caballeros — respondió Crève-Cœur después de saludarlos cortésmente — si creyese que vuestras noticias fuesen harto importantes para servir de contrapeso á las mías.

Los dos cazadores se miraron uno á otro sonriéndose; y el de más edad, que tenía una hermosa figura de barón feudal, y en cuyo rostro moreno veíase impresa aquella expresión sombría, que algunos fisonomistas atribuyen á un carácter melancólico, mientras que otros lo consideran como un presagio de muerte violenta, semejantes á aquel estatuario italiano que sacara este mismo horóscopo examinando las facciones de Carlos I (1); el de más edad, repito, volviéndose á su compañero, le dijo:

— Crève-Cœur llega ahora de Brabante, patria del comercio: habrá aprendido todos sus ardides, y trabajo nos ha de costar hacer un buen ajuste con él.

— Caballeros — dijo Crève-Cœur — está muy puesto en razón que el primero que vea la muestra de las mercancías sea nuestro duque, pues el señor percibe su derecho antes que

(1) El señor de Hymbercourt ó Imbercourt, fué condenado á muerte por los habitantes de Gante junto con el Canciller de Borgoña, en el año 1477. María de Borgoña, hija de Carlos el temerario, se presentó vestida de luto en la plaza del Mercado, y derramando lágrimas imploró de sus vasallos sublevados que le concedieran la vida de sus dos servidores, pero fueron inútiles todas sus súplicas.

se abra la feria. Pero ¿de qué color son vuestras noticias? ¿Tristes ó alegres?

El individuo á quien dirigía particularmente esta pregunta era de aire despejado, con una mirada muy viva, templada por una expresión de madurez y gravedad. Toda su fisonomía indicaba un hombre más propio para el consejo que para la acción, que veía y juzgaba rápidamente, pero que resolvía y ejecutaba con toda lentitud y prudencia. Era el célebre señor de Argentón, hijo de Collart ó Nicolás d'Élite, conocido en la historia y entre los historiadores con el nombre ilustre de Felipe de Comines, adicto entonces á la persona de Carlos el Temerio, (1) y uno de los consejeros á quienes el duque tenía en más aprecio. Respondiendo á la pregunta del conde de Crève-Cœur sobre el color de las noticias que él y su compañero, el barón de Hymbercourt, tenían que comunicarle:

—Presentan—le dijo—todos los colores del arco iris y varían sus matices según se pone en su fondo una opaca nube ó el puro azul del firmamento. Jamás un arco semejante se ha visto en Francia ni en Flandes desde los días de Noé.

—Las mías—dijo Crève-Cœur—se parecen al cometa, sombrías, espantosas y terribles: y, sin embargo, sólo pueden considerarse como el presagio de mayores males y funestísimas desgracias que de las mismas traen su origen.

—Preciso es que desembuchemos—dijo Comines á su compañero—de lo contrario, otros más hábiles nos ganarán por mano, y no podremos despachar nuestros efectos. En una palabra, Crève-Cœur, preparad los oídos y caéd muerto de sorpresa... El rey Luís está en Perona.

—¡Cómo!—exclamó el conde asombrado.—¿Se ha retirado el duque sin arriesgar la batalla? ¿Y vosotros venís aquí á divertiros cazando cuando la ciudad está sitiada por los franceses, pues no puedo creer que nos la hayan tomado?

—No por cierto—dijo Hymbercourt—las banderas de Borgoña no han retrocedido un solo paso; y á pesar de esto Luís se halla aquí.

—Es preciso, pues, que Eduardo de Inglaterra haya pasado el mar con sus arqueros—dijo Crève-Cœur—y ganado otra batalla de Poitiers.

---

(1) Véase nota *N. Felipe de Comines.*

— Pues para que sepáis — respondió Comines — ni un solo buque ha partido de Inglaterra, ni una sola bandera francesa ha sido derribada. Eduardo se divierte demasiado con las mujeres de sus buenos ciudadanos de Londres, para que le acose el deseo de representar el papel del príncipe negro. Oíd la verdad extraordinaria: vos sabéis que cuando nos dejasteis, acababa de romperse la conferencia entre los comisarios franceses y borgoñones, y que no parecía quedar ningún medio de reconciliación.

— En efecto, ni nadie soñaba más que guerra.

— Los acontecimientos posteriores — continuó Comines — se parecen tanto á un sueño que casi creo que voy á despertar y encontrarme con que efectivamente lo es. No hace más de veinticuatro horas que el duque había tan furiosamente protestado en el consejo contra toda ulterior dilación, que se resolvió á enviar una declaración de guerra á Luís, y á entrar en Francia inmediatamente. Toisón de oro, encargado de esta comisión, acababa de vestirse su traje oficial, y tenía ya el pié en el estribo para montar á caballo, cuando de repente he aquí que llega á nuestro campo el heraldo francés Montjoie. Pensamos desde luégo que Luís había querido ganarnos por mano, y estábamos temiendo los efectos de la cólera del duque contra aquellos cuyo dictamen diera causa á no ser el primero en declarar la guerra. Pero habiéndose apresuradamente convocado el consejo, pensad cuál sería nuestra sorpresa cuando el heraldo nos comunicó que Luís, rey de Francia, le seguía á la distancia de una hora, y que venía á visitar á Carlos, duque de Borgoña, con muy poco séquito, á fin de arreglar todas las desavenencias en una solemne entrevista.

— Me sorprendéis en efecto, señores — dijo Crève-Cœur — y, sin embargo, no quedo tan admirado como pudiérais presumir. La última vez que estuve en Plessis-les-Tours, el cardenal de La Balue, en quien tiene puesta su señor toda la confianza, irritado contra Luís, y adicto á nuestra causa, dióme á entender que, conociendo el lado débil de aquel príncipe, sabría convencerle y manejarle de tal manera, que se pondría él mismo con respecto á la Borgoña en situación que permitiría al duque dictar las condiciones de paz. Pero jamás hubiera creído que un zorro viejo como Luís viniese á echar-

se voluntariamente en la trampa de este modo. ¿Y qué dice el consejo?

—Se ha hablado mucho, como podéis imaginar—respondió Hymbercourt—de honor y buena fe, y mucho de las ventajas que puede producir la tal visita; por más que este pensamiento fuese casi evidentemente el único que ocupase á los consejeros, y que no pensasen más que en imaginar algún medio con que salvar las apariencias.

—¿Y qué dijo el duque?—preguntó Crève-Cœur.

—Según su costumbre—respondió Comines—habló lacónica y resueltamente. ¿Quién de vosotros—preguntó—fué testigo de mi entrevista con mi primo Luís, después de la batalla de Montlhery, cuando fuí harto inconsiderado para acompañarle hasta las trincheras de París, sin más séquito que unas diez personas, poniéndome así á su discreción?... (1) Yo le respondí que la mayor parte de nosotros habíamos estado presentes, y que nadie podía haber olvidado los sustos que se sirviera darnos en aquella ocasión. Pues, bien—continuó el duque—vosotros vituperasteis mi locura, y yo os confesé que había obrado como mozo sin juicio: es cierto también que en aquella época aún vivía mi padre, de feliz memoria, y que mi primo Luís hubiera hallado menos ventaja en privarme entonces de la libertad, de la que hallaría yo ahora en apoderarme de su persona. No importa: si mi real pariente viene aquí en esta ocasión con la misma sencillez con que yo procedí entonces, será tratado y recibido como rey; pero, si con esta apariencia de confianza no pretende más que alucinarme y vendarme los ojos hasta haber ejecutado alguno de sus proyectos *políticos* ¡por san Jorge de Borgoña! que mire bien lo que hace.—Dicho esto, retorciendo sus bigotes y dando una violenta patada, nos mandó montar á caballo para salir al encuentro de tan extraordinario huésped.

—Y de consiguiente salisteis á recibirle—replicó el conde de Crève-Cœur. Ya voy viendo que no ha pasado todavía el tiempo de los milagros. ¿Y qué séquito llevaba el rey?

—El más simple y menos numeroso que imaginarse pueda—respondió Hymbercourt:—unos treinta arqueros de su

(1) Véase nota O. *Encuentro de Luís y Carlos después de la batalla de Montlhery.*

Guardia escocesa, algunos caballeros, y un corto número de gentiles-hombres de su casa, entre los cuales el que más brillaba era su astrólogo Galeoto.

—Ese bribón es en algún modo el protegido del cardenal La Balue—dijo Crève-Cœur.—No me admiraría que hubiese contribuído á que el rey se decidiera á dar un paso de tan dudosa política. ¿Lleva consigo algunos nobles de elevada jerarquía?

— El duque de Orleans y Dunois—respondió Comines.

— ¡Dunois!—exclamó Crève-Cœur; — yo ajustaré cuentas con él, resulte lo que quiera; pero tenía entendido que estaban los dos en una prisión.

— Han estado, en efecto, alojados en el castillo de Loches—respondió Hymbercourt—en ese agradable sitio de recreo destinado para la nobleza francesa; pero Luís les dió la libertad para traérselos consigo: dábale acaso mala espina dejar al duque de Orleans á sus espaldas. En cuanto al resto de su comitiva, á fe mía, juzgo que los personajes más importantes son Oliverio, su barbero y Tristán, su gran preboste y su compadre, que trae consigo algunos de su ralea. Toda su tropa anda tan miserablemente vestida, que podría tomarse al rey por un vil usurero que hace una excursión para cobrar sus créditos con una turba de corchetes.

— ¿Y dónde está alojado?—preguntó Crève-Cœur.

— Ahí está el busilis del cuento y lo maravilloso—respondió Comines.—El duque había ofrecido confiar á los arqueros escoceses la guardia de una de las puertas de la ciudad y del puente de barcas del Soma, señalando al rey por habitación la casa inmediata, propia del rico ciudadano Gil Orthen; pero al trasladarse allá reparó en las banderas de De Lau y de Pencil de Rivière, á quienes desterró de sus dominios, y no acomodándole mucho habitar tan cerca de las casas de refugiados franceses y de los malcontentos que él mismo se creara, pidió alojarse en el castillo de Perona, y, por consiguiente, se ha aposentado allí.

— ¡Por vida mía!—exclamó Crève-Cœur.—¿No era bastante aventurarse á entrar en la caverna del león, que aún ha querido meterle la cabeza en la boca? Parece que el viejo artificioso político tiene ganas de que le cojan como en una ratonera.

—¿No os ha contado Hymbercourt—dijo Comines, la conversación del loco Glorioso? (1) Á mi entender, es lo mejor que se ha dicho en esta materia.

—¿Y qué es lo que ha dicho su muy ilustre sabiduría?—preguntó el conde.

—Cuando el duque estaba mandando—respondió Comines,—que se preparasen precipitadamente varios regalos de plata labrada para obsequiar al rey y su comitiva en demostración de bievenida: amigo Carlos—dijo Glorioso—no te calientes la cabeza ni esprimas los pocos sesos que tienes por tan poca cosa: yo me encargo de hacer á tu primo Luís un regalo más noble y digno de él, que será mi caperuza, mis cascabeles, y mi vara por añadidura, pues, por las barbas de mi abuelo, fuerza es que sea más loco que yo, para venir aquí á ponerse en tus manos.—Pero si no le doy ocasión para arrepentirse de este paso, ¿que dirás entonces, bribón?—preguntóle el duque.—En este caso, Carlos—le contestó Glorioso—será preciso que tomes tú la caperuza, la vara y los cascabeles, pues serás el más loco de los tres.—Yo os aseguro que este sarcasmo hirió al duque en lo más vivo. Yo le ví mudar de color y morderse los labios.—Estas son nuestras noticias noble Crève-Cœur, ¿qué os parecen?

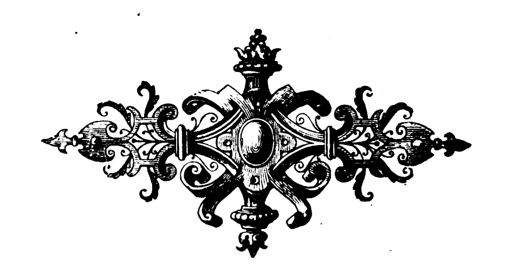
—Una mina bien cargada de pólvora—respondió el conde—y temo que la suerte me haya elegido á mí para aplicar la mecha. Vuestras noticias y las mías son como el fuego y la estopa que no pueden encontrarse sin que produzcan la llama, ó como ciertas sustancias químicas que al mezclarse tienen precisamente que causar una explosión. Caballeros, amigos míos, acercaos; y cuando os haya dicho lo que acaba de pasar en el obispado de Lieja, creo que seréis de mi dictamen, á saber, que el rey Luís hubiera obrado tan prudentemente yendo en peregrinación á las regiones infernales, como viniendo tan intempestivamente á Perona á visitar á su primo.

Sus dos amigos se acercaron al conde, uno á cada lado, y escucharon con exclamaciones medio sofocadas, que les arrancaba una sorpresa no menos expresada por los gestos, la relación de los acontecimientos que acababan de pasar en Lieja y en Schonwaldt. Quintín fué llamado y preguntado deteni-

(1) Bufón de Carlos de Borgoña, de quien se tratará más adelante.

damente sobre los pormenores de la muerte del obispo, hasta que por fin se negó á responder á nuevas preguntas que ignoraba por qué se le hacían, ni qué uso pretendían hacer de sus respuestas.

Habían entonces llegado á las ricas orillas del Soma, que ofrecían la perspectiva de las antiguas murallas de la pequeña ciudad de Perona la Virgen, y los verdes y espaciosos prados, que blanqueaban en aquella ocasión las numerosas tiendas de campaña del ejército del duque de Borgoña, que constaría como de quince mil hombres.





CAPÍTULO XXVI.

La entrevista.

> Las entrevistas de los príncipes deberían los astrólogos señalarlas como funestas conjunciones, llenas de presagios, á semejanza de las de Marte y Saturno.
>
> *Comedia antigua.*

Difícil sería decir si es un privilegio ó un inconveniente anexo á la calidad de los príncipes verse constreñidos en sus tratos y recíprocas relaciones, á causa del respeto que deben á su propia clase y dignidad, á someter sus sentimientos y discursos á las leyes de una severa etiqueta, que les prohibe entregarse abiertamente á toda agitación algo violenta, conducta que podría pasar por profundo disimulo, á no ser tan público y notorio que no es ello más que un efecto del ceremonial. No es menos cierto también que cuando traspasan estos límites impuestos por la etiqueta para soltar las riendas á sus pasiones y á su cólera, comprometen su dignidad á los ojos del público; de lo que tuvimos notable ejemplo cuando los dos ilustres rivales Francisco I y el emperador Carlos V, se echaron mutuamente á las barbas un *mentís*, y quisieron terminar su contienda en singular combate.

Carlos de Borgoña, el más impetuoso é impaciente, y, sin temor de equivocarnos, el más imprudente de todos los príncipes sus contemporáneos, sintióse, sin embargo, como circunscrito en un círculo mágico trazado por la sumisión que debía á Luís, su soberano y señor feudal, que se dignaba

hacerle el honor de visitarle, no obstante de ser él un vasallo de su corona. Adornado con un manto ducal, y rodeado de sus grandes oficiales, montó á caballo á la cabeza de sus nobles y caballeros más distinguidos, y salió á recibir á Luís XI. Su séquito ostentaba un brillo deslumbrador, tanto era el oro y plata que le cubría, pues agotadas las riquezas de Inglaterra por las guerras de York y de Lancaster, y limitados los gastos de Francia por la economía del monarca, la corte de Borgoña ganaba por aquel tiempo en magnificencia á las demás de Europa. El acompañamiento de Luís, por el contrario, era poco numeroso y comparativamente mezquino: vestía el rey un traje raído, y llevaba el sombrero viejo que, según costumbre, estaba rodeado de imágenes, lo cual hacía más chocante el contraste todavía. El efecto que produjo casi rayó en extravagante cuando el duque, ricamente vestido, ciñendo la corona ducal y cubiertos sus hombros por soberbio manto, se apeó de su arrogante corcel, dobló la rodilla, y se dispuso á tener el estribo para que desmontara de un palafrén chiquito muy manso en que venía.

La acogida que se hicieron los dos potentados fué aparentemente tan afectuosa y cordial, como destituída de sinceridad; pero el duque por razón de su genio hallaba mayores dificultades para dar á su voz, á sus razonamientos y á todos sus gestos las apariencias oportunas, en tanto que el rey estaba tan perfectamente ejercitado en el hábito del fingimiento y disimulo, que estas circunstancias habían pasado á ser en él otra naturaleza, de suerte que los que le conocían más á fondo, no sabían distinguir cuándo fingía ó cuándo hablaba de veras.

La comparación más exacta, si no fuese indigna de tan altos potentados, sería suponer á Luís en la situación de un gitano, que conoce perfectamente las habitudes y disposiciones de la raza perruna, y que por algún fin particular quiere hacerse amigo de un descomunal mastín mohino, que sospecha de él, y está dispuesto á echársele encima á la más remota sombra de desconfianza ó recelo. El mastín gruñe, eriza los pelos, muestra los dientes, y, sin embargo, se avergonzaría de embestir á un hombre que le da tales muestras de bondadoso y confiado; incomódanle las caricias que le hace y que están muy lejos de amansarle, y espía la primera



La entrevista.

UNIV. OF

ocasión que pueda justificar á sus ojos la acción de saltar á la garganta á su nuevo amigo.

El rey conoció sin duda en la alteración de la voz, en el embarazo y en la afectación de los ademanes del duque Carlos, que tenía que representar un papel muy delicado; y acaso se arrepintió más de una vez de haber emprendido el viaje; pero el arrepentimiento era tardío, y no le quedaba más recurso que aquella inimitable destreza y astuta política en que nadie podía igualarle.

La conducta de Luís respecto al duque, se parecía á aquel desahogo de corazón que solemos experimentar cuando nos reconciliamos con un honrado y seguro amigo después de momentánea tibieza causada por antiguas y olvidadas circunstancias. Díjole que sentía mucho no haber dado antes este paso decisivo para convencer á su apreciado pariente con un rasgo de tal confianza, de que los debates y cuestiones suscitadas entre ellos tenían levísimo peso, comparados con todas las pruebas de amistad que recibiera del duque cuando se hallaba desterrado de Francia y en desgracia del rey su padre. Hablóle del difunto duque de Borgoña Felipe el Bueno, como se llamaba generalmente al padre de Carlos, y citó mil rasgos de paternal bondad que de él había recibido.

—Creo, querido primo—le dijo—que vuestro padre dividía su afecto por iguales partes entre vos y yo, pues me acuerdo que, habiéndome desviado por casualidad en una cacería que hicimos, el buen duque os reprendió al regreso por haberme dejado atrás en el bosque, echándoos en cara vuestro poco cuidado, como si fuera yo vuestro hermano mayor.

Eran las facciones del duque de Borgoña naturalmente duras y severas; y cuando se esforzó en sonreirse para confirmar la verdad de lo que le decía el rey, hizo una mueca verdaderamente diabólica.

—¡Bribón consumado!—dijo interiormente;—quisiera que mi honor me permitiese pedirte cuenta de cómo pagaste los beneficios que te hicimos.

—Y por otra parte—continuó el rey—si los vínculos de la sangre y de la gratitud no fueran suficientes para unirnos recíprocamente, existe también entre nosotros un parentesco espiritual, pues soy el padrino de vuestra hermosa hija María,

á quien aprecio tanto como á una de las mías; y cuando los santos, bendito sea su nombre, me enviaron un pimpollo que se marchitó al cabo de tres meses, el príncipe vuestro padre le sacó de pila, y celebró esta ceremonia con más pompa y magnificencia que no se hubiera podido hacer en París. Jamás olvidaré la profunda, la indeleble impresión que la generosidad del duque Felipe y la vuestra, mi querido primo, hicieron en el destrozado corazón de un pobre proscrito.

El duque, viéndose precisado á decir algo, respondió:

—Vuestra Majestad se dignó agradecer aquel corto favor en términos que recompensaban con prodigalidad todo lo que podía hacer Borgoña para acreditar que apreciaba el honor que hicisteis á su soberano.

—Acuérdome bien de los términos de que queréis hablar, mi querido primo—dijo sonriéndose el rey—eran, si no me engaño, que para recompensaros esta prueba de amistad, no tenía que ofreceros un pobre desterrado, como era yo entonces, más que mi persona, la de mi mujer y de mi hijo. Y creo que cumplí debidamente mi palabra.

—No es mi intento contradecir cosa alguna de lo que Vuestra Majestad se digna asegurar; pero...

—Pero vos me preguntaréis—dijo el rey interrumpiéndole—cómo correspondieron mis acciones á mis palabras. ¡Fuego de Dios!... A la vista está. El cuerpo de mi hijo Joaquín descansa en suelo borgoñón; esta mañana he colocado sin reserva mi persona en vuestras manos; y en cuanto á la de mi esposa, á la verdad, querido primo, creo que, atendido el tiempo que se ha pasado desde aquella época, no insistiréis en que cumpla rigurosamente mi palabra. Ella nació el santo día de la Anunciación, cincuenta años hace, añadió haciendo la señal de la cruz y murmurando un *ora pro nobis;* pero no se halla muy lejos: está en Reims, y si deseáis que sea cumplida mi promesa al pié de la letra, la pondré inmediatamente á vuestras órdenes.

Por disgustado que estuviese el duque de la doblez que manifestaba el rey Luís, procurando tomar con él cierto tono de franqueza é intimidad, no pudo menos de reirse al oir la extraña proposición que acababa de hacerle aquel singular monarca, expresándose su buen humor con acentos no menos discordantes que los de la cólera á que frecuentemente se

entregaba. Rió á carcajada suelta, más larga y descompasada de lo que permitiría en el día y de lo que permitía entonces el decoro de su dignidad; y riendo de esta suerte, contestó que agradecía al rey el alto honor de proponerle la compañía de la reina, pero que con mayor gusto aceptaría la de su hija mayor, cuya hermosura era tan celebrada.

—Gran fortuna ha sido, querido primo—dijo el rey con una de aquellas equívocas sonrisas que le eran habituales—que no os hayáis dignado fijar la atención en mi hija Juana. Hubiérais entonces tenido que romper una lanza con mi primo de Orleans; y si sucediera alguna desgracia á uno de los dos, fuera quien fuese, yo perdería siempre un buen amigo y afectuoso pariente.

—No, no señor—dijo el duque Carlos—no quiero poner ningún obstáculo á los amores del duque de Orleans. Si rompo alguna lanza con él será por causa más hermosa, ó más recta por lo menos.

Luís, lejos de darse por resentido de esta brutal alusión al talle y fealdad de su hija Juana, vió por el contrario con secreta satisfacción que podía divertirse al duque con groseras zumbas, en cuyo arte no le iba en zaga, quitándole con ello, para valernos de una frase moderna, mucha parte de su hipocresía sentimental. Dió de consiguiente tal giro á la conversación, que Carlos, al paso que tenía por imposible representar el papel de afectuoso amigo reconciliado con un monarca á quien debiera tan malos oficios y cuya sinceridad le era tan sospechosa en esta ocasión, no tuvo la menor dificultad en mostrarse huésped obsequioso de un príncipe tan jovial; por manera, que lo que faltaba á los dos de afectuosos sentimientos, fué reemplazado por aquel tono de cordialidad que existe entre dos buenos compañeros: tono natural al duque por la franqueza, y, si se quiere, la rusticidad de su carácter; y que no lo era menos á Luís, porque hallándose como se hallaba en estado de tomar todos los tonos de la conversación que le vinieran en gana, el que más le convenía era una satírica expresión de ideas groseras.

Mientras duró el banquete, que fué servido en las Casas consistoriales de la ciudad de Perona, halláronse por fortuna los dos príncipes en disposición de sostener el mismo género de plática. Era para ellos una especie de terreno neutral que

podían correr juntos sin peligro, y como Luís lo observó fácilmente, nada había más á propósito para mantener al duque de Borgoña en aquel estado de calma que el rey juzgaba necesario á su seguridad.

Sobresaltóse un poco sin embargo, viendo al duque rodeado de varios caballeros franceses de la más distinguida nobleza, que su injusta severidad desterrara de Francia, y á quien Carlos concediera empleos de autoridad y confianza en su palacio. Para ponerse al abrigo de lo que podía recelar de su resentimiento y venganza, pidió ser alojado en el castillo, es decir, en la ciudadela de Perona, con preferencia á la ciudad (1). El duque Carlos accedió á ello inmediatamente, con una de aquellas sonrisas que es imposible decir si son de buen ó mal agüero para la persona á quien van dirigidas.

Pero cuando el rey, expresándose con la mayor delicadeza y del modo que juzgaba más á propósito para alejar todo género de sospecha, le preguntó si habría dificultad en que los arqueros de su guardia escocesa tuviesen á su cargo custodiar el castillo mientras que le habitaría, en lugar de una de las puertas de la ciudad, á tenor del ofrecimiento que había hecho el mismo duque, Carlos, con el tono seco y desabrido que le era natural, y que causaba más sobresalto por el hábito que tomara de retorcerse los bigotes mientras hablaba y llevar la mano á su espada ó á su daga, cuya hoja hacia entrar y salir continuamente (2), exclamó:

—¡Por San Martín! señor, esto no puede ser. Os halláis en el campo y en la ciudad de vuestro vasallo, pues así me llaman con respecto á Vuestra Majestad; este castillo y todas sus fortalezas os pertenecen; mis soldados son los vuestros: es pues indiferente que guarden ellos ó vuestros arqueros las puertas ó las murallas del castillo de Perona. No, ¡por San Jorge!... Perona es una fortaleza virgen; y no perderá su honor por negligencia mia. Es preciso vigilar mucho á las doncellas, mi real primo, si quieren los padres que conserven su reputación.

—No cabe duda, querido primo—respondió el rey;—soy

(1) Véase Nota *P. Castillo de Perona.*

(2) Esta acción, muy propia de un genio violento, se ha conservado también tradicionalmente entre los actores para caracterizar el Ricardo III de Shakspeare.

enteramente de vuestro dictamen, y, en efecto, debo interesarme más que vos mismo en la reputación de esta pequeña, pero hermosa ciudad, pues forma parte, como sabéis muy bien, de las plazas de Soma, que se dieron en hipoteca á vuestro padre, de feliz recordación, por las sumas que nos prestó, plazas que yo me propongo desempeñar pagando lo que debo; y para hablaros con franqueza, querido primo, como deudor honrado resuelto á cumplir religiosamente todas las obligaciones que ha contraido, traigo conmigo algunas caballerías cargadas de plata para verificar esta extinción: moneda tendréis para atender á los gastos de vuestra corte por espacio de tres años, sin embargo de su munificencia real.

—Ni un sueldo recibiré—dijo el duque retorciéndose el bigote:—el plazo convenido para el pago hace tiempo que espiró, real primo, ni nunca tuvo alguna de las partes intención verdadera de que se cumpliese el tratado. La cesión de estas plazas fué la única indemnización que mi padre recibió de Francia, cuando en un momento dichoso para vuestra familia consintió en olvidar el asesinato de mi abuelo y trocar la alianza de Inglaterra por la de vuestro padre. ¡Por San Jorge! si así no lo hubiese hecho, Vuestra Majestad lejos de tener ciudades en el Soma, apenas hubiera podido conservar las de la otra parte del Loira. No, ni una sola piedra os devolveré, aunque me déis el peso equivalente en oro. Gracias á Dios, á la prudencia y valor de mis antepasados, las rentas de Borgoña, aunque no sea más que un ducado, bastan para mantener mi corte, más que reciba un rey en ella, sin verme obligado á enagenar mi patrimonio.

—Pues bien, querido primo—respondió el rey con el mismo tono de serenidad y dulzura, y sin asomos de alteración por los violentos ademanes y arrebatos del duque;—veo que sois tan amigo de Francia, que de nada queréis desprenderos que le haya pertenecido. Pero si llegamos á discutir nuestros negocios en el Consejo, tendremos necesidad de un tercero. ¿Qué os parece de San Pablo?

—Que este apóstol, con San Pedro y todos los Santos del Almanaque, pueden predicarme cuánto les diere la gana—contestó el duque—mas no serán capaces de persuadirme á que renuncie á la posesión de Borgoña.

—No me comprendéis—dijo el rey de Francia sonriéndose. —Os hablo de Luís de Luxemburgo, nuestro fiel condestable, el conde de San Pablo. ¡Ah, santa María de Embrun! No nos falta más que su cabeza en nuestra conferencia, la mejor cabeza de Francia, la más á propósito para restablecer entre nosotros perfecta armonía.

—¡Por san Jorge!—exclamó el duque—estoy sorprendido de oir á Vuestra Majestad hablar así de un hombre que ha sido falso y perjuro á Francia y Borgoña, de un hombre que ha procurado siempre excitar un incendio á la menor chispa de discordia que ha notado entre nosotros. ¿Y por qué? Por la ambición de representar el papel de mediador. Juro por la orden de mi casa, que le he de buscar en sus madrigueras.

—Cachaza, cachaza, querido primo—interrumpió sonriéndose el rey y bajando la voz.—Cuando os decía que la cabeza del condestable podía servir para terminar nuestras leves disensiones, para nada conté con su cuerpo: éste podría muy bien quedarse en San Quintín para mayor comodidad.

—¡Oh! ¡oh! ahora os comprendo, real primo mío—exclamó Carlos con una de aquellas estrepitosas carcajadas que le arrancaban los groseros chistes de Luís, y añadió dando una patada:—Convengo que en este sentido la cabeza del condestable podría ser útil en Perona.

Estos razonamientos y otros muchos con que procuraba el rey sembrar cierta jovialidad y buen humor en la conversación, al propio tiempo que dejaba escapar alguna palabra sobre los asuntos más serios, no se sucedieron consecutivamente unos á otros, sino que fueron traídos con cautela, ya durante el banquete en las Casas consistoriales, ya en una conferencia que en seguida tuvo Luís con el duque en el mismo aposento de este último, aprovechando el rey todas las ocasiones que podían facilitar la discusión de puntos tan delicados.

Verdaderamente, aunque la conducta de Luís pudiese tratarse de temeraria, dando un paso cuyo éxito se presentaba tan dudoso y arriesgado, á causa del impetuoso carácter del duque y los diversos motivos de enemistad inveterada que existían entre ellos, jamás piloto, llegando á desconocida costa, se condujo con igual prudencia y firmeza. Sondeaba

con maña y exactitud las profundidades y hondonadas del carácter y pasiones de su rival, y no dejó traslucir levísima muestra de duda ni temor, cuando el resultado de sus experimentos le manifestó que había más falta de buenos anclajes que de bancos de arena y rocas ocultas bajo la superficie de las aguas.

Terminóse, por fin, un día que debió serlo de fatiga para Luís, atendidos los continuos esfuerzos de examen, precaución y vigilancia que exigía su situación, como de violencia para el duque á causa de la necesidad en que se hallaba de reprimir los impetuosos movimientos á que solía abandonarse.

Cuando Carlos entró en su aposento, después de haberse despedido del rey para irse á acostar con todos los requisitos del ceremonial, ya no contuvo por más tiempo la explosión de las pasiones que comprimiera hasta entonces; y, según expresión de su bufón Glorioso, «arrojó aquella noche un torrente de blasfemias é injurias contra aquellos para quienes no destinaba esta moneda al acuñarla,» agotando sobre cuántos le rodeaban el tesoro de las invectivas que acumulara durante el día, y con que no pudo decentemente regalar al rey ni aun en su ausencia, sin embargo de estar harto llena la copa para no derramarse. Los chistes de su bufón lograron por fin calmar sus arrebatos de mal humor, rió á carcajadas, regaló á su loco una moneda de oro, dejóse desnudar tranquilamente, bebió una gran copa de vino especiado, echóse en la cama, y durmió á pierna suelta.

Acostóse Luís muy de otra manera que Carlos, y merece su retiro mayor atención, pues perteneciendo á la parte animal de nuestra naturaleza la violenta expresión de la cólera, impaciencia y temeridad, más bien que la que está dotada de inteligencia, ofrécenos poco interés comparada con la acción profunda de activo y vigoroso espíritu.

Los chambelanes y oficiales superiores del duque de Borgoña acompañaron á Luís hasta el alojamiento que se eligiera en el castillo ó ciudadela de Perona, y encontró á su entrada fuerte guarnición de arqueros y otra tropa.

Al apearse del caballo para pasar el puente levadizo colocado sobre un foso de extraordinaria latitud y profundidad, echó una mirada á los centinelas, y dijo á Comines, que también le acompañaba con algunos otros caballeros borgoñones:

—Llevan la cruz de San Andrés; pero no es la de mis arqueros escoceses.

—Vuestra Majestad los hallará igualmente dispuestos á morir en vuestra defensa, señor—respondió Comines—cuyo sutil oído reconociera en el tono de Luís un acento de sospecha que el rey, á pesar de todo su disimulo, no pudo enteramente ocultar. Llevan la cruz de San Andrés como uno de los distintivos dependientes de la Orden del Toisón de Oro de mi señor el duque de Borgoña.

—¿Acaso lo ignoro yo?—dijo Luís mostrándole el collar de esta Orden que se había puesto para honrar á su primo. Este es uno de los lazos queridos de fraternidad que me unen con mi buen primo; somos hermanos en caballería como en parentesco espiritual, primos por nacimiento, y amigos por todos los vínculos del afecto y de buena vecindad.—No paséis de este patio, señores: no puedo permitir que os incomodéis más; bastantes honores me habéis prodigado yo.

—Se nos ha encargado por el duque—respondió Hymbercourt—acompañar á Vuestra Majestad, y esperamos que nos permitirá ejecutar sus órdenes.

—En un asunto de tan poca importancia—dijo el rey—confío que vosotros mismos, aunque sus vasallos, convendréis en que mis órdenes deben tener más autoridad que las suyas. Me siento algo indispuesto, un poco fatigado, señores. Tanto cuesta cargar con una gran satisfacción como con un gran pesar. Mañana espero hallarme en mejor estado para disfrutar de vuestra sociedad, y de la vuestra especialmente, señor Felipe de Comines. Sé que sois el analista de esta época. Nosotros, los que deseamos ocupar algún lugar en la historia, quisiéramos merecer alguna atención de vuestra parte: pues se dice que cuando queréis, vuestra pluma escribe con hiel y con sangre. Buenas noches, caballeros, buenas noches á todos y á cada uno en particular.

Los caballeros borgoñones se retiraron muy prendados del afable trato de Luís y de las lisonjeras frases que mañosamente prodigara á cada uno de ellos; y el rey se detuvo con dos personas de su séquito debajo de la puerta abovedada que conducía al patio del castillo de Perona, en uno de cuyos ángulos se veía una gran torre, especie de prisión de estado. Este edificio alto, macizo y sombrío, estaba iluminado enton-

ces por los mismos rayos de la luna que guiaban á Quintín Durward por el camino de Charleroi á Perona, y que, como sabe ya el lector, eran aquella noche muy resplandecientes. La forma de esta fábrica parecíase á la de la torre Blanca de la ciudadela de Londres, pero por su arquitectura era aún más antigua, pues afirmábase que su construcción databa de los tiempos de Carlo-Magno. Tenían sus paredes un espesor formidable y veíanse pequeñas y enrejadas ventanas con enormes barrotes de hierro. Este vetusto y macizo edificio derramaba en todo el patio negra y azarosa sombra.

—No es aquí donde quiero yo habitar—dijo el rey con un estremecimiento involuntario que parecía de mal agüero.

—No señor—respondió el viejo senescal, que le acompañaba con la cabeza descubierta;—no lo permita el cielo. Los aposentos de Vuestra Majestad están preparados en esotros edificios más bajos, y son los mismos donde durmió el rey Juan dos noches antes de la batalla de Poitiers.

—¡Hum, hum! no es esto tampoco de muy buen agüero—murmuró el rey entre dientes.—Pero ¿qué tenéis vos que decir de la torre, camarada? ¿Por qué rogáis al cielo que no me aloje en ella?

—Nada de malo, señor—respondió el senescal.—Sólo que los centinelas pretenden que se ven luces, y se oyen pavorosos ruidos durante la noche; lo cual no tendría nada de particular, atendido que fué en otro tiempo una prisión de estado, y se cuentan mil cosas que han pasado en su interior.

Luís no le hizo más preguntas, pues nadie estaba más obligado que él á respetar los misterios de una prisión. Á la puerta de los aposentos destinados para él, que, si bien de fecha posterior á la torre, no dejaban por esto de ser tétricos y antiguos, encontró un corto destacamento de sus arqueros escoceses, á quienes el duque, aunque no permitiera que dicsen la guardia en el castillo, había mandado introducir para que estuviesen inmediatos á la persona del rey. Á su cabeza estaba su viejo comandante el leal lord Crawford.

—Crawford, mi valiente y fiel Crawford—dijo el rey—¿dónde has estado hoy? ¿Los caballeros borgoñones entienden tan poco las reglas de la hospitalidad, que desairan á uno de los más nobles y esforzados guerreros que pueda tener un soberano en su corte? Yo no te ví en el salón del banquete.

—No acepté la invitación, señor. He perdido mucho; no soy el mismo que antes. En otro tiempo desafiara al más atrevido bebedor de Borgoña hasta con el vino de sus propias uvas; pero hoy día, ocho desgraciadas azumbres me ponen fuera de combate, y creí muy conveniente para vuestro real servicio dar hoy ejemplo de sobriedad á todos mis subordinados.

—Eres siempre prudente, Crawford; pero á buen seguro que no han de agobiar los quehaceres, mandando un destacamento tan poco numeroso: á más, en día de fiesta no debe reinar tan severa disciplina como en otro de batalla.

—Cuántos menos hombres tenga que mandar, señor, tanto mas interesa que tenga á los tunantes en buen estado de servicio. ¿Todo esto se terminará por una fiesta ó por un combate? Esto es lo que Dios y Vuestra Majestad deben de saber mejor que el viejo Juan Crawford.

—¿Juzgo que no prevés ningún peligro?—preguntóle el rey como de paso, pero bajando la voz.

—No señor: ¡ojalá que los previese! pues como solía decir el viejo conde Tineman (1): «Peligro visto, fácilmente evitado.» ¿Cuál es el santo para esta noche, señor, si gusta Vuestra Majestad?

—Sea Borgoña, Crawford, en obsequio de nuestro huésped y de un licor que no te es indiferente.

Ninguna contienda tendré ni con el duque ni con el vino de su nombre, como uno y otro sean de buen quilate. Pase Vuestra Majestad felices noches.

—Adios, mi leal escocés—respondió el rey—entrando en su aposento.

Á la puerta de su dormitorio encontró al Acuchillado que daba allí guardia.

—Sígueme—díjole al pasar por delante de él. El arquero, semejante á una máquina á la cual acaba de dar movimiento un resorte que se ha tocado, entró tras él en el aposento andando á pasos largos, quedóse parado junto á la puerta, y aguardó inmóvil y silencioso las órdenes del rey.

—¿Tienes alguna noticia de ese paladín errante, sobrino tuyo?—preguntó Luís—pues ha sido como perdido para

(1) Uno de los condes de Douglas, así llamado.

nosotros desde que, semejante á un novel caballero que parte en busca de sus primeras aventuras, nos envió dos prisioneros por principio de sus hazañas.

—Algo de esto ha llegado á mis oídos, señor; mas espero que Vuestra Majestad se persuadirá de que si obró mal, no fué á ello inducido por mis órdenes ni por mi ejemplo, atendido que nunca tuve tan débil juicio para derribar de la silla de su caballo á un príncipe de vuestra ilustre casa, conociendo como conozco mi situación, y...

—Basta, Acuchillado; tu sobrino cumplió en esta parte con su obligación.

—Oh! en cuanto á esto, no me había yo descuidado. Quintín, le dije, venga lo que viniere, acuérdate que perteneces á la guardia escocesa, y haz tu obligación sin meterte en los resultados.

—No dudo que hubiese recibido algunas buenas instrucciones de esta clase; pero lo que me interesa en la actualidad es que contestes á mi pregunta. ¿Has tenido de poco tiempo á esta parte noticias de tu sobrino?... Retiraos, caballeros—dijo el rey á otras personas de su comitiva—se trata de un asunto reservado.

—Señor, he visto esta misma noche á Carlucho, uno de los que acompañaban á mi sobrino y á quien ha enviado desde Lieja ó de un castillo situado en las cercanías que pertenece al obispo, á donde llegó felizmente con las condesas de Croye.

—¡Bendito sea el santísimo nombre de María!—¿Lo sabes de cierto? ¿Estás seguro de esta buena noticia?

—No puedo estarlo más, señor; y aun creo que Carlucho trae cartas de las señoras de Croye para Vuestra Majestad.

—Corre á buscarle; da tu arcabuz á uno de esos bribones... á Oliverio... al primero que se presente... Oh! qué favor tan especial me ha hecho nuestra señora de Embrun!—añadió el rey cuando hubo partido el Acuchillado:—he de hacer de plata la verja de hierro que circuye su altar.

En este arrebato de gratitud y de devoción, Luís, siguiendo su costumbre, se quitó el sombrero, colocóle encima de una mesa, volvióle del lado donde tenía la imagen favorita de la virgen, arrodillóse, y repitió con nuevo fervor el voto que había hecho.

Carlucho, el primer mensajero que partió de Schonwaldt,

no tardó en entrar, y entregó al rey las cartas que le encargaron las condesas de Croye. Agradecíanle en términos muy fríos la protección que les había dispensado mientras permanecieron en su corte, y con algo más de calor el permiso que se sirviera concederles de partir con toda seguridad, expresión de que, en vez de resentirse Luís, se rió muchísimo. Preguntó en seguida á Carlucho, con cierto tono que indicaba el interés é importancia que diera á esta pregunta, si habían tenido algún susto por el camino, ó si fueron atacados por alguien.

Carlucho, hombre muy estúpido, y que debió á esta circunstancia el haber sido elegido para dicha comisión, dió al rey una noticia muy imperfecta de la lucha en que había quedado muerto su camarada el gascón, y le aseguró que no habían tenido ningún otro encuentro durante el viaje. Luís le pidió entonces noticias más particulares y minuciosas del camino que habían seguido para pasar á Lieja y dió muestras de ir aumentándose su interés cuando supo que al acercarse á Namur emprendieron el camino más corto costeando la orilla izquierda del Mosa en lugar de seguir la derecha, según prevenían sus instrucciones. El rey le despidió después de haberle hecho un regalo, y disfrazó su ansiedad manifiesta atribuyéndola al deseo que tenía de saber si las señoras de Croye estaban en completa seguridad.

Aunque esta noticia le enteró de que quedaba frustrado uno de sus planes favoritos, pareció causar al rey una satisfacción interior, mayor de la que hubiera tenido con el más brillante resultado. Respiró como un hombre cuyo corazón hubiese quedado aliviado de un enorme pesar, murmuró nuevas gracias á los santos con aire de profunda devoción, levantó los ojos al cielo, y apresuróse á meditar otros ambiciosos proyectos, cuyo éxito pudiera ser más seguro.

Con este designio mandó Luís llamar á su astrólogo Galeoto, que compareció con el ademán que solía tomar de arrogante dignidad, pero llevando pintada en su rostro cierta inquietud, como si dudara que el rey le hiciese buena acogida. Fué, sin embargo, más bien recibido que nunca: Luís le llamó su amigo, su padre en las ciencias, el telescopio por cuyo medio podía un rey penetrar los sucesos futuros, y terminó su cumplimiento metiéndole en el dedo una sortija de gran valor.

Galeoto ignoraba qué novedades habían tan repentinamente realzado su mérito á los ojos del rey, pero era demasiado ducho para dejar traslucir su ignorancia. Recibió los elogios de Luís con modesta gravedad; dijo que sólo eran debidos á la perfección de la ciencia que ejercía, ciencia que daba nuevo pábulo á la admiración, produciendo maravillas por conducto de un agente tan débil é insignificante cómo él. El rey y el astrólogo se despidieron, ambos completamente satisfechos el uno del otro.

Luégo que hubo partido Galeoto, Luís, muy fatigado al parecer, echóse en un sillón, y despidió á toda su gente, excepto á Oliverio, que desempeñando sus funciones con celo y sin desplegar los labios, ayudó á su amo en los preparativos para acostarse.

Mientras estaba de esta suerte ejercitando su habitual servicio, el monarca permanecía pasivo y silencioso contra toda su costumbre, extraordinaria mudanza que impresionó vivamente á Oliverio. Las almas más depravadas no se ven siempre destituídas de todo sano principio: los bandidos son fieles á su capitán, y sucede alguna vez que un protegido, un favorito, experimenta un impulso de sincero interés por el príncipe á quien debe su elevación y su fortuna. Oliverio, á pesar del apodo de Malo ó de Diablo ó de cualquier otro que se le diera para indicar sus perversas inclinaciones, no estaba aún tan identificado con Satanás, que cerrase todas las puertas de su corazón á la gratitud que debía á su amo; y no pudo verle sin dolor en aquel estado de abatimiento y aun, á lo que parecía, de inquietud.

Después de haber dedicado al rey en silencio por un breve rato los acostumbrados servicios de ayuda de cámara, resolvióse por fin á decirle con la libertad que la indulgencia del soberano le permitía en tales ocasiones:

—¡Cómo es ello, señor! Cualquiera diría que Vuestra Majestad ha perdido una batalla; y, sin embargo, yo, que todo el día no me he separado de vuestra real persona, puedo asegurar que nunca osví con tanto valor, y el campo de batalla ha quedado por Vuestra Majestad.

—¡El campo de batalla!—exclamó Luís levantando la vista y recobrando la malignidad de su tono y ademán....—¡Fuego de Dios! amigo Oliverio, dí que he quedado dueño de la arena

en un combate contra un toro, pues no creo que exista bruto más ciego, testarudo é indomable que mi primo de Borgoña, á menos que sea un dogo de Murcia adiestrado con el solo objeto de soltarle en el toril. No importa; me parece que le he picado bonitamente. Pero, Oliverio, alégrate conmigo de que ninguno de mis planes haya surtido buen efecto en Flandes ni por lo que toca á las aventureras princesas de Croye, ni relativamente á Lieja.... Supongo que comprendes lo que quiero decir.

—No, á fe mía, señor; me es imposible felicitar á Vuestra Majestad por ver frustrados sus proyectos favoritos, á menos que se digne Vuestra Majestad indicarme el motivo que pudo obrar tal variación en sus miras y deseos.

—Tomado el asunto bajo un punto de vista general, no ha ocurrido ninguno, amigo mío; pero ¡fuego de Dios! he aprendido hoy á conocer y profundizar mejor al duque Carlos. Cuando él era conde de Charolais, en vida de su padre el anciano duque Felipe el Bueno, y yo delfín desterrado de Francia, cazábamos, bromeábamos, apurabámos algunas botellas y más de una buena aventura corríamos juntos. En aquella época tenía yo sobre él una superioridad decidida, aquella que el espíritu más fuerte toma naturalmente sobre el más débil; pero de entonces acá ha variado mucho; se ha vuelto pertinaz, emprendedor, arrogante, pendenciero, dogmatista, se le trasluce el deseo de llevar las cosas al extremo cuando cree tener ocasión favorable. Si quería yo tocar algún asunto que le disgustase, era necesaria la precaución con que aplicaría el cirujano un hierro candente. Apenas pude pronunciar algunas palabras para hacerle entrever la posibilidad de que esas errantes condesas de Croye hubiesen caído en manos de algún aventurero antes de llegar á Lieja; pues le confesé francamente que tenía motivos para creer que era Lieja el punto á donde se dirigían. ¡Fuego de Dios! se hubiera creído que le hablaba de un sacrilegio. Es inútil te participe lo que dijo sobre el particular; basta insinuarte que creyera sumamente arriesgada mi cabeza si en aquel momento le hubiesen anunciado el feliz éxito del honroso proyecto concebido por ti y tu amigo Guillermo el Barbudo para mejorar su fortuna por medio de un matrimonio.

—Vuestra Majestad tendrá á bien acordarse que no soy yo

amigo de Guillermo de la Marck, y que tampoco fuí quien concibió el proyecto de que se trata.

—Tienes razón, Oliverio; pues tu plan era desbancar al Jabalí de las Ardenas: pero no por esto escogías mejor esposo á la condesa Isabel cuando pensabas alzarte modestamente con la prebenda. Á más de que, Oliverio, desgraciado el que sea su esposo; pues la horca, la rueda, el pilón de descuartizar, he aquí el más bello regalo que ofrece mi benigno primo á quien se case con su joven vasalla sin su ducal consentimiento.

—Y probablemente no le irritaría menos cualquier movimiento de insurrección que ocurriese en la buena ciudad de Lieja.

—Tanto y mucho más, Oliverio; pero desde que formé la resolución de venir aquí, envié mensajeros á Lieja para calmar por ahora los ánimos exaltados; y mandé decir á mis turbulentos y atareados amigos Pavillón y Rouslaer, que se estuviesen quedos como ratones hasta después de esta mi dichosa entrevista con mi querido primo.

—Parece, pues, atendido lo que Vuestra Majestad acaba de decir, que todo lo mejor que esperáis de esta entrevista es no pasarlo peor. Esto, á fe mía, se parece á la fábula de la cigüeña que metió su cabeza en la boca de la zorra y luégo pudo darse por muy contenta con poderla sacar. Sin embargo, no hace mucho que Vuestra Majestad cumplimentaba al sabio filósofo, cuyas predicaciones determinaron á Vuestra Majestad á arriesgar una partida de que tanta ganancia esperaba.

—No se debe desesperar de la partida hasta haberla perdido, Oliverio—dijo el rey con acritud;—y no tengo motivo para recelar que la pierda: debo, por el contrario, ganarla, si no se atraviesa inesperado suceso que excite la cólera de ese loco vengativo; y sin duda tengo que estar muy agradecido al sabio que me hizo elegir por agente conductor de las señoras de Croye al joven, cuyo horóscopo está tan acorde con el mío, que me ha salvado de un gran peligro, aun contraviniendo á mis órdenes, tomando otro camino que le hizo evitar la emboscada de Guillermo de la Marck.

—Nunca faltarán á Vuestra Majestad agentes prontos á servirle con semejantes condiciones.

— No importa, no importa, Oliverio — dijo Luís con impaciencia:—el poeta pagano habla de *Vota diis exaudita malignis:* esto es, «deseos á que los Santos acceden en su ira:» y en las actuales circunstancias tal hubiera sido el mío relativamente á Guillermo de la Marck, á cumplirse ahora mientras me hallo en poder del duque de Borgoña. Y esto es lo que ha previsto mi arte, corroborada por la de Galeoto. Esto es, previó, no que De la Marck malograría su empresa, sino que la comisión de ese joven escocés se terminaría felizmente para mí. Y esto es lo que ha sucedido, aunque de un modo distinto de lo que yo imaginara: pues los astros nos predicen resultados generales, pero guardan silencio sobre los medios que los producen; resultando frecuentemente muy al contrario de lo que esperamos y aun de lo que apetecemos. Pero ¿de qué sirve hablarte de estos misterios á ti, que eres peor que el diablo, con cuyo título te han honrado, porque á lo menos el diablo cree y tiembla; y tú eres un incrédulo en religión y en ciencia, y continuarás siéndolo hasta el cumplimiento de tu destino, que, como me aseguran tu horóscopo y fisonomía, se terminará por la intervención de una horca?

— Si esto sucede—respondió Oliverio con tono de resignación—será por haber sido un servidor harto agradecido para no ejecutar las órdenes de mi real dueño.

Luís soltó una de aquellas sardónicas carcajadas que le eran habituales.

— Ahora diste en el hito, Oliverio — exclamó—y por María Santísima lo merezco, pues yo he promovido el combate. Pero háblame seriamente: ¿has descubierto en las disposiciones que se toman, con respecto á nosotros, algo que deba hacer sospechar malas intenciones?

— Señor — respondió Oliverio—Vuestra Majestad y su sabio astrólogo buscan sus agüeros en los astros y en el ejército de los cielos: yo, que sólo soy un reptil terrestre, no puedo formar juicio sino de lo que se encuentra en el círculo de mi esfera. Paréceme que no se tienen aquí para Vuestra Majestad todos aquellos cuidados y atenciones que prueban que se recibe con placer á un huésped de clase tan superior á la suya. El duque, esta noche, pretextando mucha fatiga, sólo ha acompañado á Vuestra Majestad hasta la puerta de la calle, encargando á los oficiales de su casa que viniesen haciendo

sus veces hasta aquí. Estos aposentos han sido arreglados precipitadamente y con muy poco primor. Esos tapices están mal colocados... ved, en uno de ellos podéis observar que las figuras andan patas arriba, y las raíces de los árboles tocan al cielo-raso.

—Bueno, bueno — dijo el rey — este es un accidente ocasionado por la precipitación. ¿Me vistes nunca hacer caso de semejantes bagatelas?

—No merecieran la pena que Vuestra Majestad pensase un instante en ellas — replicó Oliverio — si no indicasen el grado de respeto por Vuestra Majestad que los oficiales del duque observan en su amo. Esté Vuestra Majestad bien seguro que si el duque hubiera dado muestras de desear que nada le faltase á Vuestra Majestad bajo todos respectos, el celo de sus servidores hubiese hecho en un minuto el trabajo de un día.

Y señalando un jarro y palangana que había en el cuarto:

—¿Desde cuándo — añadió — se destinan al servicio de Vuestra Majestad vasos y efectos que no sean de plata?

—Esta última observación, Oliverio — dijo el rey con forzada sonrisa — toca demasiado á tus ocupaciones habituales para responder á ella. Es verdad que cuando no era más que un refugiado, un proscrito, me servían en vajilla de oro por orden de este mismo Carlos, que creía entonces no ser la plata metal digno del Delfín, aunque le parece ahora demasiado precioso para el rey de Francia. Pues bien, Oliverio, vámonos á acostar. Tomamos una resolución, la hemos ejecutado, y no tenemos que hacer más que desempeñar con despejo el papel que nos toca representar. Conozco á mi primo de Borgoña: cierra como los toros los ojos cuando se dispone á embestir: no hay más que espiar ese momento, como los toreadores que vi en Burgos, y su misma impetuosidad le pone á mi discreción.



CAPÍTULO XXVII.

La explosión.

Cuando el relámpago, surgiendo súbito de entre las nubes, aparece en el mediodía, ofúscase nuestra vista, teme el oído y el asombro nos deja mudos.

THOMSON. — *El Verano.*

El último capítulo estaba destinado, como lo indicaba su título, á recopilar en cierto modo los sucesos anteriores, para poner al lector en el estado de poder formar juicio por sí mismo de las relaciones que mediaban entre el rey de Francia y el duque de Borgoña, cuando Luís, acaso por el crédito que daba á la astrología, que le había asegurado favorable resultado en esta empresa, é inducido sin duda en gran parte por el íntimo convencimiento de la ventaja que llevaba á Carlos por la superioridad de sus luces y conocimientos, había tomado la resolución extraordinaria é inexplicable bajo cualquier otro punto de vista, de confiar su persona á la fe de un soberbio é irritado enemigo: resolución tanto más inconcebible y temeraria, cuanto en aquellos tiempos de desórdenes abundaban ejemplos de que los más formales y auténticos salvo-conductos no ofrecieran segura garantía á las personas á cuyo favor se otorgaran. En efecto, el asesinato del abuelo del duque en el puente de Montereau y en la misma presencia del padre de Luís XI, cuando tuvieron una entrevista en aquel sitio con la mira de restablecer la paz y adoptar las bases de una amnistía general, era para Carlos de Borgoña un ejem-

plo de los más terribles, si se hubiese hallado en disposición de imitarle.

Pero el carácter de este príncipe, aunque violento, arrogante, colérico y porfiado, no dejaba de tener cierta generosidad y buena fe cuando no le arrastraba el ímpetu de sus pasiones: estas dos virtudes sólo son del todo desconocidas á los temperamentos más fríos. No quiso incomodarse para



hacer al rey mejor recibimiento de lo que exigían las leyes de la hospitalidad; pero tampoco demostró designio alguno de traspasar los sagrados límites que prefijan aquellas.

Al otro día de la llegada del rey hubo una revista general de las tropas del duque de Borgoña; y eran en tan gran número, y se presentaban tan bien armadas y equipadas, que acaso celebró Carlos tan favorable coyuntura para ofrecer este espectáculo á su gran rival. Al paso que, con toda la atención que debe un vasallo á su señor feudal, le decía que aquellas tropas eran las del rey y no las suyas, el movimiento de su labio superior y el rayo de arrogancia que brillaba en sus ojos indicaban con harta claridad lo insignificante de

este cumplido, y la certeza en que estaba de que un ejército tan lucido, exclusivamente á sus órdenes, estaba tan dispuesto á marchar sobre París, como á cualquiera otra parte que se le antojase. Lo que probablemente aumentaba la mortificación de Luís, era distinguir en él muchas banderas de caballeros franceses, no tan sólo de Normandía y de Bretaña, sí que también de provincias las más inmediatamente sometidas á su autoridad; que por diversos motivos de disgusto se ligaran con el duque de Borgoña, é hicieran causa común con él.

Consecuente con su carácter, manifestó Luís hacer muy poco caso de estos malcontentos, mientras en realidad calculaba en su interior los medios que podría adoptar para separarlos del servicio de Borgoña é incitarlos á entrar en el suyo; y resolvió hacer sondear secretamente á Oliverio y otros agentes sobre este punto á los principales de ellos.

Él mismo trabajó con esmero, pero con la mayor precaución, para captarse la voluntad de los primeros oficiales y consejeros de Carlos, empleando al efecto los medios de que sabía valerse, tratándoles con respeto y consideración, dispensándoles con maña ciertas lisonjas de vez en cuando, y haciéndoles con liberalidad algunos regalos, no, según decía, para que faltasen á la fidelidad que debían á su augusto amo, sino con el fin de excitarlos á hacer todos sus esfuerzos para mantener la paz entre Francia y Borgoña, objeto muy loable en sí mismo, y tan evidentemente dirigido á asegurar la felicidad de ambos países y de los príncipes que los gobernaban.

Las atenciones de un poderoso y sagacísimo monarca adelantaban ya mucho por sí mismas: las adulaciones producían nuevo efecto, y los regalos, que las costumbres de aquel tiempo permitían á los cortesanos borgoñones aceptar sin escrúpulo, obtenían aún mayores ventajas. Salieron á la caza del jabalí, y cuando el duque, lleno de ardor en todo lo que emprendía, ya fuesen negocios políticos ú objetos de diversión, se entregaba enteramente al placer de este ejercicio, Luís, libre de la sujeción de su presencia, halló medio de hablar ocultamente y á solas con varios de los cortesanos en quienes se suponía poderoso influjo sobre el ánimo de Carlos, entre los cuales no fueron olvidados Hymbercourt y

Comines. Con las insinuaciones que hizo á estos dos hombres distinguidos, no dejó de mezclar ciertos elogios de valor y talento militar del primero, como á la fina censura y conocimientos literarios del futuro historiador de aquella época.

Esta ocasión de poder personalmente conciliarse, ó sobornar si se quiere, los ministros de Carlos, era acaso lo que se proponía el rey como uno de los principales objetos de su visita, en el supuesto de que sus roncerías no surtiesen buen efecto en el mismo duque. Existían tantas relaciones entre la Francia y la Borgoña, que muchos nobles de este país tenían en el primero intereses presentes ó esperanzas futuras: y el favor de Luís podía serles tan útil en esta parte, como perjudicial su disgusto.

Muy idóneo para este género de maquinaciones como para todas las demás, liberal hasta la profusión cuando lo exigía el logro de sus proyectos, sumamente hábil para dar tanto á sus proposiciones como á sus regalos plausible apariencia, logró el rey someter el orgullo de los unos al yugo del interés, y presentar á los otros, verdaderos ó simulados patriotas, el bien común de la Francia y de la Borgoña como ostensible motivo, en tanto que el beneficio personal de cada uno, semejante á la rueda oculta que da impulso á una máquina, no dejaba de obrar poderosamente por más que no estuviesen á la vista los resortes. Sabía conocer el cebo que convenía á cada uno y el modo de presentarle. Escurríanse sus regalos en la manga de los que eran harto orgullosos para tender la mano; y no ponía la menor duda en que su generosidad, cayendo como el rocío silenciosa é imperceptiblemente, produciría en tiempo oportuno abundante cosecha, por lo menos de buena voluntad y quizá de buenos oficios, en favor del que hacía el obsequio. En fin, aunque desde mucho tiempo tenía abierto el camino por medio de sus agentes, para procurarse en la corte de Borgoña una influencia que pudiese ser ventajosa á los intereses de Francia, sus esfuerzos personales, con el auxilio seguramente de los informes previamente recibidos, hiciéronle adelantar más en pocas horas de lo que consiguieran en muchos años de negociaciones los instrumentos empleados hasta entonces.

Existía en la corte de Borgoña un individuo que Luís deseaba ardientemente atraer á su partido, á quien buscara

inútilmente desde su llegada: era el conde de Crève-Cœur. Muy lejos de estar resentido contra él á causa de la firmeza que desplegó como embajador en el castillo de Plessis, halló por el contrario en su conducta y carácter nuevo motivo para granjearse su amistad si fuese posible. No le agradó mucho, por consiguiente la noticia de que el conde había marchado á la cabeza de cien lanzas á las fronteras de Brabante, para socorrer al Obispo en caso necesario, ya fuese contra Guillermo de la Marck, ó contra sus propios vasallos descontentos; pero consolóse con la idea de que la aparición de aquella fuerza unida á los avisos despachados por fieles mensajeros, impedirían que estallasen en aquel país alborotos prematuros que preveía pudieran hacer muy precaria su situación.

La corte comió en el bosque á medio día, como se acostumbraba frecuentemente en aquellas grandes cacerías, lo que esta vez fué muy del agrado del duque, que deseaba libertarse todo lo posible de aquella solemne y ceremoniosa atención que en todo otro caso se veía obligado á observar con Luís. Realmente, el profundo conocimiento que tenía el rey de las debilidades de la naturaleza humana, fascinárale en esta ocasión. Creyó que el duque no hallaría palabras para expresar la satisfacción de recibir de su soberano semejante prueba de condescendencia y confianza; pero no tuvo presente que la dependencia en que se hallaba el ducado de Borgoña de la corona de Francia, era una secreta y amarga mortificación para un príncipe tan rico, soberbio y poderoso como Carlos, que por cierto nada deseaba tanto como convertir su ducado en reino independiente. La presencia del rey en su propia corte imponíale la obligación de representar en ella el papel secundario de vasallo, y de cumplir diferentes actos de sumisión y acatamiento feudal, lo que en un hombre de tan altivo carácter parecía perjudicar á la calidad de príncipe soberano, que en toda ocasión afectaba sostener en cuanto le era posible.

Pero la misma llaneza que se gastó comiendo sobre el verde césped y abriendo toneles al són de las bocinas, con toda la libertad que permite un banquete campestre, le impulsó con mayor fuerza á observar en el festín de la tarde todas las leyes de la más solemne etiqueta.

Habiéndose dado órdenes anticipadas al efecto, al entrar en Perona, el rey Luís encontró un banquete preparado con un esplendor y magnificencia digna de la opulencia de su formidable vasallo, que poseía casi todos los Países-Bajos, entonces la más rica comarca de Europa. Estaba el duque sentado á la testera de una gran mesa que gemía bajo el peso de una vajilla de oro y plata, en que se sirvieran con profusión los más exquisitos manjares. Á su derecha, y en silla más elevada, estaba el rey su huésped; detrás del duque, á un lado, el hijo del duque de Gueldres, que desempeñaba las funciones de gran escudero trinchante, y al otro su bufón Glorioso, que casi nunca se separaba de él; pues, como la mayor parte de los hombres de su carácter ordinario é impetuoso, Carlos llevaba al extremo el gusto general por los locos y bufones, que reinaba en todas las cortes de aquel siglo; experimentando al verles desplegar sus debilidades mentales, ó al escuchar sus extravagantes agudezas, aquel placer que su rival más inteligente, pero no más benévolo, prefería encontrar en la observación y examen de las imperfecciones de la humanidad, considerada bajo un punto de vista más noble, riéndose de «los temores del valiente y de las locuras del sabio.» Y, en efecto, si es verdad, como lo refiere Brantome, que un loco de corte, habiéndole oído á Luís XI en uno de sus arrebatos de arrepentimiento y devoción confesar que había sido cómplice en el envenenamiento de su hermano Carlos, duque de Guiena, y que lo contó al día siguiente en la mesa delante de toda la corte reunida, es de creer que los chistes de los locos de profesión tuvieron muy pocos atractivos para este monarca en todo el resto de su vida.

En esta ocasión no se desdeñó sin embargo de fijar su atención en el loco favorito del duque y aplaudir sus respuestas. Lo hizo con tanto mayor gusto, cuanto que observó que aun cuando la locura de Glorioso se expresase frecuentemente con grosería, no dejaba de contener más finura y mordacidad de la que suele hallarse por lo común entre los hombres de su clase.

Realmente, Tiel Wetzweiller, por sobrenombre Glorioso, distaba mucho de ser un bufón de ordinario temple. Era alto, buen mozo y sobresalía en gran número de ejercicios, lo que parecía apenas conciliarse con la imbecilidad mental, pues

necesitó por lo menos de gran paciencia y atención para adquirir estos conocimientos. Seguía ordinariamente al duque á las cacerías y aun á la guerra; y en la batalla de Montlhery, cuando este príncipe corrió grave riesgo, habiendo sido herido en la garganta y hallándose á pique de ser hecho prisionero por un caballero francés que tenía ya asidas las riendas de su caballo, Tiel Wetzweiller atacó á este enemigo con tal denuedo, que le derribó y libertó á su señor. Acaso temió que este servicio pareciese harto importante para un hombre de su condición y le suscitase enemigos entre los caballeros y señores que abandonaron al loco de la corte el cuidado y seguridad de su soberano: lo cierto es que, en lugar de solicitar elogios por esta hazaña, procuró solamente provocar la risa á sus expensas, é hizo tantas fanfarronadas por el modo con que se condujo en la batalla, que muchos creyeron que el socorro ofrecido tan oportunamente al duque era una circunstancia imaginaria, como todo el resto de su narración. En aquel lance recibió el epiteto de *Glorioso*, y no se le llamó en adelante de otra manera.

Glorioso se presentaba ricamente vestido y casi nada conservaba del ordinario traje de la gente de su clase; y si algo aparecía aún en él, expresaba esto más bien un carácter simbólico que literal. En lugar de llevar rapada la cabeza, abundantes rizos de su largo cabello salían por debajo de su gorro y reuníanse á una barba bien peinada y dispuesta con simetría: sus facciones eran proporcionadas, y pudieran aun pasar por hermosas, á no ser por cierto extravío que se notaba en el brillo de sus ojos. Una pequeña tira de terciopelo colocada en la parte superior de su gorro, parecía anunciar mejor que representar la cresta de gallo, atributo distintivo de un loco de profesión. Su vara de ébano remataba, según costumbre, en una cabeza de loco, de plata, con orejas de asno; pero era tan pequeña y delicadamente esculpida, que, á no examinarse muy de cerca, pudiera creerse que llevaba el bastón de oficio de alguna dignidad más grave. Tales eran en todo su traje las únicas insignias que diesen á conocer su estado. En todo lo demás, rivalizaba en magnificencia con la mayor parte de los caballeros cortesanos. Notábase en su gorro una medalla de oro, y en su cuello una hermosa cadena del mismo metal, sus ricos vestidos no eran más caprichosos que los de

aquellos jóvenes petimetres extremados en la moda del día.

Carlos, y Luís para imitar á su primo, dirigieron la palabra varias veces á este personaje durante la comida, y ambos riendo con satisfacción, manifestaban cuánto les divertían las respuestas de Glorioso.

—¿Para quién son esas dos sillas desocupadas?—preguntóle Carlos.

—Una de ellas por lo menos debería pertenecerme por derecho de sucesión—respondió Glorioso.

—¿Y por qué, tunante?—dijo Carlos.

—Porque son para el barón de Hymbercourt y el señor de Comines, que han ido tan lejos para hacer volar sus halcones, que olvidaron la comida. Es así que los que prefieren un halcón volando á un faisán en la mesa son próximos parientes de los locos: luego yo debería tener derecho á sus sillas en la mesa, como parte que forman de su herencia de bienes muebles.

—Ese es un chiste que ya peina canas, amigo Tiel—dijo el duque:—pero sean locos ó sabios, hé aquí que llegan para reparar su falta.

Comines é Hymbercourt entraban en este instante en el salón, y después de haber saludado respetuosamente á los dos príncipes, fueron á ocupar silenciosos los asientos que se les habían reservado.

—¡Y bien, señores!—dijo el duque—preciso es que vuestra caza haya sido muy buena ó muy mala, pues perdisteis en ella tanto tiempo; pero ¿qué es esto, señor Felipe de Comines? ¿qué triste ademán es el vuestro? ¿Os ha ganado Hymbercourt alguna apuesta de consideración? Sois un filósofo, y deberíais sobrellevar con mayor resignación los caprichos de la fortuna. ¡Por san Jorge! Hymbercourt me parece que está tan consternado como tú. ¿Qué quiere decir esto, señores? no disteis con ninguna pieza de caza? perdisteis los halcones? ¿se os ha presentado alguna bruja? ¿os ha salido al encuentro en el bosque el cazador *fantasma?* (1) Por vida mía, más bien parece que asistís á un entierro que á un festín.

---

(1) La famosa aparición á que se llama á veces el *Gran Cazador*. Sully nos habla de este espectro.

Mientras hablaba el duque de este modo, los ojos de todos los circunstantes se habían dirigido á Hymbercourt y Comines. Estaban ambos muy distantes de ser de aquella clase de hombres en quienes es habitual la expresión de penosa melancolía, razón por la cual fueron más notadas su consternación y desmadejamiento. El buen humor y la alegría debida en gran parte á los copiosos brindis de excelente vino, desaparecieron casi al punto mismo; y sin que nadie pudiese indicar la causa de esta mudanza repentina en la disposición general de los ánimos, cada uno se puso á hablar al oído de su vecino como si estuviese aguardando alguna noticia importante é inesperada.

—Qué significa ese silencio, señores?—exclamó el duque levantando la voz, que ya tenía naturalmente muy alta.—Si venís á nuestro banquete con tan extraño aspecto y taciturnidad, más nos valiera que permanecièseis aún en los pantanos cazando garzas reales ó más bien buhos y mochuelos.

—Señor—dijo Comines—cuando regresábamos de la selva encontramos al conde de Crève-Cœur.

—¡Cómo! ¿Tan pronto ha vuelto del Brabante? Presumo que todo estará tranquilo por allá.

—El mismo conde informará dentro de poco á Vuestra Alteza de las noticias que trae—dijo Hymbercourt—nosotros las sabemos muy imperfectamente.

—¿De veras? Y ¿dónde está el conde?

—Se está vistiendo otro traje para presentarse á Vuestra Alteza—respondió Hymbercourt.

—¡Otro traje, vive Dios! ¿Qué me importa su traje?—exclamó el impaciente príncipe.—Creo que todos habéis conspirado con él para hacerme perder la cabeza.

—Para hablar con mayor franqueza—dijo Comines—desea comunicar las noticias que trae en audiencia particular.

—¡Fuego de Dios!—exclamó Carlos.—He aquí, señor, cómo se portan siempre con nosotros nuestros consejeros. Cuando pueden hacerse con alguna nueva que juzgan de algún interés para nuestro oído, toman inmediatamente un aire de gravedad, y se muestran tan orgullosos de lo que traen, como un borrico de una albarda nueva. Decid á Crève-Cœur que se presente aquí sin demora. Llega de las fronteras de Lieja; pero yo, por lo menos—dijo cargando el acento en el

pronombre personal — no tengo en aquel país ningún secreto que no se pueda publicar en presencia de todo el mundo.

Todos estaban en la creencia de que las muchas botellas que había apurado el duque aumentarían su terquedad natural; y aunque varios de sus cortesanos hubieran querido hacerle presente que no era aquella buena ocasión ni para recibir noticias ni para una sesión en el Consejo, sin embargo, harto conocían la impetuosidad de su carácter, para atreverse á hacerle objeción alguna; todos, de consiguiente, quedaron aguardando con ansiedad las novedades que el conde podría comunicar.

Pasáronse algunos minutos, durante los cuales permaneció el duque con los ojos fijos en la puerta con ademán de extrema impaciencia, en tanto que todos los convidados los tenían bajos y dirigidos á la mesa como para ocultar su curiosidad é inquietud. Luís, únicamente, conservaba la mayor serenidad, y hablaba alternativamente con Glorioso y el gran escudero trinchante.

Por fin llegó Crève-Cœur. Luégo que puso el pié en el salón, el duque le saludó preguntándole precipitadamente:

— Y bien, señor conde, ¿qué hay de nuevo en Lieja y en Brabante? La noticia de vuestra llegada ha desterrado la alegría de nuestra mesa; mas espero que vuestra presencia la restablecerá.

— Señor — respondió Crève-Cœur con tono firme pero lúgubre—las noticias que traigo son más propias para ser oídas en el Consejo que en la mesa del festín.

— ¿Qué diablos pueden ser? — exclamó el duque. — Quiero saberlas, aunque tuviéseis que noticiarme la venida del Antecristo; pero, voy á adivinarlo. Los liejenses se han rebelado otra vez.

— Esta es la verdad, señor—dijo Crève-Cœur.

— Ya véis — continuó el duque — cómo he acertado en un momento lo que tanto recelabais decirme. ¿Con que esos artesanos sin juicio han vuelto á tomar las armas?... Esta noticia no podía llegar más á propósito—añadió, dirigiendo á Luís una mirada llena de hiel y resentimiento, por más que evidentemente procurase moderarse—pues puedo consultar á mi señor feudal sobre el modo de reprimir á esos revoltosos. ¿Traéis todavía más noticias en vuestra maleta, conde?

Abridla sin recelo; y dadme cuenta en seguida del motivo por qué no corristeis en socorro del obispo.

—Me cuesta trabajo, señor, tener que participar á Vuestra Alteza las demás novedades, porque sé que os afligiréis al oirlas. Mi socorro y el de todos los caballeros del mundo no hubieran sido de utilidad al digno prelado. Guillermo de la Marck, auxiliado de los liejenses rebeldes, se apoderó de Schonwaldt, y le asesinó en su propio castillo.

—*¡Le asesinó!*—repitió el duque con voz hueca y baja, que fué oída sin embargo en todos los ángulos del salón.— —Habrás recibido algún parte falso, Crève-Cœur... ¡eso es imposible!

—¡Ah señor!—respondió Crève-Cœur—lo sé por un testigo ocular, por un arquero de la guardia escocesa del rey de Francia, que se hallaba en la sala en el momento de cometerse el crimen por orden de Guillermo de la Marck.

—Y que sin duda era fautor y cómplice de este horrible sacrilegio—exclamó el duque levantándose y dando una patada con tanto furor que hizo pedazos la tarimilla que tenía á sus piés.—Cerrad las puertas de esta sala, caballeros; guardad las ventanas; que ningún extranjero, so pena de la vida, se separe del lugar que ocupa. ¡Gentiles-hombres de mi cámara! desenvainad los aceros. Y volviéndose hacia Luís, avanzó lentamente la mano, pero con ademán determinado, al puño de su espada, mientras que el rey, sin mostrar ningún temor, ni aun ponerse en actitud de defensa, le decía fríamente:

—Esta noticia os ha trastornado el juicio, querido primo.

—No—replicó el duque con acento terrible—pero ha despertado un justo resentimiento que yo había dejado dormitar demasiado tiempo por vanas consideraciones de lugares y circunstancias. ¡Asesino de tu hermano! ¡rebelde contra tu padre! ¡tirano de tus vasallos! ¡aliado traidor! ¡rey perjuro! ¡caballero sin honra! Gracias al cielo, caíste por fin en mis manos.

—Dad más bien gracias á mi locura—dijo el rey.—Cuando nos encontramos en Montlhery con menos desigualdad de fuerzas, presumo que hubiérais querido hallaros más distante de mí de lo que estáis ahora.

Continuaba el duque con la mano en el puño de la espada; pero no la desenvainó. Parecía repugnarle hacer uso de ella

contra un enemigo que no trataba de defenderse, y cuyo ademán tranquilo no podía disculpar ningún acto de violencia.

Entre tanto reinaba en la sala una confusión general. Habíanse cerrado las puertas á la primera orden del duque y tanto éstas como las ventanas estaban bien custodiadas, pero muchos caballeros franceses se habían levantado disponiéndose á defender á su soberano. Luís no había hablado una palabra al duque de Orleans ni á Dunois, desde que habían sido puestos en libertad, sacándolos por disposición suya del castillo de Loches, si es que podía llamarse libertad ser conducidos como se veían con el séquito del rey, antes bien como objeto de desconfianza y sospechas que de atenciones y afecto. Sin embargo, la voz de Dunois fué la primera que se oyó en medio del tumulto y dirigiéndose al duque de Borgoña le dijo:

—Señor duque, olvidáis que sois vasallo de la Francia, y que nosotros, vuestros convidados, somos todos franceses. Si levantáis la mano contra nuestro soberano, preparaos á los más violentos efectos de la desesperación: en este caso tened entendido que apagaremos nuestra sed con sangre de Borgoña, como acabamos de hacerlo con su vino. Ánimo, príncipe de Orleans; y vosotros, caballeros franceses, colocaos á mi lado é imitadme.

Estos son los lances en que conoce un rey los vasallos con quienes puede contar. Los pocos caballeros y señores independientes que habían seguido á Luís, la mayor parte de los cuales no recibieran de él más que desprecios y disfavor, se pusieron inmediatamente al lado de Dunois, sin que les impusiera una fuerza infinitamente superior, que no les dejaba más esperanza que una muerte gloriosa; y se abrieron camino hacia la testera de la mesa donde se hallaban los dos príncipes.

Aquellos, por el contrario, á quienes Luís había sacado de la nada para confiarles destinos importantes, que no merecían, se mostraron fríos y cobardes; y permaneciendo tranquilamente sentados, parecían resueltos á conformarse con su destino, sin entrometerse en aquel asunto, por más peligros que corriese su bienhechor.

Á la cabeza del partido más generoso y leal estaba el venerable lord Crawford que, con una agilidad que nadie hubiera

esperado de su edad, se hizo paso venciendo toda oposición. Es justo, sin embargo, decir que no fué ésta mucha; pues ya por pundonor, ó por oculto deseo de evitar el golpe que amagaba á Luís, la mayor parte de los caballeros borgoñones se apartaron para dejarle pasar. Colocándose atrevidamente entre el rey y el duque echóse á un lado la gorra, de la que se escaparon los blancos mechones de su cabello; sus pálidas mejillas y arrugada frente recobraron los colores de la juventud; brilló en sus ojos empañados por la edad toda la viva llama de un guerrero mancebo dispuesto á un acto de valor y de desesperación; y envolviendo su brazo izquierdo con la capa que le colgaba del hombro, desenvainó con la diestra el acero.

—He combatido por su padre y por su abuelo—exclamó: —¡por san Andrés! suceda lo que quiera, no le abandonaré en este trance.

Todo esto, que nos ha ocupado algún tiempo para contarlo, pasó con la rapidez de un relámpago, pues no bien el duque había tomado una actitud amenazadora, que ya Crawford se colocara entre él y el objeto de su venganza, y no se hallaba muy distante Dunois con los caballeros franceses apretados en torno suyo.

El duque de Borgoña seguía con la mano apoyada en su espada, y parecía disponerse á dar la señal de un ataque general, cuyo resultado hubiera sido infaliblemente la muerte y destrucción del partido más débil, cuando Crève-Cœur se adelantó con ímpetu, exclamando con estentórea voz:

—¡Señor duque de Borgoña! pensad lo que váis á hacer. Estáis en vuestra casa; sois vasallo del rey. No derraméis bajo vuestro techo la sangre de un huésped, la sangre de vuestro soberano, en el trono mismo que habéis levantado para él, y en el que se sentó bajo vuestra salvaguardia. Por consideración al terso honor de vuestra familia, no queráis vengar un asesinato horrible con otro más horrible todavía.

—Retírate, Crève-Cœur—contestó el duque—y déjame saciar mi venganza. Retírate, digo: la cólera de los príncipes es tan temible como la del cielo.

—Sí—añadió Crève-Cœur, con firmeza—pero sólo cuando es justa como la de Dios. Permitidme suplicaros que reprimáis el primer ímpetu de vuestro genio, por más justamente ofen-

dido que estéis. Y vosotros, caballeros franceses, toda resistencia es inútil: no tengáis á mal que os empeñe á evitar cuando pudiera promover la efusión de sangre.

—Tiene razón—dijo Luís, á quien la serenidad de ánimo no abandonó en esta crisis espantosa, y quien preveía que, empezándose el choque, el mismo calor de la contienda produciría excesos que se evitarían pudiendo conservar la paz.—Primo de Orleans, mi querido Dunois, valiente Crawford, no suscitéis desgracias y derramamientos de sangre, dándoos por agraviados con tanta precipitación. Mi primo el duque está irritado por la noticia de la muerte de un amigo íntimo á quien amaba, del venerable obispo de Lieja, cuyo asesinato siento yo tanto como él. Antiguos y por desgracia nuevos motivos de disturbios le inducen á sospechar que haya yo podido tomar parte en un crimen que me llena de horror. Si mi huésped quisiese asesinarme en este mismo salón, á mí que soy su rey y su pariente, bajo la falsa suposición de haber cooperado al exterminio del prelado, todos vuestros esfuerzos, lejos de aliviar nuestro destino, le agravarían sin duda. Así pues, Crawford, retiraos. Aun cuando debieran ser estas mis últimas palabras, hablo como rey á un oficial mío y exijo obediencia; retiraos, y si os lo reclaman, rendid vuestro acero: yo os lo mando, y vuestro juramento os obliga á cumplir mis órdenes.

—Asi es, señor—respondió Crawford, retrocediendo algunos pasos y volviendo á envainar su espada.—Esta es la verdad; pero si me hallase á la cabeza de setenta de mis valientes así como me agobia igual número de años, por vida mía, quisiera ver cómo se lucen esos señoritos con sus cadenas de oro y las preseas que brillan en sus sombreros.

El duque permaneció largo rato con los ojos clavados en el suelo, y dijo después con amarga ironía:

—Tienes razón, Crève-Cœur—mi honor exige que no pague tan precipitadamente como había resuelto á impulsos de mi furor, los beneficios que debo á ese huésped virtuoso, á ese gran monarca, á ese amigo fiel. Obremos de esta suerte para que la Europa entera reconozca la justicia de nuestros procedimientos. ¡Caballeros franceses! fuerza es que entreguéis vuestras armas á mis oficiales. Vuestro señor ha roto la tregua, y no tiene derecho á reclamarla. Sin embargo, por atención á

vuestros nobles sentimientos, y por respeto á la dignidad que ha deshonrado y á la estirpe de que se ha hecho indigno, no exigiré que mi primo Luís rinda su acero como los demás.

— Ninguno de nosotros lo rendirá ni saldrá de este salón— dijo en alta voz Dunois — sin estar cierto de la seguridad de nuestro rey.

— Ningún individuo de la guardia escocesa depondrá sus armas — añadió Crawford — sin orden expresa del rey de Francia ó de su gran condestable.

— Valiente Dunois — dijo el rey— y vos, mi leal Crawford, vuestro celo me será más perjudicial que útil. Confío más— añadió con dignidad—en la justicia de mi causa, que en una vana resistencia que costaría la vida á mis mejores y más esforzados vasallos. Rendid vuestras armas: los nobles borgoñones que recibirán estas honrosas prendas, os protegerán, como á mí, mejor de lo que pudiérais hacer vosotros mismos. Rendid vuestras armas: el rey os lo manda.

De este modo, en tan peligrosa crisis, Luís mostró aquella admirable resolución y presencia de ánimo, que era lo único que podía salvarle. No se le ocultaba que mientras no llegasen á las manos, sería fácil contar con los esfuerzos de la mayor parte de los caballeros borgoñones que se hallaban en el salón para calmar el furor de su amo; pero que si se empeñaba una refriega, debía él ser víctima con su corto número de defensores. Sus más encarnizados enemigos confesaron, sin embargo, que esta vez no hubo en la conducta de Luís circunstancia ninguna que pudiese tildarse de cobardía ni bajeza. Evitó cambiar en frenesí los furiosos arrebatos del duque, pero no dió muestras de temor ni de querer calmar su cólera con humillantes súplicas. Continuó mirándole con aquella atención fija y tranquila que se nota en un hombre de corazón intrépido, que está observando los ademanes amenazadores de un loco, y que se halla persuadido de que la serenidad y firmeza serán un freno capaz por sí solo de reprimir insensiblemente el exceso de la demencia misma.

Crawford, obedeciendo la orden del rey, echó su espada á los piés del conde de Crève-Cœur.

—Tomadla — dijo — y regocijaos, ya que el diablo lo permite. Aquel á quien pertenece no se degrada rindiéndola;

pues no hemos tenido libre el campo para medirla con la vuestra.

—Aguardad, caballeros—exclamó el duque con acento cortado, como el de un hombre á quien la cólera permite apenas articular las palabras—guardad vuestras armas: me bastará la palabra que me déis de no hacer uso de ellas. En cuanto á vos, Luís de Valois, debéis consideraros como mi prisionero, hasta que justifiquéis no haber sido cómplice en ese sacrílego asesinato. Conducidle al castillo... á la torre del conde Herberto. Désele facultad de elegir seis personas de su séquito para estar con él... Lord Crawford, es preciso que vuestra guardia se retire del castillo; se le designará otro alojamiento, un alojamiento honroso... Álcense todos los puentes levadizos; ciérrense todos los rastrillos; colóquese triple guardia en las puertas de la ciudad; trasládese el puente de barcas á la orilla derecha del río; apóstese en el circuíto del castillo mi regimiento de walones negros, y triplíquese el número de los centinelas en todos los puntos... Hymbercourt, vos cuidaréis de disponer patrullas de infantería que recorran toda la ciudad de media en media hora durante esta noche, y de hora en hora el día de mañana, si acaso es necesaria todavía esta medida, pues es probable que obraremos con prontitud en este asunto. Por fin, vigilad bien la persona de Luís, si hacéis algún caso de vuestra vida.

Levantóse vivamente de la mesa con el mismo aire de enojo y mal humor, lanzó al rey una mirada de enemistad mortal y salió del aposento con paso precipitado.

—Señores—dijo Luís mirando en torno suyo con dignidad—el dolor por la muerte de su deudo ha causado en vuestro príncipe un arrebato de frenesí. Juzgo que como nobles y caballeros conocéis demasiado vuestro deber, para cooperar con él en alevosas y violentas medidas contra la persona de su señor feudal.

En este instante se oyeron en las calles las diferentes llamadas de cajas y clarines.

—Nosotros somos vasallos de Borgoña — respondió Crève-Cœur, que ejercía las funciones de gran mariscal en la casa del duque — y como tales debemos obrar. Nuestras esperanzas, ruegos y esfuerzos todos se dirigirán á restablecer la paz y unión entre Vuestra Majestad y nuestro señor el duque;

pero entre tanto estamos obligados á ejecutar sus órdenes. Los grandes y caballeros de Borgoña, que están presentes, tendrán á mucho honor hospedar en su casa al ilustre duque de Orleans, al valeroso Dunois, y al venerable lord Crawford. En cuanto á mí, me es preciso ser el gentil-hombre de cámara de Vuestra Majestad y acompañaros á un aposento muy distinto de lo que yo quisiera, atendida la hospitalidad que me acuerdo haber recibido en Plessis. Vuestra Majestad no tiene que hacer más que escoger su séquito: las órdenes del duque le limitan á seis individuos.

—En este caso—dijo el rey, recorriendo con la mirada las personas que le rodeaban, y después de un instante de reflexión—deseo tener cerca de mí á Oliverio el Gamó, á un arquero de mi guardia escocesa, conocido por el sobrenombre de Acuchillado, que puede ir desarmado si así lo queréis, á Tristán el Ermitaño con dos de los suyos á su elección, y á mi fiel y leal filósofo Marcio Galeoto.

— La voluntad de Vuestra Majestad será puntualmente cumplida en todas sus partes—respondió el conde de Crève-Cœur. — Me aseguran—añadió después de haber tomado algunos informes — que Galeoto está cenando muy bien acompañado, pero se le pasará en seguida el aviso. Los demás acudirán inmediatamente á las órdenes de Vuestra Majestad.

—Vamos, pues—dijo el rey—trasladémonos al nuevo alojamiento que me designa la hospitalidad de mi primo. Sé que la plaza es fuerte, espero que no será menos segura.

—¿Sabéis quienes son las personas que el rey Luís ha escogido?—dijo Glorioso en voz baja al conde de Crève-Cœur, siguiendo al monarca que salía de la sala del banquete.

—Sin duda, mi jovial compadre; y ¿qué tienes que decir á esto?

—¡Oh! nada, nada absolutamente, sino que es una elección muy rara: un barbero alcahuete, un matón escocés, el verdugo y dos criados suyos, y por fin, un pícaro charlatán. —Allá voy con vos, Crève-Cœur; quiero subir un grado más en la ciencia de la bribonería observándolos bien cuando los acompañéis al lugar de su destino. Al mismo Satanás le hubiera costado trabajo convocar semejante concilio sin poder gloriarse de ser su más digno presidente.

El bufón, á quien todo se permitía, tomó entonces el brazo de Crève-Cœur y echó á andar con él, mientras que con crecida escolta, pero con todas las demostraciones exteriores de respeto, acompañaba al rey á su nuevo alojamiento (1).

(1) Véase la nota *Q*.





CAPÍTULO XXVIII.

La prisión.

Descansad, pues, vosotros los humildes, ya que tenéis esta dicha: el reposo huye de aquellos cuya frente ciñe una corona.

SHAKSPEARE. — *Segunda parte de Enrique IV,* acto III.

Cuarenta soldados interpolados, uno con la espada desnuda y otro con una antorcha encendida, componían la escolta, ó mejor dicho, la guardia que conducía á Luís XI desde las casas consistoriales de Perona al castillo. Al poner los piés en aquella lóbrega y tétrica fortaleza parecióle oir una voz que le repetía al oído la sentencia que el poeta florentino escribió en la puerta de las regiones infernales: «Vosotros que entráis aquí, renunciad á toda esperanza.»

Si el rey hubiese tenido presente en aquel instante los infelices que á centenares y miles amontonara en los calabozos por ligeras sospechas, y varias veces sin ningún motivo, privándoles de toda especie de libertad y reduciéndoles á maldecir la vida, que sólo conservaban por una especie de instinto animal, acaso habría sentido algún remordimiento en su corazón.

La luz viva de las antorchas ofuscando la de la pálida luna, cuyos rayos resplandecían menos aquella noche que la anterior, y la claridad humosa y rojiza que esparcían por todo aquel antiguo edificio aumentaban todavía lo lúgubre y formidable de la maciza torre que llamaban *del conde Herberto.* Era la misma que Luís había visto el día antes con una espe-

cie de triste presentimiento, y que destinada para su habitación, iba á ocupar ahora, recelando con terror todas aquellas violencias á que el genio iracundo de su poderoso rival podría conducirle en estas bóvedas silenciosas, tan favorables al despotismo.

Para aumentar las penosas impresiones del rey, reparó al cruzar el patio en dos ó tres cadáveres, sobre los cuales habían echado precipitadamente unos capotes de soldado; pero no tardó en distinguir en ellos el uniforme de los arqueros de su guardia escocesa. El destacamento que estaba de facción cerca de las habitaciones del rey, según le informó el conde de Crève-Cœur, no había querido dejarse relevar del punto que se le confió al principio, originándose de aquí una reyerta entre los arqueros y los walones negros del duque, en que hubo varios muertos, antes que los oficiales de ambos cuerpos hubiesen podido restablecer el orden.

—¡Valientes y leales escoceses!—exclamó el rey al ver aquel triste espectáculo—si hubiéseis tenido que combatir hombre á hombre, ni toda Flandes, ni Borgoña pudieran presentar campeones capaces de resistiros.

—No hay duda—dijo el Acuchillado, que iba detrás del rey—pero Vuestra Majestad no ignora que el número sofoca el valor. Pocos hay que puedan hacer frente á más de dos enemigos á la vez. Yo mismo no me expondría á pelear contra tres, á menos de exigirlo mi obligación, en cuyo caso no se sigue regla.

—¡Ah! ¡ah! ¿tú estás aquí, antiguo servidor?—dijo el rey volviéndose á mirarle—¿con que tengo todavía á mi lado un vasallo leal?

—Y un fiel ministro, sea en los consejos, ó en los deberes que tiene que desempeñar cerca de vuestra real persona—dijo con meliflua voz Oliverio el Gamo.

—Todos somos leales—añadió con sequedad Tristán el Ermitaño—porque si el duque mandara dar muerte á Vuestra Majestad, no dejaría la vida á ninguno de nosotros, aun cuando deseásemos conservarla.

—He aquí lo que yo llamo una excelente garantía de fidelidad—dijo Glorioso, que, como ya hemos hecho presente, y con la volubilidad que caracteriza una cabeza destornillada, se había introducido en el acompañamiento.

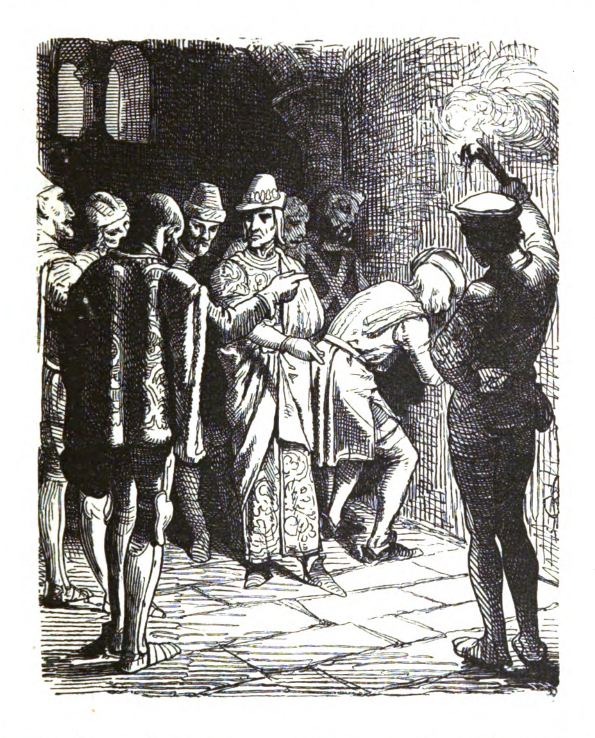
Entre tanto, el anciano alcaide, que fué llamado apresuradamente, estaba haciendo penosos esfuerzos para dar la vuelta á una pesada llave en la cerradura de la puerta de aquella antigua prisión gótica, que parecía abrirse con dificultad, y se vió obligado á pedir auxilio á uno de los soldados de Crève-Cœur. Luégo que estuvo abierta entraron seis hombres cón antorchas y mostraron el camino por un corredor angosto y tortuoso, dominado de trecho en trecho por tronerillas y barbacanas abiertas en el espesor de los macizos muros. Hallábase al fin de este pasaje una escalera de igual rudeza que aquél, cuyos escalones sólo eran unos grandes pedazos de roca toscamente cortada á pico y de altura desigual. En lo alto de la escalera, una puerta de hierro les dió paso á lo que se llamaba la gran sala de la torre, donde apenas penetraba la luz á mitad del día, pues sólo llegaba á ella por aberturas que el grueso excesivo de las murallas hacía parecer más estrechas, y mejor tenían traza de rendijas que de ventanas. Sin el resplandor de las antorchas hubiera reinado en ella en aquel momento una oscuridad absoluta. Dos ó tres murciélagos ú otras aves de mal agüero, despertados por esta claridad inusitada, revolotearon al rededor de las hachas y por poco las apagaron; en tanto que el alcaide se excusaba con el rey de no hallarse en mejor estado los principales aposentos del castillo, pretextando la falta de tiempo para prepararlos, y añadiendo que realmente aquel salón había estado veinte años sin servir, y que aun antes, según había oído decir, desde el tiempo del rey Carlos el Simple, era rarísima vez habitado.

—¡De Carlos el Simple! —repitió Luís—ya conozco ahora la historia de esta torre. Aquí fué asesinado por traición de su pérfido vasallo, Herberto, conde de Vermandois, según aseguran nuestros cronistas. Ya sabía yo que debía haber relativamente al castillo de Perona una tradición, cuyas circunstancias no recordaba. ¡Con que aquí recibió la muerte uno de mis predecesores!

—No aquí, no precisamente aquí—dijo el viejo alcaide adelantándose con el ademán atareado de un charlatán muy contento en relatar la historia de las curiosidades que muestra al público—fué un poquito más lejos, en un gabinete que da al dormitorio de Vuestra Majestad.

Abrió muy listo una puerta situada al otro extremo del

aposento, que conducía á un dormitorio pequeño, según estilo en aquellos antiguos edificios; pero más cómodo, por esta misma razón, que la gran sala que acababan de atravesar. Se habían hecho en él precipitadamente algunos preparativos para recibir al rey, como cubrir las paredes de tapices, encender lumbre en una chimenea sin servicio muchos años



hacía, y echar colchones en el suelo, conforme se usaba entonces, para los que debían pasar la noche en el cuarto del rey.

—Voy á mandar que preparen camas en la antesala para el resto de vuestro séquito, señor—dijo el charlatán anciano—suplico á Vuestra Majestad que disimule. ¡He tenido tan poco tiempo para dar disposiciones!... Ahora, si es del agrado de Vuestra Majestad pasar por esa puertecita que cu-

bren los tapices, verá el pequeño y antiguo gabinete abierto en el espesor de la misma pared, donde Carlos fué asesinado. Hay en él un pasillo secreto que comunica con el patio, por el cual penetraron los hombres encargados de darle muerte. Vuestra Majestad, cuya vista presumo será mejor que la mía, podrá distinguir en el suelo las manchas de sangre, á pesar de haberse pasado más de quinientos años desde aquel acontecimiento.

Diciendo esto se dispuso á abrir la puertecita de que hablaba.

—Aguarda, anciano—le dijo el rey deteniéndole el brazo—aguarda un poco todavía, y tendrás que contar una historia más reciente y podrás enseñar manchas de sangre más frescas. ¿Qué os parece, conde de Crève-Cœur?

—Sólo puedo deciros, señor—respondió el conde—que estos aposentos se hallan á la disposición de Vuestra Majestad como los que ocupaba en el castillo de Plessis, y que la guardia exterior está confiada á Crève-Cœur, nombre que no se denigró jamás con una sospecha de traición ó de asesinato.

—¿Pero el pasillo secreto de que habla ese anciano y se encuentra en ese gabinete?—dijo Luís en voz baja y con tono de inquietud, apretando con una mano el brazo de Crève-Cœur, mientras con la otra le indicaba el cuarto referido.

—Eso será algún sueño de Mornay—respondió Crève-Cœur—alguna antigua y absurda tradición de este castillo; pero voy á cerciorarme de ello.

Iba á abrir la puerta, cuando Luís deteniéndole, le dijo:

—No, Crève-Cœur, no; vuestro honor me es suficiente garantía. Pero ¿qué piensa hacer de mí vuestro duque? No es regular que me tenga mucho tiempo prisionero... En una palabra, Crève-Cœur, manifestadme vuestra opinión.

—Señor—respondió el conde—Vuestra Majestad puede juzgar por sí mismo cuán grande debe de haber sido el sentimiento del duque de Borgoña á causa del horrible asesinato de uno de sus aliados y más próximos parientes; y *sólo* Vuestra Majestad se halla en estado de saber los motivos que tenga para presumir que los autores de este crimen hayan sido impulsados á él por los emisarios de Vuestra Majestad;

pero mi señor tiene una nobleza de carácter que le hace incapaz de todo manejo oculto, aun en medio de los mayores ímpetus de su furor. Todo lo que practique, sea lo que fuere, lo hará á la luz del día, á la vista de ambas naciones. Yo sólo puedo añadir que el deseo de todos los consejeros que le rodean, excepto acaso uno solo, será de que se porte en esta ocasión con tanta moderación y generosidad como justicia.

—¡Ah, Crève-Cœur!—dijo Luís tomando la mano del conde como si le hubiese afligido algún penoso recuerdo.—¡Feliz el príncipe que tiene cerca de su persona consejeros capaces de oponer un dique al torrente de sus pasiones y de su furor! Sus nombres serán escritos con letras de oro en la historia de su reinado. ¡Noble Crève-Cœur, que no me haya favorecido la suerte con un hombre como vos para estar siempre á mi lado!

—Si así lo hubiese hecho, el cuidado de Vuestra Majestad—dijo Glorioso—fuera sacudírsele lo más presto posible.

—¡Ah! ah! señor sabio, ¿también estás tú aquí?—dijo Luís volviéndose á él y abandonando el tono patético con que hablara á Crève-Cœur para tomar fácilmente otro muy parecido á la jovialidad.—¿Con que, también nos seguiste, eh?

—Sí, señor; la sabiduría debe ir detrás vestida de colorines, cuando la locura la precede con un manto de púrpura.

—¿Cómo debo entender yo esto, señor Salomón? ¿Quisieras cambiar tu empleo con el mío?

—No, á fe, señor, aunque me diéseis por añadidura cincuenta coronas.

—¿Y por qué no? Según lo que son los príncipes en el día, paréceme que pudiera contentarme de tenerte á ti por rey.

—Muy bien, señor; pero la dificultad consiste en si, juzgando yo del talento de Vuestra Majestad por el hecho de haberse hospedado aquí, me avergonzaría de tener un loco tan poco perspicaz.

—Silencio, bribón—dijo el conde de Crève-Cœur—ya dáis demasiada libertad á vuestra lengua.

—Dejadle hablar—dijo el rey—no hay objeto más propio para la zumba que las locuras de aquellos que no debieran cometerlas. Toma, juicioso amigo, toma este bolsillo de oro, y recibe al mismo tiempo el consejo de no ser tan loco, que te creas más sabio que los demás. Entre tanto, ¿quieres hacer el

favor de informarte dónde se halla mi astrólogo Marcio Galeoto, y de enviármelo aquí sin demora?

—Con mucho gusto, señor—respondió el bufón;—y estoy seguro que le encontraré en casa de Juan Dopplethur, pues los filósofos saben tan bien como los locos dónde se vende el mejor vino.

—Espero, conde—dijo Luís—que daréis orden á vuestra guardia para que permita la entrada á ese docto personaje?

—No habrá ninguna dificultad en que éntre, señor—respondió Crève-Cœur;—pero siento verme obligado á añadir que mis instrucciones me prohiben dejar salir á nadie del aposento de Vuestra Majestad. Deseo á Vuestra Majestad felices noches; voy ahora á disponer lo necesario para que las personas de vuestro séquito, que han de quedarse en la antesala, puedan estar con mayor comodidad.

—No os toméis ningún trabajo sobre este punto, señor conde—dijo el rey:—todos están acostumbrados á una vida dura; y, para hablaros con franqueza, excepto Galeoto, á quien deseo ver, quisiera tener esta noche tan pocas comunicaciones como puedan prevenirlo las órdenes que habéis recibido.

—Consisten—respondió Crève-Cœur—en dejar á Vuestra Majestad en completa posesión de sus habitaciones. Esto es lo que ha mandado mi señor.

—Vuestro señor, conde de Crève-Cœur—dijo Luís,—y pudiera también añadir el mío, es muy atento y cortés. Mi reino es algo limitado en este momento, puesto que sólo consta de un dormitorio y una sala, pero harto capaz para los vasallos que puedo alabarme de tener en la actualidad.

El conde de Crève-Cœur se despidió del rey; y un instante despues oyóse el ruido de los centinelas que iban á colocarse en sus puestos, de los oficiales que les daban el santo y la consigna, y el paso apresurado de los soldados relevados de su guardia que se retiraban. Por fin, sucedió á esto un silencio completo, y no sonó más que el sordo murmullo de las turbias y profundas aguas del Soma que bañaban las murallas del castillo.

—Retiraos á la antesala, camaradas—dijo Luís á Oliverio y á Tristán;—pero velad, estad prontos á recibir mis órdenes, porque algo de provecho nos queda que hacer todavía esta noche.

Oliverio y Tristán se retiraron á la antesala, donde se quedara el Acuchillado con los dos oficiales del gran preboste, mientras ellos seguían á su amo al dormitorio. Encendido un gran fuego de leña que alumbraba y calentaba al propio tiempo la estancia, y bien abrigados con sus capas, echáronse por el suelo en diversas actitudes que indicaban la inquietud y descaecimiento de su ánimo. Tristán y Oliverio creyeron que lo mejor que podían hacer era seguir su ejemplo; y como no fueron grandes amigos en los días de su prosperidad, no quiso el uno tomar al otro por confidente en tan extraño y repentino contratiempo. Toda la compañía quedó pues sumida en el silencio y la consternación.

Entre tanto su amo, que quedara solo en el aposento, estaba sufriendo unas angustias que podian servír de expiación á otras muchas de las que él había ocasionado. Tan pronto se paseaba por su cuarto con cortos y desiguales pasos, como se detenía juntando las manos, abandonándose, en una palabra, á una agitación, que tan bien había sabido reprimir en público. Por fin, colocándose delante de la puertecita designada por el viejo Mornay, que suponía conducir á la escena del asesinato de uno de sus predecesores, retorcióse las manos y fué gradualmente expresando sus sentimientos en el monólogo siguiente, que interrumpió muchas veces:

—¡Carlos el Simple!... ¡Carlos el Simple!... Y ¿qué epiteto dará la posteridad á Luís onceno, cuya sangre refrescará probablemente las manchas de la suya? ¿Luís el Necio?... Luís el Insensato?... Luís el Fatuo?... No; son términos todavía harto débiles para expresar mi extremado idiotismo. ¡Creer que esos atolondrados liejenses, á quienes es tan necesaria la rebelión como el aire que respiran, estarían un momento tranquilos!... ¡Pensar que el feroz Jabalí de las Ardenas interrumpiría un solo instante su carrera de violencias y brutalidad sanguinaria!... ¡Presumir que Carlos de Borgoña escucharía el idioma de la razón y la prudencia, antes de haber probado si era fácil domar un toro bravo con argumentos y exhortaciones!... ¡Oh, loco, loco mil veces yo!... Pero ese pícaro de Galeoto no se me escapará: él ha sido el agente principal en este asunto, él y ese clérigo vil, el detestable La Balue (1).

(1) Véase nota *R. La Balue.*

Si salgo de este peligro, yo le arrancaré el capelo de cardenal, aun cuando debiese quedar pegada á él la piel de su cráneo. Pero el otro traidor está en mi poder: todavía soy rey, todavía es bastante dilatado mi imperio para castigar á un charlatán, á un impostor, un imperito, un astrólogo embustero á quien serví de juguete, y que me constituyó prisionero de mi enemigo... ¡La conjunción de las constelaciones!... Sí, sí, la conjunción!... Me ha espetado una cáfila de patrañas, dignas de ser contadas al bruto de mayor marca... ¡y yo fuí harto imbécil para pensar que lo comprendía! No importa: dentro de poco veremos lo que verdaderamente predijo la conjunción. Pero ante todo, voy á atender á mis devociones.

Encima la puertecilla de aquel gabinete, acaso en memoria del acontecimiento que presenciara, hallábase un nicho con un Crucifijo de piedra toscamente labrada. El rey fijó la vista en esta imagen, é hizo un movimiento como para arrodillarse delante de ella; pero detúvose de repente, como si hubiese aplicado á este emblema religioso los principios de la política mundana, mirando como una temeridad el dirigirle sus súplicas antes de haberse procurado algún poderoso intercesor. Apartó, pues, la vista del crucifijo como considerándose indigno de mirarle, quitóse el sombrero, pasó revista á las imágenes que enteramente le circuían, y fijándose en la que representaba á Nuestra Señora de Clery, púsose de rodillas y le dirigió la singular oración siguiente. No dejará de advertir el lector que la grosera superstición de Luís consideraba hasta cierto punto á Nuestra Señora de Clery como un sér diferente de Nuestra Señora de Embrun, á quien tenía una devoción particular y consagrara muchísimos votos.

—¡Benigna Virgen de Clery!—exclamó juntando las manos y golpeándose el pecho—¡Bienaventurada madre de misericordia! tú que eres todopoderosa con el Omnipotente, apiádate de mí, pecador. Es verdad que fuí tibio en tu servicio por el de tu bendita hermana de Embrun; pero soy rey, es grande mi poder, ilimitada mi riqueza, y si acaso no bastase, impondría doble contribución á mis vasallos para pagar á las dos lo que os debo. Abre esas puertas de hierro, llena esos anchos fosos, guíame, como una madre guía á su hijo, para sacarme del apremiante riesgo en que me veo. Si dí á tu hermana el condado de Bolonia para tenerlo en posesión perpetua, ¿no

tengo acaso medios para demostrarte también á ti mi devoción? Te daré la grande y rica provincia de Champaña, cuyas viñas verterán la abundancia en tu convento. La había prometido á mi hermano Carlos; pero murió, como tú sabes... envenenado por ese malvado abad de San Juan de Angely, á quien castigaré si se me deja la vida... Ya lo prometí en otro tiempo, pero esta vez cumpliré mi palabra... Si tuve algún conocimiento de este crimen, te aseguro, mi venerada Patrona, que fué porque no veía mejor medio para reprimir á los descontentos de mi reino. No me cargues esta antigua deuda; pero sé ahora lo que siempre has sido, blanda, buena, abogada de los que te invocan. Bondadosa Señora, intercede con tu Hijo para que me perdone todas mis culpas pasadas, y otra... otra muy leve que me es preciso cometer esta noche... pero ni siquiera merece el nombre de culpa: ¡amable Virgen de Clery! no, no lo es: es un acto de justicia privada, pues se trata del mayor impostor que haya vertido la mentira en el oído de un príncipe, y á más de esto tiene tendencia á la infame heregía de los griegos. No merece tu protección; abandónale á mi rigor, y mira lo que voy á hacer como una obra buena, pues es un nigromante, un brujo indigno de que te ocupes de él, un perro cuya vida no debe ser de mayor importancia á tus ojos, que la extinción de una chispa que cae de la torcida de una vela ó que salta de la lumbre. No pienses en esta bagatela ¡dulce y benéfica señora! piensa sólo en los medios de salvarme de este peligro. Yo te doy mi real palabra delante de tu gloriosa imagen, que cumpliré mi promesa relativamente al condado de Champaña, y que será esta la última vez que te importunaré por negocios de sangre, atendido que tienes el corazón tan tierno y compasivo.

Después de haber hecho este pacto extraordinario con el objeto de su devoción, Luís recitó, muy religiosamente en apariencia, los siete salmos penitenciales, cierto número de Ave Marías y otras oraciones consagradas especialmente á la Virgen. Levantóse en seguida, convencido de que ya tenía asegurada la intercesión de la Virgen, tanto más cuanto que, según la mañosa reflexión que no dejó de hacer, la mayor parte de las culpas á causa de las cuales implorara su mediación en otras circunstancias, eran de un carácter enteramente distinto; y que de consiguiente Nuestra Señora de Clery no debía

mirarle como habitual y endurecido asesino, lo que hubieran podido hacer los demás Santos que el impío fanático tomó varias veces por confidentes en este género de crímenes (1).

Después de haber así descargado su conciencia, ó digamos más bien, emblanquecídola como un sepulcro, entreabrió el rey la puerta de su cuarto, y asomando la cabeza, llamó al Acuchillado para que entrase.

— Esforzado campeón — le dijo — mucho tiempo hace que me sirves, y poco ha sido tu ascenso. Hállome aquí en una circunstancia en que tengo delante la muerte y la vida, y no quisiera morir sin satisfacer las deudas de mi gratitud, dejando, en cuanto los Santos me lo permitan, un amigo sin recompensa y un enemigo sin castigo. Ahora bien, el amigo que tengo que recompensar eres tú; el enemigo sobre quien debe recaer mi castigo, es ese malvado, ese traidor infame, ese Marcio Galeoto, que con sus imposturas y especiosos embustes me ha atraído aquí, entregándome á mi mortal enemigo; tan ciertamente con intención de aniquilarme como un carnicero conduce una oveja al matadero.

— Pues bien, yo le desafiaré, ya que tiene fama de diestro en el manejo de las armas, aunque parece estar un poco pesado—respondió el Acuchillado; el duque de Borgoña aprecia demasiado á los valientes campeones para negarles un palenque y un campo proporcionado; y si Vuestra Majestad vive y goza de suficiente libertad, me verá lidiar con él, y vengarle de un filósofo del modo más completo que desear se pueda.

— Cónstame tu valor y adhesión á mi persona; pero ese bribón es muy vigoroso y aguerrido, y no quisiera exponer tu vida, valiente soldado.

— Permítame Vuestra Majestad decirle, que no sería un valiente soldado, si no me atreviese á contrarestar á un hombre, aun cuando fuese más terrible que él. Gracioso sería que yo, que no sé leer ni escribir, tuviese miedo de un zopenco, que casi no ha hecho otra cosa en toda su vida.

— No importa; mi voluntad, Acuchillado, es evitarte todo riesgo. Ese traidor va á llegar aquí por orden mía. Lo que

(1) Véase nota *S. Oracion de Luis.*

tienes que hacer es escoger un momento oportuno, acercarte á él y abrirle un ojal debajo de la quinta costilla. ¿Me entiendes?

—Sí, señor; pero Vuestra Majestad me permitirá le diga que este es un género de operación para la cual me considero muy poco á propósito. No sería capaz de matar un perro, á menos que promoviese mi enojo ladrando contra mí ó mordiéndome las piernas.

—¡Cómo! tú pretendes tener un corazón sensible, tú que, según me han contado, has sido siempre el primero en los asaltos y en aprovecharte de los placeres y ventajas que puede ofrecer la toma de una plaza ó un castillo á los que tienen un corazón empedernido y una mano pródiga en derramar sangre!

—Con la espada en la mano, señor, jamás he temido ni perdonado á vuestros enemigos. Un asalto es un lance serio; se corren allí peligros que hacen hervir la sangre, ¡y por San Andrés! preciso es que se pasen algunas horas antes que se enfríe; y esto es lo que yo llamo una excusa legítima de pillaje. Dios quiera tener compasión de nosotros, infelices soldados; el peligro nos hace perder la cabeza, y la perdemos más todavía después de la victoria. He oído hablar de una legión entera que estaba toda compuesta de santos; pues todos deberían ocuparse de interceder por sus compañeros de armas, y rogar á Dios por todo el que lleva plumero, coraza y espada. Pero lo que Vuestra Majestad se propone, se halla fuera de mi círculo, á pesar de que no negaré que es bastante espacioso. En cuanto al astrólogo, si es reo de traición, que sufra la muerte del traidor: yo no debo mezclarme en nada. Vuestra Majestad tiene en la antesala su gran preboste y dos de los suyos: semejante expedición es más propia de ellos, que de un caballero escocés que goza de alguna opinión en el ejército.

—Creo que tienes razón, Acuchillado; pero á lo menos te corresponde asegurar la ejecución de mi justa sentencia, é impedir que nadie la interrumpa.

—Eso sí: defenderé la puerta contra toda Perona. Vuestra Majestad no debe dudar de mi lealtad en todo lo que puede conciliarse con mi conciencia, y puedo asegurar es bastante ancha, tanto por el interés que me resulta, como por

el mejor servicio de Vuestra Majestad, pues he hecho ciertas cosas por vos, señor, que me hubiera comido el puño de mi daga antes de hacerlas por otro.

—No se hable más de esto, y escúchame. Cuando Galeoto haya entrado, y esté cerrada la puerta, tú te pondrás en ella de centinela con la espada en la mano, y no permitirás la entrada á nadie. Esto es todo cuanto exijo de ti; vuelve á la antesala y envíame al gran preboste.

El Acuchillado se retiró, y un momento después Tristán el Ermitaño entró en el cuarto del rey.

—Y bien, compadre—le dijo Luís—¿qué opinas de nuestra situación?

—Opino que estamos como en capilla —respondió el gran preboste, á menos que el duque nos envíe una próroga.

—Próroga ó no, es preciso que el que nos ha hecho caer en esta trampa tome la delantera, como aposentador, para prepararnos alojamiento en el otro mundo — dijo el rey con sombría y feroz sonrisa.—Tristán, tú has ejecutado muchos actos de buena justicia; pero *finis*, ó más bien *funis coronat opus*. Es preciso que me sirvas hasta el fin.

—Esto es lo que pienso hacer, señor: si no me produzco bien, soy por lo menos agradecido; y mientras viva, la menor palabra de Vuestra Majestad será una sentencia de muerte tan irremisible, tan literalmente ejecutada como cuando ocupabais el regio trono. Yo cumpliré mis deberes tanto en este recinto como en cualquier otra parte, y que hagan de mí en seguida lo que quieran; no me importa un bledo.

—No aguardaba menos de ti, querido compadre. Pero ¿tienes buenos servidores? El traidor es recio y vigoroso, y dará sin duda grandes voces para pedir auxilio. El escocés no hará más que guardar la puerta, y aun he sido feliz en poder determinarle á ello á fuerza de zalamerías y lisonjas.

Oliverio sólo sirve para mentir, adular y sugerir consejos arriesgados, y ¡por vida de Dios! juzgo que es más probable que algún día le echen el dogal al cuello, antes que le aplique él á otra persona. ¿Crees tener gente y medios oportunos para despachar prontamente?

—He tomado á Tres-Escalas y Andresillo, tan hábiles en

su oficio, que de cada tres hombres ahorcarían uno sin que lo echasen de ver los otros dos. Los tres hemos resuelto vivir y morir con Vuestra Majestad, constándonos muy bien que si Vuestra Majestad no existiese, no nos quedaría más tiempo de vida que el que nosotros concedemos á nuestros pacientes. Pero ¿quién es el sujeto que debe actualmente pasar por nuestras manos? Yo gusto de conocer á mis víctimas, porque, como Vuestra Majestad tiene la bondad de recordarme algunas veces, me ha sucedido de vez en cuando equivocarme, y tomar en vez del delincuente algún honrado labrador, que en nada ofendiera á Vuestra Majestad.

—No cabe duda.—Sabe pues, Tristán, que el condenado á muerte es Marcio Galeoto.... ¿Parece que te sorprendes? Sin embargo, esta es la verdad. Ese traidor es quien con sus falsas predicciones me determinó á venir aquí, porque quería entregarme al duque de Borgoña sin defensa...

—Pero no sin venganza—exclamó Tristán.—Aun cuando debiese ser este el último acto de mi vida, me agarraría á él como una avispa moribunda, por más que debieran estrujarme en el acto.

—No dudo de tu fidelidad—dijo el rey—y sé que al par de toda la gente de bien, hallas un placer en cumplir con tu obligación; pues la virtud, según dicen los sabios, encierra en sí misma la recompensa; pero vete, y prepara los sacerdotes, que la víctima no está lejos.

—¿Vuestra bondadosa Majestad desea que el sacrificio se verifique en su presencia?—preguntó Tristán.

Luís no aceptó esta proposición; pero encargó á su gran preboste que lo tuviese todo dispuesto para ejecutar puntualmente sus órdenes en el momento que el astrólogo saliera de su gabinete.

—Pero quiero ver por la última vez á ese malvado—dijo el rey—aun cuando no sea más que para observar cómo se portará en presencia de su señor, á quien condujo al despeñadero. No me disgustará ver cómo el temor de la muerte borra los colores de sus inflamadas mejillas y enturbia la brillantez de aquellos ojos que tan vivos aparecieran cuando me vendía... ¡Oh!... que no tenga yo igualmente en mi poder aquel cuyos consejos han secundado sus pronósticos!... Pero si escapo de esta... cuidado con vuestra púrpura, señor emi-

nentísimo: Roma misma no tendrá poder bastante para libertaros... dicho sea con perdón de san Pedro y de la Virgen de Clery, cuya misericordia es inagotable. Y bien ¿qué aguardas? Vete á prevenir tu gente. El traidor puede llegar de un momento á otro. Permita el cielo que nada sospeche. Si no viniese, fuera ello cruel contrariedad para mí. Pero, vete, Tristán: no solías antes ser tan lento en el desempeño de tus funciones.

—Al contrario, señor, pues vuestra Majestad me reprendía siempre por mi precipitación, y se quejaba de que no le comprendía bien, equivocando los sujetos al ejecutar vuestras órdenes. Quisiera, pues, que Vuestra Majestad se dignase darme una señal, por cuyo medio pudiese conocer al despedirse Galeoto, que vuestras intenciones siguen siendo las mismas; pues he visto una ó dos veces á Vuestra Majestad mudar de dictamen, y reprenderme por haber sido harto ejecutivo (1).

—¡Criatura sospechosa! Te digo que mi resolución es invariable; pero para poner término á tus observaciones, atiende bien lo que diré á ese bribón cuando le despida. Si le digo: *Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos*, manos á la obra. *Id en paz*, será señal de que habré variado de opinión.

—No creo, señor, que haya entre todos los de mi oficio quien tenga el entendimiento más obtuso que yo. Dignaos repetírmelo. Si le decís que vaya en paz, será señal de que tengo que poner manos á la obra: si...

—No, no, idiota, no; en este caso deberás estarte quieto; pero si le digo: *Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos*, pondrás su cabeza al nivel de los planetas que tan bien conoce.

—No sé si tendremos aquí los medios...

—Pues bien, si no puedes subirla, la bajarás á tus piés. ¿Qué importan los medios como se logre el fin?—dijo el rey con torva sonrisa.

(1) Varillas, en una historia de Luís XI, observa que el gran preboste se precipitaba con frecuencia tanto en la ejecución de las sentencias, que se vió el caso de dar muerte á una persona diferente de la que el rey indicara. Esto daba siempre lugar á una doble ejecución, porque la ira ó venganza de Luís no se satisfacía nunca con un castigo por sustituto.

—¿Y qué haremos del cuerpo?

—Reflexionémoslo un momento. Las ventanas de la sala son harto estrechas; pero la de este cuarto es bastante ancha. Arrojaréis su cuerpo al río, y aplicaréis á su pecho un papel con esta inscripción: *Dejad pasar la justicia del Rey*. Los oficiales del duque podrán pescarle si les diere la gana.

El gran preboste salió del aposento de Luís, y llamó á sus dos ayudantes á un rincón de la sala para celebrar una junta. Habiendo colocado Tres-Escalas una antorcha en la pared para no estar á oscuras, hablaron en voz baja, aunque no corriesen gran peligro de ser oídos, ni por Oliverio, que parecía sumido en completo descaecimiento, ni por el Acuchillado, que dormía profundamente.

—Camaradas—dijo Tristán—vosotros imaginabais sin duda que nuestras ocupaciones estaban terminadas, y que en lugar de ejercer vuestro ministerio con los demás, era más verosímil que representaríamos á nuestra vez el papel de pacientes; pero ánimo, amigos míos, nuestro bondadoso amo nos proporciona todavía una ocasión propicia para ejercitar nuestro talento, y es preciso desplegarle airosamente, como hombres que desean vivir en la historia.

—Ya presumo lo que es—dijo Tres-Escalas—nuestro amo es como los antiguos Césares de Roma, que cuando se hallaban reducidos al último apuro, como diríamos nosotros, al pié de la escalera, escogían entre los ministros de su justicia algún servidor fiel y experimentado, para evitar á su sagrada persona alguna torpe tentativa de una mano novicia, ó de un intruso en nuestra profesión. Era excelente usanza entre paganos; pero yo, como buen católico, tendría á cargo de conciencia poner la mano en el rey cristianísimo.

—Sois harto escrupuloso, hermano—dijo Andresillo.—Si el rey da la orden de su propia ejecución, no sé cómo podríamos dispensarnos de cumplirla. El que vive en Roma, debe obedecer al papa. Es fuerza que los soldados del gran preboste ejecuten las disposiciones de su jefe, como éste las de su Majestad.

—Silencio, tunantes—dijo Tristán—nada tiene que ver aquí la persona del rey. Se trata únicamente de la del hereje griego, de ese impío, de ese brujo mahometano Marcio Galeoto.

—Galeoto!—dijo Andresillo—pues no hay cosa más natural. No he conocido ninguno de esos charlatanes, de esos volteadores que pasan su vida bailando sobre una cuerda horizontal, que no la haya terminado agitándose en el extremo de otra perpendicular.



—Lo que siento—dijo Tres-Escalas, alzando hipócritamente los ojos al cielo—es que esa pobre criatura va á morir sin confesión.

—Bah! bah!—replicó Tristán—es un hereje contumaz, un nigromante... una comunidad entera de clérigos no le absolvería del castigo que tiene merecido. Además, si se le ocurriera esa idea, tú, Tres-Escalas, estás dotado de un talen-

to particular para servirle de padre espiritual. Pero lo más importante para nosotros es que creo tendréis que hacer uso de vuestros puñales, amigos míos; pues no hay aquí los instrumentos necesarios á vuestra profesión.

—No permita Nuestra Señora de la Isla de París que las órdenes del rey me encuentren jamás desprevenido—dijo Tres-Escalas.—Traigo siempre conmigo un cordón que me da cuatro vueltas por el cuerpo, y no falta en uno de los cabos un hermoso lazo corredizo.

—Y yo—añadió Andresillo—traigo siempre en la faltriquera una buena garrucha y un grueso espigón de rosca, á fin de poder ejercer mis funciones sin dificultad, caso de hallarnos en algún paraje donde los árboles sean escasos, ó tengan las ramas demasiado altas, lo cual me ha sido de mucha utilidad.

—Perfectamente—dijo el gran preboste—no hay más que colocar la garrucha en la viga que está encima de la puerta: vos echaréis en ella vuestra cuerda, y cuando Galeoto saldrá del cuarto del rey se la aplicaréis prontamente debajo de la barba, mientras que yo le entretengo conversando con él; y después.....

—Después izaremos la cuerda—añadió Andresillo—y *chic*, nuestro astrólogo estará en el cielo, pues dejará de tener los piés en la tierra.

—Pero—dijo Tres-Escalas dirigiendo la vista á la chimenea—¿no podrían esos caballeros empezar un noviciado en nuestra profesión, ayudándonos en algo?

—No, no—respondió Tristán.—El barbero no sirve más que para imaginar el mal, y lo deja ejecutar á los demás; en cuanto al escocés, custodiará la puerta mientras nosotros estaremos ocupados en una operación en la cual no tiene bastante talento ni destreza para tomar parte. Cada uno á su oficio.

Los dignos ejecutores de las órdenes del gran preboste, con una actividad y una especie de placer que les hacía olvidar la precaria situación en que ellos mismos se hallaban, prepararon su garrucha y cuerda para dar cumplimiento á la sentencia dictada contra Galeoto por el monarca cautivo; manifestándose muy satisfechos de que su última acción pudiese ser tan conforme con el proceder del resto de su vida. Tristán el

Ermitaño (1) miraba muy contento estos preparativos; Oliverio no hacía caso de ellos; y si Luís Lesly se despertó al ruido de estas previas disposiciones, pensó que se ocupaban de asuntos muy agenos á su deber, y de los cuales bajo ningún aspecto podía considerársele responsable.

(1) El autor ha procurado atribuir al odioso Tristán el Ermitaño cierta feroz y brutal fidelidad á Luís, semejante á la adhesión de un perro de presa á su amo. Con toda la barbarie de su execrable carácter, no puede negarse que fué hombre de valor, habiendo en su juventud sido armado caballero en la brecha de Fronsac, junto con gran número de otros jóvenes nobles, por la noble mano de Dunois, *el Mayor*, famoso héroe del reinado de Carlos V.





CAPÍTULO XXIX.

La recriminación.

> El término de tus días aún no llegó; el diablo á quien sirves no te ha abandonado todavía. Ayuda á los amigos que para él trabajan, á la manera que aquel guía ayudaba al ciego, prestándole su brazo para andar por caminos llanos y escabrosos, hasta que al llegar al borde del alto despeñadero le precipitaba abajo.
>
> *Comedia antigua.*

Obedeciendo la orden, ó mejor dicho, la súplica de Luís, pues este príncipe, sin embargo de su soberanía, hallábase en situación en que no podía hacer mucho más que suplicar, partió Glorioso en busca de Marcio Galeoto, sin que esta comisión le costase gran fatiga. Fuése en derechura á la mejor taberna de Perona, que tenía motivos de conocer, pues la frecuentaba él mismo muy asiduamente; tan aficionado era á aquella especie de licor que ponía la cabeza de los demás al nivel de la suya.

Allí encontró al astrólogo sentado en un rincón de la sala pública, llamada en flamenco como en alemán *stove*, platicando con una mujer que llevaba un traje singular con resabios de morisco ó asiático; la cual al ver que se acercaba Glorioso, se levantó como para retirarse, y dirigiéndose á Galeoto:

— Estas son noticias con cuya certeza absoluta podéis contar — le dijo. Y alejándose en seguida, desapareció entre la multitud de bebedores agrupados en diferentes mesas.

— Primo filósofo — dijo el loco al presentársele—no bien releva el cielo al centinela, que ya envía otro para ocupar su lugar. Una cabeza sin seso acaba de dejarte; y yo, que no tengo mucho más que ella, he venido aquí en tu busca para conducirte á la habitación de Luís de Francia.

— ¿Y á ti te escogió por mensajero?—dijo Galeoto, fijando en él sus ojos penetrantes, y conociendo al momento el empleo que ejercía en la corte el que le dirigía la palabra, sin embargo de los pocos indicios que daba de ello su exterior, como ya lo observamos á nuestros lectores.

— Sí, á fe mía; y si lo discurre bien vuestra ciencia, cuando el poder envía á la locura en busca de la sabiduría, es señal infalible de querer indagar de qué pié cojea el paciente.

— ¿Y si yo me niego á ir cuando tal mensajero viene á buscarme en hora tan intempestiva?

— En este caso os procuraremos todas las comodidades y os llevaremos allá — respondió Glorioso. — Tengo aquí á la puerta una docena de robustos soldados borgoñones que Crève-Cœur me ha proporcionado al efecto. Bueno será que sepáis que mi amigo Carlos de Borgoña y yo no hemos quitado á nuestro primo Luís la corona que ha sido bastante necio para poner á nuestra disposición; nos hemos limitado á limarla y cercenársela un poco; pero, aunque más delgada y ligera, no por esto deja de ser de oro puro. Por fin, y hablando en plata, es todavía soberano de los individuos que forman su acompañamiento, sin exceptuaros á vos, y rey cristianísimo de la gran sala de la torre de Herberto en el castillo de Perona, donde como vasallo leal es preciso que os trasladéis inmediatamente.

— Ya os sigo, caballero — respondió Galeoto, viendo que acaso no le quedaba ningún medio de evadirse; y marchóse en compañía de Glorioso.

— Hacéis muy bien — le dijo el bufón por el camino—pues tratamos á nuestro primo Luís como á un león hambriento en su jaula. De vez en cuando se le echa un ternero para que no tenga ociosas sus quijadas.

— ¿Queréis significar con esto que el rey quiera injuriarme?—preguntó Galeoto.

— Eso vos lo sabréis mejor que yo — dijo el bufón — pues á pesar de la oscuridad de la noche, estoy seguro que no de-

jáis de ver los astros. En cuanto á mí, nada sé. Sólo recuerdo haberme dicho mi madre que no debemos acercarnos sino con mucha precaución á un ratón viejo cogido en la ratonera; pues entonces es cuando más desea clavar sus dientes.

El astrólogo no le hizo más preguntas; pero Glorioso, según estilo de la gente de su profesión, continuó propinándole una desatinada sarta de locuras y sarcasmos mezclados en extravagante confusión, hasta que llegaron á la puerta del castillo. Allí dejó al filósofo en manos de la guardia, que le hizo pasar de centinela en centinela hasta la torre del conde Herberto.

Galeoto, que no había perdido una palabra de la conversación del loco, notó cierta cosa que parecía confirmar sus sospechas en las miradas y expresión de Tristán, que le condujo al cuarto del rey con facha sombría, taciturna y de mal agüero. El astrólogo observaba con tanta atención lo que pasaba en la tierra como los movimientos de los astros, por lo tanto no se escaparon á su penetrante vista la garrucha ni la cuerda; y aun ésta, hallándose en estado de vibración, indicóle que acababan de hacerse estos preparativos atropelladamente, y que sólo su llegada repentina los había interrumpido. Previó, pues, el peligro que le amenazaba, llamó en su auxilio toda su destreza para evitarle, y resolvió, si no lograba feliz éxito, hacer pagar su vida al primero que se presentase para atacarle.

Habiendo tomado esta determinación, y afectando un semblante y modo de andar correspondientes á ella, entró el astrólogo en el cuarto del rey, sin mostrarse confundido por el mal resultado de sus predicciones, ni temeroso de la cólera del monarca ni de las consecuencias que podía tener.

—Sean todos los planetas benéficos favorables á Vuestra Majestad—dijo Galeoto haciendo al rey una cortesía casi oriental.—No derrame ninguna constelación maligna funestas influencias sobre su sagrada persona.

—Paréceme—dijo el rey—que examinado este aposento, viendo dónde se halla situado y la gente que le guarda, vuestra penetración debiera haber conocido que mis planetas favorables no me guardaron fidelidad y que las constelaciones malignas no podían todas serme más funestas. ¿No te avergüenzas, Marcio Galeoto, de verme aquí preso, trayendo

á la memoria las seguridades que me diste y me determinaron á venir á Perona?

—¿Y no os avergonzáis vos mismo, señor, vos, cuyos progresos en las ciencias han sido tan rápidos; vos, cuya iminación es tan viva y tan constante la perseverancia, de dejaros abatir por el primer contratiempo, como el cobarde al primer choque de las armas? ¿Qué se hicieron los deseos de elevaros hasta los misterios que hacen al hombre superior á las pasiones, á las penas y sufrimientos de la vida, privilegio que no se puede obtener sino rivalizando en firmeza con los antiguos estoicos? El primer golpe de la adversidad os hará dar un golpe retrógrado? ¿Olvidáis el glorioso premio á que aspirabais? ¿Abandonáis la carrera como un corcel trasijado, asustado por males imaginarios, por una sombra?

—¡Males imaginarios!... ¡Una sombra! ¡Perro pagano!—exclamó el rey. —¿Es acaso imaginaria esta torre? ¿Son sombras por ventura las armas de los soldados de mi detestable enemigo de Borgoña, esas armas cuyo choque puedes oir á la puerta? ¿Cuáles son, pues, los males efectivos, ¡traidor! si no das valor alguno á la privación de la libertad, á la pérdida de una corona, al peligro de la vida?

—La ignorancia, hijo mío—respondió el filósofo con mucha firmeza—la ignorancia y la preocupación son los dos solos males verdaderos. Creedme: un rey, en toda la plenitud de su poder, si está sumido en la ignorancia y cegado por las preocupaciones, goza de menos libertad que un sabio en su calabozo cargado de cadenas. Es deber mío guiaros hacia esa felicidad verdadera, y deber vuestro conformaros con mis instrucciones.

—¿Y á esa libertad filosófica pretenten conducirme vuestras lecciones?—dijo el rey con amargura. —Yo quisiera que me hubiéseis dicho en Plessis que este nuevo dominio, que tan liberalmente me prometíais, era un imperio sobre mis pasiones; que el feliz resultado que me asegurabais, tenía relación con mis progresos en la filosofía, y que podía ser tan sabio, tan docto como un vagabundo, un charlatán, á precio de una bagatela como es la pérdida de la más hermosa corona de la cristiandad, y la detención en un calabozo. Salid de mi presencia; pero no creáis escaparos del castigo que merecéis. *Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos.*

— Me es imposible abandonaros á vuestro destino, señor, antes de haber justificado, aun á vuestros ojos, por más empañados que estén, aquella celebridad, perla más brillante que todas las que adornan vuestra corona, y que todavía admirará el universo en los futuros siglos, cuando toda la estirpe de Capeto se habrá consumido en el olvido bajo las bóvedas de San Dionisio.

— Pues bien, habla. Tu descaro no me hará variar de opinión ni de propósito. Esta será acaso la última sentencia que pronunciaré como rey; no quiero condenarte sin haberte oído. Habla, pues; pero lo mejor que puedes hacer es confesar la verdad. Concédeme que yo he sido tu juguete; y que tú eres un impostor; que tu supuesta ciencia no es más que un sueño, y que los planetas que brillan sobre nuestras cabezas no tienen más influencia en nuestros destinos, de la que ejerce su imagen reflejada en las aguas de un río para variar su curso.

— ¿Y cómo seríais vos capaz de conocer la influencia de esos gloriosos luceros, vos que pretendéis que no puede cambiar el curso de las aguas? Luego ignoráis vos que la misma luna, el más débil de todos los planetas, porque es el más inmediato á nuestro miserable globo, domina no siempre arroyos como ese Soma, sino las aguas del vasto Océano, cuyo flujo y reflujo siguen sus diferentes fases, como el esclavo que obedece á la menor señal de una sultana? Ahora bien, Luís de Valois, responded á vuestra vez á mi parábola: confesadlo. ¿No sois vòs como el insensato pasajero que regaña á su piloto porque no puede introducirle en el puerto sin tener que luchar de vez en cuando contra el ímpetu de los vientos y de las corrientes? Yo podía indicaros como feliz el resultado probable de vuestra empresa; pero sólo el cielo tenía facultad para conduciros al término de ella, y si es de su agrado haceros pasar por áspero y peligroso camino, ¿estaba en mi mano aplanarle y desviar los riesgos? ¿Qué se hizo aquella sabiduría que os obligaba á confesar ayer que los medios de que se vale el destino nos son muchas veces útiles aun cuando contradicen nuestros deseos?

— Es cierto — dijo el rey — y esto mismo me recuerda una de tus falsas predicciones. Tú me aseguraste que el encargo que confié al joven escocés se terminaría favorablemente á mi interés y felicidad. No ignoras cómo se ha terminado;

nada podía perjudicarme de una manera más mortal que el éxito de este asunto, y la impresión que va á causar en el furioso espíritu del toro bravo de Borgoña. Luego proferiste sobre este punto el más solemne embuste. Difícil es que encuentres disculpas: sólo puedes decirme que las cosas variarán, y aconsejarme que me quede sentado á la orilla del río como un verdadero idiota para esperar que se haya agotado el agua. Tuviste muy poco juicio en hacerme una predicción especial, cuyo éxito ha probado claramente su falsedad.

—Al contrario, el éxito probará su verdad y exactitud—respondió el astrólogo con resolución.—No quisiera mayor triunfo del arte sobre la ignorancia, que el que resultará del cumplimiento de esta profecía. Os dije que desempeñaría lealmente toda comisión honrosa. ¿No lo ha hecho así? Os previne que tendría á cargo de conciencia favorecer una picardía; ¿no se ha realizado del mismo modo? Si lo dudáis, preguntadlo al gitano Hayraddin Maugrabin.

Viéronse en este instante pintadas en el rostro del rey la cólera y la vergüenza.

—Os predije—continuó Galeoto—que la conjunción de los planetas, bajo cuyo influjo partía, indicaba peligro á su persona: ¿no lo ha corrido? Os aseguré que su viaje sería feliz para quien le enviaba: no tardaréis en recoger el fruto.

—¡En recoger el fruto!—exclamó el rey. Pues ¿no le he recogido ya? El oprobio y la prisión.

—No—respondió el astrólogo. El fin os es incierto todavía. Vos mismo os veréis obligado á confesar, dentro de poco, que nada os podía ser tan propicio como el modo con que vuestro mensajero desempeñó su comisión.

—Esta es mucha insolencia.—gritó el rey.—¡Engañar é insultar al mismo tiempo! Retírate, y no esperes que tu descaro quede sin castigo. *Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos.*

Galeoto hizo un movimiento para salir de la estancia.

—Aguarda—dijo Luís.—Tú sostienes perfectamente tu impostura; respóndeme á una pregunta, y reflexiona bien la contestación que vas á darme. ¿Tu supuesta ciencia puede indicarme la hora de tu muerte?

—Únicamente con relación á la de otro—respondió el astrólogo sin inmutarse.



¡Hay un cielo sobre nosotros!

UNIV. OF CALIFORNIA

—¿ Qué quieres decir con esto ? — preguntó Luís.

—Sabed pues, ¡ oh rey ! que todo lo que puedo asegurar de mi postrera hora — replicó Galeoto — es que debe preceder exactamente de un día á la de Vuestra Majestad (1).

—¡ Cómo ! — exclamó el rey perdiendo el color. Aguarda... un poco; no te vayas todavía. ¿ Estás bien seguro que mi muerte debe seguir á la tuya con tan corto intervalo ?

— Veinticuatro horas no más — repitió el astrólogo con firmeza—como exista una chispa de verdad en esas brillantes y misteriosas inteligencias, que cada una dentro de su órbita saben hablar sin necesidad de lengua.

— Espera, espera — dijo el rey deteniéndole por el brazo y separándole de la puerta. Galeoto, yo he sido para ti un buen amo; te enriquecí, te consideré como mi amigo, mi compañero y mi maestro en las ciencias : sé franco conmigo, encarecidamente te le suplico. ¿ Hay algo de cierto en ese art que pretendes profesar? ¿ El desempeño de la comisión del joven escocés me será verdaderamente ventajoso? ¿ Es bien auténtico y seguro que el hilo de tu vida y el de la mía debe romperse á tan poca distancia uno de otro? Confiésame, mi querido Galeoto, que me has querido jugar una morisqueta de las tuyas; no me lo niegues, hazme este favor, y no tendrás que arrepentirte de ello. Cuento ya alguna edad, me hallo preso, probablemente en vísperas de perder un reino : para un hombre reducido á tal extremo, la verdad vale mil coronas ; y de ti, mi querido Galeoto, estoy esperando esta inestimable joya.

—Ya se lo he dicho todo á Vuestra Majestad, con peligro de veros entregado á un arrebato de furor, volviéndose contra mí para despedazarme.

—¿Quién? ¿yo, Galeoto? —replicó Luís con dulzura.—¡ Ah ! me conoces muy mal. ¿ No soy cautivo ? ¿ No debo sufrir con resignación cuando la cólera no me serviría más que para dar una prueba de mi impotencia ? Háblame, pues, con sinceridad. ¿ Me has engañado, ó tu ciencia es segura ? ¿ Puede creerse lo que me has dicho ?

—Perdóneme Vuestra Majestad si le respondo que el

(1) Véase la nota *T. Marcio Galeoto.*

tiempo, el tiempo únicamente y el éxito de los acontecimientos pueden convencer al incrédulo. Indecoroso sería para mí, después del empleo de confianza que desempeñé en el consejo del ilustre conquistador Matías Corvino de Hungría, y aun en el gabinete del mismo emperador, reiterar la seguridad de lo que di una vez por cierto. Si no queréis creerme, no tengo más apelación que al porvenir. Uno ó dos días de paciencia son suficientes para probar si os he dicho ó no la verdad relativamente al joven escocés. Consiento en morir en la rueda, en que se rompan los miembros de mi cuerpo uno tras otro, si no resulta una ventaja muy importante á Vuestra Majestad de la intrépida conducta de Quintín Durward. Pero cuando yo muriese en medio de los mayores tormentos, Vuestra Majestad haría muy bien en llamar á un padre espiritual, pues desde el momento que yo exhale el último suspiro, no os quedarán más que veinticuatro horas para confesaros y hacer penitencia.

Luís continuó teniendo á Galeoto cogido por el brazo: guióle hacia la puerta, y al abrirla, le dijo en alta voz:

— Mañana continuaremos esta conversación. *¡ Id en paz!* docto padre: *¡ id en paz ! ¡ id en paz !*

Tres veces pronunció estas palabras; y recelando todavía que el gran preboste se equivocara, entró él mismo en la antesala sin soltar el brazo de Galeoto, como si temiese que se lo arrancasen para darle la muerte en su presencia. No se retiró á su cuarto hasta haber repetido dos veces más la frase de salutación: *Id en paz*: y á más de esto hizo disimuladamente una seña á Tristán para prevenirle que respetara la persona del astrólogo.

De esta suerte, Galeoto, á favor de algún informe secreto y de su audacia y presencia de ánimo, logró evitar el más inminente peligro: y Luís, el más sagaz y vengativo de los soberanos de aquella época, vió frustrados sus proyectos de venganza por la influencia de la superstición sobre su carácter egoísta, y por el temor de la muerte, cuyo horror aumentaba á sus ojos una conciencia corroída por infinidad de crímenes.

Causóle, sin embargo, una mortificación verse obligado á renunciar á su propuesta venganza; y los satélites que tenían el encargo de ejecutar la sentencia no quedaron menos dis-

gustados por la contraorden que acababan de recibir. El único que se manifestó del todo indiferente fué el Acuchillado, que se separó de la puerta luégo que vió no ser necesaria su presencia, tumbóse por allí y se durmió casi al mismo instante.

El gran preboste, mientras sus subalternos se disponían á dormir, luégo que el rey se hubo retirado, clavó la vista en el vigoroso astrólogo, al modo que un mastín sigue con los ojos el pedazo de carne que el cocinero le ha quitado de la boca. Sus dos satélites en tanto se comunicaban en voz baja y pocas palabras los sentimientos que caracterizaban á cada uno de ellos.

—Ese pobre ciego nigromante—dijo Tres-Escalas con ademán de conmiseración y de unción espiritual—ha perdido la más bella oportunidad de expiar algunas infames brujerías de las suyas, muriendo á impulsos de esta cuerda.

—Yo también—dijo Andresillo—me hallo privado del excelente medio que tenía para saber cuánto un peso de ciento y cincuenta libras puede dilatar una cuerda de tres hilos. Este experimento no hubiera sido inútil en nuestra profesión; y luego ¡el viejo y jovial compadre hubiera muerto con tanta comodidad!...

Durante este diálogo, colocóse Galeoto en el rincón de la inmensa chimenea opuesto á aquel en que estaban agrupados aquellos temibles compañeros; y los miraba de reojo con cierta desconfianza. Lo primero que hizo fué deslizar la mano debajo de su vestido para asegurarse de que podía aplicarla con facilidad á un puñal de dos filos que llevaba siempre consigo, pues, según tenemos manifestado, aunque algo obeso, era robusto, con figura de atleta y diestro y activo en el manejo de las armas. Convencido de que este fiel instrumento no le faltaría, sacó de su seno un pergamino arrollado que contenía caracteres griegos y signos cabalísticos; añadió leña á la chimenea, y encendió un fuego claro, por cuyo medio pudo distinguir las facciones y actitud de todos sus compañeros de antesala: el pesado y profundo sueño del soldado escocés, que yacía inmóvil y cuyas rudas facciones semejaban tan impasibles como si fuesen de bronce; el pálido é inquieto rostro de Oliverio, que tan pronto aparentaba dormir, como entreabría los ojos, y levantaba de súbito la cabeza, como excitado por algún

dolor interno, ó cual si le despertara un lejano ruido; el avinagrado, descontento y brutal aspecto de Tristán que parecía haberse quedado « burlado en sus deseos, no saciado aún y ávido de matanza; » en tanto que el fondo del cuadro se viera ocupado por el sombrío é hipócrita semblante de Tres-Escalas, cuyos ojos estaban levantados al cielo como si rezara mentalmente sus devociones; y las facciones móviles y grotescas de Andresillo que se divertía remedando los gestos y muecas de su compañero antes de entregarse al sueño.

En medio de estos vulgares é innobles entes, resaltaban mucho más el majestuoso talle, proporcionado rostro é imponentes facciones del astrólogo, que hubiera podido tomarse por un antiguo mago encerrado en una caverna de bandidos, ocupándose en evocar un espíritu para obtener de él su libertad; y cuando sólo hubiese llamado la atención por la nobleza que diera á su fisonomía una hermosa y rizada barba que caía sobre el misterioso pergamino que tenía en la mano, dudárase por un momento que la naturaleza había favorecido con tan respetable atributo á un hombre que sólo dedicaba las ventajas del talento, luces y elocuencia, como igualmente las de un bello exterior, á objetos de falacia y á miras de impostura.

Así se pasó la noche en la torre del conde Herberto, dentro del castillo de Perona. Cuando el primer rayo de la aurora penetró en la antigua cámara gótica, el rey llamó á Oliverio. El barbero encontró á Luís sentado y en bata; y se sorprendió de la variación que causara en todas sus facciones una sola noche pasada entre inquietudes mortales. Hubiera expresado las que experimentaba él mismo sobre este punto; pero el rey le impuso silencio, entrando en el detalle de los diferentes medios que había adoptado para procurarse amigos en la corte de Borgoña, y encargando á Oliverio la continuación de los mismos manejos luego que obtuviese el permiso de salir.

Jamás este astuto ministro quedó mas sorprendido de la imperturbable presencia de ánimo de su amo y del superior conocimiento que tenía de todos los resortes que pueden influir en las acciones de los hombres, como en esta memorable conferencia.

Oliverio, cosa de dos horas después, obtuvo del conde de Crève-Cœur el permiso de salir de la torre, y fué á ejecutar

las órdenes del rey, que mandando entonces entrar al astrólogo, á quien parecía haber vuelto su confianza, tuvo con él una larga consulta, cuyo resultado le dió más esperanzas y seguridad de la que hubiera mostrado al principio. Vistióse y cuando entró el conde de Crève-Cœur para hacerle los cumplidos que se acostumbran por la mañana, recibióle con una serenidad de que quedó tanto más admirado el caballero borgoñón, cuanto ya tenía noticia de que el duque había pasado muchas horas en una exaltación de ideas que parecía hacer muy peligrosa la situación del monarca.





CAPÍTULO XXX.

Incertidumbre.

Nuestros propósitos flotan indecisos como la vacilante barca, que fluctúa en medio de la lucha de encontradas corrientes.

Comedia antigua.

Si Luís pasó la noche entre la inquietud y la agitación, más desasosegado fué el descanso de Carlos de Borgoña, pues en ningún tiempo supo, como el rey de Francia, reprimir sus pasiones; antes al contrario, estaba acostumbrado á dejarlas ejercer en su espíritu libre y desenfrenado imperio.

Según estilo de aquel tiempo, dos de sus principales consejeros, á quienes dispensaba más confianza, Hymbercourt y Comines, pasaron la noche en su cuarto, á cuyo efecto se les prépararon camas cerca de la del príncipe. Nunca fué más necesaria su presencia que en aquella ocasión; pues la amargura, la cólera, la sed de venganza, y un sentimiento de honor que le impedía abusar de la situación en que el propio Luís se colocara, despedazaban alternativamente el corazón del duque. Parecíase su agitado espíritu á la erupción de un volcán, que arroja todas las diversas materias contenidas en su seno, mezcladas y fundidas en una ardiente masa.

No quiso desnudarse ni hacer ningún otro preparativo para acostarse, y pasó la noche entregado sucesivamente á los más violentos arranques de pasión. En algunos de sus arrebatos hablaba sin cesar á sus consejeros con tan precipitado tono y no vista volubilidad, que llegaron á creer que perdía la cabeza.

Tomaba por objeto de sus discursos las prendas y bondad de corazón del obispo de Lieja, asesinado indignamente, y recordaba todas las pruebas de afecto y mutua confianza que tantas veces se habían dado. Por fin, á fuerza de hablar, promovió hasta tal punto su dolor, que se echó de rostro contra la cama, pareciendo que se ahogaba con los esfuerzos que hacía para contener sus lágrimas y sollozos. Saltando en seguida del lecho, se entregó á otro arrebato de más furioso carácter. Dió largos pasos por la sala profiriendo incoherentes amenazas, y juramentos de venganza que lo eran todavía más, dando violentas patadas, según su costumbre, y tomando por testigos á san Jorge, san Andrés y todo lo que miraba de más sagrado, de que tomaría sangrienta venganza de Guillermo de la Marck, del pueblo de Lieja y de *aquel* que era la primera causa de los excesos que cometieran. Estas últimas amenazas, expresadas no tan á descubierto como las demás, tenían evidentemente por objeto la persona del rey; y una vez manifestó Carlos la resolución de enviar por el duque de Normandía, hermano de Luís, con quien estaba éste muy enemistado, y obligar al monarca cautivo, ó á abdicar la corona, ó á ceder alguno de sus más importantes derechos y heredamientos.

Otro día y otra noche se pasaron en estas agitadas y tumultuosas deliberaciones, ó mejor dicho, en una serie de rápidas transiciones de una pasión á otra. En todo este tiempo no se desnudó el duque, y satisfizo apenas las primeras necesidades de la naturaleza. Reinaba, en fin, tal desorden en sus discursos y acciones, que hacía temer que su furor terminara en rematada locura. Sin embargo, se fué poco á poco tranquilizando, y empezó á tener con sus ministros varias conferencias, en que se propusieron muchas cosas sin resolver ninguna. Comines asegura que un correo de gabinete estuvo ya una vez montado á caballo pronto á partir con objeto de llamar al duque de Normandía; en cuyo caso es probable que el monarca depuesto habría encontrado en su prisión, como se ha visto con frecuencia en semejantes casos, rápido camino para la sepultura.

En otros momentos, cuando sus furiosos arrebatos agotaran sus fuerzas, Carlos permanecía con los ojos fijos y todas las facciones en estado de rígida é inflexible inmovilidad, co-

mo hombre que medita algún proyecto desesperado á que no ha podido resolverse todavía. Es indudable que una insidiosa indicación, por ligera que fuese, de parte de alguno de los consejeros que le rodeaban, hubiera bastado para impulsar al duque á los últimos excesos. Pero los nobles borgoñones, por consideración al carácter sagrado de la persona de un rey y señor de vasallos, así como por el miramiento debido á la fe pública y honor del duque, que comprometiera su palabra cuando Luís se puso en sus manos, sentíanse casi unánimemente inclinados á recomendarle medidas de moderación: los argumentos de que Hymbercourt y Comines se atrevieran á echar mano durante la noche para calmarle, fueron reproducidos en las horas más tranquilas de la siguiente mañana por Crève-Cœur y otros que los alegaron con instancia. Acaso el celo que mostraban en favor del rey no era absolutamente desinteresado. Muchos de los cortesanos, como ya dijimos, experimentaran los efectos de la liberalidad de Luís; otros tenían en Francia dominios ó pretensiones que los sometían un poco á su influencia; y lo cierto es que el tesoro que trajera el rey á Verona en cuatro mulas, aligeróse mucho durante el curso de estas negociaciones.

Al tercer día, el conde de Campo-Basso rindió al consejo de Carlos el tributo de su talento italiano; y fué gran fortuna para Luís que no se presentara más pronto, cuando se hallaba el duque en los primeros arrebatos de furor. Á su llegada convocóse al instante un consejo ordinario para deliberar sobre las medidas que convenía adoptar en tan rara crisis.

Campo-Basso apoyó su dictamen con la fábula del viajante, la víbora y la zorra, y recordó al duque el consejo que da la zorra al hombre, de destruir su mortal enemigo mientras que el destino le pone á su disposición. Comines, que vió centellear los ojos del duque al oir una proposición que le sugiriera ya muchas veces la violencia de su carácter, dióse prisa en hacer presente la posibilidad de que Luís no hubiese tomado parte directa en el espantoso asesinato cometido en Schonwaldt.

—Acaso—dijo—se halla en estado de defenderse de esta acusación, y dispuesto á resarcir los daños y perjuicios que han ocasionado sus manejos en los dominios del duque y de sus aliados.

Añadió que un acto de violencia ejercida contra la persona del rey no podía dejar de acarrear á Francia y Borgoña terribles desgracias que resultarían de ella; y que entre otras no sería por cierto la menor el que los ingleses podrían aprovecharse de la discordia y divisiones intestinas que estallarían sin duda, para ponerse otra vez en posesión de la Normandía y de Guiena, y renovar aquellas desastrosas guerras que sólo se terminaron, no sin dificultad, por la unión de Francia y Borgoña contra el enemigo común. Dió fin á su discurso diciendo que no pretendía aconsejar al duque que diese la libertad á Luís pura y simplemente y sin condición alguna; pero que era de parecer que sólo debía aprovecharse de la situación en que se hallaba la Francia para celebrar entre los dos países un justo y equitativo tratado, exigiendo de Luís garantías que le impidiesen faltar á su palabra, y perturbar en lo sucesivo la paz interior de Borgoña. Hymbercourt, Crève-Cœur y otros se declararon altamente contra las violentas medidas propuestas por Campo-Basso, y sostuvieron que por medio de un tratado podían obtener ventajas más duraderas y hermosas para la Borgoña, que por medio de una acción que la llenaría de oprobio, cual sería la falta de fe y hospitalidad.

Escuchaba el duque todos estos argumentos con los ojos bajos y frunciendo sus espesas cejas, de modo que no sólo las acercaba una á otra, sino que las confundía en una. Y cuando el conde de Crève-Cœur añadió que no creía que Luís hubiese tomado parte en el acto de atroz violencia cometido en Schonwaldt, Carlos levantó la cabeza; y lanzando una severa mirada á su consejero, dijo:

—¿Con que ha llegado también á vuestros oídos, Crève-Cœur, el sonido del oro de Francia? Paréceme que se oye en mi consejo como las campanas de San Dionisio. ¿Quién se atreverá á decir que Luís no ha fomentado la rebelión en Flandes?

—Señor—respondió el conde—mi mano ha estado siempre menos acostumbrada á manejar el oro que el acero; y estoy de tal modo convencido de que Luís es culpable de haber suscitado los disturbios de Flandes, que no hace mucho le acusé de ello en presencia de toda su corte, desafiándole en vuestro nombre. Pero, aunque sus intrigas hayan sido la pri-

mera causa de esas conmociones, estoy tan lejos de creer que autorizara el asesinato del obispo, como sé de cierto que uno de sus emisarios protestó públicamente contra aquel crimen; y podría presentarle á Vuestra Alteza si fuese de su agrado.

—¡Si fuese de mi agrado! ¿Podéis acaso dudar que no desee yo proceder con arreglo á la más severa justicia? Aun en medio del más fuerte arrebato de furor, el mundo sabe que no soy capaz de fallar contra la equidad y rectitud. Yo mismo veré á Luís de Francia, le expondré mis quejas, y la reparación que exijo, reparación que podrá ser más suave si está inocente de este asesinato. Pero si ha sido cómplice en él, ¿quién osará decir que una vida consagrada á la penitencia en un apartado monasterio, no sea una sentencia tan benigna como merecida? ¿Quién podrá negar—añadió, enardeciéndose al paso que iba hablando—que una venganza más pronta y directa no sería más legítima y oportuna? Presentadme ese testigo de que me habláis. Pasaremos al castillo á las once; redactaremos algunos artículos, y será fuerza que los acepte. De lo contrario, ¡desgraciado de él! Otros dependerán del resultado que dén los procedimientos. La sesión está terminada, señores; ya podéis retiraros. Voy solamente á mudar de traje; pues este es poco decente para presentarme á mi *dignísimo soberano*.

Cargó el duque el acento en estas últimas palabras con honda y amarga ironía, y levantándose al mismo tiempo, salió de la sala con precipitado paso.

—La seguridad de Luís y, lo que es más importante todavía, el honor de Borgoña, penden de un cabello—dijo Hymbercourt á Crève-Cœur y á Comines. — Corre al castillo, Comines. Tu lengua es más afilada que la de Crève-Cœur y que la mía. Da noticias á Luís de la tempestad que le amenaza, y así sabrá mejor cómo precaverse. Espero que ese joven arquero no dirá nada que pueda agravar la situación del rey, pues ¿quién sabe cual podía ser la comisión secreta de que fué encargado?

—Ese joven — respondió Crève-Cœur—parece atrevido, pero más prudente y circunspecto de lo que pudiera esperarse de su edad. En todo lo que me ha referido, ha manifestado guardar mucha atención al rey, como á un príncipe en cuyo servicio se hallaba. Espero que hablará del mismo modo en

presencia del duque. Entre tanto es preciso que vaya á buscarle, así como también á la joven condesa de Croye.

—¡La condesita! —exclamó Hymbercourt— ¿no habéis dicho que la dejasteis en el convento de Santa Brígida?

—Es verdad, pero las órdenes del duque me han obligado á enviar por ella, y la han traído aquí en una silla cubierta; pues encontrábase algo fatigada para viajar de otro modo. Hallábase sumamente abatida, tanto á causa de la incertidumbre por la suerte de su tía, la condesa Amelina, como por razón de la inquietud que no deja de tener por su propio destino: pues se ha hecho culpable de un grave delito feudal, atreviéndose á sustraerse á la protección de su señor: y no es el duque Carlos hombre para mirar con indiferencia el menor desacato á sus derechos de señoría.

La noticia de que la condesita estaba en poder de Carlos, presentó la posición de Luís más espinosa todavía á sus propios ojos. No ignoraba que ella podía dar cuenta de los manejos de que se valiera para determinarla á pasar á Francia con su tía, y suministrar de este modo contra él las pruebas que tuvo buen cuidado de hacer desaparecer mandando ahorcar á Zamet Maugrabin. Sabía también que esta intervención de su parte en los derechos del duque de Borgoña cuando fuere bien probada, ofrecería á Carlos un pretexto y un motivo para aprovecharse de todas sus ventajas.

Atormentado por todos estos recelos sobre su situación, platicaba el rey con el señor de Comines, cuyas luces y político talento congeniaban más con Luís, que el franco y militar carácter de Crève-Cœur y el orgullo feudal del barón de Hymbercourt.

—Esos soldados cubiertos de hierro, mi querido Comines —dijo el rey á su futuro historiador— deberían permanecer siempre en la antesala con sus alabardas y partesanas, y nunca poner el pié en el gabinete de los soberanos. Sus brazos son ciertamente á propósito para combatir por nosotros; pero el monarca que quiere dar á sus cabezas otra ocupación que la de servir de yunque á las espadas y mazas de sus enemigos, procede como aquel loco que quería aplicar al cuello de su querida el collar de un perro. Sólo á hombres como vos, Felipe, á hombres cuyos sentidos están dotados de aquel exquisito discernimiento capaz de penetrar más allá de la superfi-

cie de los negocios, deben abrir los príncipes su gabinete, las salas de sus consejos, y ¿qué diré yo?... los pliegues más ocultos de su corazón.

Era muy natural que á Comines, hombre lleno de instrucción y de talento, le lisonjease esta aprobación del príncipe de Europa tenido por el más sagaz; y no pudo ocultar tan enteramente la satisfacción interior que experimentaba, que dejase de conocer el rey cuánto le había impresionado.

—¡Ojalá—continuó—hubiese yo tenido semejante servidor, ó mejor dicho, que fuese yo digno de tenerlo! No me hallaría en la infeliz situación en que me veo; y, sin embargo, apenas me pesaría encontrarme en ella, como pudiese descubrir los medios de asegurarme los servicios de tan experimentado estadista.

Comines respondió que todas sus facultades, cualesquiera que fuesen, estaban al servicio de su Majestad cristianísima, salvo empero la fidelidad que debía á su señor legítimo Carlos, duque de Borgoña.

—¿Soy yo capaz de querer seduciros y corromper vuestra fidelidad?—exclamó Luís con tono patético.—¡Ah! ¿no me hallo yo mismo en peligro en este momento por haber dispensado demasiada confianza á uno de mis vasallos? ¿Á quién puede parecer más sagrada la fidelidad feudal que á mí, que no veo otro medio de salvación que implorarla altamente? No, Felipe de Comines, continuad sirviendo á Carlos de Borgoña, y de ningún modo podéis hacerlo mejor que negociando un tratado razonable entre el duque y Luís de Francia. Obrando de esta suerte, serviréis á entrambos, y veréis que uno de los dos por lo menos está agradecido. Me han asegurado que vuestro sueldo en esta corte iguala apenas al del gran Halconero. ¿Es posible que los servicios del más sabio consejero de Europa se pongan al nivel, ó se desprecien, por mejor decir, considerándolos inferiores á los de un pajarero y médico de aves de rapiña? La Francia posee hermosas tierras; su rey no carece de oro. Permitidme, amigo mío, rectificar esta escandalosa desigualdad. Los medios no están muy lejos: dejad que haga uso de ellos.

Al decir estas palabras, el rey le ofreció una gran talega de plata; pero Comines, cuyos sentimientos eran más delicados que los de la mayor parte de los cortesanos de su tiempo,

rehusó el regalo, dándole las gracias y diciendo que estaba perfectamente satisfecho de la liberalidad de su señor; y aseguró á Luís, que aun cuando hubiese aceptado el ofrecimiento que le hacía, no fuera esta circunstancia capaz de aumentar los deseos que tenía de serle útil.

—¡Hombre extraordinario! —exclamó el rey —permitidme que abrace al solo cortesano de este siglo que sea al mismo tiempo sabio é incorruptible. La sabiduría es mucho más preciosa que el oro más puro; y creedme, Felipe, tengo mayor confianza en vuestra asistencia en estos momentos de crisis, que en los socorros comprados de otros que han aceptado mis regalos. Os conozco, Comines, y estoy seguro de que no aconsejaréis á vuestro señor que abuse de la ocasión que la fortuna, ó para hablaros con franqueza, mi propia locura le ha proporcionado.

—*¡Que abuse!* No, ciertamente —respondió Comines— pero sí le aconsejaré que *use* de ella.

—¡Cómo! ¿Hasta qué punto? No soy tan mentecato para presumir que me suelte sin rescate; pero á lo menos que sea moderado. Tan dispuesto me hallo á atender la razón en Perona, como en París ó en Plessis.

— Pero si Vuestra Majestad me permite decírselo, la razón en París ó en Plessis solía hablar con tan humilde tono y baja voz, que no siempre podía alcanzar audiencia de Vuestra Majestad; pero en Perona tiene más sonoro é imperioso órgano y habla la trompeta de la necesidad.

—Vuestro estilo es harto figurado —dijo Luís, incapaz de reprimir un movimiento de mal humor.—Soy hombre liso y llano, señor de Comines; os ruego que dejéis á un lado vuestros tropos y que vengamos al hecho. ¿Qué espera de mí vuestro duque?

—No soy yo el portador de sus proposiciones, señor; él mismo os enterará cuanto antes de las que tiene que haceros. Sin embargo, acuérdome de algunas á que es preciso que Vuestra Majestad esté preparado. Por ejemplo, la cesión de las ciudades de Soma.

—Ya me lo imaginaba.

—La declaración de no haber tomado parte en los crímenes cometidos por los liejenses y Guillermo de la Marck.

—Tan cierto como no he celebrado pacto con el demonio.

—Os pedirá rehenes ó algunas fortalezas, por garantía de que os abstendréis en lo sucesivo de excitar la rebelión entre los flamencos.

—Algo ridículo es, Felipe, que un vasallo pida garantías á su soberano; pero pase esto también.

—Un infantazgo proporcionado é independiente para vuestro ilustre hermano el aliado y amigo de mi amo: la Normandía ó la Champaña, por ejemplo. El duque, señor, aprecia mucho la casa de vuestro padre.

—Sí; ¡fuego de Dios! La aprecia tanto, que quiere hacer reyes á todos sus hijos. Y bien ¿hase agotado vuestro almacén de proposiciones?

—Todavía no. Vuestra Majestad será requerido seguramente de no molestar más al duque de Bretaña, como lo ha hecho últimamente; y de no disputar por más tiempo el derecho que tienen vuestros grandes feudatarios de acuñar moneda y de nombrarse duques y príncipes por la gracia de Dios.

—En una palabra, reconocer por reyes á mis vasallos. Señor Felipe, ¿queréis que sea fratricida? Os acordáis de mi hermano Carlos? Pues bien, apenas fué duque de Guiena murió. ¿Y qué quedará para los descendientes y representantes de Carlo Magno, después de haberse desprendido de tan ricas provincias? Sólo el privilegio de hacerse ungir en Reims, y de comer sentados bajo dosel.

—Disminuiremos los cuidados de Vuestra Majestad en esta parte dividiéndolos con un compañero en esa distinción, que os era exclusivamente reservada. Aunque el duque de Borgoña no pida por ahora el título de rey independiente, desea sin embargo estar exento en lo sucesivo de ciertas humillantes muestras de sujeción que está obligado á guardar con el rey de Francia. Tiene también la intención de arreglar su corona ducal del mismo modo que la de los emperadores y de colocar un globo en la parte superior en señal de la independencia de sus dominios.

—¿Y cómo el duque de Borgoña—exclamó Luís levantándose precipitadamente y mostrando un grado de agitación nada común en él—cómo un vasallo de mi corona se atreve á proponer á su soberano condiciones que, según todas las leyes de Europa, le harían reo de prevaricación?

—En este caso, la pena que se le imponga será harto difícil de ejecutar—dijo con calma Comines. No ignora Vuestra Majestad que la observancia de las leyes del feudalismo empieza á desatenderse hasta en el mismo imperio Germánico; y que los señores feudales, lo propio que los vasallos, procuran mejorar su posición respectiva lo más que se lo permiten la fuerza y las ocasiones. Las relaciones secretas de Vuestra Majestad con los vasallos del duque en Flandes servirán á mi amo de pretexto, suponiendo que insista en que la Francia, reconociendo su independencia absoluta, se ponga en estado de no poder entregarse en lo sucesivo á semejantes maquinaciones.

—Comines!... Comines!...—dijo Luís volviendo á levantarse y paseándose por su cuarto con ademán pensativo.—Este es un terrible comentario del texto: *¡Væ Victis!* ¿Supongo que no queréis darme á entender que insistirá el duque en tan duras condiciones?

—Quisiera á lo menos, señor, que Vuestra Majestad estuviera preparado á discutirlas.

—Sin embargo, amigo mío, nadie lo sabe mejor que vos: la moderación en la prosperidad es necesaria para asegurar las ventajas que pueden resultar de ella.

—Vuestra Majestad me permitirá le diga que siempre es el que pierde quien ensalza el mérito de la moderación. El que gana, hace mayor caso de la prudencia que le impele á no dejar escapar la ocasión de que puede aprovecharse.

—Pues bien, lo reflexionaremos. Pero presumo que al menos indicasteis ya todas las pretensiones descabelladas del duque? ¿Se atrevería á llevarlas más allá? Sí; leo en vuestros ojos que aún no lo habéis dicho todo. ¿Qué quiere, pues? ¿qué puede desear? ¿Acaso mi corona, que habrá ya perdido sus más ricas joyas si le concedo todas las demandas que habéis significado?

—Lo que me resta deciros, señor, depende en gran parte de la voluntad del duque; pero tiene intención de pedir vuestro consentimiento, pues á la verdad es un punto que os interesa muy de cerca.

—¿Y de qué se trata?—preguntó el rey con impaciencia.—¿Deberé enviarle mi hija por concubina? ¿ó de qué otro deshonor pretende cubrirme?

—El proyecto que ha concebido no encierra ningún deshonor. El primo de Vuestra Majestad, el ilustre duque de Orleans...

—Ah!—dijo el rey; pero Comines continuó sin hacer ningún caso de esta interrupción:

—Habiendo puesto su cariño en la joven condesa Isabel de Croye, el duque desea que Vuestra Majestad dé su consentimiento á este matrimonio como él ha dado el suyo, y que os unais á él para asegurar á los dos consortes un patrimonio que, unido á los dominios de la condesa, forme decoroso estado para un príncipe de la sangre.

—¡Jamas!... ¡jamas!—exclamó el rey entregándose á un furor que no le habia costado poco reprimir hasta entonces, paseandose á largos pasos por el cuarto con un desorden que formaba singular contraste con su serenidad habitual... —¡Jamas! ¡no, jamas! Traigan unas tijeras, córtenme el pelo como al loco de una parroquia, a quien tanto me han igualado mis necesidades; ábrase para mí la puerta de un monasterio ó la del sepulcro; empléense hierros candentes para privarme de la vista; recurrase á la cuchilla, al veneno, á *todo* lo que se quiera; pero Orleans no faltará á la fidelidad que ha prometido á mi hija, no tendrá jamás otra esposa mientras ella viva.

—Antes de pronunciaros tan vivamente contra este proyecto, señor, dignese Vuestra Majestad reflexionar que no tiene medio alguno para impedir su ejecución. El hombre sabio que ve desgajarse un pedazo de roca, no forma el vano intento de detenerla en el aire.

—Pero un hombre intrépido sabe esperar su tumba debajo de ella. Comines, considerad que este enlace causaría la ruina, la destrucción entera de mi reino; pensad que no tengo más que un hijo, un hijo enfermizo, y que Orleans es después de él el heredero de la corona. Tened presente que la Iglesia ha accedido á su unión con Juana, unión que tan felizmente amalgama los intereses de las dos ramas de mi familia: no olvidéis que este ha sido el proyecto favorito de toda mi vida; que he meditado, velado, combatido, rogado... y pecado para llevarle á efecto. No, Felipe de Comines, eso no; no desistiré de esta empresa. Tened lástima de mi en tan extrema aflicción: reflexionad, reflexionad: vuestro inge-

nioso talento puede encontrar con facilidad algún objeto para sustituir á ese sacrificio, algún cordero que ofrecer en lugar de lo que me es tan querido como lo era al Patriarca su único hijo. Doleos de mí, Felipe; vos, por lo menos, debéis saber que la destrucción de un plan, para cuyo cumplimiento se ha discurrido y trabajado mucho, trastorna más á un hombre dotado de criterio y previsión, que á un ente ordinario, cuyas penas son pasajeras, porque sus deseos sólo son efecto de una pasión momentánea. Vos, que tenéis obligación de compadecer el pesar que ocasionan la prudencia vendida, la sagacidad engañada, aflicción incomparablemente más profunda que todas las que dimanan de otros sentimientos, ¿no os interesaréis por la pena que agobia mi corazón?

—Me intereso por ella, señor, tanto como lo que debo á mi amo.

—No me habléis de él—exclamó Luís, cediendo ó aparentando ceder á un impulso irresistible que le ponía como fuera de sí y le hacía olvidar su acostumbrada reserva.—Carlos de Borgoña ¿es digno acaso de vuestro afecto? ¿Carlos, que es capaz de insultar y aun de sacudir al más fiel de sus consejeros, y de aplicar al más sabio de ellos el injurioso epiteto de *Cabeza embotada?*

Todo el talento de Felipe de Comines no impidiera que dejase de tener muy favorable opinión de su propia importancia; y le causaron tal impresión las palabras que acababa de pronunciar el rey, sin embargo de ser proferidas en un arrebato que no le permitía, según toda apariencia, reflexionar lo que decía, que no pudo menos de repetir:

—*¡Cabeza embotada!* Es imposible que el duque haya motejado así al servidor que ha visto siempre á su lado desde que fué capaz de montar un palafrén. ¡Y en presencia de un monarca extranjero! Repito que es imposible.

Luís conoció inmediatamente el efecto de sus expresiones, y evitando tomar un tono de pésame que hubiera podido parecer insultante, ó de compasión que tuviese trazas de afectado, dijo con sencillez y dignidad al mismo tiempo:

—Mis infortunios me han hecho olvidar la urbanidad, sin lo cual no os hubiera hablado de lo que sin duda debe seros desagradable. Pero vos pretendéis que lo que os ha dicho es

imposible: esto ofende mi amor propio, y vendría á conceder que es fundada vuestra acusación, si no os refiriese que el duque, pensando reventar de risa, me contó las circunstancias que dieron lugar á ese apodo insultante, cuya repetición no ofenderá vuestros oídos pasando por mi boca. Díjome, pues, que un día, volviendo de una cacería á que le habiais acompañado, después de apearse del caballo os rogó que le descalzaseis las botas. Leyendo acaso en vuestros ojos natural descontento por ocupación tan baja y humillante, mandó que os sentarais y comenzó á prestaros el mismo servicio que acababa de recibir de vos. Pero ofendido de que hubiéseis interpretado su última orden al pié de la letra, luégo que os hubo descalzado una bota, os dió con ella recio en la cabeza, hasta que chorreó sangre, declamando contra la insolencia de un vasallo que permitía que la mano de su señor se degradase hasta tal punto; y desde entonces se divierte mucho con esta aventura, y no solamente os moteja con el absurdo y ridículo nombre de *Cabeza embotada*, sino que ha permitido que Glorioso, su bufón favorito, hiciese otro tanto (1).

Con la narración de esta anécdota disfrutaba Luís de doble placer: primero, de herir en lo vivo á la persona con quien hablaba, satisfacción en que por naturaleza se complacía, aun cuando no tuviese, como en el caso de que se trata, una especie de excusa para entregarse á su propensión; y luégo, de ver que había por fin logrado descubrir en el carácter de Comines un punto vulnerable, que podía inducirle insensiblemente á abandonar los intereses de Borgoña para abrazar los de Francia. Pero, por más que el profundo resentimiento que el cortesano ofendido concibió contra su amo, le indujese para más adelante á dejar el servicio de Carlos por el de Luís, contentóse en aquel momento con asegurar al rey del interés que tomaba por la Francia en términos generales, que Luís, según le constaba, sabía muy bien interpretar. Sería el colmo

(1) Las memorias de Francia de aquella época refieren haber sucedido este caso de un modo más grosero y menos probable. Afirman que Comines, con una presunción impropia de su extremada sensatez, había pedido á Carlos de Borgoña que le quitara las botas, sin que ninguna previa familiaridad de parte del príncipe le autorizara para tomarse semejantes libertades. Yo he procurado dar á la anécdota un giro más conforme con la prudencia é ingenio de aquel grande autor.

de la injusticia acusar á este excelente historiador de haber olvidado en esta ocasión lo que debía á su amo; pero es cierto que se sentía en aquel instante con disposición más favorable á Luís, que cuando entró en el aposento.

—No creía—dijo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para reirse de la anécdota que el rey acababa de contar—que una bagatela, una locura semejante se radicase tanto en el espíritu del duque, que pudiese hacer mención de ella alguna vez. Algo hay de verdad en esa historia de las botas, y Vuestra Majestad sabe que el duque no es muy delicado en sus chanzas; pero esta ha sido muy adornada y ampliada por su imaginación. Por fin, no hablemos más de esto.

—Sí, sí, no hablemos más—dijo el rey—vergüenza es que nos hayamos detenido en ello un momento. Ahora bien, espero, señor Felipe, que sentís por la Francia suficientes simpatías para aconsejarme en esta espinosa crisis. Estoy seguro de que vos tenéis un hilo que podría sacarme de este laberinto, si quisiéseis darme el cabo.

—Vuestra Majestad puede disponer de mis consejos y de mis servicios—respondió Comines—siempre con la reserva de lo que debo á mi amo.

Esto era lo que con corta diferencia había ya dicho el cortesano; pero lo repetía ahora con tan diverso tono, que Luís, que de la primera manifestación de Felipe había deducido que lo que debía á su señor era la primera de sus atenciones, comprendió muy bien que ahora cargaba más el acento en la promesa de sus consejos y servicios, que en una salvedad alegada únicamente, á lo que parecía, por cumplimiento y decoro. Volvió á sentarse, obligó á Comines á que tomara una silla á su lado, y le escuchó como si estuviese oyendo á un oráculo. El diplomático le habló en voz baja, con aquel tono que raras veces deja de impresionar al que escucha, porque indica sinceridad y una especie de precaución; y con una lentitud que parecía prevenir al monarca que pesase bien cada palabra que salía de su boca, como si hubiese tenido un sentido particular y determinado.

—Las proposiciones que he sometido á la consideración de Vuestra Majestad—dijo—por más duras que os parezcan, han sido sustituídas á otras mucho más violentas todavía, que se presentaron antes y fueron sostenidas en el consejo por

gente animada de miras más hostiles que las mías con respecto á Vuestra Majestad: no tengo necesidad de recordaros que los más directos y violentos consejos son siempre los que encuentran más fácil acogida en el duque; porque gusta de llegar al término del viaje por el camino más corto, por peligroso que sea, antes que seguir el más seguro, como tenga que hacer algún rodeo.

—Es muy cierto—dijo el rey;—yo le he visto atravesar un río á nado, con peligro de ahogarse, cuando á trescientos pasos hubiera podido pasarlo por un puente.

—No cabe duda, señor; y aquel que mira como objeto mezquino su vida cuando se trata de halagar la impetuosa pasión de un momento, seguirá igual impulso y preferirá el gusto de satisfacer sus caprichos al aumento esencial de su poder.

—Yo opino del mismo modo. Un loco prefiere la apariencia del dominio á la realidad; y me consta que tal es el carácter de Carlos de Borgoña. Pero, mi apreciado amigo Comines, ¿qué consecuencias sacáis de esta proposición en que estamos acordes?

—Señor, esta: ¿no ha visto Vuestra Majestad á un hábil pescador hacerse dueño de un gran pez, y sacarle del agua con el delgado hilo de su caña, empleando la astucia, cuando si hubiese querido apoderarse de él atropelladamente, no resistiera el hilo, aunque fuera diez veces más recio, á la violencia de sus esfuerzos? Pues del mismo modo Vuestra Majestad, satisfaciendo al duque en aquellos objetos en que especialmente funda sus ideas de honor y de venganza, podrá eludir muchas exigencias más desagradables todavía, y en especial, pues debo hablar con franqueza á Vuestra Majestad, aquellas que tendrían una tendencia directa á desmembración de la Francia. Así las olvidará por el momento: se escaparán luégo de su memoria; y dejándolas para otra junta, se retardará la discusión y no se hablará más de ellas.

—Os comprendo, apreciable Felipe; pero vamos al caso. ¿Cuál consideráis que sea de todas esas disparatadas proposiciones, aquella cuya contradicción le pusiera más furioso é intratable?

—Cualquiera de ellas: precisamente aquella en que le contradigáis. Esto es lo que Vuestra Majestad debe evitar; y para

volver á mi primera alegoría, es menester que estéis siempre en acecho; y cuando le veréis dispuesto á entregarse á violento ímpetu, aflojadle la caña para que no la rompa. Así su furor, considerablemente disminuído, se disipará por sí mismo, si no encuentra oposición, y poco después le veréis más blando y más afable.

—Sin embargo—dijo el rey con aire pensativo—entre las proposiciones que mi primo tiene intención de hacerme, debe haber algunas que tomará más á pecho que otras. ¿No hubiera medio de distinguirlas, señor Felipe?

—Vuestra Majestad puede hacer que la más insignificante de las demandas sea para el duque la más empeñada, con sólo que os opongáis á ella. Juzgo, sin embargo, deber deciros, señor, que es preciso perder toda esperanza de acomodamiento sin abandonar á los liejenses y á Guillermo de la Marck.

—Ya he dicho que los abandonaría, y no merecen otra cosa de mí. Miserables!... ¡Dar principio á semejante tumulto en una ocasión en que podía costarme la vida!

—El que aplica la mecha á un reguero de pólvora no debe maravillarse de oir la explosión de la mina—replicó Comines.

—Pero no bastará al duque Carlos que Vuestra Majestad los abandone. Yo sé que se propone reclamar vuestra asistencia para vencer esa insurrección, y vuestra presencia real para sancionar el castigo que prepara á los rebeldes.

—No sé si mi honor me permite acceder á esta demanda, Comines.

—Pues yo no sé si el cuidado de vuestra seguridad individual os deja mucho campo para rehusarla. Carlos está determinado á probar á los flamencos que no deben contar con los ofrecimientos ni con los socorros de la Francia, y que si se rebelan, nada podrá ponerles al abrigo del furor y la venganza de la Borgoña.

—Hablemos francamente, señor Felipe. Si lográsemos ir entreteniendo las cosas ¿esos miserables liejenses no podrían ponerse en estado de resistir al duque? Los pícaros son tercos y en gran número: ¿no serían capaces de defender la ciudad contra él?

—Algo pudieran hacer con los mil arqueros que Vuestra Majestad les ha prometido; pero...

— ¡Que yo les he prometido! Ah! mi apreciable señor Felipe! me agraviáis con esa suposición.

— Pero sin esto — continuó Comines no atendiendo á la interrupción del rey — y supuesto que *por ahora* Vuestra Majestad no juzgará probablemente oportuno enviárselos, ¿cómo unos artesanos pueden prometerse defender una ciudad en que no se han reparado todavía las anchas brechas de sus murallas, mandadas hacer por el duque Carlos después de la batalla de Saint Tron, de suerte que los lanceros de Hainault, de Brabante y de Borgoña pueden atacar á veinte de frente?

— ¡Imprudentes idiotas! Si así han desatendido ellos mismos su seguridad, no merecen mi protección. No; no me empeñaré por ellos. Continuad.

— Temo que Vuestra Majestad ponga más interés en el siguiente punto.

— Ah! — exclamó el rey — queréis hablar de ese infernal matrimonio. Nunca consentiré en romper el tratado que une á mi primo de Orleans con mi hija Juana. Eso sería arrancar el cetro de la Francia á mi posteridad; pues el Delfín tiene la salud muy delicada; es un capullo marchito que no dará ningún fruto. Este matrimonio entre Juana y el duque de Orleans ha sido el objeto de mis reflexiones durante el día, de mis sueños en la noche. Os repito, Felipe, que no puedo acceder á ello. Á más de que, es una barbarie exigir de mí que destruya con mis propias manos y de un solo golpe el plan político que más aprecio, y la felicidad de dos jóvenes, criados uno para otro desde la infancia.

— ¿Con que es grande su cariño? — preguntó Comines.

— De una parte por lo menos — respondió el rey: — aquella por la cual debo yo tomar mayor interés. Pero vos os sonreís, Felipe: ¿no creéis en la fuerza del amor?

— Al contrario, señor; permitid que os diga que soy tan poco incrédulo en esta materia, que iba á preguntaros si tendríais un poco menos de repugnancia en acceder al enlace propuesto entre Luís de Orleans é Isabel de Croye, si yo os probase que la condesa tiene una inclinación tan decidida por otra persona, que probablemente se negará á dar la mano al duque.

— ¡Ah, mi bueno y querido amigo! — dijo suspirando el rey. — ¿De qué sepulcro habéis sacado este consuelo para un

hombre muerto? ¡Su inclinación! qué! Para decir la verdad, supongamos que Orleans detesta á mi hija Juana: ¿qué importa? Sin este amontonamiento de desdichas debidas á la trama de este mal urdido lance, de buena ó mala gana hubiera tenido que casarse con ella. ¿Qué puede acontecer para que esa doncella niegue la mano al esposo que se le destina, cuando se vea obligada á ello por una necesidad de esta clase? ó mejor dicho, ¿cómo querrá negársela tratándose de un príncipe de la sangre real de Francia? No, no, Felipe; no debemos lisonjearnos de que ella sea insensible al cariño de tal amante. *Varium et mutabile*, Felipe.

—Creo que en esta ocasión no pesa Vuestra Majestad en buena balanza el valor determinado de esa joven. Procede de caprichosa y obstinada estirpe; y he sabido por Crève-Cœur, que profesa un afecto de novela á un joven escudero que realmente le ha prestado grandes servicios en el camino.

—Ah!—exclamó el rey—¿un arquero de mi guardia que se llama Quintín Durward?

—Él mismo, á lo que creo—respondió Comines—y ha sido hecho prisionero con la condesa. Viajaban juntos, casi mano á mano.

—¡Benditos y alabados sean Dios nuestro señor, nuestra Señora, el señor san Martín y el señor san Julián! ¡Gloria y honor al sabio Galeoto, quien leyó en los astros que el destino de ese joven estaba en conjunción con el mío! Si esa condesita se le ha aficionado de modo que se oponga por ello á las órdenes del duque, verdaderamente ese Quintín Durward me ha prestado señaladísimo servicio.

—Según me ha contado Crève-Cœur, señor, puede esperarse hallarla suficientemente obstinada. Á más de que, á pesar de la suposición que se ha dignado hacer ahora poco Vuestra Majestad, el noble duque no renunciará sin duda voluntariamente á la mano de su hermosa prima, con quien se halla comprometido tanto tiempo hace.

—¡Hum, hum!—contestó el rey.—Vos no habéis visto á mi hija Juana; es un mochuelo, señor Felipe; un verdadero mochuelo; casi me avergüenzo de ser su padre. Pero ¿qué importa? Que tenga ahora bastante entendimiento para casarse con ella, y luégo le permitiré que pierda el juicio por la mujer más hermosa de Francia. Ahora bien, presumo que se

habrá ya terminado la lista de las pretensiones de vuestro amo.

—Os he dado á conocer, señor, los puntos sobre los cuales está más dispuesto á insistir en la actualidad; pero Vuestra Majestad ya sabe que el carácter del duque es un torrente impetuoso, cuyas aguas corren tranquilas sólo cuando no hallan oposición alguna en su camino, siendo imposible prever qué obstáculos pueden interponerse y hacerle salir de madre. Si llegase á obtener inopinadamente más evidentes pruebas de los manejos de Vuestra Majestad con los liejenses y Guillermo de la Marck (perdonad, señor, la expresión, el tiempo urge y no permite ciertos cumplimientos), entonces podrían ser más terribles las consecuencias. Han llegado muy extrañas noticias de aquel país. Se dice que De la Marck se ha casado con Amelina, la mayor de las condesas de Croye.

—Esa vieja loca tenía tantas ganas de casarse, que hubiera aceptado la mano del mismo Satanás; pero que De la Marck, tan bruto como es, se haya decidido á cargar con ella, me parece más extraordinario.

—Asegúrase igualmente que un heraldo ó enviado por parte de Guillermo de la Marck, está para llegar á Perona. Esto solo basta para excitar en el duque un arrebato de cólera. Espero que Vuestra Majestad no habrá tenido correspondencia con Guillermo de la Marck, y que éste no podrá presentar ninguna pieza ni documento justificativo.

—¡Yo escribir á un *jabalí*! No, no, señor Felipe; no soy tan necio para echar margaritas á los cerdos. Las pocas relaciones que he tenido con ese animal feroz, sólo consistieron en mensajes de viva voz, y no empleé más que vagabundos y miserables cuyo testimonio no se admitiría para probar el robo de los huevos de un gallinero.

—Sólo me queda que recomendar á Vuestra Majestad—dijo Comines levantándose—que estéis siempre prevenido, que obréis según las circunstancias, y, sobre todo, que sólo empleéis con el duque el lenguaje y los discursos más propios de vuestra actual situación que de vuestra dignidad.

—Si mi dignidad me molesta—respondió el rey—lo que raras veces me sucede cuando trato negocios de interés, tengo un remedio especial contra esa intumescencia del corazón, y es echar una mirada á cierto ruinoso gabinete que se halla

á dos pasos de aquí, y pensar en la muerte de Carlos el Simple: esto me la quitará tan eficazmente, como un baño frío apagaría mis ardores. Y ahora, mi querido amigo, mi digno consejero ¿es preciso que os separéis de mí? Y bien, señor de Comines, tiempo vendrá en que os cansaréis de dar lecciones de política á ese toro de Borgoña, que no se halla en estado de comprender el más sencillo de vuestros argumen-



tos: cuando llegue este caso, si Luís de Valois vive todavía, pensad que tenéis un amigo en la corte de Francia. Si vos fuéseis allá, mi querido Felipe, consideraría vuestra presencia como una bendición para mi reino, porque á los profundos conocimientos en la diplomacia, agregáis una conciencia que os facilita conocer y discernir el bien del mal, en tanto que... ¡Dios, nuestra Señora, y el señor san Martín me lo perdonen!... Oliverio y La Balue tienen el corazón tan duro como una piedra de molino. Mi vida está llena de amargura por los remordimientos de los crímenes que me han hecho cometer, y por la penitencia que me es preciso hacer con este motivo; pero vos, señor Felipe, vos que poseéis la sabiduría de los tiempos pasados y presentes, vos podríais enseñarme á ser grande sin dejar de ser virtuoso.

—Esta es difícil empresa—dijo el historiador—pocos príncipes la han llevado á cabo; sin embargo, hállase todavía al alcance de los que quieran hacer algún esfuerzo para conseguirlo. Yo me retiro, señor: preparaos para la conferencia que el duque no tardará á tener con Vuestra Majestad.

Luís permaneció algún rato con los ojos fijos en la puerta por donde Comines acababa de salir.

—Él me ha hablado de pesca—dijo con amarga sonrisa—y no es mal anzuelo el que yo le he hecho tragar. Se cree virtuoso porque ha rehusado mi dinero; pero no pudo cerrar el oído á mis ofrecimientos y lisonjas: no es insensible al placer de vengar un agravio hecho á su vanidad. ¡Ha rehusado mi dinero! es verdad: resulta de esto que es más pobre, pero no por ello más honrado. Es preciso, sin embargo, atraerle porque es en efecto la cabeza mejor organizada de toda la Borgoña. Ahora me preparo á más noble lucha. Tengo que hacer frente á ese leviatán de Carlos, que va á cruzar los mares para llegar hasta mí. Fuerza es que, como á marinero temeroso, le eche algo desde la cubierta para entretenerle; pero acaso hallaré un día ocasión propicia... para hundirle un arpón en las entrañas (1).

(1) Véase la nota *U. Felipe de Comines.*





CAPÍTULO XXXI.

Los dos amantes.

> Permanece firme en tu lealtad, joven soldado. Cumple tu empeñada palabra: dejad sus astucias á la vejez, y á los políticos de encanecida cabeza sus embrollos y falsedades. Sed sencillos y puros, como lo es por la mañana el cielo, antes que el sol extraiga de la tierra los vapores que empañan más tarde su limpidez.
>
> *El proceso.*

En la importante y peligrosa mañana que precedió á la entrevista de los dos príncipes en el castillo de Perona, Oliverio el Gamo sirvió á su amo como agente no menos activo que hábil, prodigando por doquier los regalos y promesas para granjear partidarios á Luís, con objeto de que cuando estallara el furor del duque hubiese muchos interesados en sofocar el incendio, y nadie procurase aumentar su voracidad. Introdújose como la noche de tienda en tienda y de casa en casa, ganando amigos por todas partes, no en el sentido del apóstol, sino con el cebo de la iniquidad; y valiéndonos de la expresión que se aplicó á otro agente político no menos activo que él, «tenía el dedo en la mano y la boca en el oído de todos,» de suerte que, por diversas razones, de las cuales dimos ya muchas á conocer, procuróse los buenos oficios de gran número de caballeros borgoñones que tenían algo que esperar ó que temer en Francia, ó que juzgaban que si la autoridad de Luís quedase limitada, avanzaría el duque con firme y más seguro paso hacia el despotismo, por el cual mostrara inclinación harto decidida.

Cuando se trataba de ganar á alguno para quien consideraba insuficientes sus argumentos y presencia, valíase del influjo de algún otro servidor del rey. Obtuvo de este modo el permiso del conde de Crève-Cœur para que lord Crawford y el Acuchillado pudiesen tener una entrevista con Quintín Durward, que desde el día de su llegada á Perona estaba sin comunicación, aunque honrosamente tratado. Alegáronse negocios particulares como objeto de la demanda; pero es probable que Crève-Cœur, temiendo que las impetuosas pasiones de su señor le arrastrasen á la deshonra con algún acto violento contra Luís, celebró poder suministrar á Crawford la ocasión de dar al joven arquero algunos consejos que pudiesen ser útiles al rey de Francia.

La entrevista de los tres compatriotas fué cordial y aun interesante.

—Sois un joven original—dijo lord Crawford á Durward como lo hiciera un abuelo con su nieto.—La fortuna por cierto os favorece, como si hubiéseis nacido de piés como los gatos.

—Todo esto procede de haber obtenido tan joven una plaza de arquero—dijo el Acuchillado.—Nunca se ha hablado tanto de mí, querido sobrino; porque tenía ya veinticinco años cumplidos cuando salí de paje.

—Y qué paje montañés tan endiabladamente feo debías hacer, Luís—dijo el anciano comandante—con una barba como pala de panadero y unas espaldas como el viejo Wallace Wight.

—Creo—dijo Quintín bajando los ojos—que no llevaré mucho tiempo este título distinguido; pues es mi intento separarme del servicio de los arqueros de la guardia.

El Acuchillado quedó mudo de sorpresa, y las facciones del viejo lord Crawford expresaron el desagrado. El primero pudo al fin articular estas palabras:

—¡Dejar el servicio!... ¡Renunciar una plaza de arquero de la guardia escocesa! ¿Quién soñó jamás tal desatino?... Yo no daría la mía por el empleo de gran condestable de Francia.

—Silencio, Luís—dijo el lord Crawford.—¿No ves que ese joven sabe seguir el viento que sopla, mejor que nosotros, que somos del tiempo antiguo? Su viaje le ha propor-

cionado poder contar lindas historietas relativamente al rey Luís, y va á hacerse borgoñón para sacar algún provecho relatándolas al duque Carlos.

— Si así lo creyese — dijo el Acuchillado—le enviaría al otro mundo con mis propias manos, aunque fuera cincuenta veces el hijo de mi hermana.

— Pero antes, querido tío — respondió Quintín — os informaríais de si merezco ser tratado de esta manera. En cuanto á vos, milord, sabed que no soy ningún soplón, y que ni el potro ni los tormentos me arrancarían en perjuicio del rey Luís una sola palabra de cuanto he podido indagar mientras le he servido. Mi deber me impone silencio en esta parte; pero no le serviré por más tiempo, puesto que á más de los peligros que puedo correr combatiendo honrosamente contra sus enemigos, estoy expuesto á emboscadas preparadas por mis propios amigos.

— Si las emboscadas no le gustan — dijo el Acuchillado que era muy tardo en comprender, mirando tristemente á lord Crawford—lo siento mucho, señor, pero temo que nada haremos de él. Yo mismo he dado en treinta emboscadas, y preparado á mi parecer más de sesenta: estos son los ardides militares favoritos de nuestro rey.

— Es verdad, Luís — dijo lord Crawford; — y sin embargo, callaos, pues creo entender mejor que vos este asunto.

— Permita nuestra Señora que así sea, milord — respondió el Acuchillado; —pero se me parte el corazón al pensar que mi sobrino tiene miedo de una emboscada.

— Yo, joven — dijo Crawford — comprendo en parte lo que queréis decir. Habéis experimentado alguna traición en el viaje que acabáis de hacer por orden del rey, y tenéis motivo para sospechar que Su Majestad sea el autor.

— Estaba muy próximo á dar con una cumpliendo exactamente las órdenes del rey; pero tuve la dicha de burlarla. Si Su Majestad es inocente ó culpada, allá se las avendrá con Dios y su conciencia. Él me dió de comer cuando tenía hambre, me recogió cuando iba errante en país extraño, y jamás le perjudicaré en la adversidad con acusaciones que pueden ser injustas, porque las oí salir únicamente de los labios más impuros.

— ¡Querido hijo! ¡excelente muchacho! — exclamó lord

Crawford, estrechándole en sus brazos;—esto es pensar y hablar como verdadero escocés. Lo eres, en efecto, de piés á cabeza. Procedes como hombre que olvida la causa de la disputa que promovió un amigo, cuando le ve en mal estado, para no acordarse sino de los favores que de él ha recibido.



—Puesto que mi capitán ha abrazado á mi sobrino—dijo Luís Lesly—bien puedo yo hacer otro tanto. Quisiera, sin embargo, que supiese que es tan necesario á un soldado entender bien el servicio de las emboscadas, como á un cura leer su Breviario.

—¡Silencio, Luís!—dijo Crawford:—eres un borrico, amigo mío; y no conoces todo lo que debes al cielo por haberte favorecido con semejante sobrino. Ahora bien, Quintín amigo mío, decidme ¿está enterado el rey de la digna, noble y cristiana resolución que habéis tomado? pues en la crisis en que se encuentra, tiene el pobre monarca suma necesidad de saber con quién puede contar. ¡Si hubiese traído consigo toda la brigada de su guardia!.... Pero hágase la voluntad de Dios... Respondedme, ¿está el rey enterado?

—Lo ignoro—respondió Quintín.—Sin embargo, he asegurado á su sabio astrólogo Marcio Galeoto, que estaba decidido á guardar silencio en todo lo que podría perjudicar al rey en sus relaciones con el duque de Borgoña. Ruégoos que me disimuléis si no entro en pormenores sobre este punto, y podéis pensar que he sido todavía más lacónico con el astrólogo.

—¡Ah! ¡ah!—dijo lord Crawford;—acuérdome, efectivamente, que Oliverio me ha dicho que Galeoto profetizó con mucha firmeza al rey la conducta que vos observaríais; y celebro que se apoyase en una autoridad mejor que la de los astros.

—¡Profetizar él!—exclamó el Acuchillado riendo.—¿Le han dicho jamás los astros que el honrado Luís Lesly ayudaba á una moza muy salada á gastar los lindos ducados que le echaba el filósofo en su delantal?

—Chitón, Luís—le dijo su capitán,—chitón, bruto. Si tú no respetas mis canas, porque yo soy de la alegre cofradía, respeta á lo menos la juventud é inocencia de tu sobrino, y no vengas á decirnos esas sandeces.

—Vos, mi capitán, tenéis derecho para decir lo que os dé la gana—respondió Luís;—pero á fe mía, la penetración de Saunders Souplejaw, zapatero de Glenhoulakin, hubiera dejado atrás ese talento profético de Galloto, Gallipoto, ó como le llamen. Aquél predijo que todos los hijos de mi hermana morirían un día, é hizo esta predicción cuando nació el más joven, que era Quintín que está aquí presente, y sin duda morirá un día, para que se cumpla la profecía en todas sus partes; ya véis que poco falta, pues excepto él, toda la nidada voló ya. Me predijo Saunders en cierta ocasión á mí mismo, que un casamiento haría mi fortuna, lo que seguramente sucederá á su tiempo y lugar, pues no ha sucedido todavía; bien que ignoro el cómo y el cuándo, porque no me he cuidado de tomar el estado del matrimonio y Quintín es aún muy mozo. Por fin, Saunders predijo...

—Á menos que esa predicción venga muy á pelo, mi buen Luís—dijo lord Crawford,—te ruego que nos dispenses de ella; porque es preciso que los dos dejemos á vuestro sobrino, suplicando humildemente á Nuestra Señora que le proteja en sus buenas intenciones, pues se trata de un caso

en que una palabra pronunciada sin reflexión, causaría mayor mal del que podría reparar después todo el Parlamento de París. Recibe mi bendición, hijo mío, y no te precipites en eso de separarte de nuestro cuerpo; pues habrá dentro de poco buenas suertes que echar á la faz del mundo, sin temer ninguna emboscada.

—Recibe también mi bendición, sobrino mío—dijo Luís—pues ya que mi noble capitán está satisfecho, también es deber mío estarlo.

—Un momento, milord—dijo Quintín llamando aparte á lord Crawford—no debo olvidar deciros que existe además en el mundo un sér á quien he comunicado esas circunstancias, respecto á las cuales exige actualmente la seguridad del rey que se guarde secreto; y no teniendo como yo que cumplir un deber que me imponen mi empleo y la gratitud, podría creer que la obligación de callar no se extiende á ella.

—¡Á *ella!*—exclamó lord Crawford.—Á fe mía, si entra alguna mujer en el secreto, que el cielo se apiade de nosotros, pues estamos todavía en peligro de naufragar.

—No lo creáis, milord—respondió Durward—pero emplead vuestra influencia con el conde de Crève-Cœur para que me permita tener una entrevista con la condesa Isabel de Croye. Ella es la que está enterada de mi secreto, y no dudo conseguir que lo guarde, como lo haré por cierto yo mismo, en todo lo que pueda excitar el resentimiento del duque contra el rey Luís.

El viejo comandante discurrió un buen rato, alzó los ojos al techo, fijólos después en el suelo, movió la cabeza y dijo por fin:

—Hay en todo esto un enigma que, palabra de honor, no acierto á descifrar. ¡La condesa Isabel de Croye! ¡Una entrevista con una dama tan distinguida por su clase, nobleza y fortuna! Y tú, joven escocés sin más haber que la capa y la espada, tan seguro de alcanzar de ella lo que quieres pedirle, preciso es que tengas extraña confianza en ti mismo, mi joven amigo, ó que hayas empleado muy bien el tiempo durante tu viaje. Pero, por la cruz de san Andrés, hablaré en favor tuyo á Crève-Cœur; y como teme verdaderamente que la cólera lleve al duque á cometer algún exceso deshonroso para él y para la Borgoña, considero bastante probable que acceda á

tu súplica, bien que, á fe mía, la encuentro muy cómica.

Diciendo esto y encogiéndose de hombros, el viejo lord salió del aposento, seguido de Luís Lesly, que siendo el más exacto imitador de su jefe, aunque ignorando lo que acababa de pasar entre éste y Quintín, procuró afectar un aire de importancia y de misterio como el mismo Crawford.

Al cabo de algunos momentos lord Crawford volvió, pero sin el Acuchillado. El anciano parecía animado de un humor particular. Reíase con expresión maligna y chocarrera, que formaba vivo contraste con sus facciones naturalmente rígidas y graves, y movía á uno y otro lado su cabeza, como si le ocupara alguna idea que no podía menos de desaprobar, aunque la hallase irresistiblemente chistosa.

—Vamos, paisano—dijo á Quintín—no te pierdes por encogido. No creo que te impida la timidez hacer progresos con una buena moza. Ya he hecho tragar tu proposición al conde de Crève-Cœur, á pesar de haber sido para él como un vaso de vinagre, pues me ha jurado por todos los santos de Borgoña, que si no se tratara del honor de los dos príncipes y la paz de ambos Estados, jamás llegaríais á ver ni el vestigio de una huella de la condesa Isabel. Si no estuviese casado, y con linda mujer, sospecharía que quisiera romper una lanza por su prisionera. Acaso tiene algún proyecto en favor de su sobrino el conde Esteban. ¡Una condesa!... ¡No tender tus lazos á un pajarillo de menos cuenta! Pero vamos, vamos; sígueme. Piensa que tu conferencia con ella debe ser corta; pero tú sabes sin duda aprovechar los instantes. Oh! oh! oh! ni valor tengo, en verdad, para reprenderte por tu presunción, tanto me mueve á risa.

Rojas las mejillas como la grana, ofendido y á un tiempo avergonzado por las insinuaciones algo duras del anciano lord, picado y confuso de ver que su pasión era mirada como ridícula por todo el que tenía un poco de imaginación y de experiencia, Durward siguió silenciosamente á lord Crawford al convento de las Ursulinas, donde estaba hospedada la condesita; y entrando en el locutorio, encontraron allí al conde de Crève-Cœur.

—¿Y bien, mancebo—dijo el conde á Quintín con severidad—parece que es preciso que volváis á ver todavía á la hermosa compañera de vuestra novelesca expedición?

—Sí, señor conde—respondió Quintín con firmeza—y lo que es más, necesito verla sin testigos.

—¡No tal!—exclamó Crève-Cœur.—Á vos os nombro juez en esta causa, lord Crawford. Esa niña, la hija de mi antiguo amigo, de mi compañero de armas, la más rica heredera de Borgoña, ha confesado una especie de... ¿qué iba yo á decir ahora?... en una palabra, es una loca, y vuestro escudero un fatuo presumido... y no se verán sin testigos.

—En este caso no hablaré una sola palabra á la condesa, pues no he de despegar los labios en vuestra presencia—dijo muy gozoso Quintín.—Por más presumido que sea, lo que acabáis de noticiarme excede en mucho lo que me hubiera yo atrevido á esperar.

—Tiene razón, mi querido amigo—dijo Crawford al conde—vuestra lengua se ha precipitado más de lo que aconsejaba la prudencia; pero ya que me habéis nombrado juez, os diré, que como hay una buena reja en el locutorio, os aconsejo que fiéis de ella, y dejadles hacer todo el mal que puedan con la lengua. ¡Por vida de!... ¿Debe ponerse en balanza la vida de un rey y la de muchos miles de hombres, con los requiebros con que dos jóvenes podrán regalarse mutuamente los oídos durante un par de minutos?

Dicho esto se llevó á Crève-Cœur fuera del locutorio:-y el conde, siguiéndole á pesar suyo, se retiró echando miradas de enojo al joven arquero.

Apenas había partido, cuando se presentó la condesa Isabel al otro lado de la reja. Cuando advirtió que Quintín estaba solo en el locutorio, se detuvo y permaneció con los ojos bajos cosa de medio minuto.

—¿Y por qué he de mostrarme yo ingrata—dijo por fin—á causa de las injustas sospechas que otros han concebido? ¡Mi protector!... ¡mi salvador!... tal habéis sido para mí en medio de tantos peligros como he corrido; mi fiel y constante amigo!

Diciendo esto, se iba adelantando hacia él, y le tendió la mano sacándola por la reja sin hacer esfuerzos para retirarla mientras él la cubría de besos y la humedecía con sus lágrimas. Limitóse á decirle:

—Si debiésemos volver á vernos, Durward, no os permitiría esta locura.



Y le permitió cubrir su mano de besos.

UNIV. OF CALIFORNIA

Si se consideran los peligros de que la había preservado Quintín, si se reflexiona que él había sido, en verdad, su único, fiel y celoso defensor, mis hermosas lectoras, aun cuando se hallasen entre ellas condesas y ricas herederas, perdonaran á Isabel esta derogación de su dignidad.

Apartó, en fin, su mano de las de Durward, alejóse un poco de la reja, y le dijo con suma turbación:

—Y bien, ¿qué tenéis que pedirme? pues se trata de una súplica que debéis hacerme: lo he sabido por el anciano lord escocés que vino poco rato hace con mi primo Crève-Cœur. Si la demanda es razonable, tal que la pobre Isabel pueda otorgarla sin faltar á su deber ó á su honor, no temáis que os la niegue... Pero no os precipitéis en hablar—añadió, paseando en derredor suyo una tímida mirada —procurad que no salga de vuestros labios una palabra que pueda interpretarse en descrédito nuestro, si acaso nos escuchan.

— Nada temáis, noble señora — respondió Quintín con amargura. — No es aquí donde puedo yo olvidar la distancia que el destino ha colocado entre nosotros, y exponeros á la censura de vuestros orgullosos parientes, como objeto del amor más puro de un hombre que es más pobre ó menos poderoso que ellos, no tal vez menos noble. Pase esta idea como un sueño nocturno para todos, excepto para un corazón en que, por sueño que sea, ocupará el lugar de la realidad.

—¡Silencio! ¡silencio! — exclamó Isabel — por consideración mía, por vuestro interés, no habléis así. Antes decidme lo que tenéis que suplicarme.

—Generoso perdón para un hombre que, con miras de egoísmo, se portó con vos como enemigo.

—¡Oh! yo perdono á todos mis enemigos; pero ¡ah Durward! ¡de qué terribles escenas me han librado vuestro valor y vuestra presencia de ánimo!... ¡Aquel salón ensangrentado!... ¡Aquel digno obispo!... Hasta ayer no me enteré de todos los horrores que pasaron en mi presencia, sin que yo llegase á presumirlo.

—Olvidadlos — dijo Quintín viendo que los vivos colores que animaron las mejillas de Isabel durante esta conversación se desvanecían, dando lugar á una palidez mortal.—No echéis la vista atrás; mirad adelante con el valor que deben tener los que viajan por peligroso camino. Oídme: nadie mejor que

vos, señora, tiene derecho de dar á conocer al rey Luís por lo que realmente es, y proclamarle por un político falso y astuto; pero si le acusáis de haberos excitado á huir de Borgoña, y sobre todo de haber combinado un plan para haceros caer en manos de Guillermo de la Marck, causaréis con toda probabilidad el destronamiento y acaso la muerte del rey; y en cualquiera de estos casos ocasionaréis entre la Francia y la Borgoña la más sangrienta guerra que haya ocurrido entre las dos naciones.

—No permita Dios que sea yo la causa de tales desgracias, si es posible evitarlas!—dijo Isabel.—Aun cuando fuese yo capaz de albergar algunas ideas de venganza, la menor insinuación de parte vuestra haría que renunciase á ellas. ¿Sería posible que tuviese más presentes los agravios del rey Luís, que los inestimables servicios que me habéis prestado? Pero ¿qué conducta podré adoptar? Cuando me halle en presencia de mi soberano el duque de Borgoña, será preciso que guarde silencio ó que diga la verdad. Si me niego á hablar me acusarán de terca, y presumo que no pretenderéis que me degrade con una mentira.

—No por cierto; pero cuando tengáis que hablar, no debéis decir de Luís sino aquellas verdades que hayáis adquirido personalmente. Si os véis obligada á hacer mención de lo que otros os han contado, citadlo como simples rumores, y por más verosímiles que parezcan, no les déis importancia aparentando creerlos. No aseguréis más que lo que haya pasado por vos misma. El consejo de Estado de Borgoña no puede negar á un monarca la justicia que se concede en mi país al último de los acusados; y no debe considerarle como reo hasta que los delitos que se le imputan sean apoyados por pruebas positivas y suficientes. Ya véis que para probar los hechos que no adquiristeis personalmente, no se podrán alegar más que datos de oídas.

—Juzgo comprenderos—dijo la condesa.

—Voy á explicarme todavía con más claridad—dijo Quintín. Y empezó á hacer más inteligibles sus consejos por medio de ejemplos; pero cuando estaba en lo mejor de la explicación, tocó la campana del convento.

—Esta es la señal de que debemos separarnos... y separarnos para siempre!—dijo la condesa.—Pero no me olvidéis,

Durward: yo no os olvidaré nunca... vuestros leales servicios...

No pudo continuar; pero volvió á alargarle la mano, que él aplicó de nuevo á sus labios, y... yo no sé cómo sucedió; pero lo cierto es que, queriendo retirarla, la condesita acercó tanto su rostro á la reja, que Quintín se atrevió á imprimir en sus labios su último adios. Isabel no le reprendió por esto, y acaso no tuvo tiempo para hacerlo; pues casi al mismo instante Crève-Cœur y Crawford, que desde un gabinetito inmediato y secreto lo vieron, y, no sabemos, si también lo oyeron todo, entraron atropelladamente en el locutorio, el primero arrebatado de cólera, mientras el otro le detenía riendo.

—¡Retiraos, joven loca, retiraos!—gritó el conde á Isabel, que echándose el velo en la cara se retiraba apresurada—mereceríais que os pusiesen en una celda á pan y agua por todo alimento. En cuanto á vos, caballerito mío, que tan poca prudencia mostráis, tiempo vendrá en que los intereses de los reinos y de los soberanos no tendrán relación ninguna con gentes como vos, y se os hará saber el castigo que merece la audacia de un mendigo que se atreve á poner los ojos en...

—Basta, basta, no se hable una palabra más—exclamó el viejo lord—y vos, Quintín, silencio también; yo os lo mando. Volved á vuestro alojamiento. Señor conde de Crève-Cœur, ahora que él no puede oirlo, permitidme que os lo diga, no hay para qué tomar un tono de tanto desprecio: Quintín Durward es tan hidalgo como el rey, como dicen los españoles; pero no muy sobrante de bienes. Es tan noble como yo, y á fe mía, que soy el jefe y cabeza de mi familia. No nos habléis, pues, de castigos.

—¡Milord! ¡milord!—dijo con impaciencia Crève-Cœur—la soberbia de esos mercenarios extranjeros ha pasado ya á proverbio; y vos, que sois su jefe, deberíais reprimirla en lugar de estimularla.

—Cincuenta años hace que mando los arqueros de la guardia, señor conde, y nunca necesité consejos de ningún francés, ni borgoñón; y con vuestro permiso, seguiré pasándome sin ellos mientras conserve este destino.

—Bien, bien, milord, no tenía intención de ofenderos: vuestra edad y nobleza os dan ciertos privilegios. En cuanto á esos jóvenes, olvidaré lo pasado á favor de las enérgicas me-

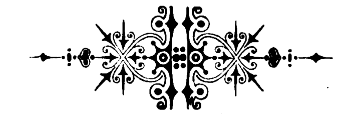
didas que voy á tomar para que no vuelvan á verse jamás.

— No juréis esto por la salud de vuestra alma, Crève-Cœur — dijo riendo el anciano lord.—Dicen que las montañas pueden juntarse, y ¿cómo no podrían hacerlo criaturas vivientes, que tienen buenas piernas, y un ardiente amor para ponerlas en movimiento? Aquel besito fué muy tierno, Crève-Cœur; á mí me parece de mal agüero.

— ¿Queréis todavía desesperarme, milord? Pero no os daré esa ventaja sobre mí... ¡Oíd! esta es la campana del castillo. Llama á consejo... ¡qué momento!... Dios sólo sabe el resultado de lo que va á suceder.

— ¡El resultado, conde! Yo puedo predecíroslo — dijo Crawford.—Si ocurre algún acto de violencia contra la persona del rey, aunque sus amigos sean en muy corto número y estén rodeados por sus enemigos, él no caerá solo ni sin venganza. Mi mayor pena es que su orden positiva me haya impedido tomar medidas para prepararme á tal acontecimiento.

—Anticipar semejantes desgracias, milord, es el medio más seguro de ocasionarlas. Obedeced las órdenes de vuestro señor, no déis un pretexto á la violencia irritándoos con demasiada facilidad; y veréis cómo se pasa el día tranquilamente, más de lo que sin duda os figuráis ahora.





CAPÍTULO XXXII.

La información.

> Preferiría que mi corazón sintiese el consuelo de saber que me amas, á ver con desagrado tus demostraciones de cortesía. Levanta, primo, levanta; tus pensamientos, no lo ignoro, se levantan lo menos hasta aquí (señalando su propia cabeza), aunque tus rodillas.....
>
> SHAKSPEARE.— *Ricardo II*, acto III, escena III.

Al primer toque de la campana que llamaba á consejo á los principales señores borgoñones y al cortísimo número de pares de Francia que pudieron hallarse presentes en aquella ocasión, el duque Carlos, seguido de un destacamento de sus guardias, armados con hachas y partesanas, se trasladó á la torre de Herberto, en el castillo de Perona.

Luís, que esperaba esta visita, se levantó viendo entrar al duque, dió dos pasos hacia él, y le aguardó de pié con un aire de dignidad que sabía tomar perfectamente cuando lo juzgaba necesario, á pesar de lo ruín de su traje y de la familiaridad de sus maneras habituales. Su exterior tranquilo y sosegado en este momento de crisis, causó evidentemente alguna impresión en su rival. Éste había entrado en el aposento con violento y precipitado paso; pero viendo la serenidad de Luís, su marcha tomó un carácter más propio de un gran vasallo que se presenta á su señor feudal. Parecía que el duque había resuelto tratar á Luís, á lo menos en los primeros momentos, con el ceremonial debido á su elevada clase; pero se le conocía al mismo tiempo que, obrando de este modo, no

le costaba poco trabajo reprimir su natural fogosidad, y que apenas podía contener los impulsos de resentimiento y la sed de venganza que inflamaban su corazón: así pues, aunque se esforzaba en cumplir exteriormente los ordinarios actos de acatamiento y respeto y en adoptar el lenguaje á ellos debido, mudaba su rostro de color á cada instante; era ronca su voz, brusco su tono, é interrumpidos sus acentos; y todo su cuerpo temblaba como si se resintiese de la violencia que se estaba haciendo. Fruncía las cejas, mordíase los labios hasta hacerse saltar la sangre, y todos sus movimientos y miradas indicaban al príncipe más impetuoso de cuantos han existido, entregado á uno de sus más terribles arrebatos de furor.

Contempló el rey serena y sosegadamente la batalla que se libraban entre sí las arrebatadas pasiones de Carlos, pues aunque las miradas del duque le anticipaban la agonía de la muerte, que temía como hombre y pecador, había resuelto, á fuer de hábil y experimentado piloto, no ceder al temor de la tempestad, ni abandonar el timón mientras le quedase alguna esperanza de salvar la nave. Cuando el duque con voz áspera y bronca, pretendió excusarse relativamente á los muebles algo mezquinos de la estancia, respondióle sonriendo que no tenía de qué quejarse, pues la torre de Herberto no había sido todavía para él una residencia tan fatal, como lo fué para uno de sus predecesores.

—¡Ah! —dijo el duque. —¿Con que ya os han enterado de la tradición? Sí: aquí es donde le asesinaron; pero fué porque se negó á tomar el hábito y á terminar sus días en un monasterio.

—Hizo un disparate —dijo Luís afectando indiferencia— pues murió como mártir, y no hizo méritos para llegar á santo.

—Yo vengo —dijo el duque — á suplicar á Vuestra Majestad que asista á un gran consejo en que van á discutirse y resolverse varios asuntos importantes que interesan igualmente á Francia y á Borgoña. Seguidme, pues, si es de vuestro real agrado.

—Querido primo —respondió el rey—no llevéis la cortesía hasta el punto de suplicar, cuando podéis mandar tan libremente. Vamos al consejo, si así os place. Mi comitiva no es brillante —añadió, dirigiendo una mirada al corto número

de sus servidores que estaban cerca de él y se preparaban á seguirle—pero vos, primo, os encargaréis de brillar por los dos.

Precedidos por Toisón de oro, jefe de los heraldos de Borgoña, salieron de la torre del conde Herberto, y entraron en el patio del castillo. Luís observó que estaba lleno de caballería y de los guardias de corps del duque, todos sobre las armas y espléndidamente equipados. Habiendo cruzado el patio, entraron en la sala del consejo, que estaba en un edificio más moderno que el que Luís habitara. Hallábase también en evidente estado de degradación, pero la habían recompuesto apresuradamente para que fuese digna de la solemne junta que en ella iba á celebrarse. Dos tronos se habían levantado bajo el mismo dosel; el destinado para el rey era dos escalones más alto que el que debía ocupar el duque; á derecha é izquierda había unas veinte sillas en que se sentaron los principales caballeros de la corte de ambos príncipes, de suerte que, reunida la asamblea, parecía estar presidida por el mismo individuo que debía ser juzgado, pues tal era el objeto de la reunión en cierto modo.

Acaso para desvanecer más prontamente esta contradicción entre las apariencias y la realidad, habiendo el duque saludado al rey con una leve inclinación de cabeza, abrió la sesión de un modo harto violento con el discurso siguiente:

—¡Buenos vasallos! ¡fieles consejeros! No ignoráis los muchos desórdenes que ha habido en mis dominios, tanto en tiempo de mi padre como en el mío; las muchas rebeliones de vasallos contra sus señores feudales, de súbditos contra sus príncipes. Muy recientemente hemos tenido la más poderosa prueba del extremo á que han llegado estos excesos en nuestros días, en la escandalosa fuga de las condesas Isabel de Croye y Amelina, su tía, para refugiarse en los estados de una potencia extranjera, faltando así á la fe que nos debían, haciéndose culpables de prevaricación conmigo, é incurriendo en la pena de confiscación de sus feudos. Otro más deplorable y espantoso ejemplo tenemos aún en el sanguinario y sacrílego asesinato de mi hermano y querido aliado el obispo de Lieja, y el levantamiento de esa pérfida ciudad, que habíamos tratado con demasiada indulgencia cuando estalló su última insurrección. Estoy informado de que estos tristes

acontecimientos pueden atribuirse no sólo á la locura é imprudencia de dos mujeres y á la presunción de unos plebeyos muy engreídos de sus riquezas, sí que también á las maquinaciones de una potencia extranjera, á las gestiones de un poderoso vecino, de quien, si los favores recibidos merecen ser pagados con la misma moneda, sólo debía esperar la Borgoña la amistad más sincera y afectuosa. Si estos hechos llegan á probarse—continuó el duque rechinando los dientes y apretando fuertemente su talón contra el tapiz que cubría las gradas de su trono—¿qué consideración podría impedirnos, teniendo como tenemos en nuestro poder los medios, que tomásemos medidas para detener una vez por todas la corriente de los males que se derraman sobre nosotros todos los años, cerrando para siempre su manantial?

Había el duque principiado su discurso con tono bastante moderado, pero al terminarlo levantó su voz con más calor, y pronunció su última frase con una expresión que hizo temblar á todos los consejeros, é imprimió por un momento la palidez en las mejillas del rey. Pero Luís recobró al instante todo su valor, y dirigió á su vez la palabra al consejo con tanta serenidad y soltura, que el duque, por más que pareciese desear interrumpirle, conoció que no podía hacerlo sin faltar á las leyes del decoro.

—¡Nobles de Francia y de Borgoña!—dijo el rey—¡caballeros del Espíritu Santo y del Toisón de oro! ya que un rey debe defender su causa como reo, cuéntase por feliz de tener por jueces á la flor de la nobleza, del honor y de la caballería. Mi amado primo de Borgoña no ha hecho más que llenar de oscuridad la contienda que nos ha enemistado, absteniéndose por cortesía de exponerla en términos precisos. Yo, que no tengo las mismas razones para observar igual delicadeza, y que la situación en que me hallo, por otra parte, acaso no me permite hacerlo, os pido permiso para hablaros con mayor claridad. Yo, caballeros, yo, el señor feudal, el aliado, el pariente de vuestro duque, á quien desgraciadas circunstancias han agriado la razón y exasperado el carácter, soy el objeto de odiosa acusación, de haber inducido á sus vasallos á faltar á la lealtad, fomentando la revolución de los habitantes de Lieja, y excitando al proscrito Guillermo de la Marck á cometer un asesinato tan cruel como sacrílego. ¡Nobles de

Francia y de Borgoña! yo podría alegar las mismas circunstancias en que me encuentro, como una justificación completa de cuánto se me acusa. ¿Es posible suponer, por poco criterio que tuviese como ente dotado de razón, que me haya puesto sin reserva en poder del duque de Borgoña cabalmente en un momento en que estaba cometiendo con respecto á él una traición que no podía dejar de descubrirse, y que una vez descubierta me dejaba sin defensa, como me veo ahora, en manos de un príncipe justamente irritado? La locura de un hombre que se acostara sobre una mina para descansar después de aplicada la mecha que debe causar al instante la explosión, fuera acción cuerda en comparación de la mía. No extrañaría que entre los malvados que se han hecho culpables de los crímenes cometidos en Schonwaldt, se oyese á algún miserable abusar de mi nombre; pero ¿debe caer sobre mí la responsabilidad, no habiéndole facultado para proferirle? Si dos mujeres insensatas, por algún motivo novelero ó de disgusto contra el duque, buscaron un refugio en mi corte, ¿es esto una prueba de que yo las haya empeñado á hacerlo? Cuando se hayan tomado exactas informaciones sobre este asunto, se verá que, pues las leyes del honor y de la caballería no me permitían enviarlas presas á la corte de Borgoña, lo que no creo me hubiese aconsejado ninguno de los que llevan el collar de esas órdenes, dispuse tan pronto como me fué posible ponerlas en manos de un venerable padre de la Iglesia que ya goza de la gloria celestial. (Aquí Luís se mostró muy conmovido y llevó el pañuelo á sus ojos.) Sí, en manos de un miembro de mi familia, más íntimamente ligado con la de Borgoña, de un hombre á quien su situación, su elevada dignidad en la Iglesia, y... ¡ay de mí! sus virtudes le daban derecho para ser el protector, durante algún tiempo, de dos mujeres alucinadas, y hacerse mediador entre ellas y su señor feudal. Digo, pues, que las solas circunstancias que pueden dar lugar á injustas sospechas contra mí, según la opinión que mi hermano de Borgoña ha formado muy precipitadamente de este asunto, son de tal naturaleza, que pueden explicarse por las razones más puras y más honrosas; y añado que es imposible se presente la menor prueba verosímil de las injuriosas acusaciones que han obligado á mi hermano á proceder de esta suerte, cambiando la sala de consejo en

tribunal de justicia, y en cárcel su hospitalario castillo, contra un monarca que ha venido á encontrarle con la confianza completa de la amistad.

— ¡ Señor ! ¡ señor !—exclamó Carlos luego que el rey hubo cesado de hablar. — Si vos os halláis aquí en un instante que coincide tan desgraciadamente con la ejecución de vuestro proyecto, sólo puedo explicarlo suponiendo que los que hacen el oficio de engañar á los demás, son víctimas con frecuencia de su propio engaño. El petardo quita muchas veces la vida al ingeniero que lo preparó. En cuanto á las consecuencias venideras, dependerán del resultado de esta información legal... Que éntre la condesa Isabel de Croye.

Llegó Isabel, entre la abadesa del convento de las Ursulinas y la condesa de Crève-Cœur, que á este efecto recibiera órdenes de su marido. Luégo que la vió entrar, exclamó el duque con la dureza habitual de su voz y de sus modales:

— ¡ Ah ! con que ya estáis aquí, hermosa princesa !... Vaya, que por no poder respirar siempre que teníais que responder á mis órdenes justas y razonables, supisteis cobrar bastante aliento, para correr más que una cierva perseguida por los cazadores. ¿ Qué pensáis de la linda obra que ha salido de vuestras manos ? ¿ Celebráis haber casi ocasionado una guerra entre dos grandes príncipes, entre dos estados poderosos, con esa figura de muñeca ?

La publicidad de esta escena, la violencia y los sarcasmos de Carlos, hicieron tal impresión en el espíritu de Isabel, que le fué imposible ejecutar la resolución que había formado de arrojarse á los piés del duque, á fin de suplicarle que tomase posesión de sus bienes y le permitiese retirarse á un convento. Permaneció inmóvil, al modo de una mujer que sorprendida por una tempestad y oyendo los truenos rugir en torno suyo, detiénese asustada, temiendo que, un solo paso, deba atraer el rayo sobre su cabeza.

La condesa de Crève-Cœur, dotada de tanto talento y valor como de nobleza y hermosura, que conservaba todavía á pesar de su edad ya algo avanzada, creyó deber intervenir, y tomando la palabra, dijo al duque:

— Señor, mi hermosa prima se halla bajo mi protección. Yo sé mejor que Vuestra Alteza cómo deben tratarse las mujeres: nos retiraremos al momento si no toma Vuestra Alteza otro

tono, y no emplea hablando con nosotras, un lenguaje más conveniente á nuestra clase y sexo.

El duque soltó una gran carcajada.

—¡Crève-Cœur!—exclamó—¡fénix de los maridos! Parece que tu mujer se te ha puesto los calzones; pero esto no me incumbe á mí. Dad una silla á esa joven inexperta! Muy lejos de estar resentido contra ella, llevo idea de dispensarle nuevas gracias y honores. Sentaos, hermosa, y decidnos ¿qué furia se apoderara de vos al decidiros á abandonar vuestra patria y correr el mundo en busca de aventuras?

Con mucho trabajo y frecuentes interrupciones, confesó Isabel que, decididamente resuelta á no aceptar el marido que le propuso el duque de Borgoña, había esperado obtener la protección de la corte de Francia.

—Y la del monarca francés—añadió Carlos.—¿Sin duda estabais de antemano bien segura de ella?

—Á lo menos creía estarlo—respondió Isabel—sin lo cual no me atreviera á dar un paso que tanta resolución exigía.

Al decir esto la condesa, Carlos miró á Luís con una sonrisa llena de resentimiento; pero la serenidad del rey no se desmintió, pudiendo notarse solamente que sus labios no tenían el subido color de otras veces.

—Pero yo no podía juzgar de las intenciones del rey Luís con respecto á mí—continuó la condesita, después de una breve pausa—sino por lo que me dijo mi desgraciada tía la condesa Amelina; y aun esta misma sólo fundaba su opinión en esta parte, en las aserciones é insinuaciones de miserables, que he conocido después por los traidores más viles y las personas más sospechosas del mundo.

Expuso entonces en pocas palabras cuánto sabía de las traiciones de Marta y de Hayraddin, y añadió que no dudaba que el hermano mayor de este último, Zamet Maugrabin, que había sido el primero en aconsejarles la fuga, era capaz de toda especie de perfidias y de hacerse pasar por agente del rey de Francia, sin ningún derecho ni motivo para revestirse de este carácter.

Después de una pausa de un instante, continuó Isabel su historia y la explicó muy brevemente desde el momento en que abandonó el territorio de Borgoña con su tía, hasta la

toma del castillo de Schonwaldt y su encuentro con el conde de Crève-Cœur.

Reinó en la sala el más profundo silencio cuando hubo terminado su narración concisa é interrumpida; y el duque de Borgoña, fijando en el suelo sus negros y encendidos ojos, permanecía en la actitud de un hombre que busca un pretexto para entregarse sin ningún respeto al furor, y que se irrita por no hallar ninguno plausible que pueda justificar sus arrebatos, aun á sus propios ojos.

—El topo—dijo por fin lanzando una mirada á Luís—no deja por cierto de cavar su morada subterránea debajo de nuestros piés, aunque nosotros, bien que conozcamos sus movimientos, no podamos seguirlos todos con los ojos. Sin embargo, yo quisiera que el rey Luís tuviese la bondad de decirnos por qué recibió á esas señoras en su corte, si fueron allá sin haberlas invitado.

—Yo no las recibí en mi corte, amado primo; las ví únicamente como particular compadecido, y aproveché la primera ocasión que se me presentó para ponerlas bajo la protección del respetable obispo, vuestro propio aliado. ¡Dios le tenga en su santa gloria! Este digno prelado era más capaz que yo, y que ningún otro príncipe secular, para conciliar la protección de unas ilustres fugitivas con la fidelidad debida á un príncipe aliado, de cuyos dominios se escaparon. Que diga francamente esa joven si hallaron mucha cordialidad en la acogida que les dispensé, y si fué tal que les hizo más bien expresar su disgusto de haber escogido mi corte para morada de refugio.

—Estuvo tan lejos de ser cordial—respondió Isabel—que consideré imposible que Vuestra Majestad nos hubiese hecho invitar á que pasáramos á su corte, como nos lo aseguraban los que pretendían ser vuestros agentes; pues, suponiendo que hubiesen sido autorizados para ello, era difícil conciliar los procedimientos de Vuestra Majestad con lo que teníamos derecho á esperar de un rey, de un caballero, de un simple hidalgo.

La condesita, al expresarse de este modo, dirigió á Luís una mirada, como haciéndole una reconvención; pero no hacía mella en el corazón del rey semejante artillería. Al contrario, recorriendo con la vista todos los circunstantes, y alargando el brazo con un gesto de satisfacción, pareció llamar

con aire de triunfo la atención de cada uno, para preguntarle si la respuesta de la condesa podía ser un testimonio más irrefragable de su inocencia.

Sin embargo, dirigióle el duque siniestra mirada que parecía decirle que si hasta cierto punto se veía reducido al silencio, distaba mucho de estar convencido. Volviéndose en seguida á la condesa le dijo con tono áspero:

—Hermosa dama, en toda esa relación de vuestro viaje, nada nos habéis contado de vuestras aventuras amorosas.... Ah! ya os ponéis colorada?... ¿No hubo ciertos caballeros en el bosque que pretendieron interrumpir vuestro viaje? Este incidente ha llegado ya á mis oídos, y veremos muy luégo si es posible sacar de él alguna ventaja. Decidme, rey Luís, para impedir á esa nueva Elena que siga sembrando la discordia entre los reyes, ¿no será oportuno darle un marido?

El rey sabía de antemano la desagradable proposición que iba probablemente á hacérsele: sin embargo, respondió haciendo un movimiento afirmativo con calma y serenidad á lo que el duque acababa de decir. Pero Isabel, viendo que iba á ponérsela en el mayor compromiso, se armó de nuevo valor. Dejó el brazo de la condesa de Crève-Cœur en que se había apoyado hasta entonces, adelantóse con ademán tímido y lleno de dignidad, y arrodillándose ante el trono del duque, le dijo:

—Noble duque de Borgoña, mi señor feudal, conozco la falta que cometí separándome de vuestros dominios sin vuestro superior beneplácito, y me someto humildemente al castigo que tendréis á bien imponerme. Pongo á vuestra disposición mis tierras y mis castillos; imploro solamente de vuestra generosidad, por atención á la memoria de mi padre, que me concedáis lo que sea indispensable para asegurar la admisión del último vástago de la familia de Croye en un convento para pasar allí el resto de su vida.

—¿Qué pensáis, señor, de la petición de esa joven?—preguntó el duque á Luís.

—Pienso—respondió el rey—que es una santa y humilde súplica, inspirada sin duda por aquella gracia divina á que no debemos negarnos ni resistir.

—El humilde será exaltado—dijo Carlos.—Levantaos, condesa Isabel; yo os aprecio más de lo que os apreciáis vos

misma. No es mi intento secuestrar vuestros bienes, ni disminuir vuestros honores. Al contrario, quiero aumentar los unos y hacer mayores los otros.

—¡Ah señor!—respondió Isabel.—Vuestras finezas mismas son las que yo temo. Las temo más que vuestro desagrado, pues ellas son las que me obligan...

—¡Por San Jorge de Borgoña!—exclamó el duque.—¿Será á cada instante contrarestada mi voluntad? ¿Desatendidas mis órdenes? Levantaos, joven y retiraos por ahora. Cuando tendré lugar de ocuparme de vos, arreglaré las cosas de modo que ¡por vida de Dios! será fuerza que me obedezcáis ó nos oirán los sordos.

Á pesar de esta severa respuesta, Isabel permanecía á sus piés y su obstinación hubiera probablemente llevado al duque á hablarle con mayor dureza, si la condesa de Crève-Cœur, que conocía mucho mejor que su joven parienta el genio del duque, no se hubiese adelantado para levantarla y llevársela fuera de la sala del consejo.

Dispúsose entonces que se presentara Quintín Durward, quien compareció delante del rey y del duque con aquel despejo que dista tanto de la tímida reserva, como de presuntuosa osadía: modo digno de un joven bien nacido y educado, que sabe honrar y respetar á quien corresponde, sin dejarse fascinar ó intimidar por la presencia de los mismos á quienes honra y respeta. Su tío le proporcionara los medios de presentarse de nuevo con las armas y uniforme de los arqueros de la Guardia escocesa; y sus facciones, su modo de andar, todo su exterior, en fin, daban nuevo realce á su espléndido traje. Su extremada juventud inspiraba á todos los consejeros sentimientos que le eran favorables; tanto más cuanto que ninguno de ellos podía llegarse á persuadir que un rey sagaz como Luís hubiese escogido á un mancebo de tan pocos años por confidente de sus manejos políticos. De tal suerte aquel príncipe, así en este como en otros casos, sacó grandes ventajas de la extraña elección que hacía de sus agentes, procurándoselos de una edad y de una clase que nadie lo hubiera imaginado.

Á tenor de la orden del duque, sancionada por Luis, empezó Quintín la relación de su viaje con las señoras de Croye hasta las inmediaciones de Lieja, dando principio por las

instrucciones que había recibido del rey y de su encargo de conducirlas con seguridad al castillo del Obispo.

—¿Y vos habéis ejecutado lealmente mis órdenes?—preguntó el rey.

—Sí, señor—respondió Durward.

—Os olvidáis de una circunstancia—dijo el duque—vos fuísteis atacado en el bosque, cerca de Tours, por dos caballeros.

—No me conviene hablar de este incidente, ni acordarme de él—respondió el joven arquero con modesto rubor.

—Pues á mí—dijo el duque de Orleans—tampoco me conviene pasarlo por alto. Este joven desempeñó su comisión con intrepidez y ejecutó sus deberes de un modo que no me será fácil olvidar en mucho tiempo. Vé á mi alojamiento, joven arquero, después que se haya terminado la sesión, y allí verás que tengo bien presente tu ardimiento. Mucho celebro que tu modestia corra parejas con tu valor.

—Vé á verme también á mí—le dijo Dunois—tengo un casco para ti, pues creo que te debo uno.

Quintín les saludó con respeto, y continuóse el interrogatorio. Á petición del duque puso en su mano las instrucciones que había recibido por escrito del itinerario que debía seguir.

—¿Cumplisteis estas instrucciones al pié de la letra?—le preguntó el duque.

—No señor—respondió Quintín—ellas me prescribían, como podéis verlo, pasar el Mosa cerca de Namur, y á pesar de esto costeé la orilla izquierda del río para llegar á Lieja; era el camino más corto y seguro.

—¿Y por qué esa variación?—preguntó el duque.

—Porque la fidelidad de mi guía empezaba á serme sospechosa.

—Atiende bien ahora á las preguntas que voy á hacerte—dijo el duque.—Responde á ellas sin faltar á la verdad, y no temas el resentimiento de nadie. Pero si procedes con doblez ó vas buscando subterfugios, te mandaré colgar con una cadena de hierro en la punta de la torre de la iglesia del Mercado, y podrás llamar mucho tiempo la muerte antes que se digne escucharte.

Siguióse á esto un profundo silencio. Por fin, habiendo dado

al joven, á lo que le pareció, el tiempo suficiente para reflexionar la situación en que se hallaba, Carlos le preguntó quién era su guía, quién se lo había dado, y por qué llegó á sospechar de él.

Quintín contestó á la primera pregunta nombrando á Hayraddin Maugrabin, el gitano; á la segunda, que el guía se lo proporcionó Tristán el Ermitaño; y para responder á la tercera, contó todo lo que había pasado en el convento de padres Franciscanos cerca de Namur; cómo el gitano había sido arrojado de él; por qué motivos se determinó á seguirle, y el medio con que logró oir su conversación con un lansquenete de Guillermo de la Marck, conversación que tenía por objeto combinar un plan para sorprender á las dos señoras que estaban entonces bajo su protección.

—¿Y esos malvados... cuidado, joven—dijo el duque—que tu vida depende de tu veracidad. ¿Esos malvados dijeron que estaban autorizados por el rey... por el rey Luís de Francia aquí presente, para tramar ese plan de sorpresa, á fin de apoderarse de las personas de esas dos señoras?

—Aun cuando aquellos infames bribones lo hubiesen dicho —replicó Quintín—no por esto lo creyera yo; porque tenía que oponer á sus palabras las del mismo rey.

Luís, que había escuchado con ansiosa atención hasta entonces, no pudo menos de respirar con fuerza al oir la respuesta de Durward, como un hombre cuyo pecho queda repentinamente aliviado de un peso que le oprimía. Mostróse el duque confuso y descontento; pero volviendo á la carga, preguntó de nuevo á Quintín si pudo comprender por el hilo de la conversación de aquellos miserables, que tramaban dicha conspiración con anuencia del rey Luís.

—Nada oí, señor, que pueda autorizarme á responderos afirmativamente—respondió Quintín, que, si bien convencido en su interior de que Hayraddin sólo había obrado á tenor de las órdenes secretas de Luís, creyó, sin embargo, que no le permitía el deber dejar traslucir las sospechas que concibiera;—y repito que aun cuando hubiese oído que tales malvados lo aseguraban, no tuviera su testimonio el menor peso para mí, atendidas las instrucciones positivas que había recibido de su misma Majestad.

—Eres fiel mensajero—dijo el duque con amarga sonrisa—

y me atrevo á decir que obedeciendo con tanta exactitud las instrucciones del rey, le diste un solemne chasco, que hubiera podido costarte caro, si los posteriores acontecimientos no imprimieran á tu ciega fidelidad la apariencia de buen oficio.

—No os comprendo, señor—replicó Durward.—Todo lo que yo sé es que mi amo el rey Luís me dió orden de proteger á esas señoras, y que obré en consecuencia lo mejor que supe, tanto para llegar á Schonwaldt, como en medio de las crueles escenas que ocurrieron en el castillo. Las instrucciones del rey eran honrosas, y honrosamente las ejecuté. Si hubiese tenido que darme algunas de distinta especie, no hubieran podido convenir á un hombre ni de mi apellido ni del país de mi nacimiento.

—Altivo como un escocés—exclamó Carlos, que, aun cuando disgustado de la contestación de Durward, no era bastante injusto para reprobársela. Pero dime, pues ¿en virtud de qué instrucciones corriste las calles de Lieja, según me han informado algunos de los tristes fugitivos de Schonwaldt, á la cabeza de los revoltosos que luégo asesinaron cruelmente á su príncipe secular y padre espiritual? Poco tiempo después de haberse cometido el asesinato, ¿no pronunciaste un discurso en que te vendiste por agente de Luís, para acreditarte con los malvados que acababan de perpetrar tan abominable crimen?

—Señor—respondió Quintín—no sería difícil hallar suficientes testigos para probar que no tomé en Lieja la calidad de agente del rey Luís. Sólo la obstinación del pueblo me confirió este título á mi pesar; todos mis esfuerzos para desengañarle fueron inútiles. Así lo dije á los servidores del obispo, después de haber logrado escaparme de la ciudad. Les encargué que velasen por la seguridad del castillo; y si hubiesen seguido mis consejos, acaso previnieran las calamidades y horrores que acaecieron la siguiente noche. Es verdad, lo confieso, que en el momento del mayor peligro aproveché la influencia que podía atribuirme la calidad con que se me condecorara por antojo, con el único objeto de salvar á la condesa Isabel, poner á salvo mi propia vida, é impedir nuevas atrocidades que estaban próximas á realizarse. Repito, y lo sostendré á mano armada contra todo el mundo, que no tenía

ninguna comisión del rey Luís para el pueblo de Lieja, y mucho menos instrucciones para instigarles á amotinarse; y que, por fin, cuando adopté el título de enviado que tan intempestivamente y contra mi voluntad se me había conferido, fué como si cogiera un escudo para mi defensa y la de los demás en tan inminente riesgo, sin entretenerme en averiguar si tenía derecho de usar los blasones que en él se vieran.

—Y en esto—dijo Crève-Cœur, incapaz de guardar silencio por más tiempo—mi compañero de viaje, mi joven prisionero, obró con juicio y valor. Su modo de portarse en aquel lance no puede, en justicia, imputarse como un crimen al rey Luís.

Un murmullo general de aprobación resonó por todos los ángulos de la sala que lisonjeó los oídos del rey Luís, al paso que produjo sensación desagradable en los de Carlos. Lanzó miradas de furor en derredor suyo; y los sentimientos tan generalmente expresados por los más poderosos vasallos y más sabios de sus consejeros no le hubieran retraído de entregarse á toda la violencia de su despótico carácter, si Comines, que previó la tempestad, no lograse desviarla anunciándole oportunamente la llegada de un heraldo enviado por la ciudad de Lieja.

—¡Un heraldo enviado por aquellos tejedores y herreros!—exclamó el duque.—Que éntre al instante, y por las barbas de mi padre, ese heraldo nos dirá, acerca de los proyectos y esperanzas de los que le envían, alguna cosita más de lo que parece lleva intención de hacer ese joven guerrero franco-escocés.



CAPÍTULO XXXIII.

El heraldo.

Ariel. — Oíd qué alaridos dan.
Próspero. — Deja que los acosen de firme.

SHAKSPEARE. — *La Tempestad,* acto IV.

Todos en la Asamblea dejaron libre el centro, pues sus individuos tenían gran curiosidad de ver al heraldo que los liejenses insurreccionados se atrevían á enviar á un príncipe tan orgulloso como era el duque de Borgoña, en un momento en que se hallaba contra ellos en el colmo del furor.

Bueno será tener presente que en aquella época no se enviaban heraldos sino de un príncipe soberano á otro, y sólo en casos que exigían la mayor solemnidad; la nobleza de segundo orden no se valía más que de persevantes, oficiales inferiores al rey de armas. Puédese también notar de paso que Luís XI, que sólo hacía caso de lo que le ofrecía alguna ventaja efectiva ó sólido aumento de poder, miraba sobre todo con el mayor desprecio lo relativo á la ciencia del blasón y á los reyes de armas « con sus colores encarnados, azules ó verdes y todas sus tonterías »; (1) al paso que el orgullo de Carlos su rival, que era de una clase enteramente distinta, no daba poca importancia á este ceremonial.

El heraldo, que en este instante fué introducido ante

(1) Para mayor aclaración véase la nota *X*.

de los dos príncipes, llevaba por vestido un tabardo en que se veían bordadas las armas de su amo, entre las cuales se distinguía la cabeza del jabalí, bien que, según el dictamen de los maestros en el arte heráldico, resaltaba más de lo que permitían las reglas del blasón. El resto de su traje, ridículo á fuerza de magnificencia, estaba sobrecargado de galones, bordados y adornos de toda especie; la pluma que llevaba



era tan alta, que parecía destinada á barrer el techo de la sala; en una palabra, todos sus atavíos tenían traza de ser una exageración ó caricatura del brillante traje de los reyes de armas. No solamente estaba bordada la cabeza del jabalí en todas las prendas de su vestuario, sino que hasta su gorra tenía la forma de tal, viéndose en ella una lengua y colmillos de color de sangre, ó, para valernos del lenguaje propio, de *gules lengüetados y dentados*. Podíase notar en el ademán de este hombre cierta expresión que indicaba á un tiempo el temor y la audacia, como si estuviese convencido de haberse

encargado de una comisión peligrosa y de no poderla llevar á cabo sino á fuerza de descaro. La misma mezcla de desvergüenza y timidez se distinguió y notó en el modo de saludar á los dos príncipes, en que demostró grotesca torpeza, poco común en los heraldos acostumbrados á presentarse delante de los soberanos.

El modo con que Carlos recibió á aquel singular enviado no fué menos extraordinario.

—¿Quién diablos eres tú? —le preguntó.

—Soy Jabalí-Rojo —respondió el heraldo—rey de armas de Guillermo de la Marck, por la gracia de Dios y elección del cabildo, príncipe obispo de Lieja...

—¡Ah!—exclamó Carlos; pero reprimiendo su impetuosidad le hizo seña de que continuara.

—...Y por parte de su esposa, la excelentísima condesa Amelina, conde de Croye, y señor de Bracquemont.

La admiración que causó á Carlos el exceso de osadía del enviado atreviéndose á pronunciar semejantes títulos en su presencia, le impidió el uso de la lengua, al paso que el heraldo, atribuyendo tal vez este silencio á la impresión que hiciera en el ánimo del duque la enumeración de las calidades de su amo, continuó como sigue:

—*Annuntio vobis gaudium magnum:* Carlos, duque de Borgoña y conde de Flandes, os participo en nombre de mi amo, que en virtud de una dispensa de nuestro beatísimo padre el Papa, que aguarda dentro de poco, y que contendrá el nombramiento de un sustituto conveniente *ad sacra*, se propone desempeñar las funciones de príncipe obispo de Lieja, y sostener sus derechos como conde de Croye.

El duque de Borgoña en esta y otras pausas del discurso del heraldo, no hizo más que exclamar de nuevo: «¡Ah!» ó pronunciar alguna interjección por este estilo, con el tono de un hombre, que, aunque sorprendido é irritado, quiere oir todo lo que tienen que decirle antes de dar una respuesta. Con grande admiración de todos los circunstantes, no hizo ninguno de aquellos bruscos y violentos ademanes que le eran habituales, sino que mordía la uña de su pulgar, que era su actitud favorita cuando escuchaba con atención y permanecía con los ojos bajos, como si temiese mostrar la rabia que se viera chispear en ellos.

Jabalí-Rojo continuó desempeñando su comisión con audacia é intrepidez.

—Debo, pues, requeriros, duque Carlos, en nombre del príncipe obispo de Lieja y conde de Croye, que desistáis de vuestras pretensiones sobre la ciudad libre é imperial de Lieja y de las usurpaciones de sus derechos cometidas con tolerancia ó autorización del difunto Luís de Borbón, obispo que fué de aquella ciudad.

—¡Ah! —volvió á exclamar el duque.

—Como también que restituyáis las banderas de los gremios, en número de treinta y seis, de que os apoderasteis á mano armada; que reparéis las brechas que abristeis en las murallas; que reedifiquéis las fortificaciones que arbitrariamente desmantelasteis, y que reconozcáis á mi amo Guillermo de la Marck como obispo de Lieja, legal y libremente elegido por el cabildo, cuya acta auténtica os presento.

—¿Habéis concluído? —preguntó el duque.

—Todavía no —respondió el heraldo.—Estoy además encargado, de intimaros de parte del excelentísimo y reverendísimo príncipe obispo y conde, que mandéis retirar las guarniciones que pusisteis en el castillo de Bracquemont y demás plazas fuertes del condado de Croye, sea que lo hiciéseis en vuestro nombre, en el de Isabel, á quien llaman condesa de Croye, ó en cualquiera otro, hasta que se haya decidido por la Dieta imperial si los feudos de que se trata, deben ó no pertenecer á la hermana del difunto conde, la excelentísima condesa Amelina, con preferencia á su hija, en virtud *juris emphyteusis*.

—Vuestro amo es muy sabio —dijo el duque.

—Sin embargo —continuó el heraldo —el noble y venerable príncipe, obispo y conde, está dispuesto, cuando ya no exista ninguna disensión entre la Borgoña y el país de Lieja, á asegurar á su sobrina Isabel un heredamiento y dote correspondientes á su clase.

—Es muy generoso, muy desinteresado —dijo el duque con el mismo tono irónico.

—Á fe de loco —dijo Glorioso al oído del conde de Crève-Cœur—preferiría verme en el pellejo de la desgraciada vaca que hubiese muerto de enfermedad contagiosa, antes que bajo los bordados vestidos de ese bribón. Parécese á un bo-

rracho que apura botellas sin contarlas y sin observar las rayas que el mozo de la posada traza con lápiz en el postigo de la ventana.

—¿Tenéis todavía algo más que decirme?—preguntó el duque.

—Una sola palabra relativa al digno y fiel aliado de mi referido noble y venerable amo, el rey cristianísimo.

—Ah! ah!—exclamó el duque estremeciéndose y pronunciando esta exclamación con tono más iracundo del que empleara hasta entonces en las otras; pero se contuvo y afectó un semblante tranquilo y atento.

—Del rey cristianísimo, cuya real persona se asegura que vos, Carlos de Borgoña, detenéis por fuerza en esta ciudad, en desprecio de vuestros deberes como vasallo de la corona de Francia, y contra la fe observada entre príncipes cristianos. Por cuya razón, mi dicho noble y venerable amo os manda, por mi medio, que pongáis inmediatamente en libertad á su real y cristianísimo aliado, ó que admitáis el desafío que yo os presento de su parte.

—¿Habéis por fin concluído?—dijo el duque.

—Sí, y aguardo la respuesta de Vuestra Alteza, confiando que será tal que evite el derramamiento de sangre cristiana.

—Pues bien—exclamó el duque—por san Jorge de Borgoña...

Pero antes que pudiese pasar adelante, levantóse Luís y tomó la palabra con tal aire de majestad y autoridad, que Carlos se vió en la precisión de no interrumpirle.

—Querido primo de Borgoña—dijo el rey—con vuestro permiso reclamo el derecho de prioridad para contestar á ese bribón... ¡Insolente heraldo! Seas quien fueres, véte á decir al perjuro, al asesino, al proscrito Guillermo de la Marck, que el rey de Francia se hallará dentro de poco delante de Lieja, con el objeto de vengar el sacrílego asesinato de su amado pariente Luís de Borbón; y que se propone mandar ahorcar á Guillermo de la Marck, para castigar la osadía que ha tenido de nombrarle su aliado, y ofender su real nombre poniéndole en la boca de tan villano mensajero.

—Y añadirás de mi parte—dijo Carlos—todo lo que un príncipe puede tener que decir á un bandido y á un asesino. Véte... Aguarda un momento, sin embargo. Ningún heraldo

partió jamás de la corte de Borgoña sin alguna muestra de mi liberalidad. Que le dén una buena paliza hasta que se le salte la piel.

—Dígnese Vuestra Alteza reflexionar—dijeron á un tiempo mismo Crève-Cœur é Hymbercourt—que es un heraldo, un hombre privilegiado.

—¿Es posible—dijo el duque—que seáis tan idiotas para creer que el tabardo hace al heraldo? Por el modo con que ese bribón lleva puestos sus blasones, conozco que es un impostor. Venga Toisón de oro, é interróguele en presencia nuestra.

Á pesar de su natural descaro, se le vió perder el color al enviado del Jabalí de las Ardenas, sin embargo de haber usado de algún artificio para pintarse el rostro. Toisón de oro, jefe de los heraldos del duque, según dijimos ya, y rey de armas en sus dominios, adelantóse con la gravedad de un hombre que no ignora los requisitos necesarios á su empleo, y preguntó á su supuesto cofrade en qué colegio estudiara la ciencia que profesaba.

—Fuí persevante de armas en el colegio Heráldico de Ratisbona—respondió Jabalí-Rojo—y recibí el diploma de *ehrenhold* de aquella sabia cofradía.

—No podía dimanar vuestro saber de más puro manantial—dijo Toisón de oro inclinándose más profundamente de lo que hiciera antes—y si me tomo la libertad de conferenciar con vos sobre los misterios de nuestra sublime ciencia, para obedecer las órdenes de Su Alteza el duque, es con la esperanza de ilustrarme con vuestras luces, y no de comunicaros las mías.

—Al grano, al grano—gritó el duque con impaciencia—dejaos de ceremonias; hacedle alguna pregunta que nos dé á conocer su talento.

—Ridículo sería—replicó Toisón de oro—preguntar á un discípulo del ilustre colegio de Ratisbona si conoce los términos ordinarios del blasón; pero sí puedo preguntarle sin ofenderle, si está enterado de las misteriosas y secretas expresiones, por cuyo medio los más sabios de nosotros se explican entre sí emblemática y parabólicamente lo que dicen á los demás en lengua vulgar; de aquellas frases, quiero decir, que son en cierto modo el ornamento del arte heráldico.

—Yo conozco á la perfección todos los ramos dependientes de esta ciencia—respondió Jabalí-Rojo con osadía—pero acaso nuestros términos en Alemania, no serán los mismos que los vuestros en Flandes.

—¡Es posible que habléis así!—exclamó Toisón de oro.—Nuestra noble ciencia, que es el estandarte de la caballería y la gloria de la generosidad, es la misma en todos los países cristianos, y hasta la conocen los moros y sarracenos. Os suplicaré, pues, que me describáis por el método celeste, es decir, por el sistema de los planetas, las armas que tuviéreis á bien elegir.

—Describidlas vos mismo, como os diere la gana—respondió Jabalí-Rojo—yo no vine aquí para estas boberías. ¿Creéis hacerme saltar á vuestro gusto por encima de un palo como una mona?

—Presentadle algún escudo de armas y que haga la descripción á su modo—dijo el duque—pero si no lo hace, yo le prometo que en sus espaldas habrá *gules*, *azur* y *sable*.

—He aquí—dijo el heraldo borgoñón, sacando de su faltriquera un pergamino—he aquí unas armas que ciertas consideraciones me han obligado á trazar, tan bien como me lo permiten mis débiles conocimientos. Suplico á mi cofrade, si efectivamente ha estudiado en el docto colegio de Ratisbona, que me las descifre en términos técnicos.

Glorioso, que parecía divertirse mucho con esta discusión, adelantóse entonces hasta ponerse cerca de los dos heraldos.

—Yo voy á ayudarte, mocito—dijo á Jabalí-Rojo—que miraba el pergamino con cierta consternación... ¡Príncipes y caballeros! Este escudo representa un gato que está acechando en la ventana de una lechería. Esta agudeza de Glorioso promovió la risa, y Jabalí-Rojo encontró en ello alguna ventaja, pues Toisón de oro, irritado de que así se interpretase su dibujo, dió inmediatamente él mismo la explicación, diciendo que era el escudo que llevaba Childeberto, rey de Francia, después de haber hecho prisionero á Gundemaro, rey de Borgoña, representando una onza ó gato montés detrás de una reja, emblema del monarca cautivo. Dió en seguida la definición en términos técnicos, que sólo un heraldo pudiera comprender.

—Por mi vara—dijo Glorioso—que si la Borgoña se ve

representada por ese gato, es preciso confesar que en el día de hoy está en la parte más ventajosa de la reja.

—Tienes razón, amigo mío—dijo Luis sonriéndose, mientras que todos los espectadores y el mismo Carlos estaban algo confusos por esta chanza, cuya aplicación era tan evidente. Te debo una moneda de oro por haber amenizado un lance que empezó en tono algo triste y patético, y que espero finalizará más alegremente.

—Silencio, Glorioso—dijo el duque.—Y vos, Toisón de oro, que sois demasiado sabio para que os entiendan, retiraos. Que se adelante ese pícaro. Escucha, miserable—exclamó tomando su acento más áspero—¿conoces la diferencia que existe entre el oro y la plata, dejando aparte la que tienen en la moneda?

—Por amor del cielo, señor, tened compasión de mí; noble rey Luís, interceded por mí.

—Habla por ti mismo—exclamó el duque—¿eres heraldo ó no?

—No lo soy sino por esta vez—confesó el heraldo, viendo descubierto su engaño.

—Por San Jorge—dijo el duque dirigiendo á Luís una mirada á hurtadillas—no hay monarca ni caballero que hubiese querido prostituir así la noble ciencia en que descansan la nobleza y la majestad real, excepto aquel rey que envió á Eduardo de Inglaterra un criado disfrazado de heraldo (1).

—Tal estratagema—dijo Luís riendo ó fingiendo reirse—no podía justificarse sino en una corte donde no se hallaba ningún heraldo en aquella ocasión, siendo urgente el caso; pero aunque tuviese feliz resultado entre rudos y groseros isleños, era preciso no tener más juicio del que es capaz un jabalí, para creer que semejante farsa no se descubriría en la ilustrada corte de Borgoña.

—Venga de donde venga—dijo el duque—yo le aseguro que no se volverá sin una felpa. Que le lleven á la plaza del Mercado y que le azoten con bridas de caballos y látigos de los perros, hasta que caiga su tabardo hecho girones... Sús, al Jabalí-Rojo, aquí, aquí, píllale, píllale.

Cuatro ó cinco perrazos, semejantes á los que se ven pinta-

(1) Véase la nota *X. Un heraldo fingido.*

dos en los cuadros de cacerías en que trabajaron juntos Rubens y Schneider, oyeron las últimas palabras, para ellos harto conocidas, y se pusieron á aullar y ladrar como si viesen salir de su cubil á un jabalí.

—¡Por la Santa Cruz—dijo Luís aparentando el mismo humor de su peligroso primo—ya que el asno se adornó con la piel del jabalí, ¿por qué no hemos de dejar á los perros que se la quiten?

—Tenéis razón, no hay cosa mejor—exclamó el duque, en cuya cabeza encontró al momento buena acogida el capricho. —Así se hará; suéltense los perros, pónganse en el rastro, y le correremos desde la puerta del castillo hasta la del parque del lado de Oriente.

—Espero que Vuestra Alteza me tratará como bestia de caza—dijo el pícaro haciendo, como suele decirse, de las tripas corazón cuanto le fué posible—y que me dejará los mismos medios de defensa.

—Eres una asquerosa sabandija—respondió el duque—y como tal, la letra del código de las cacerías no te concede derecho á protección alguna. Sin embargo, aunque no sea más que por tu descaro sin igual, tendrás cien pasos de ventaja. Vamos, caballeros, vamos; es preciso ver esta nueva especie de cacería.

De esta manera se levantó atropelladamente la sesión del consejo. Todos corrieron á disfrutar de la diversión de la caza de un hombre, sugerida por el rey Luís; pero nadie anduvo más solícito que los dos príncipes.

El placer que se prometían fué completo, porque Jabalí-Rojo, á quien daba alas el miedo y que llevaba en zaga diez ó doce feroces perros de caza, azuzados por el sonido de las cornetas de monte y los gritos de los cazadores de caballo, corrió con la celeridad del viento; y á no ser por el vestido de heraldo que le incomodaba mucho, y era el peor traje para un corredor ó volante, acaso se hubiera escapado de los perros: aun con este estorbo evitó más de una vez sus patas y dientes, variando repentinamente de dirección con una agilidad que todos los espectadores no pudieron menos de elogiar. Pero nadie, sin exceptuar el mismo Carlos, celebró tanto esta caza como el rey Luís, quien, parte por consideraciones políticas, y parte porque el espectáculo de los sufrimientos de

los hombres estaba muy lejos de serle desagradable cuando se presentaba bajo un punto de vista burlesco, llegó á llorar y pensó desternillarse de risa. En su arrebato de satisfacción hasta se asió del manto de armiño del duque como para sostenerse; en tanto que Carlos, entregado á igual transporte, apoyó su mano sobre el hombro del rey, mostrándose así mutuamente una confianza y familiaridad muy extraordinarias, atendido lo que acababa de suceder pocos momentos antes.

Por fin, la agilidad del falso heraldo no pudo librarle por más tiempo de los dientes de los enemigos que le perseguían. Los perros le alcanzaron, le derribaron, y hubieran probablemente acabado con él, á no gritar el duque:

—¡Detenedlos, detenedlos, llamad á los perros! Ha corrido tan bien, que á pesar de no haber hecho gran resistencia en los últimos apuros, no quiero abandonárselo por ralea.

Diéronse prisa los cazadores en arrancar los perros de la presa con que estaban encarnizados; echóseles de nuevo la traílla, y persiguióse á los que huían llevándose en triunfo los fragmentos del tabardo destrozado, con que el infeliz enviado se engalanara en aciago momento.

En este instante y mientras el duque estaba harto ocupado todavía en lo que pasaba delante de él para atender á lo que ocurría á sus espaldas, Oliverio el Gamo acercóse quedito al rey y le dijo al oído:

—Es el gitano Hayraddin Maugrabin; convendría no hablase al duque.

—Es preciso que muera—respondió el rey en el mismo tono:—los muertos no hablan.

Poco rato después, Tristán el Ermitaño, á quien Oliverio había dado sus instrucciones, presentóse al rey y al duque, y dijo con el tono áspero que le era familiar:

—Esa pieza de caza me pertenece, y la reclamo, si es del agrado de Vuestra Majestad y de Vuestra Alteza. Lleva mi marca, una flor de lis en la espalda, como todos pueden verlo. Es un malvado bien conocido; ha asesinado muchos vasallos de Vuestra Majestad, robado iglesias, violado vírgenes, muerto gamos en los sotos reales y...

—Basta, basta—dijo el duque Carlos—mi real primo tiene derecho por más de un título á esa propiedad. ¿Qué dispone Vuestra Majestad?

—Si se le deja á mi disposición—respondió el rey—le mandaré dar una lección del arte heráldico en que está tan poco instruído. Conocerá por experiencia lo que es una *cruz de polea*, añadiéndole por adorno un lazo corredizo...

—Con que no se adornará, pero que le servirá de sostén—continuó el duque—y recibirá sus grados por escalones de maestro y doctor tan aprobado en esta ciencia, como es vuestro compadre Tristán.

Al decir esto prorumpió Carlos en una gran carcajada promovida por este rasgo de ingenio. Luís correspondió á su jovialidad de un modo tan cordial, que el duque no pudo menos de mirarle amistosamente, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Ah, Luís, Luís! ¡Pluguiese al cielo que fuéseis tan fiel aliado como sois chistoso camarada! Muchas veces me acuerdo todavía de los alegres días que pasamos juntos.

—Pues en vuestras manos está el hacerlos renacer—respondió Luís.—Yo os otorgaré tan favorables condiciones como podáis exigir de mí en la situación en que me encuentro, sin que seáis la burla y el desprecio de la cristiandad; y juraré cumplirlas sobre la sagrada reliquia que tengo siempre la dicha de llevar conmigo, la cual es un fragmento de la verdadera cruz.

Dichas estas palabras, sacó de su seno un pequeño relicario de oro, pendiente de su cuello por medio de una cadena del mismo metal, que llevaba entre la camisa y los demás vestidos, y añadió:

—Nunca se prestó un falso juramento sobre esta santísima reliquia, sin que el delincuente haya dejado de sufrir el mismo año la pena de su perjurio.

—No obstante—dijo el duque—es la misma sobre la cual me jurasteis eterna amistad al separarnos de Borgoña, lo que no impidió que poco tiempo después enviáseis al bastardo de Rubempré para asesinarme ó apoderarse de mi persona.

—¡Ah, querido primo!... ¡Qué quejas tan antiguas desenterráis! Pero os aseguro que en este punto padecéis notable error. Por otra parte, no presté entonces el juramento sobre *esta* misma reliquia, sino sobre otro fragmento de la verdadera cruz, que me regaló el Gran Señor, cuya virtud se debilitara sin duda, por haber permanecido entre infieles. Pero, finalmente ¿no estalló la guerra del bien público aquel mis-

mo año? ¿No ví acamparse en San Dionisio el ejército borgoñón, apoyado por todos los grandes feudatarios de la corona de Francia? ¿No me obligasteis á ceder la Normandía á mi hermano?... ¡Dios me preserve de perjurar sobre una reliquia como esta!

—Pues bien, primo mío—respondió el duque—creo que habéis recibido una lección que os enseñará á proceder de buena fe en lo sucesivo. Y en la actualidad, decidme franca y lealmente ¿cumpliréis la palabra que me habéis dado de marchar conmigo contra ese asesino De la Marck y esos miserables liejenses?

—Marcharé contra ellos — dijo Luís — y me haré seguir por toda la nobleza de mi reino, la alta y la de las provincias, tremolando el oriflama.

—No, no, esto es más de lo que necesito, más de lo que conviene. La presencia de vuestra guardia escocesa, y un par de centenares de lanzas escogidas, bastarán para probar que obráis libremente. Un ejército considerable podría...

—Libertarme en realidad, queréis decir. ¿No es así, amado primo? Pues bien, vos mismo me prevendréis el número de tropas que deberán seguirme.

—Y para que nada tengamos que temer de la hermosa Elena que ha sido causa de nuestras discordias, accederéis á que la condesa Isabel de Croye dé la mano al duque de Orleans.

—Querido primo, vos sometéis mi cortés complacencia á una prueba harto dura. El duque es futuro esposo de mi hija Juana. Sed generoso, no insistáis sobre este punto; mejor será que tratemos de las plazas del Soma.

—Mi consejo hablará de este objeto á Vuestra Majestad. En cuanto á mí, me interesa menos un aumento de territorio, que una reparación de los agravios que recibí. Vos os metisteis en negocios de mis vasallos, y quisisteis disponer á vuestro antojo de la mano de una pupila del ducado de Borgoña: pues bien, ya que queréis casarla, sea con un individuo de vuestra familia. Sin esto, quedan rotas nuestras negociaciones.

—Nadie me creerá, amado primo, si yo dijese ahora que lo hago de buena voluntad. Juzgad, pues, cuál es el deseo que tengo de complaceros, cuando os digo con gran sentimiento mío que si las partes interesadas acceden á ello y se puede

obtener la dispensa del Papa, no me opondré por ningún estilo al enlace que me proponéis.

—Todo esto se arreglará por medio de nuestros ministros —dijo el duque— y he aquí que hemos vuelto á ser primos y amigos.

—Demos gracias —dijo Luís— á la bondad del cielo que, teniendo en sus manos los corazones de los príncipes, los dispone misericordiosamente á la paz y á la clemencia, para evitar la efusión de sangre... Oliverio—continuó dirigiéndose en voz baja á aquel favorito, que siempre iba dando vueltas en torno suyo, como el espíritu familiar que está á las órdenes de un hechicero—oye, dí á Tristán que despache pronto á ese condenado gitano.





CAPÍTULO XXXIV.

El suplicio.

> **Te llevaré al bosque poblado de verdes árboles, y podrás tú mismo escoger el que quieras.**
>
> ***Balada antigua.***

—¡Gracias sean dadas á Dios, que me ha concedido la facultad de reir y hacer reir á los demás, y oprobio al necio que se avergonzara de desempeñar el empleo de bufón! He aquí una broma, y no por cierto de las más graciosas, bien que ha tenido la suerte de divertir á dos príncipes, cuyo éxito ha sido más feliz del que produjeran mil razones de estado para impedir una guerra entre Francia y Borgoña.

Tal fué la consecuencia que sacó Glorioso cuando, de resultas de la reconciliación de que dimos cuenta al final del capítulo anterior, fué relevada la triple guardia colocada en el circuíto del castillo de Perona. El rey dejó de habitar la funesta torre del conde Herberto, y con gran satisfacción de los franceses y borgoñones, la amistad y la confianza parecieron restablecidas, á lo menos exteriormente, entre el duque Carlos y su señor feudal. Sin embargo, el rey, aunque tratado con todo el ceremonial y respeto debido, conocía perfectamente que no dejara aún de ser el objeto de las sospechas de su poderoso rival; pero aparentaba prudentemente *no advertirlo*; antes al contrario, parecía considerarse como del todo libre.

No obstante, como suele suceder en semejantes casos, cuando las principales partes interesadas habían casi transigido sobre sus diferencias, uno de los agentes subalternos de

sus maquinaciones experimentaba amargamente cuán verdadera es aquella máxima política de que, si bien los grandes necesitan á menudo valerse de viles instrumentos, indemnizan á la sociedad del perjuicio que le causan, abandonándolos á su destino no bien les son inútiles.

Este agente era Hayraddin Maugrabin, á quien los oficiales del duque habían entregado al gran preboste del rey de Francia y puéstole éste en manos de sus fieles ayudantes Tres-Escalas y Andresillo, encargados de despacharle á la eternidad sin pérdida de tiempo. Colocado entre estos dos dignos personajes, uno tocando el *allegro* y otro el *penseroso*, seguidos de algunos soldados y de inmenso gentío, avanzaba, para servirnos de una comparación moderna, como Garrick entre la Tragedia y la Comedia, hacia un bosque inmediato donde para ahorrarse el ceremonial y molestia de una horca, los árbitros de su destino resolvieron colgarle del primer árbol que les pareciese á propósito.

No tardaron mucho en dar con un roble que, como dijo chistosamente Andresillo, era digno de ostentar semejante bellota. Dejando, pues, al reo á la vigilancia de algunos soldados, empezaron á improvisar sus preparativos para la catástrofe final. En este instante Hayraddin, dirigiendo una mirada al tropel de gente que le había venido acompañando, reparó en Quintín Durward, que creyendo haber reconocido á su pérfido guía en la persona del heraldo impostor, siguió á la multitud que corría á ver la ejecución para asegurarse de la identidad.

Cuando los dos ejecutores fueron á participarle que todo estaba dispuesto, Hayraddin, con la mayor cachaza, dijo que tenía que pedirles una gracia.

—Pedidnos, hijo mío, todo lo que pueda conciliarse con nuestra obligación, y estad seguro de obtenerlo—le respondió Tres-Escalas.

—Es decir—replicó Hayraddin—¿todo, excepto la vida?

—Cierto—dijo Tres-Escalas—y aun un poquito de ella; pues como tenéis traza de estar resuelto á hacer honor á nuestra profesión, muriendo como mueren los hombres, sin muecas ni visajes, no nos negaremos á concederos diez ó doce minutos, si es preciso, por más estrechas que sean nuestras órdenes.

—Esta es demasiada generosidad—dijo Hayraddin.

—Es verdad que pueden echárnoslo en cara—añadió Andresillo—pero ¿qué importa? Yo sacrificaría mi vida por un guapo muchacho, activo, firme, ágil, de buen humor, que lleva intención de dar con gracia el último salto, como corresponde á un hombre honrado.

—Así pues—dijo Tres Escalas—si deseáis un confesor...

—Ó bien—añadió su jovial compañero—si queréis media azumbre de vino...

—Ó entonar un salmo...—dijo la Tragedia.

—Ó cantar alguna copla...—dijo la Comedia.

—Nada de todo esto, mis apreciados y diligentes amigos—respondió el gitano—sólo os pido algunos momentos de conversación con aquel arquero de la guardia escocesa.

Los ejecutores vacilaron un momento, pero Tres-Escalas, acordándose de haber oído decir que Quintín Durward, á causa de ciertas circunstancias, gozaba de gran favor con el rey, resolvió permitirle la entrevista.

Llamaron á Durward. El joven arquero, mientras se iba adelantando hacia el reo, no pudo menos de afligirse al verle tan próximo á la muerte, sin embargo de estar persuadido que la merecía. Los restos de su pomposo traje de heraldo, desgarrado por los dientes de los perros y armas de los bípedos que le arrancaran del furor de aquellos para entregarle á los verdugos, le infundían un aspecto ridículo y lastimoso al mismo tiempo. Veíanse todavía en su rostro algunos vestigios del color con que se había pintado y en su barba algún residuo del pelo postizo que se pegó á ella para desfigurarse. La palidez de la muerte invadía sus labios y mejillas; y, sin embargo, armado de un valor pasivo, como la mayor parte de los de su casta, con vivos aunque desencajados ojos y forzada sonrisa, parecía desafiar la muerte que le estaba aguardando.

El horror y la compasión que se apoderaron de Quintín al acercarse á este miserable le hicieron sin duda moderar el paso, pues Andresillo le gritó:

—Daos un poco más de prisa, señor arquero, un poco más de prisa. Nuestro parroquiano no tiene mucho tiempo que perder, y vos andáis como si los guijarros fuesen huevos y tuviéseis miedo de romperlos.

—Es preciso que le hable á solas—dijo el criminal, en cuyo acento parecía percibirse la desesperación al pronunciar estas palabras.

—Esto no se conforma sobrado con nuestro deber, mi jovial saltarín—dijo Andresillo—mucho tiempo hace que nos conocemos; sois una anguila harto escurridiza para que nos fiemos de vos.

—¿No me habéis atado los piés y manos con las cinchas de vuestros caballos?—dijo el gitano.—¿No podéis vigilarme á una distancia regular, desde donde no podáis oirme? Á más de que ese arquero es un servidor de vuestro rey. ¿Y si os doy diez guilders?

—Esta suma podría ser muy útil á su pobre alma, empleándola en sufragios—dijo Tres-Escalas.

—Y consolar también mi pobre cuerpo, si se gasta en vino y aguardiente—dijo Andresillo.—Á ver, á ver esos guilders, mi querido bailarín de cuerda floja.

—Saciad esos perros hambrientos—dijo Hayraddin á Durward.—nada perderéis en ello: no me han dejado siquiera un maravedí cuando me han cogido.

Satisfizo Quintín á los ejecutores lo que se les había prometido; ellos, como hombres de palabra, se retiraron bastante lejos para no oir la conversación de Hayraddin, pero no perdiéndole de vista y siguiendo con sus ojos el menor movimiento de su víctima. Durward aguardó un momento á que el infeliz le hablase, pero viendo que guardaba silencio:

—Y bien —le dijo en fin—¿á este extremo te veo reducido?

—Sí—respondió Hayraddin—no se necesitaba ser astrólogo, fisonomista ni nigromante para predecir que moriría como los demás de mi familia.

—Este fin prematuro te lo ha acarreado una larga serie de crímenes y traiciones.

—No ¡por el resplandeciente Aldebarán y todos sus centelleantes cofrades! Hámele acarreado mi propia locura, la cual me hizo creer que la crueldad sanguinaria de un franco podría contenerse por lo que mira él mismo como lo más sagrado de la tierra. Los hábitos de un sacerdote no me hubieran sido más propicios que el tabardo de un heraldo: tal es la buena fe que contienen vuestras protestas de justicia y de caballería.

— Un impostor descubierto no tiene derecho á reclamar los privilegios del disfraz que ha usurpado.

— Descubierto! Mi jerigonza en el hablar valía tanto como la de ese viejo loco de heraldo. Pero no importa: lo mismo tiene hoy que mañana.

— Parece que olvidas que el tiempo pasa. Si algo tienes que decirme, date prisa, y luégo consagra algunos instantes á la salvación de tu alma.

— ¡De mi alma! —exclamó el gitano con horrible sonrisa.— ¿Imagináis que una lepra de veinte años puede curarse en un momento? Si tengo un alma, se halla en tal estado desde la edad de diez años y aun mucho antes, que necesitaría un mes para acordarme de todos mis crímenes, y otro mes para confesarlos á un sacerdote; y á concedérseme este plazo, apostaría cinco contra uno que empleara muy diversamente el tiempo.

— ¡Pecador endurecido! no blasfemes —dijo Durward con un horror acompañado de compasión —dime prontamente lo que tienes que comunicarme y te abandono á tu destino.

— Debo pediros un favor; pero antes es fuerza que lo compre —dijo Hayraddin —porque vuestra tribu con todas sus protestas de caridad no da nada gratis.

— Te diría que pereciesen tus dones contigo, si no te hallases en el borde de la eternidad. ¿Qué favor aguardas de mí? Habla y guarda tus regalos, que no me acarrearían buena suerte: no he olvidado todavía los buenos oficios que querías prestarme.

— Sin embargo, os apreciaba —dijo Hayraddin —os quería bien por lo que hicisteis en las márgenes del Cher; deseaba contribuir á que os casarais con una rica dama. Vos llevabais sus colores, y este fué el motivo de mi engaño; por otra parte estaba persuadido de que Amelina, cuyas riquezas eran de más fácil transporte, os convenía más que esa pollita con su antiguo gallinero de Bracquemont, sobre el cual Carlos ha extendido sus garras y que es muy probable sabrá guardar.

— Tú pierdes el tiempo en palabras vanas, desdichado; veo que esas gentes empiezan á impacientarse.

— Dadles otros diez guilders por diez minutos más —dijo el gitano, que, á pesar de su endurecimiento, deseaba como todos los que se hallan en la misma situación, retardar el ins-

tante fatal. Lo que tengo que deciros os valdrá mucho más.

— Aprovecha, pues, los nuevos instantes que voy á comprar — respondió Durward.

Y no le fué difícil concluir un nuevo tratado con los confidentes del gran preboste.

Arreglado esto, Hayraddin continuó:

— Sí, os aseguro que os quería bien. Amelina era la mujer que os convenía; habríais hecho de ella lo que hubiéseis querido: ya véis que no ha despreciado al Jabalí de las Ardenas, á pesar de no haberse devanado mucho los sesos para obsequiarla, y reina en su cubil, como si hubiese estado toda su vida acostumbrada á alimentarse de bellotas y fabucos.

— Da fin á tus brutales é intempestivas chanzas; ó, te lo repito, te abandono á tu destino.

— Tenéis razón — dijo Hayraddin después de una pausa de un momento. — Ello es fuerza saber arrostrar lo que es inevitable: os participo, pues, que yo he venido aquí con este maldito disfraz, con la esperanza de recibir una recompensa de Guillermo de la Marck y otra más rica todavía del rey Luís, no sólo para traer al duque el mensaje de que habréis oído hablar, sino para comunicar al rey un importante secreto.

— Mucho te arriesgaste — dijo Durward.

— Por esto me pagaban bien; pero todo se ha echado á perder. De la Marck había intentado ya entablar relaciones con Luís por medio de Marta; pero parece que sólo pudo acercarse al astrólogo, á quien refirió todo cuánto ocurriera en el viaje y en Schonwaldt, y será gran casualidad que el rey oiga hablar jamás de esto, si ya no es bajo la forma de una profecía. Pero escuchad mi secreto, que es mucho más importante que todo lo que ella pudiera decir. Guillermo de la Marck ha reunido considerables fuerzas en la ciudad de Lieja, y las aumenta todos los días con los tesoros del difunto prelado; pero no lleva intención de arriesgar una batalla campal contra la caballería de Borgoña, ni menos de sostener un sitio en una plaza desmantelada. Lo que cuenta hacer es lo siguiente. Dejará acampar sin oposición al exaltado Carlos delante de la ciudad, y la noche siguiente hará una salida contra él con todas sus fuerzas. Cierto número de tropas llevarán el uniforme de soldados franceses, y gritarán: « Fran-

cia! san Luís! *Montjoie! Saint Denis!* Esto no dejará de sembrar la confusión entre los borgoñones, que creerán que ha llegado á la ciudad un numeroso cuerpo de franceses auxiliares; y si el rey Luís con sus guardias, su séquito y los soldados que podrá procurarse, quiere tomar parte en la empresa, el Jabalí de las Ardenas no desconfía de acabar con todo el ejército borgoñón. Este es mi secreto, y en vos le deposito: sacad de él el partido qué os acomode, vendiéndole al rey Luís ó al duque Carlos. Favoreced el plan ó impedid sus efectos; salvad ó perded al que mejor os parezca: á mí poco me importa. Todo mi sentimiento consiste en no poder hacerle volar como una mina para destruir los dos partidos.

—Es verdaderamente un secreto importante—dijo Quintín que comprendió en seguida cuán fácil era despertar el resentimiento nacional en un campo compuesto de franceses y borgoñones.

—Sí, importante—dijo Hayraddin—y ahora que le poseéis, quisiérais estar bien lejos y abandonarme, sin hacerme el favor que os he pagado con anticipación.

—Dime lo que deseas, y te lo concederé si me es posible.

—No os será difícil—respondió Hayraddin.—Se trata de mi pobre Klepper, de mi palafrén, del único sér sirviente que puede notar mi falta. Le encontraréis á una milla de aquí hacia el Sur, paciendo á sus anchas cerca de la choza desamparada de un carbonero. Silbad de este modo (y al mismo tiempo silbó de una manera particular), llamadle por su nombre Klepper, y os vendrá á encontrar. He aquí su brida que había ocultado debajo de mis vestidos: fortuna ha sido que esos pícaros bribones no me la hayan quitado, pues no puede sufrir otra. Apoderaos de él y cuidadle, no diré por amor á su dueño, sino porque he puesto á vuestra disposición el éxito de una importante jornada. Tendréis en él un compañero leal en las necesidades. La noche y el día, la avena y el salvado, los buenos y los malos caminos, una buena caballeriza ó la bóveda de los cielos, todo es igual para Klepper. Si hubiese podido pasar las puertas de Perona y llegar á donde le he dejado, no me hallaría en el apuro en que me veo. ¿Tendréis buen cuidado de Klepper?

—Os lo prometo—respondió Quintín conmovido por aquel rasgo de adhesión singular en un carácter tan endurecido.

— ¡ Adios, pues !... Un instante, sin embargo, un instante. No quiero ser tan descortés que olvide, muriendo, desempeñar la comisión de una dama. He aquí un billete escrito por la excelentísima señora esposa del Jabalí de las Ardenas á su sobrina de los ojos negros. Leo en los vuestros que cumpliréis exactamente este encargo... Todavía una palabra; iba ya á olvidarme de deciros que encontraréis en el interior de mi silla de montar una rica bolsa muy llena de monedas de oro, las que me determinaron á correr la aventura que tan cara me cuesta. Tomadlas ; ellas os indemnizarán por centenares los guilders que habéis dado á esos bribones : os nombro mi heredero.

— Las emplearé en buenas obras para el descanso de tu alma — dijo Quintín.

— ¡ No pronunciéis más esta palabra !—gritó Hayraddin tomando su fisonomía una expresión que horrorizó á Quintín. —No hay alma ; es imposible que la haya.

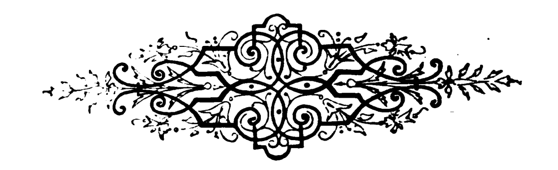
— ¡ Infeliz obcecado ! Entra en ti mismo ; permite que te envíe un sacerdote : alcanzaré de esas gentes nueva dilación, compraré su condescendencia. ¿ Qué puedes esperar si mueres en esos sentimientos de impenitencia ?

— Ser devuelto á los elementos — respondió el ateo endurecido, apretando contra su pecho sus brazos cargados de ataduras. Mi esperanza, mi creencia, mi expectación es que este misterioso cuerpo perecedero se fundirá en la masa general de donde saca la naturaleza lo que necesita para reproducir cuánto vemos desaparecer todos los días. Las partículas de agua que se hallan en mí, enriquecerán las fuentes y los arroyos ; las de tierra fertilizarán el suelo ; las de aire suministrarán su soplo á los vientos ; y las de fuego, alimentarán los rayos de Aldebarán y de sus brillantes hermanos. Tal es la creencia en que he vivido y en la que voy á morir ! Adios; retiraos, no me incomodéis más. Ya pronuncié la última palabra que se oirá salir de mi boca.

Lleno de horror por tan profunda dureza de corazón, conoció Durward que era inútil procurar persuadirle representándole los espantosos resultados de una muerte en estado de impenitencia. Despidióse de él ; pero sólo le contestó el gitano con una leve inclinación de cabeza, con el ademán distraído y melancólico de un hombre entregado á meditaciones que

siente se le interrumpan. Quintín entró en el bosque, y halló fácilmente la cabaña cerca de la cual Hayraddin había dejado á Klepper. Silbó y le llamó, y el animal compareció al momento; pero se pasó algún rato antes que se dejase coger. Relinchaba y se encabritaba al acercársele el extranjero. Por fin, los conocimientos generales que tenía Durward de las costumbres de los caballos, y acaso los que adquiriera del carácter particular de Klepper, habiéndole admirado varias veces durante el viaje que hiciera con Hayraddin, le facilitaron tomar posesión de la manda que acababa de legarle el gitano.

Mucho tiempo antes que Quintín hubiese regresado á Perona, ya estaba Hayraddin en el lugar donde la vanidad de su impía creencia debía sujetarse á juicio. ¡Juicio terrible para un delincuente que no había mostrado arrepentimiento por lo pasado, ni temor de lo venidero!





CAPÍTULO XXXV.

El premio honroso.

> Insigne honor es para la hermosura
> verse conquistada por la mejor lanza.
>
> *El conde Palatino.*

Cuando Quintín Durward llegó á Perona, el consejo de Estado se hallaba reunido, y el resultado de esta reunión debía ser mucho más interesante para él de lo que nunca llegara á imaginar, pues aunque compuesto de personas cuya clase no permitía pensar que tuviesen la menor relación con él, influyó, no obstante, extraordinariamente en su destino.

El rey Luís, después de haberse divertido con el intermedio del enviado de Guillermo de la Marck, no dejara escapar ocasión alguna de fomentar el recobro del afecto que esta circunstancia parecía haber inspirado al duque; y no dejó de ocuparse en convenir con él, ó mejor dicho, conformarse con su dictamen, relativamente al número y á la calidad de tropas que debía llevar consigo para seguirle como auxiliar en su expedición contra Lieja. Vió claramente que el cuidado que puso Carlos en no pedir más que muy reducido número de soldados, y en insistir en que fuesen acompañados de señores franceses de elevada clase, llevaba por objeto más bien procurarse rehenes que auxiliares. Sin embargo, no olvidando los consejos que le había dado Comines, accedió á todo lo que el duque quiso en esta parte, con tanto gusto como si hubiese obrado libre y espontáneamente.

No dejó con todo de indemnizarse de esta complacencia,

haciendo recaer los efectos de su vengativo genio en el cardenal de La Balue, cuyos consejos le determinaron á otorgar tan excesiva confianza al duque de Borgoña. Tristán, que llevó la orden á las tropas auxiliares que debían marchar contra Lieja, tuvo al mismo tiempo el encargo de conducir al cardenal al castillo de Loches, y encerrarle en una de aquellas jaulas de hierro, de que se asegura había sido él mismo el inventor.

—Así podrá juzgar del mérito de su invención—dijo el rey. —Como pertenece al alto clero, no podemos derramar su sangre; pero ¡vive Dios! que si por espacio de diez años se halla reducido su obispado á tan estrechos límites, lo tendrá situado á lo menos en fronteras inconquistables, y esto le servirá de indemnización. Haced que las tropas se pongan en marcha inmediatamente.

Acaso Luís con esta pronta complacencia esperaba eludir una condición más desagradable para él, como prenda de su reconciliación. Pero si realmente concibió esta esperanza, no conocía bien aún el carácter de su primo, que de todos los hombres del mundo era acaso el más terco en sus resoluciones, el menos dispuesto á desistir de lo que el resentimiento de supuesta injuria ó el espíritu de venganza le empeñaran á exigir una vez.

Apenas había Luís despachado los expresos necesarios para que se pusieran en marcha las tropas que debían obrar como auxiliares de la Borgoña, cuando le requirió el duque para que diese su público consentimiento al matrimonio del duque de Orleans con Isabel de Croye. El rey condescendió arrojando un profundo suspiro, y se limitó á observar que convenía asegurarse previamente del consentimiento del mismo duque de Orleans.

—Esta formalidad no se ha descuidado—respondió Carlos. —Crève-Cœur habló de esto al duque; y ¡cosa extraña! le encontró tan insensible al honor de casarse con la hija de un rey, que miró la proposición de recibir la mano de la condesa de Croye, como el más agradable ofrecimiento que pudiera hacerle el mejor padre.

—Tanto más ingrato y más culpable—dijo el rey—pero sea, querido primo, todo lo que quisiéreis, con tal que obtengáis el consentimiento de las partes interesadas.

—En cuanto á esto desechad toda inquietud—respondió el duque.

Y en consecuencia, algunos minutos después de haber propuesto este negocio se mandó comparecer delante de los dos príncipes al duque de Orleans y á la condesa de Croye, que llegó acompañada, como la otra vez, de la condesa de Crève-Cœur y la abadesa de las Ursulinas. Carlos de Borgoña les participó que la prudencia de los príncipes había resuelto su unión, como una prenda de la perpetua alianza que debía reinar en lo sucesivo entre Francia y Borgoña. Luís oyó esta declaración sin hacer objeción alguna, guardando triste silencio y sintiendo la mengua de su autoridad.

Al duque de Orleans le costó mucho trabajo reprimir los arrebatos de alegría que le causara esta noticia, y á la cual no le permitía la delicadeza entregarse abiertamente en presencia de Luís, siendo necesaria la influencia del temor que le inspiraba habitualmente este monarca para no dar publicidad á sus deseos y limitarse á responder «que era deber suyo dejar la elección de esposa al gusto de su soberano.»

—Querido primo de Orleans—dijo Luís con ceñuda gravedad—ya que me es posible hablar en ocasión tan poco agradable, no necesito recordaros que el aprecio que tributaba á vuestro mérito me excitó á elegiros una esposa en mi propia familia; pero ya que mi primo de Borgoña está persuadido de que el disponer de otro modo de vuestra mano será la más segura prenda de la unión que debe reinar entre sus Estados y los míos, me es demasiado sagrado este objeto, para sacrificar á él mis deseos y mis esperanzas.

El duque de Orleans se hincó de rodillas, y besó, por esta vez con sincero afecto, la mano que el rey le alargó, pero volviendo el rostro. Conoció con esto, lo propio que todos los testigos de esta escena, que daba el rey su consentimiento contra su voluntad; pues de esta manera, iniciado en los misterios del arte del disimulo, quiso en esta ocasión que fuese visible su repugnancia y que se conociese en él un rey que abandona su plan favorito y sacrifica el cariño paternal al interés de la patria y necesidades del Estado. El mismo duque de Borgoña experimentó alguna agitación; pero el corazón de Luís de Orleans saltó de alegría involuntaria, por verse tan inopinadamente libre de los lazos que le ligaban con la

princesa Juana. Si él hubiese sabido las maldiciones que el rey le echaba interiormente en este instante, los proyectos de futura venganza que trazaba ya, es probable que su delicadeza le ahorrara algunas reconvenciones secretas que le estaba haciendo.

Carlos, dirigiéndose entonces á la condesita, le manifestó con aspereza que la unión proyectada era un negocio que no admitía retardo ni vacilación; añadiendo al mismo tiempo, que debía considerarse como un resultado harto favorable por cierto de su terquedad en otra ocasión.

—Señor—dijo Isabel recogiendo todo su valor—conozco los derechos de Vuestra Alteza y me someto á ellos.

—Basta, basta—dijo el duque interrumpiéndola—ya arreglaremos lo demás. Vuestra Majestad—continuó dirigiéndose á Luís—ha disfrutado esta mañana de la caza del jabalí ¿desearía dedicarse ahora á la del lobo?

La condesita se vió en la necesidad de armarse de resolución.

—Vuestra Alteza no me ha comprendido bien—dijo con timidez, pero bastante alto y en tono suficientemente decidido para obligar al duque á concederle una atención que, de otro modo, acaso le hubiera llevado á negarle cierta previsión de lo que iba á decir.—La sumisión de que hablo, sólo se refiere á las tierras y dominios que los antepasados de Vuestra Alteza otorgaron á los míos, y pongo otra vez á la disposición de la casa de Borgoña, si mi soberano cree que mi desobediencia en un solo punto me hace indigna de conservarlos.

—¡Ah, por San Jorge!—exclamó el duque dando una patada con furor.—¿Sabe esa joven loca en presencia de quién se encuentra y á quién se dirige?

—Señor—respondió Isabel sin inmutarse—sé que me hallo delante de mi señor feudal, y espero todavía en su justicia. Si me priváis de los bienes que la generosidad de vuestros abuelos concedió á mi casa, rompéis los lazos que la ligan á la vuestra. Yo no os debo á vos este débil y perseguido cuerpo, y mucho menos el espíritu que le anima: mi intención es consagrar á Dios uno y otro en el convento de las Ursulinas y de vivir allí bajo la dirección de esta su venerable madre abadesa.

La rabia del duque llegó entonces á su colmo; y su sorpresa



—No se dispone por fuerza de la mano de una dama.

sólo puede compararse á la que experimentaría un halcón si viese á una paloma erizar sus plumas para resistirle.

—¿Y la venerable madre abadesa os recibirá sin dote?—preguntóle con insultante sonrisa.

—Si recibiéndome como decís — respondió Isabel — ocasiona algún perjuicio á su convento, me lisonjeo de que queda todavía bastante caridad entre los nobles amigos de mi familia para no dejar sin socorro á una huérfana, último vástago de la casa de Croye.

— Eso es falso — exclamó el duque — es un pretexto para encubrir alguna secreta é indigna pasión... Duque de Orleans, ella será vuestra, aunque debiese yo arrastrarla al altar con mis propias manos.

La condesa de Crève-Cœur, dama de gran valor, que contaba con el mérito de su marido y el favor de que gozaba, no pudo guardar por más tiempo el silencio.

— Señor — dijo al duque—vuestro enojo os arrebata y hace que empleéis un lenguaje indigno de vos. La fuerza no puede disponer de la mano de una mujer ilustre.

— Y no es propio de un príncipe cristiano — añadió la abadesa—oponerse á los deseos de un alma piadosa, que fatigada de los trabajos y persecuciones del mundo, quiere ser la esposa del Señor.

—Y mi primo de Orleans — dijo Dunois — no puede aceptar decorosamente una proposición de matrimonio con una dama que tanto se opone á ello públicamente.

—Si se me concediese algún tiempo — dijo el duque de Orleans, en cuyo ánimo impresionable hicieran profunda sensación los atractivos de Isabel — para que se mirasen mis pretensiones á la mano de la condesa bajo un punto de vista más favorable...

— Señor — dijo Isabel alentada nuevamente por lo que acababa de oir — ese plazo sería inútil. He tomado ya la resolución de no acceder á este enlace, aunque infinitamente superior á mis merecimientos.

— Pues yo — dijo el duque de Borgoña — no tengo tiempo de aguardar á que sus caprichos cambien con la primera fase de la luna. Príncipe de Orleans, yo haré que esa joven se persuada dentro de una hora de que la obediencia es para ella objeto de primera necesidad.

—Pero no será ya en favor mío, señor—respondió el duque, que conoció que el honor no le permitía prevalerse de la obstinación de Carlos—una sola negativa pública y terminante es suficiente para un príncipe de la sangre real de Francia; después de esto es imposible que yo conserve tal pretensión.

El duque lanzó entonces una mirada de furor al príncipe de Orleans y luégo á Luís; y viendo en las facciones de éste cierta expresión de secreto triunfo, que el rey, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo enteramente disimular, estalló su cólera como una tempestad.

—Escribid—dijo dirigiéndose al secretario del consejo—escribid mi sentencia de confiscación y de encierro contra esa rebelde é insolente vasalla. Que se la ponga en el *Zuchthaus*, en la casa de la reclusión; y que tenga por compañeras á aquellas infames mujeres que, por sus desórdenes, fueron sus iguales en descaro y desvergüenza.

Esta disposición promovió un murmullo general en toda la asamblea.

—Señor—dijo el conde de Crève-Cœur, encargándose de llevar la palabra en nombre de los demás—semejante orden necesita madura reflexión. Nosotros, vuestros fieles vasallos, no podemos permitir que recaiga tál mancha sobre la nobleza y la caballería de Borgoña. Si la condesa es culpable, castíguesela, pero de un modo decoroso á su clase y á la nuestra: y que no se extienda el oprobio hasta los que estamos unidos á su casa con los vínculos de la sangre y parentesco.

El duque guardó silencio por un rato, mirando de frente al que acababa de hablarle así, al modo que un toro á quien obliga su conductor á separarse del camino que quiere seguir, para calcular si le obedecerá, ó si se le echará encima para hacerle volar con sus astas.

La prudencia, sin embargo, sujetó el furor. El duque vió que los sentimientos que Crève-Cœur acababa de expresar eran los de todos sus consejeros; y temiendo que Luís sacase alguna ventaja del descontento de sus vasallos, y llegando, probablemente, porque era más vivo é impetuoso que malvado, á avergonzarse del indecoroso exceso á que se dejara arrastrar:

—Tenéis razón, Crève-Cœur—dijo al fin—he hablado con

demasiada precipitación. Su destino se determinará según las leyes de la caballería: su fuga á Lieja fué la señal del asesinato del obispo; y el vengador de este crimen, quien me presente la cabeza del Jabalí de las Ardenas, podrá reclamar su mano por recompensa, y si ella entonces se niega á obedecer, obtendrá aquél todos sus dominios y dejaré á la generosidad del vencedor el concederle la suma que tenga por conveniente á fin de que pueda retirarse á un monasterio.

—Señor—dio Isabel—considerad que soy la hija de vuestro antiguo amigo, de vuestro leal y valeroso servidor el conde Reinaldo. ¿Quisiérais destinarme por premio al brazo que mejor supiese manejar una espada?

—La mano de vuestra abuela fué ganada en un torneo—respondió el duque—y se combatirá para conseguir la vuestra en una verdadera batalla. Solamente, por atención á la memoria del conde Reinaldo, vuestro esposo deberá ser noble y gozar de una reputación sin tacha. Pero sea quien fuere el vencedor de la Marck, aun el más pobre de cuantos hubiesen ceñido cinturón, tendrá por lo menos el derecho de disponer de vuestra mano: y lo juro por san Jorge, por mi corona ducal y por la distinguida orden de mi casa. Y bien, señores, continuó dirigiéndose á sus consejeros, juzgo que esto es lo más conforme á las leyes de la caballería?

Las observaciones de Isabel fueron sofocadas por mil aclamaciones y muestras de satisfacción general, oyéndose sobre todas las demás la voz del viejo Lord Crawford, que se lastimaba de que el peso de los años le impidiese aspirar á tan hermoso premio. El duque quedó satisfecho de este murmullo general de aprobación, y empezó á calmarse su violencia, como la de un río salido de madre que vuelve á su primer cauce.

—¿Y nosotros á quienes la suerte ha proporcionado ya compañeras, nos veremos obligados á ser meros espectadores de esta gloriosa lucha?—dijo Crève-Cœur.—Mi honor no me lo permite. He hecho un voto, y debo cumplirle á expensas de ese bruto de erizado pelo y ensangrentados colmillos, de ese infame De la Marck.

—Pues bien, animo, Crève-Cœur—dijo el duque;—hiere de punta y tajo; gánala, y si no puedes casarte con ella, dispondrás de su mano como gustes: la cederás al conde Esteban tu sobrino, si así te place.

—Muchas gracias, señor—respondió Crève-Cœur;—me portaré del mejor modo que sepa en la pelea; y si logro desalojar y derribar al Jabalí, Esteban verá si su elocuencia es más persuasiva que la de la digna Abadesa.

—Presumo—dijo Dunois—que no les será prohibido á los caballeros franceses el disputar tan hermosa prez.

—¡No lo permita Dios, valiente Dunois!—replicó el duque —aunque no fuese más que para ver cómo os lucís. Me conformo en que la condesa Isabel se case con un francés... Sin embargo—añadió—se entiende que el conde de Croye pasará á ser vasallo de Borgoña.

—Basta, exclamó Dunois—si ha de ser así, la corona del conde de Croye no dominará jamás la banda de mi escudo. Quiero vivir y morir francés; pero bien puedo, renunciando á sus dominios, blandir la espada por una dama.

El Acuchillado no se atrevió á levantar la voz en tal asamblea; pero estuvo murmurando á solas:

—Vamos, Saunders Souplejaw, piensa en tu promesa. Siempre me dijiste que nuestra casa debería su fortuna á un matrimonio: nunca encontrarás más propicia ocasión de cumplir tu palabra.

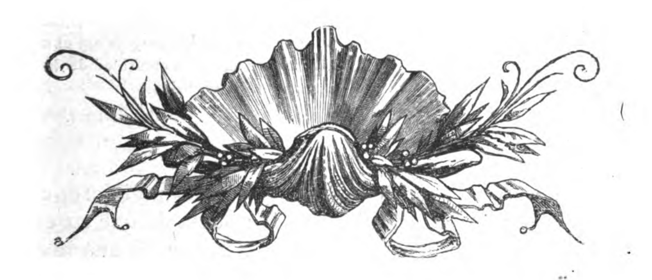
—Nadie piensa en mí—dijo Glorioso:—sin embargo, tengo mayor seguridad de ganar el premio que ninguno de vosotros.

—Tienes razón, mi sabio amigo—dijo Luís;—tratándose de una mujer, el más loco es siempre el más favorecido.

Mientras que los príncipes y caballeros de su comitiva se chanceaban de este modo sobre el destino de Isabel, la madre Abadesa y la condesa de Crève-Cœur que se retiraran con ella, procuraban en vano consolarla. La primera le aseguró que la santa Virgen no permitiría que lograsen obligarla á desechar la resolución que había formado de consagrarse á Dios en el recinto de una casa protegida por Santa Úrsula. La segunda le prodigó consuelos más temporales, diciéndole que ningún caballero, digno de este nombre, que llevase á cabo la empresa á cuyo éxito había señalado el duque el premio de su mano y de sus bienes, querría aprovecharse de esta circunstancia para forzar su albedrío; y hasta añadió que el afortunado vencedor no era imposible fuese uno que alcanzara gracia á sus ojos y hallase medio de reconci-

liarla con la obediencia. Tanto el amor como la desesperación se asen de la más ligera rama; y por débil y vaga que fuese la esperanza que le ofrecía este discurso, el llanto de Isabel al escucharle se vertía con menos amargura (1).

(1) En el siglo XV no era tan probable que el dar en matrimonio la mano de una rica heredera dependiese del éxito de una batalla, como cuando las leyes de la caballería se observaban más generalmente. Con todo, no es inverosímil que tal suceso ocurriera bajo el mando de un príncipe tan absoluto como Carlos el Temerario, y dadas las circunstancias que aquí se suponen.





CAPÍTULO XXXVI.

El ataque del arrabal.

> El mísero enfermo desahuciado, próximo á separarse de la vida, todavía abriga esperanzas, todavía confía. Á cada nuevo dolor que desgarra sus entrañas, renace la esperanza.
>
> La esperanza, semejante al resplandor de una antorcha, embellece y anima el camino: cuanto más crece la oscuridad de la noche, con mayor viveza brilla.
>
> GOLDSMITH.

No se pasaron muchos días sin que Luís recibiese, con la sonrisa de la venganza satisfecha, la noticia de que su consejero favorito, el cardenal de la Balue, gemía en una jaula de hierro, dispuesta de modo que no podía tenerse en pié ni tenderse en ella, y donde permaneció, por decirlo de paso, cerca de doce años por orden de aquel implacable monarca.

Las fuerzas auxiliares que el duque le exigió habían llegado también, y aunque insuficientes para luchar contra el ejército de Borgoña, si tal hubiese sido el intento del rey, eran sin embargo harto considerables para defender su persona, y esta reflexión le ofrecía algún consuelo. .Por otra parte, podía libremente volver á tratar, cuando llegara el tiempo oportuno, del matrimonio del duque de Orleans con su hija; y aunque conocía que era para él una afrenta servir con sus más nobles pares bajo las banderas de un vasallo, y contra un pueblo cuya causa había favorecido, hizo muy poco caso

de esta circunstancia, esperando que podría desquitarse algún día. — Pues, como dijo á su leal Oliverio, la casualidad puede hacer algunas bazas, pero la paciencia y la experiencia acaban por ganar la partida.

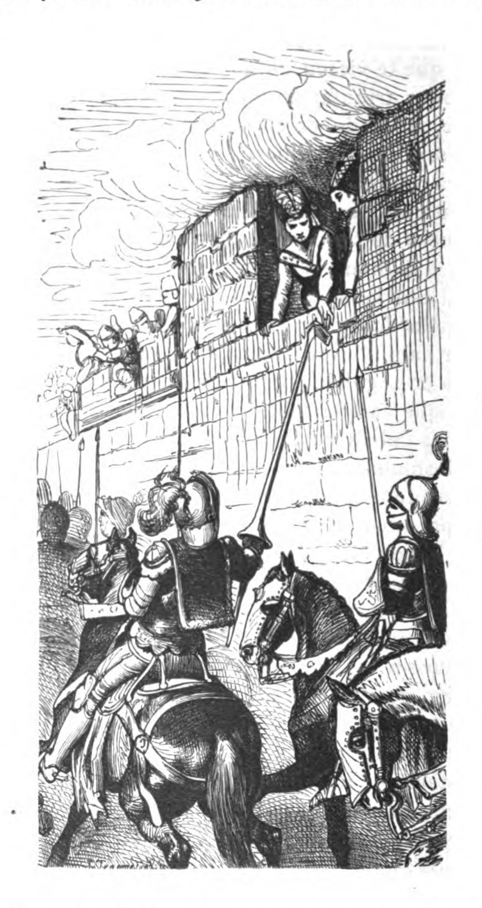
Entregándose á tales reflexiones, Luís, en un hermoso día de fines de verano, montó á caballo, y dándosele muy poco cuidado de que le viesen como formando parte del séquito de un vencedor triunfante, más bien que como monarca independiente, rodeado de sus guardias y caballeros, salió de Perona, pasando por la puerta gótica que daba entrada á la ciudad, para reunirse con el ejército borgoñón que empezaba á ponerse en marcha contra Lieja.

Gran número de señoras de distinción residentes entonces en Perona, hallábanse en las murallas y fuertes exteriores de la ciudad ataviadas con sus más ricas galas, para ver pasar á los gallardos guerreros que partían. La condesa de Crève-Cœur había llevado consigo á Isabel, que mostró gran repugnancia en seguirla; pero Carlos había ordenado perentoriamente, que la que debía la recompensa del vencedor, se mostrase á los caballeros que iban á entrar en la lucha.

Cuando desfilaban, después de haber pasado la puerta, distinguíase más de una bandera y escudos con nuevos emblemas que expresaban la firme resolución de los caballeros de hacer todo lo posible para ser dignos de tan hermoso premio. Viérase aquí un corcel precipitándose á la carrera, allá una flecha lanzada contra el blanco; uno llevaba pintado en su escudo un corazón traspasado para indicar su pasión; otro una calavera y una corona de laurel, para manifestar su determinación de vencer ó morir. Difícil sería hacer una descripción de todos estos emblemas, tanto por lo dilatado y engorroso, como por existir algunos que habían tenido el arte de pintarlos tan complicados y oscuros, que dejaran burlada seguramente la ciencia del más hábil intérprete. Ya se deja adivinar también que cada caballero hizo corvetear, lo más graciosamente que pudo á su caballo, y tomó en la silla la más airosa actitud al pasar por delante de aquel bello enjambre de damas y señoritas, que estimulaban su valor con agradables sonrisas, agitando sus velos y pañuelos. Los arqueros de la Guardia, escogidos de entre la primera flor de la nación escocesa, se atrajeron en especial las miradas

y aplausos por su bello porte y la magnificencia de su traje.

Uno de estos extranjeros se atrevió á hacer un cumplimiento particular á la condesa Isabel, manifestando que la conocía; cuya libertad se guardaron bien de tomar ni aun los



más nobles caballeros franceses. Era Quintín Durward, quien, pasando por delante de ella, le presentó respetuosamente en la punta de la lanza la carta de su tía, que le fuera entregada por Hayraddin.

—¡Por vida mía!—exclamó el conde de Crève-Cœur—¿hase visto una insolencia igual á la de ese indigno aventurero?

—No le déis ese nombre, Crève-Cœur—dijo Dunois—tengo buenas razones para abonar su valor, y aun por esa misma dama cabalmente hubo de acreditarlo.

—He aquí mucho ruido por poca cosa—dijo Isabel ruborizándose de enojo.—Esta es una carta de mi desgraciada tía. Me escribe chistosamente, aunque su situación debe ser espantosa.

—Veamos, veamos—dijo Crève-Cœur—participadnos lo que os dice la esposa del Jabalí.

La condesa Isabel leyó la carta, en que su tía procuraba hacer valer lo mejor que pudo una mala especulación y compensar la falta de decoro de su precipitado matrimonio, con la exagerada felicidad de tener por esposo á uno de los hombres más esforzados del siglo, que acababa de ganar un principado con su valor. Suplicaba á Isabel que no juzgase á su Guillermo, según ella le llamaba, por lo que oiría decir á los demás, sino que aguardara á hacerlo cuando le conociese personalmente. «¿De qué podrán acusarle?—añadía.—¿De que tiene sin duda sus defectos? Los mismos se ven ciertamente en hombres á quienes tributara siempre la mayor veneración. ¿De que es aficionado al vino? El valiente señor Godofredo, uno de sus abuelos, no le iba en zaga. ¿De tener el carácter violento y aun sanguinario? Tal hubiera sido el del conde Reinaldo, padre de Isabel, de feliz memoria. ¿De ser brusco en su conversación? ¿Qué alemán deja de serlo? ¿Algo imperioso y amigo de salirse con la suya? ¿Á qué hombre no le gusta predominar?» Esta comparación justificativa era mucho más extensa y terminaba por suplicar á Isabel que procurase sustraerse del poder del tirano de Borgoña, por medio del portador de su carta, para pasar á la corte de su amado esposo en Lieja, donde las leves diferencias que podrían existir entre ellas relativamente á sus mutuos derechos de sucesión al condado de Croye, se arreglarían fácilmente por medio del matrimonio de Isabel con Carl Eberson, algo más joven á la verdad que su futura esposa; pero esta diferencia de edad, como lo decía la condesa Amelina, acaso por experiencia, era un inconveniente que podía sopor-

tarse más fácilmente de lo que su sobrina imaginara (1).

Detúvose aquí Isabel por la observación que con semblante mojigato hizo la abadesa, de que aquello era ocuparse demasiado de las vanidades del mundo, y por haber exclamado el conde de Crève-Cœur:

—¡Al diablo, esa bruja seductora! Su carta se parece á un pedazo de queso frito en una ratonera. ¡Malhaya, amen mil veces la vieja, tan ducha en imposturas!

La condesa de Crève-Cœur reconvino gravemente á su marido por esta exclamación, que le pareció demasiado dura.

—Guillermo de la Marck—dijo—puede haber engañado á la condesa Amelina con una apariencia de cortesanía.

—¡Él manifestar una apariencia de cortesanía?—exclamó el conde.—No, no; yo le absuelvo del pecado de disimulo en esta parte. ¡Cortesanía! más bien podríais esperarla de un jabalí de veras. Mejor efecto haría una hoja de oro sobre el hierro viejo y mohoso de una argolla. No—repito—por idiota que ella sea, no es tan bestia todavía que se haya enamoricado del zorro que la zampó en su misma madriguera. Pero vosotras, las mujeres, todas sois cortadas por una misma tijera. Con cuatro palabritas azucaradas se os embauca, y casi me atrevo á decir que mi linda prima arde ya en deseos de ir á reunirse con su tía en el paraíso de esa loca, y aun de dar la mano al hijo del Jabalí.

—Lejos de ser capaz de tal disparate—dijo Isabel—deseo ahora doblemente el castigo de los asesinos del buen obispo, á fin de que mi tía no se halle por más tiempo en poder de tal malvado.

—Tan dignos sentimientos me hacen reconocer en vos la noble heredera de los condes de Croye—dijo Crève-Cœur; y no se trató más de la carta.

Pero es fuerza advertir que Isabel, leyendo á sus amigos la carta de su tía, no juzgó necesario participarles el contenido de una postdata en que la condesa Amelina, como suelen hacerlo las señoras, dábale circunstanciados detalles de sus

(1) Casi juzgo inútil añadir que el casamiento de Guillermo de la Marck con la condesa Amelina no pasa de ser una ficción, lo propio que aquella dama. La verdadera esposa del Jabalí de las Ardenas fué Juana de Arshel, baronesa de Scoonhven.

ocupaciones, y le decía que por entonces había suspendido el bordado de una rica sobrevesta que destinaba á su marido, en que resaltarían reunidas las armas de Croye y De la Marck, en atención á que su Guillermo había resuelto, á consecuencia de un plan político, que algunos de sus súbditos llevasen sus armas y se adornasen con su traje en la primera acción de guerra que ocurriese, y tomar él mismo el escudo de armas de Orleans con la banda de bastardía, es decir los blasones de Dunois. Venía también dentro de la carta un billetito, cuyo contenido tampoco creyó prudente comunicar, y que sólo contenía estas pocas palabras, escritas por diferente mano: «Si pronto no adquirís noticias mías por la fama, deducid en consecuencia que he muerto, pero de un modo digno de vos.»

Una idea que siempre había hasta entonces desechado como increíble, se ofreció en aquel instante con doble fuerza al espíritu de Isabel. Y como el ingenio de una mujer suele ser fértil y abundante en medios para la realización de sus proyectos, supo gobernar tan bien las cosas, que antes que las tropas hubiesen partido, recibió Durward por mano desconocida la carta de la condesa Amelina, con tres cruces al margen del párrafo en que se hablaba del proyecto de Guillermo de la Marck, para llamar su atención, y luégo venían añadidas las siguientes palabras: «El que no temió las armas de Dunois cuando brillaban en el pecho del valiente guerrero á quien legítimamente pertenecen, menos las temerá cuando un tirano asesino pretende disfrazarse con ellas.

El joven escocés besó y apretó una y mil veces contra su corazón este útil aviso, pues le indicaba el camino que debía seguir para llegar al punto donde el honor y el amor hallarían una recompensa; y le comunicaba un secreto ignorado de todos los demás, para conocer á aquél cuya muerte podía sólo dar vida á sus esperanzas; secreto que prudentemente resolvió guardar en lo íntimo de su corazón.

Vió, sin embargo, la necesidad de obrar de un modo distinto en punto al aviso que le diera Hayraddin, puesto que la salida que se proponía hacer Guillermo de la Marck podía causar la destrucción del ejército sitiador si no se burlaba su estratagema; tan difícil era, en un género de guerra muy poco usado en aquella época, evitar la confusión de una sorpresa

nocturna. Después de haberlo reflexionado mucho, resolvió participar personalmente este ardid á los dos príncipes reunidos, acaso porque temía que si comunicaba á Luís en particular tan fina como bien tramada astucia, podría llegar á ser una tentación sobrado fuerte para la probidad equívoca de este monarca, y que le viniese en mientes el cooperar al logro de esta intentona antes que impedir su cumplimiento. Decidió pues aguardar, para descubrir este secreto, que Luís y Carlos se hallasen juntos; pero esta ocasión era posible que tardara en presentarse, pues ninguno de ellos era muy aficionado á la sujeción que les impusiera la sociedad ó compañía de su rival.

Entre tanto el ejército confederado continuaba su marcha y entró muy pronto en el territorio de Lieja. Allí los soldados borgoñones, ó á lo menos una parte de ellos, es decir, aquellas bandas á quienes se había dado el nombre de *Écorcheurs*, esto es, desolladores, dieron pruebas positivas de merecer tan honroso título por el modo con que trataron á los aldeanos, so pretexto de vengar la muerte del obispo. Esta conducta perjudicó mucho á la causa de Carlos; pues los aldeanos maltratados, que hubieran podido permanecer neutrales en esta contienda, tomaron las armas para defenderse, les hostigaron en su marcha, atacaron los destacamentos que se separaban del cuerpo del ejército, y replegándose por fin sobre Lieja, fueron aumentando las fuerzas de los que estaban resueltos á defender esta ciudad con el valor de la desesperación. Los franceses, por el contrario, reducidos á muy corto número, y aun este la flor y nata de las tropas de su país, permanecían siempre bajo sus banderas con arreglo á las órdenes del rey y observaban la más estrecha disciplina: contraste que aumentó las sospechas de Carlos, quien no pudo menos de notar que obraban mejor como amigos de Lieja que como aliados de Borgoña.

Por fin, el ejército reunido, sin haber experimentado ninguna resistencia formal, llegó al rico valle del Mosa, delante de la grande y populosa ciudad de Lieja. Vieron allí que el castillo de Schonwaldt había sido arrasado; y supieron que Guillermo de la Marck, que no tenía más virtudes que algún talento militar, había concentrado todas sus fuerzas en la ciudad y resuelto evitar toda acción en campo llano con los ejércitos de Francia y de Borgoña, pero no se pasó mucho

tiempo sin que los invasores experimentaran el peligro que hay siempre en atacar una grande y populosa ciudad, aunque abierta, cuando los habitantes están decididos á obstinada defensa.

Desmantelada Lieja, y con anchas brechas abiertas en sus murallas, imaginaron los borgoñones que componían la vanguardia que nada podía impedirles penetrar en la ciudad. Entraron, pues, sin precaución en uno de sus arrabales, gritando descompasadamente:

—¡Borgoña! ¡Borgoña! ¡Sangre! ¡sangre! ¡Todo es nuestro aquí!... ¡Acordaos de Luís de Borbón!

Pero como se internaron desordenados por estrechas calles, y se dispersaban para entregarse al pillaje, un numeroso cuerpo de habitantes salió repentinamente de la ciudad, echóseles encima, é hizo en ellos horrible mortandad. Las mismas brechas de las murallas sirvieron á Guillermo de la Marck para mandar salir á un mismo tiempo á los defensores de la ciudad por varios puntos, y entrando estos destacamentos por diferentes lados en el mencionado arrabal, atacaron á los acometedores de frente, por flanco y retaguardia. Sorprendidos éstos por tan vivo é inesperado ataque de unos enemigos, que parecían irse multiplicando, apenas se sirvieron de las armas para defenderse, y la noche, que empezaba á difundir sus sombras, aumentó todavía su confusión y peligro.

Al llegar esta noticia al duque Carlos, dióle un arrebato de cólera, que no logró apaciguar el ofrecimiento que le hizo el rey Luís de enviar su caballería francesa en socorro de la vanguardia para sacarla de apuros. Rechazando la oferta en rudo y desabrido tono, quiso ponerse él mismo á la cabeza de su guardia para ir á libertar á aquellas tropas que incautamente se comprometieran en su avance; pero Crève-Cœur é Hymbercourt le rogaron que se sirviese darles esta comisión, y dirigiéndose por dos distintos puntos al lugar de la acción, con mejor orden que el empleado hasta entonces, y de modo que pudieran mutuamente sostenerse, aquellos dos célebres capitanes lograron rechazar á los liejenses y libertar la vanguardia, que á más de los prisioneros, sufrió una pérdida de ochocientos hombres por lo menos, de los cuales un centenar eran hombres de armas ó caballería escogida.

Los prisioneros, sin embargo, no fueron muchos; á la ma-

yor parte les libró aún Hymbercourt, que habiendo quedado dueño del arrabal, colocó una gran guardia en frente de la ciudad, separada de este punto por un espacio descubierto de siete á ochocientos pasos, que formaba una esplanada sin ningún edificio que pudiese perjudicar á la defensa de aquella. No había ningún foso entre la ciudad y el arrabal, porque el terreno era demasiado pedregoso para poder abrir uno en dicho sitio. En frente del arrabal veíase una puerta favorable para las salidas, lo propio que dos ó tres brechas inmediatas, que eran de las que el duque mandara abrir en las murallas después de la batalla de Saint-Tron, y que los liejenses se habían limitado á reparar con estacadas. Hymbercourt mandó apuntar dos culebrinas contra la puerta, y dirigió otras dos hacia las brechas, á fin de imponer á los que quisieran salir de la ciudad, y volvióse en seguida al cuerpo del ejército borgoñón, que encontró en el mayor desorden.

El hecho fué que el centro y la retaguardia del numeroso ejército del duque continuaran avanzando; mientras que la vanguardia rechazada se retiraba desordenada y precipitadamente. Los fugitivos chocaron con los cuerpos que venían de frente, y causaron en ellos una confusión que se propagó de fila en fila. La indispensable ausencia de Hymbercourt, que llenaba las funciones de mariscal de campo, ó como diríamos ahora, de general en jefe, aumentó el desorden, y para que nada faltase, cerró la noche oscura como boca de loco, sobrevino una fuerte lluvia, y el suelo, en que debían precisamente tomar posición los sitiadores, era pantanoso y cortado por diferentes canales.

Apenas sería posible formarse una idea de la confusión que reinaba entonces en el ejército de Borgoña. Los jefes no encontraban á los soldados y los soldados estaban separados de sus banderas y oficiales: todos, desde el primero hasta el último, buscaban acomodo y asilo en donde podían individualmente encontrarlo. Los fugitivos, rendidos por la fatiga y heridos la mayor parte, clamaban en vano por alimento y socorro; la retaguardia, ignorante de tan desastroso acontecimiento, marchaba á paso redoblado y se confundía con el desordenado centro, temiendo llegar demasiado tarde para tomar parte en el saqueo de la ciudad, que creía alegremente haber ya empezado.

Hymbercourt, al llegar, vió que el establecer el orden era empresa de difícil desempeño, y llenóse de nueva amargura á causa del furor á que se entregó su amo, sin tener ningún miramiento al encargo todavía más urgente que acababa de desempeñar. Toda la paciencia del valiente caballero no pudo resistir á las injustas reconvenciones del duque.

—Señor—le dijo—con arreglo á vuestras órdenes he partido á socorrer la vanguardia: á cargo de Vuestra Alteza quedó el cuidar del cuerpo principal del ejército; y después de desempeñar mi comisión le encuentro en tal desorden, que la vanguardia, el centro, la retaguardia, todo está confundido.

—Mejor; así nos parecemos á un barril de arenques—dijo Glorioso—y esta es la más natural comparación para un ejército flamenco.

El chiste del bufón hizo reir al duque, é impidió tal vez que tuviese mayor trascendencia el altercado entre él y el barón de Hymbercourt.

Apoderáronse de una pequeña *lust-haus*, ó casa de campo, propia de un rico vecino de Lieja; mandóse desocupar por todos los que la habitaban, y el duque estableció en ella su cuartel general. Hymbercourt y Crève-Cœur colocaron allí cerca una guardia de cuarenta hombres de caballería escogida: los soldados, habiendo demolido algunos edificios exteriores dependientes del principal, sirviéronse de sus ruinas para encender una grande hoguera.

Á poca distancia sobre la izquierda, entre esta casa y el arrabal que, como hemos dicho, estaba en frente de una de las puertas de la ciudad, ocupado por la vanguardia del ejército borgoñón, veíase otra quinta situada entre un patio y un jardín, que tenía á sus espaldas dos ó tres pequeños cercados. Aquí fué donde el rey de Francia estableció su cuartel general. No se gloriaba de poseer grandes conocimientos militares; pero su nada común sagacidad suplía por ellos, reuniendo además natural serenidad en los peligros. Tenía siempre sumo cuidado en emplear los más hábiles y experimentados en aquella profesión y depositaba en ellos la confianza que merecían. Luís y los principales personajes de su séquito se alojaron en esta casa; parte de los arqueros de la guardia escocesa fueron colocados en el patio, donde había algunos edificios que podían servirles de cuartel, y los otros viva-

quearon en el jardín. Las demás tropas francesas se acamparon en las inmediaciones en buen orden, y estableciéronse puestos avanzados para dar la señal de alarma en caso de ataque.

Dunois y Crawford, auxiliados de algunos antiguos oficiales y soldados, entre los cuales se distinguía el Acuchillado por su actividad, lograron, derribando paredes, taladrando setos, llenando zanjas y haciendo otras operaciones semejantes, facilitar la comunicación entre los diferentes cuerpos, de modo que pudiesen reunirse cómodamente y sin confusión si necesario fuese.

Luís, entre tanto, juzgó á propósito pasar sin ceremonia al cuartel general del duque de Borgoña, para enterarse del plan de operaciones que había adoptado, y preguntarle en qué deseaba que cooperase á él. Su presencia fué causa de que se celebrase un consejo de guerra, formalidad en la cual, sin esto, acaso no pensara el duque.

Entonces fué cuando Quintín Durward pidió ser admitido, é insistió vivamente en ello, manifestando que tenía que comunicar un negocio muy importante á entrambos príncipes. No tuvo que vencer muchas dificultades para lograr ser introducido en la sala del consejo, y Luís quedó sumamente admirado oyéndole detallar con serenidad y precisión el proyecto concebido por Guillermo de la Marck, de hacer una salida nocturna contra el campo de los sitiadores, tremolando banderas francesas y con soldados que vistiesen uniformes de aquella nación. Luís hubiera preferido sin duda que tan importante noticia se le hubiese participado á solas; pero como acababa de ser públicamente referida, contentóse con decir que «una confidencia de esta clase, verdadera ó falsa, merecía particular atención.»

—Yo opino todo lo contrario—dijo con indiferencia el duque—si tal proyecto hubiese existido, no sería un arquero de la guardia escocesa quien vendría á participármelo.

—Sea lo que fuere, querido primo—respondió Luís—ruégoos que tengáis entendido vos y vuestros capitanes, que para precaver las desagradables consecuencias que podrían resultar de un ataque de esta clase, si llegara á verificarse, daré orden á todos mis soldados que lleven una faja blanca en el brazo... Dunois, id á dar disposiciones inmediatamente para

la ejecución de esta orden... se entiende, si es del agrado de nuestro hermano, de nuestro general.

—Nada tengo que objetar—dijo el duque—si los nobles franceses quieren correr el riesgo de ser llamados en lo sucesivo *caballeros de la manga de camisa.*

—No sería descabellado el apodo, amigo mío—dijo Glorioso—puesto que una mujer debe ser la recompensa del más valeroso.

—¡Bravo, Sabiduría!—dijo Luís.—Buenas noches, primo: voy á armarme... pero, á propósito: si conquisto yo mismo á la condesa, ¿cómo lo gobernaremos entonces?

—En este caso—respondió el duque con voz alterada—será preciso que Vuestra Majestad pase á ser un verdadero flamenco.

—No puedo ya serlo más de lo que soy—replicó el rey con un tono de la más sincera familiaridad.—Todo lo que yo quisiera, querido primo, es que estuviéseis bien convencido de ello.

El duque sólo respondió dando al rey las buenas noches con un tono que se parecía al resoplido de un caballo bravío, que se niega á las caricias del jinete que va á montarle, y quien á este efecto le toca suavemente para que se esté quieto.

—Bien pudiera perdonarle toda su doblez—dijo el duque á Crève-Cœur luégo que el rey hubo partido—pero no le perdono el creerme tan soberanamente necio que me deje alucinar por sus protestas.

Luís, de regreso á su cuartel general, tenía también sus conferencias que hacer á Oliverio el Gamo.

—Ese escocés—le dijo—es un tal conjunto de disimulo y sencillez, que no sé qué pensar ni qué hacer de él... ¡Maldito sea! Fué por cierto imperdonable locura ir á publicar el proyecto del honrado De la Marck en presencia de Carlos, Crève-Cœur y de todos esos borgoñones, en lugar de venir á contármelo al oído, para dejarme á lo menos la libertad de declararme en pro ó en contra.

—Vale más que las cosas se hayan pasado así, señor—respondió Oliverio.—Hay muchos en vuestro ejército que tendrían á cargo de conciencia atacar á los borgoñones sin provocación, y pasar á ser auxiliares de Guillermo de la Marck.

—Tienes razón, Oliverio—replicó el monarca—existen efectivamente tales imbéciles en el mundo, y no tenemos tiempo suficiente para neutralizar sus escrúpulos con una dosis de interés personal. Preciso es, Oliverio, que seamos leales y seguros aliados de Borgoña, por esta noche á lo menos. Los tiempos venideros pueden acaso ofrecernos alguna favorable suerte: vé á dar la orden que nadie deje las armas, y en caso de necesidad que carguen tan vigorosamente á los que griten: *¡Francia y san Dionisio!* como si gritasen *¡Infierno y Satanás!* Yo mismo pasaré la noche sin quitarme la armadura. Que Crawford coloque á Quintín Durward de primer centinela avanzado del lado de la ciudad: justo es que sea el primero en sacar partido del aviso que nos ha dado. Si tiene la felicidad de escapar, tanta mayor será su gloria. Pero, sobre todo, Oliverio, tenme particular cuidado con Marcio Galeoto, procura que permanezca en la retaguardia ó en algún otro punto donde se halle en completa seguridad. Es muy inclinado á aventurarse, y podría darle la locura de querer ser soldado y filósofo á un mismo tiempo. Trata de cumplir todo esto, Oliverio, y buenas noches. ¡Dígnense Nuestra Señora de Clery y el glorioso san Martín de Tours ampararme en mi descanso! (1)

(1) Véase la nota *Y. Ataque de Lieja.*





CAPÍTULO XXXVII.

La salida.

> Miró, y vió una inmensa muchedumbre que salía de las puertas de la ciudad.
>
> MILTON.—*El Paraíso reconquistado.*

Pronto reinó un profundo silencio en el numeroso ejército que estaba reunido bajo las murallas de Lieja. Durante largo rato, los gritos de los soldados repitiendo sus señas y procurando incorporarse cada uno bajo sus banderas, resonaron como los ladridos de los perros extraviados que buscan á sus amos. Pero agotadas sus fuerzas al fin por las fatigas del día, se refugiaron en cuantos sitios de abrigo pudieron encontrar; y los que se vieron privados de esta ventaja se echaron por el suelo á lo largo de las paredes, de los setos ó allí donde encontraban una guarida contra los elementos para esperar la venida del día, día que algunos de ellos no debían ver. Cerró un profundo sueño los ojos de todos en el campamento, excepto los de aquellos que, abrumados de cansancio, hacían la guardia delante del cuartel general del rey y del duque.

Los peligros y las esperanzas del siguiente día, y hasta los proyectos de gloria que muchos caballeros jóvenes formaban pensando en el espléndido premio ofrecido al que vengara la muerte del obispo de Lieja, cedieron á la fatiga y el sueño, pero no sucedió lo mismo á Quintín Durward. La certidumbre de que él solo poseía los medios de distinguir á Guillermo de la Marck en la refriega, el favorable presagio que podía

sacar del modo cómo Isabel lo puso en su noticia, la idea de que la fortuna le colocara en peligrosa crisis, cuyo resultado, aunque incierto, podía ser para él el más brillante triunfo, quitáronle las ganas todas de dormir é infundiéronle vigor infatigable.

Colocado por orden expresa del rey en el punto más avanzado entre el campo y la ciudad, á la derecha del arrabal de que hablamos, deseaba que sus ojos hubiesen podido penetrar las tinieblas que le impedían la vista de Lieja, y sus oídos prestaban la mayor atención para poder percibir el más ligero ruido que indicase algún movimiento de parte de la ciudad sitiada. Pero los relojes de la misma habían dado sucesivamente las tres y todo estaba tranquilo y silencioso como el sepulcro.

Por fin, cuando empezaba á creer que la proyectada salida no se verificaría hasta el amanecer, y se lisonjeaba de que habría entonces bastante claridad para distinguir la banda de bastardía sobre la flor de lis de Orleans, distintivo de Dunois, creyó oir en la ciudad un murmullo semejante al zumbido de las abejas cuando las molestan en su colmena y tratan de defenderse. Redobló su atención y convencióse más y más de que no se engañaba; pero lo que oía era un tan vago é indeterminado ruido, que bien podía ser el soplo del viento que agitase las ramas de los árboles de un bosquecillo situado á alguna distancia, ó el murmullo de las aguas de algún arroyo crecido por la última lluvia, y que desaguase en el Mosa con mayor impetuosidad de la acostumbrada. Estas reflexiones disuadieron á Quintín de dar la señal de alarma, pues se hubiera tenido por grave falta el darla inconsideradamente. Pero aumentándose el ruido poco á poco, y pareciendo acercarse al arrabal y al sitio que él ocupaba, juzgó deber suyo retroceder con tanto silencio como le fué posible y llamar á su tío, que mandaba el reducido cuerpo de arqueros destinados á sostenerle. En menos de un segundo todos estuvieron de pié, haciendo el menor ruido que pudieron, y un instante después lord Crawford se hallaba ya á su cabeza. Despachó éste un arquero para dar aviso al rey y á su séquito, y retiróse con su pequeño destacamento á alguna distancia de la hoguera que habían encendido, á fin de que su resplandor no les diese á conocer. Por fin, aquella especie de

confuso é indistinto ruido que se oyera hasta entonces y que parecía acercarse á ellos repentinamente, fué reemplazado por otro que indicaba evidentemente la marcha más lejana de una tropa numerosa que se adelantaba hacia el arrabal.

—Esos perezosos borgoñones se han dormido en sus puestos—dijo lord Crawford en voz baja:—corre al arrabal, Cunningham, y despierta á esos estúpidos animales.

—Dad la vuelta por la parte de atrás—dijo Durward—pues ó mis oídos me han engañado mucho, ó el primer cuerpo que hemos advertido se halla entre nosotros y el arrabal.

—Bien dicho, Quintín; bien dicho, hijo mío: tú eres mejor soldado de lo que promete tu edad. Los primeros sólo se han detenido, para aguardar á los demás; pero quisiera saber dónde se hallan.

—Yo procuraré reconocerlos, milord; y vendré á daros parte de lo que ocurra.

—Anda, hijo mío, anda; tienes buenos oídos, buenos ojos y buena voluntad; pero sé prudente. Bien sabe Dios que no quisiera perderte por toda una ciudad.

Quintín, preparado el arcabuz y pronto á disparar, adelantóse con precaución por un terreno que reconociera el día anterior durante el crepúsculo, y pudo asegurarse de que, no sólo un cuerpo de tropas muy considerable se adelantaba entre el arrabal y el cuartel general del rey, sino que iba precedido de un destacamento poco numeroso que había hecho alto, y dél cual se hallaba bastante inmediato para oir á sus individuos hablar en voz baja, como si consultasen lo que debían hacer. Por fin dos ó tres soldados destacados de esta avanzada se acercaron á poca distancia de él; y viendo que no podía retirarse sin riesgo de ser descubierto, dióles Quintín el *¿quién vive?*

—*¡Li... li... eja!* digo *¡Francia!* respondió un soldado, corrigiendo al instante su primera contestación.

Durward disparó al momento; y notó que caía gimiendo un hombre, y en medio del ruido de una cerrada graneada de mosquetes disparados al azar, pero que probaban que este primer cuerpo era más numeroso de lo que creyera al principio, retiróse á su puesto.

—Perfectamente ejecutado, hijo mío—dijo Crawford.—Ea, muchachos, repleguémonos entre tanto hacia el cuartel

general: no tenemos suficientes fuerzas para hacerles frente en campo abierto y raso.

En conformidad á esta disposición, entraron en la quinta donde estaba alojado el rey, y lo hallaron todo en el mejor orden, formada la tropa de diferentes armas tanto en el patio como en el jardín. El mismo Luís iba á montar á caballo.

—¿Á dónde os dirigís, señor?—le preguntó Crawford.—Vuestra Majestad está muy seguro aquí en medio de sus guerreros.

—No lo creáis—respondió Luís—es preciso que vava yo inmediatamente á encontrar al duque, y que se convenza de nuestra buena fe en este momento crítico, sin lo cual van á echársenos encima á un tiempo mismo los liejenses y los borgoñones.

Diciendo esto montó á caballo, dispuso que Dunois tomase el mando de la tropa en el exterior de la casa, y que Crawford se encargase de la defensa del interior con sus arqueros y otros guardias. Dió orden de avanzar cuatro piezas de artillería de campaña que se habían dejado como á media milla de distancia, y de mantenerse firmes en sus puestos, prohibiendo que nadie se adelantase, cualquiera que fuese el éxito que se pudiese obtener. Dadas estas disposiciones, partió para el cuartel general del duque, acompañado de una pequeña escolta.

La demora que permitió coordinarlo todo de este modo, fué debida á la circunstancia de que Quintín, disparando su arcabuz, había muerto al propietario de la casa de campo donde el rey se alojaba, que servía de guía á la columna destinada á atacarla; y sin este acontecimiento, el ataque habría probablemente tenido feliz éxito.

Durward, á tenor de las órdenes del rey, le siguió al cuartel general del duque. Halláronle entregado á unos arrebatos de cólera que casi le imposibilitaban desempeñar las funciones de general; y sin embargo, la urgencia era extremada, pues además de un furioso combate que se estaba dando en el arrabal á la izquierda del ejército, y del ataque dirigido contra el cuartel general del rey en el centro, que se sostenía de una y otra parte con valor, una tercera columna de liejenses, superior en número á las otras dos, que había salido de la ciudad por una brecha más distante, y venido por varias tro-

chas, viñas y senderos que tenían bien conocidos los naturales del país, acababa de echarse sobre el ala derecha del ejército borgoñón, que alarmado por los gritos de ¡viva Francia! *¡Montjoie! ¡Saint-Denis!* que se confundían con los de *¡Lieja! ¡Jabalí-Rojo!* y sospechando alguna traición por parte del ejército francés confederado, sólo hizo débil é imperfecta resistencia, mientras que el duque, echando espumarajos, jurando y maldiciendo á su señor feudal y á todo cuanto le pertenecía, gritaba que se hiciese fuego indistintamente contra todos los franceses negros ó blancos, queriendo dar á entender con esto las fajas blancas que los soldados del rey llevaban en el brazo, conforme á sus órdenes.

La llegada de Luís acompañado únicamente de una docena de arqueros, entre los cuales se veía á Quintín y al Acuchillado, restableció la confianza entre franceses y borgoñones. Hymbercourt, Crève-Cœur y otros caudillos de Borgoña, que inmortalizaran su nombre en acciones de guerra, se encargaron de dirigir el combate más militarmente; y mientras los unos mandaban avanzar cuerpos más distantes que no participaran de aquel terror pánico, los otros echándose en medio de la refriega reanimaron el instinto de la disciplina, y el mismo duque se puso en las primeras filas peleando como simple soldado. El rey, por su parte, se conducía á fuer de general, lleno de serenidad, de sosiego y de penetración, que no busca ni evita el peligro; y sus órdenes respiraban tal discreción y prudencia, que los mismos generales borgoñones no vacilaban en obedecerlas. Por fin, pudo formarse el ejército en batalla, y los liejenses se hallaron muy molestados por el fuego de la artillería.

La escena había pasado entonces á ser animada y horrible en extremo. En el ala izquierda, el arrabal, larga y vivamente disputado, fué entregado á las llamas; y el voraz incendio no impedía que se siguiese combatiendo por la posesión de las humeantes ruinas. En el centro las tropas francesas, aunque atacadas por fuerzas muy superiores, sostenían un fuego tan nutrido y constante, que parecía la quinta rodeada de rayos de luz, como la aureola de un mártir. En la izquierda, el éxito de la batalla se disputaba con encarnizamiento, y los dos partidos ganaban ó perdían sucesivamente terreno, á medida que iban recibiendo los liejenses refuerzos de la ciudad, y los

borgoñones cuerpos de reserva de los que mandaban avanzar.

Batiéronse así denodadamente sin interrupción por espacio de tres horas mortales, que dieron lugar á que despuntara el alba, tan deseada por los sitiadores. Los esfuerzos del enemigo en el centro y en la derecha parecieron debilitarse, y se oyeron muchas descargas de artillería del cuartel general del rey.

—¡Bendita y alabada sea la gloriosa Vírgen María!—exclamó Luís, luégo que el estrépito de los cañones hirió sus oídos.—Las piezas de campaña han llegado ya y no hay nada que temer por nuestra quinta.

Volviéndose entonces á Quintín y al Acuchillado les dijo:

—Llevad la orden á Dunois de pasar con toda nuestra tropa, á excepción de la que sea necesaria para la defensa de la casa, entre el ala derecha y la ciudad, á fin de impedir la salida de los refuerzos que esos tercos liejenses envían á cada instante al ejército.

El tío y el sobrino partieron á galope y fueron á reunirse con Dunois y Crawford, que cansados de la defensiva, obedecieron gustosos esta orden; y partiendo á la cabeza de cerca de doscientos caballeros franceses seguidos de sus escuderos, de otra caballería, y de una parte de los arqueros de la guardia escocesa, atravesaron el campo de batalla hollando muertos y heridos, y llegaron á los flancos del cuerpo principal de los liejenses, que atacaba el ala derecha del ejército borgoñón con indecible furor. El día, que empezaba á rayar, les permitió ver que salían aún nuevas fuerzas de la ciudad, ya fuese para continuar la batalla en este mismo punto, ó para proteger la retirada de las tropas que combatían.

—¡Vive Dios!—dijo el viejo Crawford á Dunois—que si no estuviera cierto de que te tengo á mi lado, creería verte en medio de esos artesanos y bandidos, ordenándolos con tu bastón de mando en la mano. Únicamente que, si es cierto que te hallas allí, me parece que estás más grueso de lo que sueles. ¿Tienes completa seguridad de que aquel armado caudillo no es tu sombra, tu *hombre doble*, como dicen esos flamencos?

—¡Mi sombra!—respondió Dunois—no entiendo lo que queréis decir; pero no hay duda que veo un pícaro que se

atreve á llevar mis armas en su escudo y cimera. Voy á castigarle por su insolencia.

—¡En nombre del cielo, señor! — exclamó Quintín — confiadme el encargo de vuestra venganza.

—¡Á ti, joven! — respondió Dunois — por cierto que es una súplica modesta. No, no; se trata de un caso que no admite sustitución.

Y volviéndose á los que le seguían, exclamó:

—¡Caballeros franceses! formad vuestras filas, lanza en ristre y abrámonos un camino por entre esos marranos de Lieja y esos jabalíes de las Ardenas que se visten de máscara con nuestras antiguas armas.

Todos contestaron con grande gritería:

—¡Dunois! ¡Dunois!... ¡Viva el valiente bastardo!... ¡Orleans y á ellos!

Y siguiendo á su caudillo, cargaron á todo escape. No tenían que disputar la acción con cobardes enemigos. El numeroso cuerpo, contra el cual se dirigían, constaba enteramente de infantería, á excepción de algunos oficiales que iban á caballo. Los soldados de la primera fila, apoyando en tierra el regatón de sus lanzas y doblando una rodilla, agachados los de la segunda, y en pié los de la tercera avanzando las suyas por encima de las cabezas de los demás, opusieron á esta carga la misma resistencia que opone el erizo á su enemigo. Pocos lograron abrirse paso por entre aquella muralla de hierro; pero Dunois fué de este número, porque dando un espolazo á su corcel, hizo saltar á este noble animal un espacio de más de doce piés, y de un solo brinco se halló en medio de la falange enemiga. Procuró entonces cerrar de cerca al objeto de su animosidad, y no se sorprendió poco viendo á Quintín Durward combatir en la primera fila á su lado: la juventud, el ardimiento, el amor, la firme determinación de vencer ó morir, sostuvieron á nuestro escocés en la misma línea que el mejor caballero de toda Europa, pues Dunois gozaba de esta reputación, y en efecto la merecía.

Pronto se rompieron sus lanzas; pero los lansquenetes no se hallaban en estado de resistir al corte de las largas y pesadas tizonas que tan bien manejaban los dos guerreros, en tanto que sus lanzas hacían muy poco daño en la armadura completa de acero de que estaban cubiertos jinetes y caba-

llos. Esforzábanse á porfía los dos en romper las filas para llegar al punto donde el guerrero que se había apropiado los blasones agenos cumplía con los deberes de hábil y valiente caudillo, cuando Dunois, notando en otra parte la cabeza y colmillos de jabalí, usual distintivo de Guillermo de la Marck, dijo á Quintín:

— Eres digno, en efecto, de vengar el insulto hecho á las armas de Orleans. Á ti te lo confío. Acuchillado, auxilia á tu sobrino; pero que nadie se atreva á disputar á Dunois la caza del jabalí.

Ya se deja considerar que Quintín Durward aceptaría con gran satisfacción la parte que le cupo en esta división de trabajo; y cada uno de ellos se dió prisa en abrirse camino hacia el objeto que quería alcanzar, seguido y sostenido por los que pudieron mantenerse á su lado.

Pero en este instante la columna que De la Marck se proponía sostener cuando el cuerpo que mandaba fué detenido por Dunois, había perdido toda la ventaja que conservó durante la noche, y los borgoñones al amanecer recobraron la que corresponde á la superioridad de la disciplina. La grande masa de los liejenses se vió obligada á retirar, y luégo echó á correr; pero cayendo sobre aquellos que luchaban con los franceses, pronto el campo de batalla no ofreció más que una confusión de combatientes, fugitivos y acometedores, torrente que se dirigía hacia los muros de la ciudad y al fin vino á parar á la ancha brecha sin defensa, por donde salieran al campo los liejenses.

Durward hizo esfuerzos sobrehumanos para alcanzar al que era objeto especial de su persecución, quien con sus gritos y ejemplos en vano procuraba empeñar de nuevo el combate, siendo secundado por un cuerpo de lansquenetes escogidos. El Acuchillado y algunos de los suyos seguían todos los pasos de Quintín, y admiraban el valor extraordinario de tan joven guerrero. Cerca de la brecha, Guillermo de la Marck, pues era él mismo, logró reunir un momento los fugitivos y detener á los que más inmediatamente los perseguían. Llevaba en la mano una especie de clava de hierro que destruía todo lo que tocaba; y hallábase de tal modo cubierto de sangre, que era casi imposible distinguir en su escudo ningún vestigio de los blasones que tanto irritaron á Dunois. Á Durward se le ofre-

ció entonces poca dificultad para acercarse á él; pues la ventajosa posición que tomara en la misma brecha y el uso que hacía de su terrible clava, empeñaban á la mayor parte de los sitiadores á buscar un punto de ataque menos peligroso que el que fuera defendido por tan formidable antagonista. Pero Quintín, que conocía mejor la importancia de la victoria que se alcanzase contra aquel terrible enemigo, echó pié á tierra junto á la brecha, y dejando á su noble corcel, que le había



regalado el duque de Orleans, correr á su capricho en la refriega, comenzó á trepar por entre las ruinas para medir sus armas con el Jabalí de las Ardenas.

Guillermo de la Marck, como si hubiese adivinado su intención, volvióse á él con la clava levantada, y estaban ya á punto de empezar la lucha, cuando tumultuosa gritería producida por aclamaciones de triunfo y alaridos de desesperación indicó que los sitiadores entraban en la ciudad por otro

punto más allá de los que defendían la brecha. Á estos clamores de desaliento, De la Marck abandonó la brecha, y llamando con la voz y con el sonido de la corneta á los que quisieran participar de su desesperada suerte, procuró verificar su retirada hacia una parte de la ciudad desde donde pudiese pasar á la orilla opuesta del Mosa. Los que le siguieron, formaban un cuerpo de guerreros bien disciplinados, que no habiendo nunca concedido cuartel á nadie, estaban resueltos á no pedirle para sí; y en aquel instante de desesperación se alinearon en tan buen orden, que su fondo ocupaba todo lo ancho de la calle por la cual se iban retirando lentamente, parándose de cuando en cuando para hacer cara á los que les perseguían, algunos de los cuales empezaban á buscar una ocupación ménos peligrosa, derribando las puertas de las casas para saquearlas.

Es, pues, probable que sin la persecución infatigable de el Acuchillado y de algunos de sus camaradas, Guillermo de la Marck hubiera logrado escaparse, por ocultarle su disfraz á las pesquisas de aquellos que se prometían alcanzar honores y riquezas á costa de su cabeza. Á cada pausa que hacían los lansquenetes, empeñábase un furioso combate entre ellos y los arqueros, y en cada refriega Quintín procuraba alcanzar á De la Marck; pero éste, cuyo único objeto era efectuar su retirada, parecía querer evadir el propósito del joven escocés de comprometerle á singular combate. En todas partes era general la confusión. Los gritos y chillidos de las mujeres, los alaridos de los aterrados habitantes, expuestos todos á los insultos de la desenfrenada soldadesca, formaban un estrépito no menos horroroso que el de la batalla. Las voces de desconsuelo y la desesperación contendían con las de la violencia y del furor sobre quién movería más alboroto.

En el momento en que De la Marck, continuando su retirada en medio de esta escena de horror, acababa de pasar por delante de la puerta de una capillita á que se atribuía milagroso influjo y santidad particular, nuevos gritos de *¡Francia! ¡Francia! ¡Borgoña! ¡Borgoña!* le indicaron que un numeroso cuerpo de sitiadores entraba por el otro extremo de la calle, que era estrecha, y tenía de consiguiente cortada la retirada.

—Conrado—dijo á su teniente— llevaos toda esa gente; cargad á esos pícaros vigorosamente, y procurad abriros paso por entre sus filas. En cuanto á mí, ya lo ves: el jabalí se halla acosado por todas partes; pero me siento con bastante fuerza todavía para enviar á los infiernos, antes que yo llegue allá, algunos de esos vagabundos escoceses.

Conrado obedeció, y poniéndose á la cabeza de la mayor parte de los lansquenetes que quedaban, marchó á paso de carga hacia el otro extremo de la calle contra los enemigos que iban avanzando, con intento de perecer ó de abrirse paso por medio de ellos. No quedaron con De la Marck más que media docena de sus mejores soldados, determinados á morir con su jefe, é hicieron frente á los arqueros, que no eran en mayor número.

—*¡Jabalí! ¡Jabali!*—exclamó el malvado— pero intrépido caudillo blandiendo su clava.—¡Hola! señores escoceses, ¿cuál de vosotros quiere ganar una corona de conde? ¿Quién quiere coger la cabeza del jabalí? Vos, joven, parece que lo deseáis mucho; pero es preciso ganar la recompensa antes de alcanzarla.

Quintín oyó estas palabras muy imperfectamente, pues el baberol de la Marck hacía poco distinta su voz, sin embargo de ser muy fuerte; pero no pudo dejar de comprender sus intenciones, pues apenas tuvo tiempo de gritar á su tío y á sus camaradas que se mantuviesen atrás si eran hombres de honor, porque De la Marck se le echó encima dando un brinco como un tigre, y levantando al mismo tiempo la clava de modo que le diese en la cabeza cuando llegarían sus piés al suelo. Durward, cuya planta era tan ligera como perspicaz su vista, dió un salto hacia un lado y evitó un golpe que le fuera fatal si le alcanzara.

Combatieron entonces cuerpo á cuerpo, como el lobo con el mastín cuando le ataca, permaneciendo sus compañeros á cada lado inmóviles espectadores del combate, pues el Acuchillado gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Armas iguales! ¡armas iguales! Aunque fuese tan temible como Wallace, no temería por mi sobrino.

Y no era infundada la confianza del veterano, pues por más que los golpes del desesperado bandido cayesen sobre el joven arquero como los del martillo sobre el yunque, la rapidez

de los movimientos de Durward y la destreza con que sabía manejar la espada hacían que los evitase, y que dirigiese otros con la punta de un arma menos estrepitosa, pero que producía mayor efecto, pues el terreno en que combatía su antagonista estaba ya cubierto de su sangre y su fuerza extraordinaria empezaba á rendirse á la fatiga. Sin embargo, sostenido por el valor y la rabia combatía siempre con la misma energía; y la victoria de Quintín parecía aún dudosa y lejana, cuando oyó detrás de sí la voz de una mujer que le llamaba por su nombre gritando:

—¡Socorro!... ¡socorro!... Por amor de la Santísima Virgen!

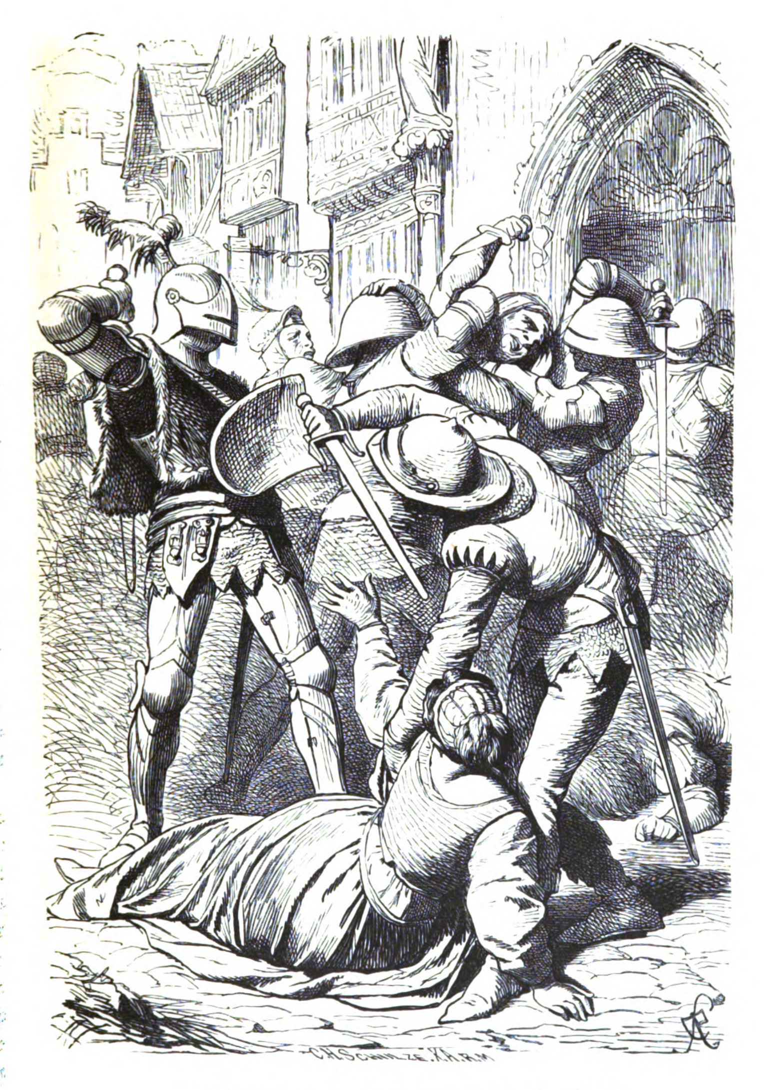
Volvió un momento la cabeza, y una sola mirada le bastó para reconocer á Gertrudis Pavillón. Le habían arrancado de los hombros el manto que tenía puesto, y se la llevaba arrastrando un soldado francés que, como otros muchos, penetrara en la capillita inmediata, refugio de mujeres atemorizadas, de quienes se apoderaron como de legítima presa.

—Aguardadme un solo momento—gritó Quintín á De la Marck; y corrió á libertar á su bienhechora de una situación que consideraba con fundamento muy peligrosa para ella.

—Yo no miro la conveniencia de nadie—dijo De la Marck blandiendo su clava; y empezó á retirarse.

—Pues os prestaréis á la mía, si os parece bien—dijo el Acuchillado.—No quiero que la obra de mi sobrino quede sin concluir. Y sacando su espada de dos manos, atacó inmediatamente á De la Marck.

Sin embargo, el empeño de Quintín de libertar á Gertrudis no fué de tan fácil ejecución como se figuró desde luégo. Su raptor no quería soltar la presa y algunos de sus camaradas le sostuvieron. Mientras que auxiliado por dos ó tres de sus compatriotas procuraban obligarle á que cediese, Durward veía huir de su alcance la ocasión propicia que le ofreciera la fortuna para conseguir el colmo de la felicidad. De manera, que cuando al fin hubo libertado á Gertrudis, se encontró que no había nadie en la calle, excepto ellos dos. Olvidando entonces la situación de su compañera, que no tenía más apoyo que el suyo, iba á correr en busca del Jabalí de las Ardenas, como el lebrel sigue la liebre por el rastro; pero Gertrudis desesperada, asiéndose de su ropa, le dijo:



—¡ *Por amor de ella no me abandonéis !*

— Por el honor de vuestra madre, no me abandonéis así; si sois caballero, amparadme, conducidme á casa de mi padre, á la misma que os sirvió de asilo á vos y á la condesa Isabel. En su nombre os lo suplico; no me abandonéis.

Esta invocación era cruel pero irresistible; renunciando, pues, con el corazón oprimido por inexplicable amargura á las risueñas esperanzas que le alentaran durante todo el tiempo de la batalla, y que estuvieron á pique de realizarse, Quintín, como un espíritu que obedece á pesar suyo á un talismán á que no puede resistir, acompañó á Gertrudis á casa de su padre, y llegó muy á propósito para amparar al síndico Pavillón y librar su casa del furor de la licencia soldadesca.

Entretanto el rey y el duque entraron en la ciudad á caballo, pasando por una brecha. Llevaban ambos armadura completa; pero Carlos, cubierto de sangre desde el plumaje hasta las espuelas, cruzó la brecha á galope largo, mientras que Luís se adelantó con el majestuoso paso de un pontífice que marcha á la cabeza de una procesión. Enviaron órdenes para impedir el saqueo de la ciudad, que ya había empezado, y para reunir las tropas dispersas. Pasaron en seguida á la iglesia mayor, tanto para proteger á los principales habitantes que se refugiaron allí, como para celebrar una especie de consejo militar, después de haber oído una misa solemne.

Lord Crawford, ocupado, como los demás oficiales de su clase, en reunir á todos los que servían bajo sus órdenes, halló al volver la esquina de una calle que daba al Mosa, al Acuchillado, que se dirigía tranquilamente al río, llevando en su mano la cabeza de un hombre que tenía agarrada por los cabellos ensangrentados, con tanta indiferencia como lleva su zurrón el cazador.

— Y bien, Luís — dijo su comandante. — ¿Qué significa ese pedazo de carroña?

— Es un pequeño negocio cuyas tres cuartas partes había ya hilvanado mi sobrino — respondió el Acuchillado — y al que yo acabo de dar la última mano. Un pobre diablo á quien he despachado allá abajo, y el que me rogó que echase su cabeza al río. Hay ciertas gentes que tienen unos caprichos muy raros cuando la muerte les está tocando; pero ya podemos gobernarlo como queremos, ello al cabo es preciso que nos

haga bailar á todos, y no hay más que aguardar nuestro turno.

—¿Y ahora váis á echar esa cabeza al Mosa?—dijo Crawford mirando con mayor atención aquel fúnebre trofeo de la muerte.

—Sí, á fe mía—respondió Luís—si se niega á un moribundo su última demanda, se corre riesgo de ser atormentado por su alma; y yo gusto de pasar las noches tranquilas.

—Fuerza es que os aventuréis á ver el alma en pena, Luís—dijo Crawford—esta cabeza es más preciosa de lo que imagináis. Venid conmigo; no hay que replicar; seguidme.

—Bien es verdad que yo nada le he prometido—respondió Luís—pues yo creo que le había ya cortado la cabeza antes que su lengua acabase de hacerme la súplica. Por otra parte, ¡por san Martín de Tours! no me ha asustado cuando vivo, y no le temeré más después de muerto. Luégo, en caso de necesidad, mi buen compradre, el fraile de san Martín, me dará un poco de agua bendita.

Cuando se hubo celebrado una misa solemne en la iglesia catedral de Lieja, y restablecídose un poco el orden en la ciudad, Luís y Carlos rodeados de sus pares, se dispusieron á oir la relación de los altos hechos de guerra que ocurrieron durante el combate, á fin de recompensarlos según el mérito de cada uno. Llamóse, como era justo, al que podía tener derecho de reclamar la mano de la hermosa condesa de Croye y sus ricos dominios; pero, con general admiración, se presentaron muchos pretendientes, y cada uno de ellos se sorprendió más todavía de hallar rivales, cuando creía haber merecido solo el premio. Esta circunstancia envolvió sus pretensiones en misteriosa duda. Crève-Cœur presentó una piel de jabalí, semejante á la que Guillermo de la Mark solía llevar; Dunois mostró un escudo acribillado de golpes, con los blasones del Jabalí de las Ardenas; muchos otros alegaron igualmente el mérito de haber matado al asesino del obispo, produciendo pruebas semejantes, pues la preciosa recompensa ofrecida al vencedor de Guillermo acarreó la muerte á todos los que tomaron traje y armas parecidas á las suyas.

Esta rivalidad ocasionaba disputas y contestaciones entre los competidores; y Carlos, que sentía interiormente la inconsiderada promesa que dejaba al capricho de la fortuna el cuidado de disponer de la mano y bienes de su hermosa va-

salla, empezaba á esperar que en medio del conflicto ocasionado por tantas reclamaciones podría encontrar algún medio para evadirlas todas, cuando lord Crawford se abrió paso entre la multitud, llevando tras sí al Acuchillado que le seguía con ademán tímido y desmañado, semejante á un mastín, que sigue de mala gana al que le lleva atado.

— De nada sirven los pellejos ni las planchas de hierro pintadas—exclamó el anciano lord:—sólo ha muerto al jabalí el que puede enseñar sus colmillos.

Diciendo esto, echó en el suelo la cabeza ensangrentada de Guillermo de la Marck, fácil de conocer por la singular estructura de sus quijadas, que tenían realmente una especie de analogía con las del animal cuyo nombre se gloriaba de llevar; y todos los que le habían visto, le conocieron inmediatamente (1).

—Crawford—dijo Luís, mientras que Carlos guardaba silencio, tristemente sorprendido y descontento—juzgo que habrá sido uno de mis leales escoceses quien ha ganado el premio.

—Sí señor—respondió el viejo comandante—es Luís Lesly, por otro nombre Acuchillado.

—Pero ¿á qué clase pertenece?—preguntó el duque.—¿Es noble? Ya sabéis que esta es condición inseparable de mi ofrecimiento.

—Convengo en que es una viga mal cortada—respondió Crawford mirando al arquero que procuraba ponerse bien;—pero os aseguro que no por esto deja de ser de excelente madera. Es un vástago salido de la cepa de los Rothes; y los Rothes son tan nobles como pueda serlo cualquier familia de Francia y de Borgoña, desde que se ha dicho del fundador de su casa:

En el prado le encontró,
y allí le mató
y allí le dejó (2).

—No hay pues objeción que hacer—dijo el duque—y fuerza será que la más hermosa y rica heredera de Borgoña

(1) Véase la nota *T. El conde de la Marck.*

(2) Antiguos versos en que se apoyan los Lesly para justificar su descendencia

dé la mano á un grosero soldado mercenario como éste, ó que muera encerrada en un convento... ¡La hija única de mi fiel Reinaldo de Croye!... Me precipité demasiado.

Cubrióle la frente una opaca sombra, con grande admiración de todos sus consejeros, que con muy poca frecuencia le veían dar la menor señal de arrepentirse de una resolución una vez tomada.

—Tenga Vuestra Alteza un instante de paciencia—dijo lord Crawford—y conocerá que el negocio no presenta tan mal aspecto como imagina. Dígnese solamente escuchar Vuestra Alteza lo que ese caballero tiene que decirle... Y bien—añadió volviéndose al Acuchillado—revienta de una vez ó llévente los diablos.

Pero el veterano, aunque avezado á hablar harto inteligiblemente al rey Luís, que le trataba con familiaridad, se halló en el caso de no poder expresar su resolución delante de tan respetable é imponente asamblea. Avanzando un hombro hacia los dos príncipes con el preludio de una sonrisa que parecía una mueca, y dos ó tres contorsiones de las más zafias, las únicas palabras que pudo pronunciar fueron las siguientes:

—Saunders Souplejaw...—y el resto del discurso se le quedó atravesado en el gaznate.

—Si me lo permiten Vuestra Majestad y Vuestra Alteza—dijo Crawford— hablaré por mi paisano y antiguo camarada. Preciso es que sepáis que un adivino le predijo, en su país, que su casa alcanzaría gran fortuna por medio de un matrimonio. Pero como, lo mismo que yo, no se halla ya en la primera flor de la juventud, y prefiere la tienda de vinos generosos al tocador de una dama; en una palabra, como conserva ciertas inclinaciones de cuartel, á que no podría abandonarse con el fausto y la grandeza, adopta el consejo que le he dado, y cede todas las pretensiones á que tiene derecho por la muerte de Guillermo de la Marck, al que puede ser mirado como el verdadero vencedor del Jabalí de las Ardenas, pues le había reducido previamente al último apuro; es decir, á su sobrino, el hijo de su hermana.

---

de un antiguo caballero que mató á un gigante húngaro y se creó para sí un apellido, mediante un juego de palabras fundado en el nombre del sitio donde peleó con su adversario.

—Yo salgo garante de la prudencia y leales servicios de ese joven—dijo el rey, muy satisfecho de ver que el destino había concedido tan hermoso premio á una persona sobre quien podía prometerse alguna influencia—sin su vigilancia y fidelidad, esta noche hubiera sido fatal para nosotros. Él fué quien vino á participarnos la salida proyectada por los enemigos.

—En este caso—dijo el duque Carlos—le debo una satisfacción por haber dudado de su veracidad.

—Yo puedo acreditar su valor como caballero—añadió Dunois.

—Pero—exclamó Crève-Cœur—aunque el tío sea un hidalguillo escocés, esto no prueba que su sobrino, el hijo de su hermana, proceda de buena estirpe.

—Es de la casa de Durward—dijo Crawford—que desciende del célebre Allan Durward, gran intendente de Escocia.

—Ah! si es el joven Durward—respondió Crève-Cœur—nada tengo que decir. La fortuna se pronuncia muy decididamente en su favor, para que yo quiera luchar por más tiempo contra esa divinidad caprichosa. Pero es asombroso ver cómo esos escoceses se prestan recíproco auxilio, desde el señor hasta el último lacayo.

—Los escoceses se acercan unos á otros para sostenerse mutuamente—dijo lord Crawford, riéndose de la mortificación del orgulloso conde.

—Nos falta saber—dijo Carlos con ademán pensativo—cuáles podrán ser los sentimientos de la hermosa condesa relativamente á ese feliz aventurero.

—¡Por la santa misa!—contestó Crève-Cœur—tengo á la verdad fundadas razones para asegurar á Vuestra Alteza, que la encontraréis mucho más dócil á vuestra autoridad de lo que ha sido hasta aquí. Pero, ¿por qué me han de incomodar el ascenso y la felicidad de ese joven? No me asiste la razón, á fe mía, porque al *ingenio,* al *valor* y á la *resolución*, debe la *mano* de una bella dama, la *elevación* y la *riqueza*.



CONCLUSIÓN

Había ya enviado á la imprenta los pliegos que preceden, y cuyo desenlace ofrece, á mi entender, una excelente lección moral, pudiendo servir de estímulo á todos los emigrantes de ojos azules, cabellos rubios y largas piernas de mi país natal, á quienes en algún tiempo de turbulencias provocase el deseo de abrazar la hermosa profesión de caballeros de aventuras. Pero un amigo, un sabio consejero, un individuo de aquellos que gustan de las migajas de azúcar que quedan en el fondo de una taza de the, tanto como del sabor del mejor pastel, me ha hecho sobre este punto una amarga reconvención, é insiste en que dé detallada y circunstanciada relación del desposorio del joven heredero de Glen-houlakin con la amable condesa de Croye; que entere al curioso lector de los torneos que en tan interesante ocasión se celebraron, cuántas lanzas se rompieron en ellos; y que les participe, por fin, el número de los vigorosos hijos que heredaron el valor de Quintín Durward, y de las preciosas hijas en quienes Isabel de Croye vió renacer sus gracias. Yo le he contestado á vuelta de correo, que los tiempos habían variado, y que pasó enteramente la moda del ceremonial público de los matrimonios. Hubo un tiempo, es verdad, y no tan distante de nosotros, que no pueda yo acordarme de algún vestigio, en que no tan sólo los quince amigos de la feliz pareja eran convidados á ser testigos de su unión, sino que los músicos continuaban meneando la cabeza hasta el amanecer, como en el *Antiguo marinero*. Bebíase el *sack-posset* en la cámara nupcial; echábase al aire la media de la novia, y se disputaban la liga en presencia de los dichosos consortes que el himeneo acababa de convertir en una

sola carne. Los escritores de aquella época seguían esta moda religiosamente, y en esto tenían razón: no se olvidaban de citar ningún instante de aquellos en que se ponía colorada la novia ó echábale su marido cariñosa mirada. Contaban los diamantes que adornaban los cabellos de la hermosa, y los botones de la chupa bordada del esposo; y no terminaban hasta haber colocado con Astrea «al héroe y á la heroína en el lecho nupcial.» Pero estos pormenores no se avienen mucho con los sentimientos de modestia que obligan á nuestras novias modernas, amables y tímidas criaturas, á evitar la pompa y el aparato, la admiración y la lisonja, y á buscar como el buen Shenstone

La libertad en una posada.

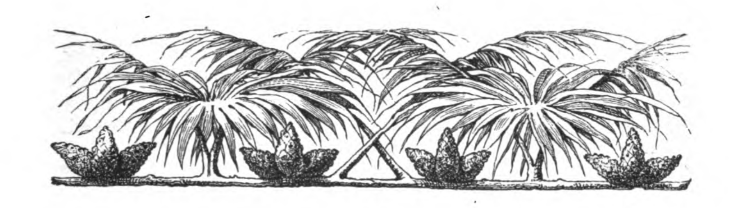
Ello es cierto que la exacta relación de las circunstancias y publicidad que acompañaban siempre la celebración de un matrimonio en el siglo quince, no podría menos de disgustar á nuestras hermosas. Isabel de Croye sería considerada por ellas muy inferior á la moza que ordeña las vacas y á la más ruín fregona; pues ésta, aunque se hallase en la misma puerta de la iglesia, negaría la mano al mancebo zapatero que va á casarse con ella si le propusiera «*faire des noces*» conforme dicen las muestras en París, en vez de subir al imperial de una diligencia para ir de incógnito á pasar la primera luna de miel en Deptford ó en Greenwich. No hablaré, pues, una palabra; y me retiraré sin ruido de la boda de la condesa de Croye, cómo lo hizo Ariosto de la de Angélica, dejando á quien bien le parezca la libertad de añadir á mi historia todas las circunstancias que podrá sugerirle su imaginación.

«Otro bardo quizás cantará con mejor plectro cómo las góticas puertas del castillo de Bracquemont se abrieron con solemne pompa, cuando su amable heredera otorgó su hermosa mano y dió un rico condado al aventurero escocés.»

E come á ritornare in sua contada
Trovasse e buon naviglio e miglior tempo
E dell' India á Medor desse lo scettro
Forse altri canterà con miglior plettro.

ORLANDO FURIOSO, *canto XXX, octava* 16.

FIN.



NOTAS

Nota A, página 55. San Huberto.

En la Edad Media toda profesión tenía su santo protector. La caza, con sus goces, oficio de muchos y diversión para todos, veneraba á san Huberto como su patrón especial.

Este santo de las selvas fué hijo de Beltrán, duque de Aquitania; y vivió en la corte del rey Pipino. Era sumamente aficionado á la caza, y solía muchas veces descuidar su asistencia á los divinos oficios para entregarse á su pasión favorita. Un día que estaba cazando, apareciósele un ciervo que tenía puesto un crucifijo entre las astas, y oyó al mismo tiempo una voz que le amenazaba con el castigo de las penas eternas, si no se arrepentía de sus pecados. Retiróse entonces del mundo y se ordenó sacerdote, habiéndose también su mujer encerrado en el claustro. Huberto llegó con el tiempo á ser obispo de Maestrich y de Lieja; y á su celo en destruir los restos de la idolatría es debido que se le llame apóstol de las Ardenas y de Brabante. Suponíase que los descendientes de su raza poseían la virtud de sanar á las personas á quienes mordiera un perro rabioso.

Nota B, página 71.—El duque de Gueldres.

Llamóse Adolfo y era hijo de Arnoldo y de Catalina de Borbón. Fué uno de los personajes más bárbaros de su tiempo, y tiene poca relación con nuestra historia. Armó guerra contra su padre, y en tan inhumana contienda, habiendo el anciano caído prisionero suyo, tratóle aquel monstruo con la más brutal violencia, pues dicen que llegó hasta el extremo de levantar contra él la mano. Resentido de tan cruel tratamiento, Arnoldo desheredó al miserable y vendió á Carlos de Borgoña todos sus derechos al ducado de Gueldres y condado de Zusphen; pero María de Borgoña, hija de Carlos, devolvió sus posesiones al desnaturalizado Adolfo, que fué muerto en 1477.

Nota C, página 72.—El condestable de San Pablo.

Las intrigas del condestable de San-Pablo perturbaron en gran manera el reinado de Luís XI. Aquel magnate, fingiéndose independiente, sostenía al mismo tiempo sus ocultos manejos con Inglaterra, Francia y Borgoña; pero, como suele acontecer á tan

inconstantes políticos, el condestable acabó por atraerse la enemistad de todos los príncipes vecinos á quienes consecutivamente entretuviera y engañara, siendo al fin entregado por el duque de Borgoña al rey de Francia, quien le hizo juzgar precipitadamente y ejecutar por delito de alta traición en 1475.

Nota D, página 120.—Los Gitanos.

En *Guy Mannering* hallará el lector algunas observaciones respecto al estado de los gitanos en Escocia. Pero es notorio, que esta variante extraordinaria de la raza humana existe casi en la misma condición primitiva y hablando el mismo lenguaje en la mayor parte de las naciones de Europa. Confórmanse hasta cierto punto con las costumbres de los pueblos en que viven; pero sepáranles determinadas diferencias con que mantienen inteligencia entre ellos, pretendiendo de esta suerte que se les considere como una raza distinta. Tuvo lugar en Europa su primera aparición en el siglo xv, cuando varias partidas de tan extraña gente viéronse recorrer diversas comarcas. Según ellos, su descendencia proviene de Egipto, y, efectivamente, su tipo atestigua su origen oriental. En sus relaciones decían que se les había impuesto la penitencia de viajar por espacio de cierto número de años; pero es probable que inventasen esta excusa por parecerles muy en consonancia con las ideas de los pueblos que visitaban. Sin embargo, su comportamiento y costumbres desmentían poderosamente que la causa de sus viajes dimanase de motivos religiosos.

Sus trajes eran á la vez relumbrantes y míseros. Los que ejercían el mando en una horda eran sus capitanes y caudillos; vestían trajes de los más vistosos colores, como encarnado ó verde, montaban buenos caballos, tomaban los títulos de duques y condes y dábanse mucha importancia. El resto de la tribu se alimentaba y vestía de la manera más miserable, comiendo sin vacilar carnes de animales muertos de enfermedad. Sus vestidos se componían de sucios andrajos, tan escasos, que bastaban apenas para cubrir las apariencias de la decencia. El color de su tez era positivamente oriental, parecido al de los indios.

Sus costumbres eran tan depravadas como pobre su aspecto: los hombres, ladrones, y las mujeres de un carácter el más licencioso. Las pocas artes que con éxito cultivaban, pertenecían á la clase de las frívolas é inútiles, aunque de índole ingeniosa. Trabajaban artefactos de hierro, pero no en grande escala; y muchos de ellos eran buenos cazadores, excelentes músicos y maestros, en fin, en toda aquella clase de artes triviales, que apenas tienen otro objeto que servir de recreo en los ratos de ocio; mas nunca su ingenio alcanzaba los límites de la industria. Otras dos ó tres particularidades les distinguen al parecer en todos los países. La pretensión que tenían de leer el destino de las personas por medio de la quiromancia y la astrología, les granjearon á veces el respeto, pero con más frecuencia las sospechas de hechicería; y, por último, la universal acusación de que robaban niños para acrecentar su tribu, les hizo objeto de dudas y execraciones. De ahí provino que la excusa alegada por estos vagabundos de ser peregrinos en el acto de cumplir alguna penitencia, aunque siendo al principio admitida les proporcionaba en muchas ocasiones la protección de los gobiernos, cuyos países recorrían, dejó luégo completamente de creerse y fueron considerados como pillos y vagos incorregibles. Incurrieron donde quiera en la pena de destierro, y hasta en las naciones donde se les permitió la estancia, fueron más bien perseguidos, que protegidos por las leyes.

Existe una curiosa y exacta relación de su llegada á Francia, en el *Diario* de un doctor en teología, que fué conservado y publicado por el sabio Pasquier, y del cual extractamos las siguientes noticias: «En 27 de agosto de 1427 llegaron á París doce

penitentes *(penanciers)*, como ellos se llaman; á saber, un duque y un conde, con otros diez hombres, manifestando todos ser buenos cristianos. Eran del bajo Egipto, y refirieron que no hacía mucho tiempo que los cristianos habían subyugado su país y les obligaron bajo pena de muerte á abrazar el Cristianismo. Los que fueron bautizados eran en su patria grandes señores y tenían rey y reina; pero poco después los sarracenos, en una correría que hicieron por aquella sierra, forzáronles á abjurar la religión cristiana. En cuanto llegó esto á noticia del emperador de Alemania, el rey de Polonia y otros príncipes cristianos, se arrojaron sobre ellos y precisáronles á que abandonaran el país y fuesen á ponerse á disposición del Papa, quien les mandó que anduvieran siete años por el mundo sin dormir bajo techado.

» Cinco años llevaban de andar así errantes, cuando por vez primera vinieron á París. Los principales se adelantaron y luégo siguió el resto de la cuadrilla, en número de unos ciento á ciento veinte, á que habían quedado reducidos de mil ó mil doscientos que eran al salir de su patria; pues los demás, inclusos el rey y la reina, murieron durante el viaje. La policía les hizo acampar á cierta distancia de la ciudad, en Chapel Saint-Dénis.

» La mayoría de ellos tenían agujereadas las orejas, llevando dos aros de plata en cada una, lo que en su tierra se consideraba como adorno. Los hombres eran morenos, con el pelo crespo, y las mujeres también muy morenas, y su traje consistía tan sólo en una ancha y vieja vestidura sujeta á los hombros por medio de un cordel ó una tira de paño y debajo una miserable túnica. Eran, en una palabra, las criaturas más infelices que hasta entonces se vieran en Francia; pero, á pesar de su pobreza, entre sus mujeres había algunas que, examinando las manos de las personas, predecían su destino, y, lo que es más, les escamoteaban el dinero del bolsillo y lo hacían pasar á los suyos, valiéndose de artes mágicas, etc., etc.»

No obstante la ingeniosa relación dada por estos gitanos, el obispo de París mandó á un fraile dominico, á quien llamaban *le petit Jacobin*, que predicara un sermón, excomulgando á todos los hombres y mujeres que recurrieran á dichos gitanos con el objeto de que les dijeran la buenaventura, enseñándoles las manos. En el mes de setiembre salieron de París, con dirección á Pontoise.

Pasquier, en sus observaciones á esta curiosa relación dice, que aun cuando la historia de la penitencia tenía todas las trazas de ser una farsa, aquellas gentes anduvieron divagando por toda la Francia durante el espacio de más de cien años, bajo la vigilancia y consentimiento de la autoridad; no expidiéndose contra ellos sentencia de destierro hasta el año 1561.

La llegada de los gitanos á Europa coincide con la época en que Timur ó Tamerlán invadió el Indostán, intimando á sus naturales á elegir entre el Alcorán ó la muerte. Apenas puede dudarse que estos aventureros se componían en su origen de tribus indias, que huyendo de su país y de los alfanges mahometanos, emprendieron aquella especie de vida vagabunda, sin tener exacta idea del sitio á que se dirigían. Natural es suponer que, tales como en el día existen estas tribus, hanse mezclado en ellas varios europeos, cuya mayoría se educan en medio de los individuos de aquella raza desde la infancia y aprenden sus usos y costumbres.

Demostración evidente de lo dicho es que, aun cuando vivan en las más íntimas relaciones con los aldeanos, ocultan siempre con misterio su idioma. Cabe, sin embargo, poca duda que, á juzgar por las muestras que de él han presentado Grellman, Hoyland y otros que escribieron sobre este asunto, es un dialecto de origen indio. Pero, á más de la autoridad de estos sabios, el autor ha tenido personalmente ocasión de saber que cierto individuo, por mera curiosidad y aprovechando asidua y pacien-

temente todas las oportunidades que se le ofrecían, logró aprender de manera aquel dialecto, que puede sostener conversación con cualquier gitano; o sabe, como el príncipe Enrique, *beber una copa con cualquier truhán, hablándole en su propio lenguaje* (1). El asombro que en estos vagabundos excita encontrar una persona que conoce su misterio, produce escenas muy cómicas. Es de esperar que este caballero publicará los conocimientos que posee en tan singular asunto.

La prudencia aconseja que se aplace por ahora la publicación de este descubrimiento; pues, si bien los gitanos se han reconciliado mucho con la sociedad desde que la ley cesó de perseguirles con tanto rigor, no dejan de ser todavía gente feroz y vengativa.

Pero, por cierto que esto sea, no puedo menos de añadir, que mis observaciones de hace cerca cincuenta años hanme dado á conocer que la condición de esas tribus vagabundas ha mejorado en gran manera. He conocido individuos de su raza que ingresaron en la sociedad civilizada, sosteniendo en ella una posición respetable, y también es verdad que en su aseo y género común de vida se advierte notable alteración.

Nota E, página 124.—Los arqueros escoceses.

Con frecuencia ocurrían disputas parecidas entre los guardias escoceses y las demás autoridades constituidas de los cuerpos militares ordinarios. En 1474 dos escoceses, acusados de complicidad en el robo de una crecida suma de dinero hecha á un pescadero llamado Juan Pensart, fueron presos por el preboste Felipe du Four, auxiliado de algunos de sus guardias, mas antes de que pudieran encerrar á uno de ellos, llamado Mortimer, en la cárcel del Châtelet, fueron atacados por dos arqueros de la guardia escocesa del rey, que libertaron al prisionero.—Véase la *Crónica* de Juan de Troyes, en el citado año 1474.

Nota F, página 146.—El juego de naipes.

El doctor Dryasdust observa que el juego de naipes inventado, según dicen, en el reinado de Carlos VI, para que sirviera de distracción á este príncipe en los intervalos que le dejaba libres su enagenación mental, se hizo en breve muy común entre los cortesanos, tanto, que ya pudo sugerir una metáfora al rey Luís XI. Durandarte, en la cueva encantada de Montesinos, citó también el mismo refrán. El origen referido de la invención de los naipes produjo la réplica más ingeniosa que he oído en mi vida; siendo quien la dió el difunto doctor Gregory, de Edimburgo, ante un consejo de eminencias del foro. El doctor pretendía probar que un acusado, cuya capacidad mental era objeto de discusión, tenía trastornado el juicio. En un interrogatorio tuvo que convenir en que el acusado sabía jugar admirablemente al whist. « — ¿Cómo es posible, doctor — le dijeron entonces los señores del consejo — que digáis seriamente que una persona dotada de una capacidad superior para un juego tan difícil, que requiere en alto grado memoria, discernimiento y cálculo, pueda padecer al mismo tiempo desarreglo en sus facultades mentales? »—No sé jugar á las cartas — respondió con mucha destreza el doctor — pero he leído en la historia que los naipes fueron inventados para distracción de un rey loco. » Las consecuencias de esta réplica fueron decisivas.

(1) Shakspeare.—*Enrique IV*, primera parte, acto II, escena IV.

Nota G, página 159.—Un matrimonio feliz, etc.

En este pasaje da el rey á entender el verdadero motivo por qué se empeñaba con tan tiránico rigor en que el casamiento se efectuara, á saber: como la princesa, á causa de su deformidad personal, daba pocas esperanzas de que fuese fecunda, la rama de Orleans, próxima heredera de la corona, sería muy fácil que se debilitara y extinguiera por falta de sucesión. En una carta dirigida al conde de Danmartin, Luís, hablando del casamiento de su hija se expresa en estos términos: «Qu' ils n'auraient pas beaucoup d'embarras à nourrir les enfants qui naîtraient de leur union; mais cependant elle aura lieu, quelque chose qu'on en puisse dire. (1)» Wraxall, *Historia de Francia*, tomo 1, pág. 143, nota.

Nota H, página 160.—El cardenal de la Balue.

Un corresponsal benévolo, á quien no tengo el honor de conocer, me ha indicado que padecí una equivocación al suponer que el cardenal de la Balue era un mal jinete. Si es así, debo una reparación á su memoria, porque pocos son los hombres que como yo hayan sido hasta sus últimos años tan aficionados á la equitación. Es posible que el cardenal fuera bastante buen jinete, puesto que también se preciaba de saber arrostrar los peligros de la caza. Era hombre de mucha ostentación y boato, como lo demostró en el sitio de París en 1465, donde, en contraposición á los usos y costumbres de la guerra, hacía mudar la guardia durante la noche al són inusitado de clarines, trompetas y otros instrumentos. Al atribuir al cardenal poca destreza en el arte ecuestre, recordé la aventura que le sucedió en París, cuando fué atacado por unos asesinos, quienes hirieron á su mula y ésta echó á correr con su jinete no parando hasta llegar á un monasterio, á cuyo abad perteneciera en otro tiempo: de esta suerte salvó la vida á su amo.—Véase la *Crónica* de Juan de Troyes.

Nota I, página 224.—Galeoto.

Marcio Galeoto ó Galeoti nació en Narni, en Umbría. Fué secretario de Matías Corvino, rey de Hungría y tutor de su hijo Juan Corvino, en cuya corte compuso una obra titulada: *De jocose dictis et factis regis Mattiæ Corvini*. Salió de Hungría en 1477 y en Venecia le prendieron, acusándole de que propagaba opiniones heterodoxas en un tratado que lleva por título: *De homine interiore et corpore ejus*. Tuvo que retractarse de algunas de aquellas doctrinas y hubiera sufrido severo castigo, á no ser la protección de Sixto IV, entonces papa, que había sido discípulo suyo. Pasó luégo á Francia, poniéndose al servicio de Luís XI, en cuyo empleo murió.

Nota J, página 251.—Religión de los gitanos.

Era un rasgo que caracterizaba á estos vagabundos el no profesar ninguna religión especial, diferenciándose en esto de los judíos, á quienes por otra parte se parecen en ciertas particularidades. Conformábanse fácilmente, en tanto como se les exigía, con la religión del país en que moraban, limitándose á observar las prácticas que se les mandaba. Sin embargo, es cierto que en la India no quisieron abrazar los dogmas de la religión de Brahma ni de la de Mahoma; y de ahí proviene que se les

---

(1) «Que no se verían en muchos apuros para mantener á los hijos que nacerían de su enlace; no obstante, este se efectuará, pese á quien pese.»

considere como pertenecientes á los Nuts ó Parias; tribus proscritas de la India Oriental. Una gran dosis de superstición suple su falta de creencias religiosas. Algunos de sus ritos conocidos, el del matrimonio por ejemplo, es más propio de las costumbres de los hotentotes, que de las de un pueblo civilizado. Adoptan varias ceremonias tomadas de la religión del país en que residen; y es, ó mejor dicho, era costumbre entre las tribus de las fronteras de Inglaterra y Escocia atribuir próspero resultado á los viajes que al emprenderlos pasaban por dentro de la iglesia parroquial, y ellos comunmente procuraban que el sacristán les concediese permiso para hacerlo en ocasión que el templo estuviera desocupado, porque no consideraban la celebración del oficio divino como circunstancia esencial para el buen éxito del augurio. Carecen, de consiguiente, de todo sentimiento eficiente de religión, y la clase más elevada é instruída puede decirse que no conoce otro dios que el de Epicuro: tal es la creencia, ó no creencia, que atribuimos á Hayraddin Maugrabin.

Conviene observar que no hay cosa que más disguste á esta gente indolente y voluptuosa, que verse obligados á ejercer una profesión regular. En ocasión que el ejército aliado ocupaba París en 1815, paseábase el autor con un oficial inglés cerca de un puesto guarnecido por las tropas prusianas. Sucedió que en aquel momento estaba fumando un cigarro, y al pasar por delante del centinela iba á quitárselo de la boca, conforme al reglamento establecido, cuando, con no poca sorpresa suya, el soldado les dirigió estas palabras: «*Rauchen sie immer fort, verdammt sey der preussische Dienst;*» esto es: «Siga V. fumando, y váyase al diablo el servicio militar de Prusia.» Examinando con mayor atención á aquel hombre, vieron claramente que era un *Zigeuner*, ó gitano, quien de este modo expresaba cuánto aborrecía las obligaciones que le habían impuesto. Si se reflexiona el peligro á que se exponía hablando de tal suerte, podrá juzgarse cuán grande debía ser el disgusto que le impulsaba á obrar con tanta imprudencia. Á oirle algún cabo ó sargento, el *Prügel* hubiese sido el instrumento más leve que emplearan para su castigo.

Nota L, página 341.—Asesinato del obispo de Lieja.

Al señalar esta fecha al asesinato del obispo de Lieja, Luís de Borbón, he faltado á la verdad histórica. Cierto es que el obispo fué hecho prisionero por los insurgentes de aquella ciudad, como lo es igualmente que Carlos recibió la noticia de la rebelión al mismo tiempo que el rumor de que el obispo había sido asesinado, lo cual excitó su indignación contra el rey Luís que se hallaba entonces en su poder; pero estos sucesos ocurrieron en 1468, y el asesinato del obispo no se ejecutó hasta 1482. En los meses de agosto y setiembre de este año, Guillermo de la Marck, llamado el Jabalí de las Ardenas, urdió una conspiración con los ciudadanos de Lieja contra su prelado Luís de Borbón, ayudándole con considerables sumas de dinero el rey de Francia. Gracias á estos recursos y al auxilio de muchos bandidos y asesinos que de continuo acudían á ponerse bajo sus órdenes, porque les parecía un caudillo muy propio para ellos, De la Marck pudo reunir un cuerpo de tropas, á quienes vistió un traje encarnado con una cabeza de jabalí en la manga izquierda. Con este pequeño ejército se encaminó á la ciudad de Lieja; y entre tanto los ciudadanos que estaban comprometidos en la conspiración se dirigieron al obispo y le exhortaron á que saliera al encuentro de aquellos bandoleros, ofreciéndose á asistirle y defenderle hasta la muerte. En consecuencia, el prelado se puso á la cabeza del corto número de tropas que tenía, confiado en el apoyo de los liejenses; pero éstos, en cuanto llegaron á vista del enemigo desertaron de las banderas del obispo, como lo tenian de antemano convenido, dejándole solo con sus

pocos soldados; en cuyo momento les atacó De la Marck á la cabeza de sus bandidos, obteniendo el triunfo que era de esperar. Condujeron al prelado á la presencia de aquel feroz y licencioso caudillo, quien después de haberle herido en la cara, le asesinó con sus propias manos, é hizo exponer su cadáver, desnudo, en la gran plaza de Lieja, delante de la catedral de san Lamberto.

Tal es la verdadera relación de una tragedia que llenó de horror á las gentes de aquella época. En el texto se ha anticipado quince años la fecha del crimen, por razones que comprenderá fácilmente un lector de novelas.

Nota M, página 362.—Los Schwarz-reiters.

Fynes Morrison describe esta especie de soldados del modo siguiente: «Cualquiera que hoy día observe á los *Schwarz-reiters*, (esto es, caballeria negra,) echará de ver que se esmeran sobremanera en tener muy limpios y relucientes sus caballos, por lo general negros, y en que brillen mucho las botas de montar. Estos soldados visten trajes negros, ya muy usados, y se pasan largos ratos cepillándolos. También emplean mucho tiempo en almohazar sus caballos y en dar lustre á sus botas con unto negro, en cuya operación se tiznan las manos y cara de tal suerte, que se ponen como carboneros, lo que les ha valido el nombre que llevan. Sin embargo, he oído decir á algunos alemanes, que se pintan de negro adrede para infundir más terror á sus enemigos. — *Itinerario* de Fynes Morrison.

Nota N, página 383.—Felipe de Comines.

En las primeras ediciones de esta obra representábase á Felipe de Comines como hombre de baja estatura, más apto para el consejo que para la acción. Era este un retrato hecho al azar, con la idea de que se diese alguna variación á los caracteres militares en que abunda la obra y la época en que tiene lugar la escena. El historiador Sleidan, apoyándose en la autoridad de Mateo d'Arvas, que conoció á Felipe de Comines y había servido en su casa, dice que era de noble presencia y de elevada estatura. El sabio Monsieur Petitot, editor de las *Memorias relativas á la historia de Francia*, obra muy importante, insinúa que Felipe de Comines figuró mucho en los festejos y juegos caballerescos que se celebraron en las bodas de Carlos de Borgoña con Margarita de Inglaterra en 1468.—Véase la Crónica de Juan de Troyes en la edición de Petitot de las Memorias relativas á la historia de Francia, tomo XIII, página 375, nota.—He leído con atención las Memorias de Olivier de la Marcke, quien, en el libro II, capítulo IV, da una extensa relación de aquellas «soberbias pompas,» conteniendo gran variedad de hechos. Vense en aquella magnífica descripción caballeros, damas, pajes y arqueros; abundan en ella los castillos, los dragones inflamados y dromedarios; hállanse leopardos cabalgando en leones, rocas, fuentes, jardines, lanzas rotas, los doce trabajos de Hércules, y qué sé yo cuántas cosas más. En medio de esta brillante mescolanza costóme algún trabajo encontrar á Felipe de Comines. Sin embargo, su nombre es el primero que figura á la cabeza de una cuadrilla de gallardos paladines, hasta el número de veinte, que, llevando por jefe al príncipe de Orange, acometieron en un torneo general á otra cuadrilla, compuesta de igual número de guerreros, acaudillados por el libertino Adolfo de Clèves, que hacía de mantenedor, con el novelesco nombre de *Árbol de oro*. El combate, aunque se hizo con armas de cortesía, fué muy reñido, y hubo que separarlos á viva fuerza y no sin dificultad. Felipe de Comines es, por lo tanto, acreedor á que se le repute *tam Marte, quam Mercurio;* aunque si

reflexionamos cuán profundamente sepultado en el olvido ha quedado todo el resto de aquella *troupe dorée*, vemos que nada se ha perdido en estimarle por los méritos en que más sobresalió.

Nota O, página 385.—Entrevista de Luís y Carlos después de la batalla de Montlhery.

En el año de 1465, después de la batalla de Montlhery, Carlos, entonces conde de Charolais, tuvo una entrevista con el rey Luís al pié de los muros de París, seguido de reducido acompañamiento. Apeáronse ambos príncipes y comenzaron á pasear, engolfándose con tanto empeño en la discusión del asunto, objeto de su reunión, que Carlos llegó á olvidar lo excepcional de su situación. Cuando el rey retrocedió para regresar á París, de donde había salido, el conde de Charolais le fué acompañando hasta más allá de la línea de obras avanzadas que circuían la ciudad, y entró en una fortificación separada de aquella únicamente por un foso, en cuyo momento no tenía á su lado más que cinco ó seis personas de su séquito. Entre tanto la escolta que le había acompañado empezó á alarmarse, temiendo por su seguridad, y sus jefes se adelantaron desde el sitio en que los dejara, recordando que su abuelo fué asesinado en Montereau, en una conferencia parecida, el 10 de Setiembre de 1419. Grande fué su alegría cuando le vieron regresar sano y salvo, escoltado por una guardia que le dió Luís. Los caballeros borgoñones le reprendieron vivamente su imprudencia. «Basta, basta, respondió Carlos, conozco toda la extensión de mi locura; mas no lo eché de ver hasta que hube entrado en el reducto.» — *Memorias de* Felipe de Comines, capítulo XIII.

Nota P, página 394.—Castillo de Perona.

En aquella ocasión llegaron á Perona tres hermanos, príncipes de la casa de Saboya, monseñor de Lau, á quien el rey retuviera largo tiempo en prisión, el señor Poncet de Rivière, y el señor de Urfé, el cual habiendo sido, digámoslo de paso, novelista de un estilo especial, era tipo que se prestaba mucho para introducirlo en la obra, si la suerte que cupo al *Euphuista*, no hubiese servido de aviso al autor. Como todos estos señores llevaban la divisa de la casa de Borgoña, á saber, la cruz de san Andrés, apoderáronse tales recelos del rey Luís, que muy impolíticamente pidió que le hospedaran en el antiguo castillo de Perona, reduciéndose de este modo á una cautividad absoluta. Véanse las *Memorias de* Felipe de Comines *para el año 1468.*

Nota Q, página 389.

Los hechos históricos relativos á esta entrevista, se refieren extensamente en el capítulo XXVII. El rey Luís había enviado agentes para que excitasen al pueblo de Lieja á rebelarse contra su superior el duque Carlos y que persiguiesen y dieran muerte á su obispo; pero como el rey no creía que los liejenses obrasen tan pronto, no se encontraba preparado. Con la temeridad propia de una plebe inconstante y mudable, corrieron á tomar las armas, hicieron prisionero al prelado, amenazáronle, insultáronle é hicieron pedazos uno ó dos de sus cañones. El duque de Borgoña recibió estas noticias en los momentos en que Luís se pusiera tan descuidadamente en su poder: las consecuencias fueron que Carlos mandó colocar guardia en el castillo de Perona; y hondamente resentido de la traición del rey de Francia, que provocaba la disensión en

sus dominios al mismo tiempo que le hacía tantas demostraciones de la más sincera amistad, estuvo dudando si haría dar ó no la muerte á Luís.

Tres días permaneció el rey arrestado en tan precaria situación, y únicamente la profusión con que distribuyó sus dádivas entre los favoritos y cortesanos de Carlos pudo salvarle la vida, é impedir que fuese depuesto. Comines, que en aquella época era gentilhombre de cámara del duque de Borgoña y dormia en su aposento, refiere que Carlos no se desnudaba ni dormía durante la noche, sino que muchas veces saltaba de la cama y recorría la estancia con agitados pasos. Mucho tardó en calmarse la violencia de sus pasiones; pero al fin consintió en poner en libertad á Luís, aunque solamente con la condición precisa de que empleara sus tropas y le acompañara personalmente en la expedición que iba á emprender para sujetar á los rebeldes, á quienes sus consejos excitaran á tomar las armas.

Cruel y degradante era esta alternativa; mas no viendo Luís otro recurso que pudiese remediar los efectos de su imprudencia, no sólo se sujetó á tan deshonrosa condición, sino que lo juró sobre un crucifijo que se dice haber pertenecido á Carlo Magno. Estos datos se han tomado de Comines, y sir Nathaniel Wraxall hace de ellos un resumen en su *Historia de Francia,* tomo I.

Nota R, página 433.—La Balue.

Luís cumplió su prometida venganza contra el cardenal de la Balue, á quien siempre acusó de haberle vendido al duque de Borgoña, pues apenas estuvo de regreso en sus Estados, hizo encerrar á su antiguo favorito en una jaula de hierro del castillo de Loches. Estaban éstas construídas de una manera tan ingeniosamente horrible, que una persona de regular estatura no podía estar en ellas completamente de pié, ni tampoco enteramente echada. Atribúyese tan horrenda invención al mismo La Balue. Como quiera que sea, permaneció encerrado por espacio de once años en una de estas jaulas, pues el rey no le mandó soltar hasta verse atacado de su postrera enfermedad.

Nota S, página 436.—Oración de Luís XI.

Mientras leía estos pasajes en la antigua crónica manuscrita, maravillábame en extremo pensando cómo Luís XI, monarca dotado de tan clara inteligencia, era posible que se dejara engañar á sí mismo por una necia superstición de que se creería incapaz el más estúpido salvaje; pero los términos de una súplica pronunciada por el rey en una ocasión semejante, y conservada por Brantome, son de un tenor igualmente extraordinario. Esta oración fué oida por un bufón, el cual la hizo pública, descubriendo de esta suerte un acto de fratricidio, que nunca, á no ser por esto, se hubiera sospechado. Vale la pena que el lector conozca el modo con que refiere esta anécdota el corrompido cortesano, que era capaz de chancearse con el crimen, lo mismo que con el libertinaje; porque cosas semejantes, raras veces suceden allí donde no hay hombres de corazón empedernido, que puedan hacerlas objeto de risa.

«—Entre los numerosos rasgos de disimulo y fingimiento y ocurrencias galantes que el buen rey (Luís XI) tuvo en su tiempo, sucedió que hizo dar muerte á su hermano el duque de Guiena, en el momento en que éste menos lo recelaba y cuando el rey le daba más pruebas de cariño de las que le diera en su vida y de aflicción en su muerte, conduciéndolo todo con tanta habilidad, que nunca nadie lo habría sospechado, á no ser porque el rey tomó á su servicio un bufón que perteneciera á su difunto hermano. Pero aconteció que Luís, estando entregado á sus devotas oraciones en el altar mayor

de la iglesia de Nuestra Señora de Clery, á quien solia llamar su buena patrona, y no teniendo nadie a su lado, excepto el mencionado bufon, que, sin saberlo el rey, se hallaba en un sitio desde donde podia oirlo todo, pronunció el monarca el siguiente religioso discurso:

«¡Oh mi buena señora! ¡mi dulce protectora! ¡mi única amiga, en cuyo auxilio solamente confio! yo te suplico que ruegues por mi á Dios y que intercedas para que me perdone la muerte de mi hermano, á quien hice envenenar por aquel malvado abad de san Juan. Á ti te confieso mi delito, porque eres mi buena patrona y mi amparo: pero ¿que habia de hacer? Mi hermano continuamente estaba revolviendo y alborotando mi reino. Haz, pues, que Dios me perdone, mi buena Señora, y tu veras cuan grande sera la recompensa que te daré.»

No se le escapo al juglar tan extraña confesión, y á la hora de la comida, en presencia de todos los que estaban sentados á la mesa, increpó al rey por su fratricidio, viendose Luis obligado á escucharle sin hacer observación alguna por temor de aumentar su infamia.

Nota T, pagina 451.—Marcio Galeoto.

La muerte de Marcio Galeoto tuvo en cierto modo relación con Luís XI. El astrólogo se hallaba en Lyon, y teniendo noticia de que el rey se acercaba á la ciudad montó á caballo y salió á recibirle. Con objeto de ofrecerle sus respetos fué á apearse apresuradamente, con tan mala suerte, que cayó con ímpetu al suelo, acrecentando su excesiva corpulencia la gravedad de la caída, de cuyas resultas murió en 1478.

El recurso oportuno é ingenioso, de que suponemos se valió para librarse de una muerte inmediata, es completamente ageno á la historia de este filósofo. La misma, ó muy parecida historia, se refiere de Tiberio, quien preguntando á un adivino llamado Thrasullo si sabia el día en que su propia muerte había de acontecer, respondiόle aquel que precederia sólo tres dias á la del Emperador. Gracias á esta contestación, en vez de ser arrojado al mar desde lo alto de las rocas, conforme era anteriormente la intención del tirano, éste hizo que cuidaran de él con sumo esmero todo el resto de su vida.—*Taciti Annall.* lib. VI, cap. 22.

Las circunstancias en que Luis XI recibió de un astrólogo una respuesta semejante, son las siguientes:—Dicho adivino pronosticó que una favorita, á quien el rey queria mucho, moriria dentro de una semana. Como acostumbraba ser buen profeta, incomodóse Luís en extremo, cual si el astrólogo pudiese evitar los males que predecía. Envióle, pues, á llamar, teniendo apostados unos asesinos para que le diesen muerte en cuanto saliera de la regia estancia. Cuando estuvo en la presencia del monarca, hizole éste preguntas sobre su propio destino, y le respondió el astrólogo que vislumbraba ciertas señales de un peligro inminente. Entonces Luís le preguntó si le era conocido el día de su muerte: á lo que con mucha calma tuvo la astucia de contestar que sucedería precisamente tres días antes que la de Su Majestad. No hay que decir el cuidado que se tomó el monarca para librarle de la suerte que le estaba reservada; y desde aquel día le protegió mucho como poseedor de una ciencia verdadera y estar su suerte en intima conexión con el destino real.

Aunque la mayor parte de los historiadores nos pintan á Luís XI como juguete de las imposturas de la vulgar, pero deslumbradora ciencia de la astrología judiciaria, no debia, sin embargo, ser tan arraigada su creencia, si es cierta la siguiente anécdota, referida por Bayle.

En una ocasión quería Luís salir á cazar, y como estuviese dudoso del tiempo, preguntó á un astrólogo que tenía á su lado si haría buen día. Aquel docto personaje,

después de consultar su astrolabio, contestó con seguridad afirmativamente. Al entrar en el bosque la regia comitiva encontró un carbonero, quien manifestó á algunos de los pajes ó criados la extrañeza que le causaba ver que el rey saliese á caza en un día que amenazaba tempestad. La predicción del carbonero resultó cierta, pues el rey y su séquito tuvieron que retirarse de su diversión calados de agua hasta los huesos. Habiendo llegado el dicho del carbonero á oídos de Luís, mandó llamar á aquel hombre y le preguntó : — « ¿ Cómo es, amigo mío, que tú supiste conocer el tiempo mejor que ese sabio ? — Yo, señor — contestó el carbonero — soy un ignorante ; nunca he ido á la escuela, ni sé leer ni escribir, pero poseo un astrólogo que sabe anunciar el tiempo bueno ó malo con tanto acierto como cualquiera de ellos : y es, dicho sea con perdón de Vuestra Majestad, el borrico que lleva mi carbón, el cual, en cuanto se acerca el mal tiempo, endereza las orejas, anda más despacio que de costumbre y se restrega por las paredes. Por estas señales anuncié ayer la borrasca que después sobrevino. » — El rey soltó una carcajada, despidió al astrólogo bípedo, é hizo asignar al carbonero una pequeña pensión para mantener al cuadrúpedo, jurando que nunca más en su vida volvería á fiarse de otro astrólogo que del burro del carbonero.

Mas, aunque haya algo de cierto en esta relación, la credulidad de Luís no era de índole que cediese al desengaño que en ella se refiere. Dícese que creyó en el vaticinio de Angelo Cattho, su médico y amigo de Comines, el cual predijo la muerte de Carlos de Borgoña para el mismo día y hora en que aconteció en la batalla de Morat; y con esta seguridad hizo voto de regalar una cubierta de plata para el relicario de san Martín, cuya promesa cumplió más adelante, costandole unos cien mil francos. Harto se sabe también que era abyecto y ciego esclavo de sus médicos, y que uno de ellos, Coctier ó Cottier, además del salario de diez mil coronas, arrancaba á su regio enfermo enormes sumas en tierras y metálico, habiendo igualmente obtenido el obispado de Amiens para un sobrino suyo. Ejercía aquel hombre sobre Luís ilimitada influencia, tratándole con el mayor descaro é irrespetuosa audacia. « No ignoro — decía al doliente monarca — que el mejor día me váis á dejar plantado, como lo hicisteis con tantos otros ; pero guardaos, pues por los santos cielos os aseguro, que desde el momento en que así lo haréis no os quedarán ocho días de vida. » Inútil es que insistamos en los temores y supersticiones de un príncipe, á quien el vil apego á la vida hacía que se sometiese á tales indignidades.

Nota U, página 476.—Felipe de Comines.

Casi no cabe duda que Felipe de Comines pudo, durante la interesante escena de Perona, apreciar íntimamente por vez primera los grandes talentos de Luís XI, los cuales á tanto extremo le deslumbraron, que es imposible leer sus memorias sin observar la ceguedad que le impedía ver las odiosas sombras que oscurecían el carácter de aquel príncipe. De allí en adelante se inclinó en la parcialidad de Francia, á donde por fin pasó hacia el año 1476. Su favor con el rey creció sobremanera, habiendo llegado á ser propietario del señorío de Argentón y otros, título que anticipadamente le dimos en las primeras ediciones de esta obra ; sin embargo, no lo alcanzó hasta que estuvo al servicio de Francia. Después de la muerte de Luís, Felipe de Comines infundió sospechas á la hija mayor de aquel soberano, llamada la señora de Beaujeu, por ser partidario demasiado celoso de la casa rival de Orleans. El historiador vióse entonces encerrado por espacio de ocho meses en una de aquellas jaulas de hierro, que tan exactamente describió. Allí fué donde se lamentó, suspirando por la vida de la corte. « Me engolfé en el grande océano — dice en su aflicción — y las olas me han

tragado. «Tuvo que sufrir un proceso y el parlamento de París, hallándole culpable de sostener relaciones con personas desafectas al gobierno, le condenó á estar desterrado de la corte por algunos años. Sobrevivió, sin embargo, á esta borrasca, y Carlos VIII le confirió dos misiones importantes, que exigían que la persona destinada á desempeñarlas estuviese dotada de talento. Luís XII concedió también su protección al historiador, pero no le empleó en ninguna comisión. Falleció en el castillo de Argentón en 1509 y su muerte fué muy sentida, pues se le consideraba como uno de los más sabios estadistas y sin duda el mejor historiador de su época. En un poema que Ronsard dedicó á su memoria, le tributa el elogio de que fué uno de aquellos hombres en quienes más claramente se demuestra el brillo que adquieren el valor y la nobleza cuando se unen á la sabiduría.

Nota X, página 503.—El heraldo fingido.

Los heraldos de la Edad Media, lo mismo que los *feciales* de los romanos, estaban investidos de un carácter que se consideraba poco menos que sagrado. Maltratar á un heraldo creíase un crimen digno de la pena capital; y fingir el carácter de tan augusto funcionario, juzgábase en cierto modo como una traición á hombres reputados como depositarios de los secretos de los monarcas y honor de la nobleza. No obstante, Luís XI, príncipe muy poco escrupuloso, no vaciló en practicar semejante impostura cuando quiso entrar en tratos con Eduardo IV, rey de Inglaterra.

Con aquel conocimiento del corazón humano, que en grado tan eminente poseía, el rey escogió por agente de su misión á un simple criado, cuya maña y astucia le eran bien conocidas, y le vistió de heraldo, con todas las insignias propias de su empleo; enviándole de esta suerte á entablar relaciones con el ejército inglés. Dos cosas hay dignas de notarse en este caso: primero, que la estratagema, aunque de carácter tan fraudulento, parece que no había necesidad de recurrir á ella, puesto que lo único que al llevarla á cabo podía ganar el rey Luís era no comprometerse enviando un mensajero más responsable. La otra circunstancia digna de mencionarse, es que si bien Comines refiere con toda extensión este lance, complácese de tal manera en pintar la sagacidad del rey al elegir á su fingido heraldo y su destreza en adoctrinarle, que se olvida de hacer observación alguna respecto de la impudencia y fraude de la invención y el gran riesgo que corría de que se descubriera. De ambas circunstancias se deduce, que el solemne carácter que los heraldos se atribuían, principiaba ya á perder su importancia á los ojos de los hombres de estado y de la alta sociedad.

El mismo Ferne, que tenía bastante celo por la dignidad de los heraldos, parece que atribuye á la necesidad esta intrusión en sus derechos. «He oído algunos—dice—que, si bien con cierto rubor, transigían con la acción de Luís XI, rey de Francia, que en tan poco apreciaba su honor y sus blasones, que raras veces tenía en su corte un rey de armas.» Por lo tanto, en ocasión que Eduardo IV, rey de Inglaterra, entró en Francia á la cabeza de un ejército y puso sitio á la ciudad de San Quintín, el mismo soberano francés, careciendo de un heraldo que llevase un mensaje al rey de Inglaterra, se vió obligado á sobornar á un criado vistiéndole, á falta de otra cosa mejor, una bandera, en medio de la cual abrieron un agujero para que pasara la cabeza el falso heraldo. Y así fué como este enviado, vestido apresuradamente de rey de armas, vino con instrucciones de su soberano á ofrecer la paz á nuestro rey.—Está bien—replica Torcuato, que es otro interlocutor del diálogo—una falta como esta no se ha visto nunca en nuestros reyes, ni espero se verá tampoco.»—Ferne, *Blasón de la nobleza*, 1586, p. 161.

En este curioso libro, á más de algunos asertos en favor de la heráldica, que no citaremos, porque rayan casi en blasfemia, el autor afirma que los apóstoles eran de sangre noble, descendientes muchos de ellos del insigne capitán Judas Macabeo; pero, que — dice — con el transcurso del tiempo y las vicisitudes de la guerra sus parientes habían quedado reducidos á la pobreza y viéronse obligados á ejercer oficios mecánicos. Nobles fueron también, según él, los cuatro doctores y padres de la Iglesia (Ambrosio, Agustín, Gerónimo y Gregorio) p. 98. La copia que el autor posee de este raro tratado — recuerdo de un amigo suyo, joven de grandes esperanzas, que ya no existe—(1) nos ofrece un curioso arranque de la nacional y profesional irritabilidad de un heraldo escocés.

Parece que el sujeto en cuestión se llamaba Tomas Drysdale, Islay Herald, quien compró el libro en 1619 y, según trazas, lo leyó y aprovechadamente hasta llegar al siguiente pasaje, en que Ferne discute la distinción que existe entre el soberano y el feudatario de la corona: «Hay también reyes que son feudatarios y prestan pleito homenaje al título y majestad de otro rey, como á su señor y superior, por ejemplo, el rey de Escocia á nuestro imperio inglés.» Esta afirmación exaltó de tal suerte la bilis del heraldo escocés, que olvidando que el libro hacía cerca de cuarenta años que estaba impreso, y el autor probablemente había muerto ya, escribió con grande enojo y letras muy gordas en el margen: «*Es un traidor y miente como un canalla, y yo reto á singular combate á todo aquel que diga que los reyes de Escocia fueron alguna vez feudatarios de Inglaterra.*»

Nota Y, página 546.—Ataque de Lieja.

El duque de Borgoña, en gran manera resentido por el tratamiento que el obispo recibiera del pueblo de Lieja (su muerte ya dijimos que no ocurrió hasta algunos años más tarde) y sabiendo que las murallas de la ciudad no se habían reparado, desde las brechas que abriera él mismo en ellas después de la batalla de Saint Tron, se encaminó hacia aquella población con ánimo de castigarla. Pero tanto el duque como los jefes de su ejército, llenos de presuntuosa confianza, se adelantaban descuidadamente, de suerte que la vanguardia de las tropas mandada por el mariscal de Borgoña y el señor de Hymbercourt, se arrojó sobre uno de los arrabales sin esperar el resto del ejército que á las órdenes del duque Carlos en persona, quedaba cerca de siete ú ocho leguas atrás. Empezaba ya á cerrar la noche y como las tropas borgoñonas no observaban ninguna disciplina, viéronse de repente expuestas al ataque de un cuerpo de ciudadanos que capitaneados por Juan de Vilde, les embistieron de frente y á retaguardia, introdujeron entre ellos gran desorden, y mataron más de ochocientos hombres, de los cuales ciento pertenecían á la caballería.

Cuando llegaron Carlos y el rey de Francia, establecieron su cuartel general en dos quintas cercanas á los muros de la ciudad. Durante los dos ó tres días siguientes distinguióse Luís por el orden, tranquilidad y calma con que daba disposiciones para el sitio y proveía á la defensa del campamento para el caso de que los sitiados hiciesen alguna salida; mientras el duque de Borgoña, no menos valiente, pero con aquella temeridad y falta de orden que le caracterizaban, parecía sumamente receloso de que el rey le abandonara y se juntase con los liejenses.

---

(1) Mr. Tomás Shortreed, que falleció en 1826, y era hijo mayor del Sheriff-sustituto de Roxburghshire, antiguo amigo del autor.

Permanecieron delante de la ciudad por espacio de cinco ó seis dias, y finalmen fijaron el asalto general para el 30 de octubre de 1468. Los ciudadanos, que, como es pr bable, tendrian aviso de su propósito, determinaron prevenirlo, anticipándose á hace una desesperada salida por las brechas de las murallas. Colocaron á su cabeza sei cientos hombres del pequeño territorio de Franchemont, perteneciente al obispado d Lieja, que se reputaban como los más valientes de sus soldados, y saliendo de repent con ímpetu de la ciudad, sorprendieron el campamento del duque de Borgoña, ante que sus guardias se hubiesen vestido las armaduras, que se quitaran para disfrutar de algún reposo antes del asalto. Atacaron también y pusieron en peligro la casa en que se alojaba el rey de Francia, siguiéndose extremada confusión que aumentaban los celos y sospechas con que mutuamente se miraban franceses y borgoñones. *Sin embargo*, los liejenses no pudieron sostener su atrevida empresa cuando los soldados del rey y el duque empezaron á recobrarse de su perturbación y desorden, viéndose, por fin, obligados á retirarse dentro los muros de la ciudad, después de haber faltado muy poco para que sorprendieran al rey Luís y al duque de Borgoña, príncipes los más poderosos de su tiempo. Al amanecer, conforme estaba de antemano decidido, emprendieron el asalto, y los ciudadanos, desalentados y rendidos de cansancio por las fatigas de la salida nocturna, no hicieron tanta resistencia como se esperaba. Lieja fué tomada y miserablemente saqueada, sin miramiento á sexo ni edad, ni consideración á cosas sagradas ó profanas. Comines refiere con extensión todos estos pormenores en sus Memorias, lib. II, cap. 11, 12 y 13, y difiere poco de la relación que de los mismos damos en el texto.

Nota Z, página 561.—El conde de la Marck.

Ya hemos dado cuenta del anacronismo en que incurrimos relativamente á los crímenes de este perverso barón, y casi no se necesita repetir que si asesinó al obispo de Lieja en 1482, el conde de la Marck no pudo ser muerto en la defensa de la misma ciudad catorce años antes. La verdad es que el Jabalí de las Ardenas, como comunmente se le llamaba, nació de elevada estirpe, siendo hijo tercero de Juan I, conde de la Marck y de Aramberg y progenitor de la rama de los barones de Lumain. No escapó al castigo de que sus atrocidades le hicieron digno; pero no fué del modo ni en la época que en el texto se supone. Maximiliano I, emperador de Alemania, le hizo prender en Utrecht, donde fué decapitado en 1485, tres años después de la muerte del obispo de Lieja.

FIN DE LAS NOTAS.

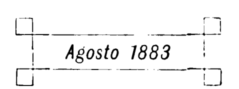
ÍNDICE

Páginas.

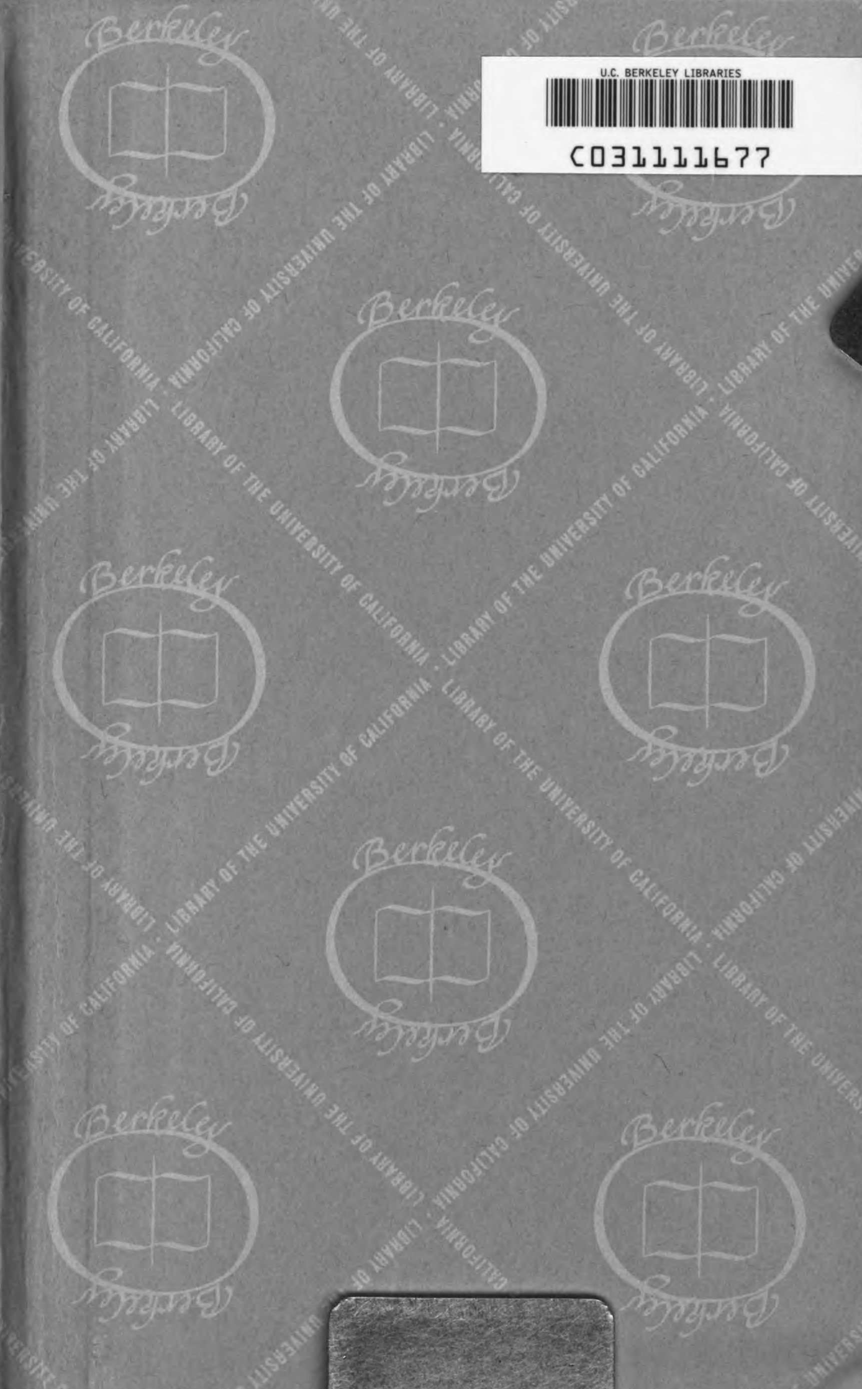
Introducción al Quintín Durward . . . V
Introducción XIV
Capítulo I. —*El contraste*. . . . 37
» II. —*El peregrino*. . . . 45
» III.—*El castillo* 59
» IV.—*El almuerzo*. . . . 68
Capítulo V.—*El guerrero*. 86
» VI.—*Los gitanos*. 99
» VII.—*El alistamiento*. 119
» VIII.—*El mensajero* 133
» IX.—*La caza del jabalí*. 156
» X.—*El centinela*. 168
» XI.—*La galería de Rolando*. 185
» XII.—*El político* 198
» XIII.—*El astrólogo*. 214
» XIV.—*El viaje*. 225
» XV.—*El guía*. 239
» XVI.—*El vagabundo*. 250
» XVII.—*El espía espiado* 265
» XVIII.—*La quiromancia*. 277

Capítulo XX.—*El billete* 306
» XXI.—*El saqueo* 319
» XXII.—*La borrachera* 332
» XXIII.—*La fuga* 348
» XXIV.—*La prisionera* 365
» XXV.—*La visita inesperada* 378
» XXVI.—*La entrevista* 389
» XXVII.—*La explosión* 408
» XXVIII.—*La prisión* 426
» XXIX.—*La recriminación* 445
» XXX.—*Incertidumbre* 456
» XXXI.—*Los dos amantes* 477
» XXXII.—*La información* 489
» XXXIII.—*El heraldo* 503
» XXXIV.—*El suplicio* 516
» XXXV.—*El premio honroso* 525
» XXXVI.—*El ataque del arrabal* 534
» XXXVII.—*La salida* 547
Conclusión 564




Agosto 1883


LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Berkeley


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C031111677
Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

